OBRAS, TOMO V (1913-1916)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

El quinto tomo de estas *Obras Escogidas* incluye una serie de las que Lenin escribió desde marzo de 1913 hasta junio de 1916. Entre ellas figuran las conocidísimas *Carlos Marx, Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo* y *Vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx,* en las que Lenin da a conocer el contenido revolucionario, la fuerza invencible y la vitalidad de la doctrina de Carlos Marx y formula importantes tesis de la teoría marxista basadas en la experiencia de la lucha de la clase obrera de Rusia y del movimiento obrero internacional. Lenin caracteriza el marxismo como la cima de la civilización universal, corno el legítimo heredero de todo lo mejor que la humanidad ofrendó en el siglo XIX: plasmado en la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, y hace hincapié en las maravillosas consecuencia y unidad interna de las concepciones de Marx, las cuales dan en conjunto "el materialismo moderno y el socialismo científico moderno corno teoría y programa del movimiento obrero de todos los países civilizados del mundo".

En vísperas de la primera guerra mundial, Lenin concedía especial importancia a la lucha contra el nacionalismo, el patrioterismo de nación dominante y el socialchovinismo. En 1913 y 1914 se manifestaron con excepcional enconamiento en la socialdemocracia de Rusia las discusiones en torno al problema nacional que se habían desplegado ya en 1903 durante el II Congreso del partido. Los oportunistas de toda laya impugnaron el noveno apartado del programa del partido, que trataba del derecho de las naciones a la autodeterminación. En algunos artículos (véanse las *Notas críticas sobre el problema nacional, El derecho de las naciones a la autodeterminación, La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación),* Lenin mostró la necesidad de incluir en el programa de la socialdemocracia la reivindicación de conceder a cada nación el derecho a la autodeterminación hasta la separación, hasta su constitución en Estado independiente. Al hacer la defensa del noveno apartado del programa del partido, Lenin explicó que no se debía confundir el reconocimiento del derecho a la separación con la conveniencia de ésta en tal o cual caso concreto. En igualdad de otras condiciones, el proletariado revolucionario optará por un Estado grande, que presenta una serie de ventajas importantes frente al Estado pequeño. Al reconocer que todas las naciones tienen derecho a constituirse en Estado independiente, lo que más aprecia el proletariado es la unión de los proletarios de todas las naciones y examina toda reivindicación nacional desde el punto de vista de la lucha de clase de los obreros.

Lenin sometió a dura crítica la consigna de "autonomía nacional cultural" lanzada por los oportunistas. Al reclamar escuelas aparte para los niños de las distintas naciones y la separación de toda labor cultural según el principio nacional, esta consigna no puede conducir más que al azuzamiento de la enemistad entre las naciones y al aumento de la supeditación ideológica de los obreros de cada nación a "su" burguesía. La consigna de "autonomía nacional cultural" es incompatible con el internacionalismo proletario.

Las obras de Lenin dedicadas al problema nacional son una notable aportación al acervo ideológico del marxismo que han servido y seguirán sirviendo de guía para la acción de los partidos comunistas y obreros de todos los países.

Después de la derrota de la revolución de 1905-1907, en Rusia desencadenóse una sañuda reacción que, sin embargo, no pudo quitar al pueblo los anhelos de alcanzar la libertad y aniquilar el régimen autocrático. A partir de 1910 volvió a activarse el movimiento obrero; los operarios plantearon grandes reivindicaciones económicas y políticas. En Rusia se avecinaba una nueva crisis política. Por entonces Lenin formuló así la tarea principal: reunir todas las fuerzas revolucionarias del país bajo la dirección de la clase obrera y preparar la nueva revolución contra el zarismo. El papel decisivo en el cumplimiento de esta misión debían desempeñarlo el partido de la clase obrera, su labor ideológica y orgánica entre las masas, su actividad clandestina y su habilidad para aprovechar las mínimas posibilidades legales de agrupar a las masas populares en torno de las consignas de combate del proletariado.

En ese período, Lenin sostuvo una tenaz lucha contra los oportunistas de toda ralea: liquidadores, grupo *Vperiod,* buudistas, trotskistas y otros que se esforzaban o bien por liquidar el partido revolucionario clandestino de la clase obrera o bien

por quebrantar su capacidad de combate mediante una labor escisionista. La situación reinante en ese período y la lucha de los bolcheviques por la conservación y el robustecimiento del partido se reflejaron en el artículo *Acerca de una violación de la unidad que se encubre con gritos de unidad,*

En las obras incluidas en el presente tomo, Lenin muestra la exacerbación de las contradicciones de la sociedad capitalista y la inminencia, debido a ello, del peligro de guerra imperialista mundial.

La primera conflagración mundial estalló en el verano do 1914. Fue una contienda entre dos grupos de potencias imperialistas por el reparto de las colonias y las esferas de influencia, por la expoliación y esclavización de otros pueblos. Un grupo (el de la Cuádruple Alianza) estaba encabezado por el imperialismo alemán. El otro (el de la Entente) lo encabezaban los imperialistas ingleses y franceses.

La guerra puso al desnudo y agravó las contradicciones implícitas en el movimiento socialista y exhibió la traición flagrante de la mayoría de los jefes de los partidos socialdemócratas y de la II Internacional a la clase obrera y a los acuerdos de los congresos socialistas contra la guerra. La mayoría de los dirigentes de los partidos socialdemócratas de Europa abandonó las posiciones de la lucha de clase y del internacionalismo proletario para adoptar las de la "paz social", las de la defensa de sus Estados imperialistas, de la guerra imperialista.

En esos momentos de gravísima, crisis, sólo el partido bolchevique, encabezado por Lenin, y unos pequeños grupos de otros partidos socialistas dieron ejemplo de lealtad al socialismo y al internacionalismo proletario y encabezaron la lucha de la clase obrera contra el imperialismo y la guerra imperialista.

En los primeros días de la guerra se publicó un manifiesto, escrito por Lenin en nombre del CC del POSDR, con el título de *La guerra y la socialdemocracia de Rusia.* En este manifiesto se da una apreciación verdaderamente marxista de la guerra, ya comenzada, como imperialista, injusta, de conquista y rapiña, Lenin lanzó la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra civil.

El folleto *El socialismo y la guerra,* incluido en este tomo, fue una explicación pormenorizada y argumentada de la pauta política de los bolcheviques durante la guerra. En este folleto Lenin desenrolló la doctrina marxista sobre la guerra y la actitud de los socialistas ante las guerras.

Lenin desplegó a la vez una enérgica lucha contra el oportunismo en la socialdemocracia internacional. En los artículos *La bancarrota de la II Internacional, El oportunismo y la bancarrota, de la II Internacional* y *Chovinismo muerto y socialismo vivo (Como reconstituir la Internacional)* dio a conocer las causas de la vergonzosa conducta de la mayor la de los jefes de la socialdemocracia europea y mostró que la bancarrota de la II Internacional era la bancarrota del oportunismo y de su política de supeditación del movimiento obrero a los intereses de la burguesía. El socialchovinismo fue la continuación legítima del oportunismo, el desarrollo de éste. Lenin patentizó que en los partidos socialistas habían surgido dos matices principales de socialchovinismo: uno declarado, cínico: y otro encubierto, falaz y, por lo mismo, más peligroso. Lenin hacía singular hincapié en la importancia que tenía la lucha contra el oportunismo encubierto, como era el centrismo, el kautskismo.

El análisis que Lenin hizo en todos los aspectos de esta nueva etapa de la historia universal le permitió determinar las inmensas posibilidades para el movimiento revolucionario en la época del imperialismo. Al desarrollar con espíritu creador la doctrina de Marx y Engels, Lenin llegó a la importantísima conclusión de que era posible la victoria del socialismo primero en unos pocos países, o incluso en uno solo, y éste no tenía que ser por fuerza un país muy desarrollando en el sentido económico. Basó esta deducción en la ley, por él descubierta, del desarrollo económico y político desigual del capitalismo en la época del imperialismo, ley que da indefectiblemente lugar a que las revoluciones socialistas sazonen en distintos periodos en los diversos países. Lenin formuló por vez primera su deducción en el artículo *La consigna de los Estados Unidos de Europa.* La doctrina de Lenin sobre la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país se hizo el principio rector del Partido Comunista en su lucha por el triunfo de la revolución socialista y de la edificación del socialismo en la URSS.

El clásico trabajo de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo* fue el resultado de su gran labor de estudio del imperialismo. En esta obra, Lenin hizo el balance del desarrollo del capitalismo mundial en el medio siglo transcurrido desde que vio la luz *El Capital* de Marx.

Respaldándose en las leyes del surgimiento, desarrollo y decadencia del capitalismo, descubiertas por Marx y Engels. Lenin ofreció el primer análisis profundo y científico de la esencia económica y política del imperialismo como *fase peculiar, superior, del capitalismo* y mostró que en el imperialismo es inevitable la exacerbación de todas las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista. Caracterizó el imperialismo como capitalismo monopolista y, a la vez, parasitario, en descomposición, feneciente; dio a conocer las condiciones del hundimiento del capitalismo, la irrevocabilidad y la necesidad de la sustitución de éste por la formación socioeconómica comunista; enseñó que el imperialismo es la víspera de la revolución socialista.

Todas las obras incluidas en el tomo figuran en orden cronológico. Han sido traducidas de la 5ª edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo, adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes. Al final del tomo se insertan notas aclaratorias.

LA EDITORIAL

VICISITUDES HISTÓRICAS DE LA DOCTRINA DE CARLOS MARX[1].

Lo principal de la doctrina de Marx es el haber puesto en claro el papel histórico universal del proletariado como creador de la sociedad socialista. ¿Ha confirmado esta doctrina el curso de los acontecimientos sobrevenidos en el mundo entero desde que la expuso Marx?

Marx la formuló por vez primera en 1844. El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, aparecido en 1848, ofrece ya una exposición completa y sistematizada, sin superar hasta hoy, de esta doctrina. A partir de entonces, la historia universal se divide claramente en tres grandes períodos: 1) desde la revolución de 1848 hasta la Comuna de París (1871); 2) desde la Comuna de París hasta la revolución rusa (1905); 3) desde la revolución rusa hasta nuestros días.

Lancemos una ojeada a las vicisitudes de la doctrina de Marx en cada uno de estos períodos.

I

En los comienzos del primer período, la doctrina de Marx no era, ni mucho menos, la imperante. Era sólo una más de las numerosísimas fracciones o corrientes del socialismo. Las formas de socialismo que predominaban eran, en el fondo, afines a nuestro populismo: incomprensión de la base materialista del devenir histórico, incapacidad de discernir el papel y la importancia de cada una de las clases de la sociedad capitalista, encubrimiento de la esencia burguesa de las reformas democráticas con diversas frases seudosocialistas sobre el "pueblo", la "justicia", el "derecho", etc.

La revolución de 1848 asestó un golpe mortal a todas esas formas aparatosas, heterogéneas y chillonas del socialismo *premarxista*. La revolución muestra en todos los países las distintas clases de la sociedad *en acción*. La matanza de obreros que la burguesía republicana hizo en las jornadas de junio de 1848 en París[2] demostró definitivamente que sólo el proletariado es socialista por naturaleza. La burguesía liberal teme cien veces más la independencia de esta clase que cualquier reacción, sea la que sea. El cobarde liberalismo se arrastra a sus pies. Los campesinos se conforman con la abolición de los restos del feudalismo y se pasan al lado del orden, y sólo a veces vacilan entre *la democracia obrera y el liberalismo burgués*. Toda doctrina de un socialismo que *no* sea de clase y de una política que *no* sea de clase se acredita como un vano absurdo.

La Comuna de París (1871) coronó este decurso de las transformaciones burguesas; sólo al heroísmo del proletariado debe su afianzamiento la república, es decir, la forma de organización del Estado en que las relaciones de las clases se manifiestan de la manera menos encubierta.

En los demás países europeos, un devenir más confuso y menos acabado conduce a la formación de esa misma sociedad burguesa. A fines del primer período (1848-1871), período de tempestades y revoluciones, *muere* el socialismo anterior a Marx. Nacen los partidos *proletarios* independientes: la Primera Internacional (1864-1872) y la socialdemocracia alemana.

II

El segundo período (1872-1904) se distingue del primero por su carácter "pacífico", por la ausencia de revoluciones. El Occidente ha terminado con las revoluciones burguesas. El Oriente aún no está maduro para ellas.

El Occidente entra en la etapa de preparación "pacífica" para la época de las transformaciones venideras. Se constituyen por doquier partidos socialistas de base proletaria que aprenden a utilizar el parlamentarismo burgués, a montar su prensa diaria, sus instituciones culturales, sus sindicatos y sus cooperativas. La doctrina de Marx obtiene un triunfo completo y *se va extendiendo*. Lento, pero constante, prosigue el proceso de reclutamiento y concentración de fuerzas del proletariado, que se prepara para las batallas venideras.

La dialéctica de la historia es tal que el triunfo teórico del marxismo obliga a sus enemigos a *disfrazarse* de marxistas. El liberalismo, podrido por dentro, intenta reavivarse bajo la forma de *oportunismo* socialista. Los enemigos del marxismo interpretan el período de preparación de las fuerzas para las grandes batallas en el sentido de renuncia a estas batallas. Se explican la mejora de la situación de los esclavos para la lucha contra la esclavitud asalariada en el sentido de que los esclavos pueden vender por unos céntimos su derecho a la libertad. Predican pusilánimes la "paz social" (esto es, la paz con el esclavismo), la renuncia a la lucha de clase, etc. Tienen muchos adeptos entre los parlamentarios

socialistas, entre los diversos funcionarios del movimiento obrero y los intelectuales "simpatizantes".

III

Aún no se habían cansado los oportunistas de ufanarse de la "paz social" y de la posibilidad de evitar los temporales bajo la "democracia", cuando se abrió en Asia una nueva fuente de tremendas tempestades mundiales. A la revolución rusa siguieron las revoluciones turca, persa y china. Hoy atravesamos precisamente la época de esas tempestades y de su "repercusión" en Europa. Cualquiera que sea la suerte reservada a la gran república china, frente a la cual se afilan hoy los colmillos las diversas hienas "civilizadas", no habrá en el mundo fuerza capaz de restablecer en Asia el viejo feudalismo ni de barrer de la faz de la tierra el heroico espíritu democrático de las masas populares de los países asiáticos y semiasiáticos.

A algunas gentes, que no se fijaban en las condiciones de preparación y desarrollo de la lucha de las masas, las había llevado a la desesperación y al anarquismo la larga demora de la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa. Hoy vemos cuán miope y pusilánime es la desesperación anarquista.

No desesperación, sino ánimo debe inspirar el hecho de que ochocientos millones de personas de Asia se hayan incorporado a la lucha por los mismos ideales europeos.

Las revoluciones asiáticas han puesto de manifiesto la misma falta de carácter y la misma ruindad del liberalismo, la misma importancia excepcional que tiene la independencia de las masas democráticas, el mismo deslindamiento neto entre el proletariado y la burguesía de toda laya. Quien, después de la experiencia de Europa y de Asia, hable de una política que *no sea* de clase y de un socialismo que *no sea* de clase, merece simplemente que se le enjaule y se le exhiba junto a algún canguro australiano.

Europa ha comenzado a agitarse después de Asia, pero no a la manera asiática. El período "pacífico" de 1872-1904 ha pasado para siempre a la historia. La carestía de la vida y la opresión de los trusts enconan más que nunca la lucha económica, que ha puesto en movimiento hasta a los obreros ingleses, los más corrompidos por el liberalismo. La crisis política sazona a ojos vistas hasta en Alemania, el país más "pétreo", de los burgueses y los junkers. La desaforada carrera de los armamentos y la política del imperialismo hacen de la Europa actual una "paz social" que se parece más que nada a un barril de pólvora. Mientras tanto, la descomposición de *todos* los partidos burgueses y la maduración del proletariado siguen su curso incontenible.

Desde que apareció el marxismo, cada una de estas tres grandes épocas de la historia universal ha venido a confirmarlo de nuevo y a darle nuevos triunfos. Pero aún será mayor el que, como doctrina del proletariado, le rendirá la época histórica que se avecina.

Publicado el 1 de marzo de 1913 en el núm. 50 del periódico "Pravda".

T. 23, págs. 1-4.

TRES FUENTES Y LAS PARTES INTEGRANTES DEL MARXISMO[3].

La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el mayor odio de toda la ciencia burguesa (tanto oficial como liberal), que ve en el marxismo algo así como una "secta nefasta". Y no cabe esperar otra actitud, pues en una sociedad erigida sobre la lucha de las clases no puede haber una ciencia social "imparcial". De un modo o de otro, *toda* la ciencia oficial y liberal *defiende* la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra sin cuartel a esa esclavitud. Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros en detrimento de las ganancias del capital.

Pero aún hay más. La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales enseñan con toda claridad que el marxismo no tiene nada que se parezca al "sectarismo", en el sentido de doctrina encerrada en sí misma, rígida, surgida *al margen* del camino real del desarrollo de la civilización mundial. Al contrario, el genio de Marx estriba, precisamente, en haber dado solución a los problemas planteados antes por el pensamiento avanzado de la humanidad. Su doctrina apareció como *continuación* directa e inmediata de las doctrinas de las más grandes figuras de la filosofía, la economía política y el socialismo.

La doctrina de Marx es todopoderosa porque es exacta. Es completa y ordenada y da a la gente una concepción monolítica del mundo, una concepción intransigente con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el sucesor natural de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

En estas tres fuentes del marxismo, que son, a la vez, sus tres partes integrantes, nos detendremos brevemente.

I

La filosofía del marxismo es el *materialismo*. A lo largo de toda la historia moderna de Europa, y especialmente a fines del siglo XVIII, en Francia, donde se dio la batalla decisiva a toda la basura medieval, a la servidumbre en las instituciones y en las ideas, el materialismo demostró ser la única filosofía consecuente, fiel a todos los principios de las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la santurronería, etc. Por eso, los enemigos de la democracia hacían cuanto podían por "refutar", minar y calumniar el materialismo y defendían las diversas formas del idealismo filosófico, que se reduce siempre, de uno u otro modo, a la defensa o al apoyo de la religión.

Marx y Engels defendieron con la mayor energía el materialismo filosófico y explicaron reiteradas veces el profundo error que significaba todo cuanto fuera desviarse de él. Donde con mayor claridad y detenimiento están expuestas sus opiniones es en las obras de Engels *Ludwig Feuerbach* y *Anti-Dühring* que, como el *Manifiesto Comunista*, no deben faltar a ningún obrero consciente.

Pero Marx no se paró en el materialismo del siglo XVIII, sino que llevó más lejos la filosofía. La enriqueció con adquisiciones de la filosofía clásica alemana, sobre todo del sistema de Hegel, que, a su vez, había conducido al materialismo de Feuerbach. La principal de estas adquisiciones es la *dialéctica*, o sea, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, más profunda y más exenta de unilateralidad, la doctrina de la relatividad del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en constante desarrollo. Los novísimos descubrimientos de las ciencias naturales -el radio, los electrones, la transformación de los elementos- han confirmado de un modo admirable el materialismo dialéctico de Marx, a despecho de las doctrinas de los filósofos burgueses, con sus "nuevos" retornos al viejo y podrido idealismo.

Al profundizar y desarrollar el materialismo filosófico, Marx lo llevó a su término e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza alcanzado por el materialismo filosófico al conocimiento de la *sociedad humana*. El *materialismo histórico* de Marx es una conquista inmensa del pensamiento científico. Al caos y a la arbitrariedad, que imperaban hasta entonces en las concepciones relativas a la historia y a la política, sucedió una teoría científica unida y ordenada de asombrosa manera que muestra cómo de un tipo de vida de la sociedad se desarrolla, en virtud del crecimiento de las fuerzas productivas, otro superior, cómo del feudalismo, por ejemplo, nace el capitalismo.

Del mismo modo que el conocimiento del hombre

refleja la naturaleza, es decir, la materia en desarrollo, que existe independientemente del hombre, su *conocimiento social* (es decir, las diversas opiniones y doctrinas filosóficas, religiosas, políticas, etc.) refleja el *régimen económico* de la sociedad. Las instituciones políticas son la superestructura que se alza sobre la base económica. Así vemos, por ejemplo, cómo las diversas formas políticas de los Estados europeos modernos sirven para reforzar la dominación de la burguesía sobre el proletariado.

La filosofía de Marx es el materialismo filosófico acabado, que ha dado a la humanidad, sobre todo a la clase obrera, soberbias armas de conocimiento.

II

Una vez hubo comprobado que el régimen económico es la base sobre la que se alza la superestructura política, Marx dedicó la mayor atención a estudiar este régimen económico. Su obra principal, *El Capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad capitalista.

La economía política clásica anterior a Marx se había formado en Inglaterra, en el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo pusieron comienzo en sus investigaciones del régimen económico a la *teoría del valor*, *fruto del trabajo*. Marx prosiguió la obra de ellos, argumentando con rigor y desarrollando consecuentemente esa teoría, con lo que mostró que el valor de toda mercancía lo determina la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla.

Allí donde los economistas burgueses veían una relación entre objetos (cambio de una mercancía por otra), Marx descubrió una *relación entre personas*. El intercambio de mercancías expresa la relación establecida mediante el mercado entre los distintos productores. El *dinero* implica que esta relación se hace más estrecha y une indisolublemente en un todo la vida económica de los distintos productores. El *capital* significa un mayor desarrollo de esta relación: la fuerza de trabajo del hombre se transforma en mercancía. El obrero asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario de la tierra, de la fábrica o de las herramientas. Emplea una parte de la jornada en cubrir los gastos del sustento suyo y de su familia (salario); durante la otra parte de la jornada trabaja gratis, creando para el capitalista la *plusvalía*, fuente de las ganancias, fuente de la riqueza de la clase capitalista.

La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la doctrina económica de Marx.

El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina al pequeño patrono y crea un ejército de parados. En la industria, el triunfo de la gran producción se advierte en seguida, pero también en la agricultura vemos el mismo fenómeno: se agranda la superioridad de la gran agricultura capitalista, se extiende el empleo de maquinaria, y la hacienda campesina se ve en el dogal del capital financiero, languidece y se arruina bajo el peso de los aperos atrasados. En la agricultura son otras las formas de ruina de la pequeña producción, pero esa ruina es un hecho indiscutible.

Al arruinar a la pequeña producción, el capital acrecienta la productividad del trabajo y da lugar a una situación de monopolio para los consorcios de magnates capitalistas. La producción misma va adquiriendo un carácter más social cada vez -cientos de miles y millones de obreros se acoplan en un organismo económico coordinado-, mientras que un puñado de capitalistas se apropia del producto del trabajo común. Aumentan la anarquía de la producción, las crisis, la desenfrenada carrera en busca de mercados, la escasez de medios de subsistencia para masas de la población.

Al hacer a los obreros más dependientes aún del capital, el régimen capitalista crea la gran fuerza del trabajo asociado.

Marx analizó la evolución del capitalismo, desde los primeros rudimentos de la economía mercantil, desde el simple trueque, hasta sus formas superiores, hasta la gran producción.

Y la experiencia de todos los países capitalistas, tanto de los viejos como de los nuevos, muestra de año en año con evidencia a un número cada vez mayor de obreros la exactitud de esta doctrina de Marx.

El capitalismo se ha impuesto en el mundo entero, pero esta victoria no es más que el preludio del triunfo del trabajo sobre el capital.

III

Cuando el régimen feudal fue derrocado, y la "*libre*" sociedad capitalista vio la luz, no tardó en ponerse de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación de los trabajadores. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella, comenzaron a surgir en seguida diversas doctrinas socialistas. Pero el socialismo inicial era un socialismo *utópico*. Criticaba, condenaba y maldecía a la sociedad capitalista, soñaba con su destrucción, fantaseaba en un régimen mejor, quería convencer a los ricos de que la explotación es inmoral.

Pero el socialismo utópico no podía señalar una salida real. No sabía explicar la naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, ni descubrir las leyes de su desarrollo, ni encontrar la *fuerza social* capaz de crear la nueva sociedad.

Entretanto, las tempestuosas revoluciones que acompañaron en toda Europa, y especialmente en Francia, a la caída del feudalismo, del régimen de la servidumbre, hacían ver con mayor evidencia cada día que la base de todo el desarrollo y su fuerza motriz era la *lucha de las clases*.

Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal fue alcanzada sin desesperada resistencia. Ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre, más o menos democrática, sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad capitalista.

El genio de Marx está en que supo deducir de ahí y aplicar consecuentemente antes que nadie una conclusión implícita en la historia universal. Esta conclusión es la doctrina de la *lucha de las clases*.

Los hombres han sido siempre en política cándidas víctimas del engaño de los demás y del engaño propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a discernir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas morales, religiosas, políticas y sociales, los *intereses* de una u otra clase. Los partidarios de reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de unas u otras clases dominantes. Y para vencer la resistencia de esas clases *sólo* hay *un* medio: encontrar en la misma sociedad que nos rodea, instruir y organizar para la lucha a quienes puedan -y *deban*, por su situación social- formar la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo.

Sólo el materialismo filosófico de Marx enseñó al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que vegetaron hasta entonces todas las clases oprimidas. Sólo la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo.

En el mundo entero, desde Norteamérica hasta el Japón y desde Suecia hasta Sudáfrica, se multiplican las organizaciones independientes del proletariado. Este se instruye y educa, al tiempo que sostiene su lucha de clase, se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, adquiere una cohesión cada vez mayor, aprende a medir la magnitud de sus éxitos, templa sus fuerzas y crece inconteniblemente.

Publicado en marzo de 1913 en el núm. 3 de la revista "Prosveschenie".

T. 23, págs. 40-48.

¿A QUIEN BENEFICIA?

Hay una locución latina: *cui prodest*, que significa "¿a quién beneficia?" Cuando no se ve inmediatamente qué grupos, fuerzas o conglomeraciones políticos o sociales defienden determinadas propuestas, medidas, etc., debe preguntarse siempre: "¿a quién beneficia?"

Lo que importa no es *quién* defiende directamente cierta política, ya que en el noble sistema moderno del capitalismo todo ricacho podrá siempre "contratar" o comprar, o bien utilizar, para defender cualesquiera ideas, a cualquier número de abogados, escritores e incluso diputados, catedráticos, curas, etc. Vivimos en la era del comercio, en la que la burguesía no siente escrúpulos por traficar ni aun con el honor y la conciencia. Y hay también incautos que, por irreflexión o por la fuerza de la costumbre, defienden las ideas predominantes en ciertos medios burgueses.

No, en política no importa tanto *quién* sostiene directamente determinadas ideas. Lo que importa es a *quién benefician* esas ideas, esas propuestas o medidas.

Tomemos, por ejemplo, a "Europa": los Estados que se llaman a sí mismos "civilizados" han emprendido una desenfrenada carrera armamentista de obstáculos. Se grita y vocifera de mil modos, en miles de periódicos y desde miles de Pulpitos sobre el patriotismo, la cultura, la patria, la paz y el progreso, todo para justificar nuevos gastos de decenas y centenas de millones de rublos en armas de exterminio de todo género, en cañones, *dreadnoughts* (modernísimos acorazados), etc.

¡Distinguido público!, siente uno ganas de exclamar luego de haber oído todas esas frases de "patriotas". No hagan caso de las palabras. ¡Fíjense mejor *a quién beneficia*!

Hace poco, la famosa compañía inglesa Armstrong, Whitworth and Co. publicó su memoria anual. Esta compañía fabrica principalmente pertrechos de todo tipo. El balance se cerró con un superávit de 877.000 libras esterlinas, o sea, de *unos ocho millones de rublos*, ¡¡y se declaró el dividendo de 12 ½ *por ciento*!! A capital de reserva se destinaron cerca de 900.000 rublos, etc., etc.

He ahí adónde van a parar los millones y miles de millones que se sacan a los obreros y campesinos para armamento. Los dividendos del 12 1/2 por ciento significan que el capital se ha de duplicar en 8 años. Y eso sin contar las gratificaciones a los directores, etc. Armstrong en Inglaterra, Krupp en Alemania, Creusot en Francia, Cockeril en Bélgica, ¿y cuántos sumarán en todos los países "civilizados"? ¿Y el sinfín de abastecedores?

¡He ahí *a quiénes benefician* la instigación del chovinismo y la palabrería sobre "patriotismo" (patriotismo de cañón), defensa de la cultura (con armas que destruyen la cultura), etcétera!

Publicado el 11 de abril de 1913 en el núm. 84 de "Pravda".

T. 23, págs. 61-62-

EL CONCEPTO LIBERAL Y EL CONCEPTO MARXISTA DE LUCHA DE CLASES.

El liquidador A. Ermanski ha soltado en *Nasha Zariá*[4] un chorro inagotable de palabras de enojo con motivo de mi crítica de su opinión (y de Gushka) acerca del papel político de la gran burguesía industrial y comercial (*Prosveschenie*[5] número 5-7).

Con sus diatribas y recuerdos de los viejos "agravios" sufridos (incluido el inferido al señor Dan y Cía., que fracasaron en su intento de dividir la organización socialdemócrata de San Petersburgo en 1907), el señor Ermanski procura echar tierra al verdadero fondo de la cuestión.

A pesar de todo, no toleraremos al señor Ermanski que eche tierra al fondo de lo que ahora discutimos, invocando las inmerecidas ofensas y derrotas inferidas a los liquidadores[6]. Y no lo toleraremos porque la presente discusión gira en torno a un problema muy importante de fidelidad a los principios, a un problema que se plantea a cada paso y por mil razones distintas.

El problema aludido es precisamente el de la falsificación del marxismo por los liberales, el de la sustitución del concepto marxista, revolucionario, de lucha de clase, por el concepto liberal. Y nunca nos cansaremos de explicar esta base ideológica de todas las polémicas de los marxistas con los liquidadores.

Dice el señor Ermanski:

> "El marxista" Ilín se niega en redondo a reconocer, en la actividad de las organizaciones industriales, la existencia de una lucha de clase "a escala nacional (y en parte incluso internacional)", como decía yo (Ermanski) en mi artículo, al caracterizar esa actividad. ¿Por qué? Porque en ella "falta el rasgo fundamental de lo *nacional* y lo *estatal*: la organización del poder del Estado"... (*Nasha Zariá*, pág. 55).

He aquí cómo plantea el *fondo* del problema el propio A. Ermanski, ¡el cual hace todo lo posible y aun lo imposible por escamotearlo! Por mucho que me acuse de que tergiverso sus opiniones y me impute todos los pecados mortales, por muchas vueltas que dé en busca de cobijo incluso "a la sombra" de los recuerdos de la escisión de 1907, prevalecerá la verdad.

Así pues, mi tesis está clara: el rasgo fundamental de lo nacional es la organización del poder del Estado.

¿No comparte usted esa opinión, encolerizado adversario mío? ¿No le parece que ése es el único criterio marxista?

¿Por qué, pues, no lo dice abiertamente? ¿Por qué no opone un criterio cierto a otro erróneo? Si a juicio suyo no constituye más que marxismo entre comillas el aserto de que el rasgo fundamental de lo nacional es la organización del poder del Estado, ¿por qué, pues, no refuta mi error y no expone con claridad, con precisión y sin argucias su interpretación del marxismo?

La respuesta a estas preguntas quedará clara para el lector si citamos este pasaje de A. Ermanski que va a *renglón seguido* del precitado:

> "Ilín desea que la gran burguesía rusa lleve de otra manera su lucha de clase, que ponga empeño en conseguir sin falta el cambio de todo el sistema estatal. Ilín lo desea, pero la burguesía no, y la culpa la tiene, por supuesto, el "liquidador" Ermanski, que "sustituye el concepto de lucha de clase en el sentido marxista con el concepto *liberal* de lucha de clase".

Ahí tienen ustedes completa la parrafada del señor Ermanski, parrafada que descubre la *flagrante* evasiva del huidizo liquidador.

La evasión es evidente.

¿Señalé yo con acierto o no el "rasgo fundamental" de lo nacional?

El propio señor Ermanski se vio obligado a reconocer que puse el dedo en la llaga.

¡Y al sentirse descubierto, el señor Ermanski elude la respuesta!

Una vez eludido el problema de si señalé o no con tino el rasgo fundamental, el señor Ermanski, "sorprendido" en flagrante evasión, salta de este problema al de qué "desean" Ilín y la burguesía. Mas, por muy atrevidos y aun temerarios que sean los saltos del señor Ermanski, no podrá encubrir con ellos que ha sido sorprendido.

¿Qué tienen que ver ahí los "deseos", estimado impugnador mío, si lo que se discute es el *concepto* de lucha de clase! Usted mismo se ha visto obligado a reconocer que yo lo acusé de haber sustituido el *concepto* marxista por el liberal y que señale el "rasgo fundamental" del concepto *marxista*, que incluye en la lucha de clase de carácter nacional la organización del poder del Estado.

El señor Ermanski es un polemista tan inhábil,

aunque irascible ¡que ha dado *con su propio ejemplo* una explicación palmaria del nexo existente entre el liquidacionismo en general y los errores de él (de Ermanski), concretamente respecto al *concepto* liberal de lucha de clase!

El problema de la lucha de las clases es uno de los más importantes del marxismo. Por eso mismo conviene que examinemos con mayor detenimiento el concepto de lucha de clase.

Toda lucha de clase es una lucha política[7]. Se sabe que los oportunistas, esclavos de las ideas del liberalismo, comprendieron a torcidas estas hondas palabras de Marx e intentaron darles una interpretación falsa. Entre los oportunistas se encontraban, por ejemplo, los "economistas"[8], hermanos mayores de los liquidadores. Los "economistas" creían que cualquier choque entre las clases era ya una lucha política. Por eso consideraban que la lucha por un aumento salarial de poca monta era "de clase" y no admitían otra superior, más desarrollada, de carácter nacional, la lucha *de clase por objetivos políticos*. Admitían, por consiguiente, la lucha de clase en su forma embrionaria y repudiaban su forma desarrollada. Dicho con otras palabras, aceptaban de lucha de clase la forma que la burguesía liberal toleraba mejor y rechazaban la forma superior, la intolerable para los liberales. Así, los "economistas" se veían convertidos en político obreros liberales y renunciaban, por tanto, al concepto marxista, revolucionario, de lucha de clase.

Sigamos. Aún es poco que la lucha de clase llega a ser auténtica, consecuente y elevada sólo cuando abarca la esfera política. En política también se puede limitar la lucha a cuestiones pequeñas y parciales o calar más hondo, hasta lo fundamental. El marxismo admite que la lucha de clase adquiere pleno desarrollo y es "nacional" *sólo* cuando, además de abarcar la política, toma de ella lo más importante: la organización del poder del Estado.

Por el contrario, cuando el movimiento obrero adquiere cierto vigor, los liberales no se atreven ya a negar la lucha de las clases, pero procuran restringir, desmochar, castrar el concepto de lucha de clase. Los liberales están dispuestos a aceptar la lucha de clase en la esfera política también, pero con la sola condición de que en esta esfera *no* se incluya la organización del poder del Estado. No es difícil comprender qué intereses de clase de la burguesía dan pie a esta tergiversación liberal del concepto de lucha de clase.

Pues bien, cuando el señor Ermanski expuso el trabajo del moderado y cuidadoso funcionario Gushka, cuando se solidarizó con él, *sin ver* (¿no queriendo ver?) la castración liberal del concepto de lucha de clase, le indiqué su gran pecado contra la teoría y los principios generales. Como no podía refutar mi aserto, el señor Ermanski se enfadó y empezó a soltar palabras fuertes, a dar vueltas y salirse por la tangente.

El señor Ermanski ha resultado ser, con todo eso, un polemista tan torpe ¡que se ha desenmascarado muy a las claras él mismo! "Ilín lo desea, pero la burguesía no", escribe. Ahora ya estamos enterados de cuáles son las peculiaridades del punto de vista proletario (del marxismo) y del punto de vista burgués (del liberalismo) que motivan esas diferencias "volitivas".

La burguesía "desea" desmochar la lucha de clase, desvirtuar y restringir su concepto, *embotar* su filo. El proletariado "desea" que este engaño se denuncie. El marxista desea que quien se ponga a hablar, en nombre del marxismo, de la lucha de clase de la burguesía, *denuncie* la estrechez, más aún, la estrechez *interesada del concepto* burgués de la lucha de clase y no se limite a aportar cifras, a entusiasmarse con las cifras "grandes". El liberal "desea" enjuiciar a la burguesía y su lucha de clase de manera que *no se advierta* su estrechez, que *no se advierta* la exclusión de lo "fundamental", de lo más importante de esta lucha.

Se ha visto que el señor Ermanski razona como un *liberal* en torno a las cifras interesantes, si bien encasilladas sin la menor idea o con servilismo, del señor Gushka. Se entiende, pues, que cuando eso se descubrió, al señor Ermanski no le quedó más recurso que soltar palabrotas y escaparse por la tangente.

Prosigamos la cita del artículo del señor Ermanski desde donde nos detuvimos:

> "Está claro que, en realidad, Ilín es el único que sustituye el estudio de la verdadera situación con sus propios juicios, además (!!), con clisés de modelos escolares de la historia de la Gran Revolución Francesa".

¡El señor Ermanski se ha metido en tal lío que se ve más descubierto a cada paso! ¡No se da cuenta hasta dónde descubre y deja al desnudo su liberalismo con ese ataque furioso a los "clisés" de la Gran Revolución Francesa!

¡Estimado señor Ermanski, comprenda (por difícil que le resulte a un liquidador) que no se puede "estudiar la verdadera situación" *sin enjuiciarla*, sin valorarla con criterio marxista, o liberal, o reaccionario, o cualquiera que fuere!

Usted, señor Ermanski, enjuició el "estudio" del buen funcionario Gushka, y lo sigue enjuiciando, con criterio liberal, mientras que yo lo hago con criterio marxista. Ese es el quid de la cuestión. Al detener usted su análisis crítico *ante el umbral* del problema de la *organización* del poder del Estado, *ha demostrado* la limitación liberal de su concepto de la lucha de clase.

Eso era lo que se trataba de demostrar.

Su acometida a los "clisés" de la Gran Revolución Francesa lo descubre por completo, pues cualquiera comprenderá que aquí no se trata de clisés ni de

modelos franceses, ya que *por entonces*, en las circunstancias en que se dieron el clisé y el modelo", no hubo ni podía haber, digamos, y menos aún huelgas políticas.

De lo que en realidad se trata es de que usted, al hacerse liquidador, se olvidó de cómo se aplica el criterio *revolucionario* para valorar los acontecimientos sociales. ¡Ese es el quid de la cuestión! Marx no limitaba en absoluto sus juicios a "clisés y modelos" de las postrimerías del siglo XVIII, pero aplicaba siempre el criterio revolucionario, *valoraba* siempre (¡o "enjuiciaba", si prefiere usted esta palabra más "docta", mi buen señor Ermanski!) la lucha de clase con la mayor *profundidad*, explicando siempre si atañía a lo "fundamental" y fustigando siempre sin piedad toda timidez de pensamiento, toda ocultación de la lucha de clase rudimentaria, castrada y deformada por interés.

A fines del siglo XVIII la lucha de clase nos mostró cómo podía convertirse en una lucha política, cómo llegaba a alcanzar formas verdaderamente "nacionales". Desde entonces ha cambiado en medida gigantesca el grado de desarrollo tanto del capitalismo como del proletariado. Los "clisés" del pasado no serán óbice para nadie en el estudio, por ejemplo, de las nuevas *formas* de lucha, en parte aludidas ya antes por mí.

Mas el criterio del marxista exigirá *siempre* una "valoración" profunda, y no superficial, pondrá siempre al desnudo cuán miserables son las tergiversaciones, las reticencias y las pusilánimes ocultaciones *liberales*.

Felicitemos al señor Ermanski por su abnegada y magnífica exposición de cómo los liquidadores sustituyen el concepto marxista de lucha de clase con el concepto liberal, olvidando cómo se examinan los acontecimientos sociales con criterio revolucionario.

Publicado en mayo de 1913 en el núm. 5 de la revista "Prosveschenie".

T. 23, págs. 236-241.

MARXISMO Y REFORMISMO.

A diferencia de los anarquistas, los marxistas admiten la lucha por las reformas, es decir, por mejoras de la situación de los trabajadores que no lesionan el poder, dejándolo como estaba, en manos de la clase dominante. Pero, a la vez, los marxistas combaten con la mayor energía a los reformistas, los cuales circunscriben directa o indirectamente los anhelos y la actividad de la clase obrera a las reformas. El reformismo es una manera que la burguesía tiene de engañar a los obreros, que seguirán siendo esclavos asalariados, pese a algunas mejoras aisladas, mientras subsista el dominio del capital.

Cuando la burguesía liberal concede reformas con una mano, siempre las retira con la otra, las reduce a la nada o las utiliza para subyugar a los obreros, para dividirlos en grupos, para eternizar la esclavitud asalariada de los trabajadores. Por eso el reformismo, incluso cuando es totalmente sincero, se transforma de hecho en un instrumento de la burguesía para corromper a los obreros y reducirlos a la impotencia. La experiencia de todos los países muestra que los obreros han salido burlados siempre que se han confiado a los reformistas.

Por el contrario, si los obreros han asimilado la doctrina de Marx, es decir, si han comprendido que es inevitable la esclavitud asalariada mientras subsista el dominio del capital, no se dejarán engañar por ninguna reforma burguesa. Comprendiendo que, al mantenerse el capitalismo, las reformas no pueden ser ni sólidas ni importantes, los obreros pugnan por obtener mejoras y las utilizan para proseguir la lucha, más tesonera, contra la esclavitud asalariada. Los reformistas pretenden dividir y engañar con algunas dádivas a los obreros, pretenden apartados de su lucha de clase. Los obreros, que han comprendido la falsedad del reformismo, utilizan las reformas para desarrollar y ampliar su lucha de clase.

Cuanto mayor es la influencia de los reformistas en los obreros, tanto menos fuerza tienen éstos, tanto más dependen de la burguesía y tanto más fácil le es a esta última anular con diversas artimañas el efecto de las reformas. Cuanto más independiente y profundo es el movimiento obrero, cuanto más amplio es por sus fines, más desembarazado se ve de la estrechez del reformismo y con más facilidad consiguen los obreros afianzar y utilizar ciertas mejoras.

Reformistas hay en todos los países, pues la burguesía trata por doquier de corromper de uno u otro modo a los obreros y hacer de ellos esclavos satisfechos que no piensen en destruir la esclavitud. En Rusia, los reformistas son los liquidadores, que renuncian a nuestro pasado para adormecer a los obreros con ilusiones en un partido nuevo, abierto y legal. No hace mucho, obligados por *Siévernaya Pravda*[9], los liquidadores de San Petersburgo comenzaron a defenderse de la acusación de reformismo. Es preciso detenerse a examinar con atención sus razonamientos para dejar bien clara una cuestión de extraordinaria importancia.

No somos reformistas -escribían los liquidadores petersburgueses-, porque no hemos dicho que las reformas lo sean todo y que el objetivo final no sea nada; hemos dicho: movimiento hacia el objetivo final; hemos dicho: a través de la lucha por las reformas, hacia la realización plena de las tareas planteadas.

Veamos si esta defensa corresponde a la verdad.

Hecho primero. Resumiendo las afirmaciones de todos los liquidadores, el liquidador Sedov ha escrito que dos de "las tres ballenas"[10] presentadas por los marxistas no sirven hoy para la agitación. Ha dejado la jornada de ocho horas, que, teóricamente, es factible como reforma. Ha suprimido o relegado precisamente lo que no cabe en el marco de las reformas. Por consiguiente, ha incurrido en el oportunismo más palmario, preconizando ni más ni menos que la política expresada por la fórmula de que el objetivo final no es nada. Eso es justamente reformismo, ya que el "objetivo final" (aunque sólo sea con relación a la democracia) se aparta bien lejos de la agitación.

Hecho segundo. La decantada conferencia de agosto (del año pasado) de los liquidadores[11] también pospone -reservándolas para un caso especial- las reivindicaciones no reformistas, en vez de sacarlas a primer plano y colocadas en el centro mismo de la agitación.

Hecho tercero. Al negar y rebajar "lo viejo", queriéndose desentender de ello, los liquidadores se limitan al reformismo. En las actuales circunstancias es evidente la conexión entre el reformismo y la renuncia a "lo viejo".

Hecho cuarto. El movimiento económico de los obreros provoca la ira y las alharacas de los liquidadores ("pierden los estribos", "no hacen más que amagar", etc., etc.), toda vez que se vincula con consignas que van más allá del reformismo.

¿Qué vemos en definitiva? De palabra, los liquidadores rechazan el reformismo como tal, pero de hecho lo aplican en toda la línea. Por una parte nos aseguran que para ellos las reformas no son todo, ni mucho menos; mas, por otra, siempre que los marxistas van en la práctica más allá del reformismo, se ganan las invectivas o el menosprecio de los liquidadores.

Por cierto, lo que ocurre en todos los terrenos del movimiento obrero nos muestra que los marxistas, lejos de quedarse a la zaga, van muy por delante en lo que se refiere a la utilización práctica de las reformas y a la lucha por las reformas. Tomemos las elecciones a la Duma[12] por la curia obrera: los discursos pronunciados por los diputados dentro y fuera de la Duma, la organización de periódicos obreros, el aprovechamiento de la reforma de los seguros, el sindicato metalúrgico, uno de los más importantes, etc., y veremos por doquier un predominio de los obreros marxistas sobre los liquidadores en la esfera de la labor directa, inmediata y "diaria" de agitación, organización y lucha por las reformas y su aprovechamiento.

Los marxistas realizan una labor constante sin perder una sola, "posibilidad" de conseguir reformas, y utilizadas, sin censurar, antes bien apoyando y desarrollando con solicitud cualquier actividad que vaya más allá del reformismo tanto en la propaganda como en la agitación, en las acciones económicas de masas, etc. Mientras tanto, los liquidadores, que han abandonado el marxismo, no hacen con sus ataques a la existencia misma de un marxismo monolítico, con su destrucción de la disciplina marxista y con su prédica del reformismo y de la política obrera liberal más que desorganizar el movimiento obrero.

Tampoco se debe olvidar que el reformismo se manifiesta en Rusia de una forma peculiar, a saber: en la equiparación de las condiciones fundamentales de la situación política de la Rusia actual y de la Europa actual. Desde el punto, de vista de un liberal, esta equiparación es legítima, pues el liberal cree y confiesa que, "gracias a Dios, tenemos Constitución". El liberal expresa los intereses de la burguesía cuando defiende la idea de que, después del 17 de octubre[13], toda acción de la democracia que vaya más allá del reformismo es una locura, un crimen, un pecado,. etc.

Pero precisamente estas ideas burguesas son las que ponen en práctica nuestros liquidadores, que "trasplantan" sin cesa, y con regularidad (en el papel) a Rusia tanto el "partido a la vista de todos" como la "lucha por la legalidad", etc. Con otras palabras, los liquidadores preconizan, a semejanza de los liberales, el trasplante de una Constitución europea a Rusia sin reparar en el camino peculiar que condujo en Occidente a la proclamación y afianzamiento de las constituciones durante varias generaciones y, a veces, incluso siglos. Los liquidadores y los liberales quieren, como suele decirse, pescar truchas a bragas enjutas.

En Europa, el reformismo significa en la práctica renuncia al marxismo y sustitución de esta doctrina por la "política social" burguesa. En nuestro país, el reformismo de los liquidadores implica, además de eso, desmoronamiento de la organización marxista, renuncia a las tareas democráticas de la clase obrera y sustitución de éstas con una política obrera liberal.

Publicado el 12 de septiembre de 1913 en el núm. 2 de "Pravda Trudá".
T. 24, págs. 1-4.

NOTAS CRÍTICAS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL.

Es evidente que el problema nacional ha pasado a ocupar hoy un lugar destacado entre las cuestiones de la vida social de Rusia. Tanto el nacionalismo militante de la reacción como el paso del liberalismo burgués, contrarrevolucionario, al nacionalismo (sobre todo al nacionalismo ruso, y también al nacionalismo polaco, hebreo, ucranio, etc.) y, por último, el aumento de las vacilaciones nacionalistas entre diversos socialdemócratas "nacionales" (es decir, no rusos), rayando en la infracción del programa del partido, nos obligan absolutamente a prestar al problema nacional más atención que hasta ahora.

El presente artículo persigue un fin especial: examinar juntas precisamente estas vacilaciones programáticas de los marxistas, y de los que se dicen marxistas, en el problema nacional. En el núm. 29 de *Siévernaya Pravda* (5 de septiembre de 1913, artículo *Liberales y demócratas en el problema de los idiomas*) tuve ocasión de referirme al oportunismo de los liberales en el problema nacional. El periódico oportunista hebreo *Zait*[14] arremetió contra este artículo mío en otro del señor F. Libman. Por otra parte, el señor Lev Yurkévich, oportunista ucranio, critica el programa de los marxistas de Rusia en el problema nacional (*Dzvin*[15], núms. 7 y 8 de 1913). Ambos autores tratan tantas cuestiones que, para contestarles, tendré que hablar de los aspectos más diversos de nuestro tema. Creo que lo mejor será empezar por reproducir el artículo publicado en *Siévernaya Pravda*.

1. Liberales y demócratas en el problema de los idiomas.

Los periódicos han mencionado en reiteradas ocasiones el informe del gobernador general del Cáucaso, quien no se distingue por el extremismo reaccionario de las centurias negras[16], sino por un "liberalismo" tibio. A propósito sea dicho, este gobernador general está en contra de la rusificación impuesta de los pueblos alógenos. En el Cáucaso, la *propia* población no rusa procura que sus hijos aprendan el ruso, como ocurre, por ejemplo, en las escuelas parroquiales armenias, donde la enseñanza del ruso no es obligatoria.

Al señalar esto, *Rússkoie Slovo*[17] (núm. 198), uno de los periódicos liberales más difundidos en Rusia, llega a la acertada conclusión de que la hostilidad a la lengua rusa en nuestro país "se debe exclusivamente" a su implantación "artificiosa" (debería haber dicho: por la fuerza).

"No hay por qué preocuparse de la suerte del idioma ruso -dice el periódico-. El mismo se ganará el reconocimiento en toda Rusia". Y es cierto, pues las necesidades del intercambio económico obligarán siempre a las naciones que viven en un mismo Estado (mientras quieran vivir juntas) a aprender el idioma de la mayoría. Cuanto más democrático sea el régimen existente en Rusia, tanto mayor, más rápido y más amplio será el desarrollo del capitalismo y tanto más imperioso será el impulso que las demandas del intercambio económico den a las distintas naciones a aprender la lengua más conveniente para las relaciones comerciales comunes.

Pero el periódico liberal se apresura a rebatirse y demostrar su inconsecuencia liberal.

> "Es poco probable -dice- que ni siquiera entre los adversarios de la rusificación haya nadie dispuesto a negar que en un Estado tan inmenso como Rusia deba existir un idioma común para todo el país y que ese idioma... sólo pueda ser el ruso".

¡Buena está la lógica! La pequeña Suiza no sale perdiendo, sino ganando, por tener nada menos que tres idiomas, en vez de *uno* solo, para todo el país: el alemán, el francés y el italiano. El 70% de sus habitantes son alemanes (en Rusia, el 43% son rusos); el 22%, franceses (en Rusia, el 17% son ucranios), y el 7%, italianos (en Rusia, el 6% son polacos y el 4,5% bielorrusos). Y si los italianos de Suiza hablan con frecuencia el francés en el Parlamento común, no lo hacen obligados por una bárbara ley policíaca (inexistente en dicho país), sino sencillamente porque los propios ciudadanos civilizados de un Estado democrático prefieren emplear la lengua que entiende la mayoría. El idioma francés no inspira odio a los italianos porque es el de una nación libre y civilizada, porque no lo impone ninguna repulsiva medida de la policía.

¿Por qué, pues, la "inmensa" Rusia, mucho más heterogénea y de un atraso tremendo, ha de *frenar* su desarrollo por mantener un privilegio del tipo que se quiera para uno de los idiomas? ¿No será al revés,

señores liberales? ¿No habrá de acabar Rusia cuanto antes y de la manera más resuelta y completa con toda clase de privilegios si quiere alcanzar a Europa?

Si desaparecen todos los privilegios, si se deja de imponer uno de los idiomas, todos los eslavos aprenderán rápida y fácilmente a entenderse entre ellos y no les asustará la "horrible" idea de que en el Parlamento común vayan a pronunciarse discursos en lenguas distintas. A su vez, las propias demandas del intercambio económico *determinarán* cuál ha de ser la lengua que *convenga* conocer a la mayoría del país de que se trate en beneficio de las relaciones comerciales. Y lo determinarán con tanta mayor fuerza por cuanto lo aceptará voluntariamente la población de las distintas naciones, y eso será tanto más rápido y tanto más extenso cuanto más consecuente sea la democracia y más rápido, en virtud de ello, el desarrollo del capitalismo.

Los liberales abordan la cuestión de los idiomas, lo mismo que todas las cuestiones políticas, como mercachifles hipócritas, tendiendo una mano (de cara) a la democracia y la otra (por la espalda) a los señores feudales y a la policía. ¡Estamos en contra de los privilegios!, gritan los liberales, mientras que, por la espalda, trapichean con los señores feudales y les sacan tal o cual privilegio.

Así es todo nacionalismo liberal burgués, tanto da que se trate del ruso (el peor de todos por la violencia con que se impone y por su parentesco con los señores Purishkévich) como del polaco, el hebreo, el ucranio, el georgiano o cualquier otro. Lo que *en realidad* hace la burguesía de *todas* las naciones, tanto en Austria como en Rusia, bajo la consigna de "cultura nacional", es dividir a los obreros, debilitar la democracia y negociar con los señores feudales la venta de los derechos y la libertad del pueblo.

La consigna de la democracia obrera no es la de "cultura nacional", sino la de cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial. Que embauque la burguesía al pueblo con toda clase de programas nacionales "positivos". El obrero consciente le responderá: sólo hay una solución del problema nacional (dentro de lo que cabe, en general, resolver este problema en el mundo del capitalismo, mundo del lucro, de las discordias y de la explotación), y esa solución es la democracia consecuente.

Pruebas: Suiza, país de vieja cultura, en Europa Occidental, y Finlandia, país de joven cultura, en Europa Oriental.

El programa nacional de la democracia obrera exige: ningún privilegio en absoluto para ninguna nación o idioma; solución libre y democrática por completo del problema de la autodeterminación política de las naciones, es decir, de su separación como Estado; promulgación de una ley general para todo el país que declare ilegítima y sin vigor toda medida (de los zemstvos[18] de las autoridades urbanas, de las comunidades rurales, etc., etc.) que instituya cualquier privilegio para una de las naciones y menoscabe la igualdad de las naciones o los derechos de una minoría nacional; cualquier ciudadano del Estado podrá exigir la revocación de tal medida por anticonstitucional y castigo judicial de cuantos intenten llevarla a la práctica.

La democracia obrera opone a las rencillas de tipo nacional entre los distintos partidos burgueses relacionadas con el idioma, etc., la reivindicación de unidad incondicional y fusión completa de los obreros de todas las naciones en todas las organizaciones obreras: sindicales, cooperativas de producción o de consumo, culturales y otras para contrarrestar todo nacionalismo burgués. Sólo esa unidad y esa fusión pueden salvaguardar la democracia, los intereses de los obreros frente al capital -que se ha internacionalizado ya y se internacionalizará más cada día- y los intereses del desarrollo de la humanidad hacia un tipo nuevo de vida, libre de todo privilegio y de toda explotación.

2. La "cultura nacional".

Como habrá visto el lector, el artículo de *Siévernaya Pravda* muestra con un ejemplo -el de un idioma común para todo el Estado- la inconsecuencia y el oportunismo de la burguesía liberal, que se da la mano con los señores feudales y los policías en el problema nacional. Todo el mundo comprende que la burguesía liberal obra en el problema del idioma común para todo el Estado con la misma infidencia, hipocresía y torpeza (incluso desde el punto de vista de los intereses del liberalismo) que en tantos otros problemas análogos.

¿Qué se deduce de ahí? Que *todo* nacionalismo liberal burgués lleva la mayor de las corrupciones a los medios obreros y ocasiona un daño enorme a la causa de la libertad y a la lucha de clase proletaria. Esto es tanto más peligroso cuanto que la tendencia burguesa (y feudal burguesa) *se encubre* con la consigna de "cultura nacional". Las centurias negras y los clericales, y tras ellos los burgueses de *todas* las naciones, hacen sus reaccionarios y sucios trapicheos en nombre de la cultura nacional (rusa, polaca, hebrea, ucrania, etc.).

Tal es la realidad de la vida nacional de nuestros días si se la aborda desde el punto de vista marxista, es decir, desde el punto de vista de la lucha de clase, si se confrontan las consignas con los intereses y con la política de clase y no con los "principios generales", las palabras rimbombantes y las frases hueras.

La consigna de cultura nacional es una superchería burguesa (y a menudo también ultrarreaccionaria y clerical). Nuestra consigna es la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial.

El bundista[19] Libman se lanza aquí al combate y

me hace trizas con la siguiente parrafada demoledora:

> "Todo el que conozca algo, por poco que sea, el problema nacional sabe que la cultura internacional no es innacional (sin forma nacional); una cultura innacional que no sea rusa, ni hebrea, ni polaca, sino cultura a secas es un absurdo; las ideas internacionales sólo pueden prender en la clase obrera precisamente cuando son adaptadas al idioma que habla y a las condiciones nacionales concretas en que vive el obrero; el obrero no debe quedar impasible ante la situación y el desarrollo de su cultura nacional, pues única y exclusivamente por medio de ella obtiene la posibilidad de participar en "la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial". Esto se sabe desde hace tiempo, pero Y. I. no quiere ni oír hablar de ello..."

Meditemos despacio este razonamiento bundista típico, destinado, tomen nota, a echar por tierra la tesis marxista expuesta por mí. Con un empaque imponente, el señor bundista, buen "conocedor del problema nacional", nos presenta como verdades "archisabidas" criterios burgueses corrientes.

En efecto, estimado bundista, la cultura internacional no carece de nación. Nadie ha afirmado lo contrario. Nadie ha propugnado una cultura "escueta", que no sea ni polaca, ni hebrea, ni rusa, etc.; de modo que su llana palabrería no es más que un intento de despistar al lector y encubrir el fondo del problema con palabrería estrepitosa.

En *cada* cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, *elementos* de cultura democrática y socialista, pues en *cada* nación hay una masa trabajadora y explotada cuyas condiciones de vida originan inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en *cada* nación existe asimismo una cultura burguesa (y, además, en la mayoría de los casos, ultrarreaccionaria y clerical), y no en simple forma de "elementos", sino como cultura *dominante*. Por eso, la "cultura nacional" en general *es* la cultura de los terratenientes, de los curas y de la burguesía. El bundista deja a oscuras y "encubre" con su palabrería huera esta verdad elemental, de catón para un marxista, con lo cual, *en vez* de descubrir y explicar el abismo que separa a las clases, lo que hace en realidad es ocultarlo para que no lo vea el lector. *En realidad*, el bundista se ha exteriorizado como un burgués interesado de lleno en reclamar que se difunda la fe en una cultura nacional que nada tiene de común con ninguna clase.

Al lanzar la consigna de "cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial", tomamos de *cada* cultura nacional *sólo* sus elementos democráticos y socialistas, y los tomamos *única y exclusivamente* como contrapeso a la cultura burguesa y al nacionalismo burgués de *cada* nación. Ningún demócrata, y menos aún ningún marxista, niega la igualdad de derechos de los idiomas o la necesidad de polemizar en el idioma propio con la burguesía "propia" y de propagar con el idioma propio las ideas anticlericales o antiburguesas entre los campesinos y los pequeños burgueses "propios". De esto huelga hablar; pero, con estas verdades incontestables, el bundista vela lo discutible, es decir, el verdadero quid de la cuestión.

La cuestión estriba en si pueden permitirse los marxistas lanzar directa o indirectamente la consigna de cultura nacional o si, *en oposición* a ésta, deben preconizar sin falta en todos los idiomas la consigna del *internacionalismo* de los obreros "adaptándose" a todas las peculiaridades locales y nacionales.

Lo que determina el significado de la consigna de "cultura nacional" no son las promesas o los buenos propósitos de tal o cual intelectualillo de "interpretarla" "en el sentido de que es portadora de la cultura internacional". Ver así las cosas sería caer en un subjetivismo pueril. El significado de la consigna de cultura nacional depende de la correlación objetiva entre todas las clases del país dado y de todos los países del mundo. La cultura nacional de la burguesía es un *hecho* (con la particularidad, repito, de que la burguesía concluye en todas partes transacciones con los terratenientes y los curas). El nacionalismo militante burgués, que embrutece, embauca y divide a los obreros para hacerles ir a remolque de la burguesía, es la circunstancia fundamental de nuestra época.

Quien quiere servir al proletariado debe unir a los obreros de todas las naciones y luchar constantemente contra el nacionalismo burgués, tanto el "*propio*" como el ajeno. Quien defiende la consigna de cultura nacional no tiene cabida entre los marxistas, su lugar está entre los pequeños burgueses nacionalistas.

Tomemos un ejemplo concreto. ¿Acaso puede un marxista ruso aceptar la consigna de cultura nacional rusa? No. A ese individuo hay que incluirlo entre los nacionalistas, y no entre los marxistas. Nuestro deber es combatir la cultura nacional dominante, ultrarreaccionaria y burguesa, de los rusos, desarrollando exclusivamente en un espíritu internacional y en estrechísima alianza con los obreros de otros países los gérmenes que existen también en la historia de nuestro movimiento democrático y obrero. Lo que debemos hacer es batallar contra nuestros propios terratenientes y burgueses ruso, contra su "cultura", luchar en aras del internacionalismo, "adaptándonos" a las particularidades de los Purishkévich y los Struve. Eso es lo que se debe hacer, y no predicar ni admitir la consigna de cultura nacional.

Otro tanto podemos decir de la nación hebrea, la más oprimida y perseguida. La cultura nacional hebrea es una consigna de los rabinos y de los burgueses, una consigna de nuestros enemigos. Pero

en la cultura hebrea y en toda la historia del pueblo hebreo hay también otros elementos. De los diez millones y medio de hebreos que existen en el mundo, poco más de la mitad viven en Galitzia y en Rusia, países atrasados y semisalvajes, donde los hebreos están colocados *a la fuerza* en la situación de ralea. La otra mitad vive en el mundo civilizado, donde los hebreos no están aislados como casta ruin. Allí se han manifestado con toda evidencia los grandes rasgos progresistas, de alcance universal, de la cultura hebrea: su internacionalismo y su aptitud para adherirse a los movimientos avanzados de la época (el porcentaje de hebreos que participan en los movimientos democráticos y proletarios es, en todas partes, mayor del que, en general, representan en la población).

Quien lanza directa o indirectamente la consigna de "cultura nacional" hebrea (no importa que lo haga con buenas intenciones) es un enemigo del proletariado, un partidario de cuánto hay de *viejo* y de *espíritu de casta* en el pueblo hebreo, es un cómplice de los rabinos y de los burgueses. Por el contrario, los hebreos marxistas que se funden en las organizaciones marxistas internacionales con los obreros rusos, lituanos, ucranios, etc., aportando su óbolo (en ruso y en hebreo) a la creación de la cultura internacional del movimiento obrero, continúan -a despecho del separatismo del Bund- las mejores tradiciones del pueblo hebreo, impugnando la consigna de "cultura nacional".

Nacionalismo burgués e internacionalismo proletario: éstas son las dos consignas antagónicas e inconciliables que corresponden a los dos grandes bandos que dividen a las clases del mundo capitalista y expresan *dos* políticas (es más, dos concepciones) en el problema nacional. Al defender la consigna de cultura nacional y edificar sobre ella todo un plan y el programa práctico de la llamada "autonomía nacional cultural"[20] los bundistas obran *de hecho* como vehículos del nacionalismo burgués en las filas obreras.

3. El espantajo nacionalista de la "asimilación".

El problema de la asimilación, es decir, el de la pérdida de las peculiaridades nacionales y el paso a otra nación, nos permite mostrar con toda claridad las consecuencias de las vacilaciones nacionalistas de los bundistas y de cuantos piensan como ellos.

El señor Libman, que transmite y repite con exactitud los argumentos, mejor dicho, los métodos habituales de los bundistas, califica de "*vieja patraña asimilista*" la reivindicación de unir y fundir a los obreros de todas las naciones del Estado de que se trate en organizaciones obreras únicas (véase más arriba el final del artículo reproducido de *Siévernaya Pravda*).

"Por consiguiente -dice el señor F. Libman, refiriéndose a la conclusión del artículo de *Siévernaya Pravda*-, si le preguntamos a un obrero de qué nación es, tendrá que contestar: soy socialdemócrata".

Nuestro bundista estima esto el colmo de lo chistoso. Pero, en realidad, lo que hace con *tales* chistes y con esos gritos a cuenta de la "asimilación" *lanzados contra* una consigna consecuentemente democrática y *marxista* no es más que desenmascararse hasta el fin él mismo.

El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en el problema nacional. La primera es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional y la creación de Estados nacionales. La segunda es el desarrollo y multiplicación de las naciones de todo tipo entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc.

Ambas tendencias son una ley universal del capitalismo. La primera predomina en los albores del desarrollo capitalista; la segunda es característica del capitalismo maduro, que hacia su transformación en sociedad socialista. El programa nacional de los marxistas tiene presentes ambas tendencias: primero, defiende la igualdad de derechos de las naciones y de los idiomas (y también el derecho de las naciones a la autodeterminación, de lo cual hablaremos más adelante) y considera inadmisible la existencia de cualesquiera *privilegios* en este aspecto; segundo, propugna el principio del internacionalismo y la lucha implacable por evitar que el proletariado se contamine de nacionalismo burgués, aun del más sutil.

Y cabe preguntar: ¿a qué se refiere nuestro bundista cuando clama al cielo contra la "asimilación"? *No ha podido* referirse a la violencia ejercida contra las naciones ni a los privilegios de una de ellas, porque aquí nada tiene que ver la palabra "asimilación"; porque todos los marxistas, tanto por separado como juntos, formando un todo único oficial, han condenado con firmeza, sin dejar lugar a equívocos, la menor manifestación de violencia, opresión o desigualdad nacionales; porque, por último, en el artículo de *Siévernaya Pravda*, contra el que ha arremetido nuestro bundista, también está expresada con la mayor firmeza esta idea propia de todo marxista.

No, aquí no valen las evasivas. El señor Libman condena la "asimilación" sin entender por ella *ni* la violencia, *ni* la desigualdad, *ni* los privilegios. Pero, ¿queda algo real en el concepto de "asimilación" si se excluyen toda violencia y toda desigualdad?

Sí, desde luego. Queda la tendencia histórica universal del capitalismo a romper las barreras nacionales, a borrar las diferencias nacionales, a

llevar las naciones a la *asimilación*, tendencia que cada decenio se manifiesta con mayor pujanza y constituye uno de los más poderosos motores de la transformación del capitalismo en socialismo.

No es marxista, ni siquiera demócrata, quien no acepta ni defiende la igualdad de derechos de las naciones y los idiomas, quien no lucha contra toda opresión o desigualdad nacional. Esto es indudable. Pero es igualmente indudable que el seudomarxista que pone de vuelta y media a los marxistas de otra nación, acusándolos de "asimilistas", es de hecho un simple *pequeño burgués nacionalista*. A esta categoría poco honorable de personas pertenecen todos los bundistas y (como veremos ahora) los socialnacionalistas ucranios de la índole de los señores L. Yurkévich, Dontsov y compañía. Para demostrar con ejemplos concretos cuán reaccionarias son las concepciones de estos pequeños burgueses nacionalistas aportaré datos de tres tipos.

Los que más gritan contra el espíritu "asimilista" de marxistas ortodoxos rusos son los nacionalistas hebreos de Rusia en general y, entre ellos, sobre todo, los bundistas. Sin embargo, como puede verse por los datos antes citados, de los diez millones y medio de hebreos que hay en el mundo, *cerca de la mitad* habitan en países *civilizados*, en condición de *máxima* "asimilación", mientras que únicamente los hebreos de Rusia y Galitzia, seres infelices, atrasados, sin derechos y oprimidos por los Purishkévich (rusos y polacos) viven en condiciones de *mínima* "asimilación", de aislamiento máximo que llega incluso a tomar la forma de "zonas de asentamiento"[21], de "porcentaje normativo"[22] y demás delicias purishkevichianas.

Los hebreos no son nación en el mundo civilizado, pues ahí es donde más se han asimilado - dicen C. Kautsky y O. Bauer. Los hebreos de Galitzia y Rusia no son nación, pues aquí, desgraciadamente (y no por culpa de ellos, sino por culpa de los Purishkévich), siguen siendo *ralea*. Tal es la opinión indiscutible de personas que conocen indiscutiblemente la historia del pueblo hebreo y que toman en consideración los hechos precitados.

¿Qué nos dicen estos hechos? Nos dicen que sólo pueden clamar contra la "asimilación" los pequeños burgueses hebreos reaccionarios, los cuales pretenden dar marcha atrás a la historia y obligarla a desandar el camino de las condiciones de París y Nueva York a las de Rusia y Galitzia, y no al revés.

Contra la asimilación jamás clamaron los mejores hombres del pueblo hebreo, que se cubrieron de gloria en la historia universal y dieron al mundo jefes de vanguardia de la democracia y el socialismo. Contra la asimilación sólo claman los que tiran de la levita a los hebreos.

Podemos hacernos una idea aproximada de la magnitud del proceso de asimilación de las naciones, en las circunstancias actuales del capitalismo avanzado, por los datos que arroja, verbigracia, la emigración a los Estados Unidos de Norteamérica. En los diez años comprendidos entre 1891 y 1900, de Europa salieron para aquel país 3.700.000 personas; y en los nueve años siguientes, 1901-1909, 7.200.000 personas. El censo de 1900 registró en los Estados Unidos más de diez millones de extranjeros. El Estado de Nueva York, donde, según ese mismo censo, había más de 78.000 austriacos, 136.000 ingleses, 20.000 franceses, 480.000 alemanes, 37.000 húngaros, 425.000 irlandeses, 182.000 italianos, 70.000 polacos, 166.000 procedentes de Rusia (en su mayoría hebreos), 43.000 suecos, etc., parece un molino que va triturado las diferencias nacionales. Y lo que ocurre en Nuera York a escala inmensa, internacional, ocurre también en cada gran ciudad o poblado fabril.

Quien no esté lleno de prejuicios nacionalistas no podrá menos de ver en este proceso de asimilación de las naciones por el capitalismo un grandioso progreso histórico, una destrucción del anquilosamiento nacional de los rincones perdidos, sobre todo en países atrasados como Rusia.

Veamos lo que ocurre en Rusia y la actitud que los rusos tienen con los ucranios. Como es natural, todo demócrata, sin hablar ya de los marxistas, impugnará con energía la terrible humillación del pueblo ucranio y reivindicará para él la plena igualdad de derechos. Pero *debilitar* los vínculos y la alianza existentes hoy día dentro de un mismo Estado entre el proletariado ucranio y el proletariado ruso sería una traición directa al socialismo y una política estúpida *incluso* desde el punto de vista de los "objetivos nacionales" burgueses de los ucranios.

El señor Lev Yurkévich, que también se hace pasar por "marxista" (¡pobre Marx!), nos ofrece un ejemplo de esa estúpida política. En 1906 -dice el señor Yurkévich-, Sokolovski (Basok) y Lukashévich (Tuchapski) afirmaban que el proletariado ucranio está rusificado por completo y no necesita ninguna organización aparte. Sin tratar siquiera de aportar un solo dato *sobre el fondo de la cuestión*, el señor Yurkévich arremete con ese motivo contra Sokolovski y Lukashévich, lanzando aullidos histéricos -al estilo del nacionalismo más vil, obtuso y reaccionario- para acusarlos de "pasividad nacional", de "apostasía nacional", de "haber escindido (!!) a los marxistas ucranios", etc. A pesar del "incremento de la conciencia nacional ucraniana entre los obreros", tenemos ahora una *minoría* de obreros con "conciencia nacional", mientras que la mayoría -según afirma el señor Yurkévich- "se encuentra aún bajo la influencia de la cultura de Rusia". Nuestro deber -exclama el pequeño burgués nacionalista- "no es seguir detrás de las masas, sino llevarlas en pos de nosotros, explicarles los objetivos nacionales" (*natsionalnu spravu*) (*Dzvin*, pág. 89).

Este razonamiento del señor Yurkévich es

nacionalista burgués de cabo a rabo. Pero incluso criticado desde el punto de vista de los nacionalistas burgueses, algunos de los cuales quieren la plena igualdad de derechos y la autonomía de Ucrania, mientras que otros reclaman la formación de un Estado ucraniano independiente, dicho razonamiento se viene abajo. El enemigo de las aspiraciones redentoras de los ucranios es la clase de los terratenientes rusos y polacos, así como también la burguesía de ambas naciones. ¿Cuál es la fuerza social capaz de hacer frente a estas clases? El primer decenio del siglo XX nos ha dado la respuesta auténtica: esa fuerza es únicamente la clase obrera, que lleva en pos de sí al campesinado democrático. En su afán de dividir y debilitar, por tanto, la única fuerza en realidad democrática -con cuyo triunfo quedaría descartada la opresión nacional-, el señor Yurkévich no sólo traiciona los intereses de la democracia en general, sino también los de Ucrania, su patria. Si los proletarios rusos y ucranios van unidos, la libertad de Ucrania *es posible*; sin esa unidad no se puede hablar siquiera de tal libertad.

Pero los marxistas no se circunscriben al punto de vista nacional burgués. Hace ya varios decenios que se definió con toda claridad el proceso de desarrollo económico, más rápido, del Sur, es decir, de Ucrania, que atrae a decenas y centenares de miles de campesinos y obreros de Rusia a las haciendas capitalistas, a las minas y a las ciudades. La “asimilación” del proletariado ruso y ucranio en esas zonas es un hecho indudable. *Lo* es también, y *sin discusión*, progresivo. El capitalismo va sustituyendo al mujik ruso o ucranio, torpe, rústico, sedentario y cerril por el inquieto proletario cuyas condiciones de vida van rompiendo la limitación nacional específica, lo mismo rusa que ucraniana. Supongamos que con el tiempo se levanta una frontera estatal entre Rusia y Ucrania: también en este caso el carácter progresivo, en el plano histórico, de la “asimilación” de los obreros rusos y ucranios será indudable, como lo es el proceso de molturación de las naciones que se está operando en Norteamérica. Cuanto más libres sean Ucrania y Rusia, *más rápido y amplio* será el desarrollo del capitalismo, el cual, a su vez, atraerá con mayor fuerza a obreros de todas las naciones, desde todas las regiones del Estado y desde todos los Estados vecinos (en el caso de que Rusia y Ucrania resulten ser dos Estados vecinos), a las ciudades, minas y fábricas.

Cuando el señor Yurkévich sacrifica los intereses del trato, de la fusión y de la asimilación del *proletariado* de dos naciones en aras de un éxito momentáneo de los objetivos nacionales ucranios, se porta como un auténtico burgués, más aún, como un burgués miope, torpe y limitado, es decir, como un filisteo. Primero son los objetivos nacionales; los objetivos proletarios van después -dicen los nacionalistas burgueses, a los que hacen coro los señores Yurkévich, Dontsov y demás marxistas de pacotilla. Ante todo, los objetivos proletarios -decimos nosotros-, porque éstos no sólo aseguran los intereses duraderos y vitales del trabajo, así como los de la humanidad, sino también los de la democracia, y sin democracia no se puede concebir una Ucrania ni autónoma ni independiente.

Por último, en el razonamiento del señor Yurkévich, de riqueza tan extraordinaria en joyas nacionalistas, debemos señalar, además, lo siguiente. Una minoría de obreros ucranios -dice- tiene conciencia nacional, mientras que “la mayoría se encuentra aún bajo la influencia de la cultura rusa”.

Cuando se trata del proletariado, esta oposición de la cultura ucraniana en conjunto a la cultura rusa, tomada también en conjunto, equivale a la más desvergonzada traición a los intereses del proletariado en beneficio del nacionalismo burgués.

En cada nación moderna -decimos nosotros a todos los socianacionalistas- hay dos naciones. En cada cultura nacional hay dos culturas nacionales. Está la cultura rusa de los Purishkévich, de los Guchkov y de los Struve, pero también está la cultura rusa enaltecida por los nombres de Chernyshevski y Plejánov. También hay *dos* culturas *como éstas* en Ucrania, lo mismo que en Alemania, Francia, Inglaterra, así como entre los hebreos, etc. Si la mayoría de los obreros ucranios siente la influencia de la cultura rusa, sabemos perfectamente que, al lado de las ideas de la cultura clerical y burguesa rusa, hacen también impacto en ellos las ideas de la democracia y de la socialdemocracia rusas. Al luchar contra el primer tipo de “cultura”, el *marxista* ucraniano destacará siempre la otra cultura y dirá a los obreros de su nación: “debemos buscar, utilizar y consolidar con todas nuestras fuerzas cualquier oportunidad de tratar a los obreros conscientes rusos, de familiarizarnos con su literatura y sus ideas, pues así lo exigen los intereses vitales del movimiento obrero *tanto* ucraniano *como* ruso”.

Si el marxista ucraniano se deja llevar por su odio, *muy legítimo y natural*, a los opresores rusos, hasta *el extremo* de hacer extensiva aunque sólo sea una partícula de ese odio, aunque sólo sea cierto distanciamiento, a la cultura proletaria y a la causa proletaria de los obreros rusos, ese marxista irá a parar a la charca del nacionalismo burgués. Del mismo modo se deslizará el marxista ruso a la charca del nacionalismo no sólo burgués, sino también ultrarreaccionario, si olvida, aunque sea por un instante, la reivindicación de la plena igualdad de derechos para los ucranios o el *derecho* de éstos a constituirse en Estado independiente.

Los obreros rusos y ucranios deben defender juntos, estrechamente unidos y fundidos en una sola organización (mientras vivan en el mismo Estado), la cultura general o internacional del movimiento proletario, mostrando absoluta tolerancia en cuanto al

idioma en que ha de hacerse la propaganda y en cuanto a la necesidad de tener presentes en esta propaganda las *particularidades* puramente locales o puramente nacionales. Tal es la exigencia incondicional del marxismo. Toda prédica que propugne separar a los obreros de una nación de los obreros de otra, toda invectiva contra el "asimilismo" marxista, todo intento de oponer en las cuestiones relativas al proletariado una cultura nacional en bloque a otra cultura nacional supuestamente indivisa, etc., es nacionalismo *burgués* contra el que se debe llevar a cabo una lucha implacable.

4. La "autonomía nacional cultural".

La consigna de "cultura nacional" tiene suma importancia para los marxistas, no sólo porque determina el contenido ideológico de toda nuestra propaganda y agitación en torno al problema nacional, a diferencia de la propaganda burguesa, sino también porque en ella se basa todo el programa de la decantada autonomía nacional cultural.

El defecto principal de este programa en el terreno de los principios es su afán a poner en práctica el nacionalismo más sutil, más absoluto y más acabado. Resumido, este programa es así: cada ciudadano se inscribe en tal o cual nación, y cada nación constituye una entidad jurídica con derecho a imponer cargas fiscales obligatorias a los miembros de la misma, con su Parlamento nacional (Dieta) y con sus "secretarios de Estado" (ministros) nacionales.

Aplicada al problema nacional, esta idea se parece a la de Proudhon aplicada al capitalismo. No destruir el capitalismo y su cimiento, la producción mercantil, sino *depurar* de abusos, excrecencias, etc., ese cimiento; no abolir el intercambio y el valor de cambio, sino todo lo contrario, "constituirlo", hacerlo universal, absoluto, "*justo*", libre de altibajos, de crisis y de abusos. Esta es la idea de Proudhon.

Igual de pequeñoburgueses que Proudhon y su teoría, la cual eleva a las categorías de absoluto y de joya de la creación el intercambio y la producción mercantil, son la teoría y el programa de la "autonomía nacional cultural", que elevan a las categorías de absoluto y de joya de la creación el nacionalismo burgués, al que depuran de violencias, injusticias, etc.

El marxismo no transige con el nacionalismo, aunque se trate del más "justo", "depuradito", sutil y civilizado. En lugar de todo nacionalismo, el marxismo propugna el internacionalismo, la fusión de todas las naciones en esa unidad superior que se va desarrollando en nuestra presencia con cada kilómetro de vía férrea, con cada trust internacional y con cada unión obrera (internacional por su actividad económica, y también por sus ideas y aspiraciones).

El principio nacional es inevitable en la historia de la sociedad burguesa, y, teniendo presente la existencia de esta sociedad, el marxista reconoce por entero la legitimidad histórica de los movimientos nacionales. Mas, para que este reconocimiento no se transforme en una apología del nacionalismo, es preciso que se limite rigurosa y exclusivamente a lo que hay de progresivo en tales movimientos a fin de que no contribuya a ofuscar la conciencia del proletariado con la ideología burguesa.

Es progresivo el despertar de las masas después del letargo feudal; es progresiva su lucha contra toda opresión nacional, su lucha por la soberanía del pueblo, por la soberanía nacional. De ahí, la obligación *indiscutible* para todo marxista de defender la democracia más resuelta y más consecuente en todos los aspectos del problema nacional. Esta es una tarea negativa en lo fundamental. El proletariado no puede apoyar el nacionalismo más allá de ese límite, pues más allá empieza la actividad "positiva" de la *burguesía* en su empeño por *consolidar* el nacionalismo.

Una obligación indiscutible del proletariado como fuerza democrática es poner fin a toda opresión feudal, a toda opresión de las naciones y a todo privilegio para una de las naciones o para uno de los idiomas; en ello están los intereses indiscutibles de la lucha de clase del proletariado, lucha ensombrecida y entorpecida por las discordias nacionales. Pero apoyar el nacionalismo burgués *más allá* de estas fronteras, firmemente delimitadas y encuadradas en un determinado marco histórico, significa traicionar al proletariado y pasarse al lado de la burguesía. Aquí hay un límite, a menudo muy sutil, del que se olvidan por completo los socialnacionalistas ucranios y los bundistas.

Sí, debemos luchar indiscutiblemente contra toda opresión nacional. No, no debemos luchar en absoluto *por* cualquier desarrollo nacional, *por* la "cultura nacional" en general. El desarrollo económico de la sociedad capitalista nos muestra en todo el mundo ejemplos de movimientos nacionales que no llegan a desarrollarse plenamente, ejemplos de grandes naciones formadas con varias naciones pequeñas o en detrimento de algunas de ellas, ejemplos de asimilación de naciones. El principio por el que se rige el nacionalismo burgués es el desarrollo de la nación en general; de ahí el carácter exclusivista del nacionalismo burgués, de ahí las discordias nacionales insolubles. El proletariado, en cambio, lejos de tomar la defensa del desarrollo nacional de cada nación, pone en guardia a las masas contra semejantes ilusiones, defiende la libertad más completa del intercambio económico capitalista y celebra cualquier asimilación de naciones excepto la que se lleva a cabo por la fuerza o se basa en privilegios.

La base ideológica y el contenido de la autonomía nacional cultural estriba en afianzar el nacionalismo en una esfera concreta y delimitada "en justicia",

"constituir" el nacionalismo y separar firme y sólidamente a unas naciones de otras mediante una institución estatal adecuada. Esta idea es burguesa y falsa hasta la médula. El proletariado no puede apoyar ningún afianzamiento del nacionalismo; por el contrario, apoya todo lo que contribuye a borrar las diferencias nacionales y a derribar las barreras nacionales, todo lo que sirve para estrechar más y más los vínculos entre las naciones, todo lo que conduce a la fusión de las naciones. Obrar de otro modo equivaldría a pasarse al lado del elemento pequeñoburgués reaccionario y nacionalista.

Cuando los socialdemócratas austriacos discutieron en su Congreso de Brünn (1899)[23] el proyecto de autonomía nacional cultural, no se prestó casi ninguna atención a medir el valor teórico de dicho proyecto. Pero es aleccionador el señalar que contra dicho programa se expusieron dos argumentos: 1) que conduciría al reforzamiento del clericalismo; 2) que "tendría por consecuencia perpetuar el chovinismo y llevarlo a cada pequeña comunidad y a cada pequeño grupo" (pág. 92 del texto alemán de las actas oficiales del Congreso de Brünn. Existe una traducción al ruso publicada por el partido nacionalista hebreo "PSOH"[24]).

No cabe duda de que la "cultura nacional", en el sentido corriente de la locución, es decir, las escuelas, etc., se encuentra hoy día, en todos los países del mundo, sometida a la influencia predominante de los clericales y de los patrioteros burgueses. Cuando los bundistas dicen, defendiendo la autonomía "nacional cultural", que la constitución de las naciones *depurará* de toda consideración extraña la lucha de las clases en el seno de las mismas, incurren en una sofistería manifiesta y ridícula. Una lucha seria entre las clases en toda sociedad capitalista se lleva a cabo, ante todo, en los terrenos económico y político. Separar *de ahí* la esfera escolar es, primero, una utopía absurda, pues no se puede apartar la escuela (lo mismo que la "cultura nacional" en general) de la economía y de la política; y, segundo, la vida económica y política de los países capitalistas es precisamente la que *obliga* a cada paso a desterrar los absurdos y anticuados prejuicios y barreras nacionales, mientras que el apartamiento de la enseñanza escolar, etc., conservaría, acentuaría y agudizaría precisamente el clericalismo "puro" y el patrioterismo burgués "puro".

En las sociedades anónimas tenemos juntos y fundidos por completo a capitalistas de diferentes naciones. En las fábricas trabajan juntos obreros de diferentes naciones. En toda cuestión política seria y profunda de verdad, los agrupamientos se realizan por clases, y no por naciones. "Retirar del dominio del Estado" la enseñanza escolar, etc., para entregarla a las naciones representa precisamente un intento de *apartar* de la economía, que aglutina a las naciones, la esfera más ideológica -valga la expresión- de la vida de la sociedad, la esfera en que mejor se da la cultura nacional "pura" o el cultivo nacional del clericalismo y del patrioterismo.

Llevado a la práctica, el plan de autonomía "extraterritorial" (es decir, no ligado al territorio en que vive tal o cual nación) o "nacional cultural" sólo significaría una cosa: *dividir la enseñanza escolar por naciones*, es decir, establecer categorías nacionales en la enseñanza escolar. Bastará con imaginarse claramente esta *verdadera* esencia del célebre plan bundista para comprender todo su contenido reaccionario, incluso desde el punto de vista de la democracia, sin hablar ya del punto de vista de la lucha de clase del proletariado por el socialismo.

Un solo ejemplo y un solo proyecto de "nacionalización" de la enseñanza escolar bastarán para mostrar con toda evidencia el fondo de la cuestión. En toda la vida de los Estados Unidos de Norteamérica persiste hasta hoy día la división en Estados del Norte y Estados del Sur. Los primeros guardan las mayores tradiciones de libertad y de lucha contra los esclavistas; los segundos, las mayores tradiciones de esclavismo con restos del acoso a los negros, oprimidos en el aspecto económico, vejados en el terreno cultural (el analfabetismo entre los negros llega al 44%, y entre los blancos al 6%), etc. Pues bien, en los Estados del Norte los negros estudian en las mismas escuelas que los blancos. En el Sur existen escuelas especiales -"nacionales" o raciales, como se prefiera- para los negros. Creo que éste es el único ejemplo de "nacionalización' de las escuelas en la práctica.

En el Este de Europa existe un país donde hasta hoy son posibles casos como el de Beylis[25] donde los hebreos se ven condenados por los Purishkévich a vivir en una situación peor que la de los negros. En el gabinete de este país acaba de nacer un proyecto de *nacionalización de la escuela hebrea*. Por fortuna, es difícil que esta utopía reaccionaria sea llevada a la práctica, lo mismo que la utopía de los pequeños burgueses austriacos, los cuales, desesperados de ver lograda una democracia consecuente y zanjadas las rencillas nacionales, inventaron *estuches* para las naciones, en lo tocante a enseñanza escolar, con el fin de que éstas no puedan pelearse *por el reparto* de las escuelas..., mas sí "constituirse" para *perpetuar* las discordias entre las distintas "culturas nacionales".

En Austria, la autonomía nacional cultural, sigue siendo en gran medida una fantasía de literatos que no es tomada en serio por los propios socialdemócratas austriacos. En cambio, en Rusia, la han aceptado en su programa todos los partidos burgueses hebreos y algunos elementos pequeñoburgueses y oportunistas de distintas naciones, como, por ejemplo, el Bund, los

liquidadores caucasianos y la conferencia de partidos nacionales de tendencia populista de izquierda de Rusia. (Esta conferencia, digámoslo entre paréntesis, se celebró en 1907, y sus resoluciones fueron aprobadas *con la abstención* de los socialistas-revolucionarios rusos y de los socialpatriotas del PSP[26]. ¡La abstención es un método, característico en grado asombroso, de los socialistas-revolucionarios[27] y miembros del PSP para expresar su actitud ante una cuestión importantísima de principio del programa nacional!)

En Austria es precisamente Otto Bauer, el principal teórico de la "autonomía nacional cultural", quien ha dedicado un capítulo especial de su libro a demostrar la imposibilidad de aplicar este programa a los hebreos. En Rusia son precisamente todos los partidos burgueses hebreos -y el Bund, que les hace coro- quienes han aceptado este programa[*]. ¿Qué significa esto? Esto significa que la historia ha puesto al desnudo en la práctica política de otro Estado lo absurdo de las fantasías de Bauer, exactamente igual que los bernsteinianos rusos (Struve, Tugán-Baranovski, Berdiáev y compañía) pusieron al desnudo, con su rápida evolución del marxismo al liberalismo, el verdadero contenido ideológico del bernsteinianismo[29] alemán.

Ni los socialdemócratas de Austria ni los de Rusia han admitido en su programa la autonomía "nacional cultural". Pero los partidos burgueses hebreos del país más atrasado y una serie de grupos seudosocialistas pequeñoburgueses *la han aceptado* para llevar al seno de la clase obrera las ideas del nacionalismo burgués en forma refinada. El hecho es de por sí bien elocuente.

* * *

Como hemos tenido que referirnos al programa nacional de los austriacos, no podemos menos de restablecer la verdad, con frecuencia desfigurada por los bundistas. Al Congreso de Brünn fue presentado un programa puro de "autonomía nacional cultural". Se trata del programa de la socialdemocracia de los Eslavos del Sur, en el art. 2 del cual se dice: "Cada pueblo residente en Austria forma, independientemente del territorio que ocupen los que lo integran, un grupo que administra con plena autonomía sus propios asuntos nacionales (lingüístico y cultural)". Este programa fue defendido no sólo por Kristan, sino también por el influyente Ellenbogen. Pero fue retirado, pues no hubo ni un solo voto a su favor. Se aprobó un programa *territorialista*, es decir, un programa que no da pie a la creación de *ningún* grupo nacional "independientemente del territorio que ocupen los que lo integran".

El art. 3 del programa aprobado versa: "Las *regiones* autónomas de una misma nación forman juntas una unión nacional única que resuelve sus asuntos nacionales de manera completamente autónoma" (cfr. *Prosveschenie*, 1913, núm. 4, pág. 28[30]). Evidentemente, este programa de compromiso tampoco está en lo cierto. Lo aclararemos con un ejemplo. La comunidad de colonos alemanes de la provincia de Sarátov, más los alemanes del arrabal obrero de Riga o de Lodz, más el poblado alemán de las afueras de San Petersburgo, etc., constituyen la "unión nacional única" de los alemanes residentes en Rusia. Es evidente que los socialdemócratas no pueden *exigir* tal cosa ni *afianzar* tal unión, a pesar de que, como es natural, no niegan en absoluto la *libertad* de concertar toda clase de uniones, incluida la unión de cualesquiera comunidades de cualquier nación dentro del Estado de que se trate. Pero dedicarse a separar, por una ley estatal, a los alemanes, etc., de los distintos parajes y de las diferentes clases de Rusia para agruparlos en una unión nacional alemana única es algo que sólo pueden hacer los curas, los burgueses, los pequeños burgueses y quienesquiera que sean, menos los socialdemócratas.

5. La igualdad de derechos de las naciones y los derechos de las minorías nacionales.

El procedimiento más empleado por los oportunistas de Rusia al discutir el problema nacional es el de poner el ejemplo de Austria. En mi artículo publicado en *Siévernaya Pravda*[*] (núm. 10 de *Prosveschenie*, págs. 96-98), contra el que arremeten los oportunistas (el señor Semkovski en *Nóvaya Rabóchaya Gazeta*[31] y el señor Libman en *Zait*), afirmo que sólo hay una solución del problema nacional -en la medida en que es posible, en general, resolver este problema en el mundo del capitalismo-, y que esta solución es la democracia consecuente. Como prueba aduzco el ejemplo de Suiza, entre otros

[*] Se comprende que los bundistas suelan negar con extraordinaria pasión que *todos* los partidos burgueses hebreos hayan aceptado la "autonomía nacional cultural": este hecho demuestra demasiado a las claras el verdadero papel del Bund. Cuando uno de los bundistas -el señor Manin- trató de repetir en Luch[28] esta negación, fue totalmente desenmascarado por N. Skop. (Véase *Prosveschenie*, núm. 3.) Pero cuando el señor Lev Yurkévich cita en *Dzvin* (1913, núm. 7-8, pág. 92) la siguiente frase del artículo de N. Sk., publicado en *Prosveschenie* (núm. 3, pág. 78): "Los bundistas vienen defendiendo desde hace tiempo, con todos los grupos y partidos burgueses hebreos, la autonomía nacional cultural", y *tergiversa* esta cita, *eliminando* de ella la palabra "bundistas" y *sustituyendo* las palabras "autonomía nacional cultural" por "derechos nacionales", ¡¡sólo nos queda abrirnos de brazos!! El señor Lev Yurkévich no es sólo un nacionalista, no sólo muestra una ignorancia supina de la historia de la socialdemocracia y su programa, sino que también es un *descarado falsificador* de citas a favor del Bund. ¡Mal andan los asuntos del Bund y de los Yurkévich!

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

países.

Este ejemplo no agrada a los dos oportunistas susodichos, los cuales tratan de refutarlo o de reducir su alcance. Kautsky, sépanlo ustedes, afirma que Suiza es una excepción, que Suiza cuenta con una descentralización muy especial, con una historia muy especial, con condiciones geográficas muy especiales, y la población, que habla distintos idiomas, está repartida de manera muy especial, etc., etc.

Pero todo esto no son más que tentativas de *eludir* el fondo de la discusión. Suiza constituye, claro está, una excepción en el sentido de que no es un Estado nacional homogéneo. Pero esa misma excepción (o atraso, añade Kautsky) la tenemos en Austria y Rusia. En Suiza, claro está, las condiciones peculiares y originales de su historia y de su vida fueron las que proporcionaron al país una democracia *más amplia* que en la mayoría de los países europeos vecinos.

Pero, ¿qué tiene que ver aquí todo eso, cuando de lo que se trata es de presentar un *modelo* digno de ser imitado? En las actuales condiciones, los países que cuentan con tal o cual institución basada en principios democráticos *consecuentes* son una excepción en el mundo. ¿Acaso nos impide eso defender en nuestro programa la democracia consecuente en todas las instituciones?

La peculiaridad de Suiza está en su historia, en sus condiciones geográficas, etc. La peculiaridad de Rusia está en la fuerza de su proletariado, fuerza que no se conoció aun en la época de las revoluciones burguesas, y en el terrible atraso general del país, que impone objetivamente la necesidad de avanzar con rapidez y decisión excepcionales bajo la amenaza de adversidades y reveses de todo género.

Nosotros hacemos el programa nacional desde el punto de vista del proletariado. Ahora bien, ¿desde cuándo acá se recomienda seguir el ejemplo de los modelos peores en lugar de los mejores?

En todo caso, ¿no es indudable e indiscutible que la Paz nacional se ha conseguido bajo el capitalismo (en la medida en que puede conseguirse, en general) *únicamente* en los países donde hay una democracia consecuente?

Y puesto que esto es indudable, la obstinación con que los oportunistas recurren al ejemplo de Austria en vez de tomar el de Suiza es un método muy propio de los demócratas constitucionalistas[32], pues éstos siempre se dedican a copiar las peores constituciones europeas en lugar de las mejores.

En Suiza existen *tres* idiomas oficiales, pero, durante los referéndums, los proyectos de ley se imprimen en *cinco* idiomas, es decir, en los tres oficiales y en dos dialectos "romances". Según el censo de 1900, de los 3.315.443 habitantes de Suiza, sólo 38.651 hablan estos dos dialectos, o sea, poco más del *uno por ciento*. En el ejército, los oficiales y suboficiales "disfrutan de la mayor libertad para hablar a los soldados en su lengua materna". En los cantones de Valais y Los Grisones (cada uno con poco más de cien mil habitantes), ambos dialectos gozan de plena igualdad*.

Y nosotros preguntamos: ¿debemos propugnar y defender esta *experiencia* viva de un país avanzado o tomar de los austriacos *fantasías* como la "autonomía extraterritorial", que no ha sido probada en ninguna parte del mundo (y que ni aun los mismos austriacos han adoptado todavía)?

Propugnar esa fantasía equivale a propugnar la división de la enseñanza escolar por grupos étnicos, es decir, algo evidentemente perjudicial. Pero la experiencia de Suiza nos muestra que, *en la práctica*, *se puede asegurar y se ha asegurado* la máxima (de un modo relativo) paz nacional con una democracia consecuente (siempre de un modo relativo) de todo el Estado.

> "En Suiza -dicen los que han estudiado esta cuestión- *no existe problema nacional* en el sentido que se le da en Europa Oriental. Hasta la expresión (problema nacional) es allí desconocida... Suiza ha dejado muy atrás, allá por los años 1797-1803, las luchas entre los grupos étnicos"**.

Esto significa que la época de la Gran Revolución Francesa, que dio la solución más democrática a los problemas inmediatos relacionados con la transición del feudalismo al capitalismo, *supo "resolver"* también, de paso y entre otras cosas, el problema nacional.

¡Que intenten ahora los Semkovski, los Libman y demás flores oportunistas afirmar que esta solución "exclusivamente suiza" *no es aplicable* a cualquier distrito o incluso a una parte de cualquier distrito de Rusia, donde para tan sólo 200.000 habitantes existen *dos dialectos* hablados por cuarenta mil ciudadanos, cuyo deseo es gozar en su tierra de *plena igualdad* idiomática!

La propaganda de la igualdad absoluta para las naciones y los idiomas destaca de cada nación únicamente a los elementos consecuentemente democráticos (es decir, a los proletarios nada más), *unificándolos* no por su procedencia nacional, sino por su afán de mejoras profundas y serias del régimen general del Estado. Por el contrario, pese a los buenos deseos de algunos individuos o grupos, la propaganda de la "autonomía nacional cultural" *separa las naciones* y acerca en la práctica a los obreros de una nación y *su* burguesía (todos los partidos burgueses hebreos aceptan esta "autonomía nacional cultural").

La salvaguardia de los derechos de las minorías

---

* Véase René henry. *Suiza y la cuestión de los idiomas*, Berna 1907.

** Véase Ed. Blocher. *Las naciones que pueblan Suiza*, Berlín, 1910.

nacionales se halla íntimamente vinculada al principio de la plena igualdad. En mi artículo publicado en *Siévernaya Pravda*, este principio queda expresado casi en la misma forma en que más tarde habría de formularse de manera oficial y más exacta en la resolución de la conferencia de los marxistas. Esta resolución reclama que "se incluya en la Constitución una ley fundamental que invalide todo privilegio concedido a una de las naciones y toda violación de los derechos de las minorías nacionales".

El señor Libman intenta burlarse de esta fórmula y pregunta: "¿Cómo vamos a saber en qué consisten los derechos de las minorías nacionales? ¿Abarcan estos derechos el de poseer un "programa propio" en las escuelas nacionales? ¿Cuán numerosa debe ser una minoría nacional para tener derecho a poseer jueces, funcionarios propios y escuelas que enseñen en la lengua materna? El señor Libman quiere deducir de estas preguntas que se necesita un programa nacional "*positivo*".

En realidad, estas preguntas muestran a las claras el contrabando reaccionario que introduce nuestro bundista so capa de discusiones en torno a supuestas particularidades y pequeños detalles.

¡"Un programa propio" en su propia escuela nacional!... Los marxistas, estimado socialnacionalista, tienen un programa escolar *general* que reclama, por ejemplo, una escuela absolutamente laica. Desde el punto de vista de los marxistas, en un Estado democrático no se pueden tolerar nunca ni en ningún caso *desviaciones* de este programa general (la población local es la que determina las asignaturas "locales", los idiomas, etc. que han de completar ese programa). En cambio, el principio de "retirar de la incumbencia del Estado" la enseñanza escolar para entregarla a las naciones significa que nosotros, los obreros, permitimos a las "naciones" de nuestro Estado democrático que gasten el dinero del pueblo ¡en escuelas clericales! ¡Sin darse cuenta, el señor Libman ha puesto en evidencia el carácter reaccionario de la "autonomía nacional cultural"!

"¿Cuán numerosa debe ser una minoría nacional?" Esto no lo indica ni siquiera el programa austriaco, tan del agrado de los bundistas. Este programa dice (con más concisión y menos claridad que el nuestro): "Los derechos de las minorías nacionales estarán garantizados por una ley especial que debe ser promulgada por el Parlamento imperial" (art. 4 del programa de Brünn).

¿Por qué no ha importunado nadie a los socialdemócratas austriacos, preguntándoles qué ley es ésa, qué derechos ha de garantizar y a qué minoría?

Porque cualquier persona sensata comprende cuán inconveniente e imposible es que un programa determine los pormenores. El programa sólo expone los principios fundamentales. En el caso dado, el principio fundamental está sobrentendido en el programa austriaco y claramente expresado en el acuerdo de la última conferencia de los marxistas de Rusia. Este principio proclama: ningún privilegio nacional y ninguna desigualdad nacional.

Tomemos un ejemplo concreto para aclarar este problema al bundista. Según el censo escolar del 18 de enero de 1911, a las escuelas primarias de la ciudad de San Petersburgo, pertenecientes al Ministerio de "Instrucción" Pública, asistían 48.076 alumnos. 396 de ellos eran hebreos, es decir, menos del uno por ciento. Además, dos eran rumanos, uno georgiano, tres armenios, etc. ¿Se puede hacer un programa nacional "positivo" que abarque toda esa diversidad de relaciones y condiciones? (Por lo demás, como se comprende, San Petersburgo no es, ni mucho menos, la ciudad más heterogénea de Rusia en el aspecto nacional.) Creo que ni siquiera unos especialistas en "sutilezas" nacionales como los bundistas serán capaces de redactar tal programa.

En cambio, si en la Constitución del Estado hubiera una ley fundamental que invalidase toda medida atentatoria contra los derechos de la minoría, cualquier ciudadano podría exigir que se anulase una disposición que prohibiera, por ejemplo, contratar a cuenta del Estado a profesores especiales de lengua hebrea, historia hebrea, etc., o que negara un local oficial para dar clases a los niños hebreos, armenios, rumanos o incluso a un solo niño georgiano. En todo caso, no es pedir un imposible que se dé satisfacción a todos los deseos justos y razonables de las minorías nacionales basados en la igualdad de sus derechos ni dirá nadie que la propaganda de esta igualdad es perjudicial. Por el contrario, la propaganda de que la enseñanza escolar se divida por naciones, la propaganda, verbigracia, a favor de una escuela hebrea especial para los niños hebreos de San Petersburgo sería sin duda una propaganda nociva, mientras que la apertura de escuelas nacionales para *todas* las minorías nacionales, para uno, dos o tres niños, sería verdaderamente imposible.

Tampoco es posible que ninguna ley general del Estado determine la cantidad de habitantes que ha de reunir una minoría nacional para que tenga derecho a escuelas especiales o a maestros especiales de asignaturas adicionales, etc.

Por el contrario, la ley general del Estado sobre la igualdad de derechos puede muy bien ser puntualizada y desarrollada en leyes complementarias especiales y en disposiciones de las dietas regionales, de las administraciones urbanas, de los zemstvos, comunidades rurales, etc.

6. Centralización y autonomía.

El señor Libman dice en su objeción:

"Tomemos en nuestro país a Lituania, el territorio del Báltico, Polonia, Volynia, el Sur de

Rusia, etc. En todas partes se encontrará una población mixta. No se verá una ciudad donde no haya una gran minoría nacional. Por muy lejos que se lleve la descentralización en las distintas localidades (sobre todo en la administración urbana), siempre se encontrarán distintas naciones juntas; y es precisamente la democracia la que pone a la minoría nacional en manos de la mayoría nacional. Pero, como es sabido, V. I. está en contra de tal organización federal del Estado y de descentralización tan infinita como las que se registran en la Confederación Helvética. ¿Por qué, pues, pone el ejemplo de Suiza?"

Ya he explicado antes por qué pongo el ejemplo de Suiza. Igualmente he explicado que el problema de la protección de los derechos de las minorías nacionales *sólo* puede resolverse promulgando una ley general en un Estado consecuentemente democrático que no vulnera el principio de la igualdad de derechos. Pero en el pasaje que acabamos de transcribir, el Sr. Libman repite una de las objeciones (u observaciones escépticas) más en boga (y más falsas) de cuantas suelen hacerse al programa nacional de los marxistas, y que por eso merece ser analizada.

Los marxistas, como es natural, están en contra de la federación y la descentralización por el simple motivo de que el capitalismo exige para su desarrollo Estados que sean lo más extensos y centralizados posible. *En igualdad de otras condiciones*, el proletariado consciente abogará siempre por un Estado grande. *Luch*ará siempre contra el particularismo medieval, aplaudirá siempre la cohesión económica más estrecha posible de vastos territorios en los que se pueda desplegar ampliamente la lucha del proletariado contra la burguesía.

El extenso y rápido desarrollo que el capitalismo imprime a las fuerzas productivas *reclama* vastos territorios unidos y agrupados en un solo Estado, dónde únicamente -destruyendo todas las viejas barreras medievales, estamentales, locales, étnicas, religiosas, etc.- puede cohesionarse la clase burguesa y, con ella, su ineludible antípoda, la clase proletaria.

En otro lugar* hablaremos del derecho de las naciones a la autodeterminación, es decir, a separarse y constituir Estados nacionales independientes. Pero en tanto y por cuanto diferentes naciones siguen constituyendo un solo Estado, los marxistas no propugnarán en ningún caso el principio federal ni la descentralización. El Estado centralizado grande supone un progreso histórico inmenso, que va del fraccionamiento medieval a la futura unidad socialista de todo el mundo, y no hay ni puede haber más camino hacia el socialismo que el que pasa por tal Estado (*indisolublemente* ligado con el capitalismo.)

Pero en modo alguno se debe olvidar que, al defender el centralismo, defendemos exclusivamente el centralismo *democrático*. A este respecto, todo espíritu pequeñoburgués en general, y el nacionalista en particular (incluido el difunto Dragománov), han embrollado de tal modo la cuestión que nos vemos obligados a volver a ella una y otra vez para aclararla.

El centralismo democrático no sólo no descarta la administración autónoma local ni la *autonomía* de las regiones, las cuales se distinguen por tener condiciones económicas y de vida especiales, una composición nacional peculiar de la población, etc., sino que, por el contrario, exige imperiosamente *lo uno y lo otro*. En nuestro país se confunde a cada paso el centralismo con las arbitrariedades y la burocracia. La historia de Rusia tenía que originar, naturalmente, tal confusión; pero, a pesar de todo, un marxista en modo alguno puede incurrir en ella.

Lo más fácil será explicarlo con un ejemplo concreto.

En su extenso artículo *El problema nacional y la autonomía**, Rosa Luxemburgo comete, entre muchos errores divertidos (de los que hablaremos más adelante), el divertidísimo de intentar *limitar* exclusivamente a Polonia la reivindicación de la autonomía.

Pero veamos primero *cómo* define la autonomía.

Rosa Luxemburgo reconoce -y como marxista está obligada a reconocerlo, naturalmente- que todas las cuestiones económicas y políticas de mayor importancia y fundamento para la sociedad capitalista en modo alguno deben ser de la incumbencia de las dietas autónomas de las distintas regiones, sino de la competencia exclusiva de un Parlamento central y general de todo el Estado. Figuran entre estas cuestiones la política arancelaria, la legislación comercial e industrial, las vías y los medios de comunicación (ferrocarriles, correos, telégrafos, teléfonos, etc.), el ejército, el sistema tributario, el derecho civil** y penal, los principios generales de la enseñanza escolar (como la ley de una escuela exclusivamente laica, de la enseñanza general, del programa mínimo, de la organización democrática de la escuela, etc.), la legislación sobre la protección del trabajo, sobre las libertades políticas (derecho de asociación), etc., etc.

Incumben a las dietas autónomas -regidas por la legislación general del Estado- las cuestiones de alcance puramente local, puramente regional o puramente nacional. Al desarrollar también esta idea con gran -por no decir excesiva- minuciosidad, Rosa Luxemburgo menciona, por ejemplo, la construcción de ferrocarriles de importancia local (núm. 12, pág.

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

* *Przeglqd Socjaldemockatyczny*, Cracovia, 1908 y1909.

** En el desarrollo de su idea, Rosa Luxemburgo llega a los pormenores y menciona, por ejemplo –y con sobrada razón-, la legislación del divorcio (núm. 12, pág. 162 de la citada revista).

149), las carreteras locales (núm. 14- 15, pág. 376), etc.

Es evidente por completo que no se puede concebir un Estado moderno verdaderamente democrático que *no* conceda semejante autonomía a toda región que presente peculiaridades económicas y de vida algo substanciales, que tenga una población de peculiar composición nacional, etc. El principio del centralismo, indispensable para el desarrollo capitalista, lejos de verse socavado por tal autonomía (local y regional), es puesto en práctica de un modo *democrático*, y no burocrático, gracia a ella. *Sin esa* autonomía, que *facilita* la concentración de capitales, el desarrollo de las fuerzas productivas y la cohesión de la burguesía y del proletariado en *todo el país*, sería imposible, o por lo menos se vería muy entorpecido, en desarrollo amplio, rápido y libre del capitalismo, pues la ingerencia burocrática en las cuestiones *puramente* locales (regionales, étnicas, etc.) es, en general, uno de los mayores obstáculos para el desarrollo económico y político y, en particular, uno de los obstáculos que se oponen al *centralismo* en las cuestiones serias, grandes y fundamentales.

¡Por eso es difícil evitar una sonrisa al ver cómo nuestra imponderable Rosa Luxemburgo se afana por demostrar, muy en serio y en términos "estrictamente marxistas", que la reivindicación de autonomía es aplicable *sólo* a Polonia y *únicamente* a título de excepción! Aquí, claro está, no hay ni asomo de patriotismo "parroquial", aquí no hay más que consideraciones "serias"..., por ejemplo, en lo que respecta a Lituania.

Rosa Luxemburgo toma cuatro provincias: las de Vilna, Kovno, Grodno y Suvalki, y trata de convencer a sus lectores (y de convencerse ella misma) de que es en ellas donde viven, "sobre todo", los lituanos; además, si se suman las poblaciones de estas provincias, se obtiene el 23% de lituanos; y si a ellos se suman los samaítas, se obtiene el 31%, es decir, menos de la tercera parte de la población total. La conclusión, claro está, es que la idea de la autonomía de Lituania es una idea "arbitraria y artificiosa" (núm. 10, pág. 807).

El lector enterado de los conocidos defectos de la estadística oficial de Rusia descubrirá al punto el error de Rosa Luxemburgo ¿Qué necesidad tenía de tomar la provincia de Grodno, donde los lituanos constituyen tan sólo el 0,2% -*dos décimas por ciento*- de la población? ¿Qué necesidad tenía de tomar toda la provincia de Vilna, y no únicamente el distrito de Troki, en el que los lituanos constituyen la mayoría de la población? ¿Qué necesidad tenía de tomar toda la provincia de Suvalki, fijando el número de lituanos en el 52%, en lugar de tomar los distritos lituanos, es decir, cinco de los siete de la provincia, donde los lituanos son el 72% de la población?

Es ridículo hablar de las condiciones y exigencias del capitalismo moderno y utilizar una división administrativa de Rusia que no es ni "moderna" ni "capitalista", sino medieval, feudal y burocrático-fiscal, y utilizarla, por añadidura, en su forma más burda (provincias en lugar de distritos). Es de una claridad meridiana que no se puede hablar en Rusia de ninguna reforma local de cierta importancia sin abolir esa división y sustituirla por otra *realmente* "moderna" que responda de verdad a las exigencias del capitalismo y *no* a las del fisco, *ni* a las de la burocracia, de la rutina, de los terratenientes y de los curas, con la particularidad de que entre las exigencias modernas del capitalismo figurará indudablemente la de la máxima homogeneidad nacional de la población, pues la nación, la identidad de idioma es un factor importante para la plena conquista del mercado interior y para la libertad completa de la vida económica.

Cosa curiosa, este error patente de Rosa Luxemburgo es repetido por el bundista Medem, quien desea demostrar la inutilidad del principio de la autonomía nacional territorial (¡los bundistas abogan por la autonomía nacional extraterritorial!), y no las peculiaridades "exclusivas" de Polonia. Nuestros bundistas y nuestros liquidadores van recogiendo por todo el mundo cuantos errores y vacilaciones oportunistas hay de los socialdemócratas de los diferentes países y las distintas naciones, incorporando obligatoriamente a su bagaje *lo peor* de la socialdemocracia mundial. Con los recortes de los escritos bundistas y liquidadores se podría formar un ejemplar *museo* socialdemócrata *del mal gusto*.

La autonomía regional -razona en tono aleccionador Medem- sirve para la región o para la "zona", pero no para las comarcas lituana, estonia, etc., que tienen una población de medio millón a dos millones de habitantes y una extensión equivalente a la de una provincia. "*Eso no sería una autonomía, sino un simple zemstvo*... Sobre este zemstvo habría que edificar una autonomía de verdad..." y el autor condena la "rotura" de las viejas provincias y de los viejos distritos*.

Pero lo que en realidad "rompe" y mutila las condiciones del capitalismo moderno es el mantenimiento de una división administrativa fiscal propia del medievo, del feudalismo. Sólo personas llenas del espíritu de esta división pueden hablar, "con aire grave de peritos en la materia", de una oposición entre el "zemstvo" y la "autonomía", preocupándose de hacer un cliché que estampe la "autonomía" para las regiones grandes y el zemstvo para las pequeñas. El moderno capitalismo no reclama en absoluto esas formas estereotipadas de carácter burocrático. ¿Por qué no ha de haber comarcas nacionales autónomas de medio millón o incluso de cincuenta mil habitantes? ¿Por qué esas

* V. Medem. *Contribución al planteamiento del problema nacional en Rusia*. "*Vétnik Evropy*", 1912, núms. 8 y 9.

comarcas no han de poder unirse en las más diversas formas con comarcas vecinas de distintas dimensiones para constituir un "territorio" autónomo único si tal unión es conveniente y necesaria para la vida económica? Todo eso lo guarda en secreto el bundista Medem.

Advirtamos que el programa nacional de Brünn de los socialdemócratas se coloca por entero en el terreno de la autonomía nacional territorial, al proponer la división de Austria en comarcas "nacionales delimitadas" "en lugar de los territorios históricos de la Corona" (art. 2 del programa de Brünn). Nosotros no habríamos ido tan lejos. No cabe duda de que la homogeneidad nacional de la población es uno de los factores más propicios para una circulación mercantil libre, amplia y moderna de verdad. No cabe duda de que ni un solo marxista -ni siquiera un solo demócrata resuelto- se pondrá a defender los territorios austriacos de la Corona ni las provincias o los distritos rusos (muy malos, aunque no tanto como los territorios austriacos de la Corona), como tampoco discutirá la necesidad de sustituir estas divisiones caducas por otras que respondan, dentro de lo posible, a la composición nacional de la población. Por último, no cabe duda de que, para acabar con toda opresión nacional, tiene gran importancia organizar comarcas autónomas, aun de lo más pequeñas, de composición nacional homogénea, a las cuales podrían sentirse "atraídas' y con las que podrían entablar relaciones de todo género y concertar uniones libres los individuos de esa nación que haya dispersos por el país e incluso por el mundo. Todo esto es indiscutible, y sólo puede oponerse a ello quien adopte un punto de vista rutinario y burocrático.

Ahora bien, la composición nacional de la población es *uno* de los factores económicos más importantes, pero *no el único ni* el más importante. Las ciudades, por ejemplo, desempeñan un papel económico *importantísimo* en el capitalismo, y se distinguen por doquier -en Polonia, Lituania, Ucrania, Rusia, etc.- porque presentan una composición nacional de la máxima heterogeneidad. Sería absurdo e imposible separar por consideraciones "nacionales" a las ciudades de las aldeas y comarcas que desde el punto de vista económico tienden hacia ellas. Por eso los marxistas no deben atenerse total y exclusivamente al principio "nacional territorial"

Mucho más acertada que la solución austriaca es la propuesta por la última conferencia de los marxistas de Rusia[33], la cual expuso sobre este problema la tesis siguiente:

"...es necesaria.., una amplia autonomía regional" (no sólo para Polonia, naturalmente, sino para todas las regiones de Rusia) "y una administración autónoma local plenamente democrática, al delimitarse las fronteras de las regiones que gocen de mayor o menor autonomía" (que no han de ser las existentes entre las actuales provincias, distritos, etc.), "teniendo en cuenta la propia población local, las condiciones económicas y de vida, la composición nacional de la población, etc."

La composición nacional de la población figura aquí *al lado* de otras condiciones (en primer término, las económicas; luego, las condiciones de vida, etc.) que deben servir de base a la demarcación de nuevas fronteras en consonancia con el capitalismo moderno y no con la burocracia y el atraso asiático. La población local es la única que puede "tener en cuenta" con toda exactitud estas condiciones, y en ello deberá basarse el Parlamento central del Estado al trazar las fronteras de las regiones autónomas y los límites de competencia de las dietas autónomas.

* * *

Aún nos queda por examinar el derecho de las naciones a la autodeterminación. En este terreno, toda una retahíla de oportunistas de todas las nacionalidades -el liquidador Semkovski, el bundista Libman, el socialnacionalista ucraniano Lev Yurkévich- se han preocupado de "divulgar" los errores de Rosa Luxemburgo. Dedicaremos el próximo artículo a este problema[34], tan embrollado por toda esa "retahíla".

Escrito entre octubre y diciembre de 1913. Publicado de noviembre a diciembre de 1913 en los núms. 10,11 y 12 de la revista "Prosveschenie".

T. 24, págs. 113-150.

LOS LIBERALES INGLESES E IRLANDA.

Lo que actualmente sucede en el Parlamento inglés con relación al proyecto de ley sobre el *Home Rule* (gobierno propio, o mejor dicho, autonomía de Irlanda) es de un interés excepcional en lo que se refiere a las relaciones entre las clases y a la dilucidación de los problemas nacional y agrario.

Inglaterra ha esclavizado siglos enteros a Irlanda; condenó a los campesinos irlandeses a una miseria sin igual y a una muerte lenta por hambre; los expulsó de la tierra y obligó a cientos de miles y millones de ellos a abandonar su suelo natal y a emigrar a América. A comienzos del siglo XIX Irlanda tenía una población de 5 millones y medio de habitantes, y hoy sólo es de 4 millones y un tercio. Irlanda se ha despoblado. En el curso del siglo XIX, más de cinco millones de irlandeses emigraron a América, ¡de modo que hoy en Estados Unidos hay *más* irlandeses que en Irlanda!

La espantosa indigencia y los padecimientos de los campesinos irlandeses son un ejemplo aleccionador de lo lejos que pueden ir los terratenientes y la burguesía liberal de una nación "dominante". Inglaterra debe en buena parte su "brillante" progreso económico y la "prosperidad" de su industria y su comercio al trato que diera al campesinado irlandés, trato que recuerda a la señora feudal rusa Saltichija[35].

Mientras Inglaterra "prosperaba", Irlanda iba camino de la extinción y seguía siendo un país atrasado, semisalvaje, puramente agrícola, un país de míseros campesinos arrendatarios. Mas por mucho que la "culta y liberal" burguesía inglesa quisiera perpetuar la esclavización de Irlanda y su miseria, la reforma se imponía, era inevitable, con tanto mayor motivo que los estallidos revolucionarios de la lucha del pueblo irlandés por la libertad y por la tierra eran más amenazadores cada día. En 1861 se fundó la organización revolucionaria irlandesa de los *fenianos*[36], que contó con el decidido apoyo de los colonos irlandeses de Norteamérica.

En 1868, con la formación del gobierno de Gladstone -ese héroe de la burguesía liberal y de los obtusos pequeños burgueses-, se inició la *era de las reformas* en Irlanda, una era que se ha prolongado encantadoramente hasta nuestros días, es decir, durante casi medio siglo. ¡Oh, los sabios estadistas de la burguesía liberal son maestros en el arte de "apresurarse lentamente" con sus "reformas"!

Carlos Marx, que a la sazón llevaba viviendo ya en Londres más de 15 años, siguió al tanto de la lucha de los irlandeses con gran interés y simpatía. El 2 de noviembre de 1867 escribió a Federico Engels: "He tratado por todos los medios de promover en los obreros ingleses una manifestación de simpatía por la lucha de los fenianos. Antes creía imposible la separación de Irlanda de Inglaterra. Ahora la creo inevitable, aunque después de la separación se pueda llegar a una federación..." En otra carta, del 30 de noviembre del mismo año, Marx reanuda el tema: "...Ahora la cuestión es: ¿qué consejo debemos dar *nosotros* a los obreros *ingleses*? A juicio mío, deben hacer de la *repeal of the Union* (ruptura de la unión con Irlanda) un punto de su declaración (en pocas palabras, el asunto de 1783, pero democratizado y adaptado a las condiciones del momento). Esta es la única forma *legal* y, por consiguiente, la única posible, de emancipación de los irlandeses que puede entrar en el programa de un partido obrero *inglés*". Y Marx señalaba a continuación que los irlandeses tenían necesidad de autonomizarse e independizarse de Inglaterra, de hacer la revolución agraria y de adoptar una protección aduanera contra Inglaterra.

Tal era el programa que Marx proponía a los obreros ingleses, en beneficio de la libertad de Irlanda, para acelerar el desarrollo social y la libertad de los propios obreros ingleses; porque los obreros ingleses no podrían ser libres mientras ayudasen (o al menos permitiesen) a mantener en la esclavitud a otro pueblo.

Pero ¡ay!, los obreros ingleses, debido a una serie de singulares causas históricas, demostraron estar, en el último tercio del siglo XIX, subordinados a los liberales e impregnados del espíritu de la política obrera liberal. Demostraron estar a la zaga de los despreciables lacayos de los ricachos, de los señores liberales ingleses, y no a la cabeza de los pueblos y las clases que luchaban por la libertad.

¡Y los liberales han estado demorando *medio siglo* la liberación de Irlanda, que sigue sin completar hasta el día de hoy! Sólo en el siglo XX empezó a transformarse el arrendatario irlandés en propietario de la tierra; ¡pero los señores liberales le impusieron un *rescate de la tierra a precio "justo"*! Ha pagado y seguirá pagando largos años a los terratenientes

ingleses millones y millones en concepto de tributo por la expoliación de que ha sido objeto durante siglos y por el hambre crónica que le han hecho pasar. La burguesía liberal de Inglaterra ha obligado a los campesinos irlandeses a pagar por todo eso a los terratenientes en dinero contante y sonante...

Ahora se ha sometido al Parlamento la ley *del Home Rule* (gobierno propio) de Irlanda. Pero al norte de Irlanda se encuentra la provincia de Ulster (u Olster, como suele escribirse incorrectamente[37]); está poblada en parte por protestantes originarios de Inglaterra, a diferencia de los irlandeses que son católicos. Y los conservadores ingleses, dirigidos por su terrateniente ultrarreaccionario Purishikévich... digo, Carson, han levantado un tremendo griterío contra la autonomía de Irlanda. ¡Eso significa, dicen, someter a los habitantes de Ulster a gente de otra fe y de otra nación! Lord Carson ha amenazado con un levantamiento y ha organizado centurias negras armadas.

Ni que decir tiene que se trata de una amenaza huera. No puede ni pensarse en un levantamiento de un puñado de granujas. Tampoco puede pensarse que un Parlamento irlandés (cuya potestad estará determinada por la ley inglesa) "oprima" a los protestantes.

Se trata simplemente de que los terratenientes ultrarreaccionarios quieren *meter m*iedo a los liberales.

Y los liberales se acobardan, se prosternan ante los cavernícolas, les hacen concesiones, ¡proponen que se haga una *consulta nacional especial* (el denominado referéndum) en Ulster y que se aplace seis años la aplicación de la reforma en Ulster!

Continúa el tira y afloja entre liberales y cavernícolas. La reforma puede esperar: los irlandeses vienen esperando ya medio siglo, ¡que esperen un poco más, pues no se va a "disgustar" a los terratenientes!

Claro que si los liberales apelaran al pueblo inglés, al proletariado, las centurias negras de Carson se disolverían y desaparecerían en el acto. La libertad pacífica y completa de Irlanda quedaría asegurada.

Pero ¿se puede concebir que los liberales burgueses pidan ayuda al proletariado contra los terratenientes? No olvidemos que los liberales de Inglaterra son también lacayos de los ricachos, y de lo único que son capaces es de humillarse con servilismo ante los Carson.

Publicado el 12 de marzo de 1914 en el núm. 34 de "Put Pravdi".
T. 24, págs. 365-368.

DEL PASADO DE LA PRENSA OBRERA EN RUSIA.

La historia de la prensa obrera en Rusia está indisolublemente vinculada a la del movimiento democrático y socialista. Por eso, sólo conociendo las principales etapas del movimiento de liberación se puede comprender en realidad por qué la preparación y el nacimiento de la prensa obrera han seguido un camino determinado y no otro distinto.

El movimiento de liberación en Rusia ha recorrido tres etapas principales, correspondientes a las tres clases principales de la sociedad rusa que imprimieron su sello en él: 1) período de la nobleza, aproximadamente de 1825 a 1861; 2) período de los revolucionarios no aristócratas democrático burgués, aproximadamente de 1861 a 1895; 3) período proletario, desde 1895 hasta los momentos presentes.

Las figuras más destacadas del período de la nobleza fueron los decembristas[38] y Herzen. En aquella época, bajo el régimen de la servidumbre no cabía ni hablar siquiera de separar a la *clase* obrera de la masa general del *sector* "bajo", "plebeyo", sojuzgado y carente de todo derecho. La precursora de la prensa obrera (democrática proletaria o socialdemócrata) fue entonces la prensa democrática general no sometida a la censura, con el Kólokol[39] de Herzen a la cabeza.

Así como los decembristas despertaron a Herzen, Herzen y su *Kólokol* coadyuvaron al despertar de los *revolucionarios* no aristócratas, representantes cultos de la burguesía liberal y democrática no pertenecientes a la nobleza, sino a los funcionarios, a la pequeña burguesía, a los comerciantes y al campesinado. El precursor del pleno desplazamiento de los nobles por los revolucionarios no aristócratas en nuestro movimiento de liberación fue, todavía bajo el régimen de la servidumbre, V. G. Belinski. Su famosa *Carta a Gógol*[40], que coronó la actividad literaria de Belinski, fue una de las mejores producciones de la prensa democrática ilegal que ha conservado su inmensa y viva trascendencia hasta nuestros días.

La caída del régimen de la servidumbre determinó la aparición del revolucionario de origen plebeyo, como figura principal y masiva del movimiento de liberación en general y de la prensa democrática ilegal en particular. El populismo[41] pasó a ser la tendencia dominante, pues correspondía al punto de vista de los revolucionarios plebeyos. Como corriente social, no pudo desligarse nunca del liberalismo por la derecha ni del anarquismo por la izquierda. Pero Chernyshevski, que fue quien desarrolló después de Herzen los criterios populistas, dio un gigantesco paso adelante en comparación con este último. Chernyshevski fue un demócrata mucho más consecuente y combativo. En sus obras palpita el espíritu de la lucha de clase. Chernyshevski siguió con rigor la pauta de la denuncia de las traiciones del liberalismo que es odiada hasta hoy día por los demócratas constitucionalistas y los liquidadores. Pese a su socialismo utópico, fue un admirable y profundo crítico del capitalismo.

La época de las décadas del 60 y del 70 registra numerosas obras impresas al margen de la censura, que comenzaban ya a ser dirigidas a las "masas", obras de un batallador espíritu democrático y socialista utópico. Entre los luchadores de aquella época ocupan el lugar más prominente los obreros Piotr Alexéiev, Stepán Jalturin y otros. Pero en el torrente general del populismo no podía abrirse paso la corriente democrática proletaria. Esto sólo fue posible cuando cristalizó la orientación ideológica del marxismo ruso (grupo Emancipación del Trabajo[42], año 1883) y comenzó el movimiento obrero permanente vinculado a la socialdemocracia (huelgas de 1895 y 1896 en San Petersburgo).

Pero antes de pasar a esta época, con la que surge propiamente la prensa obrera en Rusia, reproduciremos unas cifras que muestran de modo palmario la diferencia *de clase* existente entre los movimientos de los tres períodos históricos mencionados. Se trata de las cifras de la distribución por sectores sociales y por profesiones (por clases) de los sentenciados por delitos de Estado (políticos). De cada 100 correspondían:

	nobles	sectores populares urbanos y campesinos	campesinos	obreros	intelectuales
En 1827-1846	76	23	¿?	¿?	¿?
» 1884-1890	30,6	46,6	7,1	15,1	73,2
» 1901-1903	10,7	80,9	9,0	46,1	36,7
» 1905-1908	9,1	87,7	24,2	47,4	28,4

En el período de la nobleza, del régimen de la

servidumbre (1827-1846), los nobles, que constituían una insignificante minoría de la población, proporcionan la inmensa mayoría (el 76%) de los presos políticos. En el período populista, de los revolucionarios de origen plebeyo (1884-1890; es de lamentar que no existan datos semejantes sobre los años 60 y 70), los nobles quedan relegados a segundo plano, pero todavía arrojan un gran porcentaje (el 30,6%). Los intelectuales constituyen la mayoría aplastante (el 73,2%) de los participantes en el movimiento democrático.

El período que va de 1901 a 1903, justamente el del primer periódico político marxista, de la vieja *Iskra*[43], ofrece ya un *predominio* de los obreros (46,1%) sobre los intelectuales (36,7%) con una plena democratización del movimiento (un 10,7% de nobles y un 80,9% de "no privilegiados").

Diremos, adelantándonos, que en el período del primer movimiento de masas (1905-1908) el cambio aparece *tan sólo* bajo la forma de un desplazamiento de los intelectuales (28,4% contra 36,7%) por los campesinos (24,2% contra 9,0%).

El grupo Emancipación del Trabajo, organizado en el extranjero en 1883, fue el fundador de la socialdemocracia de Rusia. Las obras literarias de este grupo, editadas sin censura en el extranjero, fueron las primeras en exponer de manera sistemática y con todas las deducciones prácticas las ideas del marxismo, que, como lo ha demostrado la experiencia del mundo entero, son las únicas que expresan acertadamente la esencia del movimiento obrero y sus tareas. En 12 años, de 1883 a 1895, puede afirmarse que el único intento de fundar la prensa obrera socialdemócrata en Rusia fue la publicación en San Petersburgo, en 1885, del periódico socialdemócrata *Rabochi*, al margen de la censura, como es natural; pero sólo aparecieron dos números. La falta de un movimiento obrero de masas no permitía que se desarrollase con amplitud la prensa obrera.

Entre 1895 y 1896, desde las famosas huelgas petersburguesas, comienza el movimiento obrero de masas con la participación de la socialdemocracia. Es precisamente en estos momentos cuando aparece en el verdadero sentido de la palabra la prensa obrera en Rusia. Las principales publicaciones de la prensa obrera fueron entonces las octavillas ilegales, en la mayoría de los casos no impresas, sino reproducidas en hectógrafo y consagradas a la agitación "económica" (y también no económica), es decir, a la exposición de las necesidades y reivindicaciones de los obreros de diversas fábricas e industrias. De suyo se comprende que, sin la participación activa de los obreros de vanguardia en la composición y difusión de semejantes publicaciones, éstas no habrían podido existir. Entre los obreros de San Petersburgo que actuaban en aquella época se puede citar a Vasili Andréievich Shelgunov, que más tarde no pudo trabajar con el mismo ahínco por haber quedado ciego, e Iván Vasíhievich Bábushkin, ardiente partidario de *Iskra* (1900-1903) y "bolchevique" (1903-1905), fusilado a fines de 1905 o comienzos de 1906 por haber tomado parte en la insurrección en Siberia.

Las octavillas eran editadas por grupos, círculos y organizaciones socialdemócratas que, desde fines de 1895, se llamaron en su mayoría Uniones de *Luch*a por la Emancipación de la Clase Obrera. En 1898, el congreso de representantes de las organizaciones socialdemócratas locales fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia[44].

Después de las octavillas comenzaron a aparecer periódicos obreros ilegales, por ejemplo, en San Petersburgo, en 1897, *Sankt-Petersburski Rabochi Listok*[45] y *Rabóchaya Mysl*[46], que poco después fue trasladado al extranjero. A partir de entonces se publican casi sin interrupción, burlando la censura, hasta la revolución, periódicos socialdemócratas locales que, claro está, eran clausurados a cada paso, pero reaparecían de continuo en todos los confines de Rusia.

Las octavillas obreras y periódicos socialdemócratas de aquel entonces, es decir, de hace veinte años, son los precursores directos e inmediatos de la prensa obrera de nuestros días: las mismas "denuncias" de atropellos cometidos en las fábricas, la misma crónica de la lucha "económica", la misma exposición de principios de las tareas del movimiento obrero desde el punto de vista del marxismo y de la democracia consecuente y, por último, *las mismas dos orientaciones fundamentales*, la marxista y la oportunista, en la prensa obrera.

Un hecho notable, pero insuficientemente apreciado aún hasta hoy día: en cuanto apareció el movimiento obrero *de masas* en Rusia (1895-1896), surgió la división en dos corrientes, la marxista y la oportunista, división que cambia de forma, de aspecto, etc., pero sigue siendo, en el fondo, la misma desde 1894 hasta 1914. Evidentemente, existen raíces sociales profundas, raíces de clase, que dieron origen a esta diferencia de corrientes precisamente, y no a otra, y a la lucha interna entre los socialdemócratas.

Rabóchaya Mysl, mencionada más arriba, representaba la corriente *oportunista* de aquel tiempo, el llamado "economismo". Esta corriente se perfilaba ya en los años 1894-1895 en las discusiones entre los dirigentes locales del movimiento obrero. En el extranjero, donde el despertar de los obreros rusos llevó desde 1896 a un magnífico florecimiento de la literatura socialdemócrata, la aparición y el agrupamiento de los "economistas" acabó en la escisión en la primavera de 1900 (es decir, antes de la aparición de *Iskra*, cuyo primer número salió a la luz a fines de 1900)

La historia de la prensa obrera de los dos decenios

que van de 1894 a 1914 es la historia de las dos corrientes del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa (mejor dicho, de Rusia). Para *comprender* la historia de la prensa obrera de Rusia es preciso conocer no sólo e incluso no tanto los títulos de los diversos órganos de prensa, títulos que nada dicen al lector contemporáneo y que no hacen más que confundirlo, sino el *contenido*, el carácter, la orientación ideológica de las diferentes fracciones de la socialdemocracia.

Los órganos principales de los "economistas" fueron *Rabóchaya Mysl* y *Rabócheie Dielo*[47] (1898-1901). Al frente de este último figuraban B. Krichevski, que luego se pasó a los sindicalistas, A. Martínov, destacado menchevique[48] y ahora liquidador, y Akímov, hoy "socialdemócrata independiente" que está de acuerdo en todas las cuestiones principales con los liquidadores.

Contra los "economistas" lucharon al principio Plejánov y todo el grupo Emancipación del Trabajo (revista *Rabótnik*[49], etc.) nada más y, después, *Iskra* (de 1900 a agosto de 1903, hasta el II Congreso del POSDR). ¿Cuál es el fondo del "economismo"?

De palabra, los "economistas" defendían con singular energía el carácter masivo del movimiento obrero y la iniciativa de los obreros, insistiendo en la importancia primordial de la agitación "económica" y en el paso moderado o gradual a la agitación política. Cómo ve el lector, son los mismos vocablos favoritos de que hacen gala también los liquidadores. De hecho, los "economistas" seguían una política obrera liberal cuya esencia expresó en pocas palabras el señor S. N. Prokopóvich, uno de los líderes del "economismo" de entonces: "La lucha económica, para los obreros, y la lucha política, para los liberales". De hecho, los "economistas", que levantaron tanto alboroto a propósito de la iniciativa de los obreros y del movimiento de las masas, formaban el ala oportunista, el ala pequeñoburguesa con pretensiones intelectuales dentro del movimiento obrero.

La inmensa mayoría de los obreros conscientes - que ya en 1901-1903 representaban el 46% de los inculpados de delitos políticos, mientras los intelectuales proporcionaban sólo el 37%- se colocaron al lado de la *vieja Iskra*, contra el oportunismo. Tres años de actividad (1901-1903) permitieron a la *Iskra* redactar el programa del Partido Socialdemócrata, los fundamentos de su táctica y las formas de combinación de la lucha económica y política de los obreros basada en el marxismo consecuente. En torno a la *Iskra*, y bajo su dirección ideológica, la prensa obrera creció en gran medida durante los años que precedieron a la revolución. El número de octavillas ilegales y de imprentas clandestinas era extraordinariamente elevado y se multiplicó con rapidez en todos los confines de Rusia.

La victoria completa de *Iskra* sobre el "economismo", de la táctica proletaria consecuente sobre la táctica intelectual oportunista en 1903, trajo consigo una nueva y fuerte afluencia de "compañeros de viaje" a las filas de la socialdemocracia, y el oportunismo resucitó *en el terreno del iskrismo*, como una de sus partes, bajo la forma de "menchevismo".

El menchevismo se formó en el II Congreso del POSDR (agosto de 1903) con la *minoría* de los "iskristas" (de aquí el nombre de menchevismo) *y de todos los adversarios oportunistas de* "*Iskra*". Los "mencheviques" retrocedieron hacia el "economismo", claro que de forma algo renovada; todos los "economistas'' que había quedado en el movimiento, con A. Martínov a la cabeza, fueron a engrosar las filas de los "mencheviques".

La *nueva Iskra*, que desde noviembre de 1903 apareció redactada de otra manera, pasó a ser el órgano principal del "menchevismo": "Entre la vieja y la nueva *Iskra* media un abismo", declaró abiertamente Trotski, a la sazón ferviente menchevique. Los órganos principales de los "bolcheviques", que defendían la táctica del marxismo consecuente de la vieja *Iskra*, fueron *Vperiod*[50] y Proletari[51] (1905).

Los años de la revolución de 1905-1907 sometieron a prueba las dos corrientes principales -la menchevique y la bolchevique-, de la socialdemocracia y de la prensa obrera, en cuanto a su ligazón efectiva con las masas y a la expresión de la táctica de las masas proletarias. La prensa socialdemócrata legal no habría podido surgir inmediatamente en el otoño de 1905 si la actividad de los obreros de vanguardia, estrechamente ligada con las masas, no le hubiese parado el terreno. Y si la prensa socialdemócrata legal los años 1905, 1906 y 1907 fue la prensa de *dos* corrientes y de dos fracciones, esto no puede explicarse a su vez sino por la diferencia que existía entre la trayectoria pequeñoburguesa y la trayectoria proletaria en el movimiento obrero de aquella época.

La prensa obrera legal apareció en los tres períodos de auge y de relativa "libertad": en el otoño de 1905 (*Nóvaya Zhizn*[52] de los bolcheviques, *Nachalo*[53] de los mencheviques, por no citar más que los órganos principales entre tantos otros), en la primavera de 1906 (*Volná*, *Ejo*[54], etc., de los bolcheviques; *Naródnaya Duma*[55] etc., de los mencheviques) y en la primavera de 1907.

El fondo de la táctica menchevique de aquella época lo ha expresado recientemente el mismo L. Mártov con estas palabras: "El menchevismo no veía para el proletariado otra posibilidad de participar con fruto en esta crisis que ayudar a la democracia liberal burguesa en sus intentos de desplazar del poder a la parte reaccionaria de las clases poseedoras, ayuda que el proletariado debía prestar conservando la

plena independencia política" (*Entre los libros*, de Rubakin, t. II, pág. 772). Esta táctica de "ayudar" a los liberales significaba en realidad que los obreros *dependían* de los liberales y era de hecho una política obrera liberal. La táctica del bolchevismo, por el contrario, garantizaba la independencia del proletariado en la crisis burguesa mediante la lucha por llevar esta crisis hasta el fin, denunciando las traiciones del liberalismo, abriendo los ojos y agrupando a la pequeña burguesía (sobre todo a la rural) para contrarrestar estas traiciones.

Es notorio -y los mencheviques mismos, comprendidos los actuales liquidadores Koltsov, Levitski y otros lo han reconocido en numerosas ocasiones- que en aquellos años (1905-1907) las masas obreras seguían a los bolcheviques. El bolchevismo expresaba la esencia proletaria del movimiento; el menchevismo, su ala oportunista, pequeñoburguesa con pretensiones intelectuales.

No podemos caracterizar aquí con más detalle el contenido y la importancia de la táctica de ambas corrientes de la prensa obrera. Debemos limitarnos a fijar con exactitud los hechos esenciales, a definir las líneas principales del desarrollo histórico.

La prensa obrera de Rusia cuenta con casi un siglo de historia, primero preparatoria, es decir, historia del movimiento de liberación *no* obrero, *no* proletario, sino "democrático general", es decir, democrático burgués, y después la suya propia, la historia de veinte años del movimiento proletario de la democracia proletaria o de la socialdemocracia.

En ninguna parte del mundo el movimiento proletario ha nacido ni ha podido nacer "de golpe", como un movimiento de clase en su forma pura, surgir ya presto, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Sólo a costa de una larga lucha de duros esfuerzos de los propios obreros avanzados, de todos los obreros conscientes, ha podido el movimiento proletario de clase desprenderse de todas las impurezas, limitaciones, estrecheces y adulteraciones pequeñoburguesas, sólo así ha podido afianzarse. La clase obrera vive al lado de la pequeña burguesía que, al arruinarse, proporciona constantemente nuevos reclutas a las filas del proletariado. En cuanto a Rusia, es el país capitalista más pequeñoburgués de todos, y sólo ahora está atravesando la época de las revoluciones burguesas que Inglaterra, por ejemplo, atravesó en el siglo XVII, y Francia en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX.

El obrero consciente, que ahora emprende una obra que le atañe muy de cerca y con la que se siente identificado por completo, la obra de organizar, poner en marcha, consolidar y desarrollar la prensa obrera, no olvidará la historia de veinte años de marxismo y de prensa socialdemócrata de Rusia.

Hacen un flaco servicio al movimiento obrero sus amigos intelectuales de nervios flojos que no quieren saber nada de la lucha intestina de la socialdemocracia y claman y exhortan a los cuatro vientos a desentenderse de ella. Es gente buena, pero anodina, como lo son sus clamores.

Sólo estudiando la historia de la lucha del marxismo contra el oportunismo, sólo conociendo a fondo y con detenimiento cómo la democracia proletaria independiente se ha ido separando de la mezcolanza pequeñoburguesa, los obreros de vanguardia fortalecerán definitivamente su conciencia y su prensa obrera.

Publicado el 22 de abril de 1914 en el núm. 1 de "Rabochi".
T. 25, págs. 93-101.

LO QUE NO SE DEBE IMITAR DEL MOVIMIENTO OBRERO ALEMÁN.

Recientemente, C. Legien, uno de los representantes más conocidos y destacados de los sindicatos alemanes, ha editado su informe sobre el viaje a Norteamérica en un libro bastante voluminoso, titulado *Del movimiento obrero de Norteamérica*.

Siendo un representante tan significado no sólo del movimiento sindical alemán, sino también del internacional, C. Legien ha dado a su viaje un realce singular, propio, por decirlo así, de un acto de Estado. Sostuvo durante años enteros negociaciones sobre este viaje con el Partido Socialista de Norteamérica y con la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor[56]) unión de organizaciones sindicales dirigida por el célebre (tristemente célebre) Gompers. Cuando se anunció el viaje de Carlos Liebknecht a Norteamérica, Legien no quiso marchar al mismo tiempo que él "para que en los Estados Unidos no hablasen simultáneamente dos oradores cuyas concepciones sobre la táctica del partido y sobre el significado y el valor de las diversas ramas del movimiento obrero no coinciden del todo".

C. Legien ha reunido gran cantidad de datos sobre el movimiento sindical de Norteamérica, pero no ha sabido en absoluto presentarlos en su libro, lleno principalmente de un fárrago de cosas inútiles en forma de descripciones fragmentarias del viaje, folletinescas por el contenido y peor que folletinescas por lo aburridas. Legien ni siquiera ha estudiado ni analizado los estatutos de las asociaciones sindicales de Norteamérica que ofrecían interés particular para él, sino que se ha limitado a traducirlos, y además, de un modo desordenado e incompleto.

Hay un episodio muy instructivo del viaje de Legien que pone de manifiesto con admirable nitidez las *dos tendencias* del movimiento obrero mundial y, en particular, del alemán.

Legien visitó la Cámara de Diputados de los Estados Unidos, el llamado Congreso. El régimen democrático de la República produjo grata impresión a un hombre educado en el Estado policiaco prusiano, y, con satisfacción comprensible, este hombre señala que el Estado proporciona en Norteamérica a cada diputado no sólo un despacho con todas las comodidades modernas, sino también un secretario retribuido para el cumplimiento de una inmensidad de sus funciones de diputado. La sencillez en el trato de los diputados y del presidente de la Cámara eran muy distintas de lo que Legien había visto en otros parlamentos europeos y, sobre todo, en Alemania. ¡En Europa, un socialdemócrata no podría ni pensar siquiera en pronunciar un discurso de saludo en una sesión oficial de un parlamento burgués! Pero en Norteamérica eso fue muy fácil, y el título de socialdemócrata no asustó a nadie... ¡más que *a este mismo socialdemócrata*!

En eso precisamente se manifestó la manera burguesa norteamericana de "matar con dulzura" a socialistas poco firmes y la manera oportunista alemana de renunciar al socialismo para complacer a una burguesía "dulce", cortés y democrática.

El discurso de saludo de Legien fue traducido al inglés (la democracia no se asustó en lo más mínimo de un idioma "extraño" en su Parlamento); más de doscientos diputados estrecharon por turno la mano a Legien como "invitado" de la República; el presidente de la Cámara le manifestó expresamente su agradecimiento.

> "La forma y el fondo de mi salutación -escribe Legien- fueron bien acogidos por la prensa socialista de Estados Unidos y Alemania. Sin embargo, algunos redactores de este segundo país no pudieron menos de hacer ver que mi discurso demuestra una vez más cuán imposible es para un socialdemócrata cumplir la misión de pronunciar un discurso socialdemócrata ante un auditorio burgués. Es posible que, en mi lugar, estos redactores pronunciaran un discurso contra el capitalismo y en pro de la huelga de las masas, en tanto que yo creí inconveniente recalcar ante este Parlamento que los obreros socialdemócratas y los afiliados a los sindicatos de Alemania desean la paz entre los pueblos y, mediante la paz, seguir desarrollando la cultura hasta alcanzar el máximo nivel posible".

¡Pobres "redactores"! ¡Cómo los pulverizó con su discurso de "sesudo varón" nuestro Legien! En el movimiento obrero de Alemania, el oportunismo de los líderes sindicales en general, y de Legien en particular y sobre todo, son cosas conocidas desde hace mucho y calificadas con acierto por multitud de obreros conscientes. Pero en Rusia, donde se habla con demasiada frecuencia del "modelo" de

socialismo europeo, destacando precisamente los rasgos peores, los rasgos negativos del "modelo", no estará de más detenerse con algún detalle mayor en el discurso de Legien.

Un líder del ejército de afiliados a los sindicatos alemanes, y precisamente a los sindicatos socialdemócratas, que suman dos millones en sus filas, un miembro de la minoría socialdemócrata del Reich alemán, pronuncia un discurso netamente burgués liberal ante la asamblea suprema de los representantes de la Norteamérica capitalista. Como es lógico, ni un solo liberal, ni un solo octubrista rehusaría suscribir esas palabras sobre la "paz" y la "cultura".

Y cuando los socialistas de Alemania objetan que ese discurso no es socialdemócrata, este "líder" de los esclavos asalariados del capital muestra por los socialistas un desprecio olímpico. ¡Qué es un "redactor" en comparación con un "político práctico" y un recaudador de cuotas de los obreros! Nuestro Narciso pequeñoburgués siente por los redactores el mismo desprecio que un Pompadour policiaco en cierto Estado por un tercer elemento[57].

Es probable que "estos redactores" pronunciasen un discurso "contra el capitalismo".

Fíjense de qué se ríe este socialista de pacotilla: de que a un socialista se le puede ocurrir la idea de que es necesario hablar *contra* el capitalismo. Tal idea no se les ocurrirá nunca a los "sesudos varones" del oportunismo alemán, pues ellos hablan de manera que *no lesione* al "capitalismo". Y cubriéndose de ignominia con esa lacayuna abjuración del socialismo, se ufanan de su ignominioso proceder.

Legien no es un cualquiera. Representa al ejército, mejor dicho, a la oficialidad del ejército de los sindicatos. Su discurso en modo alguno es un hecho fortuito, en modo alguno es un *lapsus linguae*, en modo alguno es una salida de tono aislada, en modo alguno es un traspié de un "letrado asesor" alemán encerrado en su oficina de provincias que se desconcierta ante los capitalistas de Norteamérica, corteses y no contagiados de altanería policíaca. Si esto fuese *sólo* así, no valdría la pena detenerse en el discurso de Legien.

Pero, claro está, no es así.

En el Congreso Internacional de Stuttgart, la mitad de la delegación alemana resultó estar compuesta por seudosocialistas de esa naturaleza y votó a favor de la resolución archioportunista sobre el problema colonial[58].

Tomen la revista alemana *Cuadernos Socialistas* (??) *Mensuales*[59] y verán siempre en ella artículos de dirigentes del tipo de Legien, oportunistas de pies a cabeza y *sin nada* de común con el socialismo, artículos referentes a *todas* las cuestiones de mayor importancia del movimiento obrero.

Y si la explicación "oficial" del partido alemán "oficial" consiste en que "nadie lee" los *Cuadernos Socialistas Mensuales*, en que éstos no gozan de influencia, etc., *eso no es verdad*. El "caso" de Stuttgart ha demostrado que no es verdad. Las figuras destacadas y significadas, parlamentarios y líderes de los sindicatos, que colaboran en los *Cuadernos Socialistas Mensuales*, propagan de manera constante y pertinaz su punto de vista entre las masas.

El "optimismo oficial" del partido alemán fue señalado hace ya mucho en su propio campo por quienes han merecido de parte de Legien el despectivo (desde el punto de vista de un burgués) y honroso (desde el punto de vista de un socialista) calificativo de "estos redactores". Y cuanto más frecuentes sean en Rusia los intentos de liberales y liquidadores (incluido, claro está, Trotski) de *trasladar a nuestro terreno* esta excelente cualidad, más enérgica debe ser nuestra réplica.

La socialdemocracia alemana tiene meritos inmensos. Posee una teoría bien sistematizada gracias a la lucha de Marx contra todos los Höchberg, Dühring y compañía, teoría que en vano tratan de eludir o corregir con espíritu oportunista nuestros populistas[60]. Posee una organización de masas, periódicos, sindicatos y asociaciones políticas, ese mismo grado de organización de las masas que evidentemente se está alcanzando también ahora en nuestro país, como lo demuestran las victorias que por doquier alcanzan los marxistas-pravdistas, tanto en las elecciones a la Duma como en el terreno de la prensa diaria, o en las elecciones al Consejo de seguros, o en los sindicatos. Los denodados esfuerzos de nuestros liquidadores, "destituidos de sus puestos" por los obreros, de eludir la cuestión sobre esta organización de las masas en Rusia adaptada a las condiciones de nuestro país, son estériles y no significan otra cosa que el empeño de unos presuntos intelectuales de *desviarse* del movimiento obrero, lo mismo que los porfiados esfuerzos de los populistas.

Pero los méritos de la socialdemocracia alemana lo son *a pesar* de discursos tan vergonzosos como el de Legien y los "discursos" (impresos) de los colaboradores de los *Cuadernos Socialistas Mensuales* y no merced a ellos. Nosotros no debemos encubrir ni complicar con frases de un "optimismo oficial" la indudable *dolencia* del partido alemán que se declara en fenómenos de esa índole, sino descubrirla a la vista de los obreros rusos para que podamos aprender de la experiencia de un movimiento más viejo, para que podamos saber lo que no debemos imitar.

Publicado en abril de 1914 en el núm. 4 de "Prosveschenie".

t. 25, pags 106-110.

ACERCA DE UNA VIOLACIÓN DE LA UNIDAD QUE SE ENCUBRE CON GRITOS DE UNIDAD.

Los problemas del movimiento obrero contemporáneos son, en muchos sentidos, problemas delicados, sobre todo para los hombres del ayer (es decir, de la etapa histórica que acaba de transcurrir) de este movimiento. Figuran, ante todo, entre estos problemas, los del fraccionalismo, la escisión, etc. Pueden oírse a menudo en boca de los intelectuales que participan en el movimiento obrero ruegos excitados, nerviosos, casi histéricos, de que no se toquen esos problemas delicados. Para los que han pasado por largos años de lucha de diversas tendencias entre los marxistas, por ejemplo, de 1900 a 1901, muchas consideraciones sobre esos problemas delicados pueden ser, naturalmente, repeticiones innecesarias.

Pero, en la actualidad, no son ya muchos los que han tomado parte en catorce años de lucha entre los marxistas (y mucho menos en dieciocho o diecinueve, si empezamos a contar desde los primeros síntomas en que se manifestó el "economismo"). La inmensa mayoría de los obreros que llenan en nuestros días las filas de los marxistas no recuerdan o no conocen en absoluto la vieja lucha. Para esta inmensa mayoría (según ha demostrado también, por cierto, la encuesta de nuestra revista[61]), los problemas delicados presentan un interés de singular magnitud. Y tenemos el propósito de analizar con detenimiento estos problemas, que plantea, como si fuera de nuevo (y lo es, en efecto, para la joven generación obrera), *Borbá*[62], la "revista obrera no fraccionalista" de Trotski.

1. Acerca del "fraccionalismo".

Trotski califica su nueva revista de "no fraccionalista". Coloca esta palabra en primer orden en los anuncios, la subraya a cada paso en los artículos de fondo, tanto de la misma *Borbá* como de la *Siévernaya Rabóchaya Gazeta*[63] liquidacionista, que publicó un artículo de Trotski sobre *Borbá* antes de que saliera esta revista.

¿Qué es eso de "no fraccionalismo"?

La "revista obrera" de Trotski es una revista de Trotski para obreros, pues en ella no hay ni rastro de iniciativa obrera ni de ligazón con las organizaciones obreras. Deseoso de ser popular, Trotski explica al lector en su revista para obreros palabras como "territorio", "factor", etc.

Perfectamente. ¿Por qué no explicar también para los obreros el concepto de "no fraccionalismo"? ¿Será posible que se comprenda *mejor* que las palabras territorio y factor?

No, no se trata de eso. Se trata de que, con el membrete de "no fraccionalismo", los peores representantes de los peores vestigios del fraccionalismo *engañan* a la joven generación obrera. Vale la pena detenerse a explicar este punto.

El fraccionalismo es el principal rasgo distintivo del Partido Socialdemócrata en una época histórica determinada. ¿En cuál? En la que va de 1903 a 1911.

Para explicar con la mayor evidencia en qué consistía el fondo del fraccionalismo hay que recordar las condiciones concretas, aunque sólo sea de los años 1906 y 1907. El partido estaba por entonces unido; no había escisión, pero había fraccionalismo, es decir, *en realidad* existían en un partido indiviso *dos* fracciones, dos organizaciones distintas. Las organizaciones obreras estaban unidas por la base, pero ante cada problema serio las dos fracciones elaboraban dos tácticas; los defensores de cada una de éstas discutían entre sí en las organizaciones obreras unidas (por ejemplo, cuando se discutió la consigna de ministerio de la Duma o de los demócratas constitucionalistas, en 1906, o durante las elecciones para el Congreso de Londres, en 1907), y los problemas se resolvían *por mayoría*: una de las fracciones quedó derrotada en el Congreso unido de Estocolmo (1906), la otra en el Congreso unido de Londres (1907)[64].

Estos son hechos notorios de la historia del marxismo organizado en Rusia.

Basta recordar estos hechos notorios para ver la escandalosa patraña que Trotski difunde.

Desde 1912, desde hace ya más de dos años, no hay en Rusia fraccionalismo entre los marxistas organizados, no hay discusiones sobre táctica en organizaciones *unidas*, en conferencias y congresos *unidos*. Hay una ruptura *completa* entre el partido y los liquidadores, declarados formalmente *fuera* de su seno en enero de 1912[65]. Trotski suele dar a tal estado de cosas el nombre de "escisión", nombre del que hablaremos especialmente más abajo. Pero sigue siendo un hecho indiscutible que la palabra "fraccionalismo" *está en pugna con la verdad*.

Como ya hemos dicho, esta palabra repite de un

modo no crítico, ilógico y absurdo *lo que era cierto ayer*, esto es, en una época ya transcurrida. Y cuando Trotski nos habla del "caos de la lucha fraccional" (véase el núm. 1, págs. 5, 6 y muchas otras), queda en seguida claro *cuál es precisamente* el pasado caduco que habla por su boca.

Examinemos el actual estado de cosas desde el punto de vista de los jóvenes obreros rusos, que constituyen ahora las nueve décimas partes de los marxistas organizados en Rusia. El joven obrero ruso ve delante *tres* manifestaciones de masas de diversas concepciones o tendencias en el movimiento obrero: los "pravdistas"[66], agrupados junto a un periódico con una tirada de 40.000 ejemplares; los "liquidadores" (15.000 ejemplares) y los populistas de izquierda[67] (10.000 ejemplares). Los datos sobre la tirada explican al lector el carácter *de masas* de una tendencia concreta.

Cabe preguntar: ¿a qué viene aquí lo de "caos"? Bien se sabe que a Trotski le gustan las palabras rimbombantes y hueras; pero la palabreja "caos" *no es sólo* una dicción, sino que, *además*, traslada (o mejor dicho, intenta vanamente trasladar) al terreno de la Rusia de la época actual las relaciones *del ayer en el extranjero*. Este es el fondo del problema.

No hay ningún "caos" en la lucha de los marxistas contra los populistas. Confiamos en que esto no se decidirá a afirmarlo *ni aun* el mismo Trotski. La lucha de los marxistas contra los populistas está entablada desde hace más de treinta años, desde el nacimiento mismo del marxismo. El motivo de esta lucha reside en la divergencia radical existente entre los intereses y los puntos de vista de dos clases distintas: el proletariado y los campesinos. El "caos", de existir en alguna parte, sólo existirá en las cabezas de los atolondrados que no comprenden esto.

¿Qué nos queda, pues? ¿El "caos" de la lucha de los marxistas contra los liquidadores? Tampoco es verdad, porque no se puede dar el nombre de caos a la lucha contra una *tendencia*, que todo el partido ha reconocido como tal y condenado desde 1908. Y quien se preocupe algo de la historia del marxismo en Rusia sabrá que el liquidacionismo está ligado indisolublemente y del modo más estrecho, incluso en el sentido personal de los dirigentes y militantes que lo integran, al "menchevismo" (1903-1908) y al "economismo" (1894-1903). De modo que también aquí tenemos delante casi veinte años de historia. Hablar de la historia del partido propio como de un "caos" significa tener en la cabeza un vacío imperdonable.

Pero veamos la situación actual *desde el punto de vista* de Paris o de Viena. Todo cambiará en seguida. *Además* de "pravdistas" y "liquidadores", existen, *por lo menos, otras cinco* "fracciones" rusas, es decir, grupos distintos, que quieren sumarse a un mismo Partido Socialdemócrata: el grupo de Trotski, los dos grupos *Vperiod*[68], los "bolcheviques defensores del partido" y los "mencheviques defensores del partido"[69]. En París y en Viena (tomo como ejemplo dos centros de particular importancia) lo saben muy bien todos los marxistas.

En este punto también tiene razón en cierto sentido Trotski: ¡eso sí que es fraccionalismo, eso sí que es un caos de verdad!

"Fraccionalismo", es decir, unidad nominal (*de palabra*, todos son de un solo partido), y fragmentación real (en realidad, todos los grupos son independientes, entablan entre sí negociaciones y concluyen acuerdos como potencias soberanas).

"Caos", es decir, 1) falta de datos objetivos y comprobables de la ligazón de estas fracciones con el movimiento obrero de Rusia y 2) falta de datos para juzgar de la verdadera fisonomía ideológica y política de esas fracciones. Tomemos un período de dos años completos, 1912 y 1913. Como es sabido, fueron años de reanimación y ascenso del movimiento obrero, años en que cualquier tendencia o corriente que tuviera la mínima apariencia *de reunir masas* (porque en política no se torna en consideración sino lo que mueve a masas) *no podía menos de* repercutir en las elecciones a la IV Duma, en el movimiento huelguístico, en los periódicos legales, en los sindicatos, en la campaña de seguros, etc. ¡Ni una, ni una sola de esas cinco fracciones del extranjero fue absolutamente en nada digna de mención, a lo largo de esos dos años, *ni en una sola* de las manifestaciones indicadas del movimiento obrero de masas en Rusia!

Este es un hecho que cualquiera puede comprobar con facilidad.

Y este hecho demuestra que teníamos razón cuando decíamos que Trotski representa los "peores vestigios del fraccionalismo".

Siendo de palabra no fraccionalista, Trotski, como sabe todo el que conoce algo el movimiento obrero de Rusia, representa la "*fracción* de Trotski". Y ahí está el fraccionalismo, pues saltan a la vista sus dos indicios esenciales: 1) reconocimiento nominal de la unidad y 2) formación de un grupo, en la práctica. Aquí hay un vestigio de fraccionalismo por que es imposible descubrir en ello nada serio en cuanto a relaciones con el movimiento obrero de masas de Rusia.

Vemos ahí, por último, un fraccionalismo de la peor especie porque *no hay* ninguna precisión ideológica ni política. No puede negarse esta precisión ni a los pravdistas (incluso nuestro decidido adversario L. Mártov reconoce que tenemos "cohesión y disciplina" en torno a decisiones formales conocidas de todos y referentes a todas las cuestiones), ni a los liquidadores (tienen una fisonomía muy determinada, por lo menos los más destacados, precisamente una fisonomía liberal y no marxista).

No puede negarse cierta precisión a una parte de

las fracciones que, como la de Trotski, tienen existencia real exclusivamente desde el punto de vista de Viena y de París, pero de ningún modo desde el punto de vista de Rusia. Están precisadas, por ejemplo, las teorías *machistas*[70] en el grupo machista *Vperiod* y la categórica negación de estas teorías, así como la defensa del marxismo, además de la condena teórica de los liquidadores, entre los "mencheviques defensores del partido".

En cambio, Trotski no tiene precisado nada en el aspecto ideológico ni en el político porque la patente de "no fraccionalismo" sólo significa (en seguida lo veremos con más detalle) patente de plena libertad para *pasar* de una fracción a otra y viceversa.

En resumen:

1) Trotski no explica ni entiende la significación histórica de las divergencias *ideológicas* entre las tendencias y las fracciones del marxismo, aunque tales divergencias llenan veinte años de la historia de la socialdemocracia y conciernen a los problemas fundamentales de nuestros días (como lo demostraremos más adelante);

2) Trotski no ha entendido las particularidades fundamentales del *fraccionalismo*, como son el reconocimiento nominal de la unidad y la fragmentación real;

3) bajo la bandera del "no fraccionalismo", Trotski defiende una de las fracciones residentes en el extranjero y faltas sobre todo de ideas y de arraigo en el movimiento obrero de Rusia.

No es oro todo lo que reluce. En las frases de Trotski hay mucho brillo y estruendo, pero nada de contenido.

II. Acerca de la escisión.

Se nos objetará: "Si entre vosotros, pravdistas, no hay fraccionalismo, es decir, reconocimiento nominal de la unidad y fragmentación en la práctica, tenéis algo peor: escisionismo". Eso es precisamente lo que dice Trotski quien, no sabiendo meditar sobre sus ideas y atar los cabos de sus frases, vocifera unas veces contra el fraccionalismo y grita otras: "La escisión hace una conquista suicida tras otra" (núm. 1, pág. 6).

Esta declaración no puede tener más que un sentido: "Los *pravdistas* hacen una conquista tras otra" (éste es un hecho objetivo, comprobable, un hecho que puede sentarse estudiando el movimiento obrero de masas en Rusia, aunque sólo sea en 1912 y 1913); *pero yo, Trotski*, condeno a los pravdistas 1) como escisionistas y 2) como políticos suicidas.

Analicemos esto.

Ante todo, demos las gracias a Trotski: hace poco (desde agosto de 1912 hasta febrero de 1914) seguía a F. Dan, quien, como se sabe, amenazaba y exhortaba a "*matar*" el antiliquidacionismo. Ahora Trotski no amenaza con "matar" nuestra tendencia (y nuestro partido: ¡no se enfade usted, ciudadano Trotski, que es verdad!), sino que se limita a pronosticar que se matará ¡*ella misma*!

Esto es mucho más suave, ¿verdad? Esto es casi "no fraccional", ¿cierto?

Pero, bromas aparte (aunque la broma es el único medio de responder suavemente a la insoportable fraseología de Trotski).

Lo del "suicidio" es una simple frase, una frase vacía, "trotskismo" escueto.

Lo de escisionismo es una acusación política seria. Esta acusación la repiten contra nosotros de mil maneras tanto los liquidadores como todos los grupos que hemos enumerado antes y que existen indudablemente desde el punto de vista de París y de Viena.

Y todos repiten esta seria acusación política con asombrosa falta de seriedad. Fíjense en Trotski. Ha confesado que "la escisión hace (léase: los pravdistas hacen) una conquista suicida tras otra" y añade:

> "*Numerosos obreros avanzados, en estado de completo desconcierto político, se convierten muchas veces ellos mismos en activos agentes de la escisión*" (núm. 1, pág. 6).

¿Podrán encontrarse muestras de mayor falta de seriedad ante un problema que las ofrecidas con estas palabras?

Se nos acusa de escisionismo mientras que en el campo del movimiento obrero en Rusia no vemos delante absolutamente nada más que liquidacionismo. ¿De modo que se considera errónea nuestra actitud frente al liquidacionismo? En efecto, por muy acusada que sea la diferencia entre los grupos del extranjero que hemos enumerado antes, *todos* ellos coinciden precisamente en considerar errónea, "escisionista", nuestra actitud ante el liquidacionismo. En ello consiste también la afinidad (y la sustancial proximidad política) de *todos* estos grupos con los liquidadores.

Si nuestra actitud ante el liquidacionismo es errónea desde el punto de vista de la teoría y de los principios, Trotski debiera haberlo dicho *francamente*, debiera haber declarado *concretamente* y señalado sin rodeos en qué ve el error. Pero Trotski *lleva años* rehuyendo este punto esencial.

Si la experiencia del movimiento da un mentís a nuestra actitud frente al liquidacionismo en la práctica, hay que analizar esa experiencia, cosa que tampoco hace Trotski. "Numerosos obreros avanzados -confiesa-se convierten en activos agentes de la escisión" (léase: activos agentes de la pauta, de la táctica y del sistema de organización pravdistas).

Más ¿por qué se produce el fenómeno lamentable, con firmado por la experiencia, según reconoce Trotski, de que favor de *Pravda* están los obreros *avanzados*, y además son *numerosos*?

Dado el "completo desconcierto político" de estos obreros avanzados, contesta Trotski.

La explicación es, ni que decir tiene,

extraordinariamente lisonjera para Trotski, para las cinco fracciones del extranjero y para los liquidadores. Trotski gusta mucho de dar, "con docto aire de perito", en frases hinchadas y sonoras, explicaciones lisonjeras para él de los fenómenos históricos. Si "numerosos obreros avanzados" se convierten en "activos agentes" de una pauta política y de partido que no coincide con la de Trotski, Trotski resuelve el problema sin pararse en barras, de golpe y porrazo y cortando por lo sano: esos obreros avanzados se encuentran "en estado de completo desconcierto político", ¡y en cambio él, Trotski, se encuentra, por lo visto, "en estado" de firmeza política, de claridad y acierto de trayectoria!... ¡Y ese mismo Trotski, dándose golpes en el pecho, lanza rayos y truenos contra el fraccionalismo, contra el espíritu de círculo y contra la propensión de los intelectuales a imponer su voluntad a los obreros!...

En verdad, cuando uno lee esas cosas, se pregunta sin querer si no saldrán de un manicomio tales juicios.

El problema del liquidacionismo y de su condena lo venía planteando el partido a los "obreros avanzados" desde 1908, y en enero de 1912, hace más de dos años, planteó el de separarse de un grupo muy concreto de liquidadores (a saber: el de *Nasha Zariá*[71]), es decir, el de la imposibilidad de construir el partido sino *prescindiendo* de este grupo y contra él. La inmensa mayoría de los obreros avanzados se pronunció precisamente *en pro* de "la pauta de enero (1912)". El mismo Trotski reconoce este hecho cuando habla de "conquista" de "numerosos obreros avanzados". ¡Y sale del paso *insultando* sin más ni más a estos obreros avanzados, tildándolo de "escisionistas" y de estar "desconcertados en el aspecto político"!

Quien no haya perdido el juicio sacará de estos hechos una consecuencia distinta. La *unidad* de opinión y de acción, la fidelidad al partido y el partido están donde se ha agrupado la *mayoría* de obreros conscientes en torno a resoluciones precisas y determinadas.

El desconcierto y el *escisionismo* están precisamente donde hemos visto a liquidadores "destituidos de sus puestos" por los obreros, o a media docena de grupos del extranjero que en dos años no han demostrado *con nada* su vinculación al movimiento obrero de masas de Rusia. Intentando ahora persuadir a los obreros para que *no cumplan las decisiones* de aquel "todo" que reconocen los marxistas-pravdistas, Trotski *intenta* desorganizar el movimiento y provocar una escisión.

Son tentativas impotentes, pero hay que desenmascarar a los harto presuntuosos jefes de los grupitos de intelectuales que provocan la escisión alborotan a propósito de la escisión; que hacen, con inverosímil insolencia, caso omiso de los acuerdos y la voluntad de los "obreros avanzados" y dicen de *ellos*, después de haber sufrido durante dos años o más *una derrota rotunda* ante ellos, que están "desconcertados en el aspecto político". Son enteramente los procedimientos de Nozdriov o Judas Golovliov[72].

Y nosotros, atentos a nuestro deber de publicistas, no nos cansaremos de repetir datos *exactos*, irrefutados e irrefutables, en respuesta a los reiterados gritos sobre la escisión. Los diputados bolcheviques por la curia obrera a la II Duma eran el 47%; a la III Duma, el 50%, y a la IV Duma, el 67%.

He ahí donde está la mayoría de "obreros avanzados", he ahí donde está el partido, he ahí donde está la unidad de opinión y de acción de la mayoría de los obreros conscientes.

Los liquidadores objetan (véase Bulkin, L. M., en el núm. 3 de *Nasha Zariá*) que nosotros empleamos argumentos sacados de las curias de Stolypin[73]. Es una objeción absurda y de mala fe. Los alemanes miden sus éxitos por unas elecciones celebradas bajo la ley electoral de Bismarck, ley que prescinde de las mujeres. Sólo un loco podría echárselo en cara a los marxistas alemanes, los cuales miden sus éxitos bajo la ley electoral *existente*, sin justificar por ello en absoluto sus amputaciones reaccionarias.

Nosotros hacemos lo mismo: sin defender las curias ni el sistema de comicios por curias, medimos nuestros éxitos bajo la ley electoral *existente*. Hubo curias para las tres Dumas (II, III, IV), *y en el seno* de una misma curia obrera, *en el seno* de la socialdemocracia, se ha producido un desplazamiento *total* en contra de los liquidadores. Quien no quiera engañarse a sí mismo ni engañar a los demás deberá reconocer este hecho objetivo de la victoria de la *unidad obrera contra* los liquidadores.

La otra objeción no es menos "inteligente": "Por tal o cual bolchevique votaron (o participaron en las elecciones) mencheviques y liquidadores". ¡Perfecto! ¿Y no podrá decirse lo mismo del 53% de diputados *no* bolcheviques de la II Duma, del 50% de la III y del 33% de la IV?

Si en lugar de datos sobre los diputados se hubiesen podido utilizar los referentes a los compromisarios o a los apoderados de los obreros, etc., lo hubiéramos hecho con mucho gusto. Pero *no existen* datos más detallados sobre este punto, y, por tanto, los "objetantes" persiguen simplemente el fin de despistar al público.

¿Y los datos sobre los grupos obreros que ayudaron a los periódicos de distintas tendencias? En *dos* años (1912 a 1913) 2.801 grupos por *Pravda* y 750 por *Luch*[*]. Cualquiera puede comprobar estas cifras y nadie ha intentado refutarlas.

¿Dónde está, pues, *la unidad de acción y de voluntad de la mayoría* de los "obreros avanzados" y

[*] Hasta el 1 de abril de 1914, el recuerdo previo ha dado 4.000 grupos por *Pravda* (desde el 1 de enero de 1912), y 1.000 por los liquidadores con todos sus aliados.

dónde el *incumplimiento* de la voluntad de la mayoría?

El "no fraccionalismo" de Trotski es precisamente escisionismo en el sentido del más descarado incumplimiento de la voluntad de la mayoría de los obreros.

III. Sobre la disgregación del bloque de agosto.

Pero existe otro medio, y muy importante, de comprobar el acierto y la veracidad de las acusaciones de escisionismo lanzadas por Trotski.

¿Creen ustedes que son precisamente los "leninistas" los escisionistas? Bien. Admitamos que tienen razón.

Pero si la tienen ustedes, ¿por qué, en este caso, ninguno de los otros grupos y fracciones ha sabido demostrar, *sin* los "leninistas" y *contra* los "escisionistas", que es posible la unidad con los liquidadores?... Si nosotros somos los escisionistas, ¿por qué, pues, no se han unido ustedes, los unificadores, entre ustedes y con los liquidadores? ¡Pues con ello habrían demostrado a los obreros *en la práctica* que la unidad es posible y ventajosa!...

Hagamos un poco de cronología.

En enero de 1912, los "leninistas" "escisionistas" declaran que son un partido *sin* liquidadores y *contra* ellos.

En marzo de 1912 *se unen* contra estos "escisionistas", en sus hojas rusas y en las columnas del periódico socialdemócrata alemán *Vorwärts*[74], todos los grupos y "fracciones": liquidadores, trotskistas, adictos de *Vperiod*, "bolcheviques defensores del partido" y "mencheviques defensores del partido". Todos juntos, de común acuerdo, concertados y unánimes, nos insultan con calificativos de "usurpadores", "embaucadores" y otros improperios no menos tiernos y cariñosos.

¡Muy bien, señores! Pero nada les hubiera sido más fácil que unirse *contra* los "usurpadores" y dar a los "obreros avanzados" un ejemplo de *unidad*. ¿Es que los obreros avanzados, si vieran de un lado la unidad de todos contra los usurpadores, la unidad de liquidadores y *no* liquidadores, y, por otro lado, *solos* a los "usurpadores", a los "escisionistas" etc., no apoyarían a los primeros??

Si las divergencias han sido simplemente inventadas o exageradas, etc., por los "leninistas" y, en realidad, *es posible* la unidad de liquidadores, plejanovistas, adictos de *Vperiod*, trotskistas, etc., ¿por qué no lo han demostrado ustedes en dos años con su ejemplo?

En agosto de 1912 se reunió una conferencia de "unificadores"[75]. Y en el acto comenzó la *desunión*: los plejanovistas se negaron terminantemente a acudir; los adictos de *Vperiod* acudieron, pero se retiraron protestando y descubriendo que toda la empresa era una falsa.

Se "unificaron" los liquidadores, los letones, los trotskistas (Trotski y Semkovski), los caucasianos y el septeto[76]. Pero ¿se unificaron? Entonces declaramos ya que no, que aquello era sólo un modo de encubrir el liquidacionismo. ¿Nos han desmentido los hechos?

Exactamente año y medio después, en febrero de 1914, resulta:

1. Que se desmorona el septeto por haberlo abandonado Buriánov.

2. Que en el nuevo "sexteto" resultante no pueden ponerse de acuerdo Chjeídze y Tuliakov u otro sobre la respuesta a Plejánov. Declaran en la prensa que van a contestarle, *pero no pueden hacerlo*.

3. Que Trotski, desaparecido realmente hace ya muchos meses de *Luch*, *se retracta* y publica una revista "propia", *Borbá*. Al dar a esta revista el calificativo de "no fraccionalista", Trotski dice claro con ello (claro para todo el que sepa algo del asunto) que *Nasha Zariá* y *Luch han resultado ser* a su juicio, a juicio de Trotski, unificadores "fraccionalistas", es decir, malos.

Si usted, amable Trotski, es unificador, si declara que es posible la unidad con los liquidadores, si ocupa con ellos la posición "de las ideas fundamentales formuladas en agosto de 1912" (*Borbá*, núm. 1, pág. 6, *Nota de la Redacción*), ¿por qué, pues, *no* se ha unificado *usted mismo* con los liquidadores en *Nasha Zariá* y en *Luch*?

Cuando en *Siévernaya Rabóchaya Gazeta*, antes aún de salir la revista de Trotski, apareció una nota mordaz, en la que se decía que la fisonomía de la revista no estaba "clara todavía" y que "en los círculos marxistas se hablaba bastante" de ella, *Put Pravdi* (núm. 37)[77], naturalmente, tuvo que desmentir esa patraña: "en los círculos marxistas se hablaba" de una nota secreta de Trotski *contra* los luchistas; la fisonomía de Trotski y su separación del Bloque de Agosto quedan plenamente "aclaradas".

4. An, conocido líder de los liquidadores caucasianos que había intervenido contra L. Sedov (recibiendo por ello una amonestación pública de F. Dan y Cía.), aparece ahora en *Borbá*. Queda por "aclarar" si es con Trotski o con Dan con quien desean ir ahora los caucasianos.

5. Los marxistas letones, que eran la única organización verdadera integrada en el "Bloque de Agosto", se han retirado *formalmente* de él, declarando (1914) en la resolución de su último congreso que

> "*la tentativa hecha por los conciliadores de unificarse a toda costa con los liquidadores (Conferencia de agosto de 1912) ha resultado vana, y los unificadores mismos han caído bajo la dependencia ideológica y política de los liquidadores*".

Esto es lo que ha declarado, después de una experiencia de año y medio, una organización que, de por sí, ocupa una posición *neutral*, pues no quiere

contactos con *ninguno* de los dos centros. ¡De tanto mayor peso debe ser para Trotski esta decisión de gentes *neutrales*!

Creemos que es bastante, ¿no?

Los que nos acusaban de escisionismo, de no querer o no saber convivir con los liquidadores, no han podido hacerlo *ellos mismos*. El Bloque de Agosto ha resultado ser una ficción y se ha desmoronado.

Trotski engaña a sus lectores, al ocultarles esta disgregación.

La experiencia de nuestros adversarios ha demostrado que tenemos razón, ha demostrado que es imposible trabajar con los liquidadores.

IV. Consejos de un conciliador al "septeto".

En el editorial del número 1 de *Borbá*, titulado *La escisión en la minoría de la Duma*, hay consejos de un conciliador a los siete diputados liquidadores (o que se inclinan por el liquidacionismo) de la Duma de Estado[78]. El punto céntrico de estos consejos es la frase siguiente:

"*dirigirse en primer orden al sexteto en todos los casos en que sea necesario un acuerdo con otras minorías*" (pág. 29).

Sabio consejo que, entre otros efectos, tiene el de hacer discrepar a Trotski, por lo visto, de los liquidadores-luchistas. Desde el primer momento de la lucha entre las dos minorías en la Duma, desde la resolución de la Conferencia del Verano (1913)[79], los pravdistas han mantenido precisamente este punto de vista. La minoría obrera socialdemócrata de Rusia ha declarado varias veces en la prensa, incluso después de la escisión, que sigue manteniéndolo, a pesar de las reiteradas negativas del "septeto".

Desde el comienzo mismo, desde la resolución de la Conferencia del Verano, hemos pensado y pensamos que son deseables y posibles los *acuerdos* sobre problemas de trabajo en la *Duma*: si semejantes acuerdos se han practicado más de una vez con los demócratas pequeñoburgueses campesinos (trudoviques[80]), con tanto mayor motivo, como es natural, son posibles y necesarios con los políticos obreros liberales, pequeñoburgueses.

No hay que exagerar las divergencias y hay que mirar cara a cara a la realidad: los del "septeto" son gentes que se inclinan por el liquidacionismo, que ayer seguían por entero a Dan y hoy vuelven con angustia la vista de Dan a Trotski y viceversa. Los liquidadores son un grupo de legalistas separados del partido que practican una política obrera liberal. Como este grupo niega la "ilegalidad", ni hablar se puede de unidad alguna con él en cuanto a la construcción del partido y al movimiento obrero. Quien piense de otro modo se equivoca de medio a medio, pues no ve la profundidad de los cambios ocurridos después de 1908.

Pero, desde luego, son admisibles los *acuerdos* con este grupo, situado al margen del partido o cerca de él, sobre problemas aislados: *debemos* obligar siempre tanto a este grupo como a los trudoviques a optar entre la política obrera (pravdista) y la política liberal. Por ejemplo, en el problema de la lucha por la libertad de prensa, los liquidadores han manifestado claramente sus vacilaciones entre la forma en que plantean el problema los liberales, negando u olvidando la prensa clandestina, y la política contraria, la obrera.

En el marco de la política que se debe seguir *dentro de la Duma*, donde no se plantean en forma directa los problemas *extraparlamentarios* de mayor importancia, son posibles y deseables los acuerdos con los siete diputados obreros liberales. En este punto, Trotski se ha pasado de los liquidadores *a* la posición de la Conferencia del Verano (1913) del partido.

Pero lo que no debe olvidarse es que, desde el punto de vista de un grupo situado al margen del partido, se entiende por acuerdo algo muy distinto de lo que suelen entender por él los militantes del partido. Para los que no tienen filiación política, concertar un "acuerdo" en la Duma significa "*elaborar* una resolución o una táctica". Para los miembros de un partido, un acuerdo es un intento de *incorporar* a otras personas a la aplicación de la política de su partido.

Los trudoviques, por ejemplo, no tienen filiación política. Entienden por acuerdo la "elaboración" "libre", por decirlo así, de una trayectoria, hoy con los demócratas constitucionalistas, mañana con los socialdemócratas. En cambio, nosotros entendemos por acuerdo con los trudoviques algo muy distinto: tenemos resoluciones del partido para todos los problemas importantes de táctica, y nunca nos apartaremos de estas resoluciones; ponernos de acuerdo con los trudoviques quiere decir, para nosotros, *atraerlos* a nuestro lado, *convencerlos* de que tenemos razón, *no renunciar* a la unidad de acción contra las centurias negras y contra los liberales.

El razonamiento de Trotski que insertamos a continuación prueba hasta qué punto ha olvidado (¡no en vano ha estado con los liquidadores!) esta diferencia elemental entre los acuerdos desde el punto de vista del partido y desde el punto de vista de los que no tienen filiación política:

> "Es necesario que personas autorizadas de la Internacional reúnan las dos partes de nuestra escindida representación parlamentaria y examinen con ellas qué las une y qué las separa... Puede elaborarse una resolución táctica detallada, en la que se formulen las bases de la táctica parlamentaria..." (núm. 1, págs. 29-30).

¡Ahí tenéis una muestra característica y de lo más típica del modo liquidacionista de plantear la cuestión! La revista de Trotski se olvida del partido:

en realidad, ¿valdrá la pena recordar semejante fruslería?

En Europa (a Trotski le gusta hablar a destiempo de europeísmo), cuando se ponen de acuerdo o se unifican partidos distintos, las cosas se hacen del modo siguiente: sus representantes se reúnen y dilucidan, ante todo, los puntos de divergencia (precisamente lo que la Internacional ha puesto a la orden del día para Rusia, sin haber incluido para nada en la resolución el irreflexivo aserto de Kautsky de que "no existe el viejo partido"[81]). Una vez dilucidados los puntos de divergencia, los representantes indican *cuáles son las decisiones* (resoluciones, condiciones, etc.) sobre problemas de táctica, de organización, etc. *que deben ser presentadas a los congresos de los dos partidos*. Si se consigue esbozar un proyecto de acuerdos únicos, los congresos deciden si deben aceptarse; cuando se formulan prepuestas *distintas*, son igualmente los congresos de los dos partidos los que las discuten en forma definitiva.

A los liquidadores y a Trotski sólo les son "simpáticos" los modelos *europeos* de oportunismo, pero en modo alguno los modelos europeos de espíritu de partido.

¡¡Los diputados a la Duma elaborarán "una resolución táctica detallada"!! Los "obreros avanzados" de Rusia, de los que no en vano está tan descontento Trotski, pueden ver palmariamente en este ejemplo hasta dónde llega en Viena y en París la ridícula proyectomanía de los grupitos del extranjero que han convencido incluso a Kautsky de que en Rusia "no hay partido". Pero si algunas veces se consigue engañar a los extranjeros sobre este punto, en cambio los "obreros avanzados" rusos (so pena de provocar un nuevo descontento del terrible Trotski) se echarán a reír en las mismas barbas de esos proyectistas.

"Las resoluciones tácticas detalladas -les dirán- las redactan entre nosotros los congresos y las conferencias del partido (no sabemos cómo se hace entre vosotros, gentes sin partido), por ejemplo, en los años 1907, 1908, 1910, 1912 y 1913. Con mucho gusto daremos a conocer a los extranjeros no enterados, así como a los rusos olvidadizos, los acuerdos de nuestro partido, y con mayor gusto aún rogaremos a los del "septeto", o a "los del Bloque de Agosto", o a los de la "lewica"[82], o a quien sea, que nos den a conocer las resoluciones de sus congresos o conferencias y planteen en su próximo congreso la cuestión precisa sobre la actitud ante nuestras resoluciones o ante la resolución del Congreso neutral letón de 1914, etc."

He ahí lo que dirán los "obreros avanzados" de Rusia a los diversos proyectistas, he ahí lo que han dicho ya, por ejemplo, en la prensa marxista, los marxistas organizados de San Petersburgo. ¿Tiene a bien Trotski hacer caso omiso de estas condiciones publicadas en letras de molde para los liquidadores? Tanto peor para Trotski. Es deber nuestro advertir a los lectores lo ridículo que resulta el proyectismo "unificador" (¿siguiendo el tipo de la "unificación" de agosto?), que no quiere tener en cuenta la voluntad de la mayoría de los obreros conscientes de Rusia.

V. Las concepciones liquidadoras de Trotski.

En su nueva revista, Trotski ha procurado hablar lo menos posible de sus concepciones sobre el fondo de la cuestión. *Put Pravdi* (núm. 37) ha observado ya que Trotski no ha dicho ni palabra sobre la ilegalidad ni la consigna de luchar por un partido legal, etc. Esta es, entre otras cosas, la razón de que hablemos del *peor* de los fraccionalismos en este caso, en que una organización separada quiere surgir sin fisonomía ideológica o política alguna.

Pero si Trotski no ha querido exponer francamente sus concepciones, una serie de pasajes de su revista muestra cuáles son las ideas que lleva a la práctica con disimulo, escondiéndolas.

Ya en el editorial del primer número leernos:

> "La socialdemocracia del período prerrevolucionario en nuestro país sólo fue partido *obrero* por su idea, por sus objetivos. En la práctica, era una organización de intelectuales marxistas que llevaba tras de sí a la clase obrera, la cual comenzaba a despertar".

Esta es una monserga liberal y liquidadora desde hace tiempo conocida y que, en la práctica, sirve de prólogo a la *negación* del partido. Se funda en una tergiversación de hechos históricos. Las huelgas de 1895 y 1896 crearon ya un movimiento obrero *de masas*, ligado a la socialdemocracia en los terrenos ideológico y de organización. ¿¿Y a estas huelgas, a la agitación económica y no económica "*llevaban tras de sí* los intelectuales a la clase obrera"!!

O bien, he aquí datos exactos sobre los delitos cometidos contra el Estado entre 1901 y 1903 en comparación con la época anterior:

> Por cada cien participantes en el movimiento de liberación (procesados por delitos contra el Estado) hubo personas de las profesiones siguientes:

Épocas	Agricultura	Industria y comercio	Profesiones liberales y estudiantes	Oficios indeterminados y Sin Ocupación
1884-1890	7,1	15,1	53,3	19,9
1901-1903	9,0	46,1	28,7	8,0

Como vemos, en la década del 80, cuando en Rusia aún no había Partido Socialdemócrata, cuando el movimiento era "populista", predominaban los intelectuales: a ellos corresponde más de la mitad de los participantes.

El cuadro cambia por completo en 1901-1903, cuando existía ya el Partido Socialdemócrata, cuando la vieja *Iskra* realizaba su labor. Los intelectuales constituían ya la *minoría* de los participantes en el movimiento, había ya muchos más *obreros* ("industria y comercio") que intelectuales, y los obreros y campesinos juntos eran más de la mitad del total.

Precisamente en la lucha de tendencias dentro del marxismo es donde se manifestó el *ala* intelectual pequeñoburguesa de la socialdemocracia, comenzando por el "economismo" (1895-1903) y siguiendo con el "menchevismo" (1903-1908) y el "liquidacionismo" (1908-1914). Trotski repite las calumnias liquidacionistas contra el partido, temiendo referirse la historia de veinte años de lucha de tendencias en el seno del partido.

Veamos otro ejemplo:

> "En su actitud ante el parlamentarismo, la socialdemocracia rusa ha pasado por las tres fases mismas... (que en los demás países)... primero el "boicoteo".., luego, el reconocimiento de la táctica parlamentaria como asunto de principio, pero... (el magnífico "pero", el mismo "pero" que Schedrín traducía diciendo: ¡de puntillas no se es más alto, no, no se es más alto!)... con fines de mera agitación... y, por último, pasar a la tribuna de la Duma.., las reivindicaciones inmediatas..." (núm. 1, pág. 34).

Otra adulteración liquidacionista de la historia. La diferencia entre la segunda y la tercera fase ha sido inventada para hacer pasar furtivamente la defensa del reformismo y del oportunismo. Boicoteo, como fase en la "actitud de la socialdemocracia ante el parlamentarismo", no lo hubo *ni* en Europa (allí hubo y hay aún anarquismo), ni en Rusia, donde el boicot de la Duma de Bulyguin[83], por ejemplo, concernía *solamente* a una institución determinada, *nunca* se refirió al "parlamentarismo" y surgió de la lucha peculiar que se desplegaba entre liberalismo y marxismo por continuar la acometida. ¡Ni una palabra dice Trotski de la forma en que esta lucha se reflejó en la contienda de las dos corrientes en el seno del marxismo!

De apelar a la historia, habría que explicar los problemas concretos y las raíces de clase de las diversas corrientes: quien quiera estudiar al modo marxista la lucha entre las clases y diversas corrientes con motivo de la participación en la Duma de Bulyguin, verá allí las raíces de la política obrera liberal. ¡Pero Trotski "apela" a la historia para *esquivar* los problemas concretos e *inventar* una justificación o algo parecido para los oportunistas contemporáneos!

> "...De hecho -escribe- todas las corrientes emplean los mismos métodos de lucha y de construcción"."Los gritos acerca de un peligro liberal en nuestro movimiento obrero son sencillamente una burda caricatura sectaria de la realidad" (núm. 1, págs. 5 y 35).

Esta es una defensa bien clara y sañuda de los liquidadores. Pero nosotros nos permitiremos, sin embargo, tomar tan sólo un pequeño hechos de los más recientes: Trotski sólo lanza frases; nosotros, en cambio, quisiéramos que los obreros meditasen por sí mismos en este hecho.

El hecho es que *Siévernaya Rabóchaya Gazeta* escribía en su número del 13 de marzo:

> "*En vez de subrayar una tarea determinada y concreta, que la clase obrera tiene planteada, a saber: obligar a la Duma a rechazar el proyecto de ley (sobre la prensa), se propone una vaga fórmula de lucha por las "consignas no amputadas", haciendo paralelamente propaganda de la prensa ilegal, cosa que sólo puede debilitar la lucha de los obreros por su prensa legal*".

He aquí una defensa documental, clara y precisa de la política liquidacionista y una crítica de la política pravdista. Y bien, ¿habrá persona que sepa leer y escribir y que diga que las dos corrientes emplean en este punto "los mismos métodos de lucha y de construcción"? ¿Habrá persona que sepa leer y escribir y que diga que los liquidadores *no* ponen aquí en práctica la política obrera *liberal*, que el peligro liberal en el movimiento obrero es aquí una invención?

Trotski evita los hechos y las indicaciones concretas precisamente porque dan un mentís implacable a todas sus exclamaciones de enojo y frases rimbombantes. Naturalmente, es muy fácil adoptar una postura y decir: "burda caricatura sectaria". Tampoco es difícil agregar unas palabrejas, aún más mordaces, aún más rimbombantes, sobre "la liberación del yugo del fraccionalismo conservador".

Pero ¿no resulta esto demasiado barato ya? ¿No se habrá sacado esta arma del arsenal de la época en que Trotski brillaba ante los estudiantes de bachillerato?

Los "obreros avanzados" contra los que se enfada Trotski querrán, sin embargo, que se les diga de un modo franco y claro: ¿aprobáis el "método de lucha y de construcción' que queda expresado con exactitud en la citada apreciación de una campaña política concreta? ¿Sí o no? En caso afirmativo, esto es política obrera liberal, es traición al marxismo y al partido, y hablar de "paz" o de "unidad" con *semejante* política, con grupos que *la* están llevando a la práctica significa engañarse a sí mismo y engañar a los demás.

¿No? Pues que se diga con franqueza. Porque con frases no se asombrará al obrero actual, ni se le dará satisfacción, ni se le intimidará.

A propósito: la política preconizada por los liquidadores en el pasaje citado es torpe incluso desde el punto de vista liberal, porque la aprobación de una ley en la Duma depende de los "octubristas de

los zemstvos"[84] del tipo de Bennigsen, que ya en la Comisión ha puesto sus cartas boca arriba.

* * *

Los veteranos del movimiento marxista en Rusia conocen bien la figura de Trotski, y para ellos no vale la pena describirla. Pero la joven generación obrera no la conoce, y es preciso hablar, porque es una figura típica para los cinco grupitos del extranjero que, de hecho, vacilan también entre los liquidadores y el partido.

En los tiempos de la vieja *Iskra* (1901-1903) había un apodo para esos vacilantes y tránsfugas del bando de los "economistas" al de los "iskristas" y viceversa: Los "tránsfugas de Túshino" (nombre que en la época turbulenta[85] de Rusia se aplicaba a los guerreros que se pasaban de un bando a otro).

Cuando hablamos de liquidacionismo dejamos sentada cierta corriente ideológica que ha ido creciendo durante años, corriente que ha echado raíces en el "menchevismo" y en el "economismo" a lo largo de veinte años de historia del marxismo y está ligada a la política y a la ideología de una clase determinada: la burguesía liberal.

Los "tránsfugas de Túshino" se declaran por encima de las fracciones por la única razón de que hoy "toman" las ideas de una fracción y mañana de la otra. Trotski era "iskrista" furioso en 1901-1903, y Riazánov calificó su papel en el Congreso de 1903 de "garrote de Lenin". A fines de 1903, Trotski era menchevique furioso, es decir, se había pasado de los iskristas a los "economistas"; proclama que "hay un abismo entre la vieja y la nueva *Iskra*". En 1904-1905 se aparta de los mencheviques y ocupa una posición vacilante, colaborando unas veces con Martínov ("economista") y proclamando otras la "revolución permanente"[86], de un izquierdismo absurdo. En 1906-1907 se acerca a los bolcheviques, y en la primavera de 1907 se declara solidario de Rosa Luxemburgo.

En la época de disgregación, después de largas vacilaciones "no fraccionalistas" va nuevamente a la derecha, y en agosto de 1912 forma un bloque con los liquidadores. Ahora vuelve a apartarse de ellos, pero repitiendo, *en el fondo*, sus mismas ideúchas.

Semejantes tipos son característicos, como detritos de las formaciones históricas de ayer, de tiempos en que el movimiento obrero de masas en Rusia estaba aún aletargado, y cualquier grupito podía presentarse "a sus anchas" como corriente, grupo o fracción, en pocas palabras, como una "potencia" que habla de unirse con otras.

Es preciso que la joven generación obrera sepa bien con quién trata cuando se presentan con pretensiones inconcebibles personas que no quieren tener en cuenta, en absoluto, *ni* las decisiones del partido, que desde 1908 han definido y fijado la actitud frente al liquidacionismo, *ni* la experiencia del movimiento obrero contemporáneo en Rusia, que de hecho ha creado la *unidad* de la mayoría basada en un reconocimiento completo de las decisiones indicadas.

Publicado en mayo de 1914 en el núm. 5 de la revista "Prosveschenie".

T. 25, págs. 183-206.

EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN.

El apartado 9 del programa de los marxistas de Rusia, que trata del derecho de las naciones a la autodeterminación, ha provocado estos últimos tiempos (como ya hemos indicado en *Prosveschenie*)* toda una campaña de los oportunistas. Tanto el liquidacionista ruso Semkovski, ,en el periódico petersburgués de los liquidadores, como el bundista Libman y el socialnacionalista ucranio Yurkévich en sus órganos de prensa, han arremetido contra dicho apartado, tratándolo en un tono de máximo desprecio. No cabe duda de que esta "invasión de las doce tribus" del oportunismo, dirigida contra nuestro programa marxista, guarda estrecha relación con las actuales vacilaciones nacionalistas en general. Por ello nos parece oportuno examinar detenidamente esta cuestión. Observemos tan sólo que ninguno de los oportunistas arriba citados ha aducido ni un solo argumento propio: todos se han limitado a repetir lo dicho por Rosa Luxemburgo en su largo artículo polaco de 1908-1909: *La cuestión nacional y la autonomía*. Los "originales" argumentos de esta autora serán los que tendremos presentes con más frecuencia en nuestra exposición.

1. ¿Qué es la autodeterminación de las naciones?

Es natural que esta cuestión se plantee ante todo cuando se intenta examinar de un modo marxista la llamada autodeterminación. ¿Qué debe entenderse por ella? ¿Deberemos buscar la respuesta en definiciones jurídicas, deducidas de toda clase de "conceptos generales" de derecho? ¿O bien hay que buscar la respuesta en el estudio histórico-económico de los movimientos nacionales?

No es de extrañar que a los señores Semkovski, Libman y Yurkévich no se les haya pasado siquiera por las mentes plantear esta cuestión, saliendo del paso con simples risitas burlonas a costa de la "falta de claridad" del programa marxista y tal vez no sabiendo siquiera, en su simpleza, que de la autodeterminación de las naciones habla no sólo el programa ruso de 1903, sino también la decisión del Congreso Internacional de Londres de 1896 (ya hablaremos con detenimiento de ello en su lugar). Mucho más extraño es que Rosa Luxemburgo, quien tantas declamaciones hace sobre el supuesto carácter abstracto y metafísico de dicho apartado, haya incurrido ella misma precisamente en este pecado de lo abstracto y metafísico. Precisamente Rosa Luxemburgo es quien viene a caer a cada paso en disquisiciones generales sobre la autodeterminación (hasta llegar incluso a una lucubración del todo divertida sobre el modo de conocer la voluntad de una nación), sin plantear en parte alguna de un modo claro y preciso si el quid de la cuestión está en las definiciones jurídicas o en la experiencia de los movimientos nacionales del mundo entero.

El plantear con exactitud esta cuestión, inevitable para un marxista, hubiera deshecho en el acto las nueve décimas partes de los argumentos de Rosa Luxemburgo. Ni es la primera vez que surgen movimientos nacionales en Rusia ni le son inherentes a ella sola. La época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada en todo el mundo a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, eliminándose cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio principal de comunicación entre los hombres; la unidad de idioma y el libre desarrollo del mismo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, correspondiente al capitalismo moderno, de una agrupación libre y amplia de la población en cada una de las diversas clases; es, por último, la condición de un estrecho nexo del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador.

Por ello, la tendencia de todo movimiento nacional es formar *Estados nacionales*, que son los que mejor cumplen estas exigencias del capitalismo contemporáneo. Impulsan a ello factores económicos de lo más profundos, y para toda la Europa Occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello *lo típico*, lo normal en el período capitalista.

Por consiguiente, si queremos entender lo que significa la autodeterminación de las naciones, sin

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

jugar a definiciones jurídicas ni "inventar" definiciones abstractas, sino examinando las condiciones históricas y económicas de los movimientos nacionales, llegaremos inevitablemente a la conclusión siguiente: por autodeterminación de las naciones se entiende su separación estatal de las colectividades de otra nación, se entiende la formación de un Estado nacional independiente.

Más abajo veremos aún otras razones por las que sería erróneo entender por derecho a la autodeterminación todo lo que no sea el derecho a una existencia estatal independiente. Pero ahora debemos detenemos a analizar cómo ha intentado Rosa Luxemburgo "deshacerse" de la inevitable conclusión sobre las profundas bases económicas en que descansan las tendencias a la formación de Estados nacionales.

Rosa Luxemburgo conoce perfectamente el folleto de Kautsky: *Nacionalidad e internacionalidad* (suplemento de *Neue Zeit*[87], núm. 1, 1907-1908; traducido al ruso en la revista *Naúchnaya Mysl*, Riga, 1908[88]). Sabe que Kautsky[*], después de examinar detalladamente en el apartado 4 del folleto el problema del Estado nacional, llegó a la conclusión de que Otto Bauer "*subestima* la fuerza de la tendencia a la creación de un Estado nacional" (pág. 23 del folleto citado). La propia Rosa Luxemburgo cita las palabras de Kautsky: "El Estado nacional es la forma de Estado que *mejor corresponde* a las condiciones modernas" (es decir, a las condiciones capitalistas civilizadas, progresivas en el aspecto económico, a diferencia de las condiciones medievales, precapitalistas, etc.), "es la forma en que el Estado puede cumplir con mayor facilidad sus tareas" (es decir, las tareas de un desarrollo más libre, más amplio y más rápido del capitalismo). A esto hay que añadir, además, la observación final de Kautsky, más exacta aún: los Estados de composición nacional heterogénea (los llamados Estados multinacionales a diferencia de los Estados nacionales) son "siempre Estados cuya estructura interna es, por tales o cuales razones, anormal o subdesarrollada" (atrasada). De suyo se entiende que Kautsky habla de anormalidad exclusivamente en el sentido de no corresponder a lo que está más adecuado a las exigencias del capitalismo en desarrollo.

Cabe preguntar ahora cuál ha sido la actitud de Rosa Luxemburgo ante estas conclusiones históricas y económicas de Kautsky. ¿Son atinadas o erróneas? ¿Quién tiene razón: Kautsky, con su teoría histórico-económica, o Bauer, cuya teoría es, en el fondo, sicológica? ¿Qué relación guarda el indudable "oportunismo nacional" de Bauer, su defensa de una autonomía nacional cultural, sus apasionamientos nacionalistas ("la acentuación del factor nacional en ciertos puntos", como ha dicho Kautsky), su "enorme exageración del factor nacional y su completo olvido del factor internacional" (Kautsky), con su subestimación de la fuerza que entraña la tendencia a crear un Estado nacional?

Rosa Luxemburgo no ha planteado siquiera este problema. No ha notado esta relación. No ha reflexionado sobre el conjunto de las concepciones teóricas de Bauer. Ni siquiera ha opuesto en el problema nacional la teoría histórico-económica a la sicológica. Se ha limitado a las siguientes observaciones contra Kautsky:

> "...Ese Estado nacional "más perfecto" no es sino una abstracción, fácilmente susceptible de ser desarrollada y defendida teóricamente, pero que no corresponde a la realidad" (*Przéglqd Socjaldemokratyczny*[89], 1908, núm. 6, pág. 499).

Y para confirmar esta declaración categórica, sigue razonando, el desarrollo de las grandes potencias capitalistas y el imperialismo hacen ilusorio el "derecho a la autodeterminación" de los pequeños pueblos. "¿Puede acaso hablarse en serio - exclama Rosa Luxemburgo- de la "autodeterminación" de los montenegrinos, búlgaros, rumanos, serbios, griegos, y, en parte, incluso de los suizos, pueblos todos que gozan de independencia formal, producto ésta de la lucha política y del juego diplomático del "concierto europeo"?" (!) (pág. 500). Lo que mejor responde a las condiciones "no es el Estado nacional, como supone Kautsky, sino el Estado de rapiña". Inserta unas cuantas decenas de cifras sobre las proporciones de las colonias que pertenecen a Inglaterra, a Francia, etc.

¡Leyendo semejantes razonamientos no puede uno menos de asombrarse de la capacidad de la autora para no distinguir las cosas! Enseñar a Kautsky, dándose importancia, que los Estados pequeños dependen de los grandes en lo económico; que los Estados burgueses luchan entre sí por el sometimiento rapaz de otras naciones; que existen el imperialismo y las colonias: todo esto son lucubraciones ridículas, infantiles, porque no tiene nada que ver con el asunto. No sólo los pequeños Estados, sino también Rusia, por ejemplo, dependen por entero, en el aspecto económico, del poderío del capital financiero imperialista de los países burgueses "ricos". No sólo los Estados balcánicos, Estados en miniatura, sino también la América del siglo XIX ha sido, en el aspecto económico, una colonia de Europa, según dejó ya dicho Marx en *El Capital*. Todo esto lo sabe de sobra Kautsky, como cualquier marxista, pero nada de ello viene a cuento con relación a los movimientos nacionales y al Estado nacional.

Rosa Luxemburgo sustituye el problema de la

[*] Al preparar en 1916 la redicción del artículo, Lenin dio en este lugar la siguiente nota: "Rogamos a los lecores que no olviden que Kautsky fue hasta 1909, cuando publicó su magnifico folleto *El camino al poder*, enemigo del oportunismo, defensor del cual se hizo en 1910-1911, y, con la mayor decisión, en 1914-1916".

autodeterminación política de las naciones en la sociedad burguesa, de su independencia estatal, con el de su autodeterminación e independencia económicas. Esto es tan inteligente como exponer una persona, al tratar de la reivindicación programática que exige la supremacía del parlamento, es decir, de la asamblea de representantes populares, en el Estado burgués, su convicción, plenamente justa, de que, en un país burgués, el gran capital tiene la supremacía bajo cualquier régimen.

No cabe duda de que la mayor parte de Asia, el continente más poblado del mundo, se halla en la situación de colonias de las "grandes potencias" o de Estados dependientes en grado sumo y oprimidos en el sentido nacional. Pero ¿acaso esta circunstancia de todos conocida altera en lo más mínimo el hecho indiscutible de que, en la misma Asia, sólo en el Japón, es decir, sólo en un Estado nacional independiente, se han creado condiciones para el desarrollo más completo de la producción mercantil, para el crecimiento más libre, amplio y rápido del capitalismo? Este Estado es burgués y, por ello, ha empezado a oprimir él mismo a otras naciones y sojuzgar a colonias; no sabemos si, antes de la bancarrota del capitalismo, Asia tendrá tiempo de estructurarse en un sistema de Estados nacionales independientes, a semejanza de Europa. Pero queda como un hecho indiscutible que el capitalismo, tras despertar a Asia, ha provocado también allí en todas partes movimientos nacionales, que estos movimientos tienden a crear en Asia Estados nacionales y que precisamente tales Estados son los que aseguran las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. El ejemplo de Asia habla *a favor* de Kautsky, *contra* Rosa Luxemburgo.

El ejemplo de los Estados balcánicos habla también contra ella, porque cualquiera puede ver ahora que precisamente a medida que se crean en esa península Estados nacionales independientes se van dando las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo en ella.

Por consiguiente, el ejemplo de toda la humanidad civilizada de vanguardia, el ejemplo de los Balcanes y el ejemplo de Asia demuestran, a pesar de Rosa Luxemburgo, la absoluta justedad de la tesis de Kautsky: el Estado nacional es regla y "norma" del capitalismo, el Estado de composición nacional heterogénea es atraso o excepción. Desde el punto de vista de las relaciones nacionales, el Estado nacional es el que ofrece, sin duda alguna, las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que semejante Estado, erigido sobre las relaciones burguesas, pueda excluir la explotación y la opresión de las naciones. Quiere decir tan sólo que los marxistas no pueden perder de vista los poderosos factores *económicos* que originan las tendencias a crear Estados nacionales. Quiere decir que "la autodeterminación de las naciones", en el programa de los marxistas, *no puede* tener, desde el punto de vista histórico-económico, otra significación que la autodeterminación política, la independencia estatal, la formación de un Estado nacional.

Más abajo hablaremos detalladamente de las condiciones que se exigen, desde el punto de vista marxista, es decir, desde el punto de vista proletario de clase, para apoyar la reivindicación democrática burguesa del "Estado nacional". Ahora nos limitamos a definir el *concepto* de "autodeterminación", y sólo debemos señalar que Rosa Luxemburgo *conoce* el contenido de este concepto ("Estado nacional"), mientras que sus partidarios oportunistas, los Libman, los Semkovski, los Yurkévich ¡*no saben ni eso*!

2. Planteamiento histórico concreto de la cuestión.

La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre en un marco histórico *determinado*, y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, de un programa nacional para un país determinado), que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los otros en una misma época histórica.

¿Qué implica este requisito absoluto del marxismo aplicado a nuestro problema?

Ante todo, que es necesario distinguir estrictamente dos épocas del capitalismo diferentes por completo desde el punto de vista de los movimientos nacionales. Por una parte, es la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituyen la sociedad democrática burguesa y su Estado, la época en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno u otro modo a *todas* las clases de la población a la política por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc. Por otra parte, presenciamos una época en que los Estados capitalistas tienen ya su estructura acabada, un régimen constitucional hace mucho tiempo establecido y un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía; presenciamos una época que puede llamarse víspera del hundimiento del capitalismo.

Lo típico de la primera época es el despertar de los movimientos nacionales y la incorporación a ellos de los campesinos, que son el sector de la población más numeroso y más "difícil de mover" para la lucha por la libertad política en general y por los derechos de la nación en particular. Lo típico de la segunda es la ausencia de movimientos democráticos burgueses de masas, cuando el capitalismo desarrollado, al aproximar y amalgamar cada día más las naciones,

ya plenamente incorporadas al intercambio comercial, pone en primer plano el antagonismo entre el capital fundido a escala internacional y el movimiento obrero internacional.

Claro que ni la una ni la otra época están separadas entre sí por una muralla, sino ligadas por numerosos eslabones de transición; además, los diversos países se distinguen por la rapidez del desarrollo nacional, por la composición nacional de su población, por su distribución etc., etc. No puede ni hablarse de que los marxistas de un país determinado procedan a elaborar el programa nacional sin tener en cuenta todas las condiciones históricas generales y estatales concretas.

Aquí es justamente donde tropezamos con el punto más débil de los razonamientos de Rosa Luxemburgo. Rosa Luxemburgo engalana con brío extraordinario su artículo de una retahíla de palabrejas "fuertes" contra el apartado 9 de nuestro programa, declarándolo "demasiado general", "cliché", "frase metafísica", etc., etc. Era natural esperar que una autora que condena de manera tan excelente la metafísica (en sentido marxista, es decir, la antidialéctica) y las abstracciones vacías, nos diera ejemplo de un análisis concreto del problema encuadrado en la historia. Se trata del programa nacional de los marxistas de un país determinado, Rusia, en una época determinada, a comienzos del siglo XX. Era de suponer que Rosa Luxemburgo hablase de la época *histórica por la que* atraviesa Rusia, de *cuáles* son las particularidades *concretas* del problema nacional y de los movimientos nacionales del país *dado* y en la época *dada*.

¡*Absolutamente nada dice sobre ello Rosa Luxemburgo*! ¡No se encontrará en ella ni sombra de análisis de cómo se plantea el problema nacional en *Rusia* en la época histórica presente, de cuáles son las particularidades de *Rusia* en ese sentido!

Se nos dice que el problema nacional se plantea en los Balcanes de un modo distinto que en Irlanda; que Marx conceptuaba así y asá los movimientos nacionales polaco y checo en las condiciones concretas de 1848 (una página de citas de Marx); que Engels emitía tal y cual juicio sobre la lucha de los cantones forestales de Suiza contra Austria y la batalla de Morgarten, que se riñó en 1315 (una página de citas de Engels con el correspondiente comentario de Kautsky); que Lassalle consideraba reaccionaria la guerra campesina del siglo XVI en Alemania, etc.

No puede afirmarse que estas observaciones y estas citas brillen por su novedad, pero, en todo caso, al lector le resulta interesante volver a recordar una y otra vez cómo precisamente abordaban Marx, Engels y Lassalle el análisis de problemas históricos concretos de diversos países. Y, al releer las instructivas citas de Marx y de Engels, se ve con singular evidencia la ridícula situación en que se ha colocado a sí misma Rosa Luxemburgo. Predica con gravedad y elocuencia que es necesario hacer un análisis concreto del problema nacional encuadrado en la historia de épocas diferentes de distintos países, y ella misma no hace el *mínimo* intento de determinar *cuál* es la fase histórica de desarrollo del capitalismo, por la que atraviesa *Rusia* en los comienzos del siglo XX, cuáles son las *peculiaridades* del problema nacional en este país. Rosa Luxemburgo aduce ejemplos de cómo *otros* han analizado al modo marxista el problema, como subrayando así deliberadamente cuán a menudo está el camino del infierno empedrado de buenas intenciones y se encubre con buenos consejos el no querer o no saber utilizarlos en la práctica.

He aquí una de las instructivas confrontaciones. Alzándose contra la consigna de independencia de Polonia, Rosa Luxemburgo se refiere a un trabajo suyo de 1898 que demostraba el rápido "desarrollo industrial de Polonia" con la salida de los productos manufacturados a Rusia. Ni que decir tiene que de esto no se deduce absolutamente nada sobre el problema del *derecho* a la autodeterminación, que esto sólo demuestra que ha desaparecido la vieja Polonia señorial, etc. Pero Rosa Luxemburgo pasa de manera imperceptible y sin cesar a la conclusión de que, entre los factores que ligan a Rusia con Polonia, predominan ya en la actualidad los factores económicos escuetos de las relaciones capitalistas modernas.

Pero he aquí que nuestra Rosa pasa al problema de la autonomía y -aunque su artículo se titula "*El problema nacional y la autonomía*" en general-, comienza por demostrar que el reino de Polonia tiene un derecho *exclusivo* a la autonomía (véase sobre este punto *Prosveschenie*, 1913, núm. 12*). Para corroborar el derecho de Polonia a la autonomía, Rosa Luxemburgo caracteriza el régimen estatal de Rusia por indicios evidentemente económicos, políticos, etnológicos y sociológicos, por un conjunto de rasgos que, en suma, dan el concepto de "despotismo asiático" (núm. 12 de *Przeglqd*, pág. 137).

De todos es sabido que semejante régimen estatal tiene una solidez muy grande cuando, en la economía del país de que se trate, predominan rasgos absolutamente patriarcales, precapitalistas, y un desarrollo insignificante de la economía mercantil y de la disociación de las clases. Pero si en un país, cuyo régimen estatal se distingue por presentar un carácter acusadamente *pre*capitalista, existe una región nacional delimitada que lleva *un rápido* desarrollo del capitalismo, resulta que cuanto más rápido sea ese desarrollo capitalista tanto más fuerte será la contradicción entre este desarrollo y el régimen estatal *pre*capitalista, tanto más probable será que la región avanzada se separe del resto del

* Veáse el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

país, al que no la ligan los lazos del "capitalismo moderno", sino los de un "despotismo asiático".

Así pues, Rosa Luxemburgo no ha atado en absoluto cabos, ni siquiera en lo que se refiere a la estructura social del poder en Rusia con relación a la Polonia burguesa; y en cuanto a las peculiaridades históricas concretas de los movimientos nacionales en Rusia, ni siquiera las plantea. En eso es en lo que debemos detenernos.

3. Las peculiaridades concretas del problema nacional en Rusia y la transformación democrática burguesa de esta.

> “...A pesar de lo elástico que es el principio del "derecho de las naciones a la autodeterminación", que es el más puro de los lugares comunes, ya que, evidentemente, se puede aplicar por igual no sólo a los pueblos que habitan en Rusia, sino también a las naciones que viven en Alemania y en Austria, en Suiza y en Suecia, en América y en Australia, no lo encontramos ni en un solo programa de los partidos socialistas contemporáneos..." (núm. 6 de *Przeglqd*, pág. 483).

Así escribe Rosa Luxemburgo en el comienzo de su cruzada contra el apartado 9 del programa marxista. Atribuyéndonos a nosotros la interpretación de que este apartado del programa es "el más puro de los lugares comunes", Rosa Luxemburgo misma incurre precisamente en este pecado, al declarar con divertida osadía que, "evidentemente, este principio se puede aplicar por igual" a Rusia, Alemania, etc.

Lo evidente -contestaremos nosotros- es que Rosa Luxemburgo ha decidido ofrecer en su artículo una colección de errores lógicos que servirían como ejercicios para los estudiantes de bachillerato. Porque la parrafada de Rosa Luxemburgo es un completo absurdo y una mofa del planteamiento histórico concreto de la cuestión.

Si el programa marxista no se interpreta de manera pueril, sino marxista, no cuesta ningún trabajo percatarse de que se refiere a los movimientos nacionales democráticos burgueses. Siendo así -y así es, sin duda alguna-, se deduce "evidentemente" que ese programa concierne "en general", como "lugar común", etc., a *todos* los casos de movimientos nacionales democráticos burgueses. No menos evidente sería también para Rosa Luxemburgo, de haberlo pensado lo más mínimo, la conclusión de que nuestro programa se refiere *tan sólo* a los casos en que existe tal movimiento.

Si Rosa Luxemburgo hubiera reflexionado sobre estas consideraciones evidentes, habría visto sin esfuerzos particulares qué absurdo ha dicho. Al acusarnos *a nosotros* de haber propuesto un "lugar común", aduce *contra nosotros* el argumento de que no se habla de autodeterminación de las naciones en el programa de los países donde *no hay* movimientos nacionales democráticos burgueses. ¡Un argumento muy inteligente!

La comparación del desarrollo político y económico de distintos países, así como de sus programas marxistas, tiene inmensa importancia desde el punto de vista del marxismo, pues son indudables tanto la naturaleza común capitalista de los Estados contemporáneos como la ley general de su desarrollo. Pero hay que saber hacer semejante comparación. La condición elemental para ello es poner en claro si son *comparables* las épocas históricas del desarrollo de los países de que se trate. Por ejemplo, sólo perfectos ignorantes (como el príncipe E. Trubetskói en *Rússkaya Mysl*[90]) pueden "comparar" el programa agrario de los marxistas de Rusia con los de Europa Occidental, pues nuestro programa da una solución al problema de la transformación agraria *democrática burguesa*, de la cual ni siquiera se habla en los países de Occidente.

Lo mismo puede afirmarse del problema nacional. En la mayoría de los países occidentales hace ya mucho tiempo que está resuelto. Es ridículo buscar en los programas de Occidente solución a problemas que no existen. Rosa Luxemburgo ha perdido de vista aquí precisamente lo que tiene más importancia: la diferencia entre los países que hace tiempo han terminado las transformaciones democráticas burguesas y los países que no las han terminado.

Todo el quid está en esa diferencia. La desestimación completa de esa diferencia es lo que convierte el larguísimo artículo de Rosa Luxemburgo en un fárrago de lugares comunes vacíos que no dicen nada.

En la Europa continental, de Occidente, la época de las revoluciones democráticas burguesas abarca un lapso bastante determinado, aproximadamente de 1789 a 1871. Esta fue precisamente la época de los movimientos nacionales y de la creación de los Estados nacionales. Terminada esta época, Europa Occidental había cristalizado en un sistema de Estados burgueses que, además, eran, como norma, Estados unidos en el aspecto nacional. Por eso, buscar ahora el derecho a la autodeterminación en los programas de los socialistas de Europa Occidental significa no comprender el abecé del marxismo.

En Europa Oriental y en Asia, la época de las revoluciones democráticas burguesas no comenzó hasta 1905. Las revoluciones de Rusia, Persia, Turquía y China, las guerras en los Balcanes: tal es la cadena de los acontecimientos mundiales ocurridos en *nuestra* época en nuestro "Oriente". Y en esta cadena de acontecimientos sólo un ciego puede no ver el despertar de *toda una serie* de movimientos nacionales democráticos burgueses, de tendencias a crear Estados independientes y unidos en el aspecto nacional. Precisa y exclusivamente porque Rusia y los países vecinos suyos atraviesan por esa época necesitamos nosotros en nuestro programa un

apartado sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Pero veamos unos cuantos renglones más del pasaje antes citado del artículo de Rosa Luxemburgo:

> "...En particular -dice-, el programa de un partido que actúa en un Estado de composición nacional extraordinariamente heterogénea y para el que el problema nacional desempeña un papel de primer orden -el programa de la socialdemocracia austriaca- no contiene el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación". (Lugar cit.).

De modo que se quiere persuadir al lector "en particular" con el ejemplo de Austria. Veamos, desde el punto de vista histórico concreto, si hay mucho de razonable en este ejemplo.

Primero, hacemos la pregunta fundamental de si se ha llevado a término la revolución democrática burguesa. En Austria empezó en 1848 y terminó en 1867. Desde entonces hace casi medio siglo que rige allí una Constitución, en suma, burguesa, que permite actuar en la legalidad a un partido obrero legal.

Por eso, en las condiciones interiores del desarrollo de Austria (es decir, desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo en Austria, en general, y en sus diversas naciones, en particular) *no hay* factores que den lugar a saltos, uno de cuyos efectos concomitantes puede ser la formación de Estados nacionales independientes. Al suponer con su comparación que Rusia se encuentra, sobre este punto, en condiciones análogas, Rosa Luxemburgo no sólo admite una hipótesis falsa por completo, antihistórica, sino que se desliza sin querer hacia el liquidacionismo.

Segundo, tiene una importancia de singular magnitud la proporción entre las naciones, totalmente diferente en Austria y en Rusia respecto al problema que nos ocupa. No sólo ha sido Austria, durante largo tiempo, un Estado en que predominaban los alemanes, sino que los alemanes de Austria pretendían a la hegemonía en la nación alemana en general. Esta "pretensión", como quizá tenga a bien recordar Rosa Luxemburgo (que tanta aversión parece sentir contra los lugares comunes, los clisés, las abstracciones...), la deshizo la guerra de 1866. La nación dominante en Austria, la alemana, quedó *fuera de los confines* del Estado alemán independiente, definitivamente formado hacia 1871. De otro lado, el intento de los húngaros de crear un Estado nacional independiente había fracasado ya en 1849 bajo los golpes del ejército feudal ruso.

Así pues, se ha creado una situación peculiar en grado sumo: ¡los húngaros, y tras ellos los checos, no tienden a separarse de Austria, sino a mantener la integridad de Austria, precisamente en beneficio de la independencia nacional, que podría ser aplastada del todo por vecinos más rapaces y más fuertes! En virtud de esa situación peculiar, Austria ha tomado la estructura de Estado bicéntrico (dual) y ahora se está convirtiendo en tricéntrico (tríplice: alemanes, húngaros y eslavos).

¿Sucede en Rusia algo parecido? ¿Aspiran en Rusia los "alógenos" a unirse con los rusos bajo la amenaza de una opresión nacional *peor*?

Basta hacer esta pregunta para ver cuán absurda, rutinaria y propia de ignorantes resulta la comparación entre Rusia y Austria en cuanto a la autodeterminación de las naciones.

Las condiciones peculiares de Rusia, en lo que toca a la cuestión nacional, son precisamente lo contrario de lo que hemos visto en Austria. Rusia es un Estado con un centro nacional único, ruso. Los rusos ocupan un gigantesco territorio compacto, y su número asciende aproximadamente a 70 millones. La peculiaridad de este Estado nacional reside, primero, en que los "alógenos" (que en conjunto constituyen la mayoría de la población, el 57%) pueblan precisamente la periferia; segundo, en el hecho de que la opresión de estos alógenos es mucho más fuerte que en los países vecinos (incluso no tan sólo en los europeos); tercero, en que hay toda una serie de casos en que los pueblos oprimidos que viven en la periferia tienen compatriotas al otro lado de la frontera, y estos últimos gozan de mayor independencia nacional (basta recordar, aunque sólo sea en las fronteras occidental y meridional del Estado, a finlandeses, suecos, polacos, ucranios y rumanos); cuarto, en que el desarrollo del capitalismo y el nivel general de cultura son con frecuencia más altos en la periferia "alógena" que en el centro del Estado. Por último, precisamente en los Estados asiáticos vecinos presenciamos el comienzo de un periodo de revoluciones burguesas y de movimientos nacionales que comprenden en parte a los pueblos afines dentro de las fronteras de Rusia.

Así pues, son precisamente las peculiaridades históricas concretas del problema nacional en Rusia las que hacen entre nosotros urgente en especial el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación en la época que atravesamos.

Por lo demás, incluso vista en el sentido del hecho escueto, es errónea la afirmación de Rosa Luxemburgo de que en el programa de los socialdemócratas austriacos no figura el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación. Basta abrir las actas del Congreso de Brünn, en el que se aprobó el programa nacional[91], para ver allí las declaraciones del socialdemócrata ruteno Gankévich, en nombre de toda la delegación ucraniana (rutena) (pág. 85 de las actas), y del socialdemócrata polaco Reger, en nombre de toda la delegación polaca (pág. 108), diciendo que los socialdemócratas austriacos de las dos naciones indicadas incluían entre sus aspiraciones la de la unificación nacional, de la libertad e independencia de sus pueblos. Por consiguiente, la socialdemocracia

austriaca, sin propugnar directamente en su programa el derecho de las naciones a la autodeterminación, transige plenamente, al mismo tiempo, con que ciertos *sectores* del partido presenten reivindicaciones de independencia nacional. ¡De hecho, esto justamente significa, como es natural, reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación! De modo que la apelación de Rosa Luxemburgo a Austria habla en *todos* los sentidos contra ella.

4. El "practicismo" en el problema nacional.

Los oportunistas han hecho suyo con celo singular el argumento de Rosa Luxemburgo de que el apartado 9 de nuestro programa no contiene nada "práctico". Rosa Luxemburgo está tan entusiasmada con este argumento que encontramos en algunas ocasiones ocho veces repetida esa "consigna" en una misma página de su artículo.

El apartado 9 "no da -dice ella- ninguna indicación práctica para la política cotidiana del proletariado, ninguna solución práctica de los problemas nacionales".

Analicemos este argumento, que también se formula de manera que el apartado 9 o no expresa absolutamente nada u obliga a apoyar todas las aspiraciones nacionales.

¿Qué significa la reivindicación de "practicismo" en el problema nacional?

O un apoyo a todas las aspiraciones nacionales, o el "sí o no" a la disyuntiva de separación de cada nación o, en general, la "posibilidad de satisfacción" inmediata de las reivindicaciones nacionales.

Examinemos estas tres interpretaciones posibles de la reivindicación de "practicismo".

La burguesía, que actúa, como es natural, en los comienzos de todo movimiento nacional como fuerza hegemónica (dirigente) del mismo, llama labor práctica al apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado en el problema nacional (como en los demás problemas) sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política. La clase obrera sólo apoya a la burguesía en aras de la paz nacional (que la burguesía no puede dar plenamente y es viable sólo si hay una *completa* democratización), en beneficio de la igualdad de derechos, en beneficio de la situación más favorable posible para la lucha de clases. Por eso, precisamente *contra el practicismo* de la burguesía, los proletarios propugnan una política de *principios* en el problema nacional, prestando a la burguesía siempre un apoyo *sólo condicional*. En el problema nacional, toda burguesía desea o privilegios para *su* nación o ventajas exclusivas para ésta; precisamente eso es lo que se llama "práctico". El proletariado está en contra de toda clase de privilegios, en contra de todo exclusivismo. Exigirle "practicismo" significa ir a remolque de la burguesía, caer en el oportunismo.

¿Contestar "sí o no" en lo que se refiere a la separación de cada nación? Parece una reivindicación sumamente "práctica". Pero, en realidad, es absurda, metafísica en teoría y conducente a subordinar el proletariado a la política de la burguesía en la práctica. La burguesía plantea siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o su igualdad de derechos con otra nación ponga término a la revolución democrática burguesa. Al proletariado le importa, en *ambos casos*, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar este desarrollo, supeditando las tareas de dicho desarrollo a las tareas de "su" nación. Por eso el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el *derecho* a la autodeterminación, sin garantizar nada a ninguna nación ni comprometerse a dar *nada a expensas* de otra nación.

Eso no será "práctico", pero es de hecho lo que garantiza con mayor seguridad la más democrática de las soluciones posibles; el proletariado necesita *tan sólo* estas garantías, mientras que la burguesía de cada nación necesita garantías de *sus* ventajas, sin tener en cuenta la situación (las posibles desventajas) de otras naciones.

Lo que más interesa a la burguesía es la "posibilidad de satisfacción" de la reivindicación dada; de aquí la eterna política de transacciones con la burguesía de otras naciones en detrimento del proletariado. En cambio, al proletariado le importa fortalecer su clase contra la burguesía, educar a las masas en el espíritu de la democracia consecuente y del socialismo.

Eso no será "práctico" para los oportunistas, pero es la única garantía real, la garantía de la máxima igualdad y paz nacionales, a despecho tanto de los feudales como de la burguesía *nacionalista*.

Toda la misión de los proletarios en la cuestión nacional "no es práctica", desde el punto de vista de la burguesía *nacionalista* de cada nación, pues los proletarios, enemigos de todo nacionalismo, exigen la igualdad "abstracta", la ausencia del mínimo privilegio en principio. Al no comprenderlo y ensalzar de un modo poco razonable el practicismo, Rosa, Luxemburgo ha abierto las puertas de par en par precisamente a los oportunistas, en particular a las concesiones del oportunismo al nacionalismo ruso.

¿Por qué al ruso? Porque los rusos son en Rusia la nación opresora, y en el aspecto nacional, naturalmente, el oportunismo tendrá una expresión entre las naciones oprimidas y otra, distinta, entre las opresoras.

En aras del "practicismo" de sus reivindicaciones, la burguesía de las naciones oprimidas llamará al proletariado a apoyar incondicionalmente sus aspiraciones. ¡Lo más práctico es decir un "sí" categórico a la separación de *tal o cual* nación, y no al *derecho* de todas las naciones, cualesquiera que sean, a la separación!

El proletariado se opone a semejante practicismo: al reconocer la igualdad de derechos y el derecho igual a formar un Estado nacional, aprecia y coloca por encima de todo la unión de los proletarios de todas las naciones, evalúa toda reivindicación nacional y toda separación nacional *con la mira puesta* en la lucha de clase de los obreros. La consigna de practicismo no es, en realidad, sino la de adoptar sin crítica las aspiraciones burguesas.

Se nos dice: apoyando el derecho a la separación, apoyáis el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas. ¡Esto es lo que dice Rosa Luxemburgo y lo que tras ella repite el oportunista Semkovski, único representante, por cierto, de las ideas de los liquidadores sobre este problema en el periódico de los liquidadores!

Nosotros contestamos: no, precisamente a la burguesía es a quién le importa aquí una solución "práctica", mientras que a los obreros les importa la separación *en principio* de dos tendencias. *Por cuanto* la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, *a favor*, ya que somos los enemigos más intrépidos y consecuentes de la opresión. Por cuanto la burguesía de la nación oprimida está a favor de su nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra. *Luch*a contra los privilegios y violencias de la nación opresora y ninguna tolerancia con el afán de privilegios de la nación oprimida.

Si no lanzamos ni propugnamos en la agitación la consigna del *derecho* a la separación, favoreceremos no sólo a la burguesía, sino a los feudales y el absolutismo de la nación *opresora*. Hace tiempo que Kautsky empleó este argumento contra Rosa Luxemburgo, y el argumento es irrefutable. En su temor de "ayudar" a la burguesía nacionalista de Polonia, Rosa Luxemburgo niega el *derecho* a la separación en el programa de los marxistas *de Rusia*, y a quien ayuda, *en realidad*, es a los rusos ultrarreaccionarios. Ayuda, en realidad, al conformismo oportunista con los privilegios (y con cosas peores que los privilegios) de los rusos.

Llevada de la lucha contra el nacionalismo en Polonia, Rosa Luxemburgo ha olvidado el nacionalismo de los rusos, aunque precisamente *este* nacionalismo es ahora el más temible; es precisamente un nacionalismo menos burgués, pero más feudal; es precisamente el mayor freno para la democracia y la lucha proletaria. En *todo* nacionalismo burgués de una nación oprimida hay un contenido democrático general *contra* la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo *incondicional*, apartando rigurosamente la tendencia al exclusivismo nacional, luchando contra la tendencia del burgués polaco a oprimir al hebreo, etc., etc.

Esto "no es práctico", desde el punto de vista del burgués y del filisteo. Pero es la única política práctica y adicta a los principios en el problema nacional, la única que ayuda de verdad a la democracia, a la libertad y a la unión proletaria.

Reconocer el derecho a la separación para todos; apreciar cada cuestión concreta sobre la separación desde un punto de vista que elimine toda desigualdad de derechos, todo privilegio, todo exclusivismo.

Tomemos la posición de la nación opresora. ¿Puede acaso ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos? No. Los intereses de la libertad de la población* rusa exigen que se luche contra tal opresión. La larga historia, la secular historia de represión de los movimientos de las naciones oprimidas, la propaganda sistemática de esta represión por parte de las "altas" clases han creado enormes obstáculos a la causa de la libertad del mismo pueblo ruso en sus prejuicios, etc.

Los ultrarreaccionarios rusos apoyan conscientemente estos prejuicios y los atizan. La burguesía rusa transige con ellos o se amolda a ellos. El proletariado ruso no puede alcanzar *sus* fines, no puede desbrozar para sí el camino hacia la libertad sin luchar sistemáticamente contra estos prejuicios.

Formar un Estado nacional autónomo e independiente sigue siendo por ahora, en Rusia, tan sólo privilegio de la nación rusa. Nosotros, los proletarios rusos, no defendemos privilegios de ningún género y tampoco defendemos este privilegio. *Luch*amos sobre el terreno de un Estado determinado, unificamos a los obreros de todas las naciones de este Estado, no podemos garantizar tal o cual vía de desarrollo nacional, vamos a nuestro objetivo de clase por *todas* las vías posibles.

Pero no se puede ir hacia este objetivo sin luchar contra todos los nacionalismos y sin propugnar la igualdad de todas las naciones. Así, por ejemplo, depende de mil factores, desconocidos de antemano, si a Ucrania le cabrá en suerte formar un Estado independiente. Y, como no queremos *hacer "conjeturas"* vanas, estamos firmemente por lo que es indudable: el derecho de Ucrania a semejante Estado. Respetamos este derecho, no apoyamos los privilegios del ruso sobre los ucranios, *educamos* a

* A cierto L. Vl. De París, le parece que esta palabra no es marxista. Este L. Vl., es un divertido "superklug" (lo que puede traducirse por "superinteligentes"). El "superinteligente" L. Vl. se propone, por lo visto, escribir un estudio sobre la eliminación de nuestro programa mínimo (¡desde el punto de vista de la lucha de clase!) de las palabras: "población", "pueblo", etc.

las masas en el espíritu del reconocimiento de este derecho, en el espíritu de la negación de los privilegios *estatales* de cualquier nación.

En los saltos por los que han atravesado todos los países en la época de las revoluciones burguesas son posibles y probables los choques y la lucha por el derecho a un Estado nacional. Nosotros, proletarios, nos declaramos de antemano *adversarios* de los privilegios de los rusos, y en esta dirección desarrollamos toda nuestra propaganda y nuestra agitación.

En el afán de "practicismo", Rosa Luxemburgo ha perdido de vista la tarea práctica *principal*, tanto del proletariado ruso como del proletariado de toda otra nación: la tarea de la agitación y propaganda cotidianas contra toda clase de privilegios nacionales de tipo estatal, por el derecho, derecho igual de todas las naciones, a tener su Estado nacional; esta tarea es (ahora) nuestra principal tarea en el problema nacional, porque sólo así defendemos los intereses de la democracia y de la unión, basada en la igualdad de derechos de todos los proletarios de todas las naciones.

Poco importa que esta propaganda "no sea práctica" tanto desde el punto de vista de los opresores rusos como desde el punto de vista de la burguesía de las naciones oprimidas (unos y otros exigen un sí o no *determinado*, acusando a los socialdemócratas de "vaguedad"); en la práctica, precisamente esta propaganda, y sólo ella, asegura una educación de las masas verdaderamente democrática y verdaderamente socialista. Sólo una propaganda tal garantiza también las mayores probabilidades de paz nacional en Rusia, si sigue siendo un Estado de composición nacional heterogénea, y la división más pacífica (e innocua para la lucha de clase proletaria) en diversos Estados nacionales, si se plantea el problema de semejante división.

Para explicar de un modo más concreto esta política, la única proletaria en el problema nacional, analicemos la actitud del liberalismo ruso ante la "autodeterminación de las naciones" y el ejemplo de la separación de Noruega de Suecia.

5. La burguesía liberal y los oportunistas socialistas en el problema nacional.

Hemos visto que Rosa Luxemburgo tiene por uno de sus principales "triunfos", en la lucha contra el programa de los marxistas de Rusia, el argumento siguiente: reconocer el derecho a la autodeterminación equivale a apoyar el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas. Por otra parte, dice Rosa Luxemburgo, si por tal derecho se entiende únicamente la lucha contra cualquier violencia en lo que se refiere a las naciones, no hace falta un punto especial en el programa, porque la socialdemocracia en general se opone a toda violencia nacional y a toda desigualdad de derechos nacionales.

El primer argumento, según demostró de un modo irrefutable Kautsky hace ya casi veinte años, hace pagar la culpa del nacionalismo a justos por pecadores porque ¡resulta que, temiendo el nacionalismo de la burguesía de las naciones oprimidas, Rosa Luxemburgo favorece, *en realidad*, el nacionalismo ultrarreaccionario de los rusos! El segundo argumento es, en el fondo, un temeroso esquivar el problema: reconocer la igualdad nacional, ¿supone o no reconocer el derecho a la separación? Si lo supone, Rosa Luxemburgo admite que es justo por principio el apartado 9 de nuestro programa. Si no lo supone, no reconoce la igualdad nacional. ¡Nada puede hacerse en este caso con subterfugios y evasivas!

Pero la mejor manera de comprobar los argumentos arriba indicados, así como todos los argumentos de esta índole, consiste en estudiar la actitud de las *diferentes clases* de la sociedad ante el problema. Para un marxista, semejante comprobación es obligatoria. Hay que partir de lo objetivo, hay que tomar las relaciones recíprocas de las diversas clases en el punto de que se trata. Al no hacerlo, Rosa Luxemburgo incurre precisamente en el pecado de lo metafísico, de lo abstracto, del lugar común, de las generalidades, etc., del que en vano trata de acusar a sus adversarios.

Se trata del programa de los marxistas de Rusia, es decir, de los marxistas de todas las naciones de Rusia. ¿No convendría echar una ojeada a la posición de las clases *dominantes* de Rusia?

Es conocida de todos la posición de la "burocracia" (perdónesenos este término inexacto) y de los terratenientes feudales del tipo de la nobleza unificada[92]. Negación absoluta tanto de la igualdad de derechos de las naciones como del derecho a la autodeterminación. La vieja consigna, tomada de los tiempos del régimen de servidumbre: autocracia, religión ortodoxa, nación, con la particularidad de que por esta última tan sólo se entiende la nación rusa. Incluso los ucranios son declarados "alógenos", incluso su lengua materna es perseguida.

Veamos a la burguesía de Rusia, "llamada" a tomar parte -una parte muy modesta, es verdad, pero, al fin y al cabo, parte- en el poder, en el sistema legislativo y administrativo "del 3 de junio"[93]. No se necesitan muchas palabras para demostrar que en este problema los octubristas[94] siguen, en realidad, a las derechas. Es de lamentar que algunos marxistas concedan mucha menos atención a la posición de la burguesía liberal rusa, de los progresistas[95] y demócratas constitucionalistas. Y, sin embargo, quien no estudie esta posición y no reflexione sobre ella incurrirá inevitablemente en el pecado de lo abstracto y de lo vacío al analizar el derecho de las naciones a la autodeterminación.

El año pasado, la polémica entre *Pravda* y *Riech*[96]

obligó a este órgano principal del Partido Demócrata Constitucionalista, tan hábil en la evasiva diplomática ante la contestación franca a preguntas "desagradables", a hacer, sin embargo, algunas confesiones valiosas. Se armó el barullo en torno al Congreso estudiantil de toda Ucrania, celebrado en Lvov en el verano de 1913[97]. El jurado "perito en cuestiones de Ucrania" o colaborador ucranio de *Riech*, señor Moguilianski, publicó un artículo en el que cubría de las más selectas injurias ("delirio", "aventurerismo", etc.) la idea de la separación de Ucrania, idea propugnada por el socialnacionalista Dontsov y aprobada por el mencionado congreso.

El periódico *Rabóchaya Pravda*[98], sin solidarizarse para nada con el señor Dontsov e indicando claramente que este señor era un socialnacionalista y que muchos marxistas ucranianos discrepaban de él, declaró, sin embargo, que el *tono* de *Riech*, o mejor dicho: *el planteamiento en principio de la cuestión* por *Riech* es absolutamente indecoroso, inadmisible en un demócrata ruso o en una persona que quiere pasar por demócrata. Que *Riech* refute directamente a los señores Dontsov, pero, *en principio*, es inadmisible que el órgano ruso de una pretendida democracia olvide la *libertad* de separación, el *derecho* a la separación.

Unos meses más tarde publicó el señor Moguilianski en el número 331 de *Riech* unas "explicaciones", enterado, por el periódico ucraniano *Shliafi*[99], de Lvov, de las objeciones del señor Dontsov, quien, por cierto, observó que "sólo la prensa socialdemócrata rusa había manchado (¿estigmatizado?) en forma debida la diatriba patriotera de *Riech*". Las "explicaciones" del señor Moguilianski consistieron en repetir por tres veces: "la crítica de las recetas del señor Dontsov" "no tiene nada de común con la negación del derecho de las naciones a la autodeterminación".

> "Hay que decir -escribía el señor Moguilianski- que tampoco "el derecho de las naciones a la autodeterminación" es una especie de fetiche (¡¡escuchen!!) que no admite ninguna crítica: condiciones de vida malsanas en una nación pueden engendrar tendencias mal sanas en la autodeterminación nacional, y poner al descubierto estas últimas no significa aún negar el derecho de las naciones a la autodeterminación" .

Como ven, las frases de un liberal sobre lo del "fetiche" estaban plenamente a tono con las frases de Rosa Luxemburgo. Era evidente que el señor Moguilianski deseaba rehuir el dar una respuesta directa a la pregunta: ¿reconoce o no el derecho a la autodeterminación política, es decir, a la separación?

Y *Proletárskaya Pravda*[100] (núm. 4 del 11 de diciembre de 1913) hizo *a boca de jarro* esta pregunta tanto al señor Moguilianski como al *Partido* Demócrata Constitucionalista.

El periódico *Riech* publicó entonces (núm. 340) una declaración sin firma, es decir, una declaración oficial de la redacción, que daba una respuesta a esa pregunta. Esta contestación se resume en tres puntos:

1) En el apartado 11 del programa del Partido Demócrata Constitucionalista se habla en forma directa, clara y precisa del "derecho" de las naciones a una "libre autodeterminación *cultural*".

2) *Proletárskaya Pravda*, según la afirmación de *Riech*, "confunde irreparablemente" la autodeterminación con el separatismo, con la separación de esta o la otra nación.

3) *"En efecto, los demócratas constitucionalistas no han pensado nunca en defender el derecho de "separación de las naciones" del Estado ruso"* (véase el artículo: *El nacional liberalismo y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Proletárskaya Pravda*, núm. 12, del 20 de diciembre de 1913).

Fijémonos ante todo en el segundo punto de la declaración de *Riech*. ¡Cuán claramente demuestra a los señores Semkovski, Libman, Yurkévich y demás oportunistas que sus gritos y habladurías sobre una pretendida "falta de claridad" o "vaguedad" en cuanto a la "autodeterminación" no son *en la práctica*, es decir, en la correlación objetiva de las clases y de la lucha de las clases en Rusia, sino una *simple repetición* de los discursos de la burguesía monárquica liberal!

Cuando *Proletárskaya Pravda* hizo a los instruidos señores "demócratas constitucionalistas" de *Riech* tres preguntas: 1) Si negaban que en toda la historia de la democracia internacional, y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se entiende por autodeterminación de las naciones precisamente la autodeterminación política, el derecho a constituir un Estado nacional independiente; 2) si negaban que el mismo sentido tenía la conocida decisión del congreso socialista internacional celebrado en Londres en 1896, y 3) que Plejánov, el cual escribía ya en 1902 sobre la autodeterminación, entendía por tal precisamente la autodeterminación política; cuando *Proletárskaya Pravda* hizo estas tres preguntas, ¡¡*los señores demócratas constitucionalistas guardaron silencio*!!

No contestaron ni una palabra, porque nada tenían que contestar. Tuvieron que reconocer en silencio que *Proletárskaya Pravda* tenía sin duda razón.

Los gritos de los liberales a propósito de la falta de claridad del concepto de "autodeterminación", de su "irreparable confusión" con el separatismo entre los socialdemócratas no son sino una tendencia a *embrollar* la cuestión, rehuir el reconocimiento de un principio general de la democracia. Si los señores Semkovski, Libman y Yurkévich no fueran tan ignorantes, les hubiera dado vergüenza hablar ante los obreros en tono *liberal*.

Pero sigamos, *Proletárskaya Pravda* obligó a

Riech a reconocer que las palabras sobre la autodeterminación "cultural" tienen en el programa demócrata constitucionalista precisamente el sentido de una *negación* de la autodeterminación *política*.

"En efecto, los demócratas constitucionalistas no han pensado nunca en defender el derecho de "separación de las naciones" del Estado ruso": éstas son las palabras de *Riech* que no en vano recomendó *Proletárskaya Pravda* a *Nóvoie Vremia* y *Zémschina*[102] como muestra de la "lealtad" de nuestros demócratas constitucionalistas. Sin dejar, naturalmente, de aprovechar la ocasión para mencionar a los "semitas" y decir toda clase de mordacidades a los demócratas constitucionalistas, *Nóvoie Vremia* declaraba, sin embargo, en su número 13563:

> "Lo que constituye para los socialdemócratas un axioma de sabiduría política" (es decir, el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación), "empieza en nuestros días a provocar divergencias incluso entre los demócratas constitucionalistas".

Los demócratas constitucionalistas adoptaron una posición de principios absolutamente idéntica a la de *Nóvoie Vremia*, declarando que "no habían pensado nunca en defender el derecho de separación de las naciones del Estado ruso". En esto consiste una de las bases del *nacional-liberalismo* de los demócratas constitucionalistas, de su afinidad con los Purishkévich, de su dependencia de estos últimos en el terreno político-ideológico y político-práctico. "Los señores demócratas constitucionalistas han estudiado historia -decía *Proletárskaya Pravda*-, y saben muy bien a qué actos "pogromoides", expresándonos con suavidad, ha llevado muchas veces en la práctica la aplicación del tradicional derecho de los Purishkévich a "agarrar y no dejar escapar"[102]. Sabiendo perfectamente que la omnipotencia de los Purishkévich tiene origen y carácter feudal, los demócratas constitucionalistas se colocan, sin embargo, por entero *en el terreno* de las relaciones y fronteras establecidas precisamente por esta clase. Sabiendo perfectamente cuántos elementos no europeos, antieuropeos (asiáticos, diríamos nosotros, si esta palabra no pudiera sonar a inmerecido desprecio para japoneses y chinos) hay en las relaciones y fronteras creadas o fijadas por esa clase, los señores demócratas constitucionalistas los consideran límite del que no se puede pasar.

Esto es precisamente adaptación a los Purishkévich, servilismo ante ellos, miedo de hacer vacilar su posición, esto es defenderlos contra el movimiento popular, contra la democracia. "Esto significa en la práctica -decía *Proletárskaya Pravda*- adaptarse a los intereses de los feudales y a los peores prejuicios nacionalistas de la nación dominante en vez de luchar constantemente contra esos prejuicios".

Como personas conocedoras de la historia y con pretensiones de democracia, los demócratas constitucionalistas ni siquiera intentan afirmar que el movimiento democrático, que en nuestros días es típico tanto de Europa Oriental como de Asia y que tiende a transformar una y otra, de acuerdo con el modelo de los países civilizados, capitalistas, que este movimiento deba indefectiblemente dejar intactas las fronteras fijadas en la época feudal, en la época de omnipotencia de los Purishkévich y de la falta de derechos de extensos sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía.

La última conferencia del Partido Demócrata Constitucionalista, celebrada del 23 al 25 de marzo de 1914, ha demostrado, por cierto, que el problema planteado por la polémica de *Proletárskaya Pravda* con *Riech* no era, en modo alguno, tan sólo un problema literario, sino que revestía la mayor actualidad política. En la reseña oficial de *Riech* (núm. 83, del 26 de marzo de 1914) sobre esta conferencia leemos:

> "Se trataron también en forma especialmente animada los problemas nacionales. Los diputados de Kíev, a los que se unieron N. V. Nekrásov y A. M. Koliubakin, indicaron que el problema nacional es un factor importante que está madurando y que es imprescindible afrontar con más energía que hasta ahora. F. F. Kokoshkin indicó, sin embargo" (éste es el "sin embargo" que corresponde al "pero" de Schedrín: "de puntillas no se es más alto, no, no se es más alto"), "que tanto el programa como la anterior experiencia política exigen que se proceda con la mayor prudencia en lo que se refiere a las "fórmulas elásticas" "de la autodeterminación política de las naciones"".

Este razonamiento de la conferencia demócrata constitucionalista, de todo punto notable, merece la mayor atención de todos los marxistas y de todos los demócratas. (Hagamos notar entre paréntesis que *Kíevskaya Mysl*[103], periódico, por lo visto, enteradísimo y, sin duda, fiel transmisor de los pensamientos del señor Kokoshkin, añadía que este señor, claro que como advertencia a sus contrincantes, aducía de un modo especial el argumento del peligro de la "disgregación" del Estado.)

La reseña oficial de *Riech* está redactada con maestría diplomática, para levantar lo menos posible el telón y disimular lo más posible. Pero, de todos modos, queda claro, en sus rasgos fundamentales, lo que ocurrió en la conferencia de los demócratas constitucionalistas. Los delegados burgueses liberales, que conocían la situación en Ucrania, y los demócratas constitucionalistas "de izquierda" plantearon *precisamente* la cuestión de la autodeterminación *política* de las naciones. De lo contrario, el señor Kokoshkin no habría tenido por

qué aconsejar que se procediera "con prudencia" en lo que se refiere a esta "fórmula".

En el programa de los demócratas constitucionalistas que, naturalmente, conocían los delegados de la conferencia demócrata constitucionalista, figura precisamente la autodeterminación "cultural", y *no* la autodeterminación política. Por tanto, el señor Kokoshkin *defendía* el programa *contra* los delegados de Ucrania, *contra* los demócratas constitucionalistas de izquierda, defendía la autodeterminación "cultural" *contra* la "política". Es de todo punto evidente que, al alzarse contra la autodeterminación "política", al esgrimir la amenaza de la "disgregación del Estado", diciendo que la fórmula de la "autodeterminación política" es "*elástica*" (¡completamente a tono con Rosa Luxemburgo!), el señor Kokoshkin defendía el nacional-liberalismo ruso contra elementos más "izquierdistas" o más democráticos del Partido Demócrata Constitucionalista y contra la burguesía ucraniana.

El señor Kokoshkin venció en la conferencia demócrata constitucionalista, como puede verse por la traidora palabreja "sin embargo" en la reseña de *Riech*. El nacional-liberalismo ruso triunfó entre los demócratas constitucionalistas. ¿No contribuirá esta victoria a que se aclaren las mentes de los elementos poco razonables que, entre los marxistas de Rusia, han comenzado también a temer, tras los demócratas constitucionalistas, "las fórmulas elásticas de la autodeterminación política de las naciones"?

Veamos, "sin embargo", cuál es, en el fondo, el curso que siguen los pensamientos del señor Kokoshkin. Invocando la "anterior experiencia política" (es decir, evidentemente, la experiencia de 1905, en que la burguesía rusa se asustó, temiendo por sus privilegios nacionales, y contagió su miedo al Partido Demócrata Constitucionalista), hablando de la amenaza de "disgregación del Estado", el señor Kokoshkin ha demostrado comprender perfectamente que la autodeterminación política no puede significar otra cosa que el derecho a la separación y a la formación de un Estado nacional independiente. Se pregunta: ¿cómo hay que conceptuar estos temores del señor Kokoshkin, desde el punto de vista de la democracia, en general, así como desde el punto de vista de la lucha de clase proletaria, en particular?

El señor Kokoshkin quiere convencernos de que el reconocimiento del derecho a la separación aumenta el peligro de "disgregación del Estado". Este es el punto de vista del polizonte Mymretsov con su lema de "agarrar y no dejar escapar". Desde el punto de vista de la democracia en general, es precisamente al contrario: el reconocimiento del derecho a la separación *reduce* el peligro de "disgregación del Estado".

El señor Kokoshkin razona absolutamente en el espíritu de los nacionalistas. En su último congreso atacaron furiosamente a los ucranianos "mazepistas". El movimiento ucraniano -exclamaban el señor Sávenko y Cía.- amenaza con debilitar los lazos que unen a Ucrania con Rusia, ¡¡porque Austria, con la ucranianofilia, estrecha los lazos de los ucranianos con Austria!! Lo que no se comprendía era por qué no puede Rusia intentar "estrechar" los lazos de los ucranianos con Rusia por *el mismo método* que los señores Sávenko echan en cara a Austria, es decir, concediendo a los ucranianos el libre uso de su lengua materna, la autodeterminación administrativa, una Dieta autónoma, etc.

Los razonamientos de los señores Sávenko y de los señores Kokoshkin son absolutamente del mismo género e igualmente ridículos y absurdos, desde un punto de vista puramente lógico. ¿No está claro que, cuanto mayor sea la libertad de que goce la nación ucraniana en uno u otro país, tanto más estrecha será la ligazón de esa nación con el país de que se trate? Parece que no se puede discutir contra esta verdad elemental de no romper resueltamente con todos los postulados de la democracia. ¿Y puede haber, para una nación como tal, mayor libertad que la de separación, la libertad de formar un Estado nacional independiente?

Para que esta cuestión, embrollada por los liberales (y por quienes, sin comprender, les hacen coro), quede más clara aún, pondremos el más sencillo de los ejemplos. Tomemos el divorcio. Rosa Luxemburgo dice en su artículo que un Estado democrático centralizado, al transigir por completo con la autonomía de diversas de sus partes, debe dejar a la jurisdicción del Parlamento central todas las esferas legislativas de mayor importancia, y, entre ellas, la del divorcio. Es perfectamente comprensible esta preocupación por que el poder central del Estado democrático asegure la libertad de divorcio. Los reaccionarios están en contra de la libertad de divorcio, aconsejan que se proceda "con prudencia" en lo relativo a dicha libertad y gritan que eso significa la "disgregación de la familia". Pero la democracia considera que los reaccionarios son unos hipócritas, pues, en realidad, defienden la omnipotencia de la policía y de la burocracia, los privilegios de un sexo y la peor opresión de la mujer; considera que, en realidad, la libertad de divorcio no significa la "disgregación" de los vínculos familiares, sino, por el contrario, su fortalecimiento sobre los únicos cimientos democráticos que son posibles y estables en una sociedad civilizada.

Acusar a los partidarios de la libertad de autodeterminación, es decir, de la libertad de separación, de que fomentan el separatismo es tan necio e hipócrita como acusar a los partidarios de la libertad de divorcio de que fomentan el desmoronamiento de los vínculos familiares. Del mismo modo que en la sociedad burguesa impugnan

la libertad de divorcio los defensores de los privilegios y de la venalidad, en los que se funda el matrimonio burgués, negar en el Estado capitalista la libertad de autodeterminación, es decir, de separación de las naciones no significa otra cosa que defender los privilegios de la nación dominante y los procedimientos policíacos de administración en detrimento de los democráticos.

No cabe duda de que la politiquería engendrada por todas las relaciones de la sociedad capitalista da a veces lugar a charlatanería en extremo frívola y hasta sencillamente absurda de parlamentarios o publicistas sobre la separación de tal o cual nación. Pero sólo los reaccionarios pueden dejarse asustar (o fingir que se asustan) por semejante charlatanería. Quien sustente el punto de vista de la democracia, es decir, de la solución de los problemas estatales por la masa de la población, sabe perfectamente que hay "un gran trecho"[104] entre la charlatanería de los politicastros y la decisión de las masas. Las masas de la población saben perfectamente, por la experiencia cotidiana, lo que significan los lazos geográficos y económicos, las ventajas de un gran mercado y de un gran Estado y sólo se decidirán a la separación cuando la opresión nacional y los roces nacionales hagan la vida en común absolutamente insoportable, frenando las relaciones económicas de todo género. Y en este caso, los intereses del desarrollo capitalista y de la libertad de lucha de clase estarán precisamente del lado de quienes se separen.

Así pues, se aborden los razonamientos del señor Kokoshkin del lado que se quiera, resultan el colmo del absurdo y del escarnio a los principios de la democracia. Pero en estos razonamientos hay cierta lógica: la lógica de los intereses de clase de la burguesía rusa. El señor Kokoshkin, como la mayoría del Partido Demócrata Constitucionalista, es lacayo de la bolsa de oro de esa burguesía. Defiende sus privilegios en general, sus privilegios *estatales* en particular, los defiende con Purishkévich, al lado de éste, con la única diferencia de que Purishkévich tiene más fe en el garrote feudal, mientras que Kokoshkin y Cía. ven que el garrote resultó muy quebrantado en el año 1905 y confían más en los procedimientos burgueses de embaucamiento de las masas, por ejemplo, en asustar a los pequeños burgueses y a los campesinos con el fantasma de la "disgregación del Estado", de engañarles con frases sobre la unión de "la libertad popular" con los pilares históricos, etc.

La significación real de clase de la hostilidad liberal al principio de autodeterminación política de las naciones es una, y sólo una: nacional-liberalismo, salvaguardia de los privilegios estatales de la burguesía rusa. Y todos estos oportunistas que hay entre los marxistas de Rusia, que precisamente ahora, en la época del sistema del 3 de junio, han arremetido contra el derecho de las naciones a la autodeterminación: el liquidador Semkovski, el bundista Libman, el pequeñoburgués ucraniano Yurkévich, *en realidad* van sencillamente a la zaga del nacional-liberalismo, corrompen a la clase obrera con las ideas nacional-liberales.

Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los obreros de todas las naciones, exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación. Por ello sería apartarse de las tareas de la política proletaria y someter a los obreros a la política de la burguesía, tanto el que los socialdemócratas se pusieran a negar el derecho a la autodeterminación, es decir, el derecho de las naciones oprimidas a separarse, como el que se pusieran a apoyar todas las reivindicaciones nacionales de la burguesía de las naciones oprimidas. Al obrero asalariado tanto le da que su principal explotador sea la burguesía rusa más que la alógena, como la burguesía polaca más que la hebrea, etc. Al obrero asalariado que haya adquirido conciencia de los intereses de su clase le son indiferentes tanto los privilegios estatales de los capitalistas rusos como las promesas de los capitalistas polacos o ucranios de instaurar el paraíso en la tierra cuando ellos gocen de privilegios estatales. El desarrollo del capitalismo prosigue y proseguirá, de uno u otro modo, tanto en un Estado heterogéneo unido como en Estados nacionales separados.

En todo caso, el obrero asalariado seguirá siendo objeto de explotación, y para luchar con éxito contra ella se exige que el proletariado sea independiente del nacionalismo, que los proletarios mantengan una posición de completa neutralidad, por así decir, en la lucha de la burguesía de las diversas naciones por la supremacía. En cuanto el proletariado de una nación cualquiera apoye en lo más mínimo los privilegios de "su" burguesía nacional, este apoyo provocará inevitablemente la desconfianza del proletariado de la otra nación, debilitará la solidaridad internacional de clase de los obreros, los desunirá para regocijo de la burguesía. Y el negar el derecho a la autodeterminación, o a la separación, significa indefectiblemente, en la práctica, apoyar los privilegios de la nación dominante.

Nos convenceremos de ello con mayor evidencia aún si tomamos el ejemplo concreto de la separación de Noruega de Suecia.

6. La separación de Noruega de Suecia.

Rosa Luxemburgo toma precisamente este ejemplo y razona sobre él del modo siguiente:

> "El último acontecimiento que se ha producido en la historia de las relaciones federativas, la separación de Noruega de Suecia -que en su tiempo se apresuró a comentar la prensa social patriotera polaca (véase *Naprzód*[105] de Cracovia)

como una reconfortante manifestación de la fuerza y del carácter progresivo de las aspiraciones a la separación estatal-, se ha convertido inmediatamente en prueba fulminante de que el federalismo y la separación estatal que de él resulta en modo alguno son expresión de progreso ni democracia. Después de la llamada "revolución" noruega, que consistió en destronar y hacer salir de Noruega al rey de Suecia, los noruegos eligieron tranquilamente otro rey, tras de haber rechazado formalmente, por plebiscito popular, el proyecto de instauración de la República. Lo que los adoradores superficiales de toda clase de movimientos nacionales y de todo lo que se asemeja a independencia proclamaron como "revolución" era una simple manifestación del particularismo campesino y pequeñoburgués, un deseo de tener por su dinero un rey "propio", en lugar del rey impuesto por la aristocracia sueca; era, por tanto, un movimiento que no tenía absolutamente nada de común con el espíritu revolucionario. Al mismo tiempo, esta historia de la ruptura de la unión sueco-noruega ha vuelto a demostrar hasta qué punto, también en este caso, la federación que había existido hasta aquel momento no era sino la expresión de intereses puramente dinásticos y, por tanto, una forma de monarquismo y de reacción". (*Przeglqd*).

¡¡Esto es literalmente todo lo que dice Rosa Luxemburgo sobre este punto!! Y preciso es reconocer que será difícil poner de manifiesto la impotencia de su posición con más relieve que lo ha hecho Rosa Luxemburgo en el ejemplo aducido.

La cuestión consistía y consiste en si la socialdemocracia necesita, en un Estado de composición nacional heterogénea, un programa que reconozca el derecho a la autodeterminación o a la separación.

¿Qué nos dice sobre esto el ejemplo de Noruega, escogido por la misma Rosa Luxemburgo?

Nuestra autora da rodeos y hace esguinces, ironiza y clama contra *Naprzód*, ¡¡pero no responde a la cuestión!! Rosa Luxemburgo habla de lo que se quiera, ¡¡con tal de *no decir ni una palabra* del fondo de la cuestión!!

Es indudable que los pequeños burgueses de Noruega, que han querido tener rey propio por su dinero y han hecho fracasar en plebiscito popular el proyecto de instauración de la República, han puesto de manifiesto cualidades pequeñoburguesas bastante malas. Es indudable que si *Naprzód* no lo ha notado, ha mostrado cualidades igualmente malas e igualmente pequeñoburguesas.

Pero ¿¿a qué viene todo esto??

¡Porque de lo que se trataba era del derecho de las naciones a la autodeterminación y de la actitud del proletariado socialista ante ese derecho! ¿Por qué, pues, Rosa Luxemburgo no responde a la cuestión, sino que da vueltas y más vueltas en torno a ella?

Dicen que para el ratón no hay fiera más temible que el gato. Para Rosa Luxemburgo, por la visto, no hay fiera más temible que los "fraquistas"[106]. "Fraquista" es el nombre que se da en lenguaje popular al Partido Socialista Polaco, a la llamada fracción revolucionaria, y el periodiquillo de Cracovia *Naprzód* comparte las ideas de esta "fracción". La lucha de Rosa Luxemburgo contra el nacionalismo de esa "fracción" ha cegado hasta tal punto a nuestra autora, que todo desaparece de su horizonte a excepción de *Naprzód*.

Si *Naprzód* dice: "sí", Rosa Luxemburgo se considera en el sagrado deber de proclamar inmediatamente: "no", sin pensar en lo más mínimo que, con semejante procedimiento, lo que demuestra no es su independencia de *Naprzód*, sino precisamente todo lo contrario, su divertida dependencia de los "fraquistas", su incapacidad de ver las cosas desde un punto de vista algo más amplio y profundo que el del hormiguero de Cracovia. *Naprzód*, desde luego, es un órgano muy malo y no es en absoluto un órgano marxista, pero eso no debe impedirnos analizar a fondo el ejemplo de Noruega, toda vez que lo hemos aducido.

Para analizar este ejemplo a lo marxista, no debemos pararnos en las malas cualidades de los muy temibles "fraquistas", sino, primero, en las particularidades históricas concretas de la separación de Noruega de Suecia, y, segundo, ver cuáles fueron las tareas del proletariado de ambos países durante esta separación.

Noruega está ligada a Suecia por lazos *geográficos*, económicos y lingüísticos no menos estrechos que los lazos que unen a muchas naciones eslavas no rusas a los rusos. Pero la unión de Noruega a Suecia no era voluntaria, de modo que Rosa Luxemburgo habla de "federación" completamente en vano, sencillamente porque no sabe qué decir. Noruega *fue* entregada a Suecia por los monarcas durante las guerras napoleónicas, contra la voluntad de los noruegos, y los suecos hubieron de llevar a Noruega tropas para someterla.

Después de eso hubo durante largos decenios, a pesar de la autonomía de extraordinaria amplitud de que gozaba Noruega (Dieta propia, etc.), constantes roces entre Noruega y Suecia, y los noruegos procuraron con todas las fuerzas sacudirse el yugo de la aristocracia sueca. En agosto de 1905 se lo sacudieron por fin: la Dieta noruega decidió que el rey de Suecia dejara de ser rey de Noruega, y el referéndum del pueblo noruego, celebrado más tarde, dio una aplastante mayoría de votos (cerca de doscientos mil, contra algunos centenares) a favor de la completa separación de Suecia. Los suecos, después de algunas vacilaciones, se resignaron con la separación.

Este ejemplo nos muestra en qué terreno son

posibles y se producen casos de separación de naciones, manteniéndose las relaciones económicas y políticas contemporáneas, y qué *forma* toma a veces la separación en un ambiente de libertad política y democracia.

Ni un solo socialdemócrata, si no se decide a declarar que le son indiferentes la libertad política y la democracia (y en tal caso, naturalmente, dejaría de ser socialdemócrata), podrá negar que este ejemplo demuestra *de hecho* que los obreros conscientes *tienen la obligación* de desarrollar una labor constante de propaganda y preparación a fin de que los posibles choques motivados por la separación de naciones se ventilen *sólo como* se ventilaron en 1905 entre Noruega y Suecia y no "al modo ruso". Esto es precisamente lo que expresa la reivindicación programática de reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y Rosa Luxemburgo, ante un hecho desagradable para su teoría, ha tenido que escudarse con temibles invectivas a la mentalidad de los pequeños burgueses noruegos y al *Naprzód* de Cracovia, porque comprendía perfectamente hasta qué punto *desmiente de un modo irrevocable* ese hecho histórico sus frases, según las cuales el derecho a la autodeterminación de las naciones es una "utopía", equivale al derecho "a comer en plato de oro", etc. Semejantes frases sólo expresan una fe oportunista de lamentable presunción en la inmutabilidad de la correlación de fuerzas dada entre las naciones de Europa Oriental.

Prosigamos. En el problema de la autodeterminación de las naciones, lo mismo que en cualquier otro, nos interesa, ante todo y sobre todo, la autodeterminación del proletariado en el seno de las naciones. Rosa Luxemburgo ha dejado modestamente a un lado también este problema, comprendiendo cuán desagradable resulta para su "teoría" examinarlo en el aducido ejemplo de Noruega.

¿Cuál fue y debió ser la posición del proletariado noruego y sueco en el conflicto motivado por la separación? Los obreros conscientes de Noruega, desde luego, hubieran votado *después* de la separación por la República*, y si hubo socialistas que votaron de otro modo, eso no demuestra sino que hay a veces mucho oportunismo obtuso, pequeñoburgués, en el socialismo europeo. Sobre esto ha puede haber dos criterios, y sólo nos referimos a este punto porque Rosa Luxemburgo intenta velar el fondo de la cuestión con disquisiciones *que no vienen al caso*. No sabemos si, en lo que se refiere a la separación, el programa socialista noruego obligaba a los socialdemócratas noruegos a atenerse a un criterio determinado. Supongamos que no, que los socialistas noruegos dejaron en suspenso la cuestión de hasta qué punto era suficiente para la libre lucha de clase la autonomía de Noruega y hasta qué punto frenaban la libertad de su vida económica los eternos roces y conflictos con la aristocracia sueca. Pero es indiscutible que el proletariado noruego debía haber ido contra esa aristocracia, por una democracia campesina noruega (aun con toda la estrechez de miras pequeñoburguesas de esta última).

¿Y el proletariado sueco? Sabido es que los terratenientes suecos, apoyados por el clero sueco, predicaban la guerra contra Noruega; y como Noruega es mucho más débil que Suecia, como ya había sufrido una invasión sueca, como la aristocracia sueca tiene un peso muy considerable en su país, esta prédica era una amenaza muy seria. Puede asegurarse que los Kokoshkin suecos corrompieron larga y empeñadamente a las masas suecas, exhortándolas a "proceder con prudencia" en lo referente a las "fórmulas elásticas de la autodeterminación política de las naciones", pintándoles los peligros de "disgregación del Estado" y asegurándoles que la "libertad popular" es compatible con los principios de la aristocracia sueca. No cabe la menor duda de que la socialdemocracia sueca habría hecho traición a la causa del socialismo y a la causa de la democracia si no hubiera luchado con todas sus fuerzas contra la ideología y contra la política tanto de los terratenientes como de los Kokoshkin, si no hubiera propugnado, *además* de la igualdad de las naciones en general (igualdad que también reconocen los Kokoshkin), el derecho de las naciones a la autodeterminación, la libertad de separación de Noruega.

La estrecha unión de los obreros noruegos y suecos y su plena solidaridad de camaradas de clase *ganaban*, al reconocer de este modo los obreros suecos el derecho de los noruegos a la separación. Porque los obreros noruegos se convencían de que los obreros suecos no estaban contagiados de nacionalismo sueco, de que la fraternidad con los proletarios noruegos estaba, para ellos, por encima de los privilegios de la burguesía y de la aristocracia suecas. La ruptura de los lazos impuestos a Noruega por los monarcas europeos y los aristócratas suecos fortaleció los lazos entre los obreros noruegos y suecos. Los obreros suecos han demostrado que, a través de *todas* las vicisitudes de la política burguesa -¡bajo las relaciones burguesas es perfectamente posible que renazca la sumisión de los noruegos a los suecos por la fuerza!-, sabrán mantener y defender la completa igualdad de derechos y la solidaridad de clase de los obreros de ambas naciones en la lucha tanto contra la burguesía sueca como contra la

* Si la mayoría de la nación noruega estaba por la monarquía, y el proletariado por la república, al proletariado noruego, hablando en general, se le abrían dos caminos: o la revolución, si estaban maduras las condiciones para ella, o la sumisión a la mayoría y una larga labor de propaganda y agitación.

noruega.

De ahí se infiere, entre otras cosas, cuán infundadas e incluso sencillamente poco serias son las tentativas que a veces hacen los "fraquistas" de "aprovechar" nuestras divergencias con Rosa Luxemburgo en contra de la socialdemocracia polaca. Los "fraquistas" no constituyen un partido proletario, socialista, sino un partido nacionalista pequeñoburgués, una especie de socialrevolucionarios polacos. Nunca se ha hablado ni pudo hablarse de ninguna unidad de los socialdemócratas de Rusia con este partido. En cambio, ni un solo socialdemócrata de Rusia "se ha arrepentido" nunca de acercarse y unirse a los socialdemócratas polacos. A la socialdemocracia polaca le corresponde el gran mérito histórico de haber creado por primera vez en Polonia un partido marxista de verdad, proletario de verdad, en una Polonia impregnada hasta la médula de aspiraciones y apasionamientos nacionalistas. Pero este mérito de los socialdemócratas polacos es un gran mérito no porque Rosa Luxemburgo haya dicho toda clase de absurdos contra el apartado 9 del programa marxista de Rusia, sino a pesar de esa lamentable circunstancia.

Para los socialdemócratas polacos, naturalmente, el "derecho a la autodeterminación" no tiene una importancia tan grande como para los rusos. Es perfectamente comprensible que la lucha contra la pequeña burguesía de Polonia, cegada por el nacionalismo, haya obligado a los socialdemócratas polacos a "forzar la nota" con particular empeño (a veces quizá un poco exagerado). Ni un solo marxista de Rusia ha pensado nunca en acusar a los socialdemócratas polacos de estar en contra de la separación de Polonia. Estos socialdemócratas se equivocan sólo cuando, a semejanza de Rosa Luxemburgo, intentan negar la necesidad de que en el programa de los marxistas *de Rusia* se reconozca el derecho a la autodeterminación.

En el fondo, eso significa trasladar relaciones, comprensibles desde el punto de vista del horizonte de Cracovia, a la escala de todos los pueblos y naciones de Rusia, incluidos los rusos. Eso significa ser "nacionalistas polacos al revés", y no socialdemócratas de Rusia, internacionalistas.

Porque la socialdemocracia internacional está precisamente en pro de reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. De lo cual pasamos a ocuparnos.

7. El acuerdo del Congreso Internacional de Londres celebrado en 1896.

El acuerdo dice:

> "El congreso declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación (Selbstbestimmungsrecht) de todas las naciones y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufra actualmente bajo un yugo de un absolutismo militar, nacional o de otro género; el congreso exhorta a los obreros de todos estos países a ingresar en las filas de los obreros conscientes (Klassenbewusste= de los que tienen conciencia de los intereses de su clase) de todo el mundo, a fin de luchar al lado de ellos para vencer al capitalismo internacional y alcanzar los objetivos de la socialdemocracia internacional"*.

Como ya hemos señalado, nuestros oportunistas, los señores Semkovski, Libman y Yurkévich, desconocen sencillamente este acuerdo. Pero Rosa Luxemburgo lo conoce y cita su texto íntegro, en el que figura la misma expresión que en nuestro programa: "autodeterminación".

Cabe preguntar: ¿cómo elimina Rosa Luxemburgo este obstáculo del camino de su "original" teoría?

¡Oh, muy sencillo!: ...el centro de gravedad está aquí en la segunda parte de la resolución... su carácter declarativo... ¡¡sólo por confusión puede apelarse a ella!!

El desamparo y la desorientación de nuestra autora son sencillamente asombrosos. Por lo general, los oportunistas son los únicos que aluden al carácter declarativo de los puntos consecuentemente democráticos y socialistas en los programas, rehuyendo cobardemente la polémica franca contra ellos. A lo que se ve, no sin motivo se ha encontrado esta vez Rosa Luxemburgo en la triste compañía de los señores Semkovski, Libman y Yurkévich. Rosa Luxemburgo no se atreve a confesar con sinceridad si estima certera o errónea la citada resolución. Se zafa y se esconde, como si esperase tener a un lector tan poco atento y tan ignorante que olvide la primera parte de la resolución al llegar a la segunda o que nunca haya oído hablar de los debates que hubo en la prensa socialista *antes* del Congreso de Londres.

Pero Rosa Luxemburgo está muy equivocada si se imagina que logrará pisotear con tanta facilidad ante los obreros conscientes de Rusia una resolución de la Internacional sobre una importante cuestión de principios, sin haberse dignado siquiera analizarla con criterio crítico.

En los debates que precedieron al Congreso de Londres -principalmente en las columnas de la revista de los marxistas alemanes *Die Neue Zeit*- se expresó el punto de vista de Rosa Luxemburgo, ¡*y ese punto de vista, en el fondo, sufrió una derrota ante la Internacional*! Este es el fondo del asunto, y

* Véase el informe oficial alemán sobre el Congreso de Londres: "*Actas y resoluciones del Congreso Internacional de los Partidos Socialistas Obreros y de los Sindicatos, celebrado en Londres, del 27 de julio al 1 de agosto de 1896*", Berlín, 1896, pág. 18. Hay un folleto ruso con los acuerdos de los congresos internacionales, donde, en vez de "autodeterminación", se ha traducido erróneamente "autonomía".

debe tenerlo en cuenta sobre todo el lector ruso.

Los debates giraron en torno a la cuestión de la independencia de Polonia. Se expresaron tres puntos de vista:

1) El punto de vista de los "fraquistas", en cuyo nombre habló Haecker. Querían que la Internacional reconociera en su programa la reivindicación de la independencia de Polonia. La propuesta no fue aceptada. Este punto de vista sufrió una derrota ante la Internacional.

2) El punto de vista de Rosa Luxemburgo: los socialistas polacos no deben exigir la independencia de Polonia. Desde este punto de vista, ni hablar se podía de proclamar el derecho de las naciones a la autodeterminación. Este criterio fue también derrotado ante la Internacional.

3) El punto de vista que entonces desarrolló del modo más minucioso C. Kautsky, al tomar la palabra contra Rosa Luxemburgo y demostrar la extrema "unilateralidad" del materialismo de ella. Desde este punto de vista, la Internacional no puede incluir hoy en su programa la independencia de Polonia, pero los socialistas polacos -dijo Kautsky- pueden plenamente propugnar semejante reivindicación. Desde el punto de vista de los socialistas es absolutamente erróneo desentenderse de las tareas de la liberación nacional en un ambiente de opresión nacional.

La resolución de la Internacional reproduce precisamente las tesis más esenciales, fundamentales de este punto de vista: por una parte, se reconoce, sin el menor rodeo ni dejar lugar a tergiversación alguna, el pleno derecho de todas las naciones a la autodeterminación; por otra parte, se exhorta de forma no menos explícita a los obreros a concertar la unidad *internacional* de su lucha de clase.

Nosotros estimamos que esta resolución es acertada por completo y que, para los países de Europa Oriental y de Asia de comienzos del siglo XX, es precisamente ella y justamente en la conexión indisoluble de sus dos partes lo que constituye la única directriz acertada de política proletaria de clase en el problema nacional.

Explayémonos con algún detenimiento mayor en los tres puntos de vista mencionados.

Sabido es que C. Marx y F. Engels consideraban que toda la democracia de Europa Occidental, y más aún la socialdemocracia, estaban absolutamente obligadas a apoyar con energía la reivindicación de independencia de Polonia. Para las décadas del 40 y del 60 del siglo pasado, época de revolución burguesa en Austria y Alemania, época de "reforma campesina" en Rusia, este punto de vista era certero por completo y el único consecuentemente democrático y proletario. Mientras las masas populares de Rusia y de la mayoría de los países eslavos estaban aún sumidas en profundo sueño, mientras *no había* en estos países movimientos democráticos independientes, de masas, el movimiento liberador *aristocrático* en Polonia adquiría un valor primordial, gigantesco, desde el punto de vista no sólo de la democracia de toda Rusia, no sólo de la democracia de todos los países eslavos, sino de la democracia de toda Europa* [107].

Pero si este punto de vista de Marx era acertado por completo para el segundo tercio o para el tercer cuarto del siglo XIX, ha dejado de serlo para el siglo XX. En la mayoría de los países eslavos, e incluso en uno de los países eslavos más atrasados, en Rusia, han surgido movimientos democráticos independientes e incluso un movimiento proletario independiente. Ha desaparecido la Polonia aristocrática, dando paso a la Polonia capitalista. En tales circunstancias, Polonia no podía menos de perder su *excepcional* trascendencia revolucionaria.

Cuando el PSP (Partido Socialista Polaco, los "fraquistas" actuales) intentó en 1896 "perpetuar" el punto de vista de Marx *de otra época*, eso significaba ya utilizar la *letra* del marxismo contra el *espíritu* del marxismo. De ahí que tuvieran completa razón los socialdemócratas polacos cuando se declararon en contra de los entusiasmos nacionalistas de la pequeña burguesía polaca, cuando indicaron que el problema nacional tenía una importancia secundaria para los obreros polacos, cuando crearon por primera vez en Polonia un partido puramente proletario, cuando proclamaron el principio de la unión más estrecha entre el obrero polaco y el ruso en su lucha de clase, principio de inmensa importancia.

Pero ¿significaba esto, sin embargo, que, a comienzos del siglo XX, la Internacional podía considerar superfluo para Europa Oriental y Asia el principio de autodeterminación política de las naciones, su derecho a la separación? Esto sería el mayor de los absurdos y equivaldría (teóricamente) a considerar terminada la transformación democrática burguesa de los Estados de Turquía, Rusia y China; sería (prácticamente) oportunismo respecto al absolutismo.

No. Para Europa Oriental y para Asia, en una época en que se han iniciado revoluciones democráticas burguesas, en una época en que han surgido y se han exacerbado movimientos

* Sería un trabajo histórico muy interesante comparar la posición de un gentilhombre polaco insurgente de 1863, que era la posición de Chernyshevski, demócrata revolucionario de influencia en toda Rusia, que también (como Marx) supo apreciar la importancia del movimiento polaco, y la posición del filisteo ucranio Dragománov, quien escribió mucho más tarde y expresó el punto de vista del campesino, todavía tan salvaje, dormido, encostrado en su montón de estiércol, que su legítimo odio a los terratenientes polacos le impedía comprender la importancia de la lucha de estos terratenientes para la democracia de toda Rusia. (Véase *La Polonia histórica y la democracia de Rusia*, de Dragománov). Dragománov ha merecido plenamente los entusiastas abrazos que más tarde le prodigó P. Struve cuando ya era nacional-liberal.

nacionales, en una época en que han aparecido partidos proletarios independientes, la tarea de estos partidos en política nacional debe ser una tarea doble: reconocer el derecho de todas las naciones a la autodeterminación, porque aún no está terminada la transformación democrática burguesa, porque la democracia obrera propugna con seriedad, franqueza y consecuencia, no al modo liberal, no al modo de los Kokoshkin, la igualdad de derechos de las naciones y la alianza más estrecha, indisoluble, de la lucha de clase de los proletarios de todas las naciones de un Estado determinado, para toda índole de peripecias de su historia, con todo género de modificaciones que la burguesía introduzca en las fronteras de los diversos Estados.

Esta doble tarea del proletariado es precisamente la que formula la resolución de la Internacional en 1896. Idéntica precisamente es, por los principios en que se basa, la resolución adoptada por los marxistas de Rusia en su Conferencia del Verano de 1913[108]. Hay gentes a quienes les parece "contradictorio" que esta resolución, al reconocer en su punto cuarto el derecho a la autodeterminación, a la separación, parece "conceder" el máximo al nacionalismo (en realidad, en el reconocimiento del *derecho* a la autodeterminación de *todas* las naciones hay un máximo de *democracia* y un mínimo de nacionalismo), y en el punto quinto previene a los obreros contra las consignas nacionalistas de cualquier burguesía y exige la unidad y la fusión de los obreros de todas las naciones en organizaciones proletarias internacionales únicas. Pero sólo inteligencias absolutamente obtusas pueden ver aquí una "contradicción", pues son incapaces de comprender, por ejemplo, por qué han ganado la unidad y la solidaridad de clase del proletariado sueco y noruego, cuando los obreros suecos han defendido para Noruega la libertad de separarse y constituir un Estado independiente.

8. Carlos Marx, el utopista, y Rosa Luxemburgo, la práctica.

Declarando "utopía" la independencia de Polonia y repitiéndolo hasta dar náuseas, Rosa Luxemburgo exclama con ironía: ¿por qué no exigir la independencia de Irlanda?

Evidentemente, la "práctica" Rosa Luxemburgo desconoce la actitud de C. Marx ante la independencia de Irlanda. Vale la pena detenerse en este punto para dar un ejemplo analítico de una reivindicación *concreta* de independencia nacional desde el punto de vista verdaderamente marxista, y no oportunista.

Marx tenía la costumbre de "tantear", como él decía, a los socialistas que él conocía, comprobando su conciencia y la firmeza de su convicción[109]. Cuando conoció a Lopatin, Marx escribió a Engels el 5 de julio de 1870 un juicio muy encomiástico sobre el joven socialista ruso, pero añadía:

"...El punto débil: *Polonia*. Sobre este punto Lopatin dice exactamente lo mismo que un inglés -por ejemplo, un cartista[110] inglés de la vieja escuela- sobre Irlanda".

Marx interroga a un socialista que pertenece a una nación opresora lo que piensa de una nación oprimida y descubre en el acto el defecto *común* de los socialistas de las naciones dominantes (inglesa y rusa): la incomprensión de su deber socialista para con las naciones oprimidas, el rumiar prejuicios tomados de la burguesía de la "nación grande".

Antes de pasar a las declaraciones positivas de Marx sobre Irlanda, hay que hacer la salvedad de que Marx y Engels guardaban en general una actitud rigurosamente crítica frente al problema nacional, apreciando su valor histórico relativo. Así, Engels escribe a Marx el 23 de mayo de 1851 que el estudio de la historia le lleva a conclusiones pesimistas respecto a Polonia, que la importancia de Polonia es temporal, sólo hasta la revolución agraria en Rusia. El papel de los polacos en la historia es el de "tonterías atrevidas". "Ni por un momento puede suponerse que Polonia, incluso comparada con Rusia solamente, represente con éxito el progreso o tenga cierto valor histórico". En Rusia hay más elementos de civilización, de instrucción, de industria, de burguesía que en la "aletargada Polonia de los terratenientes nobles". "¡Qué significan Varsovia y Cracovia comparadas con San Petersburgo, Moscú y Odesa!" Engels no cree en el éxito de las insurrecciones de la nobleza polaca.

Pero todas estas ideas, que tanto tienen de perspicacia genial, en modo alguno impidieron a Marx y Engels doce años más tarde, cuando Rusia seguía aún aletargada, y Polonia, en cambio, hervía, adoptar la actitud de la más cálida y profunda simpatía por el movimiento polaco.

En 1864, al redactar el mensaje de la Internacional, Marx escribe a Engels (4 de noviembre de 1864) que es preciso luchar contra el nacionalismo de Mazzini. "Cuando en el mensaje se habla de política internacional, me refiero a países, no a naciones, y denuncio a Rusia, y no a Estados de menor importancia"', escribe Marx. Para Marx no ofrece dudas la subordinación del problema nacional a la "cuestión obrera". Pero su teoría está tan lejos del propósito de pasar por alto los movimientos nacionales como el cielo de la tierra.

Llega el año 1866. Marx escribe a Engels sobre la "camarilla proudhoniana" de París, que "declara que las naciones son un absurdo y ataca a Bismarck y a Garibaldi. Como polémica contra el chovinismo, su táctica es útil y explicable. Pero cuando quienes creen en Proudhon (y entre ellos figuran dos buenos amigos míos de aquí, Lafargue y Longuet) piensan que toda Europa puede y debe permanecer quieta, sentada tranquilamente a sus anchas hasta que los

señores acaben con la miseria y la ignorancia en Francia... resultan ridículos" (carta del 7 de junio de 1866).

"Ayer -escribe Marx el 20 de junio de 1866- hubo en el Consejo de la Internacional un debate sobre la guerra actual... Como era de esperar, la discusión giró en torno al problema de las "naciones" y a nuestra actitud ante él... Los representantes de la "joven Francia" (no *obreros*) defendieron el punto de vista de que todo grupo étnico y la misma nación son prejuicios anticuados. Stirnerianismo proudhoniano... Todo el mundo debe esperar que los franceses maduren para la revolución social... Los ingleses se rieron mucho cuando yo comencé mi discurso diciendo que nuestro amigo Lafargue y otros, que han suprimido las naciones, nos hablaban en francés, es decir, en una lengua incomprensible para las 9/10 partes de la reunión. Luego di a entender que Lafargue, sin darse él mismo cuenta de ello, entendía por negación de las naciones, al parecer, su absorción por la ejemplar nación francesa".

La deducción que resulta de todas estas observaciones críticas de Marx es clara: la clase obrera es la que menos puede hacer un fetiche del problema nacional, porque el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a *todas* las naciones a una vida independiente. Pero, una vez surgidos los movimientos nacionales de masas, desentenderse de ellos, negarse a apoyar lo que en ellos hay de progresivo significa caer, en realidad, bajo la influencia de prejuicios *nacionalistas*, es decir: considerar a "su propia" nación como "nación ejemplar" (o, añadiremos nosotros, como nación dotada del privilegio exclusivo de organizarse en Estado)*.

Pero volvamos al problema de Irlanda.

La posición de Marx en este problema la expresan, con especial claridad, los siguientes fragmentos de sus cartas:

"He tratado por todos los medios de promover en los obreros ingleses una manifestación de simpatía por la lucha de los fenianos...[112] Antes creía imposible la separación de Irlanda de Inglaterra. Ahora la creo inevitable, aunque después de la separación se pueda llegar a una federación". Esto es lo que decía Marx a Engels en la carta del 2 de noviembre de 1867.

Y en otra carta, del 30 de noviembre del mismo año, añadía:

"¿Qué consejo debemos dar nosotros a los obreros *ingleses*? A juicio mío, deben hacer de la *Repeal* (ruptura) de la unión" (de Irlanda con Inglaterra, es decir, de la separación de Irlanda de Inglaterra) "un punto de su declaración, en pocas palabras, el asunto de 1783, pero democratizado y adaptado a las condiciones del momento. Esta es la única forma legal y, por consiguiente, la única posible de emancipación de los irlandeses que puede entrar en el programa de un partido *inglés*. La experiencia habrá de mostrar más tarde si la simple unión personal puede seguir existiendo entre los dos países...

"...Lo que necesitan los irlandeses es:

"1) Autonomía e independencia con respecto a Inglaterra.

"2) Una revolución agraria..."

Como Marx concedía inmensa importancia al problema de Irlanda, daba conferencias de hora y media sobre este tema en la Unión Obrera alemana (carta del 17 de diciembre de 1867).

En una carta del 20 de noviembre de 1868, Engels señala "el odio que existe entre los obreros ingleses a los irlandeses", y al cabo de un año, poco más o menos (24 de octubre de 1869), volviendo a este tema, escribe:

"De Irlanda a Rusia *il n'y a qu'un pas* (no hay más que, un paso)... Por el ejemplo de la historia irlandesa puede verse qué desgracia es para un pueblo haber sojuzgado a otro. Todas las infamias inglesas tienen su origen en la esfera irlandesa. Todavía tengo que estudiar la época de Cromwell; pero, de todos modos, no me cabe la menor duda de que, también en Inglaterra, las cosas habrían tomado otro cariz si no hubiera sido necesario dominar por las armas a Irlanda y crear una nueva aristocracia".

Señalemos de paso la carta de Marx a Engels del 18 de agosto de 1869:

"En Posnania, los obreros polacos han tenido una huelga victoriosa gracias a la ayuda de sus camaradas de Berlín. Esta lucha contra "el señor capital" -incluso en su forma inferior, en forma de huelgas-terminará con los prejuicios nacionales de un modo más serio que las declamaciones sobre la paz en boca de los señores burgueses".

Por lo que sigue, puede verse la política que Marx aplicaba en la Internacional respecto al problema irlandés.

El 18 de noviembre de 1869 Marx escribe a Engels que ha pronunciado en el Consejo de la Internacional un discurso de hora y cuarto sobre la actitud del gobierno británico ante la amnistía irlandesa y que ha propuesto la resolución siguiente:

"Se acuerda

que, en su respuesta a la exigencia irlandesa de poner en libertad a los patriotas irlandeses, el señor Gladstone ultraja deliberadamente a la nación irlandesa;

que Gladstone liga la amnistía política a condiciones igualmente humillantes tanto para las víctimas del mal gobierno como para el pueblo representado por ese gobierno;

---

* Compárese, además, la carta de Marx a Engels del 3 de junio de 1867: "…Por las crónicas de París del *Times*[111] me he enterado con verdadera satisfacción de la exclamaciones polonófilas de los parisienses contra Rusia… El señor Proudhon y su minúscula camarilla doctrinaria no son el pueblo francés".

que Gladstone, si bien obligado por su situación oficial, ha aplaudido pública y solemnemente la revuelta de los esclavistas norteamericanos y ahora se pone a predicar al pueblo irlandés la doctrina de la sumisión pasiva;

que, en lo tocante a la amnistía irlandesa, toda su política en una auténtica manifestación de la "*política de conquista*" que desenmascaró el señor Gladstone, derribando de este modo el ministerio de sus adversarios, los tories[113];

que el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores expresa su admiración ante la valentía, la firmeza y la elevación de espíritu con que el pueblo irlandés despliega su campaña por la amnistía;

que esta resolución deberá ser comunicada a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores y a todas las organizaciones obreras de Europa y América que estén relacionadas con ella".

El 10 de diciembre de 1869 Marx escribe que su informe sobre el problema irlandés en el Consejo de la Internacional tendrá la estructura siguiente:

"...Independientemente de toda frase "internacionalista" y "humanitaria" sobre "justicia para Irlanda" -porque esto se sobrentiende en el Consejo de la Internacional-, *el interés absoluto y directo de la clase obrera inglesa exige la ruptura de su actual unión con Irlanda*. Estoy profundamente convencido de ello, y las razones no las puedo revelar, en parte, a los propios obreros ingleses. He creído durante mucho tiempo que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés. He defendido siempre esta opinión en el *New York Daily Tribune*[114] (periódico norteamericano en el que Marx colaboró mucho tiempo). Un estudio más profundo me ha persuadido de lo contrario. La clase obrera inglesa *no hará nada* mientras no se desembarace de Irlanda... La reacción inglesa, en Inglaterra, tiene sus raíces en el sojuzga miento de Irlanda" (subrayado por Marx).

Ahora tendrá el lector bien claro cuál era la política de Marx en el problema irlandés.

El "utopista" Marx era tan "poco práctico" que estaba en pro de la separación de Irlanda, separación que, medio siglo más tarde, no se ha realizado aún.

¿A qué se debe esta política de Marx? ¿No fue, acaso, un error?

Al principio, Marx creía que el movimiento que liberaría a Irlanda era el movimiento obrero de la nación opresora y no el nacional de la nación oprimida. Marx, sabedor de que sólo la victoria de la clase obrera podrá traer la liberación completa de todas las naciones, no hace de los movimientos nacionales algo absoluto. Es imposible tener en cuenta de antemano todas las correlaciones que puedan establecerse entre los movimientos burgueses de liberación en las naciones oprimidas y el movimiento proletario de liberación en la nación opresora (precisamente esto es lo que hace tan difícil el problema nacional en la Rusia contemporánea).

Pero las cosas han ocurrido de manera que la clase obrera inglesa ha caído por un período bastante largo bajo la influencia de los liberales, yendo a la zaga de los mismos, decapitándose ella misma con una política obrera liberal. El movimiento burgués de liberación en Irlanda se ha acentuado y ha adquirido formas revolucionarias. Marx revisa su opinión y la corrige. "Qué desgracia es para un pueblo el haber sojuzgado a otro". La clase obrera de Inglaterra no podrá liberarse, mientras Irlanda no se libere del yugo inglés. La esclavización de Irlanda fortalece y nutre a la reacción en Inglaterra (¡igual que nutre a la reacción en Rusia el sojuzgamiento de una serie de naciones!).

Y Marx, al hacer aprobar en la Internacional una resolución de simpatía por "la nación irlandesa", por "el pueblo irlandés" (¡el inteligente L. VI. haría, seguramente, trizas al pobre Marx por haber olvidado la lucha de clase!), propugna la *separación* de Irlanda de Inglaterra, "aunque después de la separación se pueda llegar a una federación".

¿Cuáles son las premisas teóricas de esta conclusión de Marx? En Inglaterra hace ya mucho tiempo que, en general, quedó terminada la revolución burguesa. Pero no así en Irlanda, donde la están terminando ahora, medio siglo después, las reformas de los liberales ingleses. Si el capitalismo hubiese sido derribado en Inglaterra con la rapidez que esperaba Marx al principio, no habría lugar en Irlanda para un movimiento democrático burgués del conjunto de la nación. Pero puesto que ha surgido, Marx aconseja a los obreros ingleses que lo apoyen, que le impriman un impulso revolucionario, que lo lleven a término en bien de *su* propia libertad.

En la década del 60 del siglo pasado, las relaciones económicas entre Irlanda e Inglaterra eran, desde luego, más estrechas aún que las relaciones entre Rusia y Polonia, Ucrania, etc. Saltaba a la vista que la separación de Irlanda era "poco práctica", "irrealizable" (aunque sólo fuera por su situación geográfica y por el inmenso poderío colonial de Inglaterra). Siendo en principio enemigo del federalismo, Marx admite, en este caso, incluso la federación* *con tal de que* la liberación de Irlanda no

---

* No es difícil ver, dicho sea de paso, por qué, desde el punto de vista socialdemócrata, no puede entenderse por derecho a la "autodeterminación" de las naciones *ni* la federación *ni* la autonomía (aunque, hablando en forma abstracta, la una y la otra encuadran en el término de "autodeterminación"). El derecho a la federación 68, en general, un absurdo, ya que la federación es un contrato bilateral. Ni que decir tiene que en modo alguno pueden los marxistas incluir en su programa la defensa del federalismo en general. En lo que respecta a la autonomía, los marxistas no defienden "el derecho a" la autonomía, sino la autonomía *misma*, como principio general y universal de un Estado democrático de composición

se haga por vía reformista, sino revolucionaria, por el movimiento de las masas del pueblo en Irlanda, apoyado por la clase obrera de Inglaterra. No puede caber ninguna duda de que sólo una solución semejante de este problema histórico habría sido la más beneficiosa para el proletariado y un rápido desarrollo social.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Tanto el pueblo irlandés como el proletariado inglés han resultado ser débiles. Sólo ahora, por míseras componendas entre los liberales ingleses y la burguesía irlandesa, *se resuelve* (el ejemplo de Ulster demuestra con cuánta dificultad) el problema irlandés con una reforma agraria (con rescate) y la autonomía (sin establecer aún). ¿Y qué? ¿Se debe acaso deducir de esto que Marx y Engels eran "utopistas", que presentaban reivindicaciones nacionales "irrealizables", que cedían a la influencia de los nacionalistas irlandeses, pequeños burgueses (es indudable el carácter pequeñoburgués del movimiento de los "fenianos"), etc.?

No. Marx y Engels propugnaron, también en la cuestión irlandesa, una política consecuentemente proletaria, una política que educara de verdad a las masas en el espíritu de la democracia y del socialismo. Sólo esta política podía salvar, tanto a Irlanda como a Inglaterra, de diferir por medio siglo las transformaciones necesarias y de que los liberales las desfigurasen para complacencia de la reacción.

La política de Marx y Engels en el problema irlandés constituye un magnífico ejemplo de la actitud que debe mantener el proletariado de las naciones opresoras ante los movimientos nacionales, y este ejemplo ha conservado, hasta hoy día, un valor *práctico* enorme: esta política es una advertencia contra la "precipitación lacayuna" con que los pequeños burgueses de todos los países, lenguas y colores se apresuran a declarar "utópica" la modificación de las fronteras de los Estados creados por las violencias y los privilegios de los terratenientes y de la burguesía de una nación.

Si el proletariado de Irlanda y el de Inglaterra no hubieran adoptado la política de Marx, si no hubieran hecho suya la consigna de separación de Irlanda, ello habría sido el peor de los oportunismos por su parte, habría significado un olvido de las misiones de un demócrata y de un socialista, una concesión a la reacción y a la burguesía *inglesas*.

9. El programa de 1903 y sus liquidadores.

Las actas del Congreso de 1903, que aprobó el programa de los marxistas de Rusia, se han hecho un texto muy difícil de encontrar, y la inmensa mayoría de los actuales militantes del movimiento obrero no conocen los motivos de los diversos puntos del programa (con tanta mayor razón que no todas las publicaciones, ni mucho menos, que con ellos se relacionan, gozan del beneficio de la legalidad...). De ahí que sea necesario detenerse en el examen que se hizo en el Congreso de 1903 de la cuestión que nos interesa.

Hagamos notar, ante todo, que, por pobre que sea la bibliografía socialdemócrata rusa en lo concerniente al "derecho de las naciones a la autodeterminación", resulta de ella, sin embargo, con toda claridad que este derecho se ha interpretado siempre en el sentido de derecho a la separación. Los Semkovski, los Libman y los Yurkévich, todos estos señores que lo ponen en duda, que declaran que el apartado 9 es "poco claro", etc., sólo hablan de "falta de claridad" por ignorancia supina o por despreocupación. Ya en 1902, Plejánov*, defendiendo en *Zariá* "el derecho a la autodeterminación" en el proyecto de programa, escribía que esta reivindicación, que no es obligatoria para los demócratas burgueses, "es obligatoria para los socialdemócratas". "Si nos olvidáramos de ella o si no nos decidiéramos a propugnarla -escribía Plejánov-, temiendo herir los prejuicios nacionales de nuestros compatriotas rusos, se convertiría en nuestros labios en mentira odiosa... el grito de combate...: "¡Proletarios de todos los países, uníos!""[115].

Estas palabras caracterizan con mucho acierto el argumento fundamental a favor del punto analizado, con tanto acierto que no sin motivo las han pasado y las pasan temerosamente por alto los críticos de nuestro programa que se olvidan de su parentesco. Renunciar a este punto, sean cuales fueren los motivos que se aduzcan, significa *de hecho* una concesión "vergonzosa" al nacionalismo *ruso*. ¿Por qué ruso, cuando se habla del derecho de *todas* las naciones a la autodeterminación? Porque se trata de *separarse* de los rusos. El interés de la *unión de los proletarios*, el interés de su solidaridad de clase exigen que se reconozca el derecho de las *naciones a la separación*: eso es lo que hace doce años reconoció Plejánov en las palabras citadas; de reflexionar sobre ello, nuestros oportunistas no hubieran dicho, probablemente, tantos absurdos sobre la autodeterminación.

En el Congreso de 1903, donde se aprobó este proyecto de programa defendido por Plejánov, el trabajo principal estaba concentrado en *la comisión de programa*. Es de lamentar que en ella no se levantaran actas. Precisamente sobre el punto de que

nacional heterogénea, con marcadas diferencias en las condiciones geográficas y de otro tipo. Por eso, reconocer "el derecho de las naciones a la autonomía" sería tan absurdo como reconocer "el derecho de las naciones a la federación".

* En 1916, Lenin dio en este lugar la siguiente nota: "rogamos a los lectores que no olviden que Plejánov fue en 1903 uno de los principales enemigos del oportunismo y estaba muy lejos de su tristemente célebre viraje hacia el oportunismo y, posteriormente, el chovinismo".

tratamos presentarían especial interés, porque *sólo* en la comisión los representantes de los socialdemócratas polacos, Warszawski y Hanecki, intentaron defender sus puntos de vista e impugnar el "reconocimiento del derecho a la autodeterminación". El lector que hubiera deseado comparar sus argumentos (expuestos en el discurso de Warszawski y en la declaración del mismo y de Hanecki, págs. 134-136 y 388-390 de las actas) con los argumentos de Rosa Luxemburgo en su artículo polaco que hemos analizado, vería la completa identidad de estos argumentos.

Pero ¿cuál fue ante estos argumentos la actitud de la comisión de programa del II Congreso, donde quien más habló contra los marxistas polacos fue Plejánov? ¡Estos argumentos fueron ridiculizados con mordacidad! El absurdo de proponer a los marxistas de Rusia que excluyeran el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las naciones quedó demostrado de manera tan clara y patente que los marxistas polacos ¡¡*no se atrevieron ni a repetir sus argumentos en la sesión plenaria del congreso*!! Abandonaron el congreso, convencidos de lo desesperado de su posición ante la asamblea suprema de los marxistas, tanto rusos como hebreos, georgianos y armenios.

Este episodio histórico tiene, de suyo se comprende, suma importancia para todo el que se interese en serio por *su* programa. El fracaso completo de los argumentos expuestos por los marxistas polacos en la comisión de programa del congreso, así como su renuncia al intento de defender sus opiniones ante la sesión del congreso, son hechos muy significativos. No en vano ha pasado Rosa Luxemburgo "moderadamente" en silencio este hecho en su artículo de 1908: ¡el recuerdo del congreso le resultaba, por lo visto, demasiado desagradable! Tampoco ha dicho nada de la propuesta, desafortunada hasta lo ridículo, de "corregir" el apartado 9 del programa, propuesta que Warszawski y Hanecki hicieron en 1903 en nombre de todos los marxistas polacos y que no se han decidido (ni se decidirán) a repetir ni Rosa Luxemburgo ni otros socialdemócratas polacos.

Pero si Rosa Luxemburgo, ocultando su derrota de 1903, ha guardado silencio sobre estos hechos, las personas que se interesan por la historia de su partido se preocuparán de conocerlos y de meditar sobre su significación.

> "...Nosotros proponemos -escribían en 1903 al congreso los amigos de Rosa Luxemburgo, al retirarse del mismo- dar la siguiente redacción del apartado 7 (ahora 9) del proyecto de programa: § 7: *Instituciones que garanticen la completa libertad de desarrollo cultural a todas las naciones que integran el Estado*" (pág. 390 de las actas).

Así pues, los marxistas polacos formulaban entonces, en lo que se refiere a la cuestión nacional, opiniones tan poco definidas que, en lugar de autodeterminación, proponían, en el fondo, ¡nada menos que un seudónimo de la famosa "autonomía nacional cultural"!

Esto parece casi inverosímil, pero, desgraciadamente, es un hecho. En el mismo congreso, aunque en él había cinco bundistas con cinco votos y tres caucasianos con seis votos, sin contar la voz sin voto de Kostrov, no hubo *ni uno solo* que votara a favor de la *supresión* del punto referente a la autodeterminación. Se emitieron tres votos a favor de añadir a este punto "la autonomía nacional cultural" (por la fórmula de Goldblat: "creación de instituciones que garanticen a las naciones la completa libertad de desarrollo cultural") y cuatro a favor de la fórmula de Líber ("derecho a su -de las naciones- libertad de desarrollo cultural").

Ahora, cuando ha surgido un partido liberal ruso, el Partido Demócrata Constitucionalista, sabemos que la autodeterminación política de las naciones ha sido sustituida *en su* programa por la "autodeterminación cultural". Por consiguiente, los amigos polacos de Rosa Luxemburgo, "*al luchar*" contra el nacionalismo del PSP, ¡lo hacían tan bien que proponían sustituir el programa marxista por un programa *liberal*! Y al hacerlo acusaban, por añadidura, de oportunismo a nuestro programa. ¡No es de extrañar, pues, que en la comisión de programa del II Congreso esta acusación fuera acogida sólo con risas!

¿En qué sentido entendían la "autodeterminación" los delegados al II Congreso, de los cuales, según hemos visto, no hubo *ni uno solo* que estuviera en contra de la "autodeterminación de las naciones"?

Lo atestiguan los tres pasajes siguientes de las actas:

"*Martínov* considera que no hay que dar a la palabra "autodeterminación" una interpretación amplia; sólo significa el derecho de una nación a separarse para formar una entidad política aparte, pero de ningún modo la autonomía regional" (pág. 171). Martínov era miembro de la comisión de programa, en la que fueron refutados y ridiculizados los argumentos de los amigos de Rosa Luxemburgo. Por sus concepciones, Martínov era entonces "economista", adversario furibundo de *Iskra*, y si hubiese expresado una opinión que no compartiera la mayoría de la comisión de programa, habría sido, desde luego, refutado.

Goldblat, bundista, fue el primero en tomar la palabra cuando, después del trabajo de la comisión, se discutió en el congreso el apartado 8 (ahora 9) del programa.

> "Contra el "derecho a la autodeterminación" -dijo Goldblat- no puede objetarse nada. Cuando alguna nación lucha por su independencia, no podemos oponernos a ello. Si Polonia no quiere

contraer matrimonio legal con Rusia, hay que dejarla en paz, según ha dicho el camarada Plejánov. Estoy de acuerdo con semejante opinión dentro de estos límites" (págs. 175-176).

Plejánov no habló en absoluto sobre este punto en la sesión plenaria del congreso. Goldblat se refiere a unas palabras que dijo Plejánov en la comisión de programa, donde el "derecho a la autodeterminación" se explicó en forma detallada y popular en el sentido de derecho a la separación. Líber, que habló después de Goldblat, observó;

"Claro está que si alguna nación no puede vivir dentro de los confines de Rusia, el partido no ha de crearle obstáculo alguno" (pág. 176).

Como puede ver el lector, en el II Congreso del partido, que aprobó el programa, no hubo dos opiniones en cuanto a que la autodeterminación significaba "tan sólo" el derecho a la separación. Incluso los bundistas asimilaron entonces esta verdad, y sólo en nuestros tristes tiempos de contrarrevolución consecutiva y de toda clase de "abjuraciones" ha habido gentes que, por ignorancia, se han atrevido a declarar que el programa es "poco claro". Pero antes de dedicar tiempo a estos tristes "socialdemócratas" de pacotilla, terminemos de hablar de la actitud de los polacos ante el programa.

Los polacos vinieron al II Congreso (1903), declarando que era imprescindible y urgente la unificación. Pero lo abandonaron tras de sufrir "reveses" en la comisión de programa, y su *última palabra* fue una declaración escrita, en la que se hacía la precitada propuesta de *sustituir* la autodeterminación por la autonomía nacional cultural tal y como figura en las actas del congreso.

En 1906, los marxistas polacos ingresaron en el partido, pero ¡¡ni al ingresar en él ni después (ni en el Congreso de 1907, ni en las conferencias de 1907 y 1908, ni en el Pleno de 1910) *presentaron nunca* propuesta alguna de modificar el apartado 9 del programa ruso!!

Esto es un hecho.

Y este hecho demuestra con evidencia, a pesar de todas las frases y aseveraciones, que los amigos de Rosa Luxemburgo consideraron concluidos los debates en la comisión de programa del II Congreso y definitiva la resolución del mismo, que reconocieron tácitamente su error, y lo corrigieron cuando, después de retirarse del congreso en 1903, ingresaron en 1906 en el partido sin intentar ni una sola vez plantear por vía *de partido* la revisión del apartado 9.

El artículo de Rosa Luxemburgo fue publicado con su firma en 1908 -desde luego, a nadie se le ocurrió jamás negar a las plumas del partido el derecho a criticar el programa-, y *después* de este artículo tampoco hubo ni un solo organismo oficial de los marxistas polacos que plantease la revisión del apartado 9.

Por esta razón, Trotski presta en verdad un flaco servicio a ciertos admiradores de Rosa Luxemburgo cuando, en nombre de la redacción de *Borbá*, escribe en el número 2 (marzo de 1914):

"...Los marxistas polacos consideran que el "derecho a la autodeterminación nacional" carece en absoluto de contenido político y debe ser suprimido del programa" (pág. 25).

¡Trotski obsequioso, enemigo peligroso! En ninguna parte, si no es en "conversaciones particulares" (es decir, sencillamente en chismes, de los que siempre vive Trotski), *ha podido* encontrar pruebas para incluir a los "marxistas polacos" en general entre los partidarios de cada artículo de Rosa Luxemburgo. Trotski ha presentado a los "marxistas polacos" como gentes sin honor y sin vergüenza, que no saben siquiera respetar sus convicciones ni el programa de su partido. ¡Trotski obsequioso!

Cuando los representantes de los marxistas polacos se retiraron en 1903 del II Congreso *a causa* del derecho a la autodeterminación, Trotski pudo haber dicho *entonces* que ellos consideraban de poco contenido este derecho y que debía ser suprimido del programa.

Pero, después de eso, los marxistas polacos *ingresaron* en un partido que tenía tal programa y ni una sola vez propusieron revisarlo*.

¿Por qué ha silenciado Trotski estos hechos a los lectores de su revista? Sólo porque le con viene especular, instigando las divergencias entre adversarios polacos y rusos del liquidacionismo, y engañar a los obreros rusos respecto al programa.

Trotski jamás ha tenido una opinión firme en un solo problema serio del marxismo, siempre "se ha metido por la rendija" de tales o cuales divergencias, pasándose de un bando a otro. En estos momentos se halla en la compañía de bundistas y liquidadores. y estos señores no tienen muchos miramientos con el partido.

Vean lo que escribe el bundista Libman.

"Cuando la socialdemocracia de Rusia - escribe este caballero- incluyó hace quince años en su programa el punto sobre el derecho de cada nación a la "autodeterminación", todo el mundo (!!) se preguntaba: ¿qué quiere decir, hablando con propiedad, esta locución en boga (!!)? No hubo respuesta a esta pregunta (!!). El sentido de

* Se nos comunica que en la conferencia celebrada por los marxistas de Rusia en el verano de 1913, los marxistas polacos participaron tan sólo con voz, pero sin voto, y que, en lo tocante al derecho a la autodeterminación (a la separación), no votaron en absoluto, manifestándose en contra de tal derecho en general. Por supuesto, tenían pleno derecho a proceder de este modo y a desplegar igual que antes su agitación en Polonia contra su separación. Pero esto no se parece mucho a lo que dice Trotski, pues los marxistas polacos no exigían que se "suprimiera del programa" el apartado 9.

esta palabra quedó (!!) envuelto en bruma. En realidad, entonces era difícil disipar esta bruma. Todavía no ha llegado el momento en que pueda concretarse este punto -se decía entonces-; que siga por ahora envuelto en bruma (!!), y la misma vida dirá qué contenido debe dársele".

¿Verdad que es magnífico este "niño en cueros"[116] que se burla del programa del partido?

¿Y por qué se burla?

Sólo porque es un ignorante supino que no ha estudiado nada, que ni siquiera ha leído algo de historia del partido, sino que ha caído sencillamente en el medio de los liquidadores, donde "es costumbre" andar en cueros en el problema del partido y del partidismo.

En una obra de Pomialovski, un seminarista se vanagloria "de haber escupido en una tina con col"[117]. Los señores bundistas han ido más lejos. Hacen salir a los Libman para que estos caballeros escupan públicamente en su propia tina. ¿Que ha habido una resolución del congreso internacional, que en el congreso de su propio partido dos representantes de su propio Bund han revelado (¡con lo "severos" críticos y enemigos decididos de *Iskra* que eran!) su completa capacidad para comprender el sentido de la "autodeterminación" e incluso se mostraron conformes con ella? ¿Qué importa todo esto a los señores Libman? ¿No será más fácil liquidar el partido si los "publicistas del partido" (¡bromas aparte!) tratan a lo seminarista la historia y el programa del partido?

He aquí al segundo "niño en cueros", al señor Yurkévich, de *Dzvin*, quien ha tenido, probablemente, en sus manos las actas del II Congreso, ya que cita las palabras de Plejánov, reproducidas por Goldblat, y demuestra saber que la autodeterminación no puede significar sino derecho a la separación. Pero esto no le impide difundir entre la pequeña burguesía ucraniana, contra los marxistas rusos, la calumnia de que éstos están por la "integridad estatal" de Rusia (1913, núm. 7-8, pág. 83 y otras). Naturalmente, no podían los señores Yurkévich inventar medio mejor que esta calumnia para alejar a la democracia ucraniana de la democracia rusa. ¡Y un alejamiento tal está conforme con toda la política del grupo de autores de *Dzvin* que preconiza la *separación* de los obreros ucranios en una organización nacional *aparte*!*

Al grupo de pequeños burgueses nacionalistas que escinden al proletariado -precisamente éste es el papel objetivo de *Dzvin*- le viene que ni pintado, como es natural, propagar el más impúdico embrollo sobre el problema nacional. De suyo se comprende quo los señores Yurkévich y los señores Libman -que se ofenden "terriblemente" cuando se dice de ellos que "están situados a un lado del partido"-, no han dicho nada, ni una sola palabra, de cómo hubieran querido resolver ellos en el programa la cuestión del derecho a la separación.

He aquí al tercero y principal "niño en cueros", al *señor* Semkovski que, en las páginas del periódico de los liquidadores, "denigra" ante el público ruso el apartado 9 del programa y declara a la vez que, ¡¡"por ciertas consideraciones, no comparte la propuesta" de excluir este apartado!!

Es inverosímil, pero es un hecho.

En agosto de 1912, la conferencia de los liquidadores plantea oficialmente el problema nacional. En año y medio no hubo ni un solo artículo, a excepción del artículo del señor Semkovski, sobre el apartado 9. ¡¡Y en este artículo el autor *refuta* el programa, "no compartiendo, por *ciertas* razones" (¿una enfermedad secreta, o qué?), la propuesta de corregirlo!! Puede darse garantía de que no se encontrará con facilidad en todo el mundo ejemplos de semejante oportunismo, y aún peor que oportunismo, de abjuración del partido, de liquidación del mismo.

Un ejemplo bastará para mostrar cuáles son los argumentos de Semkovski.

> "Cómo debe procederse -escribe- si el proletariado polaco quiere luchar al lado de todo el proletariado de Rusia dentro de un solo Estado, mientras que las clases reaccionarias de la sociedad polaca quieren, por el contrario, separar a Polonia de Rusia y obtienen mayo ría de votos a favor de ello en un referéndum (consulta popular): ¿nosotros, socialdemócratas rusos, habríamos de votar en el parlamento central con nuestros camaradas polacos *contra* la separación o *a favor* de ella para no violar "el derecho a la autodeterminación"?" (*Nóvaya Rabóchaya Gazeta*, núm. 71).

¡Por donde puede verse que el señor Semkovski no comprende siquiera *de qué se trata*! No ha pensado que el derecho a la separación supone que el problema no lo resuelve precisamente el Parlamento central, sino únicamente el Parlamento (Dieta, referéndum, etc.) de la región *que se separa*.

¡Con la pueril perplejidad del "cómo debe procederse" si en una democracia la mayoría está por la reacción, se vela un problema de política real, verdadera, viva, cuando tanto los Purishkévich *como* los Kokoshkin consideran que hasta la idea de la separación es un crimen! ¡¡Probablemente, los proletarios de *toda* Rusia no deben luchar hoy contra los Purishkévich y los Kokoshkin, sino prescindiendo de ellos, contra las clases reaccionarias de Polonia!!

Y semejantes absurdos inconcebibles se escriben en el órgano de los liquidadores, uno de cuyos dirigentes ideológicos es el señor L. Mártov. Aquel mismo L. Mártov que redactó el proyecto de

* Véase, sobre todo, el prólogo del señor Yurkévich para el libro del señor Levinski *Esbozo del desarrollo del movimiento obrero ucranio en Galitzia*, Kiev, 1914. (*N. de la Edit.*)

programa y lo defendió en 1903 y que incluso más tarde escribió en defensa de la libertad de separación. Por lo visto, L. Mártov razona ahora según la regla:

Allí no hace falta un inteligente;
Manden ustedes a Read
y yo veré[118].

¡El manda a Read-Semkovski y permite que en un diario se tergiverse y embrolle sin fin nuestro programa ante nuevos grupos de lectores que no lo conocen!

Sí, sí, el liquidacionismo ha ido lejos: entre muchísimos de los ex socialdemócratas, e incluso entre los destacados, no ha quedado ni vestigio de partidismo.

Claro está que no se puede comparar a Rosa Luxemburgo con los Libman, los Yurkévich y los Semkovski, pero el hecho de que precisamente tales gentes se hayan aferrado a su error demuestra con singular evidencia en qué oportunismo ha caído ella.

10. Conclusión.

Hagamos el balance.

Desde el punto de vista de la teoría del marxismo en general, el problema del derecho a la autodeterminación no presenta dificultades. En serio no se puede ni hablar de poner en duda el acuerdo de Londres de 1896, ni de que por autodeterminación se entiende únicamente el derecho a la separación, ni de que la formación de Estados nacionales independientes es una tendencia de todas las revoluciones democráticas burguesas.

Hasta cierto punto, crea la dificultad el hecho de que en Rusia luchan y deben luchar juntos el proletariado de las naciones oprimidas y el proletariado de la nación opresora. La tarea consiste en salvaguardar la unidad de la lucha de clase del proletariado por el socialismo, repeler todas las influencias burguesas y ultrarreaccionarias del nacionalismo. Entre las naciones oprimidas, la separación del proletariado en un partido independiente conduce a veces a una lucha tan encarnizada contra el nacionalismo de la nación de que se trata que se deforma la perspectiva y se olvida el nacionalismo de la nación opresora.

Pero esta deformación de la perspectiva es posible tan sólo durante corto tiempo. La experiencia de la lucha conjunta de los proletarios de naciones diferentes prueba con demasiada claridad que nosotros debemos plantear los problemas políticos desde el punto de vista de toda Rusia, y no desde el "de Cracovia". Mientras tanto, en la política de toda Rusia dominan los Purishkévich y los Kokoshkin. Predominan sus ideas; y la persecución de los habitantes alógenos por "separatismo", por *pensar* en la separación, es predicada y llevada a la práctica en la Duma, en las escuelas, en las iglesias, en los cuarteles, en centenares y miles de periódicos. Todo el clima político de Rusia entera está emponzoñado del veneno de este nacionalismo ruso. La desgracia del pueblo consiste en que, al esclavizar a otros pueblos, afianza la reacción en toda Rusia. Los recuerdos de 1849 y 1863 constituyen una tradición política viva que, si no se producen tempestades de proporciones muy grandes, amenazará durante largos decenios con dificultar todo movimiento democrático y, *sobre todo*, socialdemócrata.

No puede caber duda de que, por natural que parezca a veces el punto de vista de algunos marxistas de las naciones oprimidas (cuya "desgracia" consiste a veces en que las masas de la población quedan deslumbradas por la idea de "su" liberación nacional), *en la práctica*, teniendo en cuenta la correlación objetiva de las fuerzas de las clases en Rusia, la renuncia a defender el derecho a la autodeterminación equivale al peor oportunismo, a contagiar al proletariado las ideas de los Kokoshkin. Y estas ideas son, en el fondo, las ideas y la política de los Purishkévich.

Por eso, si el punto de vista de Rosa Luxemburgo podía justificarse al principio como estrechez específica polaca, "de Cracovia"*, ahora, cuando en todas partes se ha acentuado el nacionalismo y, sobre todo, el nacionalismo gubernamental, ruso, cuando es *este nacionalismo* el que dirige la política, semejante estrechez es ya imperdonable. En la práctica se aferran a ella los oportunistas de *todas* las naciones, temerosos ante la idea de "tempestades" y de "saltos", que consideran terminada la revolución democrática burguesa y van detrás del liberalismo de los Kokoshkin.

El nacionalismo ruso, como todo nacionalismo, atravesará distintas fases, según predominen en el país burgués unas u otras clases. Hasta 1905, casi no conocimos más que a nacional-reaccionarios. Después de la revolución han surgido en nuestro país *nacional-liberales*.

Esta es la posición que ocupan de hecho en nuestro país tanto los octubristas como los demócratas constitucionalistas (Kokoshkin), es decir, toda la burguesía contemporánea.

En lo sucesivo *es inevitable* que surjan nacional-demócratas rusos. Uno de los fundadores del partido "socialista popular"[119], el señor Peshejónov, ha expresado ya este punto de vista cuando exhortaba (en el fascículo de agosto de *Rússkoie Bogatstvo*[120]

---

* No es difícil comprender que el hecho de que los marxistas *de toda Rusia* y, en primer término, los rusos, reconozcan el *derecho* de las naciones a la separación no descarta en lo más mínimo la *agitación* contra la separación por parte de los marxistas de esta o la otra nación *oprimida*, del mismo modo que el reconocer el derecho al divorcio no descarta la agitación contra el divorcio en este o el otro caso. Por eso creemos que ha de aumentar inevitablemente el número de marxistas polacos que se reirán de la inexistente "contradicción" que ahora "exacerban" Semkovski y Trotski.

de 1906) a proceder con prudencia respecto a los prejuicios nacionalistas del mujik. Por mucho que se nos calumnie a nosotros, los bolcheviques, pretendiendo que "idealizamos" al mujik, nosotros siempre hemos distinguido y distinguiremos rigurosamente entre el juicio del mujik y el prejuicio del mujik, entre el espíritu democrático del mujik contra Purishkévich y la tendencia del mujik a transigir con el pope y el terrateniente.

La democracia proletaria debe tener en cuenta el nacionalismo de los campesinos rusos (no en el sentido de concesiones, sino en el sentido de lucha) ya ahora, y lo tendrá en cuenta, probablemente, durante un período bastante prolongado[**]. El despertar del nacionalismo en las naciones oprimidas, que se ha mostrado con tanta fuerza después de 1905 (recordemos aunque sólo sea el grupo de "autonomistas-federalistas" de la I Duma, el ascenso del movimiento ucraniano, del movimiento musulmán, etc.), provocará inevitablemente un recrudecimiento del nacionalismo de la pequeña burguesía rusa en la ciudad y en el campo. Cuanto más lenta sea la transformación democrática de Rusia, tanto más empeñados, rudos y encarnizados serán el hostigamiento nacional y las discordias entre la burguesía de las diversas naciones. El singular espíritu reaccionario de los Purishkévich rusos engendrará (e intensificará) a la vez tendencias "separatistas" en unas u otras naciones oprimidas, que a veces gozan de una libertad mucho mayor en los Estados vecinos.

Semejante estado de cosas plantea al proletariado de Rusia una tarea doble, o mejor dicho, bilateral: luchar contra todo nacionalismo y, en primer término, contra el nacionalismo ruso; reconocer no sólo la completa igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos respecto a la edificación estatal, es decir, el derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación; y, al mismo tiempo y precisamente en interés del éxito en la lucha contra toda clase de nacionalismos de todas las naciones, propugnar la unidad de la lucha proletaria y de las organizaciones proletarias, su más íntima fusión en una comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional.

Completa igualdad de derechos de las naciones; derecho de autodeterminación de las naciones; fusión de los obreros de todas las naciones; tal es el programa nacional que enseña a los obreros el marxismo, que enseña la experiencia del mundo entero y la experiencia de Rusia.

El presente artículo estaba ya en caja cuando recibí el número 3 de *Nasha Rabóchaya Gazeta*[121], donde el señor V. Kosovski escribe sobre el reconocimiento del derecho a la autodeterminación para todas las naciones:

> "Mecánicamente trasladado de la resolución del I Congreso del partido (1898) que, a su vez, lo tomó de los acuerdos de los congresos socialistas internacionales, este derecho, según puede verse por los debates, era interpretado por el Congreso de 1903 en el mismo sentido que le daba la Internacional Socialista: en el sentido de la autodeterminación política, es decir, de la autodeterminación de la nación hacia la independencia política. De este modo, la fórmula de autodeterminación nacional, que significa el derecho a la separación territorial, no atañe para nada al problema de cómo regular las relaciones nacionales dentro de un organismo estatal determinado para las naciones que no puedan o no quieran salir del Estado existente".

Por donde puede verse que el señor V. Kosovski ha tenido en las manos las actas del II Congreso de 1903 y conoce perfectamente el verdadero (y único) sentido del concepto de autodeterminación. ¡¡Comparen con esto el hecho de que la redacción del periódico bundista *Zait* suelte al señor Libman para que se mofe del programa y le impute falta de claridad!! Extraños hábitos "de partido" tienen los señores bundistas... Sólo "Alá sabe" por qué Kosovski declara que el aceptar el congreso la autodeterminación es un traslado *mecánico*. Hay gentes que "quieren hacer objeciones", pero no ven el fondo del asunto, no saben cuáles, ni cómo, ni por qué, ni para qué hacerlas.

Escrito entre febrero y mayo de 1914. Publicado de abril a junio de 1914 en los núms. 4, 5 y 6 de la revista" Prosveschenie".

T. 25, págs. 255-320.

[**] Sería interesante seguir el proceso de modificación, por ejemplo, del nacionalismo en Polonia, pasando de nacionalismo aristocrático a nacionalismo burgués y después a nacionalismo campesino. Ludwig Bernhard, en su libro "*Los polacos en Prusia*" (hay una traducción rusa), colocándose él mismo en el punto de vista de un Kokoshkin alemán, describe un fenómeno extraordinariamente característico: la formación de una, especie de "república campesina" de polacos en Alemania, en forma de estrecha agrupación de toda clase de cooperativas y demás uniones del campesinos *polacos* en lucha por la nación, por la religión, por la tierra "polaca". El yugo alemán ha agrupado a los polacos, les ha hecho replegarse sobre sí mismos, despertando el nacionalismo, al principio, en la aristocracia, después en los burgueses y, por último, en la masa campesina (sobre todo después de que los alemanes iniciaron en 1873 una campaña contra el idioma polaco en las escuelas). Hacia eso mismo van las cosas en Rusia, y no sólo por lo que se refiere a Polonia.

LA GUERRA Y LA SOCIALDEMOCRACIA DE RUSIA[122].

La guerra europea, preparada durante decenios por los gobiernos y los burgueses de todos los países, ha estallado. La multiplicación de los armamentos, el encono extremado de la lucha por los mercados en la época de la fase contemporánea, la fase imperialista, de desarrollo del capitalismo en los países avanzados y los intereses dinásticos de las monarquías de Europa Oriental, las más atrasadas, debían conducir inevitablemente y han conducido a esta guerra. El único contenido real, el significado y el sentido de la guerra presente es anexionar tierras y sojuzgar a otras naciones, arruinar a la nación competidora, saquear sus riquezas, desviar la atención de las masas trabajadoras de las crisis políticas internas de Rusia, Alemania, Inglaterra y demás países, desunir y embaucar a los obreros con propaganda nacionalista y exterminar su vanguardia para debilitar el movimiento revolucionario del proletariado.

La socialdemocracia es quien tiene, ante todo, la obligación de dar a conocer este verdadero significado de la guerra y denunciar sin miramientos la mentira, los sofismas y las frases "patrióticas" propagadas por las clases dominantes, por los terratenientes y la burguesía en defensa de la guerra.

Al frente de un grupo de naciones beligerantes se halla la burguesía alemana, que engaña a la clase obrera y a las masas trabajadoras, al afirmar que hace la guerra en aras de la defensa de la patria, de la libertad y de la cultura, en aras de la emancipación de los pueblos oprimidos por el zarismo, en aras del aniquilamiento del zarismo reaccionario. Pero, en realidad, precisamente esta burguesía, lacayuna servidora de los junkers[123] prusianos encabezados por Guillermo II, fue siempre la más fiel aliada del zarismo y enemiga del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos de Rusia. En realidad, esta burguesía orientará con los junkers todos sus esfuerzos, cualquiera que sea el desenlace de la guerra, a sostener la monarquía zarista contra la revolución en Rusia.

De hecho, la burguesía alemana ha emprendido una campaña de rapiña contra Serbia con el deseo de sojuzgar este país y sofocar la revolución nacional de los eslavos del Sur, dirigiendo a la vez el grueso de sus fuerzas militares contra países más libres, Bélgica y Francia, a fin de expoliar a un competidor más rico. La burguesía alemana propaga el cuento de que la guerra es defensiva por su parte; pero, en realidad, ha elegido el momento más propicio, desde su punto de vista, para hacer la guerra, poniendo en juego sus últimos perfeccionamientos de los pertrechos y adelantándose a los nuevos armamentos, proyectados y resueltos ya de antemano por Rusia y Francia.

Al frente del otro grupo de naciones beligerantes se encuentra la burguesía inglesa y francesa, que embauca a la clase obrera y a las masas trabajadoras, asegurándoles que sostiene la guerra por la patria, la libertad y la cultura contra el militarismo y el despotismo de Alemania. Mas, en la práctica, esta burguesía, con sus miles de millones, ha contratado y preparado hace ya tiempo para atacar a Alemania a las tropas del zarismo ruso, la monarquía más reaccionaria y bárbara de Europa.

En realidad, la lucha de la burguesía inglesa y francesa tiene por objeto apoderarse de las colonias alemanas y arruinar a la nación competidora, que se distingue porque su desarrollo económico es más rápido. Y para este noble fin, las naciones "avanzadas" y "democráticas" ayudan al zarismo salvaje a oprimir más aún a Polonia, a Ucrania, etc., a reprimir con mayor violencia todavía la revolución en Rusia.

Ninguno de los dos grupos de países beligerantes es mejor ni peor que el otro en lo que se refiere a saqueos, atrocidades y crueldades sin fin de la guerra. Mas, para embaucar al proletariado y desviar su atención de la única guerra verdaderamente emancipadora, es decir, de la guerra civil contra la burguesía, tanto de su "propio" país como de los países "ajenos", para alcanzar este sublime objetivo, la burguesía de cada país se esfuerza, con patrañas sobre el patriotismo, por enaltecer el significado de "su" guerra nacional y por dar fe de que aspira a vencer al adversario en aras de la "emancipación" de todos los demás pueblos, salvo el suyo propio, y no en aras del saqueo y las conquistas territoriales.

Pero cuanto mayor es el celo con que los gobiernos y la burguesía de todos los países tratan de dividir a los obreros y de azuzarlos a los unos contra los otros; cuanto mayor es la ferocidad con que se aplica para este elevado fin el sistema del estado de guerra y de la censura militar (que incluso ahora, durante la guerra, persigue al enemigo "interior" mucho más que al exterior), más imperioso es el

deber del proletariado consciente de salvaguardar su cohesión de clase, su internacionalismo, sus convicciones socialistas frente al desenfreno chovinista de la "patriótica" camarilla burguesa de todos los países. Renunciar a esta tarea equivaldría, por parte de los obreros conscientes, a renunciar a todas sus aspiraciones emancipadoras y democráticas, sin hablar ya de las aspiraciones socialistas.

Sentimos con hondísima amargura tener que hacer constar que los partidos socialistas de los principales países europeos no han cumplido esa tarea suya, y que la conducta de los jefes de dichos partidos -del alemán sobre todo- raya en la franca traición a la causa del socialismo. En momentos de la mayor trascendencia histórica mundial, la mayoría de los jefes de la Internacional de hoy, de la II Internacional Socialista (1889-1914), tratan de sustituir el socialismo con el nacionalismo. Debido a su comportamiento, los partidos obreros de estos países no han hecho frente a la criminal conducta de sus gobiernos, sino que han llamado a la clase obrera a *fundir* su posición con la de los gobiernos imperialistas. Los jefes de la Internacional han incurrido en traición al socialismo al votar los créditos de guerra, al repetir las consignas patrioteras ("patrióticas") de la burguesía de "sus" países, al justificar y defender la guerra, al entrar en los ministerios burgueses de los países beligerantes, etc., etc. Los jefes socialistas más influyentes y los órganos más influyentes de la prensa socialista de la Europa contemporánea adoptan un punto de vista patriotero burgués y liberal que nada tiene que ver con el punto de vista socialista. La responsabilidad por esta deshonra del socialismo recae, ante todo, sobre los socialdemócratas alemanes, cuyo partido era el más fuerte e influyente de la II Internacional. Tampoco se puede justificar a los socialistas franceses, que aceptan carteras ministeriales en el gobierno de esa misma burguesía que traicionó a su patria y se alió con Bismarck para aplastar a la Comuna[124].

Los socialdemócratas alemanes y austriacos tratan de justificar su apoyo a la guerra con el pretexto de que así luchan contra el zarismo ruso. Nosotros, los socialdemócratas rusos, declaramos que semejante justificación es puro sofisma. En los últimos años, el movimiento revolucionario contra el zarismo había vuelto a adquirir en nuestro país proporciones colosales. A la cabeza de ese movimiento ha marchado continuamente la clase obrera de Rusia. Las huelgas políticas de estos últimos años, en las que han participado millones de trabajadores, se hacían bajo la consigna del derrocamiento del zarismo y la reivindicación de una república democrática. En la víspera misma de la guerra, el presidente de la República Francesa, Poincaré, pudo ver en las calles de San Petersburgo, durante su visita a Nicolás II, las barricadas levantadas por los obreros rusos. Ningún sacrificio detenía al proletariado de Rusia en su obra encaminada a liberar a toda la humanidad de la ignominia que representa la monarquía zarista. Pero debemos decir que si algo puede aplazar, en ciertas condiciones, el hundimiento del zarismo, si algo puede ayudar al zarismo en la lucha contra toda la democracia de Rusia, es precisamente la guerra actual, que ha puesto al servicio de los fines reaccionarios del zarismo la bolsa de oro de la burguesía inglesa, francesa y rusa. Y si algo puede entorpecer la lucha revolucionaria de la clase obrera de Rusia contra el zarismo, es precisamente la conducta de los jefes de la socialdemocracia alemana y austriaca que la prensa chovinista de Rusia no deja de ponernos como ejemplo.

Incluso si se admite que la escasez de fuerzas de la socialdemocracia alemana era tan grande que podía obligarla a renunciar a toda acción revolucionaria, incluso en ese caso no hubiera debido incorporarse al campo chovinista, no hubiera debido dar esos pasos que han permitido a los socialistas italianos declarar con razón que los jefes de los socialdemócratas alemanes deshonran la bandera de la Internacional proletaria.

Nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, ha sufrido ya y seguirá sufriendo aún enormes pérdidas con motivo de la guerra. Toda nuestra prensa obrera legal ha sido anulada. La mayoría de los sindicatos han sido clausurados, numerosos camaradas nuestros han sido encarcelados y deportados. Pero nuestra representación parlamentaria -la minoría del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en la Duma de Estado- ha considerado un deber socialista incondicional suyo no votar los créditos de guerra e incluso abandonar la sala de sesiones de la Duma para expresar con más energía aún su protesta; ha considerado un deber suyo estigmatizar la política de los gobiernos europeos como política imperialista[125]. Y, a pesar de la opresión decuplicada del gobierno zarista, los obreros socialdemócratas de Rusia publican ya las primeras proclamas clandestinas contra la guerra[126], cumpliendo así con su deber ante la democracia y la Internacional.

Si los representantes de la socialdemocracia revolucionaria, personificados en la minoría de los socialdemócratas alemanes y en los mejores socialdemócratas de los países neutrales, sienten la más bochornosa vergüenza con motivo de esta bancarrota de la II Internacional, si en Inglaterra y Francia se oyen voces de socialistas contra el chovinismo de la mayoría de los partidos socialdemócratas, si los oportunistas, personificados, por ejemplo, en los *Cuadernos Socialistas Mensuales* (*Sozialistische Monatshefte*) alemanes, que ocupan desde hace mucho tiempo una posición nacional

liberal, celebran con pleno derecho su victoria sobre el socialismo europeo, quienes más flaco servicio prestan al proletariado son las gentes que vacilan (como el "centro" del Partido Socialdemócrata Alemán) entre el oportunismo y la socialdemocracia revolucionaria y procuran silenciar o encubrir con frases diplomáticas la bancarrota de la II Internacional.

Al contrario, es preciso reconocer abiertamente esta bancarrota y comprender sus causas para poder crear una nueva agrupación socialista, más sólida, de los obreros de todos los países.

Los oportunistas han hecho fracasar los acuerdos de los Congresos de Stuttgart, Copenhague y Basilea[127], que obligaban a los socialistas de todos los países a luchar contra el chovinismo en cualesquiera condiciones, que obligaban a los socialistas a responder a toda guerra iniciada por la burguesía y los gobiernos con la prédica redoblada de la guerra civil y de la revolución social. La bancarrota de la II Internacional es la bancarrota del oportunismo, que ha crecido en el terreno de las peculiaridades de la pasada época histórica (llamada "pacífica") y ha obtenido durante los últimos años un predominio efectivo en la internacional. Los oportunistas venían preparando hace ya tiempo esta bancarrota, al negar la revolución socialista y sustituirla con el reformismo burgués; al negar la lucha de las clases y su indispensable transformación, en determinados momentos, en guerra civil y al propugnar ha colaboración entre las clases; al preconizar el patrioterismo burgués con los nombres de patriotismo y defensa de la patria y al omitir o negar la máxima fundamental del socialismo, expuesta ya en el *Manifiesto Comunista*, de que los obreros no tienen patria; al limitarse en la lucha contra el militarismo al punto de vista sentimental de la pequeña burguesía en lugar de reconocer la necesidad de la guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países; al convertir la utilización ineludible del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa en un fetichismo de esta legalidad y en el olvido de que, en épocas de crisis, son obligadas las formas clandestinas de organización y agitación. La corriente anarcosindicalista, "complemento" natural del oportunismo y concepción igualmente burguesa y hostil al punto de vista proletario, es decir, marxista, se ha manifestado de manera no menos ignominiosa por una repetición fatua de las consignas del chovinismo durante la presente crisis.

Hoy día es imposible cumplir las tareas del socialismo y conseguir la verdadera agrupación internacional de los obreros sin romper resueltamente con el oportunismo y explicar a las masas que el fracaso de éste es inevitable.

La tarea de los socialdemócratas de cada país debe consistir, ante todo, en combatir el chovinismo de su propio país. En Rusia, este chovinismo se ha adueñado por completo del liberalismo burgués (los demócratas constitucionalistas) y de parte de los populistas, incluyendo a los socialistas-revolucionarios y a los socialdemócratas "de derecha". (Es imprescindible, sobre todo, estigmatizar las declaraciones chovinistas, por ejemplo, de E. Smirnov, P. Máslov y J. Plejánov, recogidas y muy utilizadas por la prensa burguesa "patriótica".)

En la situación presente es imposible determinar, desde el punto de vista del proletariado internacional, qué derrota constituiría el mal menor para el socialismo, la de uno o la del otro grupo de naciones beligerantes. Pero a los socialdemócratas rusos no puede cabernos duda alguna de que, desde el punto de vista de la clase obrera y de las masas trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista, el gobierno más reaccionario y bárbaro, que oprime al mayor número de naciones y a la mayor masa de población de Europa y Asia.

La consigna política inmediata de los socialdemócratas de Europa debe ser la formación de los Estados Unidos republicanos de Europa; pero, a diferencia de la burguesía, que está dispuesta a "prometer" cuanto se quiera con tal de que el proletariado se deje arrastrar por la corriente general del chovinismo, los socialdemócratas habrán de explicar cuán falsa y disparatada es esta consigna si la revolución no derroca las monarquías alemana, austriaca y rusa.

En Rusia, debido al mayor atraso del país, que no ha llevado aún a cabo su revolución burguesa, las tareas de los socialdemócratas deben ser, lo mismo que antes, los tres requisitos fundamentales de la transformación democrática consecutiva: república democrática (con plena igualdad de derechos y autodeterminación de todas las naciones), confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de ocho horas. Pero en todos los países avanzados, la guerra pone a la orden del día la consigna de la revolución socialista, que se hará tanto más actual cuanto más abrume al proletariado el peso de la guerra, cuanto más activo haya de ser el papel de éste en la reconstrucción de Europa después de los horrores de la barbarie "patriótica" contemporánea, dados los gigantescos progresos técnicos del gran capitalismo. La utilización por la burguesía de las leyes marciales para amordazar por completo al proletariado plantea a éste la tarea indiscutible de crear formas ilegales de agitación y organización. Que "conserven" los oportunistas las organizaciones legales a costa de la traición a sus convicciones; los socialdemócratas revolucionarios utilizarán los hábitos de organización y los vínculos de la clase obrera para crear formas ilegales de lucha -en consonancia con la época de crisis- por el socialismo

y unir estrechamente a los obreros con los de todos los países, y no con la burguesía chovinista de su país. La Internacional proletaria no ha perecido ni perecerá. Las masas obreras crearán la nueva Internacional por encima de todos los obstáculos. El actual triunfo del oportunismo es efímero. Cuanto mayor sea el número de víctimas causadas por la guerra, tanto más clara estará para las masas obreras la traición de los oportunistas a la causa obrera y la necesidad de volver las armas contra los gobiernos y la burguesía de cada país.

La transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria justa, indicada por la experiencia de la Comuna, señalada por la resolución de Basilea (1912) y derivada de todas las condiciones de la guerra imperialista entre los países burgueses de alto desarrollo. Por muy grandes que parezcan, en uno u otro momento, las dificultades de semejante transformación, los socialistas jamás renunciarán a efectuar un trabajo preparatorio sistemático, perseverante y continuo en esta dirección, ya que la guerra es un hecho.

Sólo por este camino podrá el proletariado librarse de su dependencia de la burguesía chovinista y dar, en una u otra forma y con mayor o menor rapidez, pasos decisivos hacia la libertad efectiva de los pueblos y hacia el socialismo.

¡Viva la fraternidad internacional de los obreros contra el chovinismo y el patriotismo de la burguesía de todos los países!

¡Viva la Internacional proletaria, libre de oportunismo!

El Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Escrito antes del 28 de septiembre (11 de octubre) de 1914. Publicado el 1 de noviembre de 1914 en el núm. 33 de “Sotsial-Demokrat”.

T. 26, págs. 13-23.

CARLOS MARX.

(Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo[128]).

Prologo.

El artículo sobre Carlos Marx, que ahora aparece en separata, lo escribí (si mal no recuerdo) en 1913 para el Diccionario Granat. Al final del artículo se adjuntaba una bibliografía bastante detallada acerca de Marx, más que nada de publicaciones extranjeras. En la edición presente se ha omitido. Además, y por razones de censura, la redacción del Diccionario suprimió, por su parte, del artículo sobre Marx el apartado final, en que se exponía su táctica revolucionaria. Lamento no poder reproducir aquí ese final, pues el borrador se quedó con mis papeles no sé si en Cracovia o en Suiza. Sólo recuerdo que allí citaba, entre otras cosas, el pasaje de la carta de Marx a Engels del 16-V-1856 en que el primero escribía: "En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo saldrá a pedir de boca". Eso es lo que no han comprendido desde 1905 nuestros mencheviques, que se han hundido ahora hasta la traición completa al socialismo, hasta el paso al lado de la burguesía.

N. Lenin

Moscú, 14-V-1918.

Carlos Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris (ciudad de la Prusia renana). Su padre era un abogado hebreo convertido al protestantismo en 1824. Su familia era acomodada y culta, aunque no revolucionaria. Después de cursar en Tréveris los estudios de bachillerato, Marx se matriculó en la Universidad, primero en la de Bonn y luego en la de Berlín, siguiendo la carrera de Derecho, mas estudiando sobre todo Historia y Filosofía. Terminados en 1841 los estudios universitarios, presentó unas tesis: sobre la filosofía de Epicuro. Sus ideas eran todavía por entonces las de un idealista hegeliano. En Berlín se adhirió al círculo de los "hegelianos de izquierda"[129] (Bruno Bauer y otros), que intentaban sacar de la filosofía de Hegel conclusiones ateas y revolucionarias.

Cursados los estudios universitarios, Marx se trasladó a Bonn con la intención de ganar una cátedra. Pero la política reaccionaria del gobierno -que en 1832 había despojado a Ludwig Feuerbach de la suya, negándole nuevamente la entrada en las aulas en 1836, y que en. 1841 retiró al joven profesor Bruno Bauer el derecho a enseñar desde la cátedra de Bonn- le obligó a renunciar a la carrera académica. En esta época, las ideas de los hegelianos de izquierda hacían rápidos progresos en Alemania. Fue Ludwig Feuerbach quien, sobre todo a partir de 1836, se entregó a la crítica de la teología, comenzando a orientarse hacia el materialismo, que en 1841 (*La esencia del cristianismo*) triunfa resueltamente en sus doctrinas; en 1843 ven la luz sus *Principios de la filosofía del porvenir*. "Hay que haber vivido la influencia liberadora" de estos libros, escribe Engels años más tarde, refiriéndose a esas obras de Feuerbach. "Nosotros" (es decir, los hegelianos de izquierda, entre ellos Marx) "nos hicimos al momento feuerbachianos"[130]. Por aquel entonces, los burgueses radicales renanos, que tenían ciertos puntos de contacto con los hegelianos de izquierda, fundaron en Colonia un periódico de oposición, la *Gaceta del Rin* (que comenzó a publicarse el 1 de enero de 1842). Sus principales colaboradores eran Marx y Bruno Bauer; en octubre de 1842, Marx fue nombrado redactor jefe del periódico y se trasladó de Bonn a Colonia. Bajo la dirección de Marx, la tendencia democrática revolucionaria del periódico fue acentuándose, y el gobierno lo sometió primero a una doble y luego a una triple censura, para acabar ordenando su total supresión a partir del 1 de enero de 1843. Marx viose obligado a abandonar antes de esa fecha su puesto de redactor jefe, pero su salida de la redacción tampoco logró salvar al periódico, que dejó de publicarse en marzo de 1843. Entre los artículos más importantes, publicados por Marx en la *Gaceta del Rin*, Engels menciona, además de los que citamos luego (véase *Bibliografía*[131]), el que se refiere a la situación de los viticultores del valle del Mosela[132]. Como las actividades periodísticas le habían mostrado que no disponía de los suficientes conocimientos de economía política, se aplicó al estudio tesonero de esta ciencia.

En 1843, Marx se casó en Kreuznach con Jenny von Westphalen, amiga suya de la infancia, con quien se había prometido ya de estudiante. Pertenecía su mujer a una reaccionaria familia aristocrática de la nobleza prusiana. Su hermano mayor fue ministro de

la Gobernación en Prusia durante una de las épocas más reaccionarias, de 1850 a 1858. En el otoño de 1843, Marx se trasladó a París con el propósito de editar allí, desde el extranjero, una revista de tipo radical en colaboración con Arnoldo Ruge (1802-1880 hegeliano de izquierda, encarcelado de 1825 a 1830, emigrado después de 1848 y bismarckiano después de 1866-1870). De esta revista, titulada *Anales franco-alemanes*, sólo llegó a ver la luz el primer cuaderno. La publicación hubo de interrumpirse a consecuencia de las dificultades con que tropezaba su difusión clandestina en Alemania y de las discrepancias de criterio surgidas entre Marx y Ruge. Los artículos de Marx en los *Anales* nos muestran ya al revolucionario que proclama la "crítica despiadada de todo lo existente", y, en especial, la "crítica de las armas"[133], apelando a las *masas* y al *proletariado*.

En septiembre de 1844 pasó unos días en París Federico Engels, que fue, a partir de este momento, el amigo más íntimo de Marx. Ambos tomaron parte activísima en la vida, febril por aquel entonces, de los grupos revolucionarios de París (especial importancia revestía la doctrina de Proudhon, a la que Marx sometió a una crítica demoledora en su obra *Miseria de la Filosofía*, publicada en 1847) y, en lucha enérgica contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués, idearon la teoría y la táctica del *socialismo* proletario revolucionario o comunismo (marxismo). Véanse más adelante, en la *Bibliografía*, las obras de Marx correspondientes a esta época, 1844-1848. En 1845, a instancias del gobierno prusiano, Marx fue expulsado de París como revolucionario peligroso y fijó su residencia en Bruselas. En la primavera de 1847, Marx y Engels se afiliaron a una sociedad propagandística secreta, la "Liga de los Comunistas" y tomaron parte destacada en el II Congreso de esta organización (celebrado en Londres, en noviembre de 1847), donde se les confió la redacción del famoso *Manifiesto del Partido Comunista*, que vio la luz en febrero de 1848. Esta obra expone, con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de las clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, de la sociedad comunista.

Al estallar la revolución de febrero de 1848[134], Marx fue expulsado de Bélgica y se trasladó nuevamente a París, desde donde, después de la revolución de marzo[135], pasó a Alemania, estableciéndose en Colonia. Del 1 de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849 se publicó en esta ciudad la *Nueva Gaceta del Rin*, que tenía a Marx de director jefe. El curso de los acontecimientos revolucionarios de 1848 y 1849 vino a confirmar de un modo brillante la nueva teoría, como habían de confirmarla también en lo sucesivo todos los movimientos proletarios y democráticos de todos los países del mundo. Triunfante la contrarrevolución, Marx hubo de comparecer ante los tribunales y, si bien fue absuelto (el 9 de febrero de 1849), posteriormente fue expulsado de Alemania (16 de mayo de 1849). Vivió en París durante algún tiempo, pero, expulsado nuevamente de esta capital después de la manifestación del 13 de junio de 1849[136], fue a instalarse a Londres, donde pasó ya el resto de su vida.

Las condiciones de emigración eran extraordinariamente penosas, como lo prueba especialmente la correspondencia entre Marx y Engels (editada en 1913). Las estrecheces llegaron a abrumar de un modo verdaderamente asfixiante a Marx y su familia; a no ser por la constante y altruista ayuda económica de Engels, Marx no sólo no habría podido llevar a término *El Capital*, sino que habría sucumbido fatalmente bajo el peso de la miseria. Además, las doctrinas y corrientes del socialismo pequeñoburgués y del socialismo no proletario en general, predominantes en aquella época, obligaban a Marx a mantener una lucha incesante y despiadada, y a veces defenderse contra los ataques personales más rabiosos y brutales (*Herr Vogt*[137]). Apartándose de los círculos de emigrados y concentrando sus fuerzas en el estudio de la economía política, Marx desarrolló su teoría materialista en una serie de trabajos históricos (véase *Bibliografía*). Sus obras *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El Capital* (t. I, 1867) significaron una revolución en la ciencia económica (véase más adelante la *doctrina* de Marx).

La época de reanimación de los movimientos democráticos, a fines de la década del 50 y en la década del 60, llamó de nuevo a Marx al trabajo práctico. El 28 de septiembre de 1864 se fundó en Londres la famosa I Internacional, la "Asociación Internacional de los Trabajadores". El alma de esta organización era Marx, que fue el autor de su primer *Manifiesto*[138] y de un gran número de acuerdos, declaraciones y llamamientos. Con sus esfuerzos por unificar el movimiento obrero de los diferentes países y por traer a los cauces de una actuación común las diversas formas del socialismo no proletario, premarxista (Mazzini, Proudhon, Bakunin, el tradeunionismo liberal inglés, las vacilaciones derechistas de Lassalle en Alemania, etc.), Marx, a la par que combatía las teorías de todas estas sectas y escuelitas, fue forjando una táctica común de la lucha proletaria de la clase obrera para los distintos países. Después de la caída de la Comuna de París (1871) - que Marx (en *La guerra civil en Francia*, 1871) analizó de un modo tan profundo, certero y brillante, *con un espíritu práctico* y revolucionario tan grande- y de producirse la escisión provocada por los

bakuninistas[139], la Internacional no podía subsistir en Europa. Después del Congreso de La Haya (1872), Marx consiguió que el Consejo General de la Internacional se trasladase a Nueva York. La I Internacional había cumplido su misión histórica y dio paso a una época de desarrollo incomparablemente más amplio del movimiento obrero en todos los países del mundo, época en que este movimiento había de desplegarse *en extensión*, propiciando el surgimiento de partidos obreros socialistas *de masas* dentro de cada Estado nacional.

La intensa labor en la Internacional y los estudios teóricos, más intensos todavía, de Marx, quebrantaron definitivamente su salud. Marx prosiguió su obra de transformación de la economía política y se consagró a terminar *El Capital*, reuniendo con este objeto infinidad de nuevos documentos y poniéndose a estudiar varios idiomas (entre ellos el ruso), pero la enfermedad le impidió dar cima a *El Capital*.

El 2 de diciembre de 1881 murió su mujer. El 14 de marzo de 1883, Marx se dormía dulcemente para siempre en su sillón. Yace enterrado, junto a su mujer, en el cementerio de Highgate de Londres. Varios hijos de Marx murieron en la infancia, en Londres, cuando la familia atravesaba extraordinarias dificultades económicas. Tres de sus hijas contrajeron matrimonio con socialistas de Inglaterra y Francia: Eleonora Aveling, Laura Lafargue y Jenny Longuet. Un hijo de esta última es miembro del Partido Socialista Francés.

La doctrina de Marx.

El marxismo es el sistema de las ideas y la doctrina de Marx. Marx es el continuador y consumador genial de las tres corrientes ideológicas principales del siglo XIX que tuvieron por cuna a los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo francés, unido a las doctrinas revolucionarias francesas en general. La maravillosa consecuencia y la unidad interna que hasta los adversarios de Marx reconocen en sus ideas, las cuales dan en conjunto el materialismo moderno y el socialismo científico moderno como teoría y programa del movimiento obrero de todos los países civilizados del mundo nos obligan a trazar, antes de exponer el contenido principal del marxismo, o sea, la doctrina económica de Marx, un breve resumen de su concepción del mundo en general.

El materialismo filosófico-

Desde los años 1844 y 1845, época en que se forman sus ideas, Marx es materialista y, concretamente, sigue a L. Feuerbach, cuyo único lado débil fue para él, entonces y más tarde, la falta de consecuencia y de universalidad de que adolecía su materialismo. Para Marx, la importancia histórica universal de Feuerbach, lo que "hizo época", era precisamente la resuelta ruptura con el idealismo hegeliano y la afirmación del materialismo, que ya "en el siglo XVIII, sobre todo en Francia, no había sido solamente una lucha contra las instituciones políticas existentes y, al mismo tiempo, contra la religión y la teología, sino también... contra toda metafísica" (en el sentido de "especulación ebria", a diferencia de la "filosofía sobria") (*La sagrada familia*, en *Herencia literaria*). "Para Hegel -escribía Marx-, el proceso del pensamiento al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo (el creador) de lo real... Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre" (*El Capital*, t. I. Palabras finales a la 2a ed.). Coincidiendo en un todo con la filosofía materialista de Marx, F. Engels expone del siguiente modo esta concepción filosófica en su *Anti-Dühring* (*véase*), cuyo manuscrito había tenido Marx en sus manos: "...La unidad del mundo no consiste en su ser... La unidad real del mundo consiste en su materialidad, que tiene su prueba... en el largo y penoso desarrollo de la filosofía y las ciencias naturales... El movimiento es la forma de existencia de la materia. Jamás ni en parte alguna ha existido ni puede existir materia sin movimiento ni movimiento sin materia... Si nos preguntamos... qué son, en realidad, el pensamiento y la conciencia y de dónde proceden, nos encontraremos con que son productos del cerebro humano y con que el mismo hombre no es más que un producto de la naturaleza que se ha formado y desarrollado en su ambiente y con ella; por donde llegamos a la conclusión, lógica por sí misma, de que los productos del cerebro humano, que en última instancia tampoco son más que productos naturales, no se contradicen, sino que se armonizan con la concatenación general de la naturaleza". "Hegel era idealista, es decir, no tenía las ideas de su cerebro por reflejos (*Abbilder*, a veces Engels habla de "reproducciones") más o menos abstractos de los objetos y de los fenómenos reales, sino, al contrario, los objetos y su desarrollo eran para él los reflejos de la idea, existente, en alguna parte, antes de que apareciera el mundo". En *Ludwig Feuerbach*, obra donde F. Engels expone sus ideas y las de Marx acerca del sistema de este filósofo y cuyo original mandó a la imprenta después de haber revisado un antiguo manuscrito suyo y de Marx, procedente de los años 1844 y 1845, acerca de Hegel, Feuerbach y la concepción materialista de la historia, Engels dice: "El gran problema cardinal de toda filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza... ¿Qué es lo primero: el espíritu o la naturaleza?.. Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban la anterioridad del espíritu frente a la naturaleza y, por tanto, admitían

en última instancia una creación del mundo, de cualquier forma que fuera..., se agrupaban en el campo del idealismo. Los demás, los que tenían la naturaleza por lo primario, formaban en las diversas escuelas del materialismo". Todo otro empleo de los conceptos de idealismo y materialismo (en sentido filosófico) no hace sino sembrar la confusión. Marx rechaza enérgicamente no sólo el idealismo -aliado siempre de un modo u otro a la religión-, sino la doctrina de Hume y Kant, tan extendida en nuestros días, el agnosticismo, el criticismo y el positivismo en sus distintas formas; para él, esta clase de filosofía era una concesión "reaccionaria" al idealismo y, en el mejor de los casos, una "manera vergonzosa de aceptar el materialismo por debajo de cuerda y renegar de él públicamente"[140]. Acerca de esto puede consultarse, aparte de las obras ya citadas de Engels y Marx, la carta de este último a Engels del 12 de diciembre de 1866; en ella, Marx habla de una manifestación del famoso naturalista T. Huxley, en que se muestra "más materialista" que de ordinario y reconoce: "Mientras observamos y pensamos realmente, nunca podemos apartamos del materialismo"; pero, al mismo tiempo, Marx le reprocha el haber dejado abierto un "portillo" al agnosticismo, al humismo. En particular, conviene hacer presente de un modo especial la concepción de Marx acerca de la relación entre libertad y necesidad: "La necesidad sólo es ciega mientras no se la comprende. La libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad" (Engels. *Anti-Dühring*). Esto equivale al reconocimiento de la lógica objetiva de la naturaleza y de la transformación dialéctica de la necesidad en libertad (a la par que de la transformación de la "cosa en sí", no conocida, pero cognoscible, en "cosa para nosotros", y de la "esencia de las cosas" en los "fenómenos"). El principal defecto del "viejo" materialismo, sin excluir el de Feuerbach (sin hablar ya del materialismo "vulgar" de Büchner-Vogt-Moleschott), consistía, según Marx y Engels, en lo siguiente: (1) en que este materialismo era "predominantemente mecanicista" y no tenía en cuenta los últimos progresos de la química y la biología (en nuestros días habría que añadir la teoría eléctrica de la materia); (2) en que el viejo materialismo no tenía un carácter histórico ni dialéctico (sino metafísico, en el sentido de antidialéctico) y no mantenía de un modo consecuente ni en todos sus aspectos el criterio de la evolución; (3) en que concebía la "esencia humana" en abstracto, y no como el "conjunto de las relaciones sociales" (concretas y determinadas en el plano histórico), razón por la cual no hacía más que "interpretar" el mundo, cuando de lo que se trata en realidad es de "transformarlo"; es decir, en que no comprendía la importancia de la "actuación revolucionaria práctica".

La dialéctica.

La dialéctica hegeliana, como la doctrina más universal, rica de contenido y profunda del desarrollo, era para Marx y Engels la mayor adquisición de la filosofía clásica alemana. Toda otra fórmula del principio del desarrollo, de la evolución, les parecía unilateral y pobre, les parecía que mutilaba y desfiguraba la verdadera trayectoria del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad (desarrollo que a menudo se efectúa a través de saltos, catástrofes y revoluciones). "Marx y yo fuimos seguramente casi los únicos que tratamos de salvar" (del descalabro del idealismo, comprendido el hegelianismo) "la dialéctica consciente para traerla a la concepción materialista de la naturaleza". "La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y hay que decir que las ciencias naturales modernas, que nos han brindado materiales extraordinariamente copiosos" (¡y eso fue escrito antes de ser descubiertos el radio, los electrones, la transformación de los elementos, etc.!) "y que aumentan cada día que pasa, demuestran con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por cauces dialécticos, y no sobre carriles metafísicos"[141].

"La gran idea cardinal de que el mundo no puede concebirse como un conjunto de objetos terminados -escribe Engels-, sino como un conjunto de procesos en el que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad; esta gran idea cardinal se halla ya tan arraigada, sobre todo desde Hegel, en la conciencia habitual, que, expuesta así, en términos generales, apenas encuentra oposición. Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra cosa es aplicarla a la realidad concreta, en todos los campos sometidos a investigación". "Para la filosofía dialéctica no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía". Así pues, según Marx, la dialéctica es "la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano"[142].

Este aspecto revolucionario de la filosofía hegeliana es el que Marx recoge y desarrolla. El materialismo dialéctico "no necesita de ninguna filosofía entronizada sobre las demás ciencias". Lo único que queda en pie de la filosofía anterior es "la teoría del pensamiento y sus leyes, la lógica formal y la dialéctica"[143]. Y la dialéctica, tal y como la concibe Marx, así como Hegel, engloba lo que hoy se llama teoría del conocimiento o gnoseología, que debe enfocar también históricamente su objeto, investigando y sintetizando los orígenes y el

desarrollo del conocimiento y el paso del *no* conocimiento al conocimiento.

La idea del desarrollo, de la evolución, ha penetrado actualmente casi entera en la conciencia social, pero no a través de la filosofía de Hegel, sino por otros caminos. Sin embargo, esta idea, tal y como la formularon Marx y Engels, arrancando de Hegel, es mucho más vasta, más rica de contenido que la teoría de la evolución al uso. Es un desarrollo que parece repetir las etapas ya recorridas, pero de otro modo, en un terreno superior (la "negación de la negación"); un desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral, por decirlo así; un desarrollo a saltos, a través de catástrofes y de revoluciones, que son otras tantas "interrupciones en el proceso gradual", otras tantas transformaciones de la cantidad en calidad; impulsos internos del desarrollo originados por la contradicción, por el choque de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre un determinado cuerpo o en los límites de un fenómeno concreto, o en el seno de una sociedad dada; interdependencia e íntima e inseparable concatenación de *todos* los aspectos de cada fenómeno (con la particularidad de que la historia pone constantemente de manifiesto aspectos nuevos), concatenación que ofrece un proceso único y lógico universal del movimiento: tales son algunos rasgos de la dialéctica, doctrina del desarrollo mucho más compleja y rica que la teoría corriente. (Véase la carta de Marx a Engels del 8 de enero de 1868, donde se ridiculizan las "rígidas tricotomías" de Stein, que sería absurdo confundir con la dialéctica materialista.)

La concepción materialista de la historia.

La conciencia de que el viejo materialismo era una doctrina inconsecuente, incompleta y unilateral llevó a Marx a la convicción de que era necesario "poner en armonía con la base materialista, reconstruyéndola sobre ella, la ciencia de la sociedad"[144]. Si el materialismo en general explica la conciencia por el ser, y no al contrario, entonces, aplicado a la vida social de la humanidad, exige que la conciencia *social* se explique por el ser social. "La tecnología -dice Marx (en *El Capital*, t. I)- nos descubre la actitud del hombre ante la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y, por tanto, de las condiciones de su vida social y de las ideas y representaciones espirituales que de ellas se derivan"[145]. En el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* expone Marx una fórmula íntegra de los principios del materialismo aplicado a la sociedad humana y a su historia. Dice así:

"En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

"El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por contrario, el ser social lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo.

"Del mismo modo que no podemos juzgar de un individuo por lo que él piensa de sí, tampoco podemos juzgar de estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción" ... "A grandes rasgos, podemos designar como épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués". (Compárese con la concisa fórmula que Marx da en su carta a Engels del 7 de julio de 1866: "Nuestra teoría de la organización del trabajo determinada por los medios de producción".)

El descubrimiento de la concepción materialista de la historia, o, mejor dicho, la consecuente aplicación y extensión del materialismo al campo de los fenómenos sociales, acabó con los dos defectos fundamentales de las teorías de la historia anteriores a Marx. Primero, en el mejor de los casos, estas teorías sólo consideraban los móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos móviles, sin percibir las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin advertir las raíces de estas relaciones en el grado de progreso de la producción material; segundo, las viejas teorías no abarcaban

precisamente las acciones de las masas de la población, mientras que el materialismo histórico permitió por primera vez el estudio, con la exactitud del naturalista, de las condiciones sociales de vida de las masas y de los cambios experimentados por estas condiciones. La "sociología" y la historiografía anteriores a Marx acumularon, en el *mejor* de los casos, datos no analizados y fragmentarios, y expusieron algunos aspectos del proceso histórico. El marxismo señaló el camino para una investigación universal y completa del proceso de nacimiento, desarrollo y decadencia de las formaciones socioeconómicas, examinando el *conjunto* de todas las tendencias contradictorias y concentrándolas en las condiciones, exactamente determinables, de vida y producción de las distintas *clases* de la sociedad, eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las diversas ideas "dominantes" o en su interpretación y poniendo al descubierto, sin excepción alguna, las *raíces* de todas las ideas y diversas tendencias en el estado de las fuerzas materiales productivas. Son los hombres los que hacen su propia historia; pero ¿qué determina los móviles de estos hombres, y, más exactamente, de las masas humanas?, ¿a qué se deben los choques de las ideas y aspiraciones contradictorias?, ¿qué representa el conjunto de todos estos choques que se producen en la masa toda de las sociedades humanas?, ¿cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actuación histórica de los hombres?, ¿cuál es la ley que preside el desenvolvimiento de estas condiciones? Marx se detuvo en todo esto y trazó el camino del estudio científico de la historia concebida como un proceso único y lógico, pese a toda su imponente complejidad y a todo su carácter contradictorio.

La lucha de las clases.

Todo el mundo sabe que, en cualquier sociedad, las aspiraciones de los unos chocan abiertamente con las aspiraciones de los otros, que la vida social está llena de contradicciones, que la historia nos muestra la lucha entre pueblos y sociedades y en su propio seno; sabe también que se produce una sucesión de períodos de revolución y reacción, de paz y de guerras, de estancamiento y de rápido progreso o decadencia. El marxismo ha dado el hilo conductor que permite descubrir la lógica en este aparente laberinto y caos: la teoría de la lucha de las clases. Sólo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad determinada, o de un grupo de sociedades, permite fijar con precisión científica el resultado de estas aspiraciones. Ahora bien, el origen de esas aspiraciones contradictorias está siempre en las diferencias de situación y condiciones de vida de las *clases* en que se divide toda sociedad. "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días -escribe Marx en el *Manifiesto Comunista* (exceptuando la historia de la comunidad primitiva, añade más tarde Engels)- es la historia de las luchas de las clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales; en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes... La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado". Desde la Gran Revolución Francesa, la historia de Europa pone de manifiesto en distintos países con particular evidencia la verdadera causa de los acontecimientos, la lucha de las clases. Ya la época de la Restauración[146] dio a conocer en Francia a algunos historiadores (Thierry, Guizot, Mignet, Thiers) que, al sintetizar los acontecimientos, no pudieron menos de ver en la lucha de las clases la clave para comprender toda la historia francesa. Y la época contemporánea, la época que señala el triunfo completo de la burguesía y de las instituciones representativas, del sufragio amplio (cuando no universal), de la prensa diaria barata que llega a las masas, etc., la época de las potentes asociaciones obreras y patronales cada vez más vastas, etc., muestra de un modo todavía más patente (aunque a veces en forma muy unilateral, "pacífica", "constitucional") que la lucha de las clases es el motor de los acontecimientos. El siguiente pasaje del *Manifiesto Comunista* nos muestra lo que Marx exigía de la sociología para el análisis objetivo de la situación de cada clase en la sociedad moderna, en relación con el análisis de las condiciones de desarrollo de cada clase: "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar. Las capas medias -el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino-, luchan todas contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente porque tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus

intereses presentes, sino sus intereses futuros, porque abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado". En bastantes obras de historia (véase *Bibliografía*)-, Marx nos ofrece ejemplos profundos y brillantes de historiografía materialista, de análisis de la situación de *cada* clase concreta y, a veces, de los diversos grupos o capas que se manifiestan dentro de ella, mostrando con toda evidencia por qué y cómo "toda lucha de clase es una lucha política". El pasaje que acabamos de citar indica lo intrincada que es la red de relaciones sociales y grados *transitorios* de una clase a otra, del pasado al porvenir, que Marx analiza para extraer la resultante de la evolución histórica.

Donde la teoría de Marx encuentra su confirmación y aplicación más profunda, más completa y más detallada es en su doctrina económica.

La doctrina economica de Marx.

"La finalidad de esta obra -dice Marx en su prefacio a *El Capital*- es descubrir la ley económica que preside los movimientos de la sociedad moderna", es decir, de la sociedad capitalista, de la sociedad burguesa. El estudio de las relaciones de producción de una sociedad determinada y concreta en su aparición, su desarrollo y su decadencia en la historia es lo que constituye el contenido de la doctrina económica de Marx. En la sociedad capitalista impera la producción de *mercancías*; por eso, el análisis de Marx empieza con el análisis de la mercancía.

El valor.

Mercancía es, en primer lugar, un objeto que satisface una necesidad humana cualquiera. En segundo lugar, un objeto susceptible de ser cambiado por otro. La utilidad de un objeto lo convierte en *valor de uso*. El valor de cambio (o valor, sencillamente) no es, ante todo, más que la relación o proporción en que se cambia un determinado número de valores de uso de una especie por un determinado número de valores de uso de otra especie. La experiencia diaria nos dice que, a través de millones y miles de millones de actos de cambio de esa clase, se equiparan constantemente todo género de valores de uso, aun los más diversos y menos equiparables entre sí. ¿Qué hay de común entre todos estos objetos diversos, qué los hace equivalentes a cada paso, dentro de un determinado sistema de relaciones sociales? Tienen de común el ser *productos del trabajo*. Al cambiar sus productos, lo que hacen los hombres es establecer relaciones de equivalencia entre las más diversas clases de trabajo. La producción de mercancías es un sistema de relaciones sociales en que los diversos productores crean distintos productos (división social del trabajo) y en que todos estos productos se equiparan los unos a los otros por medio del cambio. Por tanto, lo que todas las mercancías tienen de común no es el trabajo concreto de una determinada rama de producción, no es un trabajo de un género determinado, sino el trabajo humano *abstracto*, el trabajo humano en general. En una sociedad determinada, toda la fuerza de trabajo, representada por la suma de valores de todas las mercancías, constituye siempre la misma fuerza humana de trabajo; así lo patentizan miles de millones de actos de cambio. Por consiguiente, cada mercancía por separado no representa más que una cierta parte del tiempo de trabajo *socialmente necesario*. La magnitud del valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario o por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir determinada mercancía o determinado valor de uso. "Al equiparar unos con otros en el cambio, como valores, sus diversos productos, lo que hacen las personas es equiparar entre sí sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen"[147]. El valor es, como ha dicho un viejo economista, una relación entre dos personas. Hubiera debido simplemente añadir: relación encubierta por una envoltura material. Sólo partiendo del sistema de las relaciones sociales de producción de una formación social dada en la historia, relaciones que toman cuerpo en el cambio, fenómeno generalizado que se repite miles de millones de veces, cabe llegar a comprender lo que es el valor. "Como valores, las mercancías no son más que cantidades determinadas de tiempo de trabajo materializado"[148]. Después de analizar detenidamente el doble carácter del trabajo plasmado en las mercancías, Marx pasa al análisis de la *forma del valor* y del *dinero*. En este punto, la principal tarea que Marx se asigna es buscar el origen de la forma monetaria del valor, estudiar el *proceso histórico* del desenvolvimiento del cambio, comenzando por las operaciones sueltas y fortuitas de trueque ("forma simple, suelta o casual del valor": determinada cantidad de una mercancía se cambia por determinada cantidad de otra mercancía) hasta remontarse a la forma general del valor en que mercancías diferentes se cambian por otra mercancía determinada y concreta, siempre la misma, y a la forma monetaria, en que la función de esta mercancía, o sea, la función de equivalente general, la ejerce el oro. El dinero, producto en que culmina el desarrollo del cambio y de la producción de mercancías, disimula y encubre el carácter social de los trabajos individuales, la concatenación social existente entre los diversos productores unidos por el mercado. Marx somete las diversas funciones del dinero a un análisis extraordinariamente minucioso, debiendo advertirse, pues tiene gran importancia, que en estas páginas (como, en general, en los primeros capítulos de *El Capital*) la forma abstracta de la exposición, que a veces parece puramente deductiva, reproduce en realidad un gigantesco arsenal de datos sobre la historia del desarrollo del cambio y de la

producción de mercancías. "El dinero presupone un cierto nivel de progreso en el cambio de mercancías. Las diversas formas de dinero: simple equivalente de mercancías, medio de circulación, medio de pago, atesoramiento y dinero mundial, apuntan, según el alcance y la primacía relativa de una u otra función, a fases muy diversas del proceso de producción social" (*El Capital*, t. I)[149].

La plusvalía.

Al alcanzar la producción de mercancías un determinado grado de desarrollo, el dinero se convierte en capital. La fórmula de la circulación de mercancías era: M (mercancía) - D (dinero) - M (mercancía), es decir, venta de una mercancía para comprar otra. La fórmula general del capital es, por el contrario, D - M - D, es decir, compra para la venta (con ganancia). El crecimiento del valor primitivo del dinero que se lanza a la circulación es lo que Marx llama plusvalía. Ese "acrecentamiento" del dinero lanzado a la circulación capitalista es un hecho conocido de todo el mundo. Y precisamente ese "acrecentamiento" es lo que convierte el dinero en *capital*, o sea, en una relación social de producción históricamente determinada. La plusvalía no puede provenir de la circulación de mercancías, pues ésta sólo conoce el intercambio de equivalentes; tampoco puede provenir de un aumento de los precios, pues las pérdidas y las ganancias recíprocas de vendedores y compradores se equilibrarían; se trata de un fenómeno social medio, generalizado, y no de un fenómeno individual. Para obtener la plusvalía, "el poseedor de dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la singular propiedad de ser fuente de valor"[150], una mercancía cuyo proceso de consumo sea, a la par, proceso de creación de valor. Y esta mercancía existe: es la fuerza del trabajo del hombre. Su uso es el trabajo, y el trabajo crea valor. El poseedor de dinero compra la fuerza de trabajo por su valor, determinado, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción (es decir, por el coste del mantenimiento del obrero y su familia). Una vez ha comprado la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero tiene el derecho de consumirla, es decir, de obligarla a trabajar todo el día, supongamos, durante doce horas. Pero el obrero crea en seis horas (tiempo de trabajo "necesario") un producto que basta para su mantenimiento; durante las seis horas restantes (tiempo de trabajo "suplementario") crea un "plusproducto" no retribuido por el capitalista, que es la plusvalía. Por consiguiente, desde el punto de vista del proceso de producción, en el capital hay que distinguir dos partes: el capital constante, invertido en medios de producción (máquinas, instrumentos de trabajo, materias primas, etc.) -y cuyo valor pasa sin cambios (de golpe o por partes) al producto elaborado- y el capital variable, que es el que se invierte en pagar la fuerza de trabajo. El valor de este capital no permanece inalterable, sino que aumenta en el proceso del trabajo, creando plusvalía. Por tanto, para expresar el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital tenemos que comparar la plusvalía no con el capital total, sino con el capital variable exclusivamente. La cuota de plusvalía, que así llama Marx a esta relación, sería, pues, en nuestro ejemplo, de 6 : 6, es decir, del 100%.

Es premisa histórica para la aparición del capital, primero, la acumulación de determinada suma de dinero en manos de ciertas personas, con un nivel de desarrollo relativamente alto de la producción mercantil en general; segundo, la existencia de obreros "libres" en un doble sentido -libres de todas las trabas o restricciones puestas a la venta de la fuerza de trabajo y libres por carecer de tierra y de toda clase de medios de producción-, de obreros sin hacienda alguna, de obreros "proletarios" que no pueden subsistir más que vendiendo su fuerza .de trabajo.

Hay dos modos fundamentales de aumentar la plusvalía: prolongando la jornada de trabajo ("plusvalía absoluta") y reduciendo el tiempo de trabajo necesario ("plusvalía relativa"). Al analizar el primer modo, Marx hace desfilar ante nosotros el grandioso panorama de la lucha de la clase obrera para reducir la jornada de trabajo y de la intervención del poder público, primero para prolongada (siglos XIV-XVII) y luego para reducirla (legislación fabril del siglo XIX). La historia del movimiento obrero en todos los países civilizados ha proporcionado, desde la aparición de *El Capital*, miles y miles de nuevos datos que ilustran este panorama.

En su análisis de la producción de la plusvalía relativa, Marx investiga las tres etapas históricas fundamentales en el proceso de intensificación de la productividad del trabajo por el capitalismo: 1) la cooperación simple; 2) la división del trabajo y la manufactura; 3) las máquinas y la gran industria. Con qué profundidad pone Marx de relieve los rasgos fundamentales y típicos del desarrollo del capitalismo nos lo dice, entre otras cosas, el hecho de que el estudio de la llamada industria de oficios rusa ha aportado abundantísimos materiales para ilustrar las dos primeras etapas de las tres señaladas. En cuanto a la acción revolucionadora de la gran industria mecanizada, descrita por Marx en 1867, en el medio siglo transcurrido desde entonces ha venido a revelarse en toda una serie de países "nuevos" (Rusia, el Japón, etc.).

Continuemos. Importante en el más alto grado y nuevo es el análisis que hace Marx de la *acumulación del capital*, es decir, de la transformación en capital de una parte de la plusvalía y de su empleo para volver a producir, y no para satisfacer las necesidades personales o los caprichos del capitalista. Marx hace ver el error de toda la

economía política clásica anterior (desde Adam Smith) al entender que toda la plusvalía que se convertía en capital pasaba a formar parte del capital variable, cuando en realidad se descompone en *medios de producción* más capital variable. Tiene excepcional importancia en el proceso de desarrollo del capitalismo y de su transformación en socialismo el crecimiento más rápido de la parte del capital constante (en la suma total del capital) con relación a la parte del capital variable.

Al acelerar el desplazamiento de los obreros por la maquinaria, produciendo en uno de los polos riquezas y en el otro polo miseria, la acumulación del capital origina también el llamado "ejército de reserva del trabajo", el "excedente relativo" de obreros o "superpoblación capitalista", que reviste formas extraordinariamente diversas y permite al capital ampliar con singular rapidez la producción. Esta posibilidad, combinada con el crédito y la acumulación del capital en medios de producción, nos da, entre otras cosas, la clave para comprender las *crisis* de superproducción, que se suceden periódicamente en los países capitalistas, primero cada diez años, poco más o menos, y luego con intervalos mayores y menos precisos. De la acumulación del capital en el terreno del capitalismo hay que distinguir la llamada acumulación originaria, cuando se aparta violentamente al trabajador de sus medios de producción, se expulsa al campesino de su tierra, se roban los terrenos comunales y rigen los sistemas colonial, de las deudas públicas, de los aranceles proteccionistas, etc. La "acumulación originaria" crea en un polo al proletario "libre" y, en el polo opuesto, al poseedor del dinero, al capitalista.

Marx caracteriza en los célebres términos siguientes la "*tendencia histórica de la acumulación capitalista*": "La expropiación de los productores directos se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y con el acicate de las pasiones más infames, más ruines y más mezquinas y odiosas. La propiedad privada, ganada con el trabajo personal" (del campesino y del artesano) "y que el individuo libre ha creado, identificándose en cierto modo con los instrumentos y las condiciones de su trabajo, da paso a la propiedad privada capitalista, que descansa en la explotación del trabajo ajeno y que no tiene más que una apariencia de libertad... Ahora no se trata ya de expropiar al obrero que explota él mismo su hacienda, sino al capitalista, que explota a muchos obreros. Esa expropiación se opera por el juego de las leyes inmanentes a la propia producción capitalista, por la centralización de capitales. Un capitalista arruina a muchos otros. Y a la par con esta centralización o expropiación de muchos capitalistas por unos cuantos, se desarrolla, a escala cada vez mayor y más amplia, la forma cooperativa del proceso del trabajo, se desarrolla la aplicación consciente de la ciencia a la técnica, la explotación sistemática del suelo, la transformación de los medios de trabajo en unos medios que no pueden utilizarse más que en común, las economías de todos los medios de producción mediante su utilización como medios de producción de un trabajo social combinado, la incorporación de todos los pueblos a la red del mercado mundial, y, junto a ello, el carácter internacional del régimen capitalista. A medida que disminuye constantemente el número de magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta en su conjunto la miseria, la opresión, la esclavitud, la degeneración, la explotación; pero también aumenta, al propio tiempo, la rebeldía de la clase obrera, que es instruida, unida y organizada por el mecanismo del propio proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que se había desarrollado con él y gracias a él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista, que termina por estallar. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados" (*El Capital*, t. I)[151].

Otro punto de extraordinaria importancia y nuevo es el análisis que Marx hace de la reproducción del capital social en su conjunto en el segundo volumen de *El Capital*. Marx toma también en este caso un fenómeno general, y no individual; toma toda la economía social en su conjunto, y no una parte de ella. Rectificando el error de los clásicos a que nos referíamos antes, Marx divide toda la producción social en dos grandes secciones: I) producción de medios de producción y II) producción de artículos de consumo. Respaldándose con cifras, estudia detalladamente la circulación del capital social en su conjunto, tanto en la reproducción simple como en la acumulación. En el tomo III de *El Capital* se resuelve el problema de la formación de la cuota media de ganancia, basándolo en la ley del valor. Es un gran progreso en la ciencia económica el que Marx parta siempre, en sus investigaciones, de fenómenos económicos generales, del conjunto de la economía social, y no de casos sueltos o de las manifestaciones superficiales de la competencia, a los que suele limitarse la economía política vulgar o la moderna "teoría de la utilidad marginal". Marx analiza primero el origen de la plusvalía y luego pasa ya a su descomposición en ganancia, interés y renta del suelo. La ganancia es la relación que guarda la plusvalía con todo el capital invertido en una empresa. El capital de "alta composición orgánica" (es decir, en el que el capital constante predomina sobre el capital variable en proporciones superiores a la media social) da una cuota de ganancia inferior a la media. El capital de "baja composición orgánica" rinde una cuota de ganancia superior a la media. La

competencia entre los capitales, su paso libre de unas ramas de producción a otras reducen la cuota de ganancia en ambos casos a la media. La suma de los valores de todas las mercancías de una sociedad determinada coincide con la suma de precios de estas mercancías, pero en las distintas empresas y en las distintas ramas de producción las mercancías, bajo la presión de la competencia, no se venden por su valor, sino por el *precio de producción*, que equivale al capital invertido más la ganancia media.

Así pues, un hecho conocido de todos e indiscutible -que los precios difieren de los valores y que las ganancias se compensan unas con otras-, Marx lo explica perfectamente partiendo de la ley del valor, pues la suma de los valores de las mercancías coincide con la suma de sus precios. Pero la reducción del valor (social) a los precios (individuales) no es una operación simple y directa, sino que sigue un camino muy complicado: es muy natural que en una sociedad de productores de mercancías dispersos, ligados únicamente por el mercado, las leyes que la rigen se manifiesten forzosamente a través de resultados medios, sociales, generales, con una compensación recíproca de las desviaciones individuales en uno u otro sentido.

La elevación de la productividad del trabajo significa un crecimiento más rápido del capital constante con relación al capital variable. Pero, como la plusvalía es función privativa de éste, se comprende que la cuota de ganancia (o sea, la relación que la plusvalía guarda con todo el capital, y no con su parte variable solamente) acuse una tendencia a la baja. Marx analiza detenidamente esta tendencia, así como las diversas circunstancias que la ocultan o la contrarrestan. Sin detenernos a exponer los capítulos, extraordinariamente interesantes, del tomo III, que tratan del capital usurario, comercial y en dinero, pasamos a lo esencial, a la teoría de la *renta del suelo*. Como la superficie del suelo está limitada, ya que en los países capitalistas lo ocupan enteramente las propiedades particulares, el coste de los productos de la tierra no lo determinan los gastos de producción en los terrenos de calidad media, sino en los de calidad inferior; no lo determinan las condiciones medias en que el producto se lleva al mercado, sino las condiciones peores. La diferencia existente entre este precio y el precio de producción en terrenos mejores (o en condiciones mejores) constituye la renta *diferencial*. Marx analiza con detenimiento la renta diferencial, demostrando que proviene de la diferencia existente en el monto de fertilidad de los distintos campos, de la diferencia de los capitales invertidos en el cultivo, poniendo totalmente de relieve (véanse también las *Teorías de la plusvalía*, donde merece especial atención la crítica de Rodbertus) el error de Ricardo, de que la renta diferencial no se obtiene más que por el paso sucesivo de terrenos mejores a otros de calidad inferior. Por el contrario, se dan también casos inversos: los terrenos de una clase determinada se transforman en tierras de otra clase (gracias a los progresos de la técnica agrícola, a la expansión de las ciudades, etc.), y la decantada "ley de la fertilidad decreciente del suelo" es un profundo error que carga sobre la naturaleza los defectos, las limitaciones y las contradicciones del capitalismo. Además, la igualdad de ganancias en todas las ramas de la industria y de la economía nacional en general supone completa libertad de competencia, la libertad de transferir los capitales de una rama de la producción a otra. Pero la propiedad privada del suelo crea un monopolio, que es un obstáculo para esa transferencia libre. En virtud de este monopolio, los productos de una agricultura que se distingue por una baja composición del capital y, consiguientemente, da una cuota de ganancia individual más alta, no entran en el juego totalmente libre de igualación de las cuotas de ganancia. El propietario agrícola puede, en calidad de monopolista, mantener sus precios por encima del medio; este precio de monopolio origina la renta *absoluta*. La renta diferencial no puede ser abolida dentro del capitalismo; en cambio, la renta absoluta *puede serlo*, por ejemplo, con la nacionalización de la tierra, cuando ésta se hace propiedad del Estado. Esta medida significaría el quebrantamiento del monopolio de los propietarios agrícolas, una aplicación más consecuente y más completa de la libertad de competencia en la agricultura. Por eso, advierte Marx, los burgueses radicales han formulado repetidas veces a lo largo de la historia esta reivindicación burguesa progresiva de nacionalización de la tierra, que, sin embargo, asusta a la mayoría de los burgueses, porque "toca" demasiado cerca a otro monopolio mucho más importante y "sensible" en nuestros días: el monopolio de los medios de producción en general. (Marx expone en un lenguaje extraordinariamente popular, conciso y claro su teoría de la ganancia media sobre el capital y de la renta absoluta del suelo, en su carta a Engels del 2 de agosto de 1862. Véase *Correspondencia*, t. III, págs. 77 -81. Véase también en la misma obra, págs. 86-87, la carta del 9 de agosto de 1862.) En la historia de la renta del suelo es también importante señalar el análisis en que Marx demuestra la transformación de la renta en trabajo (cuando el campesino crea el plusproducto trabajando en la tierra del amo) en renta natural o renta en especie (cuando el campesino crea el plusproducto en su propia tierra, entregándolo luego al amo por efecto de la "coerción extraeconómica), después en renta en dinero (que es la misma renta en especie, sólo que redimida a metálico, el "obrok" de la antigua Rusia, en virtud del desarrollo de la producción de mercancías) y, por último, en renta capitalista, cuando el campesino deja el puesto al patrono, que cultiva la tierra con trabajo asalariado.

En relación con este análisis de la "génesis de la renta capitalista del suelo" hay que señalar una serie de profundas ideas de Marx (de particular importancia para los países atrasados como Rusia) acerca de la *evolución del capitalismo en la agricultura*. "La transformación de la renta natural en renta en dinero no sólo es acompañada invariablemente por la formación de la clase de jornaleros pobres, que se contratan por dinero: ésta la precede incluso. En el período de su formación, cuando esta nueva clase aparece sólo esporádicamente, entre los campesinos más acomodados, obligados a pagar un censo, va extendiéndose, como es lógico, la costumbre de explotar por su cuenta a obreros asalariados rurales, del mismo modo que ya bajo el feudalismo los siervos de la gleba acomodados tenían a su vez siervos a su servicio. De esta manera se va formando en ellos, poco a poco, la posibilidad de acumular cierta fortuna y de transformarse en futuros capitalistas. Entre los cultivadores antiguos de tierra propia surge de ese modo un foco de arrendatarios capitalistas, cuyo desarrollo depende del desarrollo general de la producción capitalista fuera de la agricultura" (*El Capital*, t. III, pág. 332)[152]. ..."La expropiación y la expulsión de la aldea de una parte de la población campesina no sólo "liberan" para el capital industrial a los obreros, sus medios de vida y sus instrumentos de trabajo, sino que le crean también el mercado interior" (*El Capital*, t. I, pág. 778)[153]. La depauperación y la ruina de la población campesina influyen, a su vez, en la formación del ejército de reserva del trabajo para el capital. Por eso, en todo país capitalista, "una parte de la población campesina se encuentra constantemente en trance de transformarse en población urbana o manufacturera (es decir, no agrícola). Esta fuente de superpoblación relativa corre sin cesar... El obrero del campo se ve, por consiguiente, reducido al salario mínimo y tiene siempre un pie en el pantano del pauperismo" (*El Capital*, t. I, pág. 668)[154]. La propiedad privada del campesino sobre la tierra que cultiva es la base de la pequeña producción y la condición de su florecimiento y su desarrollo en la forma clásica. Pero esa pequeña producción sólo es compatible con un marco estrecho, primitivo, de la producción y de la sociedad. Bajo el capitalismo, "la explotación de los campesinos se distingue de la explotación del proletariado industrial sólo por la forma. El explotador es el mismo: el capital. Los capitalistas por separado explotan a los campesinos por medio de la hipoteca y de la usura; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de impuestos del Estado" (*Las luchas de clases en Francia*[155]). "La parcela del campesino sólo es ya el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario" (*El 18 Brumario*[156]). Ordinariamente, el campesino cede incluso a la sociedad capitalista, es decir, a la clase capitalista, una parte de su salario, descendiendo "al nivel del colono irlandés, y todo bajo el aspecto de propietario privado" (*Las luchas de clases en Francia*[157]). ¿Cuál es "una de las causas de que en países donde predomina la propiedad parcelaria, el precio del trigo sea más bajo que en los países donde hay modo capitalista de producción"? (*El Capital*, t. III, pág. 340). La causa es que el campesino entrega gratuitamente a la sociedad (es decir, a la clase capitalista) una parte del plusproducto. "Estos bajos precios (del trigo y de los demás productos agrícolas) son, por tanto, consecuencia de la pobreza de los productores y en ningún caso resultado de la productividad de su trabajo" (*El Capital*, t. III, pág. 340). Con el capitalismo, la pequeña propiedad agraria, forma normal de la pequeña producción, se va degradando, es destruida y desaparece. "La propiedad parcelaria es, por naturaleza, incompatible con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, con las formas sociales del trabajo, con la concentración social de los capitales, con la ganadería a gran escala y con la utilización progresiva de la ciencia. La usura y el sistema fiscal tienen necesariamente que arruinarla en todas partes. El capital invertido en la compra de la tierra es capital sustraído al cultivo. Dispersión infinita de los medios de producción y desunión de los productores mismos". (Las cooperativas, es decir, las asociaciones de pequeños campesinos, cumplen un extraordinario papel progresivo burgués, pero no pueden sino atenuar esta tendencia, sin llegar a suprimirla; además, no debe olvidarse que estas cooperativas, muy ventajosas para los campesinos acomodados, dan muy poco, casi nada, a la masa de los campesinos pobres, y que esas asociaciones terminan por explotar ellas mismas el trabajo asalariado.) "Inmenso derroche de energía humana. El empeoramiento progresivo de las condiciones de producción y el encarecimiento de los medios de producción son ley de la propiedad parcelaria"[158]. En la agricultura, lo mismo que en la industria, la transformación capitalista del régimen de producción se produce al precio del "calvario de los productores". "La diseminación de los obreros del campo en grandes extensiones quebranta su fuerza de resistencia, mientras que la concentración de los obreros de la ciudad la aumenta. Lo mismo que en la industria moderna, en la agricultura moderna, capitalista, el aumento de la fuerza productiva del trabajo y su mayor movilidad se consiguen a costa de destruir y agotar la propia fuerza de trabajo. Fuera de ello, todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso del arte de esquilmar al obrero, sino también del arte de esquilmar el suelo... Por lo tanto, la producción capitalista no desarrolla la técnica ni la combinación del proceso social de producción más que socavando a la vez las fuentes de toda riqueza: la

tierra y el obrero" (*El Capital*, t. I, final del capítulo XIII).

El socialismo.

Por lo expuesto se ve cómo Marx llega a la conclusión de que es inevitable la transformación de la sociedad capitalista en socialista, apoyándose única y exclusivamente en la ley económica del movimiento de la sociedad moderna. La socialización del trabajo, que avanza cada vez más de prisa bajo miles de formas y que, en el medio siglo transcurrido desde la muerte de Marx, se manifiesta de un modo muy tangible en el incremento de la gran producción, de los cárteles, los consorcios y los trusts capitalistas, y en el gigantesco crecimiento del volumen y la potencia del capital financiero, es la base material más importante del ineluctable advenimiento del socialismo. El motor intelectual y moral, el agente físico de esta transformación es el proletariado, educado por el propio capitalismo. Su lucha con la burguesía, que se manifiesta en las formas más diversas y cada vez más ricas de contenido, llega a convertirse inevitablemente en lucha política para la conquista del poder político por el proletariado ("dictadura del proletariado"). La socialización de la producción no puede menos de conducir a la conversión de los medios de producción en propiedad social, a la "expropiación de los expropiadores". La elevación gigantesca de la productividad del trabajo, la reducción de la jornada de trabajo y la sustitución de los vestigios, de las ruinas de la pequeña explotación, primitiva y diseminada, por el trabajo colectivo perfeccionado son las consecuencias directas de esa conversión. El capitalismo rompe definitivamente los vínculos de la agricultura con la industria, pero, al mismo tiempo, el nivel de su desarrollo, más alto, prepara nuevos elementos de esos vínculos, de la unión de la industria con la agricultura, en el terreno de la aplicación consciente de la ciencia y de la combinación del trabajo colectivo y de un nuevo reparto territorial de la población (poniendo fin al abandono del campo, a su aislamiento del mundo y al atraso de la población campesina, así como a la antinatural aglomeración de masas gigantescas en las grandes ciudades). Las formas superiores del capitalismo moderno preparan una nueva forma de familia, nuevas condiciones para la mujer y para la educación de las nuevas generaciones: el trabajo femenino e infantil y la disgregación de la familia patriarcal por el capitalismo revisten inevitablemente en la sociedad moderna las formas más horribles, más miserables y más repulsivas. No obstante, "la gran industria, al asignar a la mujer, a los jóvenes y a los niños de ambos sexos un papel decisivo en el proceso socialmente organizado de producción, al margen de la esfera doméstica, crea la base económica para una forma más alta de familia y de relaciones entre ambos sexos. Sería igualmente absurdo, se comprende, ver el tipo absoluto de la familia en la forma germánica cristiana o en las antiguas formas romana y griega o la oriental, que, por lo demás, constituyen en su conjunto una sola línea de desarrollo histórico. Evidentemente, la combinación del personal obrero formado por individuos de ambos sexos y de todas las edades -que en su forma primaria, brutal, capitalista, en que el obrero existe para el proceso de producción, y no el proceso de producción para el obrero, es una fuente pestilente de ruina y esclavitud-, en condiciones adecuadas debe convertirse inevitablemente, al contrario, en fuente del progreso humano" (*El Capital*, t. I, final del capítulo XIII). El sistema fabril nos muestra "el germen de la educación del futuro en que para todos los niños, a partir de cierta edad, se unirá el trabajo productivo a la enseñanza y a la gimnasia, no sólo como método para el aumento de la producción social, sino como único método capaz de producir hombres desarrollados en todos los aspectos" (lugar citado). Sobre ese mismo terreno histórico plantea el socialismo de Marx los problemas de la nación y del Estado, no limitándose a explicar el pasado, sino en el sentido de prever sin temor el porvenir y de una atrevida actuación práctica para su realización. Las naciones son un producto inevitable y una forma inevitable de la época burguesa de desarrollo de la sociedad. La clase obrera no podía fortalecerse, madurar ni formarse sin "organizarse en los límites de la nación", sin ser "nacional" ("aunque de ninguna manera en el sentido burgués"). Pero el desenvolvimiento del capitalismo va destruyendo cada vez más barreras nacionales, acaba con el aislamiento nacional y sustituye los antagonismos nacionales por antagonismos de clase. Por eso, es una verdad innegable que en los países de capitalismo avanzado "los obreros no tienen patria" y que la "acción común" de los obreros, al menos en los países civilizados, "es una de las primeras condiciones de su emancipación" (*Manifiesto Comunista*). El Estado, la violencia organizada, surgió como algo inevitable en una determinada fase de desenvolvimiento de la sociedad, cuándo ésta, dividida en clases irreconciliables, no hubiera podido seguir existiendo sin un "poder" colocado aparentemente por encima de ella, y, hasta cierto punto, aparte de ella. El Estado, fruto de los antagonismos de clase, se convierte en un "Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno

Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado" (Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, obra en que el autor expone sus ideas y las de Marx). Incluso la forma más libre y más progresiva del Estado burgués, la república democrática, no elimina, ni mucho menos, este hecho; lo único que hace es variar su forma (vínculos del gobierno con la Bolsa, corrupción -directa e indirecta- de los funcionarios y de la prensa, etc.). El socialismo, que conduce a la supresión de las clases, conduce de este modo a la abolición del Estado. "El primer acto -escribe Engels en su *Anti-Dühring*- en que el Estado actúa efectivamente como representante de toda la sociedad -la expropiación de los medios de producción en provecho de toda la sociedad- es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención del poder del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas y la dirección del proceso de producción. El Estado no será "abolido", se extinguirá". "La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción mediante una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de las antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce" (Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*).

Finalmente, en lo que se refiere a la actitud que el socialismo de Marx adopta con los pequeños campesinos, que subsistirán en la época de la expropiación de los expropiadores, es necesario señalar un pasaje de Engels, en el que se recogen las ideas de Marx: "Cuando estemos en posesión del poder del Estado, no podremos pensar en expropiar violentamente a los pequeños campesinos (sea con indemnización o sin ella), como nos veremos obligados a hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra misión respecto a los pequeños campesinos consistirá, ante todo, en encauzar su producción individual y su propiedad privada hacia un régimen cooperativo, no por la fuerza, sino por el ejemplo, y brindando la ayuda social para este fin. Y aquí tendremos, ciertamente, medios sobrados para presentar al pequeño campesino la perspectiva de ventajas que ya hoy tienen que serle mostradas" (Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania*, ed. Alexéieva, pág. 17; la trad. rusa contiene errores. Veáse el original en *Die Neue Zeit*[159]).

La tactica de la lucha de clase del proletariado.

Después de poner al descubierto, ya en 1844-1845, uno de los defectos fundamentales del antiguo materialismo, consistente en que no comprendía las condiciones ni apreciaba la importancia de la acción revolucionaria práctica, Marx dedica durante toda su vida, paralelamente a los problemas teóricos, gran atención a las cuestiones de táctica de la lucha de clases del proletariado. *Todas* las obras de Marx, y en particular los cuatro volúmenes de su correspondencia con Engels, publicados en 1913, nos ofrecen a este respecto una documentación valiosísima que todavía está muy lejos de haber sido clasificada, sistematizada, estudiada y ordenada como es debido. Por eso hemos de limitarnos forzosamente aquí a observaciones de lo más generales y más breves, subrayando que, para Marx, el materialismo despojado de *este* aspecto era, y con razón, un materialismo a medias, unilateral, sin vida. Marx determinó la tarea esencial de la táctica del proletariado en rigurosa correspondencia con todas las premisas de su concepción materialista y dialéctica del mundo. Sólo considerando objetivamente el conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases, sin excepción, que forman una sociedad dada, y considerando, por tanto, el grado objetivo de desarrollo de esta sociedad y sus relaciones con otras sociedades, podemos tener una base que nos permita trazar la táctica acertada de la clase de vanguardia. A este respecto, todas las clases y todos los países son estudiados de un modo dinámico y no estático, es decir, en movimiento (movimiento cuyas leyes emanan de las condiciones económicas de vida de cada clase) y no en estado de inmovilidad. El movimiento es a su vez enfocado no sólo desde el punto de vista del pasado, sino también del porvenir, y, además, no con el criterio vulgar de los "evolucionistas", que no ven más que los cambios lentos, sino de manera dialéctica: "En los grandes procesos históricos, veinte años no son sino un día -escribía Marx a Engels-, si bien luego pueden venir días en que se condensen veinte años" (*Correspondencia*, t. III, pág. 127)[160]. La táctica del proletariado debe tener en cuenta, en cada grado de su desarrollo, en cada momento, esta dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana; por una parte, utilizando las épocas de estancamiento político o de la llamada evolución "pacífica", que marcha a paso de tortuga, para desarrollar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase avanzada; y por otra parte, encauzando toda esta labor de utilización hacia la "meta final" del movimiento de esta clase, capacitándola para resolver prácticamente las grandes tareas al llegar los grandes días "en que se condensen veinte años". Dos razonamientos de Marx tienen en este punto particular importancia: uno, de la *Miseria de la Filosofía*, se refiere a la lucha económica y a las organizaciones económicas del proletariado; el otro pertenece al *Manifiesto Comunista* y se refiere a sus tareas políticas. El primer pasaje dice así: "La gran industria concentra en un solo lugar una multitud de

personas, desconocidas las unas de las otras. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa de los salarios, este interés común frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia, de coalición... Las coaliciones, al principio aisladas, se constituyen en grupos y, frente al capital siempre unido, el mantener la asociación viene a ser para ellos más importante que la defensa de los salarios... En esta lucha -verdadera guerra civil- se van uniendo y desarrollando todos los elementos necesarios para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición adquiere un carácter político". Ante nosotros tenemos el programa y la táctica de la lucha económica y del movimiento sindical de varios decenios, de toda la larga época durante la cual el proletariado prepara sus fuerzas "para la batalla futura". Hace falta comparar esto con los numerosos ejemplos de Marx y Engels, sacados del movimiento obrero inglés, de cómo la "prosperidad" industrial origina tentativas de "comprar a los obreros" (*Correspondencia* con Engels, I, 136)[161] y de apartarlos de la lucha; de cómo esta prosperidad en general "desmoraliza a los obreros" (II, 218)[162]; de cómo el proletariado inglés "se aburguesa"; de cómo "la nación más burguesa de todas" (Inglaterra) "parece que quisiera llegar a tener junto a la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués" (II, 290)[163]; de cómo desaparece en él la "energía revolucionaria" (III, 124)[164]; de cómo habrá que esperar más o menos tiempo hasta que "los obreros ingleses se desembaracen de su aparente perversión burguesa" (III, 127)[165]; de cómo al movimiento obrero inglés le falta "el ardor de los cartistas" (1866; III, 305)[166]; de cómo los líderes de los obreros ingleses se transforman en un tipo intermedio "entre el burgués radical y el obrero" (dicho refiriéndose a Holyoake, IV, 209)[167]; de cómo, en virtud del monopolio de Inglaterra y mientras ese monopolio subsista, "no habrá nada que hacer con el obrero inglés" (IV, 433)[168]. La táctica de la lucha económica en relación con la marcha general (*y con el resultado*) del movimiento obrero se examina aquí desde un punto de vista admirablemente amplio, universal, dialéctico, verdaderamente revolucionario.

El *Manifiesto Comunista* establece el siguiente principio básico del marxismo, como postulado de táctica de la lucha política: "Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento"[169]. Por eso Marx apoyó en 1848 al partido de la "revolución agraria" de Polonia, "el partido que hizo en 1846 la insurrección de Cracovia". En Alemania, Marx apoyó en 1848 y 1849 a la democracia revolucionaria extrema, sin que jamás se retractara de lo que entonces dijo sobre táctica. Para él, la burguesía alemana era un elemento "propenso desde el primer instante a traicionar al pueblo" (sólo la alianza con los campesinos hubiera puesto a la burguesía en condiciones de alcanzar enteramente sus objetivos) "y a pactar con los representantes coronados de la vieja sociedad". He aquí el análisis final de Marx acerca de la posición de clase de la burguesía alemana en la época de la revolución democrática burguesa. Este análisis es, entre otras cosas, un modelo de materialismo que examina la sociedad en movimiento y, por cierto, no toma solamente el lado del movimiento que mira *hacia atrás*: "... sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo; gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo; ...empavorecida ante la tormenta mundial; jamás con energía y siempre con plagio; ...sin iniciativa; ...un viejo maldito condenado, en su propio interés senil, a guiar los primeros impulsos juveniles de un pueblo joven y robusto..." (*Nueva Gaceta del Rin*, 1848, véase *Herencia literaria*, t. III, pág. 212)[170]. Unos veinte años más tarde, Marx decía en una carta a Engels (III, 224) que la causa del fracaso de la revolución de 1848 fue que la burguesía había preferido la paz en la esclavitud a la sola perspectiva de lucha por la libertad. Al terminar la época revolucionaria de 1848-1849, Marx se alzó contra los que se obstinaban en seguir jugando a la revolución (lucha contra Schapper y Willich), sosteniendo que era necesario saber trabajar en la época nueva, en la fase que iba a preparar, bajo una "paz" aparente, nuevas revoluciones. La siguiente apreciación de la situación de Alemania en los tiempos de la más negra reacción, en el año 1856, muestra en qué sentido pedía Marx que se encauzase esta labor: "En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina" (*Correspondencia con Engels*, II, 108)[171]. Mientras en Alemania no estuvo terminada la revolución democrática (burguesa), Marx concentró toda la atención, en lo que se refiere a la táctica del proletariado socialista, en impulsar la energía democrática de los campesinos. Opinaba que la actitud de Lassalle era, "objetivamente, una traición al movimiento obrero en beneficio de Prusia" (III, 210), entre otras cosas porque se mostraba demasiado complaciente con los terratenientes y el nacionalismo prusiano. "En un país agrario -escribía Engels en 1865, en un cambio de impresiones con Marx a propósito de una proyectada declaración común para la prensa-, es una bajeza alzarse exclusivamente contra la burguesía en nombre del proletariado industrial, sin mencionar para nada la patriarcal "explotación del palo" a que los obreros rurales se ven sometidos por la nobleza feudal" (III, 217). En el período de 1864 a 1870, cuando tocaba a su fin la época culminante de la revolución democrática burguesa en Alemania y las clases explotadoras de Prusia y Austria disputaban en torno a los medios para terminar esta revolución *desde arriba*, Marx no

se limitó a condenar a Lassalle por sus coqueteos con Bismarck, sino que corrigió a Liebknecht, que había caído en la "austrofilia" y defendía el particularismo. Marx exigía una táctica revolucionaria que combatiese tan implacablemente a Bismarck como a los austrófilos, una táctica que no se acomodara al "vencedor", el junker prusiano, sino que reanudase sin demora la lucha revolucionaria contra él, *incluso en el terreno* despejado por las victorias militares de Prusia (*Correspondencia con Engels*, III, 134, 136, 147, 179,204, 210, 215, 418, 437, 440-441)[172]. En el famoso mensaje de la Internacional del 9 de septiembre de 1870, Marx ponía en guardia al proletariado francés contra un alzamiento prematuro; pero cuando, a pesar de todo, éste se produjo (1871)[173], aclamó con entusiasmo la iniciativa revolucionaria de las masas "que toman el cielo por asalto" (carta de Marx a Rugelmann). En esta situación, como en muchas otras, la derrota de la acción revolucionaria era, desde el punto de vista del materialismo dialéctico en que se situaba Marx, un mal menor en la marcha general y *en el resultado* de la lucha proletaria que el que hubiera sido el abandono de las posiciones ya conquistadas, la capitulación sin lucha: esta capitulación hubiera desmoralizado al proletariado y mermado su combatividad. Marx, que apreciaba en todo su valor el empleo de los medios legales de lucha en las épocas de estancamiento político y de dominio de la legalidad burguesa, condenó ásperamente, en 1877 y 1878, después de promulgarse la Ley de excepción contra los socialistas[174], las "frases revolucionarias" de un Most; pero combatió con la misma, si no con más energía, el oportunismo que por entonces se había adueñado temporalmente del Partido Socialdemócrata oficial, que no había sabido dar pruebas inmediatas de firmeza, tenacidad, espíritu revolucionario y disposición a pasar a la lucha ilegal en respuesta a la Ley de excepción (*Cartas de Marx a Engels*, IV, 397, 404, 418,422, 424[175]. Véanse también las cartas a Sorge).

Escrito entre julio y noviembre de 1914. Publicado con abreviaciones en el tomo 28 del Diccionario Enciclopédico Granat, 7a edición, 1915. El prólogo se publicó en el folleto N. Lenin. "Carlos Marx", Moscú, Ed. "Pribói", 1918.

T. 26, págs. 45-81.

CHOVINISMO MUERTO Y SOCIALISMO VIVO.

(*Como reconstruir la Internacional*)

Durante los últimos decenios, la socialdemocracia alemana ha servido de modelo a la socialdemocracia de Rusia en alguna medida incluso más que a la socialdemocracia del mundo entero. Se comprende, por ello, que sea imposible adoptar una posición consciente, es decir, crítica, frente al socialpatrioterismo o chovinismo "socialista" hoy reinante sin dilucidar del modo más exacto nuestra actitud ante ella. ¿Qué fue la socialdemocracia alemana?, ¿qué es?, ¿qué será?

A la primera pregunta puede responder el folleto de C. Kautsky *El camino al poder*, editado en 1909 y traducido a muchas lenguas europeas. Este folleto es la exposición más completa y favorable para los socialdemócratas alemanes (en el sentido de las esperanzas que infundían) de las opiniones sobre las tareas de nuestra época, salida de la pluma del escritor más prestigioso de la II Internacional. Veamos con mayor detalle este folleto, lo que será tanto más útil porque ahora se repudian con frecuencia creciente las "palabras olvidadas".

La socialdemocracia es "un partido revolucionario" (primera frase del folleto), revolucionaria no sólo en el sentido de como lo es la máquina de vapor, sino "también en otro sentido". Aspira a la conquista del poder político por el proletariado, a la dictadura del proletariado. Kautsky decía, mofándose de "los que dudan de la revolución": "Por supuesto, en todo movimiento e insurrección importante debemos tener presente la posibilidad de la derrota. Antes de la lucha, sólo un majadero puede estar completamente seguro de la victoria". Sería "una traición flagrante a nuestra causa" negarse a admitir la probabilidad del triunfo. La revolución, relacionada con la guerra, es posible durante la contienda y después de ella. No se puede cuándo exactamente conducirá a la revolución el agravamiento de las contradicciones de clase, pero "yo puedo afirmar sin temor a equivocarme que la revolución implícita en la guerra estallará o durante ésta o inmediatamente después de ella": no hay nada más trivial que la teoría de la "integración pacífica en el socialismo". "No hay nada más erróneo que la opinión de que la conciencia de la necesidad económica significa un debilitamiento de la voluntad". "La voluntad, como deseo de lucha, está determinada: 1) por el precio de la lucha; 2) por el sentido de la fuerza, y 3) por la fuerza verdadera". Cuando se intentó (por cierto, en *Vorwärts*) interpretar con un criterio oportunista la famosa Introducción de Engels a *Las luchas de clases en Francia*, Engels se indignó y calificó de "vergonzosa" la suposición de que él era "un admirador pacífico de la legalidad a toda costa"[176]. "Tenemos razones de sobra para pensar que entramos en un período de lucha por el poder político"; esta lucha puede durar decenios, no lo sabemos, pero "con toda probabilidad conducirá en un futuro no lejano a un fortalecimiento considerable del proletariado, si no a su dictadura en Europa Occidental". Los elementos revolucionarios crecen: en 1895, de los diez millones de electores de Alemania, seis millones eran proletarios y tres millones y medio estaban interesados en la propiedad privada. ¡En 1907, el número de estos últimos aumentó en 0,03 millones, y el de los primeros, en 1,6 millones! Y "el ritmo de avance se hace al punto muy rápido cuando llegan momentos de efervescencia revolucionaria". Las contradicciones de las clases, lejos de atenuarse, se exacerban, aumenta la carestía y cobran virulencia la competición imperialista y el militarismo. Se acerca "una nueva era de revoluciones". El demencial crecimiento de los impuestos "habría conducido hace ya mucho a la guerra como única alternativa de la revolución… si precisamente esta alternativa de la revolución después de la guerra no se hallase más cerca aún que después de la paz armada". "La guerra universal es inminente; y la guerra significa también la revolución". Engels pudo temer aún en 1891 una revolución prematura en Alemania, pero desde entonces "la situación ha cambiado mucho". El proletariado "no puede ya hablar de una revolución *prematura*" (la cursiva es de Kautsky). La pequeña burguesía es muy insegura y más hostil cada día al proletariado, pero en una época de crisis "es capaz de pasarse a nuestro lado en masa". El quid de la cuestión está en que la socialdemocracia "siga siendo firme, consecuente e intransigente". No cabe duda que hemos entrado en un período revolucionario.

Así escribía Kautsky en tiempos lejanos, muy remotos, hace nada menos que cinco años. Ahí tenemos lo que era, o, más exactamente, lo que

prometía ser la socialdemocracia alemana. He ahí una socialdemocracia que se podía y debía respetar.

Veamos lo que escribe ahora ese mismo Kautsky. He aquí las manifestaciones más importantes de su artículo *La socialdemocracia durante la guerra* (*Neue Zeit*, núm. 1, 2 de octubre de 1914): "Nuestro partido discutió con mucha menos frecuencia de cómo comportarse durante la guerra que de cómo impedirla" ... "Jamás un gobierno es tan fuerte, ni los partidos tan débiles, como al comienzo de una guerra". "El tiempo de guerra es el menos oportuno para discutir con serenidad". "En la práctica, la cuestión ahora es: o la victoria o la derrota del propio país". ¿Acuerdos entre los partidos de los países beligerantes sobre acciones contra la guerra? "En la práctica, jamás se probó antes nada semejante. Siempre impugnamos la posibilidad de eso"... La divergencia entre los socialistas franceses y alemanes "no es de principio" (unos y otros defienden la patria)... "Los socialdemócratas de todos los países tienen el mismo derecho o el mismo deber de participar en la defensa de la patria: ni una sola nación debe reprochar eso a otra"... "¿Está en bancarrota la Internacional?" "¿Ha renunciado el partido a defender francamente sus principios de partido durante la guerra?" (Palabras de Mehring en el mismo número[177].) Es errónea la opinión... No hay ningún fundamento para tal pesimismo... La divergencia no es de principio... La unidad de los principios sigue existiendo... El desacato a las leyes del tiempo de guerra habría conducido "simplemente a la prohibición de nuestra prensa". El acatamiento a esas leyes "significa en grado tan ínfimo la renuncia a defender los principios del partido como semejante labor de nuestra prensa de partido bajo la espada de Damocles de la Ley de excepción contra los socialistas".

Hemos aducido adrede citas auténticas, pues cuesta trabajo creer que hayan podido escribirse tales cosas. No es fácil encontrar en las publicaciones (excepto, quizá, en los "escritos" de los apóstatas declarados) una trivialidad tan llena de suficiencia, ...un alejamiento de la verdad tan desvergonzado, subterfugios tan indecorosos para encubrir la más patente abjuración tanto del socialismo en general como de los inequívocos acuerdos internacionales, aprobados por unanimidad (por ejemplo, en Stuttgart y, sobre todo, en Basilea) ¡precisamente con vistas a una guerra europea del mismo carácter que la actual! Sería una falta de respeto al lector que tomásemos "en serio" los argumentos de Kautsky y tratásemos de "analizarlos": porque si la guerra europea se diferencia en mucho de un simple y "pequeño" pogromo antisemita, los argumentos "socialistas" en defensa de la participación en esa guerra se asemejan *por entero* a los argumentos "democráticos" en pro de la participación en un pogromo antisemita. Los argumentos en defensa de un pogromo no se analizan: se los señala simplemente para poner en la picota a sus autores a la vista de todos los obreros conscientes.

Pero ¿cómo *ha podido* ocurrir, preguntará el lector, que la más destacada autoridad de la II Internacional, que un autor que defendía las opiniones expuestas al comienzo de este artículo se haya deslizado a una posición "peor que la de un renegado"? Eso es incomprensible, respondemos, sólo para quienes -quizá de una manera inconsciente- sustentan el punto de vista de que, en el fondo, no ha ocurrido nada de particular, de que no es difícil "reconciliarse y olvidar", etc., es decir, precisamente quienes sustentan el punto de vista de los renegados. Pero quienes profesaban seria y sinceramente las convicciones socialistas y compartían las opiniones reproducidas al comienzo del artículo no se sorprenderán de que "haya muerto *Vorwärts*" (expresión de L. Mártov en *Golos*[178], de París) ni de que "haya muerto" también Kautsky. El fracaso de algunos individuos no es un hecho insólito en épocas de grandes virajes mundiales. Kautsky, a pesar de sus méritos inmensos, jamás figuró entre quienes adoptaron en el acto una combativa posición marxista durante las grandes crisis (recordemos sus vacilaciones en el problema del millerandismo[179]).

Y estamos viviendo una época precisamente así. "¡Disparen ustedes los primeros, señores burgueses!", escribía Engels en 1891, defendiendo (y con plena razón) la utilización de la legalidad burguesa por nosotros, los revolucionarios, en la época del llamado desarrollo constitucional pacífico. La idea de Engels no podía estar más clara: nosotros, los obreros conscientes, dispararemos en respuesta; nos trae más cuenta ahora, para pasar de la papeleta electoral al "tiroteo" (o sea, la guerra civil), aprovechar el momento en que la propia burguesía viole la base legal creada por ella. Kautsky expresaba en 1909 las opiniones incontestables de todos los revolucionarios socialdemócratas al decir que en Europa no puede haber ya una revolución *prematura* y que la guerra significa la revolución.

Pero los decenios de la época "pacífica" no han pasado sin dejar huella: han creado de manera ineluctable el oportunismo en todos los países, asegurándole el predominio entre los "jefes" parlamentarios, sindicales, periodísticos. etc. No hay un solo país de Europa en el que no se haya librado, en una forma o en otra, una lucha larga y tenaz contra el oportunismo, apoyado por toda la burguesía con infinidad de medios para corromper y debilitar al proletariado revolucionario. El mismo Kautsky escribía hace quince años, al empezar la bernsteiniada, que si el oportunismo dejara de ser un estado de ánimo y se convirtiera en una tendencia, la escisión se plantearía a la orden del día. También en nuestro país, en Rusia, la vieja *Iskra*, creadora del Partido Socialdemócrata de la clase obrera, decía en

su número 2 (a comienzos de 1901), en un artículo titulado *En los umbrales del siglo XX*, que la clase revolucionaria del siglo XX tiene (a semejanza de la clase revolucionaria del siglo XVIII, la burguesía) su *Gironda* y su *Montaña*[180].

La guerra europea significa una grandiosa crisis histórica, el comienzo de una nueva época. Como toda crisis, la guerra ha exacerbado las contradicciones, profundamente ocultas, y las ha hecho salir a la superficie, desgarrando todos los velos hipócritas, rechazando todos los convencionalismos, demoliendo todas las autoridades podridas o tocadas por la podredumbre. (Dicho sea entre paréntesis, en esto consiste la acción bienhechora y progresista de todas las crisis, incomprensible únicamente para los obtusos admiradores de la "evolución pacífica".) La II Internacional, que en veinticinco o cuarenta y cinco años (según se cuente a partir de 1870 o de 1889) llevó a cabo una labor extraordinariamente importante y útil de amplia difusión del socialismo y de organización previa, inicial, elemental de sus fuerzas, ha cumplido su misión histórica y ha muerto, vencida no tanto por los von Klück como por el oportunismo. Dejad que los muertos entierren ahora a sus muertos. Dejad que los zascandiles (si no lacayos intrigantes de los chovinistas y oportunistas) "trajinen" ahora para juntar a los Vandervelde y los Sembat con Kautsky y Haase, como si nos encontrásemos ante Iván Ivánovich, que, después de llamar "ganso" a Iván Nikíforovich, necesita que los amigos le "empujen" para reconciliarse con su adversario[181]. La Internacional no consiste en que se sienten en torno a una mesa y escriban resoluciones hipócritas y marrulleras personas para quienes el internacionalismo auténtico consiste en que los socialistas alemanes justifican los llamamientos de la burguesía alemana a disparar contra los obreros franceses, y los socialistas franceses el llamamiento de la burguesía francesa a disparar contra los alemanes ¡¡¡"en nombre de la defensa de la patria"!!! La Internacional consiste en el acercamiento mutuo (primero ideológico y después, en su tiempo, orgánico) de hombres capaces de defender de verdad en nuestros difíciles días el internacionalismo socialista, es decir, de agrupar sus fuerzas y "disparar en respuesta" contra los gobiernos y las clases dirigentes de *sus* "patrias" respectivas. Es una obra difícil que requerirá no poca preparación y grandes sacrificios y en la que serán inevitables las derrotas. Mas precisamente porque se trata de una obra difícil hay que realizarla únicamente con quienes quieren hacerla, sin temor a romper por completo con los chovinistas y con los defensores del socialchovinismo.

Quienes más hacen en pro de la reconstitución sincera, y no hipócrita, de la Internacional Socialista, y no chovinista, son hombres como Pannekoek, que ha dicho en el artículo *La bancarrota de la Internacional*: "si los jefes se reúnen e intentan encolar las discrepancias, eso no tendrá ningún valor"[182].

Digamos francamente las cosas como son: la guerra *obligará* de todos modos a hacer eso, si no mañana, pasado mañana. En el socialismo internacional existen tres corrientes: 1) los chovinistas, que aplican de manera consecuente la política del oportunismo; 2) los enemigos consecuentes del oportunismo, que en todos los países empiezan ya a hacer oír su voz (los oportunistas los han derrotado por completo en su mayor parte, pero "los ejércitos derrotados aprenden bien") y que pueden efectuar una labor revolucionaria orientada hacia la guerra civil; 3) hombres desconcertados y vacilantes, que ahora van a la zaga de los oportunistas y causan el mayor daño al proletariado precisamente con sus tentativas hipócritas de justificar el oportunismo con argumentos casi científicos y marxistas (¡bromas aparte!). Una parte de los que se hunden en esta tercera corriente puede ser salvada y reincorporada al socialismo, pero sólo de una manera: mediante una política de rompimiento y escisión categóricos con la primera corriente, con cuántos son capaces de justificar la votación de los créditos, "la defensa de la patria", "la sumisión a las leyes del tiempo de guerra", la conformidad con la legalidad y la abjuración de la guerra civil. Únicamente quienes aplican *esta* política construyen de verdad la Internacional Socialista. Por lo que respecta a nosotros, después de haber entrado en contacto con el organismo colegiado ruso del CC y con los elementos dirigentes del movimiento obrero de San Petersburgo, después de haber intercambiado opiniones con ellos y de habernos convencido de que existe solidaridad en lo fundamental, podemos declarar como redacción del órgano central, en nombre de nuestro partido, que sólo la labor efectuada en esa dirección es labor de partido y socialdemócrata.

La escisión de la socialdemocracia alemana parece una idea que asusta demasiado a muchos por su "carácter insólito". Pero la situación objetiva es garantía de que o se produce ese insólito (¿acaso no declararon Adler y Kautsky en la última reunión del Buró Socialista Internacional[183], en julio de 1914, que no creían en milagros y que, por ello, no creían en una guerra europea?) o seremos testigos de la atormentadora putrefacción de lo que fue en otros tiempos la socialdemocracia alemana. A quienes están acostumbrados a "creer" demasiado en la (*ex*) socialdemocracia alemana les recordaremos únicamente, para terminar, cómo enfocan la idea de esa escisión hombres que durante muchos años han sido adversarios nuestros en toda una serie de cuestiones; cómo L. Mártov escribió en *Golos*:

“muerto *Vorwärts*”; “la socialdemocracia, que hace pública la renuncia a la lucha de clase, haría mejor en reconocer sin rodeos lo que es disolver provisionalmente su organización y clausurar sus órganos de prensa”; cómo Plejánov, según una información de *Golos*, dijo en una conferencia: “soy gran enemigo de la escisión; pero si se sacrifican los principios en aras de la integridad de la organización, será preferible la escisión a una unidad falsa”. Plejánov dijo eso, refiriéndose a los radicales alemanes: ve la paja en el ojo de los alemanes y no ve la viga en el propio. Es una peculiaridad individual suya, a la que todos nos hemos acostumbrado demasiado durante los diez años últimos de radicalismo plejanovista en teoría y oportunismo en la práctica. Pero si hasta hombres con *tales*... rarezas individuales hablan de escisión entre los alemanes, eso es un signo de la época.

Publicado el 12 de diciembre de 1914 en el núm. 35 de “Sotsial-Demokrat”.
T. 26, págs. 98-105.

EL ORGULLO NACIONAL DE LOS RUSOS.

¡Cuánto se habla, se discute y se grita ahora acerca de la nación y de la patria! Los minitros liberales y radicales de Inglaterra, un sinfín de publicistas "avanzados" de Francia (que están de completo acuerdo con los publicistas de la reacción), un enjambre de escritorzuelos oficiales, demócratas constitucionalistas y progresistas (incluso algunos populistas y "marxistas") de Rusia, todos exaltan de mil maneras la libertad y la independencia de la "patria", la grandeza del principio de independencia nacional. Es imposible distinguir dónde termina el venal adulador del verdugo Nicolás Románov y de los torturadores de negros y de los habitantes de la India, y dónde empieza el pequeño burgués adocenado que sigue "la corriente" por estupidez o falta de carácter. Pero ni siquiera importa distinguirlo. Nos encontramos ante una corriente ideológica muy amplia y muy profunda cuyas raíces están sólidamente enlazadas con los intereses de los señores terratenientes y capitalistas de las naciones dominantes. Decenas y centenares de millones se gastan al año en la propaganda de las ideas que convienen a esas clases: el molino es grande y recibe agua de todas partes, empezando por el convencido chovinista Ménshikov y terminando por los chovinistas que lo son por oportunismo o por falta de carácter (Plejánov y Máslov, Rubanóvich y Smirnov, Kropotkin y Búrtsev).

Probemos también nosotros, los socialdemócratas rusos, a definir nuestra posición ante esta corriente ideológica. Estaría mal que nosotros, representantes de una nación dominante del extremo Este de Europa y de una buena parte de Asia, olvidásemos la colosal importancia del problema nacional -sobre todo en un país al que con razón se denomina "cárcel de pueblos"- en un período en que, precisamente en el extremo Este de Europa y en Asia, el capitalismo está despertando a la vida y a la conciencia toda una serie de naciones "nuevas", grandes y pequeñas; en un momento en que la monarquía zarista ha puesto en pie de guerra a millones de rusos y "alógenos" para "resolver" una serie de problemas nacionales conforme a los intereses del Consejo de la Nobleza Unificada[184] y de los Guchkov, los Krestóvnikov, los Dolgorúkov, los Kútler y los Ródichev.

¿Nos es ajeno a nosotros, proletarios conscientes rusos, el sentimiento de orgullo nacional? ¡Pues claro que no! Amamos nuestra lengua y nuestra patria, ponemos todo muestro empeño en que sus masas trabajadoras (es decir, las nueve décimas partes de *su* población) se eleven a una vida consciente de demócratas y socialistas. Nada nos duele tanto como ver y sentir las violencias, la opresión y el escarnio a que los verdugos zaristas, los aristócratas y los capitalistas someten a nuestra hermosa patria. Nos sentirnos orgullosos de que esas violencias hayan promovido resistencia en nuestro medio, entre los rusos, de que de ese medio saliera un Radíschev, salieran los decembristas[185] y los revolucionarios del estado llano de los años 70, de que la clase obrera rusa formara en 1905 un poderoso partido revolucionario de masas, de que el mujik ruso empezara a convertirse, al mismo tiempo, en un demócrata y a barrer al pope y al terrateniente.

Recordamos que el demócrata ruso Chernyshevski, al consagrar su vida a la causa de la revolución, dijo hace medio siglo: "Mísera nación de esclavos, todos esclavos de arriba abajo"[186]. A los rusos, esclavos manifiestos o encubiertos (esclavos respecto a la monarquía zarista), no les gusta recordar estas palabras. A nuestro juicio, en cambio, son palabras de verdadero amor a la patria, de nostalgia por la falta de espíritu revolucionario en la masa de la población rusa. Entonces no lo había. Ahora, aunque no mucho, lo hay ya. Nos invade el sentimiento de orgullo nacional porque la nación rusa ha creado *también* una clase revolucionaria, ha demostrado *también* que es capaz de dar a la humanidad ejemplos formidables de lucha por la libertad y por el socialismo, y no sólo formidables pogromos, hileras de patíbulos, mazmorras, hambres formidables y un formidable servilismo ante los popes, los zares, los terratenientes y los capitalistas.

Nos invade el sentimiento de orgullo nacional, y precisamente por eso odiamos, *en forma particular*, *nuestro* pasado de esclavos (citando los terratenientes aristócratas llevaban a la guerra a los mujiks para estrangular la libertad de Hungría, Polonia, Persia y China) y nuestro presente de esclavos, cuando los mismos terratenientes, auxiliados por los capitalistas, nos llevan a la guerra para estrangular a Polonia y Ucrania, para ahogar el movimiento democrático en Persia y China, para afianzar a la banda de los Románov, Bóbrinski y Purishkévich, que constituyen

un oprobio para nuestra dignidad nacional de rusos. Nadie tiene la culpa de haber nacido esclavo; pero el esclavo que rehúye aspirar a su propia libertad y, encima, justifica y embellece su esclavitud (llamando, por ejemplo, a la estrangulación de Polonia, Ucrania, etc., "defensa de la patria" de los rusos), semejante esclavo es un miserable lacayo que despierta un sentimiento legítimo de indignación, de desprecio y repugnancia.

"El pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre"[187], decían los más grandes representantes de la democracia consecuente del siglo XIX, Marx y Engels, que llegaron a ser los maestros del proletariado revolucionario. Y nosotros, obreros rusos, impregnados del sentimiento de orgullo nacional, queremos a toda costa una Rusia libre e independiente, autónoma, democrática, republicana, orgullosa, que base sus relaciones con los vecinos en el principio humano de la igualdad, y no en el principio feudal de los privilegios, humillante para una gran nación. Precisamente porque la queremos así, decimos: en la Europa del siglo XX (aunque sea en el extremo Este de Europa) no se puede "defender la patria" de otro modo que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, los terratenientes y los capitalistas de la *propia* patria, es decir, contra los *peores* enemigos de nuestra patria; los rusos no pueden "defender la patria" de otro modo que deseando, en cualquier guerra, la derrota del zarismo, como mal menor para las nueve décimas partes de la población de Rusia, pues el zarismo no sólo oprime en el terreno económico y político a estas nueve décimas partes de la población, sino que las desmoraliza, humilla, deshonra y prostituye, acostumbrándolas a oprimir a otros pueblos, acostumbrándolas a encubrir su oprobio con frases hipócritas de seudopatriotismo.

Se nos objetará, quizá, que, aparte del zarismo y bajo su amparo, ha surgido y se ha fortalecido ya otra fuerza histórica, el capitalismo ruso, que realiza una labor progresiva, centralizando en lo económico y uniendo en un todo vastísimas regiones. Pero esta objeción no justifica, sino que acusa con mayor energía aún a nuestros socialistas chovinistas, a los que debería llamarse socialistas del zar y de Purishkóvich (como Marx llamó a los lassalleanos socialistas del rey de Prusia)[188]. Supongamos, incluso, que la historia decide la cuestión a favor del capitalismo ruso de nación grande y opresora en contra de ciento y una pequeñas naciones. Esto no es imposible, pues toda la historia del capital es una historia de violencia y saqueo, de sangre y lodo. Nosotros en modo alguno somos partidarios incondicionales de naciones indefectiblemente pequeñas; *en igualdad de otras condiciones*, estamos absolutamente en pro de la centralización y en contra del ideal pequeñoburgués de las relaciones federativas. Pero incluso en semejante caso, primero, no es cosa nuestra, no es cosa de demócratas (sin hablar ya de socialistas) ayudar a los Románov-Bóbrinski-Purishkévich a estrangular a Ucrania, etc. Bismarck realizó a su manera, a lo junker, una labor histórica progresista, pero ¡menudo "marxista" sería el que, por esta razón, pensase justificar el apoyo socialista a Bismarck! Además, Bismarck ayudaba al desarrollo económico unificando a los alemanes dispersos, que eran oprimidos por otros pueblos. En cambio, la prosperidad económica y el rápido desarrollo de Rusia exigen que se libre al país de la violencia que ejercen los rusos sobre otros pueblos. Y esta diferencia la olvidan nuestros admiradores de los casi Bismarck rusos genuinos.

Segundo, si la historia decide la cuestión a favor del capitalismo ruso de gran nación dominante, de ello se deduce que será tanto mayor el papel *socialista* del proletariado ruso como impulsor principal de la revolución comunista, engendrada por el capitalismo. Pero la revolución del proletariado requiere una larga educación de los obreros en el espíritu de *la más completa* igualdad y fraternidad nacionales. Por tanto, desde el punto de vista de los intereses precisamente del proletariado ruso es imprescindible una prolongada educación de las masas en el sentido de defender del modo más enérgico, consecuente, audaz y revolucionario la completa igualdad de derechos y el derecho a la autodeterminación de todas las naciones oprimidas por los rusos. El interés del orgullo nacional (no entendido servilmente) de los rusos coincide con el interés *socialista* de los proletarios rusos (y de todos los demás proletarios). Nuestro modelo seguirá siendo Marx, quien, después de vivir varios decenios en Inglaterra, se hizo medio inglés y exigía la libertad y la independencia nacionales de Irlanda en beneficio del movimiento socialista de los obreros ingleses.

En cambio, nuestros chovinistas socialistas patrios, como Plejánov, etc., etc., en el último e hipotético caso que hemos considerado, resultarán traidores no sólo a su patria, a la Rusia libre y democrática, sino también a la fraternidad proletaria de todos los pueblos de Rusia, es decir, a la causa del socialismo.

Publicado el 12 de diciembre de 1914 en el núm. 35 de "Sotsial-Demokrat".
T. 26, págs. 106-110.

LA BANCARROTA DE LA II INTERNACIONAL.

Por bancarrota de la Internacional se entiende a veces tan sólo el aspecto formal de la cuestión, la interrupción de las relaciones internacionales entre los partidos socialistas de los países beligerantes, la imposibilidad de celebrar una conferencia internacional, de reunir el Buró Socialista Internacional, etc. Este es el punto de vista de algunos socialistas de los pequeños países neutrales e incluso, probablemente, de la mayoría de los partidos oficiales de esos países, y también de los oportunistas y de sus defensores. En la prensa rusa esta posición fue mantenida, con una franqueza digna de profundo reconocimiento, por el señor V. Kosovski, quien asume su defensa en el núm. 8 de la *Hoja de Información* del Bund, con la particularidad de que la redacción de la *Hoja* no dice ni una palabra que muestre su disentimiento del autor. Es de esperar que la defensa del nacionalismo por el Sr. Kosovski, el cual llega al extremo de justificar a los socialdemócratas alemanes, que votaron los créditos de guerra, ayude a muchos obreros a convencerse definitivamente del carácter nacionalista burgués del Bund.

Para los obreros conscientes, el socialismo es una convicción profunda y no una tapadera cómoda para ocultar tendencias conciliadoras pequeñoburguesas y de oposición nacionalista. Por bancarrota de la Internacional, estos obreros entienden la flagrante traición de la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales a sus convicciones y a las solemnes declaraciones hechas durante los discursos pronunciados en los congresos internacionales de Stuttgart y Basilea, en las resoluciones de estos congresos, etc. Los únicos que pueden no ver esta traición son los que *no quieren* verla, aquellos a quienes no conviene verla. Para formular de manera científica esta cuestión, es decir, desde el punto de vista de las relaciones entre las clases de la sociedad moderna, debemos decir que la mayoría de los partidos socialdemócratas, llevando a la cabeza en primer término al partido alemán, el más numeroso e influyente de la II Internacional, se han puesto al lado de su Estado Mayor Central, de su gobierno y de su burguesía, contra el proletariado. Es éste un acontecimiento de importancia histórica universal, y no podemos menos de detenernos a analizarlo con el mayor detenimiento posible. Es un hecho reconocido desde hace tiempo que, a pesar de todos los horrores y calamidades que provocan las guerras, éstas reportan un beneficio más o menos grande, pues descubren, denuncian y destruyen implacablemente muchos elementos podridos, caducos y muertos de las instituciones humanas. La guerra europea de 1914-1915 también ha empezado a reportar beneficios indudables a la humanidad, al mostrar a la clase avanzada de los países civilizados que en sus partidos ha madurado un repugnante absceso purulento y que hay algo que despide un insoportable olor a muerto.

I

¿Es o no un hecho que los principales partidos socialistas de Europa han traicionado todas sus convicciones y todos sus objetivos? Este es un tema que no les gusta tocar, como es natural, ni a los mismos traidores ni a los que saben a ciencia cierta -o adivinan confusamente- que se verán en la necesidad de vivir en paz y amistad con aquéllos. Pero por muy desagradable que esto sea para los distintos "hombres de prestigio" de la II Internacional o para sus amigos de fracción entre los socialdemócratas de Rusia, debemos mirar las cosas de cara, llamarlas por su nombre y decir a los obreros la verdad.

¿Existen datos concretos que nos muestren cuál era el punto de vista que, en vísperas de la guerra actual y en previsión de la misma, sustentaban los partidos socialistas en cuanto a sus tareas y a su táctica? Existen, indudablemente. Se trata de la resolución aprobada por el Congreso Socialista Internacional, celebrado en 1912 en Basilea[189] y que reproducimos junto a la resolución del congreso socialdemócrata alemán celebrado el mismo año en Chemnitz[190] como un recordatorio de las "palabras olvidadas" del socialismo. Esta resolución, resumen de numerosísimos escritos de agitación y propaganda contra la guerra publicados en todos los países, es la exposición más exacta y completa, más solemne y formal de los puntos de vista socialistas sobre la guerra y de la táctica socialista frente a la guerra. No se puede dar otro nombre que el de traición al simple hecho de que ni uno de los hombres prestigiosos de la Internacional de ayer y del socialchovimismo de hoy -ni Hyndman, ni Guesde, ni Kautsky, ni

Plejánov- se deciden a recordar a sus lectores esta resolución, y, o bien la silencian por completo o bien citan (como Kautsky) los pasajes secundarios de la misma, pasando por alto todo lo sustancial. Por un lado, las resoluciones más "izquierdistas" y archirrevolucionarias; y, por otro, la abjuración o el olvido más desvergonzado de estas resoluciones: he aquí una de las manifestaciones más patentes de la bancarrota de la Internacional y, a la vez, una de las pruebas más palpables de que únicamente ahora pueden creer en la "enmienda" del socialismo y en la "rectificación de su trayectoria" con meras resoluciones las personas en quienes una ingenuidad sin precedentes corre pareja con un ladino deseo de perpetuar la vieja hipocresía.

Apenas fue ayer, podía decir, cuando Hyndman, en vísperas de la guerra, optó por la defensa del imperialismo, y todos los socialistas "decentes" lo tenían por un tipo raro que había perdido el juicio, y nadie hablaba de él más que en tono despectivo. Hoy, en cambio, los líderes más destacados de la socialdemocracia de todos los países se han deslizado hasta el fin a las posiciones de Hyndman, diferenciándose entre sí únicamente por el matiz y por el temperamento. Y nos encontramos en la absoluta imposibilidad de valorar y caracterizar en términos más o menos parlamentarios el valor cívico de unos hombres como, por ejemplo, los redactores de *Nashe Slovo*[191], cuando escriben con desdén, al referirse al "señor" Hyndman, y hablan -o callan- con todo respeto (¿o sumisión servil?), al referirse al "camarada" Kautsky. ¿Cómo es posible compaginar semejante actitud con el respeto al socialismo y, en general, con el respeto a las convicciones de uno mismo? Si uno está convencido de la falacia y de la nocividad del chovinismo de Hyndman, ¿no habrá de dirigir las críticas y los ataques contra el defensor más influyente y más peligroso de tales opiniones, contra Kautsky?

Quien ha expuesto tal vez con más detalle en estos últimos tiempos los puntos de vista de Guesde ha sido el guesdista Charles Dumas en su opúsculo titulado *La paz que deseamos*. Este "jefe del gabinete de Jules Guesde" -así firma en la portada del folleto- "cita", naturalmente, las viejas declaraciones de los socialistas hechas en tonos patrióticos (como las cita asimismo en su último folleto sobre la defensa de la patria el socialchovinista alemán David[192]) ¡pero no cita el Manifiesto de Basilea! Plejánov que nos ofrece con un aire de extraordinaria suficiencia trivialidades chovinistas, también silencia este manifiesto. Kautsky se parece a Plejánov: al citar el Manifiesto de Basilea, *omite* todos sus pasajes revolucionarios (es decir, ¡todo su contenido esencial!), probablemente con el pretexto de la censura... ¡La policía y las autoridades militares, con su censura, que prohíbe hablar de la lucha de las clases y de la revolución, han acudido "oportunamente" en ayuda de los traidores al socialismo!

Pero, ¿no será el Manifiesto de Basilea un llamamiento insustancial, sin ningún contenido preciso, ni histórico, ni táctico, directamente relacionado con la guerra concreta de hoy?

Todo lo contrario. En la resolución de Basilea encontramos menos fraseología huera y más contenido concreto que en otras resoluciones. La resolución de Basilea habla *precisamente* de esta misma guerra que ha estallado ahora, se refiere precisamente a los mismos conflictos *imperialistas* que se han desencadenado en 1914-1915. Los conflictos entre Austria y Serbia a causa de los Balcanes, entre Austria e Italia a causa de Albania, etc., entre Inglaterra y Alemania a causa de los mercados y de las colonias en general, entre Rusia y Turquía, etc., a causa de Armenia y Constantinopla; de esto habla la resolución de Basilea, al prever ni más ni menos que la guerra actual. ¡Es precisamente a la guerra de hoy entre "las grandes potencias de Europa" a lo que se refiere la resolución de Basilea cuando dice que esa guerra "*en modo alguno puede justificarse con ningún pretexto de interés popular*"!

Y si ahora Plejánov y Kautsky -tomamos a los dos socialistas de prestigio más típicos y que tenemos más a mano, pues uno escribe en ruso y el otro es traducido al ruso por los liquidadores- andan a la busca (auxiliados por Axelrod) de diversos "justificantes populares" (o, mejor dicho, populacheros, tomados de la prensa sensacionalista burguesa) para la guerra; si se remiten, con aire docto y con un buen acopio de citas falsas atribuidas a Marx, a los "ejemplos" de las guerras de 1813 y 1870 (Plejánov) o a las de 1854-1871, 1876-1877 y 1897 (Kautsky), sólo personas que, en verdad, no tienen ni sombra de convicciones socialistas ni asomo de conciencia socialista pueden tomar "en serio" semejantes argumentos y darles otros nombres que *no* sean los de jesuitismo inaudito, hipocresía y prostitución del socialismo. Dejemos que la dirección alemana del partido (el *Vorstand*) lance anatemas contra la nueva revista de Mehring y Rosa Luxemburgo (*La Internacional*)[193] por haber dado a Kautsky la calificación que merece; dejemos que Vandervelde, Plejánov, Hyndman y compañía, ayudados por la policía de la "Triple Entente"[194], traten de la misma manera a sus adversarios. Para contestarles nos limitaremos a transcribir el Manifiesto de Basilea, que denuncia este viraje de los líderes, al que no se puede dar otro nombre que el de traición.

La resolución de Basilea no habla de la guerra nacional ni de la guerra popular, de las que ha habido ejemplos en Europa y que incluso han sido típicas para el período de 1789-1871, ni de la guerra revolucionaria -a la que nunca han renunciado los socialdemócratas-, sino de la guerra *actual*

desplegada en el terreno del “imperialismo capitalista” y de los “intereses dinásticos”, en el terreno de la “política de conquistas” de *ambos* grupos de potencias beligerantes, tanto del austro-alemán como del anglo-franco ruso. Plejánov, Kautsky y compañía engañan lisa y llanamente a los obreros cuando repiten las mentiras interesadas de la burguesía de todos los países, la cual hace denodados esfuerzos por presentar esta guerra imperialista, colonial y expoliadora como una guerra popular y defensiva (para quienquiera que sea), y cuando buscan para justificarla ejemplos históricos de guerras no imperialistas.

El carácter imperialista, expoliador y antiproletario de esta guerra ha dejado de ser desde hace tiempo una cuestión puramente teórica. El imperialismo ha sido valorado ya teóricamente en todos sus rasgos principales como la lucha de la burguesía agonizante, decrépita y podrida, por el reparto del mundo y el sojuzgamiento de las naciones “pequeñas”; miles de veces han sido repetidos estos argumentos en las innumerables publicaciones periódicas de los socialistas de *todos* los países; el francés Delaisi, por ejemplo, representante de una nación “aliada” con respecto a nosotros, explicó de una manera popular, en su folleto *La guerra que se avecina* (¡en *1911*!), el carácter expoliador de la guerra actual en lo que respecta también a la burguesía francesa. Pero esto no es todo. Los representantes de los partidos proletarios de todos los países expresaron en Basilea, de un modo unánime y formal, su convicción inquebrantable de que la guerra que iba a estallar tendría precisamente un carácter imperialista, e hicieron de esto deducciones *tácticas*. Por esta razón, entre otras, deben ser rechazadas en el acto, como sofismas, todas las alusiones a que las diferencias entre la táctica nacional e internacional han sido insuficientemente estudiadas (véase la última interviú de Axelrod en los núms. 87 y 90 de *Nashe Slovo*), etc., etc. Esto es un sofisma, pues una cosa es el estudio científico de todos los aspectos del imperialismo -estudio que sólo está comenzando y que, por su naturaleza, no tiene fin, como no lo tiene la ciencia en general-, y otra cosa son los fundamentos de la táctica socialista contra el imperialismo capitalista, fundamentos que han sido expuestos en los millones de ejemplares de periódicos socialdemócratas y en la resolución de la Internacional. Los partidos socialistas no son clubs de debates, sino organizaciones del proletariado en lucha, y cuando varios batallones se pasan al enemigo, se les debe llamar traidores, sin “dejarse llevar” por discursos hipócritas acerca de que “no todos” comprenden “de igual manera” el imperialismo, de que, por ejemplo, el chovinista Kautsky y el chovinista Cunow son capaces de escribir tomos enteros sobre esto, de que el problema “no ha sido suficientemente debatido”, etc., etc. El capitalismo *nunca* será estudiado *hasta el fin en todas* las manifestaciones de su naturaleza expoliadora y en todas las minúsculas ramificaciones de su desarrollo histórico y de sus peculiaridades nacionales; los investigadores (y sobre todo los pedantes) nunca dejarán de discutir sobre cuestiones de detalle. Sería ridículo renunciar, “con este motivo”, a la lucha socialista contra el capitalismo y no oponerse a quienes han traicionado esta lucha; mas ¿qué otra cosa nos proponen Kautsky, Cunow, Axelrod y consortes?

Ahora, cuando la guerra ya ha empezado, ¡nadie ha intentado siquiera analizar la resolución de Basilea y demostrar que es errónea!

II

Pero ¿tal vez los socialistas sinceros abogaban por la resolución de Basilea, suponiendo que la guerra iba a crear una situación revolucionaria, mientras que los acontecimientos frustraron estas esperanzas y la revolución resultó ser imposible?

Con este sofisma, precisamente, trata de justificar Cunow (en el folleto *¿Bancarrota del partido*? y en varios artículos) su paso al campo de la burguesía. Esos mismos “argumentos”, en forma de alusiones, nos los ofrecen casi todos los socialchovinistas, con Kautsky a la cabeza. Las esperanzas puestas en la revolución han resultado ilusorias, y los marxistas no se dedican a defender ilusiones. Así razona Cunow, con la particularidad de que este struvista[195] no dice ni una palabra de las “ilusiones” de todos cuantos firmaron el Manifiesto de Basilea, pero, como hombre de acrisolada nobleza, ¡trata de echar el muerto a los de la extrema izquierda, del tipo de Pannekoek y Rádek!

Examinemos la esencia del argumento, según el cual los autores del Manifiesto de Basilea esperaban sinceramente la revolución, pero se vieron desmentidos por los acontecimientos. El Manifiesto de Basilea dice: 1) que la guerra provocará una crisis económica y política; 2) que los obreros considerarán un crimen participar en la guerra; que será un crimen “ponerse a disparar unos contra otros en aras de las ganancias de los capitalistas, de ambiciones dinásticas o del cumplimiento de los tratados diplomáticos secretos”; que la guerra despertará en los obreros “cólera e indignación”; 3) que esa crisis y ese estado de ánimo de los obreros debe ser aprovechado por los socialistas para “agitar al pueblo y acelerar el hundimiento del capitalismo”; 4) que los “gobiernos” -todos sin excepción- no pueden desencadenar la guerra “sin correr un grave peligro”; 5) que los gobiernos “temen la revolución proletaria”; 6) que los gobiernos “deben tener presente” la Comuna de París (es decir, la guerra civil), la revolución de 1905 en Rusia, etc. Todas éstas son ideas perfectamente claras, en las que no figura la *garantía* de que la revolución ha de venir;

en lo que hacen hincapié estas ideas es en la característica exacta de los *hechos* y de las *tendencias*. Quien diga, a propósito de estas ideas y razonamientos, que la revolución que se esperaba ha resultado ser una ilusión, demuestra adoptar ante la revolución una actitud que no es marxista, sino struvista, policíaca, abjuracionista.

A un marxista no le cabe duda de que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria; además, no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las "alturas", una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que "los de abajo no quieran", sino que hace falta, además, que "los de arriba no puedan" seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de "paz" se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, *como por los mismos "de arriba"*, a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria. Esta situación se dio en 1905 en Rusia y en todas las épocas revolucionarias en Occidente; pero también existió en la década del 60 del siglo pasado en Alemania, en 1859-1861 y en 1879-1880 en Rusia, a pesar de lo cual no hubo revolución en esos casos. ¿Por qué? Porque no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan sólo la situación en que a los cambios objetivos arriba enumerados se agrega un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la *clase* revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo suficiente *fuertes* para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, "caerá" si no se le "hace caer".

Tales son los puntos de vista marxistas sobre la revolución, infinidad de veces desarrollados y reconocidos como indiscutibles por todos los marxistas, y que para nosotros, los rusos, obtuvieron clarísima confirmación en la experiencia de 1905. ¿Qué presuponía en este sentido el Manifiesto de Basilea de 1912 y qué ocurrió en 1914-1915?

Presuponía una situación revolucionaria, concisamente descrita con la expresión de "crisis económica y política". ¿Se produjo esta situación? Sin duda. El socialchovinista Lensch (que defiende el chovinismo de una manera más abierta, franca y honrada que los hipócritas Cunow, Kautsky, Plejánov y compañía) llegó a decir que "lo que estamos viviendo es una *revolución* peculiar" (pág. 6 de su folleto *La socialdemocracia alemana y la guerra*, Berlín, 1915). Nos hallamos en presencia de una crisis política; ni un solo gobierno tiene seguridad en el día de mañana, ni uno solo está libre del peligro de una bancarrota financiera, de perder territorio, de ser expulsado de su país (como fue expulsado el gobierno de Bélgica). Todos los gobiernos están viviendo sobre un volcán; *ellos mismos* apelan a la iniciativa y al heroísmo de las masas. Todo el régimen político de Europa se estremece, y seguramente nadie negará que hemos entrado (y que entramos más a fondo cada vez -escribo estas líneas el día en que Italia declaró la guerra) en un período de gigantescas conmociones políticas. Citando Kautsky, a los dos meses de estallar la guerra, escribe en *Neue Zeit* (el 2 de octubre de 1914) que "jamás un gobierno es tan fuerte, ni los partidos tan débiles, como al comienzo de una guerra", estas palabras constituyen un ejemplo más de cómo Kautsky falsifica la ciencia histórica para agradar a los Südekum y demás oportunistas. Jamás un gobierno necesita tanto el acuerdo entre todos los partidos de las clases dominantes y la sumisión "pacífica" de las clases oprimidas a esta dominación como en tiempo de guerra. Esto en primer lugar; y en segundo, si al "comenzar la guerra", especialmente en el país que espera lograr una rápida victoria, el gobierno *parece* omnipotente, nadie, nunca ni en ninguna parte del mundo ha vinculado sus esperanzas de una situación revolucionaria exclusivamente al "comienzo" de la guerra, *ni* mucho menos ha identificado lo "aparente" con lo *real*.

Todo el mundo sabía, veía y reconocía que la guerra europea iba a ser más dura que todas las precedentes. La experiencia de la guerra lo confirma más y más. La guerra se extiende. Los cimientos políticos de Europa se estremecen más cada vez. Las masas sufren terriblemente, y los esfuerzos de los gobiernos, de la burguesía y de los oportunistas por silenciar estos sufrimientos van de fracaso en fracaso. La guerra proporciona a ciertos grupos de capitalistas beneficios inauditos, escandalosos. La agudización de las contradicciones es enorme. La sorda indignación de las masas, la aspiración confusa de las capas oprimidas y atrasadas a una buena paz ("democrática"), la protesta que comienza entre "los de abajo": todos estos son hechos indiscutibles. Y cuanto más dura es y más se agrava la guerra, más fomentan los gobiernos la actividad de las masas, exhortándolas al espíritu de sacrificio y a poner en

tensión extraordinaria sus fuerzas. La experiencia de la guerra, lo mismo que la experiencia de toda crisis de la historia, de toda gran calamidad y de todo viraje en la vida del hombre, embrutece a unos y quebranta su voluntad, *pero, en cambio, ilustra y templa a otros*, y, en resumidas cuentas, en la historia de todo el mundo, el número y la fuerza de éstos, a excepción de algunos casos aislados de decadencia y ruina de tal o cual Estado, son superiores al número y a la fuerza de aquéllos.

La conclusión de la paz no puede suprimir "de golpe" todos estos sufrimientos ni toda esta agudización de las contradicciones. Por el contrario, en muchos aspectos hará que estos sufrimientos sean más sensibles y resulten sobre todo evidentes para las masas atrasadas de la población.

En pocas palabras, en la mayoría de los países avanzados y de las grandes potencias de Europa la situación revolucionaria es un hecho. En este sentido, las previsiones del Manifiesto de Basilea se han visto *plenamente* confirmadas. Negar directa o indirectamente esta verdad o silenciarla, como hacen Cunow, Plejánov, Kautsky y compañía, es atentar gravemente contra la verdad, engañar a la clase obrera y servir a la burguesía. En el *Sotsial-Demokrat*[196] (núms. 34, 40 y 41) citamos datos demostrativos de que las personas que temen la revolución, los curas pequeñoburgueses cristianos, los Estados Mayores y los periódicos de los millonarios se ven obligados a reconocer la existencia de síntomas de una situación revolucionaria en Europa.

¿Durará mucho esta situación? ¿Hasta qué extremos ha de agravarse aún? ¿Desembocará en una revolución? No lo sabemos, ni nadie puede saberlo. La respuesta sólo nos la dará la *experiencia* del desarrollo del estado de ánimo revolucionario de la clase avanzada, del proletariado, y de su paso a acciones revolucionarias. Aquí no cabe hablar de "ilusiones" en general ni de su refutación, pues ningún socialista, nunca ni en parte alguna, ha garantizado que hayan de ser precisamente la guerra actual (y no la siguiente) y la situación revolucionaria actual (y no la de mañana) las que originen la revolución. De lo que se trata aquí es del deber más indiscutible y más esencial de todos los socialistas: el de revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria, de explicar su amplitud y su profundidad, de despertar la conciencia revolucionaria y la decisión revolucionaria del proletariado, de ayudarle a pasar a las acciones revolucionarias y a crear organizaciones que correspondan a la situación revolucionaria y sirvan para trabajar en ese sentido.

Ni un solo socialista influyente y responsable se ha atrevido jamás a poner en duda que ése es precisamente el deber de los partidos socialistas. Por eso el Manifiesto de Basilea, que no ha difundido ni alimentado la menor "ilusión", al referirse precisamente a este deber de los socialistas, dice: agitar, "sacudir" al pueblo (y no adormecerlo con el chovinismo, como hacen Plejánov, Axelrod, Kautsky), "aprovechar" la crisis para "*acelerar*" la bancarrota del capitalismo, inspirarse en los *ejemplos* de la Comuna y de octubre-diciembre de 1905[197]. El incumplimiento de este deber suyo por los partidos actuales es lo que constituye precisamente su traición, su muerte política, el abandono del papel que les incumbe, su paso al lado de la burguesía.

III

Pero ¿cómo *ha podido* ocurrir que los representantes y los líderes más destacados de la II Internacional hayan traicionado al socialismo? Más adelante analizaremos con detenimiento esta cuestión, después de haber examinado primero los intentos hechos por justificar "teóricamente" esta traición. Procuremos caracterizar las teorías principales del socialchovinismo, representantes de las cuales podemos considerar a Plejánov (éste repite, sobre todo, los argumentos de los chovinistas anglo-franceses, de Hyndman y de sus nuevos partidarios) y a Kautsky (éste aduce argumentos mucho más "sutiles" que aparentan una solidez teórica incomparablemente mayor).

Tal vez la más primitiva de todas sea la teoría de "quién empezó". Hemos sido atacados y nos defendemos; los intereses del proletariado exigen que se rechace a los perturbadores de la paz europea. Es una repetición de las declaraciones de todos los gobiernos y de las declamaciones de la prensa burguesa y amarilla de todo el mundo... Plejánov adorna incluso esta vulgaridad tan manoseada con las jesuíticas apelaciones a la "dialéctica" que nunca le faltan a este autor: para tener en cuenta la situación concreta, dice, es preciso, ante todo, hallar al que empezó y sentarle la mano, aplazando para otra situación las demás cuestiones (véase el folleto de Plejánov *Sobre la guerra*, París, 1914 y la repetición de sus razonamientos por Axelrod en *Golos*, núms. 86 y 87). Plejánov ha batido el record en el noble arte de sustituir la dialéctica por la sofistería. El sofista toma uno de los "argumentos" por separado; pero ya Hegel decía con toda razón que se pueden encontrar "argumentos" absolutamente para todo. La dialéctica exige un análisis completo del fenómeno social concreto en su desarrollo, y que lo exterior y aparente sea reducido a las fuerzas motrices esenciales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de las clases. Plejánov saca una cita de la prensa socialdemócrata alemana: los propios alemanes, dice, reconocían antes de la guerra que Austria y Alemania eran las promotoras y con eso basta. Plejánov calla el hecho de que los socialistas rusos habían denunciado en muchas ocasiones los planes de conquista del zarismo con respecto a Galitzia, Armenia, etc.

Plejánov no hace el menor intento de referirse a la historia económica y diplomática, aunque no sea más que la de estos tres últimos decenios; pero esta historia demuestra de un modo irrefutable que la anexión de colonias, la expoliación de tierras ajenas, el desalojamiento y la ruina del competidor más afortunado han constituido precisamente el eje principal de la política seguida por los *dos* grupos de potencias que hoy están en guerra*.

Aplicada a las guerras, la tesis fundamental de la dialéctica, tergiversada con tanto descaro por Plejánov para complacer a la burguesía, dice que "*la guerra es una simple continuación de la política por otros medios*" (violentos precisamente). Esa es la fórmula de Clausewitz**, uno de los grandes autores de historia militar cuyas ideas fueron fecundadas por Hegel. Y ése ha sido siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban *toda* guerra una *continuación* de la política de las mismas potencias interesadas -y de las *distintas clases* dentro de ellas- en un momento dado.

El burdo chovinismo de Plejánov adopta exactamente la misma posición teórica que el chovinismo más sutil, conciliador y empalagoso de Kautsky, cuando éste santifica el paso de los socialistas de todos los países al lado de "sus" capitalistas con el siguiente razonamiento:

> Todos tienen el derecho y la obligación de defender su patria; el verdadero internacionalismo consiste en reconocer este derecho a los socialistas de todas las naciones, incluidas las que se encuentran en guerra con la mía... (Véase *Neue Zeit* del 2 de octubre de 1914 y otros escritos del mismo autor).

Este razonamiento sin par es una burla tan infinitamente vil contra el socialismo, que la mejor respuesta sería encargar una medalla con las efigies de Guillermo II y Nicolás I en el anverso y las de Plejánov y Kautsky en el reverso. El verdadero internacionalismo, vean ustedes, consiste en justificar el que los obreros franceses disparen contra los obreros alemanes, y los obreros alemanes contra los franceses ¡en aras de la "defensa de la patria"!

Pero si examinamos de cerca las premisas teóricas del razonamiento de Kautsky, obtendremos precisamente el punto de vista que fue ridiculizado por Clausewitz hace cerca de ochenta años: al estallar la guerra, cesan entre los pueblos y las clases las relaciones políticas que la historia ha ido forjando, y se crea una situación completamente distinta. ¡Sólo hay, "simplemente", agresores y agredidos, "simplemente" se rechaza a los "enemigos de la patria"! La opresión de toda una serie de naciones, que representan más de la mitad de la población del globo, por los pueblos de las grandes potencias imperialistas; la competencia entre la burguesía de

---

* Es muy instructivo el libro *La guerra del acero y del oro* (Londres, 1914; ¡el libro lleva la fecha de marzo de 1914!) del pacifista inglés Brailsford, quien no tiene inconveniente en hacerse el socialista. El autor comprende perfectamente que, en términos generales, los problemas nacionales han quedado atrás, han sido resueltos ya (pág. 35), que ahora no se trata de eso, que "la cuestión típica de la diplomacia moderna" (pág. 36) es el ferrocarril de Bagdad, el suministro de rieles para el mismo, las minas de Marruecos, etc. El autor considera justamente que uno de "los incidentes más instructivos de la historia reciente de la diplomacia europea" es la lucha de los patriotas franceses y de los imperialistas ingleses contra los intentos de Caillaux (en 1911 y en 1913) por reconciliarse con Alemania mediante un acuerdo sobre el reparto de las esferas de influencia colonial y la cotización de los valores alemanes en la Bolsa de París. La burguesía *inglesa y francesa frustró* ese acuerdo (págs. 38-40). El objetivo del imperialismo es la exportación de capitales a los países más débiles (pág. 74). Los beneficios proporcionados por esos capitales en Inglaterra fueron de 90 a 100 millones de libras esterlinas en 1899 (Giffen) y de 140 millones en 1909 (Paish); añadamos por nuestra cuenta que, en un discurso recién pronunciado, Lloyd George estimó esos beneficios en 200 millones de libras esterlinas, o sea, casi 2.000 millones de rublos. Manejos sucios y soborno de la aristocracia turca, puestos lucrativos para los niños bien en la India y en Egipto: he aquí el quid (págs. 85-87). Una minoría insignificante sale gananciosa con los armamentos y las guerras, pero está respaldada por la sociedad y por los financieros, mientras que los partidarios de la paz sólo tienen detrás a la población dividida (pág. 93). El pacifista que habla hoy de paz y de desarme se convierte mañana en miembro de un partido que depende por entero de los proveedores de armas (pág. 161). Si la Triple Entente resulta ser más fuerte, se apoderará de Marruecos y se repartirá a Persia; si resulta más fuerte la Triple Alianza[198], se adueñará de Trípoli, fortalecerá sus posiciones en Bosnia y sojuzgará a Turquía (pág. 167). Londres y París proporcionaron miles de millones a Rusia, en marzo de 1906, para ayudar al zarismo a aplastar el movimiento de liberación (págs. 225-228); Inglaterra ayuda ahora a Rusia a estrangular a Persia (pág. 229). Rusia ha encendido la guerra de los Balcanes (pág. 230). - Nada de esto es nuevo, ¿verdad? Todo esto es archisabido, y los periódicos socialdemócratas del mundo entero lo han repetido mil veces. En vísperas de la guerra, un burgués inglés lo ve más claro que el agua. Pero ante estos hechos simples y universalmente conocidos, ¡cuánto absurdo indecoroso, cuánta hipocresía insoportable, cuánta mentira empalagosa encierran las teorías de Plejánov y Potrésov acerca de la culpabilidad de Alemania, o la teoría de Kautsky sobre las "perspectivas" del desarme y de una paz duradera bajo el capitalismo!

** Karl von Clausewitz: De la guerra, Obras, tomo I, pág. 28. Cfr. t. III, págs. 139-140: "Todos saben que las guerras son provocadas únicamente por las relaciones políticas entre los gobiernos y los pueblos; pero, por lo común, se considera que, al estallar la guerra, estas relaciones cesan, dando paso a una situación completamente distinta, sometida exclusivamente a sus propias leyes. Nosotros afirmamos lo contrario: la guerra no es más que la continuación de las relaciones políticas por otros medios".

estos países por el reparto del botín; el afán del capital por escindir y aplastar el movimiento obrero, todo esto desapareció repentinamente del campo visual de Plejánov y de Kautsky, a pesar de que ellos mismos, antes de la guerra, describieron esa misma "política" durante decenios enteros.

Las falsas apelaciones a Marx y Engels constituyen aquí el argumento "clave" de los dos cabecillas del socialchovinismo: Plejánov recuerda la guerra nacional de Prusia en 1813 y la de Alemania en 1870; Kautsky trata de demostrar, con aire archidoctoral, que Marx plateaba la cuestión de qué bando, es decir, qué burguesía, era preferible que triunfase en las guerras de 1854-1855, 1859, y 1870-1871, y que los marxistas hacían lo mismo en las guerras de 1876-1877 y 1897. Es el procedimiento utilizado por todos los sofistas de todos los tiempos: tomar ejemplos que corresponden a ciencia cierta a situaciones completamente distintas. Las guerras anteriores, que se nos ponen como ejemplo, representaban la "continuación de la política" de unos movimientos nacionales de la burguesía que habían durado muchos años e iban dirigidos contra el yugo extranjero y contra el absolutismo (turco y ruso). En aquel entonces no se podía plantear otra cuestión que no fuese la del triunfo de qué burguesía preferir. Los marxistas podían *exhortar de antemano* a los pueblos para que llevasen a cabo guerras de este tipo, *atizando* el odio nacional, como exhortó Marx en 1848 y más tarde, cuando exhortó a la guerra contra Rusia, y como hizo Engels en 1859, al atizar el odio nacional de los alemanes contra sus opresores, Napoleón III y el zarismo ruso*.

Comparar la "continuación de la política" de lucha contra el feudalismo y el absolutismo, de la política de la burguesía que se está emancipando, con la "continuación de la política" de una burguesía decrépita, *es decir*, imperialista, *es decir*, de una burguesía reaccionaria y que ha desvalijado a todo el mundo, de una burguesía que, aliada al feudalismo, oprime al proletariado, equivale a comparar leguas con arrobas. Es como si comparásemos a unos "representantes de la burguesía" como Robespierre, Garibaldi o Zheliábov con unos "representantes de la burguesía" como Millerand, Salandra o Guchkov. No se puede ser marxista sin sentir el más profundo respeto por los grandes revolucionarios burgueses a quienes la historia confirió el derecho de hablar en nombre de las "patrias" burguesas, que en la lucha contra el feudalismo elevaron a una vida civilizada a decenas de millones de personas de las nuevas naciones. Tampoco se puede ser marxista sin sentir desprecio por la sofistería de Plejánov y Kautsky, que hablan de "defensa de la patria" cuando los imperialistas alemanes estrangulan a Bélgica o cuando los imperialistas de Inglaterra, Francia, Rusia e Italia se confabulan para desvalijar a Austria y Turquía.

Otra teoría "marxista" del socialchovinismo: el socialismo se basa en el rápido desarrollo del capitalismo; el triunfo de mi país acelerará el desarrollo del capitalismo en él y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo; la derrota de mi país frenará su desarrollo económico y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo. Esta teoría struvista es sustentada en nuestro país por Plejánov, y entre los alemanes, por Lensch y los demás. Kautsky polemiza con esta teoría vulgar, con Lensch, que la defiende abiertamente y con Cunow, que la defiende de manera solapada; pero la polémica de Kautsky sólo tiene por objeto lograr la reconciliación de los socialchovinistas de todos los países mediante una teoría chovinista más sutil y más jesuítica.

No tenemos por qué dedicar mucho tiempo al análisis de esta teoría vulgar. *Las Notas críticas* de Struve fueron publicadas en 1894, y en estos 20 años los socialdemócratas rusos han llegado a conocer a fondo esta "modalidad", de los burgueses rusos instruidos, de pasar de contrabando sus ideas y aspiración con la etiqueta de "marxismo", de un *marxismo depurado* de contenido revolucionario. Como lo demuestran con particular evidencia los últimos acontecimientos, el struvismo no es sólo una tendencia rusa; es también una tendencia internacional de los teóricos de la burguesía que tratan de matar el marxismo "con dulzura", de ahogarlo a fuerza de abrazos, con un seudoreconocimiento de "todos" los aspectos y elementos "verdaderamente científicos" del marxismo, *a excepción* de sus elementos "de agitación", "demagogia" y "utopía blanquista"[200]. En otros términos: tomar del marxismo todo lo que es aceptable para la burguesía liberal, incluso la lucha por reformas, incluso la lucha de las clases (menos la dictadura del proletariado), incluso el reconocimiento "general" de los "ideales socialistas" y la sustitución del capitalismo por un "régimen nuevo", y rechazar "únicamente" el alma viva del marxismo,

* A propósito, el señor Gardenin califica en *Zhizn*[199] de "chovinismo revolucionario" -pero, a pesar de todo, chovinismo- la actitud que Marx tuvo en 1848 a favor de una guerra revolucionaria contra los pueblos de Europa que, de hecho, se habían mostrado contrarrevolucionarios, a saber: "los eslavos y, sobre todo, los rusos". Este reproche dirigido contra Marx tan sólo demuestra una vez más el oportunismo (o mejor dicho y la falta absoluta de seriedad) de este socialrevolucionario "de izquierda". Nosotros, los marxistas, siempre hemos estado y estamos por la guerra *revolucionaria* contra los pueblos *contrarrevolucionarios*. Por ejemplo: si el socialismo *triunfase* en América o en Europa en 1920, y el Japón y China, supongamos, lanzaran *entonces* contra nosotros -aunque sólo fuese al principio en el terreno diplomático- a sus Bismarcks, nosotros nos pronunciaríamos *por* la guerra ofensiva revolucionaria contra ellos. ¿Le extraña, señor Gardenin? ¡Es que usted es un revolucionario del tipo de Ropshin!

"únicamente" su contenido revolucionario.

El marxismo es la teoría del movimiento emancipador del proletariado. Se comprende, por tanto, que los obreros conscientes deban prestar gran atención al proceso de sustitución del marxismo con el struvismo. Las fuerzas motrices de este proceso son múltiples y variadas. Sólo indicaremos las tres principales. 1) El desarrollo de la ciencia proporciona cada vez más datos demostrativos de que Marx tiene razón. Fuerza es combatirlo con doblez, sin manifestarse abiertamente contra los fundamentos del marxismo, sino simulando su reconocimiento, vaciando su contenido mediante sofismas, convirtiéndolo en un santo "icono", inofensivo para la burguesía. 2) El desarrollo del oportunismo entre los partidos socialdemócratas fomenta esa "revisión" del marxismo que lo adapta de manera que sirva de justificante a toda clase de concesiones al oportunismo. 3) El período del imperialismo es el período del reparto del mundo entre las "grandes" naciones, entre las naciones privilegiadas que oprimen a todas las demás. Las migajas del botín proporcionado por estos privilegios y por esta opresión van a parar, indudablemente, a manos de ciertas capas de la pequeña burguesía y de la aristocracia y burocracia obreras. Como minoría insignificante del proletariado y de las masas trabajadoras, estas capas tienden al "struvismo", pues les ofrece una justificación de su alianza con "su" burguesía nacional, contra las masas oprimidas de *todas* las naciones. Más adelante aún tendremos ocasión de insistir sobre este tema, en relación con las causas de la bancarrota de la Internacional.

IV

La teoría más sutil del socialchovinismo, la que con más habilidad ha adoptado una apariencia científica e internacionalista es la del "ultraimperialismo", ofrecida por Kautsky. He aquí la exposición más clara, exacta y nueva de la misma, hecha por su propio autor:

> "El repliegue del movimiento proteccionista en Inglaterra, la reducción de los aranceles en Norteamérica, la tendencia al desarme, el rápido descenso experimentado por la exportación de capitales de Francia y Alemania en los años que han precedido a la guerra y, por último, el creciente entrelazamiento internacional de las distintas camarillas del capital financiero me han impulsado a sopesar la posibilidad de que la actual política imperialista pueda ser remplazada por una política nueva, ultraimperialista, que sustituya la lucha entre los capitales financieros nacionales con una explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido a escala internacional. Esta nueva fase del capitalismo es, en todo caso, concebible. No sabemos si será realizable, para ello nos faltan aún las premisas necesarias" (*Neue Zeit*, núm, 5, del 30 de abril de 1915, pág. 144).
>
> "...En este sentido, el curso y el desenlace de la guerra presente pueden desempeñar un papel decisivo. La guerra puede aplastar por completo los débiles gérmenes del ultraimperialismo, avivando también al extremo el odio nacional entre los capitalistas financieros, intensificando la carrera de los armamentos y el afán de adelantarse unos a otros en este terreno y haciendo así inevitable una segunda guerra mundial. En tal caso, los pronósticos hechos en mi folleto *El camino al poder* se cumplirán en proporciones espantosas, se agravarán más aún las contradicciones de las clases, así como la consunción moral (literalmente *Abwirtschaftung*, bancarrota) del capitalismo"... (Debemos advertir que, por esa palabreja rebuscada, Kautsky entiende pura y simplemente la "hostilidad" al capitalismo de las "capas que se encuentran entre el proletariado y el capital financiero", a saber: "los intelectuales, los pequeños burgueses e incluso los pequeños capitalistas")... "Pero la guerra puede terminar de otra manera. Puedo reforzar los débiles gérmenes del ultraimperialismo. Sus enseñanzas (¡bien en esto!) pueden acelerar un tipo de desarrollo que en tiempos de paz se habría hecho esperar mucho. Si las cosas llegan a este punto, es decir, al acuerdo entre las naciones, al desarme, a una paz duradera, entonces las causas que más contribuían antes de la guerra a la creciente consunción moral del capitalismo pueden desaparecer". Esta nueva fase, como es natural, traerá para el proletariado "nuevas calamidades", "tal vez aún peores", pero, "por el momento", "el ultraimperialismo" "podría crear una era de nuevas esperanzas e ilusiones dentro del capitalismo" (pag. 145).

¿Cómo se deduce de esta "teoría" la justificación del socialchovinismo?

De una manera bastante extraña para un "teórico". Véanlo aquí:

Los socialdemócratas alemanes de izquierda dicen que el imperialismo y las guerras por él provocadas no son un fenómeno casual, sino un producto necesario del capitalismo que ha traído la dominación del capital financiero. Por eso es preciso pasar a la lucha revolucionaria de las masas, pues la época del desarrollo relativamente pacífico quedó en el pasado. Los socialdemócratas "de derecha" proclaman brutalmente: puesto que el imperialismo es "necesario", también nosotros debemos ser imperialistas Kautsky, en su papel de "centro", trata de conciliar:

> "Los de la extrema izquierda"-dice en su folleto *El Estado nacional, el Estado imperialista y la Liga de Estados* (Nuremberg 1915)- quieren "oponer" al imperialismo inevitable el socialismo,

es decir, “no sólo la propaganda del mismo, opuesta por nosotros durante medio siglo a todas las formas de dominación capitalista, sino la realización inmediata del socialismo. Esto parece muy radical, pero lo único que puedo hacer es *apartar a todos* los que *no creen* en la realización práctica inmediata del socialismo y empujarles al campo del imperialismo” (pág. 17, subrayado por nosotros).

Al hablar de realización inmediata del socialismo, Kautsky “realiza” un subterfugio, aprovechándose de que en Alemania, sobre todo con la censura militar, no se puede hablar de acciones revolucionarias. Kautsky sabe perfectamente que la izquierda exige del partido la propaganda y preparación inmediatas de acciones revolucionarias, pero de ninguna manera la “realización práctica *inmediata* del socialismo”.

La necesidad del imperialismo implica para la izquierda la necesidad de acciones revolucionarias. La “teoría del ultraimperialismo” sirve a Kautsky *para justificar a los oportunistas*, para presentar las cosas como si éstos no se hubiesen pasado en absoluto al lado de la burguesía, sino simplemente como si “no creyesen” en el socialismo inmediato, esperando que “pueda abrirse” ante nosotros una nueva “era” de desarme y de paz duradera. La “teoría” de Kautsky se reduce única y *exclusivamente* a justificar con la *esperanza* de una *nueva* era pacífica del capitalismo la adhesión de los oportunistas y de los partidos socialdemócratas oficiales a la burguesía y su renuncia a la táctica revolucionaria (es decir, proletaria) durante la *época turbulenta actual* ¡a pesar de las solemnes declaraciones hechas en la resolución de Basilea!

Observen que, lejos de decir que la nueva fase deriva y debe resultar de tales y tales circunstancias y condiciones, Kautsky dice, lisa y llanamente que aún no puede predecir si esta nueva fase será o no “*realizable*”. En efecto, echemos una ojeada a las “tendencias” a la nueva era que nos ha señalado Kautsky. Es asombroso que el autor incluya entre los factores económicos ¡la “tendencia al desarme”! Esto equivale a evadirse de los hechos indudables, que no concuerdan en absoluto con la teoría de la atenuación de las contradicciones, para ocultarse bajo el manto de inocentes palabras e ilusiones pequeñoburguesas. El “ultraimperialismo” de Kautsky -este término, por cierto, no expresa ni mucho menos lo que su autor quiere decir- significa una inmensa *atenuación* de las contradicciones del capitalismo. Se nos dice: “Repliegue del proteccionismo en Inglaterra y en Norteamérica”. ¿Dónde podemos ver aquí la menor tendencia a la nueva era? El proteccionismo de Norteamérica, que había sido llevado al extremo, ha sido debilitado, pero el proteccionismo sigue existiendo, como siguen existiendo los privilegios, los aranceles preferenciales de las colonias inglesas en beneficio de Inglaterra. Recordemos cuál es la base de la sustitución de la precedente época “pacifica” del capitalismo por la época actual, por la época imperialista: la libre competencia da paso a las sociedades monopolistas de los capitalistas; todo el globo está repartido. Es evidente que estos dos hechos (y factores) tienen una importancia verdaderamente mundial: el comercio libre y la competencia pacifica eran posibles y necesarios cuando el capital no encontraba obstáculos para aumentar sus colonias y apoderarse en África y otros lugares de las tierras libres; además, la concentración del capital era todavía débil, no había aún empresas monopolistas, es decir, empresas tan gigantescas que llegasen a dominar en ramas *enteras* de la industria. La aparición y el desarrollo de estas empresas monopolistas (es de suponer que este proceso no se ha detenido ni en Inglaterra ni en Norteamérica, y hasta el propio Kautsky difícilmente se atreverá a negar que la guerra lo ha acelerado y acentuado) hacen *imposible* la anterior competencia libre, a la que priva de toda base, mientras que la división del globo *obliga* a pasar de la expansión pacífica a la lucha armada por un *nuevo reparto* de las colonias y esferas de influencia. Es ridículo pensar que el *debilitamiento* del proteccionismo en dos países pueda cambiar algo tal estado de cosas.

Prosigamos. La disminución de la exportación de capitales en *dos* países en unos cuantos años. Según las estadísticas, por ejemplo, de Harms de 1912, estos dos países, Francia y Alemania, tenían cerca de 35.000 millones de marcos (unos 17.000 millones de rublos) cada uno invertidos en el extranjero, e Inglaterra sola, el doble[*]. El aumento de la exportación de capitales bajo el régimen capitalista nunca ha sido ni podía ser uniforme. Kautsky no puede insinuar siquiera que la acumulación del capital haya disminuido o que la capacidad del mercado interior haya sufrido cambios sensibles, como, por ejemplo, a consecuencia de un considerable mejoramiento de la situación de las masas. En estas condiciones, es completamente imposible deducir el advenimiento de una nueva era del descenso experimentado en unos cuantos años por la exportación de capitales de dos países.

“El creciente entrelazamiento internacional de las camarillas del capital financiero”. Esta es la única tendencia verdaderamente general e indudable, y no de unos cuantos años ni de dos países, sino de todo el mundo y de todo el capitalismo. Mas ¿por qué se ha

---

[*] Véase: Bernhard Harms. *Problemas de la economía mundial*, Jena, 1912. George Paish. Inversiones de capitales británicos en las colonias, en la Revista de la Real Sociedad de Estadística, vol. LXXIV, 1910/11, pág. 167. Lloyd George, en un discurso pronunciado a principios de 1915, estimó que los capitales ingleses invertidos en el extranjero ascendían a 4.000 millones de libras esterlinas, es decir, a unos 80.000 millones de marcos.

de inferir de esto la tendencia al desarme y no la tendencia al rearme, como ha ocurrido hasta ahora? Tomemos cualquiera de las compañías mundiales dedicadas a la fabricación de cañones (y de armamentos en general), como, por ejemplo, la Armstrong. Recientemente, la revista inglesa *The Eeonomist*[201] (del 1 de mayo de 1915) informaba que los beneficios de esta compañía se habían elevado de 606.000 libias esterlinas (unos 6.000.000 de rublos) en 1905/6 a 856.000 en 1913 y a 940.000 (9.000.000 de rublos) en 1914. El entrelazamiento del capital financiero es aquí muy grande y aumenta sin cesar. Los capitalistas alemanes "participan" en los negocios de la compañía inglesa, las compañías inglesas construyen submarinos para Austria, etc. El capital entrelazado a escala internacional hace magníficos negocios con los armamentos y las guerras. Pero deducir de la fusión y el entrelazamiento de los distintos capitales nacionales en un todo único internacional una tendencia económica al desarme equivale a sustituir la agudización real de las contradicciones de clase con piadosas ilusiones pequeñoburguesas en un debilitamiento de esas contradicciones.

V

Kautsky habla de las "enseñanzas" de la guerra en un perfecto espíritu pequeñoburgués presentando estas enseñanzas como una especie de horror moral ante las calamidades de la guerra. He aquí, por ejemplo, sus razonamientos expuestos en el folleto *El Estado nacional*, etc.:

> "No ofrece duda ni requiere demostración la existencia de capas vivamente interesadas en la paz universal y en el desarme. Los pequeños burgueses y los pequeños campesinos, e incluso muchos capitalistas e intelectuales no están atados al imperialismo por intereses más fuertes que el daño experimentado por estas capas a consecuencia de la guerra y de los armamentos" (pág. 21).

¡Esto ha sido escrito en febrero de 1915! Los hechos nos indican que todas las clases poseedoras, incluso los pequeños burgueses y los "intelectuales", se han unido en masa al imperialismo; pero Kautsky, igual que el hombre enfundado[202], se desentiende de los hechos con *palabras* melosas y con un aire de absoluta suficiencia. Kautsky no valora los intereses de la pequeña burguesía por la *conducta* de ésta, sino por las palabras de algunos pequeños burgueses, a pesar de que sus actos desmienten a cada pasa estas palabras. Es exactamente igual que si valorásemos los "intereses" de la burguesía en general, no por sus actos, sino por los discursos rebosantes de amor de los curas burgueses, que juran y perjuran que el régimen actual se haya penetrado de las ideas del cristianismo. Kautsky aplica el marxismo en una forma que lo despoja de todo contenido, dejando únicamente la palabreja "interés" en un sentido sobrenatural y espiritualista, pues no se trata de la economía real, sino de los píos deseos del bien común.

El marxismo juzga de los "intereses" por las contradicciones de clase y la lucha de las clases, que se exteriorizan en miles de hechos de la vida cotidiana. La pequeña burguesía sueña con el debilitamiento de las contradicciones y habla de él, recurriendo al "argumento" de que la exacerbación de éstas trae "malas consecuencias". El imperialismo representa la subordinación de todas las capas de las clases poseedoras al capital financiero y el reparto del mundo entre 5 ó 6 "grandes" potencias, la mayoría de las cuales participa hoy día en la guerra. El reparto del mundo entre las grandes potencias significa que todos sus sectores opulentos están *interesados* en la posesión de colonias y esferas de influencia, en el sojuzgamiento de otras naciones, en la obtención de puestos más o menos lucrativos y de privilegios ligados al hecho de pertenecer a una "gran" potencia y a una nación opresora[*].

No es posible seguir viviendo a la antigua, en el ambiente relativamente tranquilo, civilizado y pacífico del capitalismo que evoluciona suavemente y se extiende poco a poco a nuevos países, pues ha llegado una nueva época. El capital financiero *va desalojando* y terminará por desalojar de entre las grandes potencias al país de que se trate, le arrebatará sus colonias y sus esferas de influencia (como amenaza hacerlo Alemania, que se ha lanzado a la guerra contra Inglaterra) y despojará a la pequeña burguesía de los privilegios e ingresos suplementarios que le proporciona el pertenecer a una gran potencia. Esto es un hecho de mostrado por la guerra. Y lo que en realidad *ha conducido* a tal estado de cosas es la agravación de las contradicciones, agravación reconocida desde hace

---

[*] E. Schultze señala que en 1915 se calculaba que la suma total de valores existentes en el mundo era de 732.000 millones de francos, incluidos los empréstitos estatales y municipales, las hipotecas, las acciones de las compañías comerciales e industriales, etc. De esta cantidad correspondían a Inglaterra 130.000 millones de francos, a los Estados Unidos de Norteamérica 115.000 millones, a Francia 100.000 millones y a Alemania 75.000 millones, es decir, a estas cuatro grandes potencias les correspondían 420.000 millones de francos, o sea, más de la mitad del total. Esto nos permite ver cuán enormes son las ventajas y los privilegios logrados por las naciones avanzadas, por las naciones imperialistas, que han adelantado a otros pueblos y los oprimen y expolian. (Dr. Ernst Schultze. El capital francés en Rusia, en Archivos financieros, Berlín, 1915, año 32, pág. 127.) La "defensa de la patria" de las naciones imperialistas es la defensa del derecho al botín proporcionado por la expoliación de otras naciones. En Rusia, como se sabe, el imperialismo capitalista es más débil, pero, en cambio, es más fuerte el imperialismo militar-feudal.

tiempo por todos y que el propio Kautsky reconoce también en su folleto *El camino al poder*.

Pues bien, cuando la lucha armada por los privilegios de gran potencia es ya un hecho, Kautsky se pone a *convencer* a los capitalistas y a la pequeña burguesía de que la guerra es algo terrible, mientras que el desarme es cosa buena; exactamente igual -y con los mismos resultados- que cuando un cura cristiano se dedica a convencer desde el púlpito a los capitalistas de que el amor al prójimo es un mandamiento de Dios, una inclinación del alma y una ley moral de la civilización. Lo que Kautsky llama tendencias económicas del "ultraimperialismo" no son, en realidad, más que intentos pequeñoburgueses de *convencer* a los financieros de que no hagan mal.

¿La exportación de capitales? *Pero* si se exportan más capitales a los países independientes, por ejemplo, a los Estados Unidos de Norteamérica, que a las colonias. ¿Anexión de colonias? *Pero* si ya están todas anexionadas, y casi todas ellas aspiran a la liberación: "la India puede dejar de ser una posesión inglesa, pero nunca caerá, como imperio entero, bajo la dominación extranjera" (pág. 49 del folleto citado). "Todo intento de cualquier Estado capitalista industrial de adquirir un imperio colonial que lo independice del extranjero en cuanto a la obtención de materias primas agrupará contra él a todos los demás Estados capitalistas, arrastrándolo a interminables guerras agotadoras, sin que por ello se vea más cerca de su objetivo. Esta política sería el camino más seguro de llevar toda la vida económica del Estado a la bancarrota" (págs. 72-73).

¿No es esto acaso un intento pequeñoburgués de convencer a los financieros de que renuncien al imperialismo? Asustar a los capitalistas con la bancarrota es lo mismo que aconsejar a los bolsistas que no jueguen en la bolsa, pues "muchos pierden de este modo toda su fortuna". El capital sale *ganando* con la bancarrota del capitalista rival o de la nación rival, concentrándose más aún; por eso, cuanto más aguda y "apretada" es la competencia económica, es decir, el empuje económico a la bancarrota, mayor es la tendencia de los capitalistas a añadir esto el empuje *militar* que precipite al rival a la bancarrota. Cuantos menos son los países a los que se puede exportar el capital de una manera tan ventajosa como a las colonias y a los países dependientes, como, por ejemplo, a Turquía -pues en *estos* casos el financiero obtiene un beneficio triple al conseguido con la exportación de capital a un país libre, independiente y civilizado como los Estados Unidos de Norteamérica-, tanto más *enconada* es la lucha por el sojuzgamiento y el reparto de Turquía, China, etc. Eso es lo que nos dice la teoría económica sobre la época del capital financiero y del imperialismo. Eso es lo que nos dicen los hechos. Pero Kautsky lo convierte todo en una banal "moraleja" pequeñoburguesa: no vale la pena tomar las cosas demasiado a pecho y menos aún hacer la guerra por el reparto de Turquía o la conquista de la India, pues "de todos modos esto no ha de durar mucho"; mejor será desarrollar el capitalismo por vía pacífica... Claro está que sería mucho mejor desarrollar el capitalismo y ampliar el mercado, elevando los salarios: esto es perfectamente "concebible", y exhortar en este sentido a los financieros es un tema muy apropiado para las prédicas de un cura... El buen Kautsky casi ha logrado convencer a los financieros alemanes de que no vale la pena pelear con Inglaterra por las colonias, pues, de todos modos, éstas se emanciparán muy pronto...

El aumento de la exportación a Egipto y de la importación de Egipto fue en Inglaterra menor entre 1872 y 1912 que el aumento experimentado por la exportación y la importación general de este país. Moraleja del "marxista" Kautsky: "No tenemos fundamento alguno para suponer que, sin la ocupación militar de Egipto, el comercio con dicho país hubiese crecido menos bajo la influencia del simple peso de los factores económicos" (pág. 72). "Como *mejor* puede realizar" "el capital su tendencia a la expansión" "no es por los medios violentos del imperialismo, sino por la *democracia pacífica*" (pág. 70).

¡Qué análisis tan maravilloso, qué serio, científico y "marxista" es! Kautsky "corrigió" de manera excelente esta absurda historia y "demostró" que los ingleses no necesitaban en absoluto haber arrebatado Egipto a los franceses, mientras que los financieros alemanes decididamente no tenían por qué haber iniciado la guerra ni organizado la campaña turca, así como otras medidas, para expulsar a los ingleses de Egipto. Todo esto no es más que un malentendido; los ingleses todavía no se han dado cuenta de que "lo mejor de todo" sería renunciar a la violencia contra Egipto y pasar (¡en aras del aumento de la exportación de capitales a lo Kautsky!) a la "democracia pacífica"...

> "Se trataba, claro está, de una ilusión, cuando los librecambistas[203] burgueses suponían que el librecambio iba a suprimir por completo las contradicciones económicas engendradas por el capitalismo: ni el librecambio ni la democracia son capaces de acabar con ellas. Pero nosotros estamos interesados en todos los órdenes en que estas contradicciones sean suprimidas por unas formas de lucha que impliquen para las masas trabajadoras un mínimo de sacrificios y sufrimientos" (pág. 73)...

¡Misericordia, Señor! ¡Apiádate de nosotros! ¿Qué es un filisteo?, preguntaba Lassalle, y contestaba con las célebre palabras del poeta: "El filisteo es una tripa vacía llena de miedo y de esperanza de que Dios se apiade de ella"[204].

Kautsky ha prostituido el marxismo hasta

extremos inconcebibles y se ha convertido en un auténtico cura. Y el cura trata de *convencer* a los capitalistas de que deben pasar a la democracia pacífica, y a esto lo llama dialéctica: si en un principio existió el librecambio, y después el monopolio y el imperialismo, ¿por qué no ha de existir el "ultraimperialismo" y otra vez el librecambio? El cura *consuela* a las masas oprimidas, describiéndoles los beneficios proporcionados por ese "ultraimperialismo", aunque este cura ni siquiera se compromete a decir si tal "ultraimperialismo" es "realizable". Feuerbach señala justamente a los que defienden la religión con el argumento de que ésta consuela al hombre, el carácter reaccionario de los consuelos: quien consuela al esclavo en vez de empujarlo a la sublevación contra la esclavitud ayuda a los esclavistas.

Todas las clases opresoras sin excepción necesitan, para salvaguardar su dominación, dos funciones sociales: la función del verdugo y la función del cura. El verdugo ha de ahogar la protesta y la indignación de los oprimidos. El cura ha de consolar a los oprimidos, ofreciéndoles unas perspectivas (esto es sobre todo muy cómodo cuando no se responde de que estas perspectivas sean "realizables"...) de que, manteniéndose la dominación de clase, han de dulcificarse sus sufrimientos y sacrificios, con lo cual ha de conciliarlos con esa dominación, apartarlos de las acciones revolucionarias, socavar su espíritu revolucionario y destrozar su firmeza revolucionaria. Kautsky ha convertido el marxismo en la teoría contrarrevolucionaria más repulsiva y estúpida, en el más sucio clericalismo.

En 1909, en su folleto *El camino al poder*, Kautsky reconoce la agudización -que nadie ha refutado y que es irrefutable- de las contradicciones del capitalismo, la proximidad de una época de guerras y de revoluciones, la proximidad de un nuevo "período revolucionario". No puede haber una revolución "prematura", dice, y califica de "traición flagrante a nuestra causa" la renuncia a contar con la posibilidad del triunfo de la insurrección, aunque antes de la lucha tampoco se puede negar la posibilidad de la derrota.

Llegó la guerra. Las contradicciones se han agudizado *aún más*. Los sufrimientos de las masas han adquirido proporciones gigantescas. La guerra se prolonga, y su campo de acción se extiende más y más. Kautsky escribe folleto tras folleto, obedece sumisamente las órdenes del censor, no cita datos que revelen el saqueo de territorios, los horrores de la guerra, las ganancias escandalosas de los proveedores de armas, la carestía de la vida y la "esclavitud militar" de los obreros movilizados; pero, en cambio, prodiga consuelos y más consuelos al proletariado, citando ejemplos de las guerras de la época en que la burguesía era revolucionaria o progresista, de cuando el "propio Marx" deseaba el triunfo de tal o cual burguesía. Kautsky consuela al proletariado con hileras y columnas de números que demuestran la "posibilidad" del capitalismo sin colonias y sin despojos, sin guerras y sin armamentos, que demuestran las ventajas de la "democracia pacífica". Sin atreverse a negar la agravación de los sufrimientos padecidos por las masas ni el advenimiento real y palpable de una situación revolucionaria (¡no se puede hablar de esto!, la censura lo prohíbe...), Kautsky, en actitud lacayuna ante la burguesía y ante los oportunistas, traza la "perspectiva" (aunque *no responde* de que sea "realizable") de unas formas de lucha en la nueva fase, en la que habrá "menos sacrificios y menos sufrimientos"... Tienen toda la razón Franz Mehring y Rosa Luxemburgo cuando, con este motivo, califican a Kautsky de prostituta (*Mädchen für alle*).

* * *

En agosto de 1905 existía en Rusia una situación revolucionaria manifiesta. El zar había prometido la Duma de Bulyguin para "consolar" a las masas que se agitaban. Si la renuncia de los financieros a los armamentos y el acuerdo de una "paz duradera" entre ellos puede llamarse "ultraimperialismo", entonces al régimen consultivo de Bulyguin se le puede dar el nombre de "ultraautocracia". Admitamos por un momento que el día de mañana un centenar de financieros, entre los más importantes del mundo, "entrelazados" en cientos de empresas gigantescas, *prometen* a los pueblos que, después de la guerra, abogarán por el desarme (admitamos esto por un momento con el fin de poder seguir las deducciones políticas que se desprenden de la estúpida teoría de Kautsky). Incluso en este caso sería una flagrante traición al proletariado desaconsejarle de las acciones revolucionarias, sin las cuales todas las promesas y todas las hermosas perspectivas serían sólo un espejismo.

La guerra no sólo ha proporcionado a la clase capitalista ganancias fabulosas y excelentes perspectivas de nuevos despojos (Turquía, China, etc.), de nuevos pedidos por valor de miles de millones, de nuevos empréstitos a interés elevado. La guerra ha proporcionado además, a la clase capitalista, mayores ventajas políticas al escindir y corromper al proletariado. Kautsky contribuye a esta corrupción; Kautsky canoniza esta *escisión* internacional de los proletarios en lucha, ¡*en aras de la unidad* con los oportunistas de la nación "propia", con los Südekum! Y hay quien no comprende que la consigna de unidad de los viejos partidos significa la "unidad" del proletariado nacional con su burguesía nacional y la *escisión* del proletariado internacional

VI

Habían sido escritas ya las líneas precedentes cuando salió a la luz *Neue Zeit* del 28 de mayo (núm

9), con el razonamiento final de Kautsky acerca de la bancarrota de la socialdemocracia" (§7 de sus objeciones a Cuuow). Kautsky mismo ha reunido y resumido de la siguiente manera todos los viejos sofismas en defensa del socialchovinismo, añadiéndoles otro huevo:

> "Es faltar simplemente a la verdad afirmar que la guerra es puramente imperialista, que, al desencadenarse, no había más alternativa que imperialismo o socialismo; afirmar que los partidos socialistas y las masas proletarias de Alemania, Francia y, en muchos aspectos, también de Inglaterra se lanzaron irreflexivamente, obedeciendo tan sólo a la exhortación de un puñado de parlamentarios, a los brazos del imperialismo, traicionaron al socialismo y provocaron así una bancarrota sin precedentes en la historia".

Nuevo sofisma y nuevo engaño de los obreros: la guerra, vean ustedes, ¡no es "puramente" imperialista!

Kautsky vacila de un modo asombroso en cuanto al carácter y a la significación de la guerra actual, con la particularidad de que este jefe de partido elude constantemente las declaraciones precisas y formales de los Congresos de Basilea y Chemnitz con el mismo cuidado con que un ladrón elude el lugar de su último robo. En el folleto sobre *El Estado nacional, etc.*, escrito en febrero de 1915, Kautsky afirmaba que la guerra "es, en fin de cuentas, imperialista" (pág. 64). Ahora hace una nueva salvedad: la guerra no es *puramente* imperialista. ¿Qué más puede ser?

Resulta que, además, ¡es nacional! Kautsky llega a tamaña monstruosidad con esta seudodialéctica "plejanovista":

> "La guerra presente no sólo es un engendro del imperialismo, sino también de la revolución rusa". Ya en 1904 el propio Kautsky había previsto que la revolución rusa habría de resucitar el paneslavismo[205] en una nueva forma, que "una Rusia democrática debe, forzosamente, reavivar en alto grado el afán de los eslavos austriacos y turcos de lograr su independencia nacional... Entonces también se planteará con agudeza la cuestión polaca... Austria se desmembrará, pues con el hundimiento del zarismo se romperá el aro de hierro que mantiene unidos hoy día los elementos que tienden a separarse unos de otros" (este último párrafo lo toma Kautsky de un artículo suyo de 1904)... "La revolución rusa... ha dado un nuevo y poderoso impulso a las aspiraciones nacionales del Oriente y ha añadido a los problemas europeos problemas asiáticos. En la guerra *presente*, *todos estos problemas* se dejan sentir en forma turbulenta y adquieren una importancia decisiva para el estado de ánimo de las masas *populares*, incluidas las masas *proletarias*, mientras entre las clases dominantes prevalecen las tendencias imperialistas" (pág. 273, subrayado por nosotros).

¡He aquí otra muestra de prostitución del marxismo! Puesto que una "Rusia democrática" reavivaría el afán de libertad de las naciones del Este europeo (esto es indudable), la guerra actual, que no libera a ninguna nación y que, cualquiera que sea su fin, esclaviza a muchas, no es, *por tanto*, una guerra "puramente" imperialista. *Puesto que* el "hundimiento del zarismo" significaría el desmembramiento de Austria en virtud del carácter antidemocrático de su estructura nacional, el zarismo contrarrevolucionario, temporalmente fortalecido al despojar a Austria y al llevar una opresión *aún mayor* a las naciones de Austria, ha imprimido, *por tanto*, a la "guerra actual" un carácter que no es puramente imperialista, sino, en cierta medida, nacional. *Puesto que* las "clases dominantes" engañan a los estúpidos pequeños burgueses y a los campesinos atrasados con cuentos acerca de los objetivos nacionales de la guerra imperialista, un hombre de ciencia, un hombre prestigioso del "marxismo", un representante de la II Internacional tiene, *por tanto*, el derecho de recurrir a la siguiente "fórmula" para que las masas se resignen y acepten este engaño: las clases dominantes tienen tendencias imperialistas, mientras que el "pueblo" y las masas proletarias tienen aspiraciones "nacionales".

¡La dialéctica convertida en la sofistería más vil y miserable!

El *único* elemento nacional de la guerra presente es la lucha de Serbia contra Austria (lo cual, dicho sea de paso, ha sido señalado en la resolución de la Conferencia de Berna de nuestro partido[206]). Sólo en Serbia y entre los serbios es donde tenemos un movimiento de liberación nacional que cuenta con muchos años de existencia, que abarca a millones de seres -a las "masas populares"- y cuya "continuación" es la guerra de Serbia contra Austria. Si esta guerra fuese una guerra aislada, es decir, si no estuviese ligada a la guerra europea, a los objetivos egoístas y rapaces de Inglaterra, Rusia, etc., todos los socialistas estarían *obligados* a desear el triunfo de la *burguesía* serbia: ésta es la única conclusión acertada y absolutamente necesaria que se deduce del elemento nacional de la guerra presente. ¡Y ésta es precisamente la que no hace el sofista Kautsky, que hoy día se encuentra al servicio de los burgueses, de los clericales y de los generales austriacos!

Prosigamos. La dialéctica de Marx, última palabra del método evolucionista científico, proscribe precisamente ese análisis aislado, es decir, unilateral y monstruosamente deformado de los problemas. El elemento nacional de la guerra serbio-austriaca no tiene ni puede tener *ninguna* importancia seria en la guerra europea. Si vence Alemania, ésta ahogará a Bélgica, una parte más de Polonia, tal vez una parte

de Francia, etc. Si vence Rusia, ésta ahogará a Galitzia, una parte más de Polonia, Armenia, etc. Si hay "empate", se mantendrán la vieja opresión nacional. Para Serbia, es decir, para una centésima parte de los que participan en la guerra actual, ésta es una "continuación de la política" del movimiento burgués de liberación. Para las otras noventa y nueve centésimas partes, la guerra es una continuación de la política imperialista, es decir, de la política de una burguesía decrépita, capaz de corromper, pelo no de emancipar a las naciones. Al "liberar" a Serbia, la Triple Entente *vende* los intereses de la libertad serbia al imperialismo italiano a cambio de la ayuda de éste en el despojo de Austria.

Todos estos son hechos universalmente conocidos y que han sido desfigurados sin ningún escrúpulo por Kautsky con el fin de justificar a los oportunistas. En la naturaleza y en la sociedad *no existen* ni pueden existir fenómenos "puros". Así nos lo enseña precisamente la dialéctica de Marx, la cual señala que el concepto mismo de pureza implica cierta estrechez, cierta unilateralidad del conocimiento humano, que no abarca completamente el objeto en toda su complejidad. En el mundo no hay ni puede haber capitalismo "puro", sino que siempre hay *mezclas* de capitalismo y feudalismo, de capitalismo y elemento pequeñoburgués u otra cosa cualquiera. Por eso, recordar que la guerra no es "puramente" imperialista en unos momentos en que se trata del patente engaño de las "masas populares" por los imperialistas, que encubren a sabiendas sus propósitos de franca rapiña con una fraseología "nacional", es ser un pedante de lo más obtuso o un marrullero y un falsario. Todo consiste en que Kautsky *contribuye* al engaño del pueblo por los imperialistas cuando dice que "para las masas populares, incluidas las masas proletarias, tenían una importancia decisiva" los problemas nacionales, *mientras que* para las clases dominantes la tienen las "tendencias imperialistas" (pág. 273), y cuando "corrobora" esto con una alusión seudodialéctica a la "realidad infinitamente variada" (pág. 274). ¡Santa verdad! La realidad es, sin ningún género de duda, infinitamente variada. Peno no menos indudable es que en esta infinita variedad existen dos corrientes básicas y fundamentales: el contenido objetivo de la guerra es la "continuación de la política" del imperialismo, es decir, del pillaje de otras naciones por la burguesía decrépita de las "grandes potencias" (y por los gobiernos de éstas), mientras que la ideología dominante "subjetiva" son frases "nacionales" difundidas para engañar a las masas.

Ya hemos analizado el viejo sofisma de Kautsky, repetido por él sin cesar, de que la "izquierda" representaba las cosas como si, "al iniciarse la guerra", la única alternativa fuese imperialismo o socialismo. Esto es una tergiversación indecorosa, pues Kautsky sabe muy bien que la izquierda planteó *otra* alternativa: la adhesión del partido a la rapiña y al engaño imperialista o la propaganda y la preparación de acciones revolucionarias. Kautsky sabe también que sólo la censura impide que los "izquierdistas" destruyan en Alemania la absurda fábula difundida por él en su deseo de servir lacayunamente a los Südekum.

En cuanto a las relaciones entre las "masas proletarias" y el "puñado de parlamentarios", Kautsky lanza aquí una de las objeciones más manoseadas:

> "Dejemos a un lado a los alemanes para no abogar *pro domo sua*, pero ¿quién se pondrá a afirmar en serio que unos hombres como Vaillant y Guesde, Hyndman y Plejánov se han convertido de la noche a la mañana en unos imperialistas y en unos traidores al socialismo? Dejemos a un lado a los parlamentarios y a las "instancias"..." (Kautsky alude evidentemente a la revista *La Internacional* de Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, donde se prodiga un desprecio merecido a la política de las instancias, o sea, de los medios dirigentes oficiales del Partido Socialdemócrata Alemán, de su Comité Central -el *Vorstand*-, de su minoría parlamentaria, etc.)"... pero ¿quién se atreverá a afirmar que, para cuatro millones de proletarios alemanes conscientes, basta la orden de un puñado de parlamentarios para dar media vuelta a la derecha en 24 horas y colocarse frente a sus objetivos de ayer? Si tal cosa fuese cierta, eso sería, naturalmente, ha prueba de una horrible bancarrota, y no sólo de nuestro partido, sino también de las *masas* (subrayado por Kautsky). Si las masas fuesen un rebaño de ovejas tan falto de carácter, podríamos dejar que nos enterrasen" (pág. 274).

Como político y como hombre de ciencia, el prestigiosísimo Carlos Kautsky se ha hecho enterrar ya por su conducta y por su apelación a lamentables subterfugios. Quien no lo haya comprendido así, o por lo menos no se haya dado cuenta de ello, es caso perdido para el socialismo; por eso Mehring, Rosa Luxemburgo y sus partidarios han adoptado en *La Internacional* el único tono que corresponde a este caso al tratar a Kautsky y consortes como a los sujetos más despreciables.

Fíjense en esto: los *únicos* que *podían* expresar su actitud ante la guerra con cierta libertad (es decir, sin ser inmediatamente detenidos y llevados a un cuartel y sin correr el riesgo inminente de ser fusilados) eran "un puñado de parlamentarios" (que votaron con toda libertad, haciendo uso de su derecho, y que podían haber votado perfectamente en contra, por lo que ni siquiera en Rusia se maltrató, se apaleó, ni incluso se detuvo a ningún diputado), un puñado de funcionarios, de periodistas, etc. Ahora Kautsky, con toda nobleza, achaca a las *masas* la traición y la falta de carácter de esa *capa* social, de cuyos *vínculos* con

la táctica y la ideología del oportunismo ¡ha escrito decenas de veces el propio Kautsky durante años y años! La primera y la más esencial de las reglas de la investigación científica en general, y de la dialéctica marxista en particular, exige que el escritor examine las *relaciones* existentes entre la actual lucha de *tendencias* en el seno del socialismo -de la tendencia que habla y grita acerca de la traición y que toca a rebato con este motivo, y de la que no ve la traición- y la lucha llevada a cabo anteriormente, durante *decenios enteros*. Kautsky no dice una palabra acerca de esto y ni si quiera desea plantear la cuestión de las tendencias y *corrientes*. Hasta ahora había corrientes, ¡pero ahora ya no existen! Ahora no hay más que los nombres sonoros de los hombres de "prestigio", que las almas serviles sacan siempre a relucir. Y resulta muy cómodo en este caso remitirse los unos a los otros y tapar amigablemente los "pecadillos", según la regla de que una mano lava a la otra. ¡Cómo puede hablarse de oportunismo, cuando... se trata de Guesde, Plejánov y Kautsky!, exclama L. Mártov en una conferencia pronunciada en Berna (véase el núm. 36 de *Sotsial-Demokrat*). Hay que tener más cuidado cuando se acusa de oportunismo a hombres como Guesde, escribe Axelrod (*Golos*, núm. 86 y 87). No voy a defenderme ¡pero... Vaillant y Guesde, Hyndman y Plejánov!, corea Kautsky en Berlín. ¿Por qué alaba el cuclillo al gallo? Porque el gallo alaba al cuclillo[207].

En su ardor lacayuno, Kautsky llega al extremo de besarle la mano hasta a Hyndman, a quien presenta como si apenas ayer se hubiese pasado al imperialismo. Pero el propio *Neue Zeit* y decenas de periódicos socialdemócratas de todo el mundo habían hablado ya, durante *muchos años*, del imperialismo de Hyndman. Si a Kautsky le interesase de verdad la biografía política de las *personas* nombradas por él, debería ver si esa biografía contiene rasgos y hechos que han estado preparando el paso al imperialismo en una decena de años, y no "en un día"; si Vaillant no fue prisionero de los jauresistas[208] y Plejánov de los mencheviques y liquidadores; si la *tendencia* de Guesde[209] no agonizó a la vista de todos en la revista guesdista *Le Socialisme*[210], de una inercia y una ineptitud ejemplares e incapaz de adoptar una posición independiente en ningún problema de importancia; debería ver si Kautsky (añadiremos para quienes lo sitúan también -y con plena razón- al lado de Hyndman y de Plejánov) no dio pruebas de falta de carácter en la cuestión del millerandismo, al comienzo de la lucha contra la bernsteiniada, etc.

Pero no vemos ni el menor asomo de interés por el estudio científico de la biografía de estos líderes. Ni siquiera un intento de ver si estos líderes se defienden ahora con *sus propios* argumentos o se limitan a repetir los argumentos de los oportunistas y de los burgueses; de ver si las acciones de estos líderes han adquirido una seria importancia política como resultado de la particular influencia ejercida por ellos o a consecuencia de su incorporación a una corriente extraña, verdaderamente "influyente" y apoyada por la organización militar, es decir, a la tendencia burguesa. Kautsky no hace siquiera una tentativa de estudiar esa cuestión; sólo se ocupa de despistar a las masas, de ensordecerlas con un estrépito de nombres prestigiosos, de impedirles que planteen con claridad la cuestión que se debate y hagan un análisis completo de ella*.

> "...A una orden de un puñado de parlamentarios, una masa de cuatro millones de personas dio media vuelta a la derecha..."

Aquí cada palabra es una mentira. La organización del partido alemán no contaba con cuatro millones, sino con un millón de afiliados; y la voluntad única de esta organización de masas (como la de cualquier organización) la expresaba *exclusivamente* su centro político único, un "puñado" que traicionó al socialismo. Este puñado de hombres fue consultado, se le invitó a votar, pudo votar, pudo escribir artículos, etc. Las masas, en cambio, no fueron consultadas. No sólo no se les permitió votar, sino que fueron divididas y arrastradas "*por orden*" de las autoridades militares y no de un puñado de parlamentarios. La organización militar estaba presente; *sus* jefes no habían traicionado; y esa organización movilizaba a la "masa" *individualmente*, presentándole este ultimátum: la incorporación a filas (siguiendo el consejo de sus líderes) o el paredón. La masa no podía actuar organizada, pues su organización, creada de antemano y personificada en el "puñado" de los Legien, de los Kautskv y de los Scheidemann, había traicionado a la masa, y para crear una *nueva* organización se requiere tiempo, se requiere la decisión de arrojar por la borda la vieja organización caduca y podrida.

Kautsky trata de rebatir a sus adversarios, los de la izquierda, atribuyéndoles el absurdo de que éstos habían planteado la cuestión de modo que las "masas", en "respuesta" a la guerra, deberían haber hecho la revolución "en 24 horas" e implantado el

---

* La alusión de Kautsky a Vaillant y a Guesde, a Hyndman y a Plejánov es característica, además, por otro motivo. Los imperialistas francos como Lensch y Haenisch (sin hablar ya de los oportunistas) se remiten precisamente a Hyndman y a Plejánov para justificar *su propia* política. Y tienen *pleno derecho* de remitirse a ellos y dicen la *verdad*, pues se trata, efectivamente, siempre de la misma política. Kautsky, en cambio, habla despectivamente de Lensch y de Haenisch, de esos radicales que se han vuelto hacia el imperialismo. Kautsky da las gracias a Dios por no parecerse a esos publicanos, por no estar de acuerdo con ellos, por seguir siendo -¡no se rían!- revolucionario. Pero, *de hecho*, la posición de Kautsky es la misma. El chovinista hipócrita Kautsky es mucho más repulsivo con sus frases melosas que los chovinistas simplones David y Heine, Lensch y Haenisch.

"socialismo" contra el imperialismo; en caso contrario, las "masas" habrían dado pruebas de "falta de carácter" y cometido una "traición". Pero esto no es más que un dislate, utilizado hasta ahora por los autores de zafios libelos burgueses y policíacos para "rebatir" a los revolucionarios, al que hoy recurre Kautsky muy ufano. Los adversarios izquierdistas de Kautsky saben perfectamente que la revolución no se "hace", que las revoluciones *surgen* de las crisis y de los virajes históricos que han madurado en virtud de leyes objetivas (independientes de la voluntad de los partidos y de las clases), que las masas privadas de organización carecen de una voluntad única, que la lucha contra la potente organización terrorista militar de los Estados centralizados es una empresa larga y difícil. Las masas traicionadas por sus líderes en el momento crítico *no podían* hacer nada; pero este "puñado" de líderes *tenía toda la posibilidad* y el deber de votar contra los créditos de guerra, de oponerse a la "paz social" y a la justificación de la guerra, de manifestarse a favor de la derrota de *sus* gobiernos, de crear un aparato internacional para la propaganda de la confraternización en las trincheras, de organizar publicaciones clandestinas* que preconizasen la necesidad de pasar a acciones revolucionarias, etc.

Kautsky sabe muy bien que las "izquierdas" de Alemania se refieren precisamente a estas acciones, o mejor dicho a acciones *de este tipo*, y sabe asimismo que dada la censura militar no pueden hablar de esto *directa* y abiertamente. El afán de defender a toda costa a los oportunistas lleva a Kautsky al extremo de cometer la insólita vileza de ocultarse tras los censores militares para atribuir a las izquierdas absurdos evidentes, seguro de que los censores impedirán su desenmascaramiento.

VII

Una importante cuestión científica y política, eludida conscientemente por Kautsky mediante toda clase de subterfugios, con lo que ha proporcionado un enorme placer a los oportunistas, consiste en saber *cómo han podido* traicionar al socialismo los representantes más destacados de la II Internacional.

Esta cuestión, como es natural, no debemos plantearla en el sentido de la biografía personal de tales o cuales hombres de prestigio. Sus futuros biógrafos tendrán que enfocar también este aspecto de la cuestión, pero lo que ahora interesa al movimiento socialista no es esto, sino el estudio del origen histórico, de las condiciones, de la importancia y de las fuerzas de la *corriente* socialchovinista. 1) ¿De dónde procede el socialchovinismo? 2) ¿Qué le ha dado fuerza? 3) ¿Cómo hay que luchar contra él? Este planteamiento de la cuestión es el único serio; reducirlo a una cuestión de "personas" es, en realidad, una simple escapatoria, un subterfugio de sofista.

Para contestar a la primera pregunta debemos ver, primero, si no existe una *relación* entre el contenido ideológico y político del socialchovinismo y algunas de las corrientes que ha habido antes en el seno del socialismo, y, segundo, cuál es la relación que existe, desde el punto de vista de las divisiones políticas reales, entre la actual división de los socialistas en adversarios y defensores del socialchovinismo y otras divisiones históricas anteriores.

Por socialchovinismo entendemos la aceptación de la idea de la defensa de la patria en la presente guerra imperialista, la justificación de la alianza de los socialistas con la burguesía y con los gobiernos de "sus" países en esta guerra, la renuncia a propugnar y apoyar las acciones revolucionarias del proletariado contra "su" burguesía, etc. Es evidente que el principal contenido ideológico y político del socialchovinismo coincide en un todo con las bases del oportunismo. Es *siempre la misma* corriente. En las condiciones de la guerra de 1914-1915, el oportunismo engendra precisamente el socialchovinismo. Lo principal en el oportunismo es la idea de la colaboración entre las clases. La guerra lleva esta idea a su fin lógico, añadiendo a los factores y estímulos ordinarios de la misma otros muchos extraordinarios y obligando a la masa amorfa y dividida, con violencias y amenazas particulares, a colaborar con la burguesía. Esta circunstancia, como es natural, amplía el círculo de los partidarios del oportunismo y explica cumplidamente el paso de muchos radicales de ayer al campo oportunista.

El oportunismo es el sacrificio de los intereses vitales de las masas en aras de los intereses momentáneos de una minoría insignificante de obreros o, dicho en otros términos, la alianza entre una parte de los obreros y la burguesía contra la masa proletaria. La guerra hace que esta alianza sea tanto más patente y forzosa. El oportunismo se ha ido incubando durante decenios por la especificidad de una época de desarrollo del capitalismo en que las condiciones de existencia relativamente civilizadas y pacíficas de una capa de obreros privilegiados los

* A propósito. Para esto no era preciso, ni mucho menos, que en respuesta a la prohibición de escribir sobre el odio y la lucha de las clases se cerrasen todos los periódicos socialdemócratas. Aceptar esta prohibición, como lo hizo *Vorwärts*, era una vileza y una cobardía. Al hacerlo, *Vorwärts* se convirtió en un cadáver *político*. L. Mártov tenía razón cuando señalaba este hecho. Pero se podían haber conservado los periódicos legales, declarando que éstos no eran periódicos de partido *ni* periódicos *socialdemócratas*, sino simplemente prensa al servicio de las necesidades técnicas de una parte de los obreros, es decir, *periódicos no políticos*. ¿Por qué no sería posible la existencia de unas publicaciones socialdemócratas clandestinas, con una *apreciación* de la guerra, y unas publicaciones obreras legales que *no diesen tal apreciación*, pero que no faltasen a la verdad, sino que simplemente la silenciasen?

“aburguesaba”, les proporcionaba unas migajas de los beneficios conseguidos por sus capitales nacionales y los mantenía alejados de las privaciones, de los sufrimientos y del estado de ánimo revolucionario de las masas que eran lanzadas a la ruina y que vivían en la miseria. La guerra imperialista es la continuación directa y la culminación de tal estado de cosas, pues es una guerra por los *privilegios* de las naciones imperialistas, por un nuevo reparto de las colonias entre ellas, por su dominación sobre otras naciones. Defender y consolidar su privilegiada situación de “capa superior” de la pequeña burguesía o de la aristocracia (y de la burocracia) de la clase obrera: he aquí la continuación natural, durante la guerra, de las esperanzas oportunistas pequeñoburguesas y de la táctica que de aquí se desprende; he aquí la base económica del socialimperialismo de nuestros días[*]. La fuerza de la costumbre, la rutina de una evolución relativamente “pacífica”, los prejuicios nacionales, el temor a virajes rápidos y la falta de fe en estos virajes, han sido, como se puede su poner, circunstancias complementarias que han vigorizado el oportunismo y contribuido a la contemporización hipócrita y cobarde con él, so pretexto de que esto es sólo temporal y obedece únicamente a causas y motivos especiales. La guerra transfiguró al oportunismo, cultivado durante decenas de años, lo elevó a una fase superior, aumentó y diversificó sus matices, multiplicó el número de sus partidarios, enriqueció sus argumentos con un montón se sofismas nuevos y fundió la corriente principal del oportunismo con multitud de nuevos riachuelos y arroyos; pero la corriente principal no desapareció. Todo lo contrario.

El socialehovinismo es el oportunismo maduro hasta el punto de que ya no es posible que este absceso burgués siga existiendo como hasta ahora en el seno de los partidos socialistas.

Los que no quieren ver la estrechísima e indisoluble conexión existente entre el socialchovinismo y el oportunismo se aferran a hechos y “casos” aislados: que tal oportunista se ha convertido en internacionalista o que tal elemento de ideas radicales se ha transformado en chovinista. Pero este argumento no es en verdad nada serio cuando se trata del desarrollo de las *corrientes*. En primer lugar, la base económica del chovinismo y del oportunismo en el movimiento obrero es siempre la misma: la alianza de unas reducidas capas superiores del proletariado y de la pequeña burguesía -que aprovechan las migajas de los privilegios de “su” capital nacional- contra las masas proletarias, contra las masas trabajadoras y oprimidas en general. En segundo lugar, el contenido ideológico y político de ambas corrientes es también el mismo. En tercer lugar, la vieja división de los socialistas en corriente oportunista y corriente revolucionaria, división propia de la época de la II Internacional (1889-1914), *corresponde*, en resumidas cuentas, a la nueva división en chovinistas e internacionalistas.

Para convencernos de la exactitud de esta última afirmación, recordemos la regla de que la ciencia social (como toda ciencia en general) trata de fenómenos *generales* y no de hechos aislados. Tomemos diez países europeos: Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Francia y Bélgica. En los ocho primeros, la nueva división de los socialistas (según el internacionalismo) corresponde a la vieja (según el oportunismo): en Alemania, los *Cuadernos Socialistas Mensuales* (*Sozialistische Monatshefte*), fortaleza del oportunismo, se ha convertido en baluarte del chovinismo. Las ideas internacionalistas

---

[*] Unos cuantos ejemplos de la gran importancia concedida por los imperialistas y los burgueses a los privilegios nacionales y "de gran potencia" como arma para dividir a los obreros y apartados del socialismo. En su obra *La gran Roma y la Gran Bretaña* (Oxford, 1912), el imperialista inglés Lucas reconoce que en el Imperio británico de hoy día los hombres de color no gozan de igualdad de derechos (págs. 96-97) y señala que "en nuestro Imperio, cuando los obreros blancos trabajan al lado de los obreros de color, no lo hacen en igualdad de condiciones, sino que el obrero blanco es más bien el capataz del hombre de color" (pág. 98). Erwin Belger, ex secretario de la Alianza Imperial contra los socialdemócratas, en su folleto *La socialdemocracia" después de la guerra* (1915) ensalza la conducta de los socialdemócratas, diciendo que éstos deben convertirse en un "partido puramente obrero" (pág. 43), "nacional", en un "partido obrero alemán" (pág. 45), sin ideas "internacionales utópicas", "revolucionarias" (pág. 44). En una obra dedicada a la inversión de capitales en el extranjero (1907)[211], el imperialista alemán Sartorius von Waltershausen condena a los socialdemócratas alemanes por no prestar atención al "bien de la nación" (pág. 438) -que consiste en la conquista de colonias- y ensalza a los obreros ingleses por su "realismo", manifestado, por ejemplo, en su lucha contra la inmigración. El diplomático alemán Rüdorffer, en su obra sobre los principios de la política mundial[212], destaca el hecho universalmente conocido de que la internacionalización del capital no elimina en absoluto la enconada lucha de los capitales nacionales por el poder, por la influencia, por la "mayoría de las acciones" (pág. 161), y señala que esta enconada lucha arrastra a los obreros (pág. 175). El libro lleva la fecha de octubre de 1913, y el autor habla con una claridad meridiana de los "intereses del capital" (pág. 157) como causa de las guerras modernas; dice que la cuestión de la "tendencia nacional" se convierte en el "eje" del socialismo (pág. 176), que los gobiernos no tienen por qué temer las manifestaciones internacionalistas de los socialdemócratas (pág. 177), de hecho cada vez más nacionales (págs. 103, 110, 176). El socialismo internacional triunfará si logra arrancar a los obreros de la influencia del nacionalismo, pues sólo con la violencia no se consigue nada; pero el socialismo será derrotado si prevalece el sentimiento nacional (págs. 173-174).

son defendidas por la extrema izquierda. En Inglaterra, cerca de las tres séptimas partes del Partido Socialista Británico[213] son internacionalistas (66 votos a favor de la resolución internacional y 84 en contra, según el último recuento), mientras que en el bloque de los oportunistas (el Partido Laborista[214] + los fabianos[215] + el Partido Laborista Independiente[216]) *menos* de la séptima parte son internacionalistas[*]. El núcleo fundamental de los oportunistas en Rusia, la revista liquidacionista *Nasha Zariá*, se convirtió en el núcleo fundamental de los chovinistas. Plejánov y Aléxinski son los que más alborotan, pero nosotros sabemos, aunque no sea más que por la experiencia del quinquenio de 1910-1914, que son incapaces de llevar a cabo una propaganda sistemática entre las masas de Rusia. El núcleo fundamental de los internacionalistas en Rusia lo constituyen el "pravdismo"[217] y la minoría obrera socialdemócrata de Rusia[218] como representante de los obreros avanzados que reconstituyeron el partido en enero de 1912[219].

En Italia, el partido de Bissolati y compañía, netamente oportunista, se ha convertido en un partido chovinista. El internacionalismo está representado por el partido *obrero*. Las *masas* obreras se pronuncian en pro de este partido; los oportunistas, los parlamentarios y los pequeños burgueses optan por el chovinismo. En Italia, durante varios meses, se podía elegir libremente, y la elección no fue hecha al azar, sino en consonancia con la diferente situación de clase de la masa proletaria y de las capas pequeñoburguesas.

En Holanda, el partido oportunista de Troelstra acepta el chovinismo en general (no hay que dejarse engañar por el hecho de que en holanda los pequeños burgueses, lo mismo que los grandes, odien particularmente a Alemania, capaz más que nadie de "tragárselos").El partido marxista encabezado por Gorter y Pannekoek es el que ha dado a internacionalistas consecuentes, sinceros, ardientes y convencidos. En Suecia, el líder oportunista Branting se indigna cuando acusan de traición a los socialistas alemanes, mientras que el líder de la izquierda Höglund afirma que éste es precisamente el punto de vista de algunos de sus partidarios (véase el núm. 36 de *Sotsial-Demokrat*). En Bulgaria, los adversarios del oportunismo, los "tesniakí"[220] acusan en su órgano de prensa (*Novo Vreme*[221]) a los socialdemócratas alemanes de "haber cometido una villanía". En Suiza, los partidarios del oportunista Greulich se muestran inclinados a justificar a los socialdemócratas alemanes (véase su órgano de prensa, el *Volksrecht*[222] de Zúrich), mientras que los partidarios de R. Grimm, hombre de ideas mucho más radicales, han convertido su periódico de Berna (el *Berner Tagwacht*[223]) en órgano de la izquierda alemana. De los diez países, sólo dos, Francia y Bélgica, constituyen una excepción, aunque también aquí, la verdad sea dicha, no observamos falta de internacionalistas, sino su extraordinaria debilidad y abatimiento (en parte por causas bien comprensibles); no olvidemos que el mismo Vaillant confesaba en *L'Humanité*[224] que había recibido de sus lectores cartas de tendencia internacionalista, ¡aunque *ninguna* de ellas fue publicada íntegramente!

En general, si se consideran las corrientes y las tendencias, no se puede menos de reconocer que ha sido precisamente el ala oportunista del socialismo europeo la que ha traicionado al socialismo y se ha pasado al chovinismo. ¿Cuál es el origen de su fuerza, de su aparente omnipotencia en los partidos oficiales? Kautsky, que tan bien sabe plantear problemas históricos, sobre todo cuando se trata de la antigua Roma o de otros ternas análogos que no están muy relacionados con la realidad viva, ahora, cuando el asunto le atañe a él mismo, finge hipócritamente no entender de qué va. Pero la cuestión es de una claridad meridiana. La fuerza gigantesca de los oportunistas y de los chovinistas proviene de *su alianza* con la burguesía, con los gobiernos y con los estados mayores. En Rusia se suele olvidar esto con mucha frecuencia, y se considera que los oportunistas son *una parte* de los partidos socialistas, que en estos partidos siempre han existido y seguirán existiendo dos alas extremas, que todo consiste en evitar los "extremismos" y demás lindezas de este género impresas en letras de molde en todos los catones pequeñoburgueses.

En realidad, la militancia formal de los oportunistas en los partidos obreros no excluye en absoluto el que sean -objetivamente- un destacamento político de la burguesía, vehículos de su influencia y agentes de ella en el seno del movimiento obrero. Cuando Südekum, oportunista de fama erostrática, demostró con toda evidencia esta verdad social, esta verdad de clase, muchos hombres de bien quedaron estupefactos. Los socialistas franceses y Plejánov empezaron a señalar con el dedo a Südekum, aunque bastaba con que Vandervelde, Sembat y Plejánov se mirasen en un espejo para ver reflejado en él *precisamente a Südekum*, con una fisonomía nacional ligeramente modificada. Los miembros del Comité Central (*Vorstand*) alemán que alaban a Kautsky y que son alabados por él se apresuraron a declarar con prudencia, comedimiento y delicadeza (sin nombrar a Südekum) que "no estaban de acuerdo" con la trayectoria de Südekum.

[*] Por lo general se compara *sólo* el Partido Laborista Independiente con el Partido Socialista Británico. Es un error. Lo que se debe tomar no son las formas de organización, sino la esencia del problema. Observen ustedes los diarios: había *dos*, uno de ellos (el *Daily Herald*) del Partido Socialista Británico, y el otro (el *Daily Citizen*) del bloque de los oportunistas. Los diarios expresan el trabajo efectivo de propaganda, de agitación y de organización.

Esto es ridículo, pues, de hecho, en la política práctica del Partido Socialdemócrata Alemán, Südekum solo resultó ser en el momento decisivo más fuerte que un centenar de Haase y de Kautsky (como *Nasha Zariá*[225] sola resultó ser más fuerte que todas las corrientes del Bloque de Bruselas[226] temerosas de romper con ella).

¿Por qué? Pues precisamente porque detrás de Südekum están la burguesía, el gobierno y el Estado Mayor de una gran potencia, que apoyan por miles de medios la política de Südekum, mientras que reprimen por todos los procedimientos la política de sus adversarios, llegando incluso a la prisión y al fusilamiento. Las palabras de Südekum son difundidas en millones de ejemplares de la prensa burguesa (lo mismo que las palabras de Vandervelde, de Sembat y de Plejánov), mientras que las palabras de sus adversarios no *pueden* aparecer en la prensa legal, ¡pues en el mundo existe una censuro militar!

Todos están de acuerdo en que el oportunismo no es fruto del azar, no es un pecado, un desliz, una traición de unos cuantos individuos aislados, sitio el producto social de toda una época histórica. Pero no todos se detienen a pensar en el significado de esta verdad. El oportunismo ha sido cultivado por el legalismo. Los partidos obreros de la época de 1989-1914 debían aprovechar la legalidad burguesa. Cuando llegó lo crisis, fue preciso pasar al trabajo ilegal (y este paso sólo se puede dar con una energía y una decisión extraordinarias, combinadas con toda una serie de ardides de guerra). Para impedir este paso basta *sólo* con Südekum, pues todo el "viejo mundo" -para expresarnos en un sentido histórico-filosófico- lo apoya: pues él, Südekum –para expresarnos en un sentido político-práctico- siempre ha revelado y siempre revelará a la burguesía todos los planes militares de su enemigo de clase.

Es un hecho que todo el Partido Socialdemócrata Alemán (y lo mismo vale decir de los franceses y *demás*) hace únicamente lo que puede agradar a Südekum o lo que puede ser tolerado por Südekum. Nada más *puede* hacerse legalmente. Todas las acciones *honradas* y verdaderamente socialistas se realizan en el Partido Socialdemócrata Alemán *contra* sus organismos centrales, *al margen* de su Comité Central y de su órgano central de prensa, se realizan *infringiendo* la disciplina orgánica y de una manera *fraccional*, en nombre de unos nuevos centros anónimos de un nuevo partido, como es anónimo, por ejemplo, el llamamiento de la "izquierda" alemana publicado en el *Berner Tagwacht* del 31 de mayo de este año[227]. De hecho, esté creciendo, fortaleciéndose y vigorizándose *un nuevo* partido verdaderamente obrero, verdaderamente socialdemócrata y revolucionario, distinto del viejo y podrido partido nacional-liberal de Legien-Südekum-Kautsky-Haase-Scheidemann y compañía[*].

Por eso el oportunista Monitor dejó escapar por imprudencia una profunda verdad histórica, al afirmar en la revista conservadora *Anuario Prusiano*[228] que a los oportunistas (léase: *a la burguesía*) les perjudicaría el que la actual socialdemocracia evolucionase *hacia la derecha*, pues entonces los obreros se apartarían de ella. Los oportunistas (y la burguesía) necesitan precisamente el partido actual, *que agrupa* el ala derecha y el ala izquierda y está representado oficialmente por Kautsky, un hombre capaz de conciliarlo todo con frases fluidas y "perfectamente marxistas". De palabra, para el pueblo, para las masas, para los obreros: socialismo y espíritu revolucionario; de hecho, südekumismo, es decir, alianza con la burguesía en todo momento de crisis seria. Decimos en *todo* momento de crisis, pues no sólo con motivo de la guerra, sino también en ocasión de cualquier huelga política seria, tanto la Alemania "feudal" como la Inglaterra o la Francia "libres y parlamentarias" declararán *inmediatamente*, con uno u otro nombre, el estado de guerra. Quien esté en su sano juicio no podrá dudar de ello.

De ahí se desprende la respuesta a la pregunta que hemos planteado más arriba: ¿cómo hay que luchar contra el socialchovinismo? El socialchovinismo es el oportunismo tan maduro, tan fortalecido y envalentonado durante una larga época de capitalismo relativamente "pacífico", tan cuajado ideológica y políticamente, tan ligado a la burguesía y a los gobiernos que *no es posible* tolerar la existencia de *tal corriente en el seno* de los partidos obreros socialdemócratas. Si aún se pueden tolerar unas suelas delgadas y endebles cuando se tiene que caminar por las calles urbanizadas de una pequeña ciudad de provincias, cuando hay que subir a una montaña son imprescindibles unas suelas gruesas y bien herradas. En Europa el socialismo ya ha

---

[*] Es sumamente característico lo ocurrido antes de la histórica votación del 4 de agosto. El partido oficial ha tapado este hecho con el manto de la hipocresía burocrática: ante la decisión de la mayoría, todos votaron *a favor* como un solo hombre. Pero en la revista *Die Internationale*, Ströbel denunció esta hipocresía y descubrió la verdad. En la minoría parlamentaria socialdemócrata había *dos* grupos, que se presentaron con un *ultimátum* ya preparado, es decir, con una decisión fraccional, es decir, escisionista. Uno de los grupos, el de los oportunistas, integrado por unas 30 personas, decidió, *en cualquier caso*, votar a favor; el otro grupo, el de la izquierda, integrado por unas 15 personas, decidió -con menos firmeza- votar en contra. Cuando el "centro" o la "charca", que no tenía ninguna posición firme, votó con los oportunistas, la izquierda se vio totalmente derrotada y... ¡se sometió! La "unidad" de la socialdemocracia alemana es de cabo a rabo una hipocresía que encubre de hecho la inevitable sumisión a los ultimátums de los oportunistas.

rebasado la etapa relativamente pacífica y encuadrada en estrechos límites nacionales. La guerra de 1914-1915, le ha hecho entrar en la etapa de las acciones revolucionarias, por lo que la ruptura completa con el oportunismo y su expulsión de los partidos obreros están indudablemente a la orden del día.

Es evidente que de esta definición de las tareas planteadas ante el socialismo por la nueva etapa de su desarrollo mundial no se desprende aún de un modo inmediato cuál ha de ser precisamente la rapidez y cuáles han de ser en los distintos países las formas del proceso por el que los partidos revolucionarios socialdemócratas obreros se han de separar de los partidos oportunistas pequeñoburgueses. Pero de ahí sí se desprende la necesidad de comprender claramente que esta división es inevitable y de orientar precisamente desde este punto de vista toda la política de los partidos obreros. La guerra de 1914-1915 es un viraje tan grande de la historia que la actitud ante el oportunismo ya *no puede* seguir siendo la de antes. No es posible negar lo que de hecho ha existido; no es posible borrar de la conciencia de los obreros, ni de la experiencia de la burguesía, ni de las adquisiciones políticas de nuestra época en general, el hecho de que en el momento de la crisis los oportunistas han constituido el núcleo de aquellos elementos que desertaron de los partidos obreros y se pasaron a la burguesía. Antes de la guerra, el oportunismo -si nos referimos a toda Europa- se encontraba, por decirlo así, en la adolescencia. Con la guerra ha llegado a la plena madurez y ya no es posible devolverle su "inocencia" ni su juventud. Ha madurado toda una capa social de parlamentarios, de periodistas, de funcionarios del movimiento obrero, de empleados privilegiados y de ciertos estratos del proletariado, sector social que *se ha fundido* con su burguesía nacional y a la que ésta ha sabido apreciar en su justo valor y "adaptar". No es posible hacer girar hacia atrás o detener la rueda de la historia; pero lo que sí se puede y debe hacer es avanzar sin miedo y pasar de las organizaciones preparatorias y legales de la clase obrera, cautivas del oportunismo, a unas organizaciones revolucionarias del proletariado que sepan *no* limitarse a la legalidad, que sepan ponerse a cubierto de la traición oportunista, a las organizaciones revolucionarias del proletariado que emprende la "lucha por el poder", por el derrocamiento de la burguesía.

Esto demuestra, entre otras cosas, cuán erróneo es el punto de vista de quienes ciegan su conciencia y la conciencia de los obreros al plantear el problema de la actitud que se ha de tener ante tales o cuales figuras prestigiosas de la II Internacional, ante Guesde, Plejánov, Kautsky, etc. En realidad, aquí no existe ningún problema. Si estas personas no comprenden las nuevas tareas, tendrán que quedarse al margen o seguir, como hasta ahora, cautivos de los oportunistas. Si se liberan de su "cautiverio", es poco probable que se encuentren obstáculos *políticos* que impidan su retorno al campo de los revolucionarios. En todo caso, es absurdo sustituir el problema de la lucha entre las corrientes y del cambio de épocas en el movimiento obrero por el del papel que desempeñan ciertos individuos.

VIII

Las organizaciones legales de masas de la clase obrera son tal vez el signo distintivo más importante de los partidos socialistas correspondientes a la época de la II Internacional. Las más fuertes eran las del partido alemán, y fue aquí donde la guerra de 1914-1915 marcó el viraje más profundo y planteó la cuestión de manera más rotunda. Era evidente que el paso a las acciones revolucionarias significaba la disolución de las organizaciones legales por la policía, y el viejo partido, desde Legien hasta Kautsky inclusive, sacrificó los objetivos revolucionarios del proletariado al mantenimiento de las actuales organizaciones legales. Por mucho que se quiera negarlo, el hecho está ahí. El derecho del proletariado a la revolución ha sido vendido por el plato de lentejas de unas organizaciones autorizadas por la ley policíaca vigente.

Veamos el folleto de Carlos Legien, líder de los sindicatos socialdemócratas de Alemania: *¿Por qué los funcionarios sindicales deben tener mayor participación en la vida interior del partido?* (Berlín 1915). Es una conferencia pronunciada por el autor el 27 de enero de 1915 en una reunión de funcionarios del movimiento sindical. En su conferencia, Legien dio lectura a un interesante documento, reproducido en el folleto, y que de otra manera la censura militar no hubiera dejado pasar en ningún caso. Este documento –llamado "material para los conferenciantes del distrito de Niederbarnim" (arrabal de Berlín)- es una exposición de los puntos de vista sustentados por los socialdemócratas de izquierda alemanes, de su protesta contra el partido. Los socialdemócratas revolucionarios -dice el documento- no previeron ni podían prever un factor, a saber:

> "Que toda la fuerza organizada del Partido Socialdemócrata Alemán y de los sindicatos se colocó al lado del gobierno beligerante, toda esta fuerza fue utilizada para aplastar la energía revolucionaria de las masas" (pág. 34 del folleto de Legien).

Esta es una verdad indudable. También es cierta la siguiente afirmación del mismo documento:

> "La votación del 4 de agosto de la minoría socialdemócrata significó que otro punto de vista -por mucho arraigo que tuviera en las masas- no hubiera podido abrirse paso bajo la dirección del partido probado, sino únicamente contra la

voluntad de las instancias del partido, únicamente a condición de vencer la resistencia del partido y de los sindicatos" (lugar citado).

Esta es una verdad indiscutible.

"Si la minoría socialdemócrata hubiese cumplido con su deber el 4 de agosto, probablemente la forma exterior de la organización habría sido destruida, pero habría quedado el espíritu, ese mismo espíritu que animaba al partido durante la Ley de excepción contra los socialistas y le ayudó a vencer todas las dificultades" (lugar citado).

El folleto de Legien señala que la pandillas de "líderes" reunidos por él para que escuchasen su informe, y a los que se titula dirigentes y funcionarios sindicales, *reía a carcajadas* al oír esto. Les pareció *risible* la idea de que se pudieran y debieran crear organizaciones revolucionarias clandestinas (igual que durante la Ley de excepción) en un momento de crisis. Y Legien, fidelísimo perro de presa de la burguesía, se golpeaba el pecho y exclamaba:

"Es una idea a todas luces anarquista: destrozar las organizaciones para provocar la resolución del problema por las masas. No me cabe la menor duda de que es una idea anarquista".

"¡Bien dicho!", gritaba a coro (folleto citado, pág. 37) los lacayos de la burguesía que se titulan líderes de las organizaciones socialdemócratas de la clase obrera.

Edificante cuadro. Esta gente ha sido tan corrompida y tan embrutecida por la legalidad burguesa que ni siquiera le *cabe* en la cabeza la necesidad de otras organizaciones, la necesidad de unas organizaciones *ilegales* que dirijan la lucha revolucionaria. Esta gente ha llegado a imaginarse que los sindicatos legales, existentes por gracia de la autorización policíaca, representan un límite, más allá del cual no se puede pasar; que se puede concebir, en general, el *mantenimiento* de esos sindicatos en época de crisis como sindicatos *dirigentes*. Ahí tienen la dialéctica viva del oportunismo: el simple crecimiento de los sindicatos legales, la simple costumbre de unos filisteos algo obtusos, aunque concienzudos, de no hacer más que llevar libros de contabilidad, ha tenido por consecuencia que en el momento de la crisis estos concienzudos filisteos se han convertido en unos traidores, en unos tránsfugas, en unos *estranguladores* de la energía revolucionaria de las masas. Y esto no ha ocurrido por azar. El tránsito a la organización revolucionaria es una necesidad, lo exige el cambio de la situación histórica, lo reclama la época de las acciones revolucionarias del proletariado; pero este tránsito sólo es posible si se salta por encima de los antiguos líderes, estranguladores de la energía revolucionaria, si *se salta por encima* del viejo partido, *destruyéndolo*.

Pero los filisteos contrarrevolucionarios, como es natural, claman: "¡anarquismo!"; igual que clamaba "anarquismo" el oportunista E. David cuando arremetía contra Carlos Liebknecht. Por lo visto, los únicos socialistas honrados que quedan en Alemania son los dirigentes a quienes los oportunistas acusan de anarquismo...

Tomemos el ejército moderno. Es buen ejemplo de Organización. Y esta organización es buena únicamente porque es *flexible*, a la vez que sabe dotar a millones de hombres de una *voluntad única*. Hoy estos millones de hombres están en sus casas, en distintos lugares del país. Mañana, a la orden de movilización, se reunirán en los puntos señalados. Hoy están en las trincheras, en las que a veces pasan meses enteros. Mañana, agrupados de distinta manera, irán al ataque. Hoy hacen milagros, ocultándose de las balas y de la metralla. Mañana harán milagros, combatiendo a pecho descubierto. Hoy sus destacamentos de vanguardia colocan minas bajo tierra; mañana avanzarán decenas de kilómetros, siguiendo las señales que les hacen los aviadores desde el aire. Esto es lo que se llama una organización, cuando en nombre de un objetivo, animados por una voluntad, millones de hombres cambian las formas de sus relaciones y de sus acciones, cambian el lugar y los métodos de su actividad, cambian los instrumentos y las armas de acuerdo con el cambio de las circunstancias y de las exigencias de la lucha.

Lo mismo podemos decir de la lucha de la clase obrera contra la burguesía. Hoy no existe una situación revolucionaria, no hay condiciones para la efervescencia de las masas, para el incremento de su actividad; hoy le ponen a uno en la mano la papeleta electoral: tómala, aprende a organizarte para golpear con ella a tus enemigos y no para enviar al Parlamento a unos prebendados que se aferran al escaño por temor a la cárcel. Mañana te quitan la papeleta electoral y te ponen en la mano un fusil y un excelente cañón de tiro rápido, última palabra de la técnica: toma estos instrumentos de muerte y destrucción, no prestes oído a los jeremías sentimentales que temen la guerra; en el mundo aún quedan demasiadas cosas que *deben* ser destruidas por el hierro y el fuego para emancipar a la clase obrera, y si en las masas crecen la ira y la desesperación, si hay una situación revolucionaria, prepárate para crear nuevas organizaciones y para *poner en juego* esos instrumentos tan útiles de muerte y destrucción *contra tu* gobierno y *tu* burguesía.

No es fácil hacerlo, no cabe duda. Para ello harán falta arduas acciones preparatorias. Se requerirán muchos sacrificios. Es una *nueva* forma de organización y de lucha, que también *debe ser aprendida*, pero las enseñanzas no se adquieren sin equivocaciones ni derrotas. Esta forma de lucha de

clase es a la participación en las elecciones lo que el ataque es a las maniobras, a las marchas o a la permanencia en las trincheras. En la historia esta forma de lucha está *muy pocas veces* a la orden del día, pero, en cambio, su significación y sus consecuencias se extienden a decenios enteros. Los *días* en que se puede y se debe poner a la orden del día estas formas de lucha equivalen a *veintenas de años* de otras épocas históricas.

Confrontad a C. Kautsky con C. Legien:

> "Mientras el partido era poco numeroso -dice Kautsky-, toda protesta contra la guerra tenía la eficacia propagandística de un acto de valor... La conducta de los camaradas rusos y serbios en estos últimos tiempos ha merecido el reconocimiento general. Cuanto más fuerte es un partido, tanto más se mezclan en los motivos de sus decisiones las consideraciones propagandísticas y la valoración de las consecuencias prácticas, tanto más difícil resulta tener igualmente en cuenta los motivos de uno y otro género, a la vez que no se puede hacer caso omiso de unos ni de otros. Por eso, cuanto más fuertes somos, más fáciles son las divergencias entre nosotros ante cada situación nueva y complicada" (*El internacionalismo y la guerra*, pág. 30).

Estos razonamientos de Kautsky sólo difieren de los de Legien por su hipocresía y pusilanimidad. En realidad, Kautsky apoya y justifica la vil renuncia de los Legien a la actividad revolucionaria, pero lo hace con sordina, sin pronunciarse claramente, escapando con simples alusiones, limitándose a hacer reverencias, lo mismo ante Legien que ante la conducta revolucionaria de los rusos. Nosotros, los rusos, estamos acostumbrados a ver semejante actitud ante los revolucionarios sólo por parte de los liberales: los liberales siempre están dispuestos a reconocer el "valor" de los revolucionarios, pero, al mismo tiempo, por nada del mundo renunciarán a su táctica archioportunista. Los revolucionarios que se precien de tales no aceptarán las "expresiones de reconocimiento" de Kautsky, sino que rechazarán indignados semejante planteamiento de la cuestión. Si no hubiese una manifiesta situación revolucionaria, si no fuese obligatorio propugnar las acciones revolucionarias, entonces la conducta de los rusos y de los serbios sería *errónea*, entonces su táctica sería equivocada. Tengan por lo menos esos caballeros como Legien y Kautsky el valor de sustentar sus propias opiniones y declararlo abiertamente.

Pero si la láctica de los socialistas rusos y serbios es acreedora de "reconocimiento", entonces no es tolerable, es criminal justificar la táctica *opuesta* de los partidos "fuertes", de los partidos alemán, francés, etc. Con la expresión intencionadamente oscura de "consecuencias prácticas" Kautsky *veló* la simple verdad de que los partidos grandes y fuertes *se asustaron* ante la idea de que el gobierno podía disolver sus organizaciones, incautarse de sus cajas y detener a sus líderes. Esto significa que Kautsky justifica la traición al socialismo con la consideración de las desagradables "consecuencias prácticas" de la táctica revolucionaria. ¿No es esto acaso una prostitución del marxismo?

"¡Nos hubieran detenido!", dijo -según aseguran- en una reunión de obreros de Berlín uno de los diputados socialdemócratas que volaron el 4 de agosto a favor de los créditos de guerra. Y los obreros le gritaron en respuesta: "¿Qué mal habría en ello?"

Si no hubiese otra *señal* para transmitir a las masas obreras de Alemania *y de Francia* el espíritu revolucionario y la idea de la necesidad de preparar las acciones revolucionarias, la detención de un diputado por un discurso valiente habría desempeñado un papel útil como llamamiento a la *unificación* de los proletarios de diferentes países en la labor revolucionaria. Esa unificación *no es fácil de lograr*: razón de más para que fuesen precisamente los diputados, que se encuentran arriba y dominan todo el panorama político, quienes *asumiesen la iniciativa*.

No sólo durante la guerra, sino absolutamente en toda agudización de la situación política, sin hablar ya de cualquier acción revolucionaria de las masas, el gobierno del país burgués *más libre* amenazará siempre con la disolución de las organizaciones legales, con la incautación de las cajas, con la detención de los dirigentes y con otras "consecuencias prácticas" de la misma índole. ¿Qué hay que hacer, pues? ¿Justificar por ello a los oportunistas como lo hace Kautsky? Pero eso significa canonizar la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales.

Para un socialista no puede haber más que una conclusión: el legalismo puro, el legalismo exclusivo de los partidos "europeos" ha caducado y se ha convertido, en virtud del desarrollo capitalista de la fase preimperialista, en la base de la política obrera burguesa. Este legalismo debe ser complementado con la creación de una base ilegal, de una organización clandestina, de una labor socialdemócrata ilegal, sin rendir al mismo tiempo ni una sola posición legal. La experiencia demostrará *cómo* debe hacerse esto: lo que hace falta es que haya deseos de emprender este camino y conciencia de su necesidad. Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia demostraron en 1912-1914 que este problema puede ser resuelto. El diputado obrero Muránov –el que mejor se portó ante el tribunal y fue deportado por el zarismo a Siberia- mostró con toda claridad que, además del parlamentarismo *ministerial* (desde Henderson, Sembat y Vandervelde hasta Südekum y

Scheidemann, también perfectamente "ministeriales", ¡sólo que no se les deja pasar de la antesala!), existe también el parlamentarismo *ilegal y revolucionario*. Los Kosovski y los Potrésov pueden entusiasmarse con el parlamentarismo "europeo" de los lacayos o conformarse con él; nosotros no nos cansaremos de repetir a los obreros que *este* legalismo, que *esta* socialdemocracia de los Legien, de los Kautsky y de los Scheidemann no merece más que desprecio.

IX

Resumamos.

La bancarrota de la II Internacional se ha manifestado con la máxima evidencia en la flagrante traición cometida por la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa contra sus convicciones y contra sus solemnes resoluciones de Stuttgart y de Basilea. Pero esta bancarrota, que representa el pleno triunfo del oportunismo, la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales, no es más que el resultado de toda la época histórica de la II Internacional, la época de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Las condiciones objetivas de esta época de transición, que marca el paso de la culminación de las revoluciones burguesas y nacionales en Europa Occidental al comienzo de las revoluciones socialistas, fueron las que engendraron y alimentaron el oportunismo. En algunos países de Europa observamos durante este tiempo la escisión del movimiento objeto y socialista, escisión que sigue, en general, precisamente la línea del oportunismo (Inglaterra, Italia, Holanda, Bulgaria, Rusia), y en otros países una lucha prolongada y tenaz de corrientes siguiendo la misma línea (Alemania, Francia, Bélgica, Suecia, Suiza). La crisis engendrada por la gran guerra arrancó el velo, barrió los convencionalismos, abrió el absceso, desde hacía tiempo maduro, y mostró el oportunismo en su verdadero papel de aliado de la burguesía. Ahora ha llegado el momento en que es indispensable apartar completa y orgánicamente de los partidos obreros a este elemento. La época imperialista no tolera la coexistencia en un mismo partido de los elementos de vanguardia del proletariado revolucionario y la aristocracia semipequeñoburguesa de la clase obrera, que se beneficia con las migajas de los privilegios proporcionados por la condición "dominante" de "su" nación. La vieja teoría de que el oportunismo es un "matiz legítimo" dentro de un partido único y ajeno a los "extremismos" se ha convertido hoy en día en el engaño más grande de la clase obrera, en el mayor obstáculo para el movimiento obrero. El oportunismo franco, que provoca la repulsa inmediata de la masa obrera, no es tan peligroso ni perjudicial como esta teoría del justo medio, que exculpa con palabras marxistas la práctica del oportunismo, que trata de demostrar con una serie de sofismas lo inoportuno de las acciones revolucionarias, etc. Kautsky, el representante más destacado de esta teoría y, a la vez, la figura de mayor prestigio de la II Internacional, se ha revelado como un hipócrita de primer orden y como un virtuoso en el arte de prostituir el marxismo. Entre el millón de militantes del partido alemán no ha quedado ni un solo socialdemócrata más o menos honrado, consciente y revolucionario que no se aparte indignado de esta figura de "prestigio", defendida con tanto calor por los Südekum y los Scheidemann.

Las masas proletarias, abandonadas por cerca de las nueve décimas partes de sus antiguos dirigentes, que se pasaron a la burguesía, se vieron divididas e impotentes ante la orgía chovinista, ante la opresión de la ley marcial y de la censura militar. Pero la situación revolucionaria objetiva, creada por la guerra y cada vez más amplia y más honda, engendra inevitablemente un estado de ánimo revolucionario, templa a los proletarios mejores y más conscientes y los instruye. No sólo es posible, sino que cada vez es más probable, un cambio rápido en el estado de ánimo de las masas semejante al ocurrido en la Rusia de comienzos de 1905, en relación con la "gaponada"[229] cuando en unos cuantos meses, y a veces en unas cuantas semanas, de las capas proletarias atrasadas surgió un ejército de millones de hombres que siguió a la vanguardia revolucionaria del proletariado. No es posible saber si el desarrollo de un potente movimiento revolucionario se producirá a raíz de esta guerra, en el curso de la misma, etc., pero, en todo caso, *sólo* el trabajo en esta dirección merece el nombre de trabajo socialista. La consigna que generaliza y orienta este trabajo, la consigna que contribuye a unir y cohesionar a quienes desean prestar su ayuda a la lucha revolucionaria del proletariado contra su gobierno y contra su burguesía es la consigna de guerra civil.

En Rusia, la separación completa de los elementos proletarios socialdemócratas revolucionarios de los elementos oportunistas pequeñoburgueses ha sido preparada por toda la historia del movimiento obrero. El peor servicio que se le presta corre a cargo de quienes vuelven la espalda a esta historia y declaman contra el "espíritu de fracción", con lo que se ven imposibilitados para comprender el verdadero proceso de formación del partido proletario en Rusia, partido que se va forjando en una lucha de muchos años contra los distintos tipos de oportunismo. De todas las "grandes" potencias que participan en esta guerra, solo Rusia ha pasado en estos últimos años por una revolución. El contenido burgués de esta revolución, en la que el proletariado desempeñó un papel decisivo, no podía menos de provocar una escisión entre las tendencias burguesas y proletarias del movimiento obrero. Durante todo un período de

unos veinte años (de 1894 a 1914), en el que la socialdemocracia rusa ha existido como una organización vinculada al movimiento obrero de masas (y no sólo como corriente ideológica, que era en el período de 1883 a l894) no ha cesado la lucha entre la corriente revolucionaria proletaria y la oportunista pequeñoburguesa. El "economismo" de la época de 1894 a 1902 fue, sin duda, una corriente de este último tipo. Muchos argumentos y muchos rasgos de su ideología -la desfiguración "struvista" del marxismo, las referencias a la "masa" para justificar el oportunismo, etc.- recuerdan de manera asombrosa el actual marxismo envilecido de Kautsky, Cunow, Plejánov y demás. Para trazar un paralelo con el Kautsky de hoy día sería muy conveniente recordar a la actual generación de socialdemócratas la vieja *Rabóchaya Mysl* y *Rabócheie Dielo*.

El "menchevismo" del período siguiente (de 1903 a 1908) fue el continuador directo del "economismo", no sólo en el campo ideológico, sino también en el terreno de la organización. Durante la revolución rusa siguió una táctica que significaba objetivamente la supeditación del proletariado a la burguesía liberal y era la expresión de las tendencias oportunistas pequeñoburguesas. Cuando en el período siguiente (de 1908 a 1914) el caudal principal de la corriente menchevique dio lugar al liquidacionismo, este carácter de clase de dicha corriente se patentizó de tal modo que los mejores representantes del menchevismo protestaron constantemente contra la política del grupo representado por *Nasha Zariá*. Este grupo -el único que en los últimos 5 ó 6 años llevó a cabo entre las masas una labor sistemática *contra* el partido marxista revolucionario de la clase obrera- ¡se mostró como un grupo *socialchovinista* en la guerra de 1914-1915! Y esto en un país donde la autocracia está viva, donde la revolución burguesa está lejos de haber terminado, donde el 43% de la población oprime a la mayoría de las naciones "alógenas". El tipo "europeo" de desarrollo, donde ciertas capas de la pequeña burguesía, sobre todo los intelectuales, y una parte insignificante de la aristocracia obrera pueden "gozar" de los privilegios proporcionados por la condición "dominante" de "su" nación, no podía menos de repercutir en Rusia.

Toda la historia de la clase obrera y del Partido Obrero socialdemócrata de Rusia los ha preparado para la táctica "internacionalista", es decir, una táctica verdadera y consecuentemente revolucionaria.

* * *

P. S. Este artículo estaba ya en caja cuando apareció en la prensa el "manifiesto" escrito por Kautsky y Haase en comandita con Bernstein. Estos señores han visto que las masas se radicalizan y están dispuestos a "reconciliarse" con la izquierda, a condición, claro está, de mantener la "paz" con los Südekum[230] ¡Verdaderas *Mädchen für alle*!

Escrito en la segunda quincena de mayo y la primera mitad de junio de 1915. Publicado en septiembre del mismo año en el núm. 1-2 de la revista "Kommunist", en Ginebra.

T. 26, págs. 209-265.

EL PACIFISMO INGLES Y EL ABORRECIMIENTO INGLES A LA TEORÍA.

En Inglaterra, las libertades políticas han sido infinitamente más amplias hasta la fecha que en otros países de Europa. La burguesía de este país está más acostumbrada que cualquier otra a gobernar y sabe hacerlo. Las relaciones entre las clases están más desarrolladas, en muchos aspectos, son más claras que en los demás Estados La ausencia del servicio militar obligatorio hace que el pueblo se sienta más libre en lo que respecta a su actitud ante la guerra, en el sentido de que todo ciudadano tiene la libertad de negarse a ingresar en el ejército, por lo que el gobierno (en Inglaterra el gobierno tiene el más depurado aspecto de un comité de administración de los asuntos de la burguesía) se ve obligado a hacer los mayores esfuerzos para fomentar el entusiasmo "popular" por la guerra; este objetivo, por lo demás, sería totalmente inalcanzable sin un cambio radical de las leyes vigentes, si la masa proletaria no estuviera completamente desorganizada y desmoralizada por el paso a una política liberal, es decir, burguesa, de una minoría de obreros mejor colocados, cualificados y agrupados en sindicatos. Las tradeuniones inglesas reúnen en sus filas a una quinta parte de los obreros asalariados. Muchos de los dirigentes de estas tradeuniones son liberales, y ya hace tiempo que Marx los llamó agentes de la burguesía.

Todas estas peculiaridades de Inglaterra nos ayudan, por un lado, a comprender con mayor facilidad el fondo del socialchovinismo actual, pues este fondo *es idéntico* en los países autocráticos y en los democráticos, en los países militaristas y en los que no conocen el servicio militar obligatorio; por otro lado, nos ayudan a apreciar, basándonos en hechos, qué significa ese compromiso con el socialchovinismo, que se expresa, por ejemplo, en la exaltación de la consigna de paz, etc.

La expresión más acabada del oportunismo y de la política obrera liberal, es, sin duda alguna, la "Sociedad Fabiana". El lector puede echar un vistazo a la correspondencia de Marx y Engels con Sorge (hay dos ediciones en ruso), y encontrará en ella la brillante definición que de esa Sociedad hace Engels, quien califica a los señores Sidney Webb y Cía. de pandilla de bribones burgueses que desean corromper a los obreros, que desean ejercer sobre ellos una influencia contrarrevolucionaria. Puede afirmarse que ningún dirigente más o menos responsable e influyente de la II Internacional ha intentado nunca, no ya refutar sólo esta apreciación de Engels, sino ni tan siquiera poner en duda su certidumbre.

Pero dejemos por un instante las *teorías* y comparemos ahora los *hechos*. Veremos que, durante la guerra, la *conducta* de los fabianos (véase, por ejemplo, su semanario *The New Statesman*[231]) y del Partido Socialdemócrata Alemán, incluido Kautsky, es *idéntica por completo*; la misma defensa directa e indirecta del socialchovinismo; la misma forma en que esa defensa se une con la disposición a prodigar frases dulzonas, humanitarias y que se dicen casi de izquierda, de todo tipo, sobre la paz, el desarme, etc., etc.

El hecho está a la vista, y por más que a muchos les resulte desagradable, la conclusión que hay que extraer de el, inevitable e indiscutiblemente, es: en realidad, los dirigentes del actual Partido Socialdemócrata Alemán, Kautsky inclusive, son, tal y como calificó Engels a los fabianos hace ya tiempo, agentes de la burguesía. En el fondo, nada cambia en la política real el que los fabianos no acepten el marxismo, y Kautsky y Cía. lo "admitan"; eso no demuestra sino que, para ciertos autores, políticos y demás, el marxismo se ha transformado en struvismo[232]. Su hipocresía *no* es un defecto personal; en algunos casos ellos pueden ser virtuosísimos padres de familia; su hipocresía se debe a que, objetivamente, su situación social es falsa, ya que, aunque aparentan representar al proletariado revolucionario, en realidad son agentes que introducen las ideas burguesas, chovinistas, en el proletariado.

Los fabianos son más sinceros y honestos que Kautsky y Cía., pues nunca han prometido tomar partido por la revolución; pero, desde el punto de vista político, son *idénticos*.

Las "tradicionales" libertades políticas de Inglaterra, y el desarrollo alcanzado, en general, por su vida política, en particular, por su burguesía, han hecho que los diversos *matices* de opinión burguesa hallen rápida, fácil, libre y nueva expresión en las nuevas organizaciones políticas. Una de esas organizaciones es la Unión de Control Democrático (*Union of Democratic Control*). Su secretario y tesorero es E. D. Morel, en la actualidad también

colaborador permanente del órgano central del Partido Laborista Independiente, *Labour Leader*[233]. Este sujeto fue durante algunos años candidato del partido liberal en el distrito de Birkenhead. Cuando Morel, nada más empezar la guerra *se opuso* a ella, la Comisión de la Asociación liberal de Birkenhead le notificó, por carta del 2 de octubre de 1914, que, en lo sucesivo, los liberales no aceptarían su candidatura, es decir, fue expulsado del partido sin más ni más. Morel respondió el 14 de octubre con una carta que más tarde reprodujo en forma de folleto con el título de *The outbreak of the war* ("Cómo estalló la guerra"). En este folleto, así como en varios artículos más, Morel denuncia a *su* gobierno, demostrando que son falsas las argumentaciones de que la violación de la neutralidad de Bélgica es la causa de la guerra, o de que su objetivo es la destrucción del imperialismo *prusiano*, etc., etc. Morel defiende el programa de la Unión de Control Democrático, que propugna la paz, el desarme y el derecho de todas las regiones a decidir su destino por plebiscito y a ejercer un control democrático sobre la política exterior.

Todo ello prueba que, como individuo, hay que agradecer a Morel su sincera simpatía por la democracia, que haya vuelto la espalda a la burguesía chovinista para ponerse de parte de la burguesía pacifista. Cuando Morel demuestra con hechos que *su* gobierno engañó al pueblo al afirmar que no existían tratados secretos, aunque los había; que la burguesía inglesa era consciente por completo, ya en 1887, de que, en caso de guerra entre Alemania y Francia, se violaría sin falta la neutralidad de Bélgica y que se oponía resueltamente a la idea de una intervención (¡entonces Alemania no era todavía un competidor peligroso!) que los militaristas franceses, como el coronel Boucher, confesaban sin rodeos en varias obras publicadas antes de la guerra los planes de guerra *ofensiva* de Francia y Rusia contra Alemania; que *en 1911* el coronel Repington, conocida autoridad militar de Inglaterra, reconoció públicamente en la prensa que el aumento de los armamentos en Rusia después de 1905 constituía una amenaza para Alemania, sólo nos resta admitir que, con Motel, nos hallamos ante un burgués de honradez y audacia extraordinarias que no teme romper con su partido.

Pero, aun así, todo el mundo reconocerá de inmediato que es ni más ni menos un burgués que habla de la paz y el desarme con múltiples frases vacías, pues sin las acciones revolucionarias del proletariado no puede siquiera hablarse de una paz democrática ni de desarme. Y Morel, que acaba de romper con los liberales por el problema de la guerra actual, sigue siendo un liberal en todos los demás problemas económicos y políticos. ¿Por qué, pues, en Alemania, cuando Kautsky encubro con florituras marxistas *esas mismas frases burguesas* sobre la paz y el desarme, se ve en ello un mérito, en lugar de hipocresía suya? Sólo el desarrollo insuficiente de las relaciones políticas y la falta de libertad política impiden que se forme en Alemania con tanta rapidez y facilidad como en Inglaterra una liga burguesa a favor de la paz y del desarme con el programa de Kautsky.

Reconozcamos, pues, la verdad de que Kautsky adopta la postura de un pacifista burgués y no de un socialdemócrata revolucionario.

Los acontecimientos que estamos viviendo son lo bastante importantes para que se tenga el valor de reconocer la verdad, "mal que le pese a alguien".

Los ingleses, que aborrecen las teorías abstractas y se enorgullecen de su practicismo, plantean a menudo las cuestiones políticas *con mayor franqueza*, ayudando con ello a los socialistas de otros países a encontrar el contenido real bajo cualquier envoltura verbal (comprendida la "marxista"). En este aspecto es muy ilustrativo el folleto *El socialismo y la guerra*[*], publicado antes de la conflagración en la imprenta del periódico chovinista *Clarion*. Contiene ese pequeño folleto un "manifiesto" contra la guerra escrito por el socialista norteamericano Upton Sinclair y la respuesta a éste del chovinista Robert Blatchford, que sustenta desde hace tiempo las concepciones imperialistas de Hyndman.

Sinclair es un socialista de corazón, sin preparación teórica. Plantea "llanamente" la cuestión, indignándose contra la guerra que se avecina y buscando salvación de ella en el socialismo.

> "Nos dicen -explica Sinclair- que el movimiento socialista es todavía demasiado débil y que debemos esperar la evolución. Pero la evolución se opera en los corazones de la gente; nosotros somos instrumentos de la evolución, y si no luchamos, no habrá evolución alguna. Nos dicen que nuestro movimiento" (contra la guerra) "será aplastado; pero yo declaro, con la más profunda convicción, que el aplastamiento de cualquier indignación orientada, por razones de supremo humanismo, a impedir la guerra sería la mayor victoria lograda alguna vez por el socialismo, pues haría estremecerse la conciencia de la civilización e impresionaría a los obreros del mundo entero como jamás los ha impresionado en la historia. No seamos demasiado temerosos en cuanto a nuestro movimiento, no atribuyamos excesiva importancia al número y a las apariencias superficiales de la fuerza. Mil hombres rebosantes de ardiente fe y decisión son más fuertes que un millón de personas que se han vuelto prudentes y respetables. Para el movimiento socialista no hay peligro mayor que el de convertirse en una institución anquilosada".

[*] *Socialism and War. The Clarion Press*, 44. Warship Street, London E. C.

Ya ven que es ésta una advertencia ingenua y poco madura en el aspecto teórico, pero atinadísima en cuanto a envilecimiento del socialismo y un llamamiento a la lucha revolucionaria.

¿Qué responde Blatchford a Sinclair?

Dice que es cierto que la guerra la provocan los intereses de los capitalistas y los militaristas. Yo también aspiro, tanto como cualquier otro socialista, a la paz y a la victoria del socialismo sobre el capitalismo. Pero con "frases retóricas y bellas", Sinclair no me convencerá, no borrará los hechos. "Los hechos, amigo Sinclair, son testarudos, y el peligro alemán es un hecho". Ni nosotros ni los socialistas alemanes podemos impedir la guerra. Sinclair hiperboliza desmesuradamente nuestras fuerzas. No estamos unidos, no tenemos dinero, ni armas, "ni disciplina". Lo único que nos queda por hacer es *ayudar* al gobierno británico a aumentar su marina de guerra, pues no hay ni puede haber otra garantía de paz.

En la Europa continental, los chovinistas no se pronunciaron con tanta franqueza ni antes ni después de la guerra. En Alemania, en vez de la franqueza reinan la hipocresía de Kautsky y la sofistería; en Plejánov vemos lo mismo. Precisamente por ello es instructivo observar las relaciones en un país más desarrollado. Allí no se engaña a nadie con sofismas ni con caricaturas de marxismo. Las cuestiones han sido planteadas con mayor franqueza y sinceridad. Aprendamos de los "avanzados" ingleses.

Sinclair es ingenuo en su llamamiento, atinadísimo en el fondo. Es ingenuo porque no ve el desarrollo del socialismo en las masas durante medio siglo, la lucha de tendencias en él, ni las condiciones de desarrollo de las acciones revolucionarias cuando hay una situación objetiva revolucionaria y una organización revolucionaria. Eso no se puede sustituir con "sentimientos". No se puede eludir con ejercicios retóricos la dura e implacable lucha de las poderosas tendencias en el socialismo, de la tendencia oportunista y de la tendencia revolucionaria.

Blatchford tira derecho y deja entrever la idea recóndita de los adeptos de Kautsky y Cía., que temen decir la verdad. Aún somos débiles, y se acabó, dice Blatchford. Pero con su franqueza pone al desnudo de golpe su oportunismo y su chovinismo. Se ve en seguida que está al servicio de la burguesía y de los oportunistas. Al declarar la "*debilidad*" del socialismo, *él mismo lo debilita* con su prédica de una política antisocialista, burguesa.

Lo mismo que Sinclair, pero al revés: como un cobarde y no como un luchador, como un apóstata y no como un "valiente hasta la locura", no ve tampoco las condiciones en que se forma la situación revolucionaria.

Mas, por sus deducciones prácticas y por su política (renuncia a las acciones revolucionarias y a su propaganda y preparación), Blatchford es un chovinista vulgar que coincide *plenamente* con Plejánov y con Kautsky.

En nuestros días, las palabras marxistas son una pantalla para ocultar el divorcio absoluto del marxismo; para ser marxista hay que desenmascarar la "hipocresía marxista" de los jefes de la II Internacional, hay que afrontar valientemente la lucha entre las dos tendencias en el socialismo y meditar hasta las últimas consecuencias las cuestiones de la misma. Esa es la deducción de las relaciones inglesas, que nos muestran la esencia *marxista* del estado de cosas *sin* palabras marxistas.

Escrito en Junio de 1915. Publicado por primera vez el 27 de julio de 1924 en el núm. 169 de "Pravda".

T. 26, págs. 266-272.

EL SOCIALISMO Y LA GUERRA[234].

(Actitud del POSDR ante la guerra)

Prefacio para la 1ª edición. (Hecha en el extranjero)

La guerra dura ya un año. Nuestro partido ha definido su actitud ante ella, desde su propio comienzo, en el manifiesto del CC, redactado en septiembre de 1914 y publicado (después de haber sido enviado a los miembros del CC y a los cuadros de responsabilidad de nuestro partido en Rusia y de haber recibido su conformidad) el 1 de noviembre de 1914 en el núm. 33 del órgano central de nuestro partido *Sotsial-Demokrat*[*]. Luego, en el núm. 40 (29 de marzo de 1915) se publicaron las resoluciones de la Conferencia de Berna[235] que ofrecen una exposición más completa de nuestros principios y de nuestra táctica.

Actualmente, en Rusia aumenta con evidencia el entusiasmo revolucionario de las masas. En otros países se ven por doquier síntomas del mismo fenómeno, pese a que en la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales que han tomado el bando de sus gobiernos y de su burguesía se ahogan las aspiraciones revolucionarias del proletariado. Tal estado de cosas hace de imperiosa necesidad publicar folletos que resuman la táctica socialdemócrata frente a la guerra. Al reproducir íntegros los documentos precitados del partido, adjuntamos breves explicaciones, procurando tener en cuenta todos los argumentos principales en pro de la táctica burguesa y de la táctica proletaria expuestos en las publicaciones y en las reuniones del partido.

Prefacio para la 2ª edición.

Este folleto se escribió en el verano de 1915 en vísperas de la Conferencia de Zimmerwald[236]. Se publicó asimismo en alemán y francés y se imprimió íntegro en noruego en el órgano de la juventud socialdemócrata de Noruega. La edición alemana del folleto se introdujo ilegalmente en Alemania: Berlín, Leipzig, Brema y otras ciudades, donde fue repartido clandestinamente por los partidarios de la izquierda zimmerwaldiana y el grupo de Carlos Liebknecht.

La edición francesa fue publicada clandestinamente en París y difundida allí por los zimmerwaldianos franceses. La edición rusa vino a parar a Rusia en número muy reducido y fue reproducida en Moscú a mano por los obreros.

Aquí reproducimos el folleto íntegro, como documento. El lector debe recordar siempre que fue escrito en agosto de 1915. Y eso debe recordarse, sobre todo, en los pasajes que tratan de Rusia: Rusia aún era a la sazón zarista, la Rusia de los Románov...

Publicado en el folleto apareció en 1918.

Capítulo I. Los principios del socialismo y la guerra de 1914-1915.

La actitud de los socialistas ante las guerras.

Los socialistas han condenado siempre las guerras entre los pueblos, por considerarlas actos de barbarie y vandalismo. Pero nuestra actitud ante la guerra es, por principio, diferente de la de los pacifistas burgueses (partidarios y predicadores de la paz) y los anarquistas. Diferimos de los primeros porque comprendemos la inevitable ligazón de las guerras con la lucha existente entre las clases dentro de cada país, porque comprendemos la imposibilidad de poner fin a las guerras sin suprimir antes las clases y sin instaurar el socialismo. Diferimos también de ellos porque reconocemos plenamente que las guerras civiles, es decir, las guerras llevadas a cabo por la clase oprimida contra la clase opresora -las guerras de los esclavos contra los esclavistas, de los campesinos siervos contra los terratenientes, de los asalariados contra la burguesía- son legítimas, necesarias y progresivas. Diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que nosotros, los marxistas, reconocemos la necesidad de un estudio histórico (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) de cada guerra por separado. En el curso de la historia ha habido muchas guerras que, a pesar de los horrores, ferocidades, calamidades y sufrimientos que toda guerra acarrea inevitablemente, fueron progresivas, es decir, favorecieron el progreso del género humano, contribuyendo a destruir las instituciones más nocivas y reaccionarias (como, por ejemplo, la autocracia o el feudalismo), las formas de despotismo más bárbaras de Europa (la turca y la rusa). Por eso es necesario examinar, precisamente, las peculiaridades históricas de la guerra actual.

Tipos históricos de guerras modernas.

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

La Gran Revolución Francesa inauguró una nueva época de la historia humana. Desde entonces hasta la Comuna de París, es decir, desde 1789 hasta 1871, uno de los tipos de guerra lo constituían las guerras de carácter progresivo burgués, las guerras de liberación nacional. En otros términos: el contenido principal y el sentido histórico de estas guerras era el derrocamiento del absolutismo y del feudalismo, su quebrantamiento, la demolición del yugo extranjero. Esas guerras eran, por ello, progresivas, y todos los demócratas honestos y revolucionarios, así como todos los socialistas, deseaban en *ellas* el triunfo del país (es decir, de la burguesía) que contribuía a destruir o minar los pilares más peligrosos del feudalismo, del absolutismo y de la opresión de otros pueblos. Así, en las guerras revolucionarias de Francia hubo ciertos elementos de pillaje y de conquista de tierras ajenas por los franceses; pero ello no cambia en nada el sentido histórico fundamental de esas guerras, que destruían y quebrantaban el feudalismo y el absolutismo de toda la vieja Europa, de la Europa feudal. Durante la guerra franco-prusiana, Alemania saqueó a Francia; pero ello no modifica el sentido histórico fundamental de esta guerra, que liberó a decenas de millones de alemanes del fraccionamiento feudal y de la opresión de dos déspotas: el zar ruso y Napoleón III.

Diferencia entre guerra ofensiva y guerra defensiva.

La época comprendida entre 1789 y 1871 ha dejado huellas profundas y recuerdos revolucionarios. Mientras el feudalismo, el absolutismo y el yugo extranjero no fueran derrocados, no podía siquiera hablarse del desarrollo de la lucha proletaria por el socialismo. Cuando los socialistas declaraban legítima la guerra "defensiva", al referirse a las guerras de *esa* época, siempre tenían presente, precisamente, esos fines, es decir, la revolución contra el medievo y el feudalismo. Los socialistas entendieron siempre por guerra "defensiva" la guerra "*justa*" (expresión de G. Liebknecht[237]) en este sentido. Sólo en este sentido los socialistas admitían y admiten hoy la legitimidad, el carácter progresivo y justo de la "defensa de la patria" o de la guerra "defensiva". Si, por ejemplo, mañana Marruecos declarase la guerra a Francia, la India a Inglaterra, Persia o China a Rusia, etc., estas guerras serían guerras "justas", guerras "defensivas", *cualquiera que fuese* el país que atacara primero, y todo socialista desearía la victoria de los Estados oprimidos, dependientes, de derechos mermados, en la lucha contra las "grandes" potencias opresoras, esclavizadoras, expoliadoras.

Pero figurémonos a un esclavista poseedor de cien esclavos que lucha contra otro, que posee doscientos, por una distribución más "equitativa" de estos esclavos. Es claro que hablar en este caso de guerra "defensiva" o de "defensa de la patria" sería falsear la historia y equivaldría, prácticamente, a una simple farsa de los hábiles esclavistas para engañar al vulgo, a los pequeños burgueses y a la gente inculta. Precisamente así, valiéndose de la ideología "nacional" y de la idea de defensa de la patria, es como la burguesía contemporánea, la burguesía imperialista, engaña a los pueblos en la presente guerra entre los esclavistas por consolidar y reforzar la esclavitud.

La guerra actual es una guerra imperialista.

Casi todo el mundo reconoce que la guerra actual es una guerra imperialista; pero en la mayoría de los casos esta idea se deforma: unos la aplican sólo a uno de los grupos beligerantes; otros tratan de hacer ver que quizá esta guerra tenga un carácter burgués progresivo y de liberación nacional. El imperialismo es el grado más alto de desarrollo del capitalismo, grado no alcanzado hasta el siglo XX. El capitalismo empezó a sentirse estrecho en los límites de los viejos Estados nacionales, sin la formación de los cuales no hubiera podido derribar el feudalismo. El capitalismo ha desarrollado la concentración hasta tal extremo que ramas enteras de la industria se encuentran en manos de consorcios, trusts, asociaciones de capitalistas multimillonarios; y casi todo el globo terrestre está repartido entre estos "reyes del capital", bien en forma de colonias o bien de países envueltos en las tupidas redes de la explotación financiera. La libertad de comercio y la competencia han sido sustituidas por la tendencia al monopolio, a la conquista de tierras necesarias para invertir en ellas capital, sacar de ellas materias primas, etcétera. El capitalismo, que en su lucha contra el feudalismo fue el libertador de las naciones, se transforma, en la época imperialista, en el más grande opresor de las naciones. El capitalismo, progresivo en otros tiempos, es hoy reaccionario y ha desarrollado hasta tal punto las fuerzas productivas que la humanidad se halla actualmente ante el dilema de pasar al socialismo o de sufrir durante años, durante decenios incluso, la lucha armada entre las "grandes" potencias por la conservación artificial del capitalismo mediante las colonias, los monopolios, los privilegios y la opresión nacional de todo género.

La guerra entre los principales esclavistas por el mantenimiento y fortalecimiento de la esclavitud.

Citemos, a fin de poner en claro el sentido del imperialismo, datos exactos sobre el reparto del mundo efectuado por las llamadas "grandes" potencias (es decir, las que han tenido éxito en el gran saqueo).

El siguiente cuadro nos permite ver cómo los pueblos que en el período de 1789-1871 lucharon en

la mayoría de los casos al frente de los demás por la libertad, se han transformado actualmente, después de 1876, gracias al elevado desarrollo y a la "supermadurez" del capitalismo, en los opresores y esclavizadores de la mayoría de la población y de las naciones de todo el globo. De 1876 a 1914, seis "grandes" potencias han echado la zarpa a 25 millones de kilómetros cuadrados, es decir, a una extensión ¡dos veces y media mayor que toda Europa! Seis potencias oprimen a una población de *más de quinientos millones* (523 millones) de habitantes en las colonias. A cada cuatro habitantes de las "grandes" potencias corresponden cinco habitantes de "sus" colonias. Y nadie ignora que las colonias han sido conquistadas a sangre y fuego, que los indígenas son tratados bestialmente y explotados de mil maneras (por medio de la exportación de capital, por medio de concesiones, etc., por medio de engaños en la venta de mercancías, sometiéndolos a las autoridades de la nación "dominante", etc., etc.).

Reparto del mundo entre las "grandes" potencias esclavistas

"Grandes" potencias	Colonias				Metrópolis		Total	
	1876		1914		1914			
	Km^2 (en millones)	Habitantes (en millones)	Km^2 (en millones)	Habitantes (en millones)	Km^2 (en millones)	Habitantes (en millones)	Km^2 (en millones)	Habitantes (en millones)
Inglaterra	22,5	251,9	33,5	393,5	0,3	46,5	33,8	440,0
Rusia.	17,0	15,9	17,4	33,2	5,4	136,2	22,8	169,4
Francia.	0,9	6,0	10,6	55,5	0,5	39,6	11,1	95,1
Alemania	-	-	2,9	12,3	0,5	64,9	3,4	77,2
Japón	-	-	0,3	19,2	0,4	53,0	0,7	72,2
Estados Unidos de Norteamérica	-	-	0,3	9,7	9,4	97,0	9,7	106,7
Total de las seis "gran des" potencias.	40,4	273,8	65,0	523,4	16,5	437,2	81,5	960,6
Colonias pertenecientes no a las grandes potencias (sino a Bélgica, Holanda y otros Estados)			9,9	45,3			9,9	45,3
Tres países "semicoloniales" (Turquía, China y Persia)							14,5	361,2
Total							105,9	1. 367,1
Demás países y Estados							28,0	289,9
Todo el globo terrestre (sin las zonas polares)							133,9	1657,0

La burguesía anglo-francesa engaña a los pueblos, al decir que lleva a cabo la guerra en nombre de la liberación de Bélgica y de todos los pueblos; en realidad, hace esta guerra para conservar las inmensas colonias robadas por ella. Los imperialistas de Alemania dejarían inmediatamente en libertad a Bélgica y a otros países si los ingleses y los franceses repartiesen con ellos sus colonias "como dios manda". La particularidad de la situación actual consiste en que en esta guerra la suerte de las colonias se ventila con una guerra en el continente. Desde el punto de vista de la justicia burguesa y de la libertad nacional (es decir, del derecho de las naciones a la subsistencia), Alemania tendría indiscutiblemente razón contra Inglaterra y Francia, porque no se contó con ella en el reparto de las colonias, y sus enemigos sojuzgan a muchísimas más naciones que ella; en cuanto a su aliada, Austria, los eslavos por ella oprimidos gozan, sin duda alguna, de más libertad que en la Rusia zarista, verdadera "cárcel de pueblos". Pero la propia Alemania no lucha por liberar a los pueblos, sino por sojuzgados. Y no cuadra a los socialistas ayudar a un bandido más joven y más vigoroso (Alemania) a que despoje a otros bandidos más viejos y ahítos. Lo que deben hacer los socialistas es aprovecharse de la lucha de los bandidos para derrocados a todos. A este fin, los socialistas deben ante todo decir a los pueblos la verdad, o sea: que esta guerra es, desde tres puntos de vista, una guerra entre esclavistas para reforzar la esclavitud. Primero, porque tiene por objeto consolidar la esclavitud en las colonias mediante un reparto más "justo" y una explotación más "aunada" de las mismas. Segundo, porque tiene por objeto reforzar la opresión de los pueblos alógenos en el seno mismo de las "grandes" potencias, pues *tanto* Rusia *como* Austria (Rusia en un grado mucho mayor y mucho peor que Austria) se mantienen únicamente gracias a esa opresión, que refuerzan con la guerra. Tercero, porque tiene por objeto fortalecer y prolongar la esclavitud asalariada, pues el proletariado está dividido y aplastado, mientras que los capitalistas salen ganadores, enriqueciéndose con la guerra, fomentando los prejuicios nacionales e intensificando la reacción, que ha levantado cabeza en todos los países: aun en los más libres y más republicanos.

"La guerra es la continuación de la política por otros medios (precisamente por la violencia)".

Esta famosa expresión pertenece a uno de los autores militares más profundos, a Clausewitz[238]. Los marxistas han considerado siempre, y con razón, esta fórmula la base teórica de sus puntos de vista sobre la significación de toda guerra. Justamente desde este punto de vista examinaron siempre Marx y Engels las diferentes guerras.

Apliquemos este punto de vista a la guerra actual y veremos que durante decenios, desde hace casi medio siglo, los gobiernos y las clases dominantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria y Rusia han llevado una política de pillaje de las colonias, de opresión de otras naciones, de represión del movimiento obrero. La guerra actual es precisamente la continuación de esta política, y únicamente de esta

política. En particular, la política de Austria, lo mismo que la de Rusia, ha consistido tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra en esclavizar a las naciones, y no en liberarlas. En cambio, en China, Persia, India y otros países dependientes vemos en el curso de estos últimos decenios la política del despertar de decenas y centenares de millones de seres humanos a una vida nacional, la política de su liberación del yugo de las "grandes" potencias reaccionarias. Sobre tal terreno histórico, una guerra puede tener, incluso ahora, carácter progresivo burgués, y puede ser de liberación nacional.

Basta considerar que la guerra actual es la continuación de la política de las "grandes" potencias y de las clases fundamentales de las mismas para comprender al punto cuán hipócrita, farisaica y antihistórica es la opinión de que puede justificarse la idea de la "defensa de la patria" en esta guerra.

El ejemplo de Bélgica.

Los socialchovinistas de la triple Entente -ahora cuádruple[239]- (en Rusia, Plejánov y Cía.) se complacen sobre todo en sacar a colación el ejemplo de Bélgica. Pero este ejemplo habla contra ellos. Los imperialistas alemanes han violado con descaro la neutralidad de Bélgica, como hicieron siempre y en todas partes los Estados beligerantes, que pisoteaban cuando les convenía *todos* los tratados y *todos* los compromisos. Admitamos que todos los Estados, interesados en respetar los acuerdos internacionales, hubieran declarado la guerra a Alemania para exigir la liberación de Bélgica y el pago de una indemnización a este país. En este caso, las simpatías de los socialistas estarían, naturalmente, al lado de los enemigos de Alemania. Pero se da precisamente el caso de que la "triple (cuádruple) Entente" *no* hace la guerra por la liberación de Bélgica. Esto es bien conocido, y sólo los hipócritas lo ocultan. Inglaterra saquea a las colonias de Alemania y a Turquía; Rusia, a Galitzia y a Turquía; Francia quiere hacer suyas Alsacia y Lorena e incluso la orilla izquierda del Rin; con Italia se ha firmado un tratado para repartirse el botín (Albania, Asia Menor); con Bulgaria y Rumania se regatea igualmente por el reparto del botín. En la guerra que llevan hoy los actuales gobiernos *no se puede* ir en auxilio de Bélgica, *sino* ¡ayudando a estrangular a Austria o a Turquía, etc.! ¿Qué tiene que ver con esto la "defensa de la patria"? Justamente es éste el rasgo distintivo de la guerra imperialista, guerra entre gobiernos burgueses reaccionarios que constituyen un anacronismo, guerra que se lleva con el fin de subyugar a otras naciones. Quien justifica la participación en esta guerra, perpetúa la opresión imperialista de las naciones. Quien predica la utilización de las dificultades actuales de los gobiernos para la lucha por la revolución social, defiende la libertad verdadera de todas las naciones sin excepción, que no puede ser lograda más que con el socialismo.

¿Por qué pelea Rusia?

En Rusia, el imperialismo capitalista de novísimo tipo se ha puesto plenamente de manifiesto en la política zarista con respecto a Persia, Manchuria y Mongolia; pero lo que prepondera en Rusia es el imperialismo militar y feudal. En ninguna otra parte del mundo está la mayoría de la población tan oprimida como en Rusia: los rusos no son sino el 43% de la población, es decir, menos de la mitad; y el resto de los habitantes carecen de derechos, están considerados como pueblos alógenos. De los 170.000.000 de habitantes que tiene Rusia, *cerca de 100.000.000* están oprimidos y carecen de derechos. El zarismo hace la guerra para apoderarse de Galitzia y aplastar definitivamente la libertad de los ucranios, para apoderarse de Armenia, Constantinopla, etcétera. El zarismo ve en la guerra un medio para desviar la atención del descontento creciente en el interior del país y aplastar el movimiento revolucionario en ascenso. Hoy, por cada dos rusos hay en Rusia dos o tres "alógenos" privados de todo derecho. El zarismo aspira a aumentar con la guerra el número de las naciones oprimidas por Rusia, a reforzar su opresión y minar así la lucha por la libertad que despliegan los mismos rusos. La posibilidad de oprimir y saquear a otros pueblos refuerza el estancamiento económico, porque en lugar de desarrollar las fuerzas productivas, el zarismo saca a menudo sus ingresos de una explotación semifeudal de los "pueblos alógenos". De aquí que, por parte de Rusia, esta guerra revista un carácter profundamente reaccionario, contrario a toda liberación.

¿Qué es el socialchovinismo?

El socialchovinismo es la propagación de la idea de la "defensa de la patria" en la guerra actual. De esta idea dimana el abandono de la lucha de clases durante la guerra, la votación de los créditos de guerra, etc. De hecho, los socialchovinistas aplican una política antiproletaria, burguesa, pues lo que proponen no es la "defensa de la patria" en el sentido de la lucha contra el yugo extranjero, sino el "derecho" de unas u otras "grandes" potencias a saquear las colonias y a oprimir a otros pueblos. Los socialchovinistas repiten las mentiras de la burguesía para engañar al pueblo, afirmando que la guerra se hace en defensa de la libertad y de la existencia de las naciones, y así se pasan al campo de la burguesía contra el proletariado. Son tan socialchovinistas los que procuran justificar y ennoblecer a los gobiernos y a la burguesía de *uno* de los grupos de potencias beligerantes como los que, a semejanza de Kautsky, reconocen para los socialistas en *todas* las potencias

beligerantes el derecho a "defender la patria". El socialchovinismo, que de hecho defiende los privilegios, las ventajas, el pillaje y la violencia de "su" burguesía imperialista (o de cualquier otra burguesía en general), hace traición absoluta a todas las convicciones socialistas y al acuerdo del Congreso Socialista Internacional de Basilea.

El Manifiesto de Basilea.

El manifiesto sobre la guerra, aprobado por unanimidad en Basilea en 1912, tiene en cuenta precisamente la guerra entre Inglaterra y Alemania y sus aliados actuales, que se desencadenó en 1914. El manifiesto declara abiertamente que ningún interés de los pueblos puede justificar esta guerra, que se lleva "en aras de las ganancias de los capitalistas y de ambiciones dinásticas", basándose en la política imperialista, de bandidaje, de las grandes potencias. El manifiesto declara abiertamente que la guerra es peligrosa "para los gobiernos" (todos sin excepción), hace constar el temor de éstos a la "revolución proletaria" y señala con toda claridad el ejemplo de la Comuna de 1871 y el de octubre y diciembre de 1905, *es decir, el ejemplo de la revolución y de la guerra civil.* Por consiguiente, el Manifiesto de Basilea establece precisamente para la guerra actual la táctica de lucha revolucionaria de los obreros contra sus gobiernos a escala internacional, la táctica de la revolución proletaria. El Manifiesto de Basilea repite las palabras de la resolución de Stuttgart cuando dice que, de estallar la guerra, los socialistas tienen el deber de aprovechar la "crisis económica y política" engendrada por ella, para "precipitar la caída del capitalismo", es decir, aprovechar para la revolución socialista las dificultades que la guerra causa a los gobiernos y la indignación de las masas.

La política de los socialchovinistas, su justificación de la guerra desde el punto de vista burgués de la liberación, su admisión de la "defensa de la patria", la probación de los créditos, la participación en los ministerios, etc., etc., son una traición directa al socialismo que no puede ser explicada, cómo veremos luego, sino por el triunfo del oportunismo y de la política nacional-liberal obrera en la mayoría de los partidos de Europa.

Falsas referencias a Marx y Engels.

Los socialchovinistas rusos (con Plejánov a la cabeza) evocan la táctica de Marx durante la guerra de 1870; los socialchovinistas alemanes (como Lensch, David y Cía.) se remiten a las declaraciones que hizo Engels en 1891, en las cuales decía que los socialistas alemanes tienen el deber de defender su patria en caso de guerra contra Rusia y Francia coligadas; finalmente, los socialchovinistas del tipo de Kautsky, que quieren conciliar y legitimar el chovinismo internacional, aseveran que Marx y Engels, aun reprobando las guerras, se pronunciaron continuamente, desde 1854-1855 hasta 1870-1871 y 1876-1877, una vez desencadenada la guerra, a favor de uno u otro de los Estados beligerantes.

Todas estas referencias constituyen una tergiversación indignante de las ideas de Marx y Engels, hecha para complacer a la burguesía y a los oportunistas; del mismo modo, los escritos de los anarquistas Guillaume y Cía. desnaturalizan las ideas de Marx y Engels a fin de justificar el anarquismo. La guerra de 1870-1871 era históricamente progresiva por parte de Alemania hasta el momento en que Napoleón III fue vencido, puesto que él, en compañía del zar, oprimió a Alemania durante largos años, manteniendo en ella el fraccionamiento feudal. Pero tan pronto como la guerra se transformó en un saqueo de Francia (la anexión de Alsacia y Lorena), Marx y Engels condenaron resueltamente a los alemanes. Incluso al comienzo de esta guerra, Marx y Engels aplaudieron la negativa de Bebel y Liebknecht a votar los créditos y aconsejaron a los socialdemócratas que no se fundieran con la burguesía, sino que defendieran los intereses independientes de clase del proletariado. Extender esta apreciación, que concernía a una guerra de liberación nacional y progresiva burguesa, a la guerra imperialista actual es mofarse de la verdad. Lo mismo puede afirmarse -y con mayor razón- de la guerra de 1854-1855 y de todas las guerras del siglo XIX, cuando no existían aún *ni* el imperialismo moderno, *ni* unas condiciones objetivas maduras para el socialismo, *ni* partidos socialistas de masas en *todos* los países beligerantes, es decir, cuando no existían aún precisamente las condiciones en que se basaba el Manifiesto de Basilea al trazar la táctica de la "revolución proletaria" *en ligazón* con la guerra entre las grandes potencias.

Quienes invocan el punto de vista de Marx sobre las guerras de la época en que la burguesía era *progresiva* y olvidan las palabras de Marx de que "los obreros no tienen patria" (palabras que se refieren *precisamente* a la época de la burguesía reaccionaria y caduca, a la época de la revolución socialista), tergiversan impúdicamente a Marx y sustituyen concepciones socialistas por concepciones burguesas.

La bancarrota de la II Internacional.

Los socialistas del mundo entero declararon solemnemente en 1912, en Basilea, que consideraban la futura guerra europea una obra "criminal" y archirreaccionaria de todos los gobiernos, la cual debía precipitar el hundimiento del capitalismo, engendrando inevitablemente la revolución contra él. Llegó la guerra, llegó la crisis, y en vez de aplicar una táctica revolucionaria, la mayoría de los partidos socialdemócratas aplicó una táctica reaccionaria, poniéndose al lado de sus gobiernos y de su burguesía. Esta traición al socialismo significa la

bancarrota de la II Internacional (1889-1914), y nosotros debemos tener una idea clara de las razones que motivaron esta bancarrota, de qué es lo que ha engendrado el socialchovinismo y qué es lo que le ha dado fuerza.

El socialchovinismo es el oportunismo en su expresión más completa.

Durante todo el período de existencia de la II Internacional no cesó la lucha en el seno de ninguno de los partidos socialdemócratas entre sus dos alas, la oportunista y la revolucionaria. En varios países (Inglaterra, Italia, Holanda, Bulgaria) esta lucha llevó a la escisión. Ningún marxista dudaba de que el oportunismo era la expresión de la política burguesa en el movimiento obrero, la expresión de los intereses de la pequeña burguesía y de la alianza de una ínfima parte de obreros aburguesados con "*su*" burguesía, contra los intereses de las masas proletarias, de las masas oprimidas.

Las condiciones objetivas de fines del siglo XIX reforzaron de un modo particular el oportunismo, transformando la utilización de la legalidad burguesa en una servil sumisión a esa legalidad, formando un pequeño sector de burocracia y de aristocracia de la clase obrera y atrayendo a las filas de los partidos socialdemócratas a muchos "compañeros de viaje" pequeñoburgueses.

La guerra ha precipitado el desarrollo, transformando el oportunismo en socialchovinismo y en una alianza abierta, la alianza secreta de los oportunistas con la burguesía. Al mismo tiempo, las autoridades militares han declarado en todas partes el estado de guerra y han amordazado a las masas obreras, cuyos viejos jefes se han pasado, casi en su totalidad, al campo de la burguesía.

El oportunismo y el socialchovinismo tienen una misma base económica: los intereses de un sector ínfimo de obreros privilegiados y de la pequeña burguesía, que defienden su situación de privilegio y su "derecho" a unas migajas de los beneficios que "su" burguesía nacional obtiene del pillaje de otras naciones, de las ventajas propias de una gran potencia, etc.

El contenido ideológico y político del oportunismo y del socialchovinismo es el mismo: la colaboración de las clases en lugar de la lucha entre ellas, la renuncia a los medios revolucionarios de lucha y la ayuda a "sus" gobiernos en su difícil situación, en lugar de sacar partido de esas dificultades en provecho de la revolución. Si tomamos todos los países europeos en conjunto, si no fijamos nuestra atención en personalidades aisladas (aunque sean del mayor prestigio), veremos que precisamente la *tendencia* oportunista es la que se ha convertido en el apoyo principal del socialchovinismo y que es del campo de los revolucionarios de donde parte, casi en todos los países, la protesta más o menos consecuente contra él. Y si, por ejemplo, examinamos la división de tendencias que se produjo en 1907 en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, veremos que el marxismo internacional se pronunció contra el imperialismo, mientras que el oportunismo internacional se manifestó ya entonces a su favor.

La unidad con los oportunistas significa la alianza de los obreros con "su" burguesía nacional y la escisión de la clase obrera revolucionaria internacional.

Si bien es cierto que en la época pasada, antes de la guerra, el oportunismo solía estar conceptuado de "desviación" y "extremismo", se le estimaba, con todo, parte integrante y legítima del partido socialdemócrata. La guerra ha demostrado que eso sería imposible en el porvenir. El oportunismo "ha alcanzado plena madurez", ha llevado hasta el fin su papel de emisario de la burguesía en el movimiento obrero. La unidad con los oportunistas se ha vuelto pura hipocresía, de la que podemos ver un ejemplo en el Partido Socialdemócrata Alemán. En todos los casos importantes (como, por ejemplo, en la votación del 4 de agosto) los oportunistas presentan su ultimátum y lo imponen gracias a sus múltiples vínculos con la burguesía, al hecho de tener la mayoría en los comités sindicales, etc. Hoy, la *unidad* con los oportunistas significa de hecho la subordinación de la clase obrera a "su" burguesía nacional y la alianza con esta burguesía para la opresión de otras naciones y para la lucha por los privilegios propios de una gran potencia, constituyendo, al mismo tiempo, la escisión del proletariado revolucionario de todos los países.

Sean las que fueren en cada caso las dificultades de la lucha contra los oportunistas, que dominan en muchas organizaciones, sean las que fueren en los distintos países las particularidades del proceso en el que los partidos obreros se van depurando de oportunistas, dicho proceso es inevitable y fecundo. El socialismo reformista muere; el socialismo que renace, como ha dicho muy bien el socialista francés Paul Golay, "será revolucionario, intransigente, insurreccional".

El "kautskismo".

Kautsky, la más destacada autoridad de la II Internacional, es el ejemplo más típico y vivo de cómo el reconocimiento verbal del marxismo ha llevado en la práctica a su transformación en "struvismo" o “brentanismo"[240]. Plejánov nos da otro ejemplo de ello. Se despoja al marxismo, mediante sofismas evidentes, de su espíritu vivo y revolucionario, se admite del marxismo *todo menos* los medios revolucionarios de lucha y la prédica y preparación de los mismos, la educación de las masas en este sentido. Kautsky "concilia", faltando a todo

principio, la idea fundamental del socialchovinismo, la defensa de la patria en la guerra actual, con una concesión diplomática y aparente a los izquierdistas, absteniéndose en la votación de los créditos de guerra, mostrando verbalmente su oposición, etc. Kautsky, que en 1909 escribió todo un libro acerca de la proximidad de una época de revoluciones y sobre la ligazón entre la guerra y la revolución; Kautsky, que en 1912 firmó el Manifiesto de Basilea pidiendo que se aprovechase la futura guerra en interés de la revolución, ahora no cesa de justificar y ensalzar en todas formas el socialchovinismo y, del mismo modo que Plejánov, se une a la burguesía para burlarse de todo pensamiento acerca de la revolución, de todo paso hacia una lucha revolucionaria directa.

La clase obrera no puede desempeñar su papel revolucionario en el mundo de no llevar una guerra implacable contra esa apostasía, contra esa falta de principios, contra esa actitud servil ante el oportunismo, contra ese envilecimiento teórico sin igual del marxismo. El kautskismo no es fortuito, sino un producto social de las contradicciones de la II Internacional, de la combinación de la fidelidad verbal al marxismo con la subordinación, de hecho, al oportunismo.

En diferentes países, esta falsedad esencial del "kautskismo" se manifiesta en formas distintas. En Holanda, Roland-Holst rechaza la idea de la defensa de la patria, pero defiende la unidad con el partido de los oportunistas. En Rusia, Trotski, que rechaza también esa idea, se pronuncia igualmente en pro de la unión con el grupo oportunista y chovinista de *Nasha Zariá*. En Rumania, Rakovski, a pesar de declarar la guerra al oportunismo, por considerarlo culpable de la bancarrota de la Internacional, está dispuesto a reconocer al mismo tiempo la legitimidad de la idea de la defensa de la patria. Son todo esto manifestaciones del mal que los marxistas holandeses (Gorter, Pannekoek) llaman "radicalismo pasivo", y que se reduce a suplantar el marxismo revolucionario por el eclecticismo en la teoría y por el servilismo o la impotencia ante el oportunismo en la práctica.

La consigna de los marxistas es la consigna de la socialdemocracia revolucionaria.

La guerra ha engendrado, sin duda, la más grave de las crisis y ha acentuado increíblemente las calamidades que sufren las masas. El carácter reaccionario de esta guerra, las mentiras desvergonzadas de la burguesía de *todos* los países, que oculta sus objetivos de expoliación bajo la capa de una ideología "nacional", todo esto, debido a la situación, objetivamente revolucionaria, crea de modo inevitable en las masas un espíritu revolucionario. Nuestro deber es ayudar a las masas a que adquieran conciencia de este estado de espíritu, nuestro deber es profundizarlo y darle forma. Esta tarea sólo la expresa acertadamente la consigna de transformar la guerra imperialista en guerra civil, y toda lucha consecuente de clase, durante la guerra, toda táctica de "acciones de masas", aplicada en serio, nos conduce inevitablemente a dicha transformación. No podemos saber si será con motivo de la primera o de la segunda guerra imperialista de las grandes potencias, y en el transcurso o después de ella, cuando brotará la llama de un fuerte movimiento revolucionario, pero, en todo caso, nuestro deber indudable consiste en trabajar de modo sistemático y constante precisamente en ese sentido.

El Manifiesto de Basilea se refiere directamente a la Comuna de París, es decir, a la transformación de la guerra entre los gobiernos en guerra civil. Hace cincuenta años el proletariado era demasiado débil; las condiciones objetivas del socialismo no estaban aún maduras; entonces no podía existir coordinación ni colaboración entre los movimientos revolucionarios en todos los países beligerantes; el excesivo entusiasmo de una parte de los obreros parisienses por la "ideología nacional" (la tradición de 1792) era, como dijo oportunamente Marx, una debilidad pequeñoburguesa de ellos y fue una de las causas del fracaso de la Comuna. Medio siglo después de la Comuna han dejado de existir las condiciones que debilitaban entonces la revolución, y hoy sería imperdonable que un socialista renunciase a una actividad animada precisamente por el espíritu de la Comuna de París.

Ejemplo de confraternización en las trincheras.

Los periódicos burgueses de todos los países beligerantes han dado a conocer casos de confraternización entre los soldados de las naciones en guerra, aun en las mismas trincheras. y el que algunas autoridades militares (de Alemania y de Inglaterra) hayan dictado decretos draconianos contra dicha confraternización demuestra qué importancia le conceden los gobiernos y la burguesía. La confraternización en las trincheras, que ha tenido lugar en un período en que predomina el oportunismo en la dirección de los partidos socialdemócratas de Europa Occidental y en que toda la prensa socialdemócrata y todas las autoridades de la II Internacional apoyan el socialchovinismo, demuestra cuán posible sería abreviar la criminal y reaccionaria guerra de esclavización que se lleva en el presente, y organizar el movimiento revolucionario internacional, si por lo menos los socialistas de izquierda de todos los países beligerantes trabajasen sistemáticamente en este sentido.

Importancia de la organización clandestina.

Los anarquistas más notables de todo el mundo se han mancillado durante esta guerra, tanto como los oportunistas, con el baldón del socialchovinismo (al estilo de Plejánov y Kautsky). Uno de los resultados

útiles de esta guerra será, indudablemente, que acabará tanto con el oportunismo como con el anarquismo.

Sin renunciar en ningún caso ni circunstancia a aprovechar para la organización de las masas y la propaganda del socialismo la más pequeña posibilidad legal, los partidos socialdemócratas deben romper con el servilismo ante la legalidad. "Disparad vosotros primero, señores burgueses", escribía Engels, haciendo alusión precisamente a la guerra civil y a la necesidad para nosotros de infringir la legalidad después de que la burguesía la hubiese violado. La crisis ha demostrado que la burguesía está violando la legalidad en todos los países, incluso en los más libres, y que no se puede llevar a las masas a la revolución sin crear una organización clandestina que propague, discuta, aprecie y prepare los medios revolucionarios de lucha. Así, en Alemania, todo lo que hacen de honesto los socialistas, lo hacen contra el infame oportunismo y el "kautskismo" hipócrita, y lo hacen precisamente en la clandestinidad. En Inglaterra se condena a trabajos forzados por los llamamientos impresos que exhortan al pueblo a no presentarse a filas.

Considerar compatible la pertenencia al partido socialdemócrata con la negación de los métodos ilegales de propaganda y con la burla contra estos métodos en la prensa legal es traicionar al socialismo.

Sobre la derrota del "propio" gobierno en la guerra imperialista.

Tanto los que se pronuncian por la victoria de su gobierno en la guerra actual como los que defienden la consigna de "ni victoria ni derrota" expresan ideas igualmente socialchovinistas. En tiempos de guerra reaccionaria, una clase revolucionaria no puede dejar de desear la derrota de su gobierno, no puede menos de ver que los fracasos militares de este gobierno facilitan su derrocamiento. Sólo un burgués que crea que la guerra comenzada por los gobiernos terminará indefectiblemente como una guerra entre gobiernos, y que además así lo desea, encuentra "ridícula" o "absurda" la idea de que los socialistas de *todas* las naciones beligerantes se pronuncien por la derrota de *todos* "sus" gobiernos. Al contrario: la manifestación de ese deseo correspondería a los anhelos íntimos de todo obrero consciente y coincidiría con nuestra actividad, tendente a transformar la guerra imperialista en guerra civil.

Es indudable que la agitación seria contra la guerra, hecha por una parte de los socialistas ingleses, alemanes y rusos "debilitaba el poder militar" de sus respectivos gobiernos, pero tal agitación es un mérito de los socialistas. Los socialistas deben explicar a las masas que para ellas no hay más salvación que el derrocamiento revolucionario de "sus" gobiernos y que precisamente con este fin deben aprovecharse todas las dificultades de estos gobiernos en la guerra actual.

Sobre el pacifismo y la consigna de paz.

La aspiración de las masas a la paz denota a menudo un comienzo de protesta, de indignación, de comprensión del carácter reaccionario de la guerra. Aprovechar tal estado de espíritu es un deber de todos los socialdemócratas. Estos participarán de la manera más activa en toda manifestación y movimiento de masas en dicho sentido, pero, al mismo tiempo, los socialdemócratas no engañarán al pueblo, dejando que piense que, sin movimiento revolucionario, se puede tener una paz sin anexiones, sin opresión de naciones, sin bandidaje, una paz que no lleve en su seno los gérmenes de guerras futuras entre los actuales gobiernos y clases dominantes. Este engaño al pueblo únicamente favorecería a la diplomacia secreta de los gobiernos beligerantes y a sus planes contrarrevolucionarios. Todos los que desean verdaderamente una paz duradera y democrática deben manifestarse en pro de la guerra civil contra los gobiernos y contra la burguesía.

Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación.

El medio de que más se vale la burguesía para engañar a los pueblos en esta guerra consiste en ocultar sus objetivos de pillaje con una ideología de "liberación nacional". Los ingleses prometen la libertad a Bélgica; los alemanes, a Polonia, etc. En realidad, como ya hemos visto, se trata de una guerra entre los opresores de la mayoría de las naciones del mundo para afianzar y ampliar su opresión.

Los socialistas no pueden alcanzar su magno objetivo sin luchar contra toda opresión de las naciones. Por eso deben exigir obligatoriamente que los partidos socialdemócratas de los países *opresores* (sobre todo los de las llamadas "grandes" potencias) reconozcan y defiendan el derecho de las naciones *oprimidas* a la autodeterminación, y precisamente en el sentido político de esta palabra, es decir, el derecho a la separación política. El socialista de una gran potencia o de una nación poseedora de colonias que no defienda este derecho será un chovinista.

La defensa de este derecho, lejos de fomentar la creación de pequeños Estados, lleva, por el contrario, a la formación más libre, más audaz y, por tanto, más amplia y extensa de grandes Estados y de federaciones de Estados, más beneficiosos para las masas y más en consonancia con el desarrollo económico.

A su vez, los socialistas de las naciones *oprimidas* deben luchar incondicionalmente por la plena unidad (incluida la orgánica) de los *obreros* de las naciones oprimidas y de las naciones opresoras. La idea de la

separación jurídica de una nación de otra (la llamada "autonomía nacional cultural" preconizada por Bauer y Renner) es una concepción reaccionaria.

El imperialismo es una época de opresión creciente de las naciones del mundo entero por un puñado de "grandes" potencias, en virtud de lo cual la lucha por la revolución socialista internacional contra el imperialismo es imposible si no se reconoce el derecho de las naciones a la autodeterminación. "El pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre" (Marx y Engels). Un proletariado que acepte la menor violencia de "su" nación sobre otras naciones no puede ser socialista.

Capítulo II. Las clases y los partidos en Rusia.

La burguesía y la guerra.

En un sentido, el gobierno ruso no ha quedado a la zaga de sus cofrades europeos: lo mismo que ellos, ha sabido engañar a "su" pueblo a escala grandiosa. En Rusia también ha sido empleado un monstruoso aparato de falsedades y argucias para contagiar a las masas de chovinismo, para hacer creer que el gobierno zarista lleva una guerra "justa", que defiende desinteresadamente a los "hermanos eslavos", etc.

La clase de los terratenientes y las capas superiores de la burguesía mercantil e industrial apoyaron enérgicamente la política belicista del gobierno zarista. Esperan con todo fundamento enormes beneficios materiales y privilegios del reparto de la herencia turca y austriaca. En toda una serie de congresos se relamen ya, hablando de las ganancias que afluirán a sus bolsillos si triunfa el ejército zarista. Además, los reaccionarios comprenden muy bien que lo único que puede aplazar la caída de la monarquía de los Románov y detener una nueva revolución en Rusia es una guerra exterior triunfante para el zar.

Amplios sectores de la burguesía urbana "media", de la intelectualidad burguesa, de las profesiones liberales, etc., estaban también -al principio de la guerra, por lo menos- contagiados de chovinismo. El partido de la burguesía liberal rusa -los demócratas constitucionalistas- ha apoyado por completo, incondicionalmente, al gobierno zarista. En el dominio de la política exterior, los demócratas constitucionalistas hace ya tiempo que son un partido gubernamental. El paneslavismo, mediante el cual la diplomacia zarista practicó más de una vez sus enormes engaños políticos, ha pasado a ser la ideología oficial de los demócratas constitucionalistas. El liberalismo ruso ha degenerado en *nacional*-liberalismo. Rivaliza en "patriotismo" con las centurias negras, vota siempre de buen grado por el militarismo, por la política de armamentos navales, etc. En el campo del liberalismo ruso se observa, aproximadamente, el mismo fenómeno que ocurrió en Alemania allá por los años 70, cuando el liberalismo "librepensador" se descompuso y dio nacimiento al Partido Nacional Liberal. La burguesía liberal rusa ha emprendido definitivamente el camino de la contrarrevolución. El punto de vista del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia al respecto se ha confirmado plenamente. Ha sido destruida por la realidad la opinión sustentada por nuestros oportunistas de que el liberalismo ruso es aún la fuerza motriz de la revolución en Rusia.

Entre los campesinos, la camarilla gobernante logró también, con ayuda de la prensa burguesa, del clero, etc., provocar un estado de ánimo chovinista. Pero a medida que vayan volviendo los soldados del campo de batalla, el estado de ánimo en el agro cambiará indudablemente, y no a favor de la monarquía zarista. Los partidos democráticos burgueses que tienen contacto con los campesinos tampoco han resistido a la oleada de chovinismo. El partido de los trudoviques[241] se negó en la Duma a votar los créditos de guerra. Pero, por boca de su líder, Kerenski, hizo una declaración "patriótica" que vino muy bien a la monarquía. Toda la prensa legal de los "populistas" ha secundado en general a los liberales. Hasta el ala izquierda de la democracia burguesa, el llamado Partido Socialista Revolucionario, afiliado a la Oficina Socialista Internacional, ha seguido esta corriente. El señor Rubanóvich, representante de este partido en la Oficina Socialista Internacional, se manifiesta como un franco socialchovinista. La mitad de los delegados de este partido en la conferencia celebrada en Londres por los socialistas de la "Entente"[242] votó una resolución chovinista (la otra mitad se abstuvo). En la prensa ilegal de los socialistas-revolucionarios (el periódico *Nóvosti*[243] y otros) predominan los chovinistas. Los revolucionarios "del medio burgués", es decir, los revolucionarios burgueses no ligados con la clase obrera han sufrido un cruel fracaso en esta guerra. La triste suerte de Kropotkin, Búrtsev y Rubanóvich es muy significativa.

La clase obrera y la guerra.

La única clase de Rusia a la que no se ha logrado inocular el virus del chovinismo es el proletariado. Los distintos excesos cometidos al comienzo de la guerra concernieron únicamente a los sectores más atrasados de la clase obrera. La participación de los obreros en las barbaridades de Moscú contra los alemanes ha sido exageradísima. En general, la clase obrera de Rusia se ha mostrado inmune al chovinismo.

Esto se explica por la situación revolucionaria en el país y por las condiciones generales de vida del proletariado de Rusia.

Los años 1912-1914 señalaron el comienzo de un nuevo y grandioso ascenso revolucionario en Rusia. Fuimos testigos otra vez de un inmenso movimiento huelguístico, sin precedente en el mundo. En las

huelgas revolucionarias de masas de 1913 participaron, según los cálculos más modestos, millón y medio de personas, y en 1914 el número de huelguistas pasó de 2 millones, aproximándose al nivel de 1905. En vísperas de la guerra, en San Petersburgo incluso se llegaron a sostener las primeras batallas de barricadas.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia clandestino ha cumplido su deber ante la Internacional. La bandera del internacionalismo ha estado firme en sus manos. Nuestro partido hace tiempo que rompió orgánicamente con los grupos y elementos oportunistas. Los grilletes del oportunismo y del "legalismo a toda costa" no han maniatado a nuestro partido. Y esta circunstancia le ha ayudado a cumplir su deber revolucionario, como ha ayudado también a los camaradas italianos la escisión con el partido oportunista de Bissolati.

La situación general en nuestro país es hostil al florecimiento del oportunismo "socialista" entre las masas obreras. En Rusia vemos toda una serie de matices de oportunismo y reformismo entre los intelectuales, pequeña burguesía, etc. Pero el oportunismo está en ínfima minoría entre los sectores obreros que participan activamente en la vida política. El sector de obreros y empleados privilegiados es muy débil en nuestro país, donde no se ha podido crear el fetichismo de la legalidad. Los liquidadores (el partido de los oportunistas, dirigido por Axelrod, Potrésov, Cherevanin, Máslov y otros) no tenían antes de la guerra ningún apoyo serio en las masas obreras. Los seis diputados obreros que salieron elegidos a la IV Duma de Estado eran *todos* adversarios de los liquidadores. La tirada y las colectas de fondos de la prensa obrera legal de Petrogrado y de Moscú han demostrado de manera irrefutable que las cuatro quintas partes de los obreros conscientes están contra el oportunismo y el liquidacionismo.

Al comenzar la guerra, el gobierno zarista detuvo y deportó a miles y miles de obreros avanzados, miembros de nuestro POSDR ilegal. Esta circunstancia, paralelamente a la declaración del estado de guerra en el país, a la clausura de nuestros periódicos, etc., frenó nuestro movimiento. Pero la labor revolucionaria clandestina de nuestro partido continúa a pesar de todo. En Petrogrado, el Comité de nuestro partido publica un periódico clandestino: *Proletarski Golos*[244].

Los artículos del órgano central, *Sotsial-Demokrat*, editado en el extranjero, se reimprimen en Petrogrado y se envían a provincias. Se publican proclamas ilegales, que se reparten incluso en los cuarteles. Fuera de la ciudad, en lugares apartados, se celebran reuniones clandestinas de obreros. Durante el último tiempo han comenzado grandes huelgas de obreros metalúrgicos en Petrogrado. Con este motivo, nuestro Comité de Petrogrado ha publicado algunos manifiestos dirigidos a los obreros.

La minoría obrera socialdemócrata rusa en la Duma de Estado y la guerra.

En 1913, entre los diputados socialdemócratas de la Duma de Estado se produjo una escisión. De un lado, había siete partidarios del oportunismo, bajo la dirección de Chjeídze. Habían sido elegidos en siete provincias no proletarias, donde el número total de obreros era de 214.000. De otro lado, teníamos seis diputados, todos elegidos por la curia obrera en los centros más industriales de Rusia, cuyo número de obreros se elevaba a 1.008.000.

El punto principal de divergencia era: la táctica del marxismo revolucionario o la táctica del reformismo oportunista. Prácticamente, la divergencia se manifestó, sobre todo, en el trabajo de masas *fuera* del Parlamento. Este trabajo se debía efectuar en Rusia de manera clandestina, si quienes lo llevaban a cabo deseaban seguir siendo revolucionarios. La minoría de Chjeídze continuó siendo la aliada más fiel de los liquidadores, que rechazaron el trabajo clandestino, y los defendía en todas las charlas con los obreros, en todas las reuniones. Este fue el origen de la escisión. Seis diputados formaron la minoría obrera socialdemócrata de Rusia. Un año de labor demostró de manera irrefutable que precisamente con esta minoría estaba la inmensa mayoría de los obreros rusos.

Al comienzo de la guerra, la divergencia se manifestó con extraordinaria evidencia. La minoría de Chjeídze se limitó al terreno parlamentario. No votó los créditos, porque de otro modo hubiera provocado una tempestad de indignación contra ella por parte de los obreros. (Hemos visto que en Rusia ni siquiera los trudoviques pequeño burgueses votaron los créditos.) Pero tampoco protestó contra el socialchovinismo.

Otro fue el proceder de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, que representaba la pauta política de nuestro partido. Esta minoría se dirigió, protestando contra la guerra, a los sectores más hondos de la clase obrera, llevó la propaganda contra el imperialismo a las amplias masas de los proletarios rusos.

Y los obreros acogieron con gran simpatía a esta minoría, lo que asustó al gobierno y lo obligó, vulnerando flagrantemente sus propias leyes, a detener y condenar a nuestros camaradas diputados a deportación perpetua a Siberia. En el primer comunicado oficial sobre la detención de nuestros camaradas, el gobierno zarista escribía:

> "Una posición completamente distinta han adoptado en este sentido algunos miembros de las asociaciones socialdemócratas, que se señalaron como fin de su actividad quebrantar la potencia militar de Rusia mediante la agitación contra la

guerra, valiéndose de proclamas clandestinas y de la propaganda oral".

Al famoso llamamiento de Vandervelde, pidiendo que cesase "temporalmente" la lucha contra el zarismo -ahora se sabe, por las declaraciones del príncipe Kudáshev, ministro zarista en Bélgica, que este documento no lo elaboró Vandervelde solo, sino en colaboración con el mencionado ministro zarista-, *únicamente* nuestro partido, por boca de su CC, dio una respuesta negativa. El centro dirigente de los liquidadores aceptó la propuesta de Vandervelde y declaró oficialmente en la prensa que "con su actividad *no se opondría a la guerra*".

El gobierno zarista acusó en primer lugar a nuestros camaradas diputados de haber difundido entre los obreros esta respuesta negativa a Vandervelde.

En el proceso, el fiscal del zar, señor Nenarókomov, puso ante nuestros camaradas como modelo a los socialistas alemanes y franceses: "Los socialdemócratas alemanes, dijo, han votado los créditos de guerra y se han mostrado amigos del gobierno. Así han obrado los socialdemócratas alemanes, pero no ha sido ésa la conducta de los tristes caballeros de la socialdemocracia rusa... Todos los socialistas de Bélgica y Francia han olvidado a una sus discordias con otras clases, han olvidado sus disensiones de partido y se han colocado sin vacilación bajo las banderas". Pero los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, sometiéndose a las directrices del CC del partido, han procedido de otro modo...

En el proceso se desplegó el imponente lienzo de la amplia agitación clandestina hecha contra la guerra por nuestro partido entre las masas proletarias. El tribunal zarista, como es natural, no logró, ni con mucho, "descubrir" toda la actividad de nuestros camaradas en este dominio. Pero lo que logró descubrir mostró cuánto se había hecho en el breve espacio de algunos meses.

En el proceso se leyeron los manifiestos clandestinos de nuestros grupos y comités contra la guerra, por la táctica internacionalista. Los obreros conscientes de toda Rusia estaban en ligazón con los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, y esta última se esforzaba, en la medida de sus fuerzas, en ayudarles a apreciar la guerra desde el punto de vista del marxismo.

El camarada Muránov, diputado de los obreros de la provincia de Járkov, dijo en el proceso:

"Comprendiendo que he sido enviado por el pueblo a la Duma de Estado, y no para estarme tranquilamente sentado en el escaño, he visitado las localidades para conocer el estado de ánimo de la clase obrera". Muránov reconoció también ante el tribunal que había aceptado la función de agitador ilegal de nuestro partido, que había organizado comités de obreros en los Urales, en la fábrica de Verjneísetsk y en otros lugares. El proceso mostró que los miembros de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia habían recorrido desde el principio de la guerra, con fines de propaganda, casi toda Rusia; que Muránov, Petrovski, Badáiev, etc. habían organizado múltiples asambleas obreras, en las que se habían votado resoluciones contra la guerra, etc.

El gobierno zarista amenazó a los procesados con la pena de muerte. Debido a ello, no todos se portaron en el proceso con tanta valentía como el camarada Muránov. Querían dificultar su condena por el tribunal zarista. De ello se aprovechan ahora, indecorosamente, los socialchovinistas rusos, para velar el fondo de la cuestión: ¿cuál es el parlamentarismo que necesita la clase obrera?

Aceptan el parlamentarismo Südekum y Heine, Sembat y Vaillant, Bissolati y Mussolini, Chjeídze y Plejánov. Aceptan asimismo el parlamentarismo nuestros camaradas de la minoría obrera socialdemócrata de Rusia, así como los camaradas búlgaros e italianos que han roto con los chovinistas. Hay parlamentarismo y parlamentarismo. Unos utilizan la tribuna parlamentaria para hacer méritos ante sus gobiernos o, en el mejor de los casos, para lavarse las manos, como la minoría de Chjeídze. Otros utilizan el parlamentarismo para ser revolucionarios hasta el fin, para cumplir su deber de socialistas e internacionalistas incluso en las circunstancias más difíciles. La actividad parlamentaria de los unos conduce a los sillones ministeriales; la actividad parlamentaria de los otros conduce a la cárcel, al destierro, a trabajos forzados. Los unos sirven a la burguesía; los otros, al proletariado. Los unos son socialimperialistas. Los otros, marxistas revolucionarios.

Capítulo III. La reconstitución de la Internacional.

¿Cómo reconstituir la Internacional? Antes de responder a esta pregunta, digamos unas palabras de cómo no debe reconstituirse.

El método de los soeialchovinistas y del "centro".

¡Oh, los socialchovinistas de todos los países son grandes "internacionalistas"! Desde el principio de la guerra les abruma la preocupación por la Internacional. De un lado, afirman que los comentarios acerca de la *bancarrota* de la Internacional son "exagerados". En realidad, no ha ocurrido nada extraordinario. Escuchad lo que dice Kautsky: la Internacional es, simplemente, "una arma para tiempos de paz", y es natural que, en tiempos de guerra, esta arma no haya estado a la altura de las circunstancias. De otro lado, los socialchovinistas de todos los países han encontrado un medio muy simple -y lo que es más importante, un medio

internacional- para salir de la situación creada. Ese medio no es nada complicado: basta esperar el final de la guerra. Hasta entonces, los socialistas de todos los países deben defender su "patria" y apoyar a "sus" gobiernos. Y cuando la guerra haya terminado, se "amnistiarán" unos a otros, reconocerán que *todos* tenían razón, que en tiempos de paz vivimos como hermanos, pero que en tiempos de guerra, basándonos exactamente en tales o cuales resoluciones, exhortamos a los obreros alemanes a exterminar a sus hermanos franceses, y viceversa.

En eso están de acuerdo todos: Kautsky, Plejánov, Víctor Adler y Heine. Víctor Adler escribe: "Cuando hayan pasado los tiempos difíciles que vivimos hoy, nuestro primer deber será no reprocharnos cada menudencia"[245]. Kautsky afirma: "En ninguna parte han resonado por ahora voces de socialistas serios que puedan hacernos temer" por la suerte de la Internacional. Plejánov dice: "Es desagradable estrechar manos (las de los socialdemócratas alemanes) que huelen a sangre de inocentes asesinados". Pero a renglón seguido propone la "amnistía": "Será muy oportuno -agrega- supeditar *el corazón a la cabeza*. En nombre de su gran obra, la Internacional deberá aceptar hasta las lamentaciones tardías". Heine declara en la revista *Sozialistische Monatshefte* que la conducta de Vandervelde es "valiente y orgullosa" y la pone como ejemplo a los izquierdistas alemanes.

En una palabra, cuando la guerra haya terminado, nombren una comisión compuesta por Kautsky y Plejánov, Vandervelde y Adler, y en un abrir y cerrar de ojos redactará una resolución "unánime" de amnistía mutua. Se echará tierra a la discusión, y todo marchará a pedir de boca. En lugar de ayudar a los obreros a comprender lo que ha pasado, se les engañará con una aparente "unidad" sobre el papel. La unión de los socialchovinistas y de los hipócritas de todos los países será denominada reconstitución de la Internacional.

No debemos ocultárnoslo: el peligro de semejante "reconstitución" es muy grande. Los socialchovinistas de todos los países están igualmente interesados en ella. Ninguno quiere que las propias masas obreras de sus países se orienten en la cuestión: socialismo o nacionalismo. Todos están interesados por igual en ocultarse mutuamente sus pecados. Ninguno de ellos puede proponer otra cosa distinta de la que propone Kautsky, el virtuoso de la hipocresía "internacional".

Sin embargo, no se tiene en cuenta debidamente este peligro. En un año de guerra hemos presenciado varias tentativas de restablecimiento de las relaciones internacionales. No hablaremos de las conferencias de Londres y de Viena[246], a las que asistieron determinados chovinistas con el propósito de ayudar a los estados mayores y a la burguesía de sus "patrias". Nos referimos a las conferencias de Lugano y Copenhague[247], a la Conferencia Internacional de las Mujeres y a la Conferencia Internacional de la Juventud[248]. Estas reuniones estuvieron animadas de los mejores deseos. Pero no vieron en absoluto el peligro señalado. No trazaron la línea de combate de los internacionalistas. No mostraron al proletariado el peligro con que le amenaza el método socialchovinista de "reconstitución" de la Internacional. En el mejor de los casos, se limitaron a repetir las antiguas resoluciones, no indicando a los obreros que, sin luchar contra los socialchovinistas, la causa del socialismo no tiene salvación. En el mejor de los casos, dichas conferencias fueron *pasos dados sin moverse del sitio*.

El estado de cosas entre la oposición.

No ofrece la menor duda que el estado de cosas entre la oposición socialdemócrata alemana tiene el mayor interés para todos los internacionalistas. La socialdemocracia oficial alemana, que en la II Internacional fue el partido rector, el partido más poderoso, ha asestado el golpe más sensible a la organización internacional de los obreros. Pero, al mismo tiempo, ha resultado que es en el seno de este partido donde existe la oposición más fuerte. Es el primero de los grandes partidos europeos en el que han alzado su airada voz de protesta los camaradas que permanecen fieles a la bandera del socialismo. Nos ha alegrado leer las revistas *Lichtstrahlen*[249] y *Die Internationale*. Y con mayor alegría aún nos hemos enterado de la difusión que tienen en Alemania numerosos llamamientos revolucionarios ilegales, como el titulado *El enemigo principal está dentro del propio país*. Esto demuestra que el espíritu del socialismo vive entre los obreros alemanes, que en Alemania hay todavía hombres capaces de defender el marxismo revolucionario.

En el seno de la socialdemocracia alemana se ha perfilado con la mayor claridad la escisión del socialismo contemporáneo. Vemos aquí con toda nitidez tres tendencias: los oportunistas chovinistas, que en ningún país han llegado a tal grado de degradación y de apostasía como en Alemania; el "centro" kautskiano, que ha dado pruebas de incapacidad absoluta para desempeñar otro papel que no sea el de lacayo de los oportunistas, y la izquierda, que representa a los únicos socialdemócratas de Alemania.

Como es lógico, nos interesa más que nada el estado de cosas en esta izquierda alemana. En ella vemos a nuestros camaradas, la esperanza de todos los elementos internacionalistas.

¿Cuál es, pues, esta situación?

La revista *Die Internationale* tenía plena razón al afirmar que, en la izquierda alemana, todo se encuentra todavía en proceso de fermentación, que en su seno han de producirse aún grandes

reagrupamientos, y que forman parte de ella elementos más decididos y menos decididos.

Los internacionalistas rusos en modo alguno pretendemos, como es lógico, inmiscuirnos en los asuntos internos de nuestros camaradas de la izquierda alemana. Comprendemos que sólo a ellos incumbe exclusivamente determinar sus medios de lucha contra los oportunistas, adecuados a las condiciones de tiempo y lugar. Únicamente consideramos que tenemos el derecho y el deber de expresar con franqueza nuestra opinión sobre el estado de cosas.

Estamos persuadidos de que el autor del artículo de fondo de la revista *Die Internationale* tenía muchísima razón al afirmar que el "centro" kautskiano causa más daño al marxismo que el socialchovinismo manifiesto. Quienes velan ahora las divergencias y, bajo la apariencia de marxismo, predican a los obreros lo mismo que predica el kautskismo, adormecen a los obreros y hacen más daño que los Südekum y los Heine, los cuales plantean las cuestiones de cara y obligan a los obreros a calar en su fondo.

La protesta que Kautsky y Haase se permiten en los últimos tiempos contra las "instancias" no debe engañar a nadie. Las divergencias entre otros y los Scheidemann no son de principio. Los unos consideran que Hindenburg y Mackensen han vencido *ya* y que ahora se pueden permitir el lujo de protestar contra las anexiones. Los otros estiman que Hindenburg y Mackensen no han vencido *todavía* y que, por consiguiente, hay que "mantenerse firmes hasta el fin".

El kautskismo lucha sólo en apariencia contra las "instancias", con el premeditado propósito de poder velar a los obreros, después de la guerra, la discusión de principios y echar tierra al asunto con una amplia resolución -la mil y tantas-, redactada en un estilo vagamente "izquierdista", en lo que tan duchos son los diplomáticos de la II Internacional.

Es muy comprensible que la oposición alemana deba aprovechar también en su difícil lucha contra las "instancias" esta protesta sin principios del kautskismo. Pero la piedra de toque para todo internacionalista debe seguir siendo la actitud hostil al neokautskismo. Sólo son verdaderos internacionalistas quienes luchan contra el kautskismo y comprenden que el "centro", *aun después* del aparente viraje de sus jefes, continúa siendo, desde el punto de vista de los principios, *el aliado de los chovinistas y de los oportunistas*.

Nuestra actitud frente a los elementos vacilantes de la Internacional en general tiene inmensa importancia. Se trata, en su mayoría, de socialistas de matiz *pacifista* que existen tanto en los países neutrales como en algunos de los países beligerantes (por ejemplo, en Inglaterra, el Partido Laborista Independiente). Estos elementos pueden ser compañeros de viaje nuestros. El acercamiento a ellos contra los socialchovinistas es indispensable. Pero no debe olvidarse que son *únicamente* compañeros de viaje, que en las cuestiones más importantes y fundamentales, al reconstituirse la Internacional, no estarán con nosotros, sino contra nosotros, seguirán a Kautsky, a Scheidemann, Vandervelde y Sembat. En las conferencias internacionales no podemos limitar nuestro programa a lo que es aceptable para estos elementos, pues de otro modo nosotros mismos caeríamos prisioneros de esos pacifistas vacilantes. Así sucedió, por ejemplo, en la Conferencia Internacional de las Mujeres de Berna, donde la delegación alemana, que sostenía el punto de vista de la camarada Clara Zetkin, desempeñó en realidad el papel de "centro". La Conferencia de las Mujeres dijo únicamente lo que podían aceptar las delegadas del partido oportunista holandés de Troelstra y las del PLI (Partido Laborista Independiente), que -no lo olvidemos- votó a favor de la resolución de Vandervelde en la conferencia de chovinistas de la "Entente" celebrada en Londres. Expresamos nuestra mayor estimación al PLI por su valiente lucha contra el gobierno inglés durante la guerra. Pero sabemos que ese partido no ha sido ni es marxista. Y consideramos que la tarea principal de la oposición socialdemócrata en los momentos actuales consiste en alzar la bandera del marxismo revolucionario, en decir con firmeza y claridad a los obreros cuál es nuestro criterio de las guerras imperialistas, en lanzar la consigna de acciones revolucionarias de masas, es decir, la consigna de transformar la época de guerras imperialistas en el comienzo de una época de guerras civiles.

A pesar de todo, en muchos países hay elementos socialdemócratas revolucionarios. Los hay en Alemania y Rusia, y Escandinavia (tendencia influyente representada por el camarada Höglund), en los Balcanes (el partido de los "tesniakí" búlgaros), en Italia, en Inglaterra (una parte del Partido Socialista Británico), en Francia (el propio Vaillant ha reconocido en *L'Humanité* que ha recibido cartas de protesta de los internacionalistas, pero no ha publicado el texto completo de ninguna de ellas), en Holanda (los tribunistas[250]), etc. Por de pronto, la tarea del día consiste en unir a estos elementos marxistas -por poco numerosos que sean al principio-, en recordar en su nombre las olvidadas palabras del verdadero socialismo y exhortar a los obreros de todos los países a que rompan con los chovinistas y se agrupen bajo la vieja bandera del marxismo.

Las conferencias con los llamados programas de "acción" se han limitado hasta la fecha a proclamar más o menos íntegramente el programa del simple pacifismo. El marxismo no es pacifismo. Es indispensable luchar para poner fin a la guerra cuanto antes. Pero la reivindicación de "paz" sólo adquiere

sentido proletario si se llama a la lucha *revolucionaria*. Sin una serie de revoluciones, la llamada paz democrática no es más que una utopía pequeñoburguesa. El verdadero programa de acción sería únicamente el programa *marxista*, que da a las masas una explicación clara y precisa de cuanto ha pasado, que les aclara qué es el imperialismo y cómo se debe luchar contra él, que declara abiertamente que el oportunismo ha sido la causa de la bancarrota de la II Internacional, que llama abiertamente a organizar una Internacional marxista, sin oportunistas y *contra* ellos. Sólo un programa así, capaz de demostrar que tenemos fe en nosotros mismos, que tenemos fe en el marxismo y que declaramos al oportunismo una guerra a vida o muerte, sólo un programa así podría, tarde o temprano, asegurarnos las simpatías de las verdaderas masas proletarias.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y la III Internacional.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se ha separado de sus oportunistas hace mucho tiempo. Ahora, los oportunistas rusos se han vuelto, además, chovinistas. Esto no hace más que reafirmarnos en nuestra opinión de que la escisión con ellos es indispensable en beneficio del socialismo. Estamos convencidos de que las divergencias existentes hoy entre los socialdemócratas y los socialchovinistas no son menores que las que dividían a socialistas y anarquistas al producirse la escisión. El oportunista Monitor tiene razón cuando dice en el *Preussische Jahrbücher* que la unidad actual es ventajosa para los oportunistas y para la burguesía, pues obliga a los elementos de izquierda a someterse a los chovinistas e impide a los obreros orientarse en las disputas y crear su propio partido verdaderamente obrero, verdaderamente socialista. Estamos profundamente persuadidos de que, en las presentes condiciones, el deber primordial de todo revolucionario consiste en romper con los oportunistas y los chovinistas, de la misma manera que fue indispensable romper con los amarillos, los antisemitas, los sindicatos obreros liberales, etc., en aras de la más rápida educación de los obreros atrasados y de su incorporación a las filas del partido socialdemócrata.

A nuestro juicio, la III Internacional debería erigirse precisamente sobre estos cimientos revolucionarios. Para nuestro partido no existe el problema de la conveniencia o inconveniencia de romper con los socialchovinistas. Para él se ha resuelto ya de manera irrevocable. El que tiene planteado ahora es el de la viabilidad de esa ruptura a escala internacional en el futuro más inmediato.

No ofrece la menor duda de que para crear una organización marxista *internacional* es indispensable que en los *distintos* países haya fuerzas dispuestas a formar partidos marxistas independientes. En este sentido, Alemania, el país de movimiento obrero más antiguo y vigoroso, reviste una importancia decisiva. El futuro próximo nos dirá si han madurado ya las condiciones para constituir una nueva Internacional marxista. Si han madurado, nuestro partido ingresará con alegría en esa III Internacional, depurada de oportunismo y chovinismo. Si no han madurado, quedará claro que para semejante depuración aún es precisa una evolución más o menos larga. Y entonces, nuestro partido será la oposición extrema en el seno de la antigua Internacional, hasta el momento en que maduren en distintos países las condiciones necesarias para constituir una asociación internacional obrera que se base en el marxismo revolucionario.

No sabemos ni podemos saber qué derroteros seguirá en los años próximos el desarrollo de los acontecimientos en el ámbito internacional. Pero lo que sabemos a ciencia cierta, de lo que estamos firmemente convencidos es de que *nuestro* partido trabajará sin desmayo en *nuestro* país, entre *nuestro* proletariado, en la dirección indicada, y creará con toda su labor cotidiana la sección rusa de la Internacional *marxista*.

En Rusia tampoco faltan socialchovinistas declarados ni grupos "centristas". Esas gentes lucharán contra la constitución de la Internacional marxista. Sabemos que Plejánov ocupa, desde el punto de vista de los principios, la misma postura que Südekum y que le tiende ya la mano. Sabemos que el llamado "Comité de Organización", dirigido por Axelrod, es el propagador del kautskismo en Rusia. Esas gentes toman por escudo la unidad de la clase obrera para preconizar la unidad con los oportunistas y, a través de ellos, con la burguesía. Pero todo lo que sabemos del actual movimiento obrero en Rusia nos permite tener la plena seguridad de que el proletariado consciente de Rusia permanecerá, como hasta hoy, *con nuestro partido*.

Capítulo IV. Historia de la escisión y situación actual de la socialdemocracia en Rusia.

La táctica del POSDR, que acabamos de exponer, con respecto a la guerra es el resultado inevitable del desarrollo de la socialdemocracia en Rusia a lo largo de treinta años. No se puede comprender acertadamente esta táctica, como tampoco la situación actual de la socialdemocracia en nuestro país, sin profundizar en la historia de nuestro partido. Por eso debemos recordar también aquí al lector los hechos fundamentales de esa historia.

Como corriente ideológica, la socialdemocracia surgió en 1883, cuando el grupo Emancipación del Trabajo expuso por primera vez con regularidad en el extranjero las ideas socialdemócratas aplicadas a Rusia. Hasta los primeros años del último decenio del siglo XIX, la socialdemocracia siguió siendo en Rusia una tendencia ideológica desligada del movimiento obrero de masas. A principios del

decenio mencionado, la agitación social, la efervescencia y el movimiento huelguístico entre los obreros hicieron de la socialdemocracia una fuerza política activa, indisolublemente ligada con la lucha (tanto económica como política) de la clase obrera. Y desde esa época comienza la escisión de la socialdemocracia en "economistas" e "iskristas".

Los "economistas" y la vieja "*Iskra*" (1894-1903).

El "economismo" fue una corriente oportunista en la socialdemocracia rusa. Su esencia política estaba reducida al programa siguiente: "A los obreros, la lucha económica; a los liberales, la lucha política". Su principal soporte teórico era el llamado "marxismo legal" o "struvismo", que "aceptaba" el "marxismo" totalmente desembarazado de todo espíritu revolucionario y adaptado a las necesidades de la burguesía liberal. Escudándose en el atraso de las masas obreras de Rusia, deseando "marchar al paso de las masas", los "economistas" restringían las tareas y la amplitud del movimiento obrero a la lucha económica y al apoyo político al liberalismo, sin fijarse ninguna tarea política ni revolucionaria independiente.

La vieja *Iskra* (1900-1903) sostuvo triunfalmente la lucha contra el "economismo" en nombre de los principios de la socialdemocracia revolucionaria. Toda la flor y nata del proletariado consciente estaba al lado de *Iskra*. Unos años antes de la revolución, la socialdemocracia presentó el programa más consecuente e irreconciliable. Y la lucha de clase, las acciones de las masas durante la revolución de 1905 confirmaron este programa. Los "economistas" se adaptaban al atraso de las masas. *Iskra* educaba a la vanguardia obrera, capaz de conducir adelante a las masas. Todos los argumentos que esgrimen hoy los socialchovinistas (sobre la necesidad de contar con las masas, sobre el carácter progresivo del imperialismo, sobre las "ilusiones" de los revolucionarios, etc.) fueron ya utilizados por los "economistas". La socialdemocracia rusa conoció hace 20 años una adulteración oportunista del marxismo; el "struvismo",

Menchevismo y bolchevismo (1903-1908).

La época de la revolución democrática burguesa dio paso a una nueva lucha de tendencias en el seno de la socialdemocracia, lucha que era una prolongación directa de la lucha precedente. El "economismo" se transformó en "menchevismo", La defensa de la táctica revolucionaria de la vieja *Iskra* dio nacimiento al "bolchevismo",

En los años tempestuosos de 1905-1907, el menchevismo era una corriente oportunista apoyada por los burgueses liberales y difundía las tendencias liberales burguesas en el movimiento obrero. El fondo de esta corriente consistía en la adaptación de la lucha de la clase obrera al liberalismo. El bolchevismo, por el contrario, planteaba como tarea de los obreros socialdemócratas levantar a la lucha revolucionaria a los campesinos democráticos, a despecho de los vaivenes y traiciones del liberalismo. Las masas obreras, como han tenido que reconocer más de una vez los propios mencheviques, siguieron durante la revolución a los bolcheviques en las acciones más importantes.

La revolución de 1905 comprobó, robusteció, profundizó y templó la táctica socialdemócrata de intransigente espíritu revolucionario en Rusia. La acción a pecho descubierto de las clases y de los partidos puso de manifiesto reiteradamente la ligazón del oportunismo socialdemócrata ("menchevismo") con el liberalismo.

Marxismo y liquidacionismo (1908-1914).

La época de la contrarrevolución planteó otra vez a la orden del día, en forma enteramente nueva, el problema de la táctica oportunista y de la táctica revolucionaria de la socialdemocracia. El cauce principal del menchevismo, a pesar de las protestas de muchos de sus mejores representantes, engendró la corriente liquidacionista, la renuncia a la lucha por una nueva revolución en Rusia, a la organización y al trabajo ilegales, dio nacimiento a las burlas desdeñosas a propósito de la "clandestinidad", de la consigna de república, etc. El grupo de autores legales de la revista *Nasha Zariá* (los señores Potrésov, Cherevanin, etc.) constituyó un núcleo independiente del viejo partido socialdemócrata, grupo sostenido, ensalzado y mimado de mil maneras por la burguesía liberal de Rusia, la cual deseaba quitar a los obreros todo deseo de participar en la lucha revolucionaria.

Este grupo de oportunistas fue expulsado del partido por la Conferencia del POSDR de enero de 1912, que reconstituyó el partido, a pesar de la desesperada resistencia de toda una serie de grupos y grupitos de la emigración. Durante más de dos años (desde principios de 1912 hasta mediados de 1914) se desarrolló una lucha tenaz entre los dos partidos socialdemócratas: el CC, elegido en enero de 1912, y el "Comité de Organización", que no reconocía la Conferencia de enero y que deseaba reconstituir el partido de otro modo, manteniendo la unidad con el grupo *Nasha Zariá*. Se empeñó una reñida lucha entre los dos diarios obreros (*Pravda* y *Luch* y sus sucesores) y entre las dos minorías socialdemócratas a la IV Duma de Estado (la de los socialdemócratas pravdistas o marxistas y la de los liquidadores con Chjeídze a la cabeza).

Defendiendo la fidelidad a los preceptos revolucionarios del partido, apoyando el naciente auge del movimiento obrero (sobre todo después de la primavera de 1912), combinando la organización legal y la clandestina, la prensa y la agitación, los

"pravdistas" agruparon en torno suyo a una mayoría abrumadora de la clase obrera consciente, mientras que los liquidadores, que como fuerza política actuaban exclusivamente por medio del grupo *Nasha Zariá*, se apoyaban en la pródiga ayuda de los elementos liberales burgueses.

Las cotizaciones públicas de los grupos obreros a los periódicos de ambos partidos, que eran una forma (la única legalmente posible, y que todos podían controlar libremente) de *pago de cuotas* de los socialdemócratas al partido, en consonancia con las condiciones rusas de entonces, confirmaron con evidencia el origen proletario de la fuerza y el peso de los "pravdistas" (marxistas) y el origen liberal burgués de la fuerza y la influencia de los liquidadores (y de su "Comité de Organización"). He aquí algunos datos breves sobre estas cuotas, publicados minuciosamente en el libro *Marxismo y liquidacionismo*[251], cuya versión abreviada apareció en el periódico socialdemócrata alemán *Gaceta Popular de Leipzig*[252] del 21 de julio de 1914.

Número y suma de las cuotas para los diarios socialdemócratas dé San Petersburgo -marxistas (pravdistas) y liquidadores- del 1 de enero al 13 de mayo de 1914:

	Pravdistas		Liquidadores	
	Número de cuotas	Cantidad en rublos	Número de cuotas	Cantidad en rublos
De grupos obreros	2.873	18.934	671	5.296
De grupos no obreros	713	2.650	543	6.760

Así pues, nuestro partido agrupó en 1914 las cuatro quintas partes de los obreros conscientes de Rusia en torno a la táctica socialdemócrata revolucionaria. En todo el año de 1913 el número de cuotas de los grupos obreros fue de 2.181 para los pravdistas y de 661 para los liquidadores. Desde el primero de enero de 1913 hasta el 13 de mayo de 1914 se obtienen las cifras siguientes: 5.054 cuotas de grupos obreros para los "pravdistas" (es decir, para nuestro partido) y 1.332, o sea, el 20,8%, para los liquidadores.

Marxismo y socialchovinismo (1914-1915).

La gran guerra europea de 1914-1915 ha ofrecido a todos los socialdemócratas europeos, incluidos los rusos, la posibilidad de comprobar su táctica en una crisis mundial. El carácter reaccionario, expoliador, esclavista de la guerra es, por parte del zarismo, incomparablemente más evidente que por parte de los demás gobiernos. No obstante, el grupo fundamental de los liquidadores (único, aparte de nosotros, que posee una seria influencia en Rusia, gracias a su ligazón con los liberales) ¡ha virado hacia el socialchovinismo! Gozando durante un tiempo bastante largo del monopolio de la legalidad, este grupo de *Nasha Zariá* emprendió una propaganda entre las masas en el sentido de "no oponerse a la guerra", de desear el triunfo de la triple (ahora cuádruple) Entente, de acusar de "pecados incontables" al imperialismo alemán, etc. Plejánov, que desde 1903 había dado múltiples pruebas de su extrema falta de carácter en política y de su paso a los oportunistas, adoptó de manera más tajante aún la misma posición, ensalzada por toda la prensa burguesa de Rusia. Plejánov llegó a caer tan bajo que calificó de justa la guerra por parte del zarismo y publicó interviús en los periódicos gubernamentales de Italia, ¡¡alentando a este país a entrar en la guerra!!

La justedad de nuestra apreciación del liquidacionismo y de la expulsión del principal grupo de liquidadores de las filas de nuestro partido se ha visto, de esta manera, plenamente confirmada. El programa real de los liquidadores y el verdadero significado de su orientación consisten ahora no sólo en el oportunismo en general, sino en que defienden los privilegios de gran potencia y las ventajas de los terratenientes y burgueses rusos. Esta es la orientación de la política obrera *nacional-liberal*. Esta es la alianza de una parte de los pequeños burgueses radicales y de un insignificante sector de obreros privilegiados con "su" burguesía nacional, contra las masas proletarias.

Actual estado de cosas en la socialdemocracia de Rusia.

Como ya hemos dicho, ni los liquidadores, ni toda una serie de grupos de la emigración (el de Plejánov, el de Aléxinski, el de Trotski, etc.), ni los llamados socialdemócratas "nacionales" (es decir, no rusos) reconocieron nuestra Conferencia de enero de 1912. De los incontables improperios con que nos cubrían, lo que repetían más a menudo era la acusación de "usurpadores" y "escisionistas". Nuestra respuesta a esto consistía en la aportación de cifras exactas, que podían ser objetivamente comprobadas, y que demostraban que nuestro partido agrupaba a las cuatro quintas partes de los obreros conscientes de Rusia. Eso no era poco, dadas las dificultades del trabajo clandestino en una época de contrarrevolución.

Si en Rusia era posible la "unidad" en el terreno de la táctica socialdemócrata, sin excluir al grupo *Nasha Zariá*, ¿por qué no se unían *ni siquiera entre ellos mismos* nuestros numerosos adversarios? Desde enero de 1912 han transcurrido tres años y medio, y en todo este tiempo nuestros adversarios no han podido crear, pese a todos sus deseos, un partido socialdemócrata contra nosotros. Este hecho es la mejor defensa de nuestro partido.

Toda la historia de los grupos socialdemócratas que luchan contra nuestro partido es una historia de desmoronamientos y disgregación. En marzo de 1912, se "unificaron" todos, sin excepción, para

colmarnos de improperios. Pero ya en agosto del mismo año, cuando se formó contra nosotros el llamado "Bloque de Agosto", empezó su disgregación. Una parte de los grupos se separó de ellos. No pudieron crear un partido ni un Comité Central. Formaron únicamente un Comité de Organización "para el restablecimiento de la unidad". Pero, de hecho, este Comité de Organización resultó un flanqueo impotente del grupo liquidador en Rusia. En todo el período de colosal ascenso del movimiento obrero en Rusia y de huelgas de masas de 1912-1914, el único grupo de todo el "Bloque de Agosto" que trabajó entre las masas fue el de *Nasha Zariá*, cuya fuerza consiste en su ligazón con los liberales. Y a principios de 1914 se retiraron formalmente del "Bloque de Agosto" los socialdemócratas letones (los socialdemócratas polacos no se habían adherido); Trotski, uno de los jefes del bloque, salió de él, aunque no formalmente, creando una vez más su propio grupo. En julio de 1914, en la Conferencia de Bruselas, en la que participaron el Comité Ejecutivo de la Oficina Socialista Internacional, Kautsky y Vandervelde se creó contra nosotros el llamado "Bloque de Bruselas", en el que no entraron los letones y del que se apartaron inmediatamente los socialdemócratas polacos, la oposición. Después de la guerra, este bloque se disuelve. *Nasha Zariá*, Plejánov, Aléxinski y An, jefe de los socialdemócratas del Cáucaso, se han transformado en socialchovinistas manifiestos, propugnando la conveniencia de la derrota de Alemania. El Comité de Organización y el Bund defienden a los socialchovinistas y las bases del socialchovinismo. La minoría de Chjeídze, aunque ha votado contra los créditos de guerra (en Rusia hasta los demócratas burgueses, los trudoviques, han votado contra ellos), sigue siendo fiel aliada de *Nasha Zariá*. Nuestros socialchovinistas extremos, Plejánov, Aléxinski y Cía., están muy contentos de la minoría de Chjeídze. En París ha sido fundado el periódico *Nashe Slovo* (antes *Golos*), principalmente con la participación de Mártov y Trotski, que desean compaginar la defensa platónica del internacionalismo con la reivindicación incondicional de unidad con *Nasha Zariá*, con el Comité de Organización o con la minoría de Chjeídze. Después de haber publicado 250 números, este periódico se ha visto obligado a reconocer su descomposición una parte de la redacción se inclina hacia nuestro partido; Mártov se mantiene fiel al Comité de Organización, que acusa públicamente a *Nashe Slovo* de "anarquismo" (del mismo modo que los oportunistas en Alemania, David y Cía., *Internationale Korrespondenz*[253], Legien y Cía., acusan de anarquismo al camarada Liebknecht); Trotski anuncia su ruptura con el Comité de Organización, pero desea marchar con la minoría de Chjeídze. He ahí el programa y la táctica de la minoría de Chjeídze, expuestos por uno de sus jefes. En el núm. 5 de 1915 de *Sovremienni Mir*[254], revista que sigue la orientación de Plejánov y Aléxinski, Chjenkeli escribe:

> "Decir que la socialdemocracia alemana se hallaba en condiciones de impedir que su país se lanzase a la guerra y que no lo ha hecho significaría desear ocultamente que no sólo ella, sino también su patria, expirasen en las barricadas, o mirar los objetos cercanos con el telescopio anarquista"*.

En estas breves líneas se refleja todo el fondo del socialchovinismo: su justificación de principio de la idea de "defensa de la patria" en la guerra actual y las burlas -con permiso de los censores militares- de la propaganda y preparación de la revolución. El problema no consiste, ni mucho menos, en saber si la socialdemocracia alemana se hallaba en condiciones de impedir la guerra, ni tampoco en saber si, en general, pueden los revolucionarios garantizar el triunfo de la revolución. El problema consiste en saber si uno debe conducirse como socialista o si debe "expirar" auténticamente en brazos de la burguesía imperialista.

Las tareas de nuestro partido.

La socialdemocracia de Rusia surgió antes de la revolución democrática burguesa (1905) en nuestro país y se fortaleció durante la revolución y la contrarrevolución. El atraso de Rusia explica la extraordinaria abundancia de corrientes y matices del oportunismo pequeñoburgués entre nosotros; y la influencia del marxismo en Europa, así como la solidez de los partidos socialdemócratas legales antes de la guerra, hicieron de nuestros ejemplares liberales casi admiradores de la socialdemocracia y la teoría "marxista", "legal", "inteligente", "europea" (no revolucionaria). La clase obrera de Rusia no pudo forjar su partido más que en una lucha denodada de treinta años contra todas las variedades de oportunismo. La experiencia de la guerra mundial, que ha aportado la vergonzosa bancarrota del oportunismo europeo y ha fortalecido la alianza de nuestros nacional-liberales con los liquidadores socialchovinistas, nos afinca más aún en el convencimiento de que nuestro partido deberá seguir también en el futuro el mismo camino consecuentemente revolucionario.

Escrito en julio-agosto de 1915. Publicado en folleto aparte en agosto de 1915 por la redacción del periódico "Sotsial-Demokrat", Ginebra.

T. 26, págs. 307-350.

---

* *Sovremienni Mir*, núm. 5 de 1915, pág. 148. Trotski ha declarado recientemente que tiene por deber suyo realzar en la Internacional el prestigio de la minoría de Chjeídze. Indudablemente, Chjenkeli realzará a su vez con la misma energía en la Internacional el prestigio de Trotski...

LA CONSIGNA DE LOS ESTADO UNIDOS DE EUROPA.

En el número 40 de *Sotsial-Demokrat*, hemos informado que la conferencia de las secciones de nuestro partido en el extranjero ha acordado aplazar el planteamiento de la consigna de los "Estados Unidos de Europa" hasta que se discuta en la prensa el aspecto *económico* del problema.

Los debates en torno a esta cuestión tomaron en nuestra conferencia un carácter político unilateral. Quizás se debiera, en parte, a que en el manifiesto del Comité Central dicha consigna estaba formulada directamente como consigna política ("la consigna *política* inmediata...", se dice en él), con la particularidad de que no sólo se proponen unos Estados unidos republicanos de Europa, sino que se subraya especialmente que "si no se derrocan por vía revolucionaria las monarquías alemana, austriaca y rusa", esta consigna carece de sentido y es falsa.

Es absolutamente erróneo oponerse a semejante forma de plantear el problema *dentro de los límites* de la apreciación política de dicha consigna, por ejemplo, desde el punto de vista de que eclipsa o debilita, etc., la consigna de revolución socialista. Las transformaciones políticas realizadas en un sentido auténticamente democrático, y tanto más las revoluciones políticas, no pueden nunca, ni en caso alguno, sean cuales fueren las circunstancias, eclipsar ni debilitar la consigna de revolución socialista. Por el contrarío, siempre contribuyen a acercar esta revolución, amplían su base e incorporan a la lucha socialista a nuevas capas de la pequeña burguesía y de las masas semiproletarias. Por otra parte, las revoluciones políticas son inevitables en el proceso de la revolución socialista, que no debe considerarse un acto único, sino una época de violentas conmociones políticas y económicas, de lucha de las clases enconada hasta el extremo, de guerra civil, de revoluciones y contrarrevoluciones.

Pero si la consigna de los Estados Unidos republicanos de Europa, que se liga al derrocamiento revolucionario de las tres monarquías más reaccionarias de Europa, encabezadas por la rusa, es invulnerable en absoluto como consigna política, queda aún la importantísima cuestión del contenido y el significado económicos de esta consigna. Desde el punto de vista de las condiciones económicas del imperialismo, es decir, de la exportación de capitales y del reparto del mundo por las potencias coloniales "avanzadas" y "civilizadas", los Estados Unidos de Europa son imposibles o reaccionarios en el capitalismo.

El capital se ha hecho internacional y monopolista. El mundo está ya repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Cuatro grandes potencias de Europa -Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania-, con una población de 250 a 300 millones de habitantes y con un territorio de unos 7 millones de kilómetros cuadrados, tienen colonias con una población de *casi quinientos millones* de habitantes (494,5 millones) y con un territorio de 64,6 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la mitad de la superficie del globo (133 millones de kilómetros cuadrados sin la zona polar). A ello hay que añadir tres Estados asiáticos -China, Turquía y Persia-, que en la actualidad están siendo despedazados por los saqueadores que hacen una guerra de "liberación", a saber, por el Japón, Rusia, Inglaterra y Francia. Estos tres Estados asiáticos, que pueden denominarse semicolonias (en realidad, son ahora colonias en un 90%), cuentan con una población de 360 millones de habitantes y una superficie de 14,5 millones de kilómetros cuadrados (es decir, casi el 50% más que la superficie total de Europa).

Además, Inglaterra, Francia y Alemania han invertido en el extranjero un capital de no menos de 70 mil millones de rublos. Para obtener una rentita "legítima" de esta grata suma -una rentita de más de tres mil millones de rublos anuales-, sirven los comités nacionales de millonarios, llamados gobiernos, provistos de ejércitos y de marinas de guerra, que "colocan" de virreyes, cónsules, embajadores, funcionarios de todo género, curas y demás sanguijuelas en las colonias y semicolonias a los hijitos y hermanitos del "señor Billón".

Así es cómo, en la época del más alto desarrollo del capitalismo, está organizado el saqueo de cerca de mil millones de habitantes de la Tierra por un puñado de grandes potencias. Y en el capitalismo es imposible cualquier otra organización. ¿Renunciar a las colonias, a las "esferas de influencia", a la exportación de capitales? Pensar en ello significa descender al nivel de un curita que predica cada domingo a los ricos la grandeza del cristianismo y les

aconseja regalar a los pobres..., bueno, si no unos cuantos miles de millones, unos cuantos centenares de rublos al año.

En el capitalismo, los Estados Unidos de Europa equivalen a un acuerdo sobre el reparto de las colonias. Pero en el capitalismo no puede haber otra base ni otro principio de reparto que la fuerza. El multimillonario no puede repartir con nadie la "renta nacional" de un país capitalista sino en proporción "al capital" (añadiendo, además, que el capital de mayor cuantía ha de recibir más de lo que le corresponde). El capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción y la anarquía de la producción. Predicar un reparto "justo" de la renta con tal base es proudhonismo[255], necedad de pequeño burgués y de filisteo. No puede haber más reparto que en proporción "a la fuerza". Y la fuerza cambia en el curso del desarrollo económico. Después de 1871, Alemania se ha fortalecido con una rapidez tres o cuatro veces mayor que Inglaterra y Francia. El Japón, con una rapidez diez veces mayor que Rusia. No hay ni puede haber otro medio que la guerra para comprobar la verdadera potencia de un Estado capitalista. La guerra no está en contradicción con los fundamentos de la propiedad privada, sino que es el desarrollo directo e inevitable de tales fundamentos. En el capitalismo es imposible un proceso uniforme de desarrollo económico de las distintas economías y de los distintos Estados. En el capitalismo, para restablecer de cuando en cuando el equilibrio alterado, no hay otro medio posible que las crisis en la industria y las guerras en la política.

Desde luego, son posibles acuerdos *temporales* entre los capitalistas y entre las potencias. En este sentido son también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los capitalistas *europeos*... ¿sobre qué? Sólo sobre el modo de aplastar juntos el socialismo en Europa, de defender juntos las colonias robadas *contra* el Japón y Norteamérica, cuyos intereses están muy lesionados por el actual reparto de las colonias y que en los últimos cincuenta años se han fortalecido de un modo inconmensurablemente más rápido que la Europa atrasada, monárquica, que ha empezado a pudrirse de vieja. En comparación con los Estados Unidos de Norteamérica, Europa representa en conjunto un estancamiento económico. Con la actual base económica, es decir, con el capitalismo, los Estados Unidos de Europa significarían la organización de la reacción para detener el desarrollo más rápido de Norteamérica. Los tiempos en que la causa de la democracia y del socialismo estaba ligada sólo a Europa han pasado para no volver.

Los Estados Unidos del mundo (y no de Europa) constituyen la forma estatal de unificación y libertad de las naciones, forma que nosotros relacionamos con el socialismo, mientras la victoria completa del comunismo no traiga la desaparición definitiva de todo Estado, incluido el Estado democrático. Sin embargo, como consigna independiente, la de los Estados Unidos del mundo dudosamente sería justa, en primer lugar, porque se funde con el socialismo y, en segundo lugar, porque podría conducir a la falsa idea de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país y a una interpretación errónea de las relaciones de este país con los demás.

La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que el socialismo triunfe primero en unos cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país capitalista. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados. La forma política de la sociedad en que triunfe el proletariado, derrocando a la burguesía, será la república democrática, que centralizará cada vez más las fuerzas del proletariado de dicha nación o de dichas naciones en la lucha contra los Estados que aún no hayan pasado al socialismo. Es imposible suprimir las clases sin una dictadura de la clase oprimida, del proletariado. La libre unión de las naciones en el socialismo es imposible sin una lucha tenaz, más o menos prolongada, de las repúblicas socialistas contra los Estados atrasados.

Estas son las consideraciones que, tras repetidas discusiones del problema en la conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero y después de ella, han llevado a la redacción del órgano central a la conclusión de que la consigna de los Estados Unidos de Europa es errónea.

Publicado el 23 de agosto de 1915 en el núm. 44 de "Sotsial-Demokrat".
t. 26, págs. 351-355.

EL OPORTUNISMO Y LA BANCARROTA DE LA II INTERNACIONAL.

Es aleccionador comparar la actitud de las distintas clases y partidos ante la bancarrota de la Internacional manifestada por la guerra en 1914-1915. Por una parte, la burguesía ensalza y pone por las nubes a los socialistas que propugnan "la defensa de la patria", es decir, que están a favor de la guerra y de ayudar a la burguesía. Por otra parte, los representantes más sinceros o menos diplomáticos de la burguesía se regocijan de la bancarrota de la Internacional, de la pérdida de las "ilusiones" en el socialismo. Entre los socialistas "defensores de la patria" se registran esos dos mismos matices: los "extremistas", como los alemanes G. Kolb y W. Heine, reconocen la bancarrota de la Internacional, achacan las culpas a las "ilusiones revolucionarias" y procuran reconstituir una Internacional *más* oportunista *aún*. Pero, en la práctica, coinciden con los "moderados" y prudentes socialistas "defensores de la patria" del tipo de Kautsky, Renaudel y Vandervelde que se obstinan en negar la bancarrota de la Internacional, que la creen sólo en un suspenso temporal y abogan por la vitalidad y el derecho a la existencia precisamente de la II Internacional. Los socialdemócratas revolucionarios de los distintos países reconocen la bancarrota de la II Internacional y la necesidad de fundar la tercera.

Para ver quién tiene razón, tomemos un documento histórico que se refiere justamente a la guerra actual y está firmado con carácter unánime y oficial por *todos* los partidos socialistas del mundo. Este documento es el Manifiesto de Basilea de 1912. Es de notar que, en teoría, ningún socialista se atreverá a negar la necesidad de emitir una evaluación histórica concreta de cada guerra por separado. Mas hoy no hay nadie, excepto los escasos socialdemócratas "izquierdistas", que se atreva a retractarse directa, abierta y concretamente del Manifiesto de Basilea y declararlo erróneo, así como a analizarlo a fondo y comparar sus planteamientos con la conducta de los socialistas después de haber comenzado la guerra.

¿Por qué? Pues porque el Manifiesto de Basilea denuncia sin piedad toda la falacia de los razonamientos y de la conducta de la mayoría de los socialistas oficiales. ¡¡Este manifiesto no dice *una sola palabreja* de la "defensa de la patria" ni de diferencias entre guerra ofensiva y guerra defensiva!! *Ni una palabra* de lo que más hablan, gritan y claman los jefes oficiales de la socialdemocracia tanto de Alemania como de la Cuádruple Entente. El Manifiesto de Basilea enjuicia con exactitud, claridad y determinación completas justamente los conflictos concretos de intereses que llevaban a la guerra en 1912 y la desencadenaron en 1914. El manifiesto dice que estos conflictos brotan del terreno del "imperialismo capitalista", que los conflictos entre Austria y Rusia son por la "preponderancia en los Balcanes"; que los conflictos entre Inglaterra, Francia y Alemania proceden de su (¡de todas ellas!) "política de conquistas en Asia Menor"; que los conflictos entre Austria e Italia se deben a la propensión a "incluir a Albania en la esfera de su influencia" y a someterla a su "dominación"; que los conflictos entre Inglaterra y Alemania son debidos a su "antagonismo" general y, luego, a "los atentados del zarismo a Armenia, Constantinopla, etc.". Todo el mundo ve que eso se refiere por entero precisamente a la guerra actual. El franco carácter de conquista, imperialista, reaccionario y avasallador de esta guerra está reconocido con meridiana claridad en el manifiesto que ha hecho una deducción ineludible: La guerra no puede "justificarse con la mínima excusa de interés popular de ninguna índole", la guerra se está preparando "en aras de las ganancias de los capitalistas y de ambiciones dinásticas"; por parte de los obreros "será un crimen disparar los unos contra los otros".

Estos planteamientos contienen todo lo esencial que se precisa para que se comprenda la diferencia cardinal existente entre dos grandes épocas de la historia. Una, la de 1789-1871, cuando las guerras de Europa estaban relacionadas en la mayoría de los casos, indudablemente, con un importante "interés popular", a saber: con los poderosísimos movimientos progresistas burgueses y de liberación nacional que atañían a millones, con la destrucción del feudalismo, del absolutismo y de la opresión extranjera. En este terreno, y sólo en él, surgió el concepto de "defensa de la patria", defensa de la nación burguesa que se emancipaba contra el medievo. Sólo *en este sentido* aceptaban los socialistas la "defensa de la patria". Y ahora, en este sentido, no se puede menos de admitir, por ejemplo, la defensa de Persia o China contra Rusia o

Inglaterra, de Turquía contra Alemania o Rusia, de Albania contra Austria, Italia, etc.

La guerra de 1914-1915, como se dice con claridad en el Manifiesto de Basilea, pertenece a una época distinta por completo de la historia, presenta un carácter diferente por entero. Es una guerra entre bandidos por el reparto del botín, por el sojuzgamiento de otros países. La victoria de Rusia, Inglaterra y Francia será la asfixia de Armenia, Asia Menor, etc., lo cual *está dicho* en el Manifiesto de Basilea. La victoria de Alemania será la asfixia de Asia Menor, Serbia, Albania, etc. ¡Eso *está dicho* allí mismo y reconocido por todos los socialistas! ¡Son falsas, hipócritas y carecen de sentido todas las frases que se digan sobre la guerra defensiva o la defensa de la patria por parte de las grandes potencias (léase grandes bandoleros) que se baten por dominar en el mundo, por conquistar mercados y "esferas de influencia", por sojuzgar a otros pueblos! No tiene nada de extraño que los "socialistas" que admiten la defensa de la patria *teman* recordar y citar con exactitud el Manifiesto de Basilea, ya que éste *descubre* su hipocresía. El Manifiesto de Basilea *demuestra* que los socialistas que pueden admitir la "defensa de la patria" en la guerra de 1914-1915 son socialistas solo de palabra, pero patrioteros de hecho. Son socialchovinistas.

De reconocer que la guerra está relacionada con los intereses de la liberación nacional, se desprende una táctica de los socialistas. De admitir que la guerra es imperialista, que es una guerra de conquista y rapiña, se desprende otra táctica. El Manifiesto de Basilea ha trazado claramente esta otra táctica. La guerra provocará una "crisis económica y política", se dice en él. Esta crisis hay que "utilizarla" para "acelerar la caída de la dominación del capital": en estas palabras *se reconoce* que la revolución social *ha madurado* que *es posible hacerla*, que *estallará* con motivo de la guerra. "Las clases dominantes" temen "la revolución proletaria" dice el manifiesto, aludiendo directamente al ejemplo de la Comuna y del año 1905, es decir, a los ejemplos de revoluciones, huelgas y guerra civil. Mienten quienes dicen que lo socialistas "no han discutido" ni "decidido" su actitud ante la guerra. El Manifiesto de Basilea *decidió* esta táctica: la táctica de las acciones revolucionarias del proletariado y de la guerra civil.

Sería un error creer que el Manifiesto de Basilea es una perorata huera, una frase oficial, una amenaza gratuita. ¡Así pueden hablar quienes se ven descubiertos por dicho manifiesto! ¡Pero eso no es verdad! El Manifiesto de Basilea es un resumen de gigantescos datos de propaganda y agitación de todo el período de existencia de la II Internacional, desde 1889 hasta 1914. Este manifiesto *resume*, sin exagerar, *millones y millones*[*] de proclamas, artículos periodísticos, libros y discursos de socialistas de todos los países. Declarar erróneo este manifiesto es declarar errónea toda la II Internacional, toda la labor de decenios y decenios de los partidos socialdemócratas. Desentenderse del Manifiesto de Basilea significa desentenderse de toda la historia del socialismo. El Manifiesto de Basilea no dice nada de *particular*, nada *extraordinario*. Da única y exclusivamente los argumentos *con que* los socialistas *han llevado a las masas en pos de ellos*: el reconocimiento de la "pacífica" labor *preparatoria* de la revolución proletaria. El Manifiesto de Basilea ha repetido lo que dijo Guesde en el congreso de 1899, burlándose de los socialistas ministerialistas[256] *en caso* de guerra por mercados, *brigandages capitalistes* (*En gardel*, págs. 175-176)[**], o Kautsky en 1909 en *El camino al poder*, indicando el fin de la "época pacífica", el comienzo de la época de las guerras y de las revoluciones, de la lucha del proletariado por el poder.

El Manifiesto de Basilea demuestra de manera irrefutable la completa *traición* que hicieron al socialismo los socialistas que votaron los créditos de guerra, que entraron en el gabinete y reconocieron la defensa de la patria en 1914-1915. El hecho de la traición es indiscutible. Negarlo pueden únicamente los hipócritas. El problema estriba sólo en cómo *explicarlo*.

Sería absurdo, anticientífico y ridículo reducirlo todo a *personalidades* a Kautsky, Guesde, Plejánov (¡"incluso" a gentes como éstas!). Es un subterfugio lamentable. Una explicación seria requiere que se analice la importancia *económica* de la política dada; luego, sus *ideas* fundamentales y, por último, que se estudie la historia de las *tendencias* en el socialismo.

¿En qué consiste el fondo *económico* de la "defensa de la patria" en la guerra de 1914-1915? La respuesta se da ya en el Manifiesto de Basilea. La guerra la hacen *todas* las grandes potencias por la expoliación y el reparto del mundo, por los mercados, por el sojuzgamiento de los pueblos. A la burguesía eso le reporta aumento de los beneficios. A un pequeño sector de la burocracia y la aristocracia obreras, luego, a la pequeña burguesía (intelectuales, etc.) "adherida" al movimiento obrero promete *migajas* de esos beneficios. La base económica del "socialchovinismo" (este término es más exacto que el de socialpatriotismo, pues este último acicala el mal) y del oportunismo es la misma: la alianza entre un sector insignificante de las "alturas" del movimiento obrero y "su" burguesía nacional *contra* la masa del proletariado. La alianza de los *lacayos* de

---

[*] Las palabras "sin exagerar *millones y millones*" están escritas por Lenin con lápiz encima de las que no tachó: "*resume decenas de millones*". (*N. de la Edit.*)

[**] Bandidajes capitalistas. (¡*En guardia*!, págs. 175-176. *N. de la Edit.*)

la burguesía con la burguesía contra la *clase* explotada por la burguesía. El socialchovinismo es el oportunismo consumado.

El contenido político del socialchovinismo y del oportunismo es el mismo: colaboración de las clases, renuncia a la dictadura del proletariado y a las acciones revolucionarias, postración ante la legalidad burguesa, desconfianza del proletariado y fe en la burguesía. Las ideas políticas son las mismas. El mismo es el contenido político de su táctica. El socialchovinismo es la continuación directa y la culminación del millerandismo, del bernsteinianismo y de la política obrera liberal inglesa, su suma, su resumen, su resultado.

En el socialismo vemos en toda la época de 1889 a 1914 dos tendencias fundamentales: la oportunista y la revolucionaria. Dos tendencias con relación al socialismo se registran hoy también. Dejemos a un lado la manera de los embaucadores burgueses y de los oportunistas que apelan a los *individuos*; tomemos las *tendencias* en toda una serie de países. Tomemos a diez países europeos: Alemania, Inglaterra Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Bélgica y Francia. En los ocho primeros países la división en *tendencia* oportunista y revolucionaria corresponde a la división entre socialchovinistas e internacionalistas revolucionarios. Los núcleos fundamentales del socialchovinismo, en el sentido social y político, son *Sozialistische Monatshefte* y Cía. en Alemania, los fabianos y el partido obrero en Inglaterra (el Partido Laborista Independiente iba en *bloque* con ellos, y en este bloque es mucho mayor la influencia del socialchovinismo que en el Partido Socialista Británico, cuyas tres séptimas partes son internacionalistas: (66 y 84). *Nasha Zariá* y el Comité de Organización (y *Nashe Dielo*[257]) en Rusia, el partido de Bissolati en Italia, el partido de Troelstra en Holanda, el de Branting y Cía. en Suecia, los "amplios" en Bulgaria[258], Greilich y los "suyos" en Suiza. Precisamente entre los socialdemócratas revolucionarios de todos estos países se ha levantado ya una protesta más o menos violenta contra el socialchovinismo. Hacen excepción dos países de los diez, mas incluso en ellos los internacionalistas son débiles; no es que no haya internacionalistas, antes bien se desconocen los hechos (Vaillant ha confesado que recibe cartas de internacionalistas, pero que no las ha publicado).

El socialchovinismo es el oportunismo consumado. Eso no tiene discusión. La alianza con la burguesía era ideológica, secreta. Ahora está al desnudo, es manifiesta. Al socialchovinismo le ha dado fuerza precisamente la alianza con la burguesía y los estados mayores. Mienten quienes afirman (Kautsky incluido) que las "masas" de proletarios han virado hacia el chovinismo, y estas masas *no han sido* interrogadas en ninguna parte (salvo, quizás, en Italia, ¡donde hubo nueve meses de discusiones antes de la declaración de la guerra!, y en Italia las masas estaban contra el partido de Bissolati) Las masas estaban aturdidas, embrutecidas, desunidas y abrumadas por el estado de guerra. Votaron libremente sólo los jefes, ¡y lo hicieron *en pro* de la burguesía contra el proletariado! ¡Es ridículo y absurdo creer que el oportunismo es un fenómeno *interno* del partido! Todos los marxistas, tanto de Alemania como de Francia, etc., han dicho y demostrado siempre que el oportunismo es una manifestación de la influencia de la burguesía en el proletariado, es una política obrera burguesa, es la alianza de una parte insignificante de los elementos aburguesados del proletariado con la burguesía. Y el oportunismo que venía madurando durante decenios en el capitalismo "pacífico" ha sazonado en 1914-1915 hasta el punto de ser aliado declarado de la burguesía. La unidad con el oportunismo es la unidad del proletariado con su burguesía nacional, es decir, su supeditación a ella, es la escisión de la clase obrera revolucionaria internacional. Esto no significa que se desee o, al menos, sea posible la escisión inmediata con los oportunistas en todos los países: significa que ha madurado en el plano histórico, que es inevitable y progresiva, que es necesaria para la lucha revolucionaria del proletariado, que la historia, tras de volver del capitalismo "pacífico" al imperialismo, ha virado hacia esa escisión. *Volentem ducunt fata, nolentem trahunt*[*].

La burguesía de todos los países, de los beligerantes en primer orden, se ha unido perfectamente desde el comienzo de la guerra para elogiar a los socialistas que aceptan la "defensa de la patria", es decir, la defensa de los intereses ladronescos de la burguesía en la guerra imperialista *contra el proletariado*. Veamos cómo este interés fundamental y de lo más esencial de la burguesía internacional se abre camino y encuentra expresión *en el seno* de los partidos socialistas, *en el seno* del movimiento obrero. El ejemplo de Alemania es instructivo en especial, ya que en este país la época de la II Internacional ha creado el partido más fuerte; pero en otros países vemos total y enteramente *lo mismo* que en Alemania con las insignificantes diferencias de forma, aspecto y apariencia.

En abril de 1915, la revista conservadora alemana *Preusische Jahrbücher* insertó un artículo de un socialdemócrata miembro del Partido Socialdemócrata, que se ocultó tras el seudónimo de Monitor. Este oportunista dijo la verdad dijo abiertamente en qué consiste el *fondo* de la política de toda la burguesía mundial con relación al movimiento obrero del siglo XX. No se puede uno desentender de este movimiento ni aplastarlo con la fuerza bruta. Hay que corromperlo desde dentro, *sobornando* a su cúspide. Así es como viene obrando

[*] A quien lo desea, lo lleva el destino; y a quien no lo desea, lo arrastra.

ya durante decenios la burguesía anglo-francesa, sobornando a los líderes tradeunionistas, a los Millerand, Briand y Cía. Así es como obra ahora también la burguesía alemana. El Partido Socialdemócrata Alemán -dice Monitor ante la faz de la burguesía (y en realidad, *en nombre* de la burguesía)- se comporta de manera "irreprochable" durante la guerra (es decir, *sirve* de manera irreprochable a la burguesía contra el proletariado). "El proceso regenerativo" del Partido Socialdemócrata en partido obrero nacional liberal sigue magníficamente su marcha adelante. Pero sería *peligroso* para la burguesía si este partido se desviara hacia la *derecha*: "El carácter de un partido obrero con ideales socialistas debe conservarse. Pues el día que renuncie a ello, surgirá otro partido nuevo que aceptará el programa que el viejo partido abandonó y le imprimirá una fórmula más radical" (*Pr. J.*, 1915, núm. 4, págs. 50-51).

En estas palabras se ha expresado abiertamente lo que ha hecho siempre y en todas partes a escondidas la burguesía. Las masas *necesitan palabras* "radicales" para que puedan creer en ellas. Los oportunistas están dispuestos a repetirlas con hipocresía. Les trae cuenta y necesitan tener *tales* partidos como eran los partidos socialdemócratas de la II Internacional, ¡ya que ellos dieron origen a la defensa de la burguesía por los socialistas en la crisis de 1914-1915! La misma política que el alemán Monitor llevan los fabianos y los jefes liberales de las tradeuniones en Inglaterra, los oportunistas y los jauresistas en Francia. Monitor es un oportunista declarado o cínico. Fijémonos en otro matiz, en el oportunista solapado u "honrado" (Engels dijo con razón una vez que los oportunistas "honrados" son los peligrosos para el movimiento obrero[259]). Un modelo de oportunista de este tipo es Kautsky.

En el número 9 de *N. Z.* del 26 de noviembre de 1915 escribe que la mayoría del partido oficial infringe su programa (¡el propio Kautsky defendió la política de esta mayoría durante todo un año después de haber comenzado la guerra y justificó la falsedad de la "defensa de la patria"!). La oposición contra la mayoría aumenta (pág. 272). "Después de haber comenzado la guerra"… (¿sólo *después* de haber comenzado la guerra?... "Las contradicciones de clase se enconaron tanto que en las masas prevalecerá el radicalismo" (pág. 272)… "Después de haber comenzado la guerra nos amenazan" (¿sólo *después* de haber comenzado la guerra?) "la huida de los elementos radicales del partido y su incorporación a la tendencia de las acciones de masas antiparlamentarias" (?? debiera haber dicho extraparlamentarias)… "Así pues, nuestro partido se divide en dos grandes campos que no tienen nada de común entre sí…"

Kautsky pretende personificar el "justo medio", conciliar estos "dos extremos" "¡¡*Que no tienen nada de común entre sí*"!! Ahora reconoce (dieciséis meses después de haber empezado la guerra) que las masas son revolucionarias. Y condenando al punto las acciones revolucionarias, denominándolas "Aventuras callejeras" (pág. 272) quiere conciliar a las masas revolucionarias con los jefes oportunistas "que no tienen nada de común con ellas"; y conciliarlas *¿en qué terreno*? ¡En el de las palabras! ¡¡En el de las palabras "izquierdistas" de la minoría "izquierdista" del Reichstag!! Que la minoría condene, como Kautsky, las *acciones* revolucionarias, que las denomine *aventura*, pero que alimente a las masas con *palabras* izquierdistas, ¡¡y entonces en el partido habrá unidad y paz... con los Südekum, los Legien, los David y los Monitor!!

¡¡Pero si ése es el mismo programa de Monitor, el programa de la burguesía, sólo que expresado en "tono bondadoso", con "frases dulces"!! Este programa lo ha aplicado también Wurm cuando en la sesión de la minoría socialdemócrata del Reichstag del 18 de marzo de 1915, "*advirtió a la minoría que no se sobrepasara; entre las masas obreras aumenta la oposición a la táctica de la minoría; hay que mantenerse en el centro marxista*. (pág. 6-7 de *¡Lucha de clase contra la guerra! Datos contra el "caso Liebknecht*". Sin carácter oficial.)

¡Adviértase que aquí se reconoce en nombre de todo el "centro marxista" (incluido Kautsky) que las masas son revolucionarias! Y eso, ¡¡¡el 18 de marzo de 1915!!! ¡¡*Ocho meses y medio después*, el 26 de noviembre de 1915, Kautsky propone que se tranquilice a las masas revolucionarias con discursos izquierdistas!!

¡¡El oportunismo de Kautsky se distingue del oportunismo de Monitor sólo de palabra, sólo de matiz, sólo por los modos de alcanzar el *mismo* fin: *mantener* la influencia de los oportunistas (es decir, de la burguesía) sobre las masas, mantener la *supeditación* del proletariado a los oportunistas (es decir, a la burguesía)!! Pannekoek y Gorter han tildado con mucha exactitud la postura de Kautsky de "radicalismo pasivo" (¡¡*verbiage*[**], como dicen los franceses, que han estudiado a las mil maravillas *esta* variedad de revolucionarismo en sus modelos "patrios"!!) Pero yo preferiría denominado oportunismo solapado, tímido, hipócrita y dulzón.

En realidad, las dos tendencias de la socialdemocracia no se distinguen ahora absolutamente ni por las palabras ni por las frases. ¡En cuanto a la unión de la "defensa de la patria" (o sea, la defensa de las expoliaciones de la burguesía) con frases sobre el socialismo, el internacionalismo, la libertad de los pueblos, etc., Vandervelde, Renaudel, Sembat, Hyndman, Henderson y Lloyd George no son menos que Legien, Südekum, Kautsky y Haase! La verdadera diferencia comienza precisamente por la negación rotunda de la defensa

[**] Charlatenería. (*N. de la Edit.*)

de la patria en esta guerra, por el reconocimiento de las acciones revolucionarias en relación con ella, *durante* ella y *después* de ella. Y en esta cuestión, la única seria y práctica, Kautsky, Kolb y Heine coinciden por completo.

Comparemos a los fabianos de Inglaterra con los kautskianos de Alemania. Los primeros son casi liberales que nunca han aceptado el marxismo. Engels escribió de los fabianos el 18 de enero de 1893: "...Son una pandilla de arribistas lo suficiente sensatos para comprender que la revolución social es ineludible, pero que en modo alguno desean confiar esta ingente labor exclusivamente al proletariado poco maduro... Su principio fundamental es el miedo a la revolución..."; y el 11 de noviembre de 1893: "Los altivos burgueses que descienden condescendientes hacia el proletariado para emanciparlo desde arriba, si es que éste quiere comprender que su masa gris e ignorante no puede emanciparse por sí misma ni alcanzar nada sin la gracia de estos abogados inteligentes, de estos literatos y estas mujerucas sentimentales..." ¡Cuán lejos están de ellos los kautskianos con su "teoría"! ¡Pero en la práctica, en su actitud ante la guerra, los unos y los otros *coinciden por completo*! Evidente prueba ésta de cómo se ha esfumado todo el marxismo de los kautskianos y de cómo se ha convertido en letra muerta, en frase hipócrita.

Los evidentes sofismas con que los kautskianos refutaban, después de haber comenzado la guerra, la táctica de las acciones revolucionarias del proletariado, adoptada unánimemente por los socialistas en Basilea, pueden verse en los siguientes ejemplos. Kautsky expuso la teoría del "ultraimperialismo" que él entendía como sustitución de "la lucha entre los capitales financieros nacionales con la explotación general del mundo por el capital financiero unido a escala internacional" (*N. Z.*, núm. 5 del 30 de abril de 1915, pág. 144). Con la particularidad de que el propio Kautsky agregaba: ¡¡"Aún no hay suficientes premisas para ver si se puede alcanzar esa nueva fase del capitalismo"!! Basándose en que la nueva fase "es concebible" (aunque el propio autor no se resuelve siquiera a declararla "realizable"), se niegan las tareas revolucionarias del proletariado ahora, ¡en la *fase* de crisis y guerra que se sabe comenzada a ciencia cierta! Niega las acciones revolucionarias el mismo líder prestigioso de la II Internacional que en 1909 escribió todo un libro titulado *El camino al poder*, traducido a casi todas las lenguas europeas principales, libro que demuestra el *nexo* existente entre la guerra que se avecinaba y la revolución, libro que demuestra ¡¡que la "revolución *no puede* ser prematura"!!

En 1909 Kautsky demostró que había pasado la época del capitalismo "pacifico", que había llegado la época de las guerras y las revoluciones. En 1912, el Manifiesto de Basilea basa toda la táctica de los partidos socialistas del mundo en esa misma opinión. En 1914 estalla la guerra, comienza la "crisis económica y política" prevista en Stuttgart y Basilea. ¡Y Kautsky pone "objeciones" teóricas *contra* la táctica revolucionaria!

P. B. Axelrod expone las mismas ideas con una fraseología algo más "izquierdista": escribe en la libre Suiza y desea influir en los obreros revolucionarios rusos (*La crisis y las tareas de la socialdemocracia internacional*, Zúrich, 1915). Aquí leemos un descubrimiento agradable para los oportunistas y los burgueses de todo el mundo, que *"El problema de la internacionalización del movimiento obrero no es idéntico al de la radicalización de nuestras formas y métodos de lucha"* (pág. 37) y que *"el centro de gravedad del problema de la internacionalización del movimiento proletario emancipador está en el desarrollo ulterior y en la internacionalización de esa misma práctica diaria"* (pág. 40)... *"por ejemplo, la legislación de la protección del trabajo y del seguro… debe ser objeto de sus acciones y organizaciones internacionales"* (de los obreros) (pág. 39).

Por supuesto, no sólo los Südekum, los Legien, los Hyndman y los Vandervelde, ¡sino también los Lloyd George, los Nauman y Briand aplauden por entero este "internacionalismo"! Axelrod defiende el internacionalismo de Kautsky sin aducir ni analizar un solo argumento suyo en defensa de la patria. Axelrod, lo mismo que los socialchovinistas francófilos, teme incluso recordar que el Manifiesto de Basilea versa precisamente de táctica revolucionaria. Para el futuro, indeterminado y desconocido, Axelrod está dispuesto a lanzar las frases más izquierdistas y revolucionarias acerca de cómo la futura Internacional actuará: *Actuará (contra los gobiernos en caso de peligro de guerra) "y levantará una tempestad revolucionaria"... Un prólogo de revolución socialista"* (pág. 14). ¡¡Bromas aparte!! Y cuando se trata de la aplicación, ahora precisamente, durante la crisis actual, de la táctica revolucionaria, Axelrod responde: *La táctica de las "acciones revolucionarias masivas"... esta táctica "aún tendría alguna justificación si nos encontrásemos directamente en vísperas de la revolución social como ocurrió, por ejemplo, en Rusia, donde las manifestaciones estudiantiles de 1901 fueron precursoras de las batallas decisivas que se aproximaban contra el absolutismo"*... (págs. 40-41) y sigue lanzando truenos contra *utopías bakunistas*, ¡¡totalmente en el espíritu de Kolb, Heine, Südekum y Legien!! Pero el ejemplo de Rusia desenmascara con singular evidencia a Axelrod. Desde 1901 hasta 1905 han transcurrido cuatro años y nadie pudo dar garantías en 1901 de que en Rusia la revolución (primera contra el absolutismo) comenzaría al cabo de cuatro años. La misma

situación hay en Europa ante la revolución social. Nadie puede dar garantía de que una revolución de este tipo comience dentro de cuatro años. Pero la situación revolucionaria está *presente*, es un hecho predicho ya en 1912 y dado en 1914. Las manifestaciones de obreros y población hambrienta de las ciudades de Rusia y Alemania en 1914 son también sin duda precursoras de batallas decisivas ("*anhündigen das Herannahe entscheidender Kämpfe*"). El deber inmediato e insoslayable de los socialistas es mantener y desarrollar estas manifestaciones y acciones "revolucionarias masivas" de todo género (huelga económicas y políticas, movimiento en las tropas hasta la insurrección y la guerra civil), darles consignas claras, crear una organización y unas publicaciones ilegales sin las que *no se puede* llamar a las masas a la revolución, ayudarles a comprenderla y organizarlas para la revolución Así es como obraron los socialdemócratas en Rusia en 1901 "*am Vorabend*"[*] (ante) la revolución burguesa (que comenzó en 1905, pero que aún no ha acabado en 1915). Así es como están obligado a obrar los socialdemócratas en Europa en 1914-1915 *"en la víspera" de la revolución socialista*. Las revoluciones jamás nacen preparadas, no salen de la cabeza de Júpiter, no estallan de golpe. Van siempre precedidas de un proceso de efervescencia, crisis, movimientos y conmociones, de comienzo de la revolución, con la particularidad de que este proceso *no siempre* se desarrolla hasta el fin (por ejemplo, si la clase revolucionaria es débil). Axelrod se inventa objeciones para desviar a los socialdemócratas de su *deber* de contribuir al desarrollo de los movimientos revolucionarios que comienzan ya en el terreno de la situación revolucionaria presente. Axelrod defiende la táctica de David y de los fabianos, pero encubriendo su oportunismo con frases izquierdistas.

"*Sería una locura querer convertir la guerra mundial en guerra civil*" -escribe E. David, jefe de los oportunistas (*La socialdemocracia en la guerra mundial*. Berlín. 1915, pág. 172)-, objetando contra el manifiesto del CC de nuestro POSDR, publicado el 1 de noviembre de 1914, que había lanzado esta consigna y añadido: "*Por grandes que parecieran las dificultades de esta transformación en tal o cual momento, los socialistas jamás renunciarán a la labor preparatoria sistemática, pertinaz e incesante en esta dirección, dado que la guerra es un hecho*" (citado por el libro de David, pág. 171.) Hagamos notar que un mes antes de salir el libro de David (1 de mayo de 1915) nuestro partido publicó (en el núm. 40 de *Sotsial-Demokrat* del 29 de marzo) varias resoluciones sobre la guerra: Los constantes pasos encaminados a transformar la guerra imperialista en guerra civil se han determinado en ella de la manera siguiente: 1) negativa a votar los créditos de guerra, etc.; 2) ruptura de la *Paz social*; 3) creación de una organización clandestina; 4) apoyo a la confraternización de los soldados en las trincheras; 5) apoyo a toda clase de acciones revolucionarías de masas del proletariado en general.

¡Oh, valiente David! En 1912 no le parecía "demencial" apelar al ejemplo de la Comuna de París. En 1914 hace coro a la burguesía, clamando: ¡¡"Eso es una locura"!!

Plejánov, representante típico de los socialchovinistas de la "Cuádruple Entente", ha emitido un juicio de la táctica revolucionaria totalmente acorde con el de David. Ha dicho que la idea de...[**] ...justamente la *víspera* de la revolución social, de la que pueden transcurrir cuatro y más años hasta las *batallas decisivas*. Eso son precisamente los comienzos, si bien débiles, mas no por eso dejan de ser los comienzos "de la revolución proletaria", de la que se habló en Basilea y que *jamás* será fuerte de pronto, sino que pasará indefectiblemente por fases de comienzos relativamente *débiles*.

Apoyo, desarrollo, ampliación y enconamiento de las acciones revolucionarias de las masas y del movimiento revolucionario. Creación de una organización clandestina para hacer propaganda y agitación en este sentido, para ayudar a las masas a comprender el movimiento y sus tareas, sus medios y sus fines. A estos dos puntos se reduce indefectiblemente todo programa de actuación práctica de la socialdemocracia durante esta guerra. Todo lo demás no es sino fraseología oportunista y contrarrevolucionaria, aunque se embellezca con los subterfugios más izquierdistas, seudomarxistas y pacifistas.

Y si nos objetan, como suelen hacer los rutinarios de la II Internacional: ¡Oh! ¡¡Estos métodos "rusos"!![***], responderemos con una simple invocación a los hechos. En Berlín, el 30 de octubre de 1915 salieron en manifestación ante el *Partei-vorstand* varios centenares de mujeres (*einige Hundert*) y declararon a éste por boca de su diputación: "*Repartir octavillas y folletos clandestinos y celebrar reuniones prohibidas sería hoy, frente a la existencia de un gran mecanismo organizado, más fácil que durante los tiempos de la Ley de excepción contra los socialistas. No se nota escasez de medios ni vías, mas, evidentemente, falta voluntad*". (lo recalcado es mío) (*Berner Tagwacht*, núm. 271).

Por seguro que estas trabajadoras berlinesas están desorientadas por el manifiesto "bakunista", "aventurero" "sectario" (véase *Kolb & Cía.*) y "demencial" del CC del partido ruso del 1 de noviembre.

[*] En la víspera. (*N. de la Edit.*)

[**] Aquí se interrumpe el manuscrito. El texto que sigue se ha tomado de la página incompleta (falta el comienzo) que se conserva. (*N. de la Edit.*)

[***] La táctica rusa, capitulo VIII de David. (*N. de la Edit.*)

Escrito a fines de 1915. Publicado por primera vez en el núm. 5 de 1924 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".

T. 29, págs. 99-114.

LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN.

(Tesis)

1. El imperialismo, el socialismo y la liberación de las naciones oprimidas.

El imperialismo es la fase superior del desarrollo del capitalismo. En los países avanzados, el capital ha rebasado el marco de los Estados nacionales, ha sustituido la competencia con el monopolio, creando todas las premisas objetivas de la realización del socialismo. Por eso, en Europa Occidental y en los Estados Unidos está planteada a la orden del día la lucha revolucionaria del proletariado por el derrocamiento de los gobiernos capitalistas, por la expropiación de la burguesía. El imperialismo empuja a las masas a esa lucha, al exacerbar en proporciones inmensas las contradicciones de clase, al empeorar la situación de las masas tanto en lo económico -trusts, carestía- como en lo político: crecimiento del militarismo, mayor frecuencia de las guerras, recrudescencia de la reacción, afianzamiento y ampliación del yugo nacional y del saqueo colonial. El socialismo triunfante debe implantar por necesidad la democracia completa y, por consiguiente, no sólo hacer efectiva la plena igualdad de derechos de las naciones, sino también convertir en realidad el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas, es decir, el derecho a la libre separación política. Los partidos socialistas que no demuestren con toda su actividad tanto hoy como durante la revolución y después de triunfar ésta que liberarán a las naciones oprimidas y establecerán con ellas relaciones basadas en la libre alianza -y la libre alianza no es más que una frase embustera sin la libertad de separación-, esos partidos cometerán una traición al socialismo.

Claro está que la democracia es también una forma del Estado que deberá desaparecer junto con él, pero eso ocurrirá sólo cuando se pase del socialismo, definitivamente triunfante y consolidado, al comunismo completo.

2. La revolución socialista y la lucha por la democracia.

La revolución socialista no es un acto único, no es una batalla en un solo frente, sino toda una época de exacerbados conflictos entre las clases, una larga serie de batallas en todos los frentes, es decir, en todas las cuestiones de la economía y de la política, que pueden culminar únicamente en la expropiación de la burguesía. Constituida un profundísimo error pensar que la lucha por la democracia puede apartar al proletariado de la revolución socialista, o atenuar ésta, velarla, etc. Al contrario; de la misma manera que es imposible un socialismo triunfante que no implante la democracia completa, es imposible también que se prepare para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no sostenga una lucha múltiple, consecuente y revolucionaria por la democracia.

No menos erróneo seria eliminar uno de los puntos del programa democrático, la autodeterminación de las naciones, por ejemplo, basándose en el supuesto de que es "irrealizable" o "ilusoria" en el imperialismo. La afirmación de que el derecho de las naciones a la autodeterminación es irrealizable en el marco del capitalismo puede ser comprendida en un sentido absoluto, económico, o en un sentido relativo, político.

En el primer caso es profundamente errónea desde el punto de vista teórico. En primer lugar, en ese sentido son irrealizables en el capitalismo, por ejemplo, los bonos de trabajo[260] o la abolición de las crisis, etc. Es completamente equivocado que sea irrealizable de *la misma manera* la autodeterminación de las naciones. En segundo lugar, incluso el solo ejemplo de la separación de Noruega de Suecia en 1905 basta para refutar la "irrealizabilidad" en este sentido. En tercer lugar, sería ridículo negar que con un pequeño cambio de las relaciones políticas y estratégicas, por ejemplo, de Alemania e Inglaterra, hoy o mañana es plenamente "realizable" la formación de nuevos Estados: el polaco, el hindú, etc. En cuarto lugar, el capital financiero, en sus afanes de expansión, comprará y sobornará "libremente" al gobierno republicano y democrático más libre y a los funcionarios electivos de cualquier país, aunque sea "independiente". El dominio del capital financiero, como el del capital en general, no puede ser eliminado por *ninguna* transformación en el terreno de la democracia política; y la autodeterminación corresponde íntegra y exclusivamente a este terreno. Pero ese dominio del capital financiero no anula en lo más mínimo la

importancia de la democracia política como una *forma* más libre, amplia y clara de la opresión de clase y de la lucha de las clases. Por eso, todos los razonamientos acerca de que, bajo el capitalismo, es "irrealizable" en el sentido económico una de las reivindicaciones de la democracia política, entrañan una definición errónea, desde el punto de vista teórico, de las relaciones generales y fundamentales existentes entre el capitalismo y la democracia política en general.

En el segundo caso, esa afirmación es incompleta e inexacta. Porque no sólo el derecho de las naciones a la autodeterminación, sino *todas* las reivindicaciones básicas de la democracia política son "realizables" en el imperialismo únicamente de modo incompleto, desfigurado y a título de rara excepción (por ejemplo, la separación de Noruega de Suecia en 1905). La reivindicación de liberación inmediata de las colonias, propugnada por todos los socialdemócratas revolucionarios, es también "irrealizable" en el capitalismo sin una serie de revoluciones. Mas de ello, en modo alguno se deduce que la socialdemocracia deba renunciar a la lucha inmediata y más decidida por *todas* esas reivindicaciones (semejante renuncia no sería más que hacer el juego a la burguesía y a la reacción), sino precisamente lo contrario: la necesidad de formular y satisfacer todas esas reivindicaciones no de modo reformista, sino revolucionario; no limitándose al marco de la legalidad burguesa, sino rompiéndolo; no dándose por satisfechos con discursos parlamentarios y protestas verbales, sino arrastrando a las masas a la lucha activa, ampliando y atizando la lucha por toda reivindicación democrática fundamental hasta llegar al ataque directo del proletariado a la burguesía, es decir, a la revolución socialista, que expropia a la burguesía. La revolución socialista puede estallar no sólo con motivo de una gran huelga, o de a manifestación callejera, o de un motín de hambrientos, o de una sublevación militar, o de una insurrección colonial, sino también con motivo de cualquier crisis política, como el caso Dreyfus[261], o el incidente de Saverne[262], o de un referéndum en torno a la separación de una nación oprimida, etc.

El recrudecimiento de la opresión nacional en el imperialismo hace necesario para la socialdemocracia que no renuncie a la lucha "utópica", como la califica la burguesía, por la libertad de separación de las naciones, sino, al contrario, que utilice enérgicamente los conflictos que surgen *también* en este terreno como pretextos para la actividad de masas y las acciones revolucionarias contra la burguesía.

3. El significado del derecho de autodeterminación y su relación con la federación.

El derecho de autodeterminación de las naciones significa exclusivamente el derecho a la independencia en el sentido político, a la libre separación política de la nación opresora. Concretamente, esta reivindicación de la democracia política significa la plena libertad de agitación en pro de la separación y de que ésta sea decidida por medio de un referéndum de la nación que desea separarse. Por tanto, esta reivindicación no equivale en absoluto a la de separación, fraccionamiento y formación de Estados pequeños. No es más que una expresión consecuente de la lucha contra toda opresión nacional. Cuanto más se acerque el régimen democrático del Estado a la plena libertad de separación, más débiles y raras serán en la práctica las aspiraciones de separación, pues son indudables las ventajas de los Estados grandes, tanto desde el punto de vista del progreso económico como desde el punto de vista de los intereses de las masas, con la particularidad de que esas ventajas crecen sin cesar al mismo tiempo que el capitalismo. El reconocimiento de la autodeterminación no equivale al reconocimiento de la federación como principio. Se puede ser enemigo decidido de este principio y partidario del centralismo democrático, pero preferir la federación a la desigualdad nacional, viendo en aquélla el único camino capaz de conducir al pleno centralismo democrático. Precisamente desde este punto de vista, Marx, que era centralista, prefería incluso la federación de Irlanda con Inglaterra al sometimiento violento de Irlanda por los ingleses.

El objetivo del socialismo no consiste sólo en acabar con el fraccionamiento de la humanidad en Estados pequeños y con todo aislamiento de las naciones, no consiste sólo en acercar a las naciones, sino también en fundirlas. Y precisamente para alcanzar este objetivo debemos, de una parte, explicar a las masas el carácter reaccionario de la idea de Renner y O. Bauer sobre la llamada "autonomía nacional cultural"[263], y, de otra parte, reclamar la liberación de las naciones oprimidas no con vagas frases generales, no con declaraciones hueras, no "aplazando" la cuestión hasta el socialismo, sino en un programa político formulado con claridad y exactitud, que tenga en cuenta especialmente la hipocresía y la cobardía de los socialistas de las naciones opresoras. De la misma manera que la humanidad podrá llegar a la supresión de las clases sólo a través del período de transición que significa la dictadura de la clase oprimida, de esa misma manera podrá llegar la humanidad a la ineluctable fusión de las naciones sólo a través del período de transición que significa la emancipación completa de todas las naciones oprimidas, es decir, su libertad de separación.

4. El planteamiento revolucionario proletario del problema de la autodeterminación de las naciones.

Tanto la reivindicación de la autodeterminación de las naciones como *todos* los puntos de nuestro programa mínimo democrático fueron planteados ya *antes*, en los siglos XVII y XVIII, por la pequeña burguesía. Y la pequeña burguesía sigue planteando utópicamente *todos* esos puntos, sin ver la lucha de las clases y su intensificación con la democracia, confiando en el capitalismo "pacífico". Así es, precisamente, la utopía de la alianza pacífica de las naciones iguales en derechos bajo el imperialismo, utopía que defienden los kautskianos y que engaña al pueblo. En contraposición a esta utopía pequeñoburguesa, oportunista, el programa de la socialdemocracia debe presentar como fundamental, como lo más esencial e inevitable bajo el imperialismo, la división de las naciones en opresoras y oprimidas.

El proletariado de las naciones opresoras no puede limitarse a frases generales y estereotipadas, repetidas por cualquier burgués pacifista, contra las anexiones y a favor de la igualdad de derechos de las naciones en abstracto. El proletariado no puede guardar silencio en la cuestión, particularmente "desagradable" para la burguesía imperialista, de las *fronteras* del Estado basado en la opresión nacional. El proletariado no puede menos de luchar contra la retención violenta de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un Estado concreto, y eso significa luchar por el derecho a la autodeterminación. El proletariado debe reivindicar la libertad de separación política para las colonias y naciones oprimidas por "su" nación. En caso contrario, el internacionalismo del proletariado quedará en un concepto huero y verbal; resultarán imposibles la confianza y la solidaridad de clase entre los obreros de la nación oprimida y los de la nación opresora; quedará sin desenmascarar la hipocresía de los defensores reformistas y kautskianos de la autodeterminación, que no hablan de las naciones oprimidas por "su propia" nación y son retenidas por la violencia en "su propio" Estado.

Por otra parte, los socialistas de las naciones oprimidas deben defender y aplicar especialmente la unidad total y absoluta, incluyendo la unidad orgánica, entre los obreros de la nación oprimida y los de la nación opresora. De otro modo, con todas las maniobras, traiciones y trampas de la burguesía, resultaría imposible defender la política independiente del proletariado y su solidaridad de clase con el proletariado de otros países, ya que la burguesía de las naciones oprimidas convierte constantemente las consignas de liberación nacional en un engaño para los obreros: en la política interior, utiliza estas consignas para concluir acuerdos reaccionarios con la burguesía de las naciones dominantes (por ejemplo, los polacos en Austria y Rusia, que se confabulan con la reacción para oprimir a los hebreos y a los ucranios); en la política exterior trata de lograr componendas con una de las potencias imperialistas competidoras a fin de realizar sus objetivos de rapiña (la política de los Estados pequeños en los Balcanes, etc.).

La circunstancia de que la lucha por la libertad nacional contra una potencia imperialista puede ser aprovechada, en determinadas condiciones, por otra "gran" potencia para conseguir fines igualmente imperialistas, no puede obligar a la socialdemocracia a renunciar al reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación, de la misma manera que los repetidos casos de utilización de las consignas republicanas por la burguesía con fines de fraude político y de saqueo financiero (por ejemplo, en los países latinos) no pueden obligar a los socialdemócratas a renunciar a su republicanismo*.

5. El marxismo y el proudhonismo ante la cuestión nacional.

Contrariamente a los demócratas pequeñoburgueses, Marx veía en todas las reivindicaciones democráticas, sin excepción, no algo absoluto, sino la manifestación histórica de la lucha de las masas populares dirigidas por la burguesía contra el feudalismo. Cualquiera de estas reivindicaciones puede ser utilizada y ha sido utilizada, en determinadas circunstancias, por la burguesía como medio para engañar a los obreros. Destacar en este sentido una de las reivindicaciones de la democracia política, precisamente la autodeterminación de las naciones, y contraponerla a las demás es profundamente erróneo desde el punto de vista teórico. En la práctica, el proletariado sólo puede conservar su independencia si subordina su lucha por todas las reivindicaciones democráticas -sin excluir la de República- a su lucha revolucionaria por el derrocamiento de la burguesía.

Por otra parte, contrariamente a los proudhonistas que "negaban" el problema nacional "en nombre de la revolución social", Marx, teniendo en cuenta sobre todo los intereses de la lucha de clase del proletariado en los países avanzados, destacaba a primer plano el principio fundamental del

* Huelga decir que sería el colmo del ridículo rechazar el derecho a la autodeterminación debido a que de él se desprende, supuestamente, la "defensa de la patria". Con la misma razón -es decir, con la misma falta de seriedad-, los socialchovinistas utilizan en 1914-1916, para justificar la "defensa de la patria", cualquier reivindicación de la democracia (por ejemplo, su republicanismo) y cualquier fórmula de la lucha contra la opresión nacional. El marxismo deduce el reconocimiento de la defensa de la patria en las guerras de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, o en las guerras de Garibaldi, en Europa, así como la negación de la defensa de la patria en la guerra imperialista de 1914-1916, del análisis de las particularidades históricas concretas de cada guerra, y en modo alguno, de cualquier "principio general", de cualquier punto aislado del programa.

internacionalismo y del socialismo: el pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre[264]. Precisamente desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario de los obreros alemanes, Marx exigía en 1848 que la democracia triunfante en Alemania proclamase y pusiese en práctica la libertad de los pueblos oprimidos por los alemanes[265]. Precisamente partiendo del punto de vista de la lucha revolucionaria de los obreros ingleses, Marx exigía en 1869 la separación de Irlanda de Inglaterra, añadiendo: "aunque después de la separación se pueda llegar a una federación"[266]. Sólo planteando semejante reivindicación, Marx educaba de verdad a los obreros ingleses en el espíritu internacionalista. Sólo así pudo oponer Marx a los oportunistas y al reformismo burgués -que ni siquiera hoy, medio siglo después, no ha realizado aún la "reforma" irlandesa- una solución revolucionaria de este problema histórico. Sólo así, en oposición a los apologistas del capital, que proclamaban a gritos el carácter utópico e irrealizable de la libertad de separación de las pequeñas naciones y el carácter progresivo de la concentración tanto económica como política, pudo Marx defender al modo no imperialista el carácter progresivo de esta concentración, defender el acercamiento de las naciones basado en la libre unión de los proletarios de todos los países y no en la coacción. Sólo así pudo oponer Marx al reconocimiento de palabra -y muchas veces hipócrita- de la igualdad de derecho y de la autodeterminación de las naciones la acción revolucionaria de las masas *también* en el terreno de la solución de los problemas nacionales. La guerra imperialista de 1914-1916 y los establos de Augias de la hipocresía de los oportunistas y kautskianos, revelados por ella, han confirmado elocuentemente la certeza de esta política de Marx, que debe servir de modelo para todos los países avanzados, puesto que, en la actualidad, cada uno de ellos oprime a otras naciones[*].

6. Tres tipos de países en el terreno de la autodeterminación de las naciones.

En este terreno hay que distinguir tres tipos principales de países:

Primero, los países capitalistas avanzados de Europa Occidental y los Estados Unidos. En ellos han terminado hace mucho los movimientos nacionales burgueses de tendencia progresista. Cada una de estas "grandes" naciones oprime a otras naciones en las colonias y dentro del país. Las tareas del proletariado de las naciones dominantes son allí exactamente las mismas que tenía en Inglaterra en el siglo XIX con relación a Irlanda[**].

Segundo, el Este de Europa: Austria, los Balcanes y, sobre todo, Rusia. Precisamente el siglo XX ha desarrollado en ellos de modo singular los movimientos nacionales democráticos burgueses y ha exacerbado la lucha nacional. Las tareas del proletariado de esos países, tanto en la culminación de sus transformaciones democráticas burguesas como en la ayuda a la revolución socialista de otros Estados no pueden ser cumplidas sin defender el derecho de las naciones a la autodeterminación. En ellos es singularmente difícil e importante la tarea de fundir la lucha de clase de los obreros de las naciones opresoras y de los obreros de las naciones oprimidas.

Tercero, los países semicoloniales, como China, Persia y Turquía, y todas las colonias, que suman juntos cerca de 1.000 millones de habitantes. En ellos acaban de empezar, en parte, los movimientos democráticos burgueses y, en parte, están lejos de haber terminado. Los socialistas no deben limitarse a exigir la inmediata liberación absoluta, sin rescate, de las colonias, reivindicación que, en su expresión política, significa precisamente el reconocimiento del derecho a la autodeterminación; los socialistas deben apoyar con la mayor decisión a los elementos más revolucionarios de los movimientos democráticos burgueses de liberación nacional en dichos países y

---

[*] Se alude con frecuencia -últimamente lo ha hecho, por ejemplo, el chovinista alemán Lensch en el número 8-9 de *Die Glocke*[267] a la oposición de Marx al movimiento nacional de algunos pueblos, por ejemplo, de los checos en 1848, afirmándose que ello refuta desde el punto de vista del marxismo la necesidad de reconocer la autodeterminación de las naciones. Mas eso no es cierto, pues en 1848 existían fundamentos históricos y políticos para establecer una diferencia entre naciones "reaccionarias" y naciones democrático-revolucionarias. Marx tenía razón al condenar a las primeras y defender a las segundas[268]. El derecho a la autodeterminación es una reivindicación democrática que, naturalmente, debe ser subordinada a los intereses generales de la democracia. En 1848 y en los años posteriores, estos intereses generales consistían, primero, en luchar contra el zarismo.

[**] En algunos Estados pequeños que han quedado al margen de la guerra de 1914-1916, por ejemplo, en Holanda y Suiza, la burguesía utiliza intensamente la consigna de "autodeterminación de las naciones" para justificar la participación en la guerra imperialista. Ese es uno de los motivos que impelen a los socialdemócratas de dichos países a negar la autodeterminación. Defienden con argumentos erróneos la política proletaria acertada, a saber: la negación de la "defensa de la patria" en la guerra *imperialista*. En el terreno de la teoría resulta una tergiversación del marxismo; en el terreno de la práctica, una especie de estrechez de criterio de pequeña nación, un olvido de los *centenares de millones* de habitantes de las naciones sojuzgadas por las "grandes potencias". En su magnífico folleto *El imperialismo, la guerra y la socialdemocracia*, el camarada Gorter niega equivocadamente el principio de la autodeterminación de las naciones, pero lo *aplica* con acierto al exigir la *inmediata* "independencia política y *nacional*" de la India Holandesa y al desenmascarar a los oportunistas holandeses, que se niegan a presentar dicha reivindicación y a luchar por ella.

ayudar a su insurrección -y, llegado el caso, a su guerra revolucionaria- *contra* las potencias imperialistas que los oprimen.

7. El socialchovinismo y la autodeterminación de las naciones.

La época imperialista y la guerra de 1914-1916 han planteado de modo especial la tarea de luchar contra el chovinismo y el nacionalismo en los países avanzados. En el problema de la autodeterminación de las naciones existen dos matices principales entre los socialchovinistas, es decir, entre los oportunistas y los kautskianos, que embellecen la guerra imperialista, reaccionaria, aplicándole el concepto de "defensa de la patria".

Por una parte, vemos a lacayos bastante descarados de la burguesía que defienden las anexiones, alegando que el imperialismo y la concentración política son fenómenos progresistas, y que niegan el derecho de autodeterminación, calificándolo de utópico, ilusorio, pequeñoburgués, etc. Entre ellos figuran Cunow, Parvus y los oportunistas extremos en Alemania, una parte de los fabianos y de los jefes de las tradeuniones en Inglaterra y los oportunistas en Rusia: Semkovski, Libman, Yurkévich, etc.

De otra parte, vemos a los kautskianos, entre los que debe incluirse también a Vandervelde, Renaudel, muchos pacifistas de Inglaterra y de Francia, etc. Son partidarios de la unidad con los primeros y, en la práctica, coinciden plenamente con ellos al defender el derecho de autodeterminación de una manera puramente verbal e hipócrita: consideran "excesiva" ("*zu viel verlangt*": Kautsky en *Neue Zeit*, 21 de mayo de 1915) la reivindicación de libertad de separación política, no sostienen la necesidad de la táctica revolucionaria de los socialistas precisamente de las naciones opresoras, sino que, por el contrario, velan sus obligaciones revolucionarias, justifican su oportunismo, les ayudan a engañar al pueblo, dan de lado precisamente el problema de las fronteras del Estado que retiene por la fuerza en su seno a naciones con derechos mermados, etc.

Unos y otros son por igual oportunistas que prostituyen el marxismo, pues han perdido toda capacidad para comprender la importancia teórica y la actualidad práctica de la táctica de Marx, explicada por él con el ejemplo de Irlanda.

Por lo que se refiere, en particular, a las anexiones, el problema ha adquirido singular actualidad con motivo de la guerra. Pero ¿qué es una anexión? Es fácil convencerse de que la protesta contra las anexiones se reduce a reconocer la autodeterminación de las naciones o se basa en la frase pacifista, defensora del *statu quo* y opuesta a toda *violencia*, incluso a la revolucionaria. Semejante frase es profundamente falsa y está en pugna con el marxismo.

8. Las tareas concretas del proletariado en el futuro inmediato.

La revolución socialista puede empezar en el futuro más inmediato. En ese caso, surgirá ante el proletariado la tarea urgente de conquistar el poder, expropiar los bancos y aplicar otras medidas dictatoriales. La burguesía -y sobre todo los intelectuales del tipo de los fabianos y kautskianos- tratará, en ese momento, de fraccionar y frenar la revolución, imponiéndole objetivos limitados, democráticos. Si *todas* las reivindicaciones puramente democráticas son capaces, cuando el proletariado ha iniciado ya el asalto de las bases del poder de la burguesía, de desempeñar en cierto sentido el papel de obstáculo de la revolución, la necesidad de proclamar y hacer efectiva la libertad de *todos* los pueblos oprimidos (es decir, su derecho a la autodeterminación) será tan imperiosa en la revolución socialista como lo fue para la victoria de la revolución democrática burguesa, por ejemplo, en Alemania en 1848 o en Rusia en 1905.

Puede ocurrir, sin embargo, que pasen cinco o diez años, e incluso más, antes de que empiece la revolución socialista. Se planteará entonces la tarea de la educación revolucionaria de las masas para impedir que los chovinistas y oportunistas socialistas puedan pertenecer al partido obrero y triunfar como lo hicieron en 1914-1916. Los socialistas deberán explicar a las masas que procederán como chovinistas, como lacayos de las monarquías imperialistas y de la burguesía imperialista, cubiertos de sangre y lodo, los socialistas ingleses que no exijan la libertad de separación de las colonias y de Irlanda; los socialistas alemanes que no exijan la libertad de separación de las colonias, de los alsacianos, daneses y polacos, que no extiendan directamente la propaganda revolucionaria y las acciones revolucionarias de masas al terreno de la lucha contra la opresión nacional ni utilicen incidentes como el de Saverne para la más amplia propaganda ilegal entre el proletariado de la nación opresora, para manifestaciones en las calles y para acciones revolucionarias de masas; los socialistas rusos que no exijan la libertad de separación de Finlandia, Polonia, Ucrania, etc., etc.

9. Actitud de la socialdemocracia de Rusia y Polonia y de la II Internacional ante la autodeterminación.

Las discrepancias entre los socialdemócratas revolucionarios de Rusia y los socialdemócratas polacos en el problema de la autodeterminación se revelaron ya en 1903, en el Congreso que aprobó el Programa del POSDR y que, pese a la protesta de la delegación de los socialdemócratas polacos, incluyó en ese programa el apartado 9, que reconoce el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Desde entonces, los socialdemócratas polacos no han repetido ni una sola vez, en nombre de su partido, la propuesta de excluir el apartado 9 del programa de nuestro partido o de sustituirlo por cualquier otra fórmula.

En Rusia, donde no menos del 57% de la población (más de 100 millones) es de naciones oprimidas, donde estas naciones pueblan, primordialmente, las regiones periféricas; donde una parte de estas naciones es más culta que los rusos; donde el régimen político se distingue por su barbarie singular y medieval; donde no ha terminado aún la revolución democrática burguesa, el reconocimiento del derecho de las naciones oprimidas por el zarismo a separarse de ella con plena libertad es absolutamente obligatorio para los socialdemócratas, en nombre de sus tareas democráticas y socialistas. Nuestro partido, reconstituido en enero de 1912, aprobó en 1913 una resolución que ratificaba el derecho de autodeterminación, explicándolo precisamente con el significado concreto expuesto más arriba[269]. El desenfreno del chovinismo ruso en 1914-1916 tanto entre la burguesía como entre los socialistas oportunistas (Rubanóvich, Plejánov, *Nashe Dielo*, etc.) nos hace insistir más aún en esta reivindicación y reconocer que, quienes la niegan, apoyan en la práctica al chovinismo ruso y al zarismo. Nuestro partido declara que no asume en absoluto la menor responsabilidad por semejante actuación contra el derecho de autodeterminación.

La fórmula más reciente de la posición que mantiene la socialdemocracia polaca en el problema nacional (declaración de la socialdemocracia polaca en la Conferencia de Zimmerwald) contiene las siguientes ideas:

Esta declaración estigmatiza al gobierno alemán y a todos los demás que ven en las "regiones polacas" la banca del futuro juego a las compensaciones, "*privando al pueblo polaco de la posibilidad de decidir él mismo su destino*". "La socialdemocracia polaca protesta enérgica y solemnemente contra el hecho de que sea *recortado y despedazado todo un país...*" Fustiga a los socialistas que han confiado a los Hohenzollern... "la causa de *la liberación de los pueblos oprimidos*". Expresa el convencimiento de que sólo la participación en la próxima lucha, en la lucha por el socialismo del proletariado revolucionario internacional, "*romperá las cadenas de la opresión nacional* y destruirá *todas las formas* de dominación *extranjera*, asegurará *al pueblo polaco* la posibilidad de desarrollarse libremente en todos los aspectos como un miembro *con iguales derechos* en la unión de los pueblos". La declaración reconoce que la guerra es "*doblemente* fratricida" "*para los polacos*". (Boletín de la Comisión Socialista Internacional, núm. 2, 27 de septiembre de 1915, pág. 15; traducido al ruso en la recopilación *La Internacional y la guerra*, pág. 97).

En el fondo, estas tesis no Se diferencian en nada del reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación, aunque pecan de mayor vaguedad e imprecisión de las fórmulas políticas que la mayoría de los programas y resoluciones de la II Internacional. Cualquier intento de expresar estas ideas en fórmulas políticas exactas y de determinar su aplicación al régimen capitalista o sólo al régimen socialista mostrará con mayor claridad aún cuán erróneo es que los socialdemócratas polacos nieguen la autodeterminación de las naciones.

El acuerdo del Congreso Socialista Internacional de Londres (1896), que reconoce la autodeterminación de las naciones, debe ser completado con las tesis expuestas más arriba, indicando: 1) la urgencia especial de esta reivindicación bajo el imperialismo; 2) el convencionalismo político y el contenido clasista de todas las reivindicaciones de la democracia política, comprendida la reivindicación que nos ocupa; 3) la necesidad de diferenciar las tareas concretas de los socialdemócratas de las naciones opresoras y las de los socialdemócratas de las naciones oprimidas; 4) el reconocimiento inconsecuente, puramente verbal y, debido a ello, hipócrita por su significación política, de la autodeterminación por los oportunistas y kautskianos; 5) la coincidencia, de hecho, con los chovinistas por parte de los socialdemócratas, sobre todo de las naciones dominantes (rusos, angloamericanos, alemanes, franceses, italianos, japoneses, etc.), que no defienden la libertad de separación de las colonias y naciones oprimidas por "sus" naciones; 6) la necesidad de supeditar la lucha por esta reivindicación, como por todas las reivindicaciones fundamentales de la democracia política, a la lucha revolucionaria directa de las masas por el derrocamiento de los gobiernos burgueses y por la realización del socialismo.

Hacer extensivo a toda la Internacional el punto de vista de algunas naciones pequeñas, en particular de los socialdemócratas polacos -a quienes su lucha contra la burguesía polaca, que engaña el pueblo con consignas nacionalistas, ha llevado a la negación equivocada de la autodeterminación- constituiría un error teórico, la sustitución del marxismo por el proudhonismo, y significaría, en la práctica, un apoyo involuntario al más peligroso chovinismo y oportunismo de las naciones dominantes.

La redacción de "Sotsial-Demokrat", órgano central del POSDR.

Postscriptum. En el número de *Neue Zeit* de 13 de marzo de 1916, que acaba de aparecer, Kautsky tiende abiertamente la mano cristiana de la reconciliación al representante del chovinismo alemán más repulsivo, Austerlitz, negando a la Austria de los Habsburgos la libertad de separación de las naciones oprimidas, pero reconociéndosela a la

Polonia rusa, a fin de prestar un servicio lacayuno a Hindenburg y a Guillermo II. ¡Sería difícil desear un autodesenmascaramiento mejor del kautskismo!

Escrito en enero-febrero de 1916. Publicado en abril de 1916, en alemán, en el núm. 2 de la revista "Vorbote". Publicado en ruso en octubre de 1916 en el núm. 1 de "Sbórnik Sotsial-Demokrata".

T. 27, págs. 252-266.

EL “PROGRAMA DE PAZ”.

El “programa de paz” socialdemócrata es uno de los problemas más importantes que la Segunda Conferencia internacional de los “zimmerwaldianos”[270] incluyó en su orden del día. Para demostrar claramente al lector su verdadero *fondo*, citaremos la declaración correspondiente de Kautsky, prestigioso representante de la II internacional y prestigioso defensor de los socialchovinistas de todos los países.

> “La Internacional no es un instrumento apto en tiempos de guerra; es en realidad un instrumento de paz... La lucha por la paz es una lucha de clase en tiempos de paz” (*Neue Zeit*, 27 de noviembre de 1914). ‘Todos los programas de paz formulados por la Internacional, tanto el de Copenhague como el de Londres y el de Viena, exigen, y con sobrada razón, que se reconozca la independencia de las naciones. Esta exigencia debe ser nuestra brújula en la guerra actual” (Ibíd., 21 de mayo de 1915).

Estas breves palabras expresan con elocuencia “el programa” de la unión y conciliación internacionales de los socialchovinistas Todos saben que en Viena se reunieron los amigos y partidarios de Südekum, quienes actúan enteramente inspirados por éste, defendiendo el imperialismo germano so pretexto de “defensa de la patria”[271]. Los Südekum franceses, ingleses y rusos se reunieron en Londres y defendieron cada uno, con el mismo pretexto, “su propio” imperialismo nacional. La verdadera política de los héroes del socialchovinismo de Londres y de Viena consiste en justificar la participación en la guerra imperialista, en justificar la matanza de los obreros alemanes por los obreros franceses y viceversa para decidir qué burguesía nacional tendrá el privilegio de despojar a los otros países. Y para encubrir su política real, para engañar a los obreros, los héroes de Londres y Viena recurren a las *palabras*: ¡Nosotros “reconocemos” “la independencia de las naciones”, o, dicho en otros términos, reconocemos el derecho de las naciones a la autodeterminación, rechazamos las anexiones, etc., etc.!

Es tan claro como la luz del día que este “reconocimiento” es una flagrante mentira, una hipocresía repugnante, pues con él se justifica la participación en una guerra que sirve *por ambos lados* para avasallar a las naciones, y no para hacerlas independientes. En lugar de revelar esa hipocresía desenmascarándola y condenándola, el prestigioso Kautsky la *canoniza*. ¡¡¡Para Kautsky, el deseo unánime de los chovinistas, que han traicionado al socialismo, de engañar a los obreros, es prueba de “unanimidad” y vitalidad de la Internacional en el problema de la paz!!! Kautsky trueca la hipocresía nacional, burda y patente, que salta a la vista y es evidente para los obreros, en hipocresía internacional, sutil, solapada y embaucadora para los obreros. La política de Kautsky es cien veces más perjudicial y peligrosa para el movimiento obrero que la de Südekum; la hipocresía de Kautsky es cien veces más repulsiva.

Y no se trata sólo de Kautsky, ni mucho menos, pues una política igual llevan a cabo Axelrod, Mártov y Chjeídze en Rusia, Longuet y Pressemanne en Francia, Treves en Italia, etc. Esta política significa objetivamente fomentar la mentira burguesa dentro de la clase obrera, llevando las ideas burguesas al proletariado. Es evidente que Südekum, por una parte, y Plejánov, por otra, sólo repiten la mentira burguesa de los capitalistas de “su” nación; pero lo que no es tan evidente es que Kautsky consagra *la misma mentira* y la erige en “verdad suprema” de la “unánime” Internacional. La burguesía necesita que los obreros tengan a los Südekum y a los Plejánov por prestigiosos y unánimes “socialistas”, si bien con diferencias pasajeras. La burguesía necesita que las hipócritas frases sobre la paz, frases hueras que a nada comprometen, *desvíen* a los obreros de la lucha revolucionaria durante la guerra, los adormezcan los consuelen con la esperanza de una “paz sin anexiones”, una paz democrática, etc., etc.

Lo único que hizo Huysmans fue popularizar el programa de paz de Kautsky, agregándole los arbitrajes, la democratización de la política exterior, etc. Pero el punto principal y fundamental del programa socialista de paz debe ser *desenmascarar la hipocresía* del programa kautskiano de paz que *fortalece* la influencia burguesa en el proletariado.

Recordemos los postulados fundamentales de la doctrina socialista, tergiversados por los kautskianos. La guerra es la continuación, por medios violentos, de la política que las clases dominantes de las

potencias beligerantes aplicaban mucho tiempo antes de la guerra. La paz es una continuación de la *misma* política, en la que *se registran* los cambios producidos en las relaciones entre las fuerzas adversarias en virtud de las acciones bélicas. La guerra, por sí misma, no altera la dirección de la política anterior a la misma, no hace sino *acelerar* este desarrollo.

La guerra de 1870-1871 fue la continuación de la política burguesa progresista (que duró décadas) de liberación y unificación de Alemania. La derrota de Napoleón III y su derrocamiento aceleraron esta liberación. El programa de paz de los socialistas en aquella época tenía en cuenta este resultado progresista burgués y buscaba apoyar a la burguesía democrática, recomendando no despojar a Francia, firmar una paz honrosa con la república.

Obsérvese qué payasada es la tentativa de "repetir" servilmente este ejemplo en plena guerra imperialista de 1914-1916. Esta guerra es la continuación de la política de una burguesía que se ha pasado de madura, reaccionaria, que ha estado saqueando al mundo, apoderándose de las colonias, etc. Teniendo en cuenta la situación objetiva, y sea cual fuere el desenlace de la contienda, la actual guerra *no puede*, sin rebasar las relaciones burguesas, conducir a ningún "progreso" democrático, sino únicamente a intensificar y extender la opresión, en general, y la opresión nacional, en particular.

Aquella guerra aceleró el desarrollo en una dirección democrática, progresista y burguesa: su resultado fue el derrocamiento de Napoleón III, la unificación de Alemania. *Esta guerra* está acelerando el desarrollo *solamente* hacia la revolución socialista. *Entonces*, el programa de paz democrática (burguesa) tuvo un fundamento histórico *objetivo*. ¡*Ahora no existe* tal fundamento, y las palabras sobre una paz democrática son una mentira burguesa que sirve objetivamente para apartar a los obreros de la lucha revolucionaria por el socialismo! *Entonces*, los socialistas apoyaron con su programa de paz democrática el profundo movimiento democrático burgués de las *masas*, que existía, que se había manifestado durante décadas (orientado hacia el derrocamiento de Napoleón III, hacia la unificación de Alemania). *Ahora* con su programa de paz democrática basado en las relaciones burguesas, los socialistas están ayudando a la burguesía a *engañar* al pueblo, a apartar al proletariado de la revolución *socialista*.

¡Lo mismo que las frases sobre la "defensa de la patria" inculcan falsamente a las masas la ideología de una guerra de liberación nacional, así introducen *indirectamente* las frases sobre la paz democrática la misma mentira burguesa!

"Esto significa que ustedes no tienen ningún programa de paz, significa que se oponen a las reivindicaciones democráticas", objetan los kautskinos, esperando que la gente poco observadora no advierta que tal objeción sustituye las tareas socialistas existentes por tareas democráticas burguesas inexistentes.

¡Oh, no señores!, respondemos a los kautskianos. Nosotros estamos *por* las reivindicaciones democráticas, somos los *únicos* que luchamos por ellas *sin hipocresía*, pues la situación histórica objetiva no permite plantearlas, como no sea vinculadas a la revolución socialista. Tomen, por ejemplo, esa "brújula" usada por Kautsky y Cía. para engañar a los obreros con patrañas burguesas.

Südekumn y Plejánov son "unánimes" en el "programa de paz": ¡contra las anexiones!, ¡por la independencia de las naciones! Y observen que los Südekum *tienen razón* cuando dicen que la actitud de Rusia con Polonia, Finlandia, etc., es una actitud anexionista. También tiene razón Plejánov cuando dice que la actitud de Alemania con Alsacia y Lorena, Serbia, Bélgica, etc., es también anexionista. Ambos tienen razón ¿no es verdad? ¡¡¡Y Kautsky "reconcilia" al Südekum alemán con el Südekum ruso!!!

Pero cualquier obrero sensato verá en seguida que tanto Kautsky como *ambos* Südekum son hipócritas. Es evidente. El deber del socialista no es reconciliarse con la democracia hipócrita, sino *desenmascararla*. ¿Cómo puede hacerlo? Muy sencillo: puede considerarse sincero el "reconocimiento" de la independencia de las naciones *sólo* cuando el representante de una *nación* opresora exige, tanto antes de la guerra como durante ella, la libertad de separación para una nación que es oprimida *por su propia* "patria".

Sólo esta exigencia está conforme con el marxismo. Marx la formuló partiendo de los intereses del proletariado británico, cuando exigía la libertad de Irlanda, aunque admitía la probabilidad de una federación después de la separación, es decir, exigía la libertad de separación no para desmembrar y aislar, sino para establecer vínculos más sólidos y democráticos. En todos los casos, cuando hay naciones oprimidas y opresoras, cuando no existen circunstancias especiales que distingan a las naciones democráticas revolucionarias de las reaccionarias (tales circunstancias existieron, por ejemplo, en la década del 40 del siglo XIX), la política de Marx con respecto a Irlanda debe ser un ejemplo de política proletaria. El imperialismo es justamente una época en la cual esencial y típica la división de las naciones en opresoras y oprimidas, y resulta absolutamente imposible hacer una distinción entre naciones reaccionarias y revolucionarias en Europa.

Nuestro partido señaló ya en 1913 en una resolución sobre el problema nacional la obligación de los socialdemócratas de aplicar el concepto de autodeterminación en el sentido que hemos indicado aquí. Lo que dijimos fue confirmado plenamente por

la guerra de 1914-1916.

Véase el último artículo de Kautsky en *Neue Zeit* del 3 de marzo de 1916. Manifiesta con toda claridad que está *de acuerdo* con Austerlitz, el renombrado y ultrachovinista alemán en Austria, redactor del periódico patriotero vienés *Diario obrero*[272], cuando él dice que "la independencia de una nación no debe ser confundida con su soberanía". Dicho con otras palabras, las naciones oprimidas deben conformarse con la autonomía nacional dentro de un "Estado de varias naciones"; no es necesario exigir para ellas igualdad de derecho a la independencia política. ¡¡¡Y a continuación, en el mismo artículo, Kautsky afirma que no es posible demostrar que "pertenecer al Estado ruso es esencial para los polacos"!!!

¿Qué significa eso? Significa que para agradar a Hindenburg, Südekum, Austerlitz y Cía., Kautsky reconoce a Polonia *el derecho a la separación* de Rusia, pese a que Rusia es un "Estado de varias naciones", ¡¡¡pero no dice nada sobre la libertad de los polacos para separarse de Alemania!!! En el mismo artículo declara Kautsky que los socialistas franceses se desviaron del internacionalismo porque quieren obtener la libertad de Alsacia y Lorena *mediante la guerra*. ¡Pero no dice nada sobre los Südekum y Cía. alemanes que se desvían del internacionalismo cuando se niegan a exigir la libertad de Alsacia y Lorena para separarse *de Alemania*!

Utilizando la expresión "Estado de varias naciones" -¡que podría aplicarse también a Inglaterra, teniendo en cuenta a Irlanda; y a Alemania, teniendo en cuenta a Polonia, Alsacia, etc.!- para una evidente defensa del socialchovinismo, Kautsky convirtió la "lucha contra las anexiones" en un "programa *de paz*"... con los chovinistas, la convirtió en indignante hipocresía. Y en el mismo artículo repite las melosas palabras de un Judas: "La Internacional jamás dejó de exigir el consentimiento de la población interesada, cuando las fronteras de un Estado son modificadas". ¿No está claro, acaso, que los Südekum y Cía. exigen el "consentimiento" de los alsacianos y belgas para ser anexados a Alemania, que los Austerlitz y Cía. piden el "consentimiento" de los serbios y polacos para ser anexados a Austria?

¿Y el kautskiano ruso Mártov? Escribió a *Nash Golos*[273] (Samara), periódico de los "adeptos de Gvózdiev", para demostrar la indiscutible verdad de que de la autodeterminación de las naciones no se infiere necesariamente la defensa de la patria en una guerra imperialista. Pero Mártov no dice nada sobre el hecho de que un socialdemócrata ruso traiciona el principio de autodeterminación si no exige para las naciones oprimidas *el derecho a la separación* de Rusia, ¡con lo cual tiende una mano de paz a los Aléxinski, los Cvózdiev, los Potrésov y los Plejánov! ¡También en la prensa ilegal calla Mártov sobre eso! Discute con el holandés Gorter, aunque Gorter, a la vez que niega erróneamente el principio de la autodeterminación de las naciones, *aplica* este principio con acierto cuando exige *la independencia política* de las Indias holandesas y acusa de traicionar al socialismo a los oportunistas holandeses que no están de acuerdo con eso. ¡Pero Mártov no quiere discutir con su consecretario Semkovski, *el único* que se pronunció, entre 1912 y 1915 sobre este problema en la prensa liquidacionista, el único que *negó* el derecho a la separación y, en general, la autodeterminación!

¿No es evidente, acaso, que Mártov "defiende" la autodeterminación con la misma hipocresía que Kautsky? , ¿Qué encubre de la misma manera su deseo de conciliarse con los chovinistas?

¿Y Trotski? Está en cuerpo y alma *en pro* de la autodeterminación, pero también ésta es en sus labios una frase vacía, puesto que no exige la libertad de separación para las naciones oprimidas por "la patria" del socialista de una nación *determinada*; ¡*calla* sobre la hipocresía de Kautsky y los kautskianos!

Semejante "lucha contra las anexiones" sirve para engañar a los obreros, y no para explicar el programa de los socialdemócratas; es una *evasiva retórica*, y no una concreta indicación del deber de los internacionalistas; no es una lucha contra el nacionalismo, sino una concesión a los prejuicios del nacionalismo y a sus intereses egoístas ("nosotros", tanto los burgueses como los socialchovinistas, sacamos "provecho" de la opresión de una nación por "nuestra" patria!).

El "programa de paz" de la socialdemocracia debe, ante todo, desenmascarar la hipocresía de las frases burguesas, socialchovinistas y kautskianas sobre la paz. Es lo primero y lo fundamental. Sin eso somos cómplices, voluntarios o involuntarios, *del engaño* a las masas. Nuestro "programa de paz" exige que el punto principal de la democracia en este problema -la oposición a las anexiones- se aplique en la práctica y no de palabra, que sirva a la propaganda del internacionalismo, y no a la hipocresía nacional. Para eso es necesario explicar a las masas que la oposición a las anexiones, *o sea*, el reconocimiento de la autodeterminación, es sincera sólo cuando el socialista de *cada nación* exige la libertad de separación para las naciones oprimidas por la suya. Como consigna positiva, que incorpora a las masas a la lucha revolucionaria y explica la necesidad de las medidas revolucionarias para una paz "democrática", debe proponerse la siguiente: repudio a las deudas contraídas por los Estados.

Finalmente, nuestro "programa de paz" debe explicar que las *potencias* imperialistas y la burguesía imperialista *no pueden* conceder una paz democrática. *Es preciso* buscarla y bregar por ella, *pero no buscarla mirando hacia el pasado*, en la utopía reaccionaria de un capitalismo *no* imperialista,

o en una liga de naciones iguales *bajo* el capitalismo, sino *mirando hacia el futuro*, en la revolución socialista del proletariado. Ninguna reivindicación democrática fundamental puede ser conquistada con una considerable amplitud o cierto grado de perdurabilidad en los países imperialistas adelantados si no es *mediante* batallas revolucionarias bajo la bandera del socialismo.

Y quien promete a los pueblos una paz "democrática", sin defender al mismo tiempo la revolución socialista o negando la lucha por ella -una lucha ahora, durante la guerra- engaña al proletariado.

Escrito entre el 19 de febrero y el 7 de marzo (3 y 20 de marzo) de 1916. Publicado el 25 de marzo de 1916 en el núm. 52 del periódico "Sotsial-Demokrat".

T. 27, págs. 267-274.

EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO[274].

(Esbozo popular)

Prologo.

Escribí este folleto, que ofrezco a la atención del lector, en Zúrich durante la primavera de 1916. Dadas las condiciones en que había de trabajar allí, tuve que tropezar, naturalmente, con cierta insuficiencia de publicaciones francesas e inglesas y con una gran carestía de publicaciones rusas. Sin embargo, la obra inglesa más importante sobre el imperialismo, el libro de J. A. Hobson, ha sido utilizada con la atención que a mi juicio merece.

El folleto está escrito, teniendo en cuenta la censura zarista. Por eso, no sólo me vi precisado a limitarme estrictamente a un análisis teórico exclusivo -sobre todo en lo económico-, sino que también hube de formular las indispensables y escasas observaciones políticas con la mayor prudencia, valiéndome de alusiones, del lenguaje esópico, ese maldito lenguaje a que el zarismo obligaba a recurrir a todos los revolucionarios cuando tomaban la pluma para escribir algo con destino a la publicación "legal".

Resulta doloroso releer ahora, en los días de libertad, los pasajes del folleto mutilados, comprimidos, apretados con tenazas de hierro, pensando en la censura zarista. Para decir que el imperialismo es la antesala de la revolución socialista, que el socialchovinismo (socialismo de palabra y chovinismo de hecho) es una traición completa al socialismo, el paso completo al lado de la burguesía, que esa escisión del movimiento obrero está relacionada con las condiciones objetivas del imperialismo, etc., me vi obligado a recurrir a un lenguaje "servil", y por eso debo remitir a los lectores que se interesen por el problema a la colección de los artículos que de 1914 a 1917 publiqué en el extranjero, los cuales serán reeditados en breve. Vale la pena señalar, sobre todo, un pasaje de las páginas 119-120*: para hacer comprender al lector, en forma adaptada a la censura, el modo indecoroso de mentir que tienen los capitalistas y los socialchovinistas que se han pasado al lado de aquéllos (y contra los cuales lucha con tanta inconsecuencia Kautsky) en lo que se refiere a las anexiones, el descaro con que encubren las anexiones de sus capitalistas, me vi precisado a tomar el ejemplo... ¡del Japón! El lector atento sustituirá fácilmente el Japón por Rusia, y Corea, por Finlandia, Polonia, Curlandia, Ucrania, Jivá, Bujará, Estlandia y otros territorios de población no rusa.

Querría abrigar la esperanza de que mi folleto ayudará a orientarse en el problema económico fundamental, sin cuyo estudio es imposible comprender nada cuando se trata de emitir un juicio sobre la guerra y la política actuales: el problema del fondo económico del imperialismo.

El autor

Petrogrado, 26 de abril de 1917.

Prologo a las ediciones francesa y alemana[275].

I

Como queda dicho en el prólogo a la edición rusa, este folleto fue escrito en 1916 con vistas a la censura zarista. Hoy día me es imposible rehacer todo el texto, trabajo que, por otra parte, quizás fuera inútil, ya que el fin principal del libro consiste hoy, lo mismo que ayer, en ofrecer, mediante los datos generales irrefutables de la estadística burguesa y de las declaraciones de los hombres de ciencia burgueses de todos los países, *un cuadro de conjunto* de la economía mundial capitalista en sus relaciones internacionales, a comienzos del siglo XX, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial.

Hasta cierto punto será incluso útil para muchos comunistas de los países capitalistas avanzados persuadirse con el ejemplo de este folleto, *legal desde el punto de vista de la censura zarista*, de que es posible -y necesario- aprovechar hasta esos pequeños resquicios de legalidad que todavía les quedan, por ejemplo, en la Norteamérica actual o en Francia, después del reciente encarcelamiento de casi todos los comunistas, para denunciar todo el embuste de las concepciones y de las esperanzas socialpacifistas en cuanto a la "democracia mundial". Intentaré dar en el presente prólogo los complementos más indispensables a este folleto que hubo de pasar en tiempos por la censura.

II

En el folleto se prueba que la guerra de 1914-1918 ha sido, por ambas partes, una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, de bandidaje y de rapiña), una guerra por el reparto del mundo, por la distribución y redistribución de las colonias, de las "esferas de influencia" del capital

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

financiero, etc.

La prueba del verdadero carácter social o, mejor dicho, del verdadero carácter de clase de una guerra no se encontrará, claro está, en su historia diplomática, sino en el análisis de la situación *objetiva* de las *clases* dirigentes en todas las potencias beligerantes. Para reflejar esa situación objetiva no hay que tomar ejemplos y datos sueltos (dada la infinita complejidad de los fenómenos de la vida social, siempre se pueden encontrar los ejemplos o datos sueltos que se quiera, susceptibles de confirmar cualquier tesis), sino que es obligatorio tomar el *conjunto* de los datos sobre los *fundamentos* de la vida económica de *todas* las potencias beligerantes y del mundo entero.

Datos sumarios e irrefutables de esa clase son los que utilizo al describir el modo como *estaba repartido el mundo* en 1876 y en 1914 (§ 6) y el reparto de los *ferrocarriles* en todo el globo en 1890 y en 1913 (§ 7). Los ferrocarriles constituyen el balance de las principales ramas de la industria capitalista, de la industria del carbón y del hierro; el balance y el índice más palmario del desarrollo del comercio mundial y de la civilización democrática burguesa. En los capítulos precedentes señalamos la conexión de los ferrocarriles con la gran producción, con los monopolios, los consorcios, los cárteles, los trusts, los bancos, la oligarquía financiera. La distribución de la red ferroviaria, la desigualdad de esa distribución y de su desarrollo, constituyen un exponente del capitalismo moderno, monopolista, a escala mundial. Y este exponente demuestra que las guerras imperialistas son absolutamente inevitables en *este* terreno económico, *en tanto* subsista la propiedad privada sobre los medios de producción.

La construcción de ferrocarriles es en apariencia una empresa simple, natural, democrática, cultural, civilizadora: así la presentan los catedráticos burgueses, pagados para embellecer la esclavitud capitalista, y los filisteos pequeñoburgueses. En realidad, los múltiples lazos capitalistas, mediante los cuales esas empresas se hallan ligadas a la propiedad privada sobre los medios de producción en general, han transformado dicha construcción en un medio para oprimir *a mil millones* de seres (en las colonias y semicolonias), es decir, a más de la mitad de la población de la tierra en los países dependientes y a los esclavos asalariados del capital en los países "civilizados".

La propiedad privada fundada en el trabajo del pequeño patrono, la libre competencia, la democracia, todas esas consignas por medio de las cuales los capitalistas y su prensa engañan a los obreros y a los campesinos, pertenecen a un pasado lejano. El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de sojuzgamiento colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países "adelantados". El reparto de este "botín" se efectúa entre dos o tres potencias rapaces y armadas hasta los dientes (Norteamérica, Inglaterra, el Japón), que dominan en el mundo y arrastran a *su* guerra, por el reparto de *su* botín, a todo el planeta.

III

La paz de Brest-Litovsk[276], dictada por la Alemania monárquica, y luego la paz mucho más brutal e infame de Versalles[277], impuesta por las repúblicas "democráticas" de Norteamérica y Francia y por la "libre" Inglaterra, han prestado un servicio extremadamente útil a la humanidad, al desenmascarar al mismo tiempo a los coolíes de la pluma a sueldo del imperialismo y a los filisteos reaccionarios -aunque se llamen pacifistas y socialistas-, que entonaban loas al "wilsonismo"[278] y trataban de hacer ver que la paz y las reformas son posibles bajo el imperialismo.

Decenas de millones de cadáveres y de mutilados, víctimas de la guerra -esa guerra que se hizo para decidir qué grupo de bandoleros financieros, el inglés o el alemán, había de recibir la mayor parte del botín-, y encima estos dos "tratados de paz" hacen abrir, con una rapidez desconocida hasta ahora, los ojos a millones y decenas de millones de hombres atemorizados, oprimidos, embaucados y engañados por la burguesía. Debido a la ruina mundial, producto de la guerra, crece, pues, la crisis revolucionaria mundial, que, por largas y duras que sean las vicisitudes que atraviese, no podrá terminar sino en la revolución proletaria y su victoria.

El Manifiesto de Basilea de la II Internacional, que en 1912 caracterizó precisamente la guerra iniciada en 1914 y no la guerra en general (no todas las guerras son iguales; hay también guerras revolucionarias), es ahora un monumento que denuncia toda la vergonzosa bancarrota, toda la apostasía de los héroes de la II Internacional.

Por eso incluyo ese manifiesto como apéndice a la presente edición, advirtiendo una y otra vez a los lectores que los héroes de la II Internacional rehuyen todos los pasajes del manifiesto que hablan taxativa, clara y directamente de la relación existente entre esta precisa guerra que se avecinaba y la revolución proletaria, con el mismo empeño con que un ladrón evita el lugar donde cometió el robo.

IV

Hemos prestado en este libro una atención especial a la crítica del "kautskismo", esa corriente ideológica internacional que en todos los países del mundo representan los "teóricos más eminentes", los jefes de la II Internacional (Otto Bauer y Cía. en Austria, Ramsay MacDonald y otros en Inglaterra, Albert Thomas en Francia, etc., etc.) y un sinfín de socialistas, de reformistas, de pacifistas, de demócratas burgueses y de clérigos.

Esa corriente ideológica, de una parte, es el producto de la descomposición, de la putrefacción de

la II Internacional y, de otra parte, es el fruto inevitable de la ideología de los pequeños burgueses, a quienes todo el ambiente los mantiene prisioneros de los prejuicios burgueses y democráticos.

En Kautsky y sus consortes, tales concepciones son precisamente la abjuración completa de los fundamentos revolucionarios del marxismo que ese autor defendió durante decenas de años, sobre todo, dicho sea de paso, en lucha contra el oportunismo socialista (de Bernstein, Millerand, Hyndman, Gompers, etc.). Por eso no es un hecho casual que los "kautskianos" de todo el mundo se hayan unido hoy, práctica y políticamente, a los oportunistas extremos (a través de la II Internacional o Internacional amarilla[279]) y a los gobiernos burgueses (a través de los gobiernos de coalición burgueses con participación de los socialistas).

El movimiento proletario revolucionario en general y el movimiento comunista en particular, que crecen en todo el mundo, no pueden prescindir de analizar y desenmascarar los errores teóricos del "kautskismo". Esto es tanto más necesario cuanto que el pacifismo y la "democracia" en general -que no tienen las menores pretensiones de marxismo, pero que, exactamente igual que Kautsky y Cía., disimulan la profundidad de las contradicciones del imperialismo y la ineluctabilidad de la crisis revolucionaria que éste engendra- son corrientes que se hallan todavía extraordinariamente extendidas en todo el mundo. La lucha contra tales tendencias es obligatoria para el partido del proletariado, el cual debe arrancar a la burguesía los pequeños propietarios que ella engaña y los millones de trabajadores cuyas condiciones de vida son más o menos pequeñoburguesas.

V

Es menester decir unas palabras a propósito del capítulo VIII *El parasitismo y la descomposición del capitalismo*. Como ya hemos dicho en el libro, Hilferding, antiguo "marxista", actualmente compañero de armas de Kautsky y uno de los principales representantes de la política burguesa, reformista, en el seno del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania[280], ha dado en este punto un paso atrás con respecto al inglés Hobson, pacifista y reformista declarado. La escisión internacional de todo el movimiento obrero se muestra ahora con plena nitidez (II y III Internacionales)[281]. La lucha armada y la guerra civil entre las dos tendencias es también un hecho evidente: en Rusia, apoyo a Kolchak y Denikin por los mencheviques y los "socialistas revolucionarios" contra los bolcheviques; en Alemania, los partidarios de Scheidemann, Noske y Cía. unidos a la burguesía contra los espartaquistas[282], y lo mismo en Finlandia, en Polonia, en Hungría, etc. ¿Dónde está la base económica de este fenómeno histórico universal?

Se encuentra precisamente en el parasitismo y en la descomposición del capitalismo, inherentes a su fase histórica superior, es decir, al imperialismo. Como lo demostramos en este folleto, el capitalismo ha desglosado ahora un *puñado* (menos de una décima parte de la población de la Tierra o menos de un quinto, calculando "por todo lo alto") de países particularmente ricos y poderosos que, con el simple "corte del cupón" saquean a todo el mundo. La exportación de capital da ingresos que se elevan a ocho o diez mil millones de francos anuales, de acuerdo con los precios de antes de la guerra y según las estadísticas burguesas de entonces. Naturalmente, ahora son mucho mayores.

Es evidente que tan gigantesca superganancia (ya que se obtiene por encima de la ganancia que los capitalistas exprimen a los obreros de su "propio" país) *permite corromper* a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Los capitalistas de los países "adelantados" los corrompen, y lo hacen de mil maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas.

Ese sector de obreros aburguesados o de "aristocracia obrera", enteramente pequeñoburgueses por su género de vida, por sus emolumentos y por toda su concepción del mundo, es el principal apoyo de la II Internacional; y, hoy día, *el principal apoyo social* (no militar) *de la burguesía*. Porque son verdaderos *agentes de la burguesía* en el seno del movimiento *obrero*, lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas (*labour lieutenants of the capitalist class*), verdaderos vehículos del reformismo y del chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se colocan inevitablemente, en número considerable, al lado de la burguesía, al lado de los "versalleses"[283] contra los "federados".

Sin haber comprendido las raíces económicas de ese fenómeno, sin haber alcanzado a ver su importancia política y social es imposible dar el menor paso hacia el cumplimiento de las tareas prácticas del movimiento comunista y de la revolución social que se avecina.

El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado a escala mundial en 1917.

6 de julio de 1920.

N. Lenin.

EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO.

Durante los últimos quince o veinte años, sobre todo después de la guerra hispano-americana[284] (1898) y de la anglo-bóer (1899-1902), las publicaciones de economía, así como las de política del Viejo y del Nuevo Mundo, utilizan cada vez más el concepto de "imperialismo" para caracterizar la época que atravesamos. En 1902 apareció en Londres y Nueva York la obra del economista inglés J. A.

Hobson. *El imperialismo*. El autor, que sustenta el punto de vista del socialreformismo y del pacifismo burgueses -punto de vista que coincide, en el fondo, con la posición actual del ex marxista C. Kautsky-, hace una descripción excelente y detallada de las peculiaridades económicas y políticas fundamentales del imperialismo. En 1910 se publicó en Viena la obra del marxista austriaco Rodolfo Hilferding *El capital financiero* (traducción rusa: Moscú, 1912). A pesar del error del autor en cuanto a la teoría del dinero y de cierta tendencia a conciliar el marxismo con el oportunismo, la obra mencionada constituye un análisis teórico de extremado valor de la "fase última de desarrollo del capitalismo" (tal es el subtítulo del libro de Hilferding). En el fondo, lo que se ha dicho acerca del imperialismo durante estos últimos años -sobre todo en la inmensidad de artículos sobre este tema publicados en periódicos y revistas, así como en las resoluciones adoptadas, por ejemplo, en los Congresos de Chemnitz[285] y Basilea, que se celebraron en el otoño de 1912- apenas si rebasa el conjunto de ideas expuestas, o, para decirlo mejor, resumidas en los dos trabajos mencionados...

En las páginas que siguen trataremos de exponer someramente, en la forma más popular posible, los lazos y las relaciones recíprocas existentes entre las peculiaridades económicas *fundamentales* del imperialismo. No nos detendremos, por mucho mérito que tenga, en el aspecto no económico del problema. Damos al final del folleto las referencias bibliográficas y otras notas que pueden interesarnos a todos los lectores.

I. La concentración de la producción y los monopolios.

El colosal incremento de la industria y el proceso rapidísimo de concentración de la producción en empresas cada vez más grandes son una de las peculiaridades más características del capitalismo. Los censos industriales modernos suministran los datos más completos y exactos sobre este proceso.

En Alemania, por ejemplo, había en 1882 tres grandes empresas industriales, es decir, de más de cincuenta obreros asalariados, por cada mil; en 1895, seis, y en 1907, nueve. De cada cien obreros les correspondían, respectivamente, 22, 30 y 37. Pero la concentración de la producción es mucho más intensa que la de los obreros, pues el trabajo en las grandes empresas es mucho más productivo, como lo indican los datos relativos a las máquinas de vapor y a los motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el lato sentido de la palabra, es decir, incluidos el comercio, las vías de comunicación, etc., obtendremos el cuadro siguiente: grandes empresas, 30.588 frente a un total de 3.265.623, es decir, solamente el 0,9%. En ellas están empleados 5.700.000 obreros de un total de 14.400.000, es decir, el 39,4%; caballos de vapor, 6.600.000 contra 8.800.000, es decir, el 75,3%; energía eléctrica, 1.200.000 kilovatios contra 1.500.000, o sea, el 77,2%.

¡Menos de una centésima parte de las empresas tienen *más de 3/4* del total de la fuerza motriz de vapor y electricidad! ¡A los 2.970.000 pequeños establecimientos (de menos de cinco obreros asalariados), que constituyen el 91% de todas las empresas, corresponde únicamente el 7% de la fuerza eléctrica y de vapor! Unas decenas de miles de grandes empresas lo son todo; los millones de pequeñas empresas no son nada.

En 1907 había en Alemania 586 establecimientos que contaban con 1.000 obreros y más. A esos establecimientos correspondía casi la décima parte (1.380.000) del número total de obreros y *casi el tercio* (32%) del total de la fuerza eléctrica y de vapor[*]. El capital monetario y los bancos, como veremos, hacen todavía más aplastante este predominio de un puñado de grandes empresas, y decimos aplastante en el sentido más literal de la palabra, es decir, que millones de "patronos" pequeños, medios e incluso una parte de los grandes se hallan de hecho completamente sometidos a unos cuantos centenares de financieros millonarios.

En otro país avanzado del capitalismo contemporáneo, los Estados Unidos de Norteamérica, el incremento de la concentración de la producción es todavía más intenso. En este país, la estadística toma aparte la industria en la acepción estrecha de la palabra y agrupa los establecimientos conforme a la cuantía de la producción anual. En 1904 había 1.900 grandes empresas (sobre 216.180, es decir, el 0,9%), con una producción de un millón de dólares y más; en ellas, el número de obreros era de 1.400.000 (frente a 5.500.000, es decir, el 25,6%), y el valor de la producción ascendía a 5.600 millones (contra 14:800 millones, o sea, el 38%). Cinco años después, en 1909, las cifras correspondientes eran así: 3.060 empresas (sobre 268.491, es decir, el 1,1%) con 2 millones de obreros (sobre 6.600.000, es decir, el 30,5%) y 9.000 millones de producción anual (sobre 20.700 millones, o sea, el 43,8%[**]).

¡Casi la mitad de la producción global de todas las empresas del país se encuentra en las manos de una *centésima* parte del total de empresas! Y esas 3.000 empresas gigantescas abarcan a 258 ramas industriales. De ahí se infiere claramente que la concentración, al llegar a un grado determinado de su desarrollo, puede afirmarse que conduce por sí misma de lleno al monopolio, ya que a unas cuantas decenas de empresas gigantescas les resulta fácil ponerse de acuerdo entre sí y, por otra parte, la competencia, que se hace cada vez más difícil, o sea, la tendencia al monopolio, nacen precisamente de las

[*] Cifras del *Anales del Estado alemán*, 1911, Zahn.
[**] *Resumen de Estadística de los Estados Unidos*, 1912, pág. 202.

grandes proporciones de las empresas. Esta transformación de la competencia en monopolio constituye uno de los fenómenos más importantes - por no decir el más importante- de la economía del capitalismo de los últimos tiempos, y es necesario que nos detengamos a estudiarlo con mayor detalle. Pero antes debemos eludir un equívoco posible.

La estadística norteamericana dice: 3.000 empresas gigantescas en 250 ramas industriales. Al parecer, corresponden tan sólo 12 grandes empresas a cada rama de la producción.

Pero no es así. No en cada rama de la industria hay grandes empresas; por otra parte, una particularidad de suma importancia del capitalismo en su más alto grado de desarrollo es la llamada *combinación*, o sea, la reunión en una sola empresa de distintas ramas de la industria que o bien representan fases sucesivas de la transformación de una materia prima (por ejemplo, la fundición del mineral de hierro, la transformación del hierro colado en acero y, en ciertos casos, la producción de tales o cuales artículos de acero), o bien son ramas de las que unas desempeñan un papel auxiliar con relación a otras (por ejemplo, la utilización de los residuos o de los productos secundarios, producción de embalajes, etc.).

"La combinación -dice Hilferding- nivela las diferencias de coyuntura y garantiza, por tanto, a la empresa combinada una cuota de ganancia más estable. En segundo lugar, la combinación conduce a la eliminación del comercio. En tercer lugar, hace posibles los perfeccionamientos técnicos, y, por consiguiente, la obtención de ganancias suplementarias en comparación con las empresas "simples" (es decir, no combinadas). En cuarto lugar, fortalece la posición de la empresa combinada en comparación con la "simple", la refuerza en la competencia durante las grandes depresiones (estancamiento de los negocios, crisis), cuando los precios de las materias primas disminuyen en menos que los precios de los artículos manufacturados"[*].

El economista burgués alemán Heymann, que ha consagrado una obra a las empresas "mixtas" o combinadas en la industria siderúrgica alemana, dice: "Las empresas simples perecen, aplastadas por el precio elevado de las materias primas y el bajo precio de los artículos manufacturados". Resulta lo siguiente:

"Por una parte, han quedado las grandes compañías hulleras, con una extracción de carbón que se cifra en varios millones de toneladas, organizadas con solidez en su sindicato hullero; luego, estrechamente ligadas a ellas, las grandes fundiciones de acero con su sindicato. Estas empresas gigantescas, con una producción de acero de 400.000 toneladas al año, con una extracción enorme de mineral de hierro y hulla, con su producción de artículos de acero, con 10.000 obreros alojados en los barracones de los poblados fabriles, que cuentan a veces con ferrocarriles y puertos propios, son los representantes típicos de la industria siderúrgica alemana. Y la concentración continúa avanzando sin cesar. Las distintas empresas van ganando en importancia cada día; cada vez es mayor el número de establecimientos de una o varias ramas de la industria que se agrupan en empresas gigantescas, apoyadas y dirigidas por media docena de grandes bancos berlineses. En lo que se refiere a la industria minera alemana, ha sido demostrada la exactitud de la doctrina de Carlos Marx sobre la concentración; es verdad que esto se refiere a un país en el que la industria se halla protegida por derechos arancelarios y por tarifas de transporte. La industria minera de Alemania está madura para la expropiación"[**].

Tal es la conclusión a que hubo de llegar un economista burgués, concienzudo por excepción. Hay que observar que considera a Alemania un caso especial a consecuencia de la protección de su industria por elevadas tarifas arancelarias. Pero esta circunstancia no ha podido sino acelerar la concentración y la constitución de asociaciones monopolistas patronales, cárteles, consorcios, etc. Es de extraordinaria importancia hacer notar que en el país del librecambio, Inglaterra, la concentración conduce *también* al monopolio, aunque algo más tarde y acaso en otra forma. He aquí lo que escribe el profesor Hermann Levy, en *Monopolios, cárteles y trusts*, estudio especial hecho con datos del desarrollo económico de la Gran Bretaña:

"En la Gran Bretaña son precisamente las grandes proporciones de las empresas y su elevado nivel técnico lo que trae aparejada la tendencia al monopolio. Por una parte, la concentración ha determinado el empleo de enormes capitales en las empresas; por eso, las nuevas empresas se hallan ante exigencias cada vez más elevadas en lo que concierne a la cuantía del capital necesario, y esta circunstancia dificulta su aparición. Pero, por otra parte (y este punto lo consideramos más importante), cada nueva empresa que quiere mantenerse al nivel de las empresas gigantescas, creadas por la concentración, representa un aumento tan enorme de la oferta de mercancías que su venta lucrativa es posible sólo a condición de un aumento extraordinario de la demanda, pues, en caso contrario, esa abundancia de productos rebaja los precios a un nivel desventajoso para la nueva fábrica y para las asociaciones monopolistas". En Inglaterra, las asociaciones monopolistas de patronos, cárteles y trusts surgen únicamente, en la mayoría de los casos - a diferencia de los otros países, en los que los

[*] *El capital financiero*, ed. en ruso, págs. 286-287.

[**] Hans Gideon Heymann. *Las empresas mixtas en la gran industria alemana del hierro*, Stuttgart , 1904, págs. 256 y 278-279.

aranceles proteccionistas facilitan la cartelización-, cuando el número de las principales empresas competidoras se reduce a "un par de docenas". "La influencia de la concentración sobre el nacimiento de los monopolios en la gran industria aparece en este caso con una claridad meridiana"*.

Hace medio siglo, cuando Marx escribió *El Capital*, la libre competencia era para la mayor parte de los economistas una "ley natural". La ciencia oficial intentó aniquilar mediante la conspiración del silencio la obra de Marx, el cual había demostrado, con un análisis teórico e histórico del capitalismo, que la libre competencia origina la concentración de la producción, y que dicha concentración, en un cierto grado de su desarrollo, conduce al monopolio. Ahora el monopolio es un hecho. Los economistas publican montañas de libros en los cuales describen las distintas manifestaciones del monopolio y siguen declarando a coro que "el marxismo ha sido refutado". Pero los hechos son testarudos -como afirma el dicho inglés- y de grado o por fuerza hay que tenerlos en cuenta. Los hechos demuestran que las diferencias entre los diversos países capitalistas, por ejemplo, en lo que se refiere al proteccionismo o al librecambio, traen aparejadas únicamente diferencias no esenciales en cuanto a la forma de los monopolios o al momento de su aparición, pero que la aparición del monopolio, debida a la concentración de la producción, es una ley general y fundamental de la presente fase de desarrollo del capitalismo.

Por lo que a Europa se refiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo vino a sustituir *definitivamente* al viejo: a principios del siglo XX. En uno de los trabajos de recopilación más recientes sobre la historia de la "formación de los monopolios", leemos:

"Se pueden citar algunos ejemplos de monopolios capitalistas de la época anterior a 1860; se pueden descubrir en ellos gérmenes de formas muy corrientes en la actualidad; pero todo eso constituye indiscutiblemente la época prehistórica de los cárteles. El verdadero comienzo de los monopolios contemporáneos lo hayamos, a lo sumo, en la década de 1860. El primer gran período de desarrollo de los monopolios empieza con la depresión internacional de la industria en la década del 70, y se prolonga hasta principios de la última década del siglo". "Si se examina el problema en lo que se refiere a Europa, la libre competencia alcanza el punto culminante de desarrollo entre los años 60 y 70. Por entonces, Inglaterra terminaba de levantar su organización capitalista al viejo estilo. En Alemania, dicha organización entablaba una lucha decidida contra la industria artesana y doméstica y empezaba a crear sus propias formas de existencia".

"Empieza una transformación profunda con el crac de 1873, o, para ser más exactos, con la depresión que le siguió y que -con una pausa apenas perceptible, a principios de la década del 80, y con un auge extraordinariamente vigoroso, pero breve, hacia 1889- llena veintidós años de la historia de la economía europea". "Durante el corto período de auge de 1889 y 1890 fueron utilizados a gran escala los cárteles para aprovechar la coyuntura. Una política irreflexiva elevaba los precios con mayor rapidez y en mayores proporciones todavía de lo que hubiera sucedido sin los cárteles, y casi todos esos cárteles perecieron sin gloria enterrados "en la fosa del crac". Transcurrieron otros cinco años de malos negocios y precios bajos, pero en la industria no reinaba ya el estado de espíritu de antes: la depresión no era considerada ya algo que se sobrentendía, sino, sencillamente, una pausa ante una nueva coyuntura favorable.

"Y el movimiento de los cárteles entró en su segunda época. En vez de ser un fenómeno pasajero, los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica, conquistan una esfera industrial tras otra, y, en primer lugar, la de la transformación de materias primas. A principios de la década del 90, los cárteles consiguieron ya en la organización del consorcio del coque, el que sirvió de modelo al hullero, una técnica tal en la materia que, en el fondo, no ha sido rebasada. El gran auge de fines del siglo XIX y la crisis de 1900 a 1903 transcurren ya enteramente por primera vez -al menos en lo que se refiere a las industrias minera y siderúrgica- bajo el signo de los cárteles. Y si entonces esto parecía aún algo nuevo, ahora es una verdad evidente para la opinión pública que grandes sectores de la vida económica son, por regla general, sustraídos a la libre competencia"**.

Así pues, el resumen de la historia de los monopolios es el siguiente: 1) Décadas del 60 y 70, punto culminante de desarrollo de la libre competencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles. 2) Después de la crisis de 1873, largo período de desarrollo de los cárteles, los cuales sólo constituyen todavía una excepción, no son aún sólidos, aún representan un fenómeno pasajero. 3) Auge de fines del siglo XIX y crisis de 1900 a 1903: los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.

Los cárteles conciertan entre ellos las condiciones de venta, los plazos de pago, etc. Se reparten los mercados de venta. Fijan la cantidad de productos que deben fabricar. Establecen los precios.

* Hermann Levy. *Monopolios, cárteles y trusts*, Jena, 1909, pág. 286, 290, 298.

** Th. Vogelstein. *Organización financiera de la industria capitalista y formación de los monopolios, en Fundamentos de la economía social*, VI Abt., Tüb., 1914. Véase la obra del mismo autor *Formas de organización de la industria del hierro y textil en Inglaterra y América*, Bd. I, Leipzig, 1910.

Distribuyen las ganancias entre las distintas empresas, etc.

El número de cárteles era en Alemania, aproximadamente, de 250 en 1896, y de 385 en 1905, abarcando a cerca de 12.000 establecimientos*. Pero todo el mundo reconoce que estas cifras son inferiores a la realidad. De los datos de la estadística de la industria alemana de 1907 que hemos citado antes se deduce que incluso esos 12.000 grandes establecimientos concentran seguramente más de la mitad de toda la fuerza motriz de vapor y eléctrica. En los Estados Unidos de Norteamérica, el número de trusts era en 1900 de 185; en 1907, era de 250. La estadística norteamericana divide todas las empresas industriales en empresas pertenecientes a personas, a sociedades y a corporaciones. A estas últimas pertenecía, en 1904, el 23,6%, y en 1909, el 25,9%; es decir, más de la cuarta parte del total de empresas. En dichos establecimientos estaban ocupados en 1904 el 70,6% de obreros, y en 1909 el 75,6%, es decir, las tres cuartas partes del total. La cuantía de la producción era, respectivamente, de 10.900 y de 16.300 millones de dólares, o sea, el 73,7% y el 79% del total.

En las manos de los cárteles y trusts se concentran a menudo las siete u ocho décimas partes de toda la producción de una rama industrial determinada. El consorcio hullero de Renania y Westfalia, en el momento de su constitución, en 1893, concentraba el 86,7% de toda la producción del carbón de aquella cuenca, y en 1910 disponía ya del 95,4%**. El monopolio así constituido garantiza beneficios gigantescos y conduce a la creación de unidades técnicas de producción de proporciones inmensas. El famoso trust del petróleo de los Estados Unidos (Standard Oil Company) fue fundado en 1900. "Su capital era de 150 millones de dólares. Fueron emitidas acciones ordinarias por valor de 100 millones de dólares y acciones privilegiadas por valor de 106 millones de dólares. Estas últimas percibieron los siguientes dividendos en el período de 1900 a 1907: 48, 48, 45, 44, 36, 40, 40 y 40%, con un total de 367 millones de dólares. De 1882 a 1907 obtuviéronse 889 millones de dólares de beneficio neto, de los cuales 606 millones fueron distribuidos en concepto de dividendos, y el resto pasó al capital de reserva"***. "En todas las empresas del trust del acero (United States Steel Corporation) había ocupados en 1907, por lo menos, 210.180 obreros y empleados. La empresa más importante de la industria minera alemana, la Sociedad Minera de Gelsenkirchen (Gelsenkirchener Bergwerksgesellschait) daba trabajo en 1908 a 46.048 obreros y empleados"****. En 1902 el trust del acero obtenía ya 9 millones de toneladas de acero*****. Su producción constituía en 1901 el 66,3%, y en 1908 el 56,1% de toda la producción de acero de los Estados Unidos******, y su extracción de mineral de hierro, el 43,9% y el 46,3%, respectivamente.

El informe de una comisión gubernamental norteamericana sobre los trusts dice: "La superioridad de los truts sobre sus competidores se basa en las grandes proporciones de sus empresas y en su excelente instalación técnica. El trust del tabaco, desde el momento mismo de su fundación, consagró por entero sus esfuerzos a sustituir en todas partes a vasta escala el trabajo manual por el trabajo mecánico. Con este objeto adquirió todas las patentes que tuvieran una relación cualquiera con la elaboración del tabaco, invirtiendo en ello sumas enormes. Muchas patentes resultaron al principio inservibles y tuvieron que ser modificadas por los ingenieros que se hallaban al servicio del trust. A fines de 1906 fueron constituidas dos sucursales con el único objeto de adquirir patentes. Con este mismo fin, el trust montó sus fundiciones, sus fábricas de maquinaria y sus talleres de reparación. Uno de dichos establecimientos, el de Brooklyn, da ocupación, por término medio, a 300 obreros; en él se prueban y se perfeccionan los inventos relacionados con la producción de cigarrillos, cigarros pequeños, rapé, papel de estaño para el empaquetado, cajas, etc."*******. "Hay otros trusts que tienen a su servicio a los llamados *developping engineers* (ingenieros para el fomento de la técnica), cuya misión consiste en inventar nuevos procedimientos de la producción y experimentar las innovaciones técnicas. El trust del acero abona a sus ingenieros y obreros primas importantes por los inventos susceptibles de elevar la técnica o reducir los gastos"********.

Del mismo modo está organizado todo cuanto se refiere a los perfeccionamientos técnicos en la gran industria alemana, por ejemplo, en la industria

---

* Dr. Riesser. *Los grandes bancos alemanes y su concentración en relación con el desarrollo general de la economía en Alemania*, 4a ed., 1912, pág. 149. R. Liefmann. *Los cárteles y los trusts y el desarrollo consecutivo de la organización de la economía nacional*, 2a ed., 1910, pág. 25.

** Dr. Fritz Kestner. *La organización forzosa. Estudio de la lucha entre los cárteles y los que no los integran*, Berlín, 1912, pág. 11.

*** R. Liefmann. *Sociedades de participación y financiación. Estudio del capitalismo contemporáneo y de los títulos de valor*, 1a ed., Jena, 1909, pág. 212.

**** Ibid., pág. 218.

***** Dr. S. Tschierschky. *Cárteles y trusts*, Gott., 1903, pag.13.

****** Th. Vogelstein. *Formas de organización*, pág. 275.

******* *Informe del miembro de la comisión de agrupaciones en la industria del tabaco*, Washington, 1909, pág. 266. Tomado del libro del Dr. Paul Tafel *Los trusts norteamericanos y su influencia en el progreso de la técnica*, Stuttgart, 1913, pág. 48.

******** Ibid., págs. 48-49.

química, que se ha desarrollado en proporciones tan gigantescas durante estos últimos decenios. El proceso de concentración de la producción había dado origen ya en 1908 en dicha industria a dos "grupos" principales, que fueron evolucionando a su manera hacia el monopolio. Al principio, esos grupos constituían "alianzas dobles" de dos pares de grandes fábricas con un capital de 20 a 21 millones de marcos cada una: de una parte, la antigua fábrica de Meister, en Hochst, y la de Cassella, en Fráncfort del Meno; de otra parte, la fábrica de anilina y sosa de Ludwigshafen y la antigua fábrica de Bayer, en Elberfeld. Uno de los grupos en 1905 y el otro en 1908 concluyeron sendos acuerdos, cada uno por su cuenta, con otra gran fábrica, a consecuencia de lo cual resultaron dos "Alianzas Triples" con un capital de 40 a 50 millones de marcos cada una, entre las cuales se inició ya una "aproximación", se estipularon "convenios" sobre los precios, etc.[*]

La competencia se convierte en monopolio. De ahí resulta un gigantesco progreso de socialización de la producción. Se socializa también, en particular, el proceso de los inventos y perfeccionamientos técnicos.

Esto no tiene ya nada que ver con la antigua libre competencia de patronos dispersos, que no se conocían y que producían para un mercado ignorado. La concentración ha llegado a tal punto que se puede hacer un inventario aproximado de todas las fuentes de materias primas (por ejemplo, yacimientos de minerales de hierro) de un país, y aun, como veremos, de varios países y de todo el mundo. No sólo se realiza este cálculo, sino que asociaciones monopolistas gigantescas se apoderan de dichas fuentes. Se efectúa el cálculo aproximado de la capacidad del mercado, que las asociaciones mencionadas se "reparten" por contrato. Se monopoliza la mano de obra capacitada, se contratan los mejores ingenieros, y las vías y los medios de comunicación -las líneas férreas en América y las compañías navieras en Europa y América- van a parar a manos de los monopolios. El capitalismo, en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y su conciencia, a cierto régimen social nuevo, de transición de la absoluta libertad de competencia a la socialización completa.

La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un reducido número de individuos. Se conserva el marco general de la libre competencia formalmente reconocida, y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable.

El economista alemán Kestner ha consagrado una obra especial a la "lucha entre los cárteles y los *outsiders*", es decir, los patronos que no forman parte de los cárteles. La ha titulado *La organización forzosa*, cuando hubiera debido hablar, naturalmente, para no embellecer el capitalismo, de la subordinación forzosa a las asociaciones monopolistas. Es instructivo echar una simple ojeada aunque sólo sea a la enumeración de los medios a que recurren dichas asociaciones en la lucha moderna, actual, civilizada por la "organización": 1) privación de materias primas ("...uno de los procedimientos más importantes para obligar a entrar en el cártel"); 2) privación de mano de obra mediante "alianzas" (es decir, mediante acuerdos entre los capitalistas y los sindicatos obreros para que estos últimos acepten trabajo solamente en las empresas cartelizadas); 3) privación de medios de transporte; 4) privación de posibilidades de venta; 5) acuerdo con los compradores para sostener relaciones comerciales únicamente con los cárteles; 6) baja metódica de los precios (con objeto de arruinar a los *outsiders*, es decir, a las empresas que no se someten a los monopolistas, durante un tiempo determinado se gastan millones para vender a precios inferiores al coste: en la industria de la gasolina se han dado casos de bajar el precio de 40 a 22 marcos, es decir, ¡casi a la mitad!); 7) privación de créditos; 8) declaración del boicot.

Nos hallamos en presencia, no ya de la lucha competitiva entre grandes y pequeñas empresas, entre establecimientos atrasados y establecimientos adelantados en el aspecto técnico. Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas de todos los que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad. He aquí cómo se refleja este proceso en la conciencia de un economista burgués:

"Incluso en el terreno de la actividad puramente económica -escribe Kestner- se produce cierto desplazamiento de la actividad comercial, en el sentido anterior de la palabra, hacia una actividad organizadora especulativa. Consigue los mayores éxitos no el comerciante, que, valiéndose de su experiencia técnica y comercial, sabe determinar mejor las necesidades del comprador, encontrar y, por decirlo así, "descubrir" la demanda que se halla en estado latente, sino el genio especulativo (?!) que por anticipado sabe tener en cuenta o intuir al menos el desenvolvimiento en el terreno de la organización, la posibilidad de que se establezcan determinados lazos entre las diferentes empresas y los bancos..."

Traducido al lenguaje común, esto significa: el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción mercantil sigue "reinando" como antes y es considerada base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las

[*] Riesser. Obra cit., pág. 547 y siguientes de la 3a edición. Los periódicos dan cuenta (junio de 1916) de la constitución de un nuevo trust gigantesco de la industria química de Alemania.

ganancias principales van a parar a los "genios" de las maquinaciones financieras. Estas maquinaciones y estos chanchullos tienen su asiento en la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha llegado a esa socialización, beneficia... a los especuladores. Más adelante veremos cómo, "basándose en esto", la crítica pequeñoburguesa y reaccionaria del imperialismo capitalista sueña con volver *atrás*, a la competencia "libre", "pacífica" y "honrada".

"Hasta ahora, la subida persistente de los precios como resultado de la constitución de los cárteles -dice Kestner- sólo se ha observado en los principales medios de producción, sobre todo en la hulla, el hierro y la potasa; por el contrario, no se ha observado nunca en los artículos manufacturados. El aumento de los beneficios motivado por ese fenómeno se ve igualmente limitado a la industria de los medios de producción. Hay que completar esta observación con la de que la industria de transformación de las materias primas (y no de artículos semiterminados) no sólo obtiene de la constitución de cárteles ventajas en forma de ganancias elevadas en perjuicio de la industria dedicada a la transformación ulterior de los productos semiterminados, sino que ha pasado a adoptar, con respecto a esta última, una *actitud de dominación* que no existía bajo la libre competencia"[*].

Las palabras que nosotros subrayamos muestran el fondo del asunto, que de tan mala gana y sólo de vez en cuando reconocen los economistas burgueses y que tanto se empeñan en no ver y pasar por alto los defensores actuales del oportunismo, con Kautsky al frente. Las relaciones de dominación y la violencia ligada a dicha dominación: he ahí lo típico en la "fase contemporánea de desarrollo del capitalismo", he ahí lo que inevitablemente tenía que derivarse y se ha derivado de la constitución de los todopoderosos monopolios económicos.

Citemos otro ejemplo de la dominación de los cárteles. Allí donde es posible apoderarse de todas o de las más importantes fuentes de materias primas, la aparición de cárteles y la constitución de monopolios es facilísima. Pero sería un error pensar que los monopolios no surgen también en otras ramas de la producción, en las que la conquista de las fuentes de materias primas es imposible. La industria del cemento encuentra materia prima en todas partes. Sin embargo, también esta industria está muy cartelizada en Alemania. Las fábricas se han agrupado en sindicatos regionales: el de Alemania del Sur, el renano-westfaliano, etc. Rigen precios de monopolio: ¡de 230 a 280 marcos el vagón, cuando el coste de producción es de 180 marcos! Las empresas proporcionan dividendos del 12 al 16%; no hay que olvidar tampoco que los "genios" de la especulación contemporánea saben canalizar hacia sus bolsillos grandes ganancias, aparte de las que se reparten en concepto de dividendos. Para eliminar la competencia en una industria tan lucrativa, los monopolistas se valen incluso de artimañas diversas: hacen circular rumores falsos sobre la mala situación de la industria; publican en los periódicos anuncios anónimos: "Capitalistas: ¡Ojo con vuestros capitales en la industria del cemento!"; por último, compran empresas *outsiders* (es decir, que no forman parte de los consorcios) abonando 60, 80 y 150 mil marcos de "indemnización"[**]. El monopolio se abre camino en todas partes, valiéndose de todos los medios, empezando por el pago de una "modesta" indemnización y terminando por el "procedimiento" norteamericano del empleo de la dinamita contra el competidor.

La supresión de las crisis por los cárteles es una fábula de los economistas burgueses, los cuales ponen todo su empeño en embellecer el capitalismo. Al contrario, el monopolio que se crea en varias ramas de la industria aumenta y agrava el caos propio de *todo* el sistema de la producción capitalista en su conjunto. Se acentúa más aún la desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, desproporción típica del capitalismo en general. La situación de privilegio en que se halla la industria más cartelizada, la que se ha dado en llamar industria *pesada*, particularmente la hulla y el hierro, determina en las demás ramas de la industria "la falta, mayor aún, de coordinación", como lo reconoce Jeidels, autor de uno de los mejores trabajos sobre "las relaciones entre los grandes bancos alemanes y la industria"[***].

"Cuanto más desarrollada está la economía nacional -escribe Liefmann, un defensor desfachatado del capitalismo- tanto más se entrega a empresas arriesgadas o enclavadas en el extranjero, a empresas que exigen largo tiempo para su desarrollo o, finalmente, a las que sólo tienen una importancia local"[****]. El aumento del riesgo va unido, al fin y al cabo, al aumento gigantesco de capital, el cual, por decirlo así, rebosa y se vierte hacia el extranjero, etc. Y junto a ello, los progresos extremadamente rápidos de la técnica traen aparejados cada vez más elementos de desproporción entre las distintas partes de la economía nacional, elementos de caos y de crisis. "Probablemente -se ve obligado a reconocer el mismo Liefmann-, la humanidad asistirá en un futuro próximo a nuevas y grandes revoluciones en el terreno de la técnica que harán sentir también sus efectos sobre la organización de la economía

[*] Kestner. Obra cit., pág. 254.

[**] L. Eschwege. *Cemento* en *Die Bank*, 1909, núm. 1, pág. 115 y siguientes.

[***] Jeidels. *Actitud de los grandes bancos alemanes ante la industria, sobre todo la metalúrgica*, Leipzig, 1905, pág. 271.

[****] Liefmann. *Sociedades de participación*, pág. 434.

nacional"... la electricidad, la navegación aérea... "Habitualmente, y por regla general, en estos períodos de radicales transformaciones económicas se desarrolla una fuerte especulación..."*

Y las crisis -las crisis de toda clase, sobre todo las económicas, pero no sólo éstas- aumentan a su vez en proporciones enormes la tendencia a la concentración y al monopolio. He aquí unas reflexiones extraordinariamente instructivas de Jeidels sobre la significación de la crisis de 1900, la cual, como sabemos, fue un punto crucial en la historia de los monopolios modernos:

"La crisis de 1900 se produjo en un momento en que, al lado de gigantescas empresas en las ramas principales de la industria, existían todavía muchos establecimientos con una organización anticuada, según el criterio actual, "establecimientos "simples"" (esto es, no combinados), "que se habían elevado sobre la oleada del auge industrial. La baja de los precios y la disminución de la demanda llevaron a esas empresas "simples" a una situación calamitosa que o no conocieron en absoluto las gigantescas empresas combinadas o que la conocieron sólo durante un brevísimo período. Como consecuencia de esto, la crisis de 1900 determinó la concentración de la industria en proporciones incomparablemente mayores que la de 1873, la cual había efectuado también una cierta selección de las mejores empresas, aunque, dado el nivel técnico de entonces, esta selección no pudo conducir al monopolio de las empresas que habían sabido salir victoriosas de la crisis. Precisamente de ese monopolio persistente, y además en un alto grado, gozan las gigantescas empresas de las industrias siderúrgica y eléctrica actuales, gracias a su equipo técnico, muy complejo, a su extensa organización y a la potencia de su capital, y luego, en menor grado, también las empresas de construcción de maquinaria, de determinadas ramas de la industria metalúrgica, de las vías de comunicación, etc."**

El monopolio es la última palabra de la "fase contemporánea de desarrollo del capitalismo". Pero nuestro concepto de la fuerza efectiva y de la significación de los monopolios actuales sería en extremo insuficiente, incompleto, reducido, si no tomáramos en consideración el papel de los bancos.

II. Los bancos y su nuevo papel.

La operación fundamental e inicial que los bancos realizan es la de intermediarios en los pagos. Debido a ello, los bancos convierten el capital monetario inactivo en activo, esto es, en capital que rinde beneficio; reúnen toda clase de ingresos metálicos y los ponen a disposición de la clase capitalista.

A medida que van aumentando las operaciones bancarias y que se concentran en un número reducido de establecimientos, los bancos se convierten, de modestos intermediarios que eran antes en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como de la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de muchos países. Esta transformación de los numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista, y por esto debemos detenernos, en primer término, en la concentración bancaria.

En el ejercicio de 1907-1908, los depósitos de todos los bancos anónimos de Alemania que poseían un capital de más de un millón de marcos eran de 7.000 millones de marcos; en el ejercicio de 1912-1913 habían ascendido a 9.800 millones. Un aumento de un 40% en cinco años, con la particularidad de que de esos 2.800 millones de aumento, 2.750 millones correspondían a 57 bancos con un capital de más de 10 millones de marcos. La distribución de los depósitos entre los bancos grandes y pequeños era la siguiente***:

Tanto por ciento de todos los depósitos

Ejercicios	En los 9 grandes bancos berlineses	En los 1,8 bancos restantes con un capital de más de 10 millones de marcos	En los 115 bancos con un capital de 1 a 10 millones	En los bancos pequeños (con menos de 1 millón)
1907/8	47	32,5	16,5	4
1912/13	49	36	12	3

Los bancos pequeños van siendo desplazados por los grandes, nueve de los cuales concentran casi la mitad de todos los depósitos. Pero aquí aún no se tiene mucho en cuenta, por ejemplo, la transformación de numerosos bancos pequeños en simples sucursales de los grandes, etc., de lo cual trataremos más adelante.

A fines de 1913, Schulze-Gaevernitz fijaba los depósitos de los nueve grandes bancos berlineses en 5.100 millones de marcos sobre un total de cerca de 10.000 millones. Tomando en consideración no sólo los depósitos, sino todo el capital bancario, ese mismo autor escribía: "A fines de 1909, los nueve grandes bancos berlineses, *contando los bancos adheridos a ellos*, manejaban 11.300 millones de marcos, esto es, cerca del 83% de todo el capital bancario alemán. El Banco Alemán (Deutsche Bank), que maneja, *contando los bancos a él adheridos*, cerca de 3.000 millones de marcos, representa, al

* Liefmann. *Sociedades de participación*, págs. 465-466.
** Jeidels. Obra cit., pág. 108.

*** Alfred Lansburgh. *Cinco años de banca alemana*, *Die Bank*, 1913, núm. 8, pág. 728.

lado de la administración prusiana de las líneas férreas del Estado, la aglomeración de capital más considerable del Viejo Mundo, con la particularidad de que está descentralizada en alto grado[*].

Hemos subrayado la indicación relativa a los bancos "adheridos" porque se refiere a una de las caracterizaciones más importantes de la concentración capitalista moderna. Los grandes establecimientos, particularmente los bancos, no sólo absorben directamente a los pequeños, sino que los "incorporan", los subordinan, los incluyen en "su" grupo, en su "consorcio" -según el término técnico- por medio de la "participación" en su capital, de la compra o del cambio de acciones, del sistema de créditos, etc., etc. El profesor Liefmann ha consagrado todo un voluminoso "trabajo" de medio millar de páginas a describir las "sociedades de participación y financiación" contemporáneas[**]; pero, por desgracia, adobando con razonamientos "teóricos" de calidad más que inferior datos en bruto, a menudo mal digeridos. La obra que mejor muestra la consecuencia de este sistema de "participación" desde el punto de vista de la concentración es la del señor Riesser, "personalidad" del mundo de las finanzas, sobre los grandes bancos alemanes. Pero antes de examinar sus datos expondremos un ejemplo concreto del sistema de "participación".

El Banco Alemán participa	Dependencia de primer grado	Dependencia de segundo grado	Dependencia de tercer grado
de un modo permanente	en 17 bancos	Los cuales participan en 34	De los cuales 4 participan en 7
durante un tiempo indeterminado	» 5 »	-	-
de vez en cuando	» 8 »	De los cuales 5 participan en 14	De los cuales 2 participan en 2
Total	en 30 bancos	de los cuales 14 participan en 48	De los cuales 6 participan en 9

El "grupo" del Banco Alemán es uno de los más importantes, por no decir el más importante, de los grupos de grandes bancos. Para darse cuenta de los hilos principales que ligan entre sí a todos los bancos del grupo mencionado, hay que distinguir la "participación" de primero, segundo y tercer grado, o, lo que es lo mismo, la dependencia (de los bancos más pequeños con respecto al Banco Alemán) de primero, segundo y tercer grado. Resulta lo anterior[***]:

Entre los ocho bancos de "dependencia de primer grado", subordinados al Banco Alemán "de vez en cuando", figuran tres bancos extranjeros: uno austriaco (la Sociedad Bancaria -Bankverein- de Viena) y dos rusos (el Banco Comercial Siberiano y el Banco Ruso de Comercio Exterior). En total, forman parte del grupo del Banco Alemán, directa o indirectamente, parcial o totalmente, 87 bancos, y el capital total, propio o ajeno, que maneja el grupo se calcula en dos o tres mil millones de marcos.

Es evidente que un banco que se halla al frente de un grupo tal y que se pone de acuerdo con media docena de otros bancos, casi tan importantes como él, para operaciones financieras singularmente grandes y lucrativas, tales como los empréstitos públicos, ha dejado ya de ser un "intermediario" para convertirse en la alianza de un puñado de monopolistas.

Los datos de Riesser, que en forma abreviada aducimos a continuación, muestran la rapidez con que a fines del siglo XIX y principios del XX se ha efectuado la concentración bancaria en Alemania:

Seis grandes bancos berlineses tenían

Años	Sucursales en Alemania	Cajas de depósito y oficinas de cambio	Participación permanente en bancos anónimos alemanes	Total de estableci mientos
1895	16	14	1	42
1900	21	40	8	80
1911	104	276	63	450

Estos datos nos permiten ver la rapidez con que se extiende la espesa red de canales que abarcan a todo el país, que centralizan todos los capitales e ingresos monetarios, que convierten a millares y millares de empresas dispersas en una empresa capitalista única, nacional en un principio y mundial después. La "descentralización" de que en el pasaje que hemos reproducido más arriba hablaba Schulze-Gaevernitz en nombre de la economía política burguesa de nuestros días, consiste, en realidad, en la subordinación a un centro único de un número cada día mayor de unidades económicas que antes eran relativamente "independientes", o, para ser más exactos, que tenían un carácter estrictamente local. Se trata, pues, en efecto, de una *centralización*, de un reforzamiento del papel, de la importancia y el poder de los gigantes monopolistas.

En los países capitalistas más viejos, dicha "red bancaria" es todavía más espesa. En Inglaterra (comprendida Irlanda), en 1910 el número de

[*] Schulze-Gaevernitz. *El Banco Alemán de Crédito, en Fundamentos de la economía social*, Tüb., 1915, págs. 12 y 137.

[**] R. Liefmann. *Sociedades de participación y financiación. Estudio del capitalismo contemporáneo y de los títulos de valor*, 1a ed., Jena, 1909, pág. 212.

[***] Alfred Lansburgh. *El sistema de participación en la banca alemana*, *Die Bank*, 1910, núm 1, pág. 500.

sucursales de todos los bancos era de 7.151. Cuatro grandes bancos contaban con más de 400 sucursales cada uno (de 447 a 689); seguían otros cuatro, con más de 200, y 11 con más de 100 cada uno.

En Francia, los tres bancos más importantes: el Crédit Lyonnais, el Comptoir National y la Société Générale han ampliado sus operaciones y la red de sus sucursales del modo siguiente[*]:

Años	Número de sucursales y de cajas			Capitales (en millones de francos)	
	En provincias	En París	Total	Propios	Ajenos
1870	47	17	64	200	427
1890	192	66	258	265	1. 245
1909	1. 033	196	1.229	887	4. 363

Para caracterizar las "relaciones" de un gran banco moderno, Riesser suministra datos sobre el número de cartas enviadas y recibidas por la Sociedad de Descuento (Disconto-Gesellschaft), uno de los bancos más importantes de Alemania y de todo el mundo (su capital ascendía en 1914 a 300 millones de marcos):

Años	Número de cartas recibidas	Número de cartas remitidas
1852	6.135	6.292
1870	85.800	87.513
1900	533.102	626.043

En el gran banco parisiense Crédit Lyonnais, el número de cuentas corrientes, que en 1875 era de 28.535, pasó en 1912 a 633.539[**].

Estas simples cifras muestran, quizá con mayor evidencia que largos razonamientos, cómo la concentración del capital y el aumento del giro de los bancos transforman radicalmente la importancia de estos últimos. Los capitalistas dispersos vienen a formar un capitalista colectivo. Al llevar una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco realiza, al parecer, una operación puramente técnica, únicamente auxiliar. Pero cuando esta operación crece hasta alcanzar proporciones gigantescas, resulta que un puñado de monopolistas subordina las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, colocándose en condiciones -por medio de sus relaciones bancarias, de las cuentas corrientes y otras operaciones financieras-, primero, de *conocer con exactitud* la situación de los distintos capitalistas, después, *controlarlos*, ejercer influencia sobre ellos mediante la ampliación o la restricción del crédito, facilitándolo o dificultándolo y, finalmente, *decidir enteramente* su destino, determinar su rentabilidad, privarles de capital o permitirles acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.

Acabamos de aludir al capital de 300 millones de marcos de la Sociedad de Descuento de Berlín. Este aumento del capital de dicha sociedad fue uno de los episodios de la lucha por la hegemonía entre los dos bancos berlineses más importantes: el Banco Alemán y la Sociedad de Descuento. En 1870, el primero, que entonces acababa de salir a la palestra, no contaba más que con un capital de 15 millones, mientras que el del segundo se elevaba a 30 millones. En 1908, el primero tenía un capital de 200 millones; el del segundo era de 170 millones. En 1914, el primero elevó su capital a 250 millones; el segundo, mediante la fusión con otro banco importantísimo, la Alianza Bancaria Schaffhausen, a 300 millones. Y naturalmente, esta lucha por la hegemonía se desarrolla paralelamente a los "acuerdos", cada vez más frecuentes y más sólidos, entre los dos bancos. He aquí a qué conclusiones hace llegar este desenvolvimiento de los bancos a especialistas en cuestiones bancarias que examinan los problemas económicos desde un punto de vista que no rebasa, ni mucho menos, los límites del reformismo burgués más moderado y circunspecto:

"Los demás bancos seguirán el mismo camino -decía la revista alemana *Die Bank*[286] con motivo de la elevación del capital de la Sociedad de Descuento a 300 millones-, y las trescientas personas que en el momento actual rigen los destinos económicos de Alemania se verán reducidas con el tiempo a 50, 25 o todavía menos. No hay que esperar que el movimiento moderno de concentración quede circunscrito a los bancos. Las estrechas relaciones entre diferentes bancos conducen asimismo, de un modo natural, al acercamiento entre los consorcios de industriales que estos bancos protegen... Un buen día nos despertaremos, y ante nuestros ojos asombrados no habrá más que trusts, y nos hallaremos en la necesidad de remplazar los monopolios privados por los monopolios de Estado. Sin embargo, en realidad, nosotros no tendremos nada que reprocharnos, a no ser el haber dejado que la marcha de las cosas se desarrollara libremente, de manera algo acelerada por el uso de las acciones"[***].

He aquí un ejemplo de la impotencia del periodismo burgués, del cual la ciencia burguesa se distingue sólo por una menor franqueza y por la tendencia a velar el fondo de las cosas, a ocultar el bosque tras los árboles. "Asombrarse" de las consecuencias de la concentración, "hacer reproches" al gobierno de la Alemania capitalista o a la "sociedad" capitalista ("nosotros"), temer la "aceleración" de la concentración que trae el lanzar las acciones, del mismo modo que un especialista

[*] Eugen Kaufmann. *La banca en Francia*, págs. 356 y 362.
[**] Jean Lescure. *El ahorro en Francia*, París, 1914, pág. 52.
[***] A. Lansburgh. *Un banco con 300 millones*, *Die Bank*, 1914, núm. 1, pág. 426.

alemán "en cárteles", Tschierschky, teme los trusts norteamericanos y "prefiere" los cárteles alemanes, porque, según él, no pueden "acelerar de un modo tan excesivo como los trusts el progreso técnico y económico"*, ¿no es todo esto una prueba de impotencia?

Pero los hechos cantan. En Alemania no hay trusts, sino "solamente" cárteles, pero el país lo dirigen todo lo más 300 magnates del capital, y su número disminuye sin cesar. Los bancos, en todo caso, en todos los países capitalistas, cualquiera que sea la diferencia entre las legislaciones bancarias, intensifican y hacen muchas veces más rápido el proceso de concentración del capital y de constitución de monopolios.

"Los bancos crean a escala social la forma, y nada más que la forma, de la contabilidad general y de la distribución general de los medios de producción", escribía Marx, hace medio siglo, en *El Capital* (trad. rusa, t. III, parte II, pág. 144). Los datos que hemos reproducido referentes al incremento del capital bancario, al aumento del número de oficinas y sucursales de los bancos más importantes y de sus cuentas corrientes, etc., nos muestran en concreto esa "contabilidad general" de *toda* la clase capitalista, y aun no sólo capitalista, pues los bancos recogen, aunque no sea más que temporalmente, los ingresos monetarios de todo género, tanto de los más pequeños patronos como de los empleados y de una reducida capa superior de los obreros. La "distribución general de los medios de producción": he aquí lo que *brota*, desde el punto de vista formal, de los bancos modernos, de los que los más importantes, en número de 3 a 6 en Francia y de 6 a 8 en Alemania, disponen de miles y miles de millones. Pero, por su *contenido*, esa distribución de los medios de producción no es "general", ni mucho menos, sino privada, esto es, conforme a los intereses del gran capital, y en primer lugar más grande, del capital monopolista, el cual actúa en unas condiciones en que la masa de la población pasa hambre; en unas condiciones en que todo el desarrollo de la agricultura se retrasa irremediablemente del de la industria, una parte de la cual, la "industria pesada", percibe un tributo de todas las demás ramas industriales.

En cuanto a la socialización de la economía capitalista, empiezan a competir con los bancos las cajas de ahorro y los establecimientos postales, que son más "descentralizados", es decir, que extienden su influencia a un número mayor de localidades, a un número mayor de lugares alejados, a sectores más vastos de la población. He aquí los datos recogidos por una comisión norteamericana encargada de investigar el aumento comparado de los depósitos en los bancos y en las cajas de ahorro**:

Depósitos (en miles de millones de marcos)

Años	Inglaterra		Francia		Alemania		
	En los bancos	En las cajas de ahorro	En los bancos	En las cajas de ahorro	En los bancos	En las sociedades de crédito	En las cajas de ahorro
1880	8,4	1,6	?	0,9	0,5	0,4	2,6
1888	12,4	2,0	1,5	2,1	1,1	0,4	4,5
1908	23,2	4,2	3,7	4,2	7,1	2,2	13,9

Las cajas de ahorro, que pagan el 4 y el 4,25% a los depositadores, se ven obligadas a buscar una colocación "remunerativa" a sus capitales, a hacer operaciones de letras de cambio, de hipotecas y otras. Las fronteras existentes entre los bancos y las cajas de ahorro "van desapareciendo cada vez más". Las Cámaras de Comercio de Bochum y Erfurt, por ejemplo, exigen que se "prohíban" a las cajas de ahorro las operaciones "puramente" bancarias, tales como el descuento de letras; exigen la limitación de la actividad "bancaria" de los establecimientos postales***. Los magnates bancarios parecen temer que el monopolio del Estado se deslice hasta ellos cuando menos lo esperen. Pero, naturalmente, dicho temor no rebasa los límites de la competencia entre dos jefes de negociado de una misma oficina, porque de un lado son al fin y al cabo *esos mismos* magnates del capital bancario los que disponen de hecho de los miles de millones concentrados en las cajas de ahorro; y de otro lado, el monopolio del Estado en la sociedad capitalista no es más que un medio de elevar y asegurar los ingresos de los millonarios que están a punto de quebrar en una u otra rama de la industria.

La sustitución del viejo capitalismo, en el cual reina la libre competencia, por el nuevo capitalismo, en el que domina el monopolio, la expresa, entre otras cosas, la disminución de la importancia de la Bolsa. "Hace ya tiempo -dice la revista *Die Bank*- que la Bolsa ha dejado de ser el intermediario indispensable de la circulación que era antes, cuando los bancos no podían todavía colocar la mayor parte de las emisiones entre sus clientes"****.

""Todo banco es una Bolsa". Este aforismo moderno es tanto más exacto cuanto más grande es el banco, cuanto más progresa la concentración en la banca"*****. "Si antes, en los años 70, la Bolsa, con sus excesos de juventud" (alusión "delicada" al crac bursátil de 1873[287], a los escándalos de

* S. Tschierschky. Obra cit., pág. 128.

** Datos de la *National Monetary Commission norteamericana*, en *Die Bank*, 1910, núm. 2, pág. 1200.

*** Ibíd., 1913, págs. 811 y 1022; 1914, pág. 713.

**** *Die Bank*, 1914, núm. 1, pág. 316.

***** Dr. Oscar Stillich. *El dinero y la banca*, Berlín, 1907, pág. 169.

Gründerzeit[288], etc.) "abrió la época de la industrialización de Alemania, en el momento actual los bancos y la industria "se las pueden arreglar por sí mismos". La dominación de nuestros grandes bancos sobre la Bolsa... no es otra cosa que la expresión del Estado industrial alemán completamente organizado. Si se restringe de este modo el campo de acción de las leyes económicas que funcionan automáticamente y se ensancha extraordinariamente el de la regulación consciente a través de los bancos, aumenta en proporciones gigantescas la responsabilidad que en cuanto a la economía nacional recae sobre unas pocas cabezas dirigentes", dice el catedrático alemán Schulze-Gaevernitz[*]. Este apologista del imperialismo alemán, que es una autoridad entre los imperialistas de todos los países, se esfuerza en disimular una "pequeñez": que esa "regulación consciente" a través de los bancos consiste en el despojo del público por un puñado de monopolistas "completamente organizados". Lo que el catedrático burgués se propone no es poner al descubierto todo el mecanismo, no es desenmascarar todas las artimañas de los monopolistas bancarios, sino embellecerlas.

Del mismo modo, Riesser, economista y "personalidad" del mundo de la Banca, más prestigioso todavía, sale del paso con frases que no dicen nada, hablando de hechos que es imposible negar: "La Bolsa va perdiendo cada día más la cualidad, absolutamente indispensable para toda la economía y para la circulación de valores, de ser no sólo el instrumento más fiel de evaluación, sino también un regulador casi automático de los movimientos económicos que convergen hacia ella"[**].

En otros términos: el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable, la Bolsa, pasa a la historia. En su lugar ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una mescolanza de la libre competencia y del monopolio. Surge de manera natural la pregunta: *¿en qué* desemboca la "transición" del capitalismo moderno? Pero los científicos burgueses temen planteársela.

"Hace treinta años, los patronos que competían libre mente entre sí realizaban las 9/10 de la labor económica que no pertenece a la esfera del trabajo físico de los "obreros". En la actualidad, son los *funcionarios* los que realizan las 9/10 de esa labor intelectual en la economía. Los bancos se hallan al frente de esta evolución"[***]. Esta confesión de Schulze-Gaevernitz lleva una y otra vez al problema de saber en qué desemboca esta transición del capitalismo moderno, del capitalismo en su fase imperialista.

Entre el reducido número de bancos que, en virtud del proceso de concentración, se quedan al frente de toda la economía capitalista, se observa y se acentúa cada día más, como es natural, la tendencia a llegar a un acuerdo monopolista, al *trust de los bancos*. En los Estados Unidos no son nueve, sino *dos* grandes bancos, de los multimillonarios Rockefeller y Morgan, los que dominan sobre un capital de 11.000 millones de marcos[****]. En Alemania, la absorción, a que hemos aludido antes, de la Alianza Bancaria Schaffhausen por la Sociedad de Descuento, movió a las siguientes reflexiones a la *Gaceta de Francfort*[289], periódico que defiende los intereses bursátiles:

"El incremento de la concentración de los bancos restringe el círculo de instituciones a las cuales uno se puede dirigir en demanda de crédito, con lo que aumenta la dependencia de la gran industria respecto de un reducido número de grupos bancarios. Como resultado de la estrecha relación entre la industria y el mundo financiero, la libertad de movimiento de las sociedades industriales necesitadas de capital bancario se ve restringida. Por eso, la gran industria asiste con cierta perplejidad a la trustificación (unificación o transformación en trusts) de los bancos, cada día más intensa; en efecto, a menudo se ha podido observar el germen de acuerdos determinados entre los consorcios de grandes bancos, acuerdos cuya finalidad es limitar la competencia"[*****].

Una y otra vez más se ve que la última palabra en el desarrollo de los bancos es el monopolio.

En cuanto a la estrecha relación existente entre los bancos y la industria, es precisamente en esta esfera donde se manifiesta, acaso con más evidencia que en ninguna otra parte, el nuevo papel de los bancos. Si el banco descuenta las letras de un patrono, le abre cuenta corriente, etc., esas operaciones, consideradas aisladamente, no disminuyen en lo más mínimo la independencia de dicho patrono y el banco no pasa de ser un modesto intermediario. Pero si estas operaciones se hacen cada vez más frecuentes y más firmes, si el banco "reúne" en sus manos inmensos capitales, si las cuentas corrientes de una empresa permiten al banco -y es así como sucede- conocer de un modo cada vez más detallado y completo la situación económica de su cliente, el resultado es una dependencia cada día más completa del capitalista industrial con respecto al banco.

Paralelamente se desarrolla, por decirlo así, la unión personal de los bancos con las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos y de las otras mediante la posesión de las acciones, mediante la entrada de los directores de los bancos en los consejos de supervisión (o

[*] Schulze-Gaevernitz. *El Banco Alemán de Crédito, en Fundamentos de la economía social*, Tüb., 1915, pág. 101.
[**] Riesser. Obra cit., pág. 629 de la 4a edición.
[***] Schulze-Gaevernitz. *El Banco Alemán de Crédito, en Fundamentos de la economía social*, Tüb., 1915, pág. 151.

[****] *Die Bank*, 1912, núm. 1, pág. 435.
[*****] Citado por Schulze-Gaevernitz en ob. cit., pág. 155.

administración) de las empresas industriales y comerciales, y viceversa. El economista alemán Jeidels ha reunido datos muy completos sobre esta forma de concentración de los capitales y de las empresas. Seis grandes bancos berlineses estaban representados, a través de sus directores, en *344* sociedades industriales, y a través de los miembros de sus consejos de administración, en otras *407*, o sea, en un total de *751* sociedades. En 289 sociedades tenían a dos de sus miembros en los consejos de administración u ocupaban en ellos la presidencia. Entre esas sociedades comerciales e industriales hallamos las ramas industriales más variadas, compañías de seguros, vías de comunicación, restaurantes, teatros, industria de objetos artísticos, etc. Por otra parte, en los consejos de administración de esos seis bancos había (en 1910) 51 grandes industriales, entre ellos el director de la casa Krupp, el de la gigantesca compañía naviera Hapag (Hamburg-Amerika Linie), etc., etc. Cada uno de los seis bancos, de 1895 a 1910 participó en la emisión de acciones y obligaciones de varios centenares de sociedades industriales, más concretamente, de 281 a 419[*].

La "unión personal" de los bancos y la industria se completa con la "unión personal" de unas y otras sociedades con el gobierno. "Los puestos en los consejos de administración -escribe Jeidels- son confiados voluntariamente a personalidades de renombre, así como a antiguos funcionarios del Estado, los cuales pueden facilitar en grado considerable (!!) las relaciones con las autoridades"... "En el consejo de administración de un banco importante hallamos generalmente a algún miembro del Parlamento o del Ayuntamiento de Berlín".

Los grandes monopolios capitalistas van surgiendo y desarrollándose, por decirlo así, a toda mecha, siguiendo todos los caminos "naturales" y "sobrenaturales". Se establece sistemáticamente una determinada división del trabajo entre varios centenares de reyes financieros de la sociedad capitalista actual:

"Paralelamente a este ensanchamiento del campo de acción de los distintos grandes industriales" (que entran en los consejos de administración de los bancos, etc.) "y al hecho de que se confíe a los directores de los bancos de provincias únicamente la administración de una zona industrial determinada, se produce cierto aumento de la especialización entre los dirigentes de los grandes bancos. Tal especialización, hablando en general, es concebible únicamente en el caso de que toda la empresa bancaria, y particularmente sus relaciones industriales, tengan grandes proporciones. Esta división del trabajo se efectúa en dos sentidos: de una parte, las relaciones con la industria en su conjunto se confían, como ocupación especial, a uno de los directores; de otra parte, cada director se encarga del control de empresas sueltas o de grupos de empresas que son afines por su producción o por sus intereses"... (El capitalismo está ya en condiciones de ejercer el *control* organizado de las empresas sueltas)... "La especialidad de uno es la industria alemana, otras veces sólo la de Alemania Occidental" (que es la parte más industrial del país), "la de otros, las relaciones con otros Estados y con las industrias del extranjero, los informes sobre los industriales, etc., sobre los negocios bursátiles, etc. Además de esto, cada uno de los directores de banco queda a menudo encargado de una zona o de una rama especial de industria; uno se dedica principalmente a los consejos de administración de las sociedades eléctricas, otro, a las fábricas de productos químicos, azucareras o de cerveza, el tercero, a un cierto número de empresas sueltas y, paralelamente, figura en el consejo de administración de sociedades de seguros... En pocas palabras, es indudable que en los grandes bancos, a medida que aumentan el volumen y la variedad de sus operaciones, se establece una división del trabajo cada vez mayor entre los directores, con el fin (que consiguen) de elevarlos un poco, por decirlo así, por encima de los negocios puramente bancarios, de habituarlos a enjuiciar los asuntos, para orientarse mejor en los problemas generales de la industria y en los problemas especiales de sus diversas ramas, con el fin de prepararlos para su actividad en el sector industrial de la esfera de influencia del banco. Este sistema de los bancos lo completa la tendencia que en ellos se observa a elegir para sus consejos de supervisión a gente que conozca bien la industria, a patronos, a antiguos funcionarios, particularmente a los que proceden de los departamentos de ferrocarriles, minas", etc.[**]

En la Banca francesa hallamos instituciones similares, sólo que en una forma un poco diferente. Por ejemplo, uno de los tres grandes bancos franceses, el Crédit Lyonnais, tiene montada una "sección especial dedicada a recoger informaciones financieras" (*service des études financières*). En dicha sección trabajan permanentemente más de 50 ingenieros, personal de estadística, economistas, abogados, etc. Cuesta de 600.000 a 700.000 francos anuales. La sección se halla dividida a su vez en ocho subsecciones: una recoge datos sobre las empresas industriales; otra estudia la estadística general; otra, las compañías ferroviarias y navieras; otra, los fondos; otra, los informes financieros, etc.[***]

Resulta, de una parte, una fusión cada día mayor, o según la acertada expresión de N. I. Bujarin, el engarce de los capitales bancario e industrial y, de

[*] Jeidels y Riesser. Obras citadas.

[**] Jeidels. Obra. cit., págs. 156-157.

[***] Artículo de Eugen Kaufmann sobre los bancos franceses, en *Die Bank*, 1909, núm. 2, pág. 851 y siguientes.

otra, la transformación de los bancos en instituciones de un verdadero "carácter universal". Juzgamos necesario reproducir los términos exactos que, al particular, emplea Jeidels, el escritor que mejor ha estudiado el problema:

"Como resultado del examen de las relaciones industriales en su conjunto obtenemos el *carácter universal* de los establecimientos financieros que trabajan para la industria. En oposición a otras formas de bancos, en oposición a las demandas, formuladas a veces en las publicaciones, de que los bancos deben especializarse en una esfera determinada de negocios o en una rama industrial determinada a fin de pisar terreno firme, los grandes bancos tienden a que sus relaciones con los establecimientos industriales sean lo más variadas posible, tanto desde el punto de vista del lugar como del género de la producción; procuran eliminar la distribución desigual del capital entre las distintas zonas o ramas de la industria, desigualdad que halla su explicación en la historia de distintos establecimientos". "Una tendencia consiste en convertir las relaciones con la industria en fenómeno de orden general; la otra, en hacerlas sólidas e intensivas; ambas están logradas en los seis grandes bancos, no de un modo completo, pero ya en proporciones considerables y en un grado igual".

En los medios comerciales e industriales se oyen con frecuencia lamentaciones contra el "terrorismo" de los bancos. Y no tiene nada de sorprendente que surjan esas lamentaciones cuando los grandes bancos "mandan" de la manera que nos muestra el ejemplo siguiente. El 19 de noviembre de 1901, uno de los bancos berlineses llamados bancos *D* (el nombre de los cuatro bancos más importantes empieza por la letra *D*) dirigió a la administración del consorcio del cemento de la Alemania del Noroeste y del Centro la carta siguiente: "Según la nota que ustedes han hecho pública el 18 del corriente en el periódico tal, parece que debemos admitir la eventualidad de que la asamblea general de su consorcio, que se ha de celebrar el 30 del actual, adopte resoluciones que determinen en su empresa modificaciones que nosotros no podemos aceptar. Por esto, con gran sentimiento por nuestra parte, nos vemos obligados a retirarles el crédito de que hasta ahora gozaban... Ahora bien, si dicha asamblea general no toma resoluciones inaceptables para nosotros y se nos dan garantías a este respecto para el futuro, estamos dispuestos a entablar negociaciones con el fin de abrir un nuevo crédito"[*].

En el fondo, se trata de las mismas lamentaciones del pequeño capital con respecto al yugo del grande, sólo que en este caso la categoría de "pequeño" capital corresponde a ¡todo un consorcio! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital se reproduce en un grado de desarrollo nuevo e inconmensurablemente más elevado. Es evidente que, disponiendo como disponen de miles de millones, los grandes bancos pueden también hacer avanzar el progreso técnico valiéndose de medios incomparablemente superiores a los anteriores. Los bancos crean, por ejemplo, sociedades especiales de investigación técnica, de cuyos resultados se aprovechan, naturalmente, sólo las empresas industriales "amigas". Entre ellas figuran la Sociedad para el Estudio del Problema de los Ferrocarriles Eléctricos, la Oficina Central de Investigaciones Científicas y Técnicas, etc.

Los propios dirigentes de los grandes bancos no pueden menos de ver que están apareciendo nuevas condiciones de la economía nacional, pero ellos son impotentes ante las mismas:

"El que haya observado durante los últimos años -dice Jeidels- los cambios de directores y miembros de los consejos de administración de los grandes bancos, no habrá podido dejar de darse cuenta de que el poder pasa paulatinamente a manos de quienes consideran que el fin necesario y cada vez más vital de los grandes bancos consiste en intervenir activamente en el desenvolvimiento general de la industria; entre ellos y los viejos directores de los bancos se producen con tal motivo divergencias en el terreno profesional y, a menudo, en el terreno personal. Se trata, en el fondo, de saber si no perjudica a los bancos, en su calidad de instituciones de crédito, esa ingerencia en el proceso industrial de la producción, si no se sacrifican los principios firmes y el beneficio seguro a una actividad que no tiene nada de común con el papel de intermediario para la concesión de créditos y que coloca a los bancos en un terreno en el que se hallan todavía más expuestos que antes al dominio ciego de la coyuntura industrial. Así afirman muchos de los viejos directores de bancos, mientras que la mayoría de los jóvenes considera la intervención activa en los problemas de la industria una necesidad semejante a la que hizo nacer, junto con la gran industria moderna, a los grandes bancos y a la banca industrial moderna. En lo único en que están de acuerdo las dos partes es en que no existen principios firmes ni fines concretos para la nueva actividad de los grandes bancos"[**].

El viejo capitalismo ha caducado. El nuevo constituye una etapa de transición hacia algo distinto. Encontrar "principios firmes y fines concretos" para la "conciliación" del monopolio con la libre competencia es, naturalmente, una empresa llamada a fracasar. Las confesiones de la gente práctica resuenan de manera muy distinta de los elogios a los encantos del capitalismo "organizado", que entonan sus apologistas oficiales, tales como Schulze-Gaevernitz, Liefmann y otros "teóricos" por el estilo.

[*] Dr. Oscar Stillich. *El dinero y la banca*, Berlín, 1907, pág. 147.

[**] Jeidels. Obra citada, págs. 183-184.

Jeidels nos da una respuesta bastante exacta al importante problema de saber a qué período se refieren con precisión los comienzos de la "nueva actividad" de los grandes bancos:

"Las relaciones entre las empresas industriales con su nuevo contenido, sus nuevas formas y sus nuevos órganos, es decir, los grandes bancos organizados de un modo a la vez centralizado y descentralizado, no se forman, como fenómeno característico de la economía nacional, antes del último decenio del siglo XIX; en cierto sentido puede incluso tomarse como punto de partida el año 1897, con sus grandes "fusiones" de empresas que implantaron por vez primera la nueva forma de organización descentralizada en razón de la política industrial de los bancos. Este punto de partida se puede tal vez llevar incluso a un período más reciente, pues sólo la crisis de 1900 aceleró en proporciones gigantescas el proceso de concentración tanto de la industria como de la banca, consolidó dicho proceso, convirtió por primera vez las relaciones con la industria en verdadero monopolio de los grandes bancos y dio a dichas relaciones un carácter incomparablemente más estrecho y más intenso"[*].

Así pues, el siglo XX señala el punto de viraje del viejo capitalismo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero.

III. El capital financiero y la oligarquía financiera.

"Una parte cada día mayor del capital industrial -escribe Hilferding- no pertenece a los industriales que lo utilizan. Pueden disponer del capital únicamente por mediación del banco, que representa, con respecto a ellos, a los propietarios de dicho capital. Por otra parte, el banco también se ve obligado a dejar en la industria una parte cada vez mayor de su capital. Gracias a esto se convierte, en proporciones crecientes, en capitalista industrial. Este capital bancario -por consiguiente, capital en forma de dinero-, que por ese procedimiento se trueca de hecho en capital industrial, es lo que llamo capital financiero". "Capital financiero es el capital que se halla a disposición de los bancos y que utilizan los industriales"[**].

Esta definición no es completa, por cuanto no se indica en ella uno de los aspectos más importantes: el aumento de la concentración de la producción y del capital en un grado tan elevado que conduce y ha conducido al monopolio. Pero en toda la exposición de Hilferding, en general, y, en particular, en los dos capítulos que preceden a ese del que hemos entresacado esta definición, se subraya el papel de los *monopolios capitalistas*.

Concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o engarce de los bancos con la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra.

Pasemos ahora a describir cómo la "gestión" de los monopolios capitalistas se convierte indefectiblemente, en las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, en la dominación de la oligarquía financiera. Señalemos que las figuras representativas de la ciencia burguesa alemana -y no sólo de la alemana-, tales como Riesser, Schulze-Gaevernitz, Liefmann, etc., son todos unos apologistas del imperialismo y del capital financiero. No ponen al descubierto, sino que disimulan y embellecen el "mecanismo" de la formación de las oligarquías, sus procedimientos, la cuantía de sus ingresos "lícitos e ilícitos", sus relaciones con los parlamentos, etc., etc. Se quitan de encima las "cuestiones malditas" mediante frases altisonantes y oscuras e invocaciones al "sentido de la responsabilidad" de los directores de los bancos; mediante elogios al "sentimiento del deber" de los funcionarios prusianos; mediante el serio y detallado análisis de proyectos de ley nada serios sobre la "inspección" y la "reglamentación"; mediante infantiles juegos teóricos, tales como la siguiente definición "científica" a que ha llegado el catedrático Liefmann: *"...el comercio es una actividad profesional encaminada a reunir bienes, conservarlos y ofrecerlos*" (en cursiva en la obra del catedrático)[***]... ¡Resulta que el comercio existía entre los hombres primitivos, los cuales no conocían todavía el cambio, y que también existirá en la sociedad socialista!

Pero los monstruosos hechos relativos a la monstruosa dominación de la oligarquía financiera son tan evidentes que en todos los países capitalistas -en Norteamérica, en Francia, en Alemania- han surgido publicaciones que adoptan el punto de vista *burgués* y que, no obstante, trazan un cuadro aproximadamente exacto y hacen una crítica -pequeñoburguesa, naturalmente-, de la oligarquía financiera.

Hay que conceder una atención primordial al "sistema de participación", del que ya hemos hablado brevemente antes. He aquí cómo expone la esencia del asunto el economista alemán Heymann, el cual ha sido uno de los primeros, si no el primero, en prestarle atención:

"El dirigente controla la sociedad fundamental (textualmente, la "sociedad matriz"); ésta, a su vez, ejerce el dominio sobre las sociedades que dependen de ella ("sociedades filiales"); estas últimas, sobre las "sociedades nietas", etc. De tal forma es posible, sin poseer un capital demasiado grande, dominar sobre

[*] Jeidels. Obra citada, pág. 181.
[**] Hilferding. *El capital financiero*, Moscú, 1912, págs. 338-339.

[***] R. Liefmann. Obra cit., pág. 476.

ramas gigantescas de la producción. En efecto: si la posesión del 50% del capital es siempre bastante para controlar una sociedad anónima, al dirigente le basta poseer sólo un millón para estar en condiciones de controlar 8 millones de capital de las "sociedades nietas". Y si este "parentesco" va toda vía más lejos, con un millón se pueden controlar 16, 32 millones, etc."[*]

En efecto, la experiencia demuestra que basta con poseer el 40% de las acciones para disponer de los negocios de una sociedad anónima[**], pues cierta parte de los pequeños accionistas, que se hallan dispersos, no tienen en la práctica posibilidad alguna de asistir a las asambleas generales, etc. La "democratización" de la posesión de las acciones, de la cual los sofistas burgueses y los oportunistas, los "socialdemócratas" de pacotilla, esperan (o afirman esperar) la "democratización del capital", el acrecentamiento del papel y de la importancia de la pequeña producción, etc., es en realidad uno de los medios de reforzar el poder de la oligarquía financiera. Por eso, entre otras cosas, en los países capitalistas más adelantados o más viejos y "duchos", las leyes autorizan la emisión de acciones más pequeñas. En Alemania, la ley no permite acciones de menos de mil marcos, y los magnates financieros del país vuelven los ojos con envidia hacia Inglaterra, donde la ley consiente acciones hasta de una libra esterlina (es decir, de 20 marcos, o alrededor de 10 rublos). Siemens, uno de los "reyes financieros" e industriales más poderosos de Alemania, manifestó el 7 de junio de 1900 en el Reichstag que "la acción de una libra esterlina es la base del imperialismo británico"[***]. Este negociante tiene una concepción considerablemente más profunda, más "marxista" de lo que es el imperialismo, que cierto indecoroso escritor que se considera fundador del marxismo ruso[290] y que supone que el imperialismo es un defecto propio de uno de los pueblos...

Pero el "sistema de participación" no sólo sirve para aumentar en proporciones gigantescas el poderío de los monopolistas, sino que, además, permite llevar a cabo impunemente toda clase de negocios oscuros y sucios y robar al público, pues los dirigentes de las "sociedades matrices", no responden formalmente, según la ley, por la "sociedad filial", a la que se considera "independiente" y a través de la cual se puede "hacer pasar" todo. He aquí un ejemplo que sacamos de la revista alemana *Die Bank*, en su número de mayo de 1914:

"La Sociedad Anónima de Acero para Resortes, de Cassel, era considerada hace unos años una de las empresas más lucrativas de Alemania. A consecuencia de la mala administración, los dividendos descendieron del 15% al 0%. Según se pudo comprobar después, la administración, sin informar a los accionistas, había hecho un préstamo de *seis millones de marcos* a una de sus "sociedades filiales", la Hassia, cuyo capital nominal era únicamente de algunos centenares de miles de marcos. Ese préstamo, casi tres veces superior al capital en acciones de la "sociedad matriz", no figuraba en los balances de ésta; jurídicamente, tal silencio se ajustaba por completo a la ley y pudo durar dos años enteros, pues con ello no se vulneraba ni un solo artículo de la legislación comercial. El presidente del consejo de administración, al que en calidad de tal incumbía la responsabilidad de firmar los balances falsos, era y sigue siendo presidente de la Cámara de Comercio de Cassel. Los accionistas sólo se enteraron de este préstamo a la Hassia mucho tiempo después, cuando resultó que dicho préstamo había sido un error..." (el autor debiera haber colocado esta palabra entre comillas)... "y cuando las acciones del "acero para resortes", al empezar a deshacerse de ellas los enterados, vieron bajar su valor aproximadamente en un 100%...

Este ejemplo típico de malabarismo en los balances, el más común en las sociedades anónimas, nos explica por qué sus consejos de administración emprenden negocios arriesgados con mucha más facilidad que los particulares. La técnica moderna de composición de los balances no sólo les ofrece la posibilidad de ocultar al accionista medio la operación arriesgada, sino que incluso permite a los individuos principales interesados eludir la responsabilidad mediante la venta oportuna de sus acciones en el caso de que fracase el experimento, mientras que el negociante particular responde con su pellejo de todo lo que hace...

Los balances de muchas sociedades anónimas se parecen a los palimpsestos de la Edad Media, de los cuales era necesario borrar lo que llevaban escrito para descubrir los signos trazados debajo y que representaban el contenido real del documento" (el palimpsesto era un pergamino, en el cual el texto primitivo había sido borrado para escribir de nuevo).

"El medio más sencillo y, por tanto más comúnmente empleado para hacer indescifrable un balance consiste en dividir una empresa en varias partes por medio de la creación de filiales o de la incorporación de establecimientos de este género. Las ventajas de este sistema, desde el punto de vista de los diversos fines -legales e ilegales-, son tan evidentes que, en la actualidad, constituyen una verdadera excepción las grandes sociedades que no lo han adoptado"[****].

Como ejemplo de empresa monopolista de gran

[*] Hans Gideon Heymann. *Las empresas mixtas en la gran industria alemana del hierro*, St., 1904, págs. 268-269.

[**] Liefmanll. *Sociedades de participación*, pág. 258 (1ª edición).

[***] Schulze-Gaevernitz. *Fundamentos de la economía social*, V. 2, pág. 110.

[****] L. Eschwege. *Las sociedades filiales*, *Die Bank*, 1914, núm. 1, pág. . 545.

importancia que aplica a gran escala dicho sistema, el autor cita la famosa Sociedad General de Electricidad (A. E. G., de la cual volveremos a hablar más adelante). En 1912 se calculaba que esta sociedad participaba en otras *175 ó 200*, dominándolas, claro está, y reuniendo, entre todas ellas, un capital de unos *mil quinientos millones de marcos*[*].

Ninguna regla de control, de publicación de balances, de establecimiento de esquemas precisos para los mismos, de institución de inspección, etc., con que distraen la atención del público los catedráticos y funcionarios bien intencionados, esto es, que tienen la buena intención de defender y de embellecer el capitalismo, puede tener en este punto la menor importancia, pues la propiedad privada es sagrada y a nadie se le puede prohibir comprar, vender, permutar, hipotecar acciones, etc.

Se puede juzgar de las proporciones que el "sistema de participación" ha alcanzado en los grandes bancos rusos por los datos que comunica E. Agahd, quien, durante quince años, fue empleado del Banco Ruso-Chino y que en mayo de 1914 publicó una obra con el título, no del todo exacto, de *Los grandes bancos y el mercado mundial*[**]. El autor divide los grandes bancos rusos en dos grupos fundamentales: a) los que funcionan según el "sistema de participación", y b) los "independientes", entendiendo, sin embargo, arbitrariamente por "independencia" la independencia con respecto a los bancos *extranjeros*. El autor divide el primer grupo en tres subgrupos: 1) participación alemana, 2) inglesa y 3) francesa, refiriéndose a la "participación" y el dominio de los grandes bancos extranjeros de la nación correspondiente. Divide los capitales de los bancos en capitales de inversión "productiva" (en el comercio y en la industria) y de inversión "especulativa" (en las operaciones bursátiles y financieras), suponiendo, de acuerdo con el punto de vista pequeñoburgués reformista que le es propio, que bajo el capitalismo es posible separar la primera forma de inversión de la segunda y suprimir esta última.

Los datos del autor son los siguientes:

Activo de los bancos en millones de rublos (según los balances de octubre y noviembre de 1913)

Grupos de bancos rusos	Capitales de inversión		
	productiva	especulativa	total
a 1) 4 bancos: Comercial Siberiano, Ruso, Internacional y de Descuento	413,7	859,1	1.272,8
a 2) 2 bancos: Comercial e Industrial y Ruso-Inglés	239,3	169,1	408,4
a 3) 5 bancos: Ruso-Asiático, Privado de San Petersburgo, del Azov y del Don, Unión de Moscú y Comercial Ruso-Francés	711,8	661,2	1.373,0
(11 bancos) Total a) =	1.364,8	1.689,4	3.054,2
b) 8 bancos: Comercial de Moscú, Comercial del Volga y del Kama, I. W. Junker y Cía., Comercial de San Petersburgo (antes Wawelberg), de Moscú (antes Riabushinski), de Descuento de Moscú, Comercial de Moscú y Privado de Moscú	504,2	391,1	895,3
(19 bancos) Total	1.869,0	2.080,5	3.949,5

De estos datos resulta que del total aproximado de cuatro mil millones de rublos que constituyen el capital "activo" de los grandes bancos, *más de los 3/4*, más de tres mil millones, corresponden a bancos que, en el fondo, son filiales de los bancos extranjeros, en primer lugar, de los parisienses (el famoso trío bancario: Unión Parisiense, Banco de París y de los Países Bajos y Sociedad General) y de los berlineses (particularmente el Banco Alemán y la Sociedad de Descuento). Dos de los bancos rusos más importantes, el Ruso (Banco Ruso de Comercio Exterior) y el Internacional (Banco Comercial Internacional de San Petersburgo) vieron aumentar sus capitales, en el período comprendido entre 1906 y 1912, de 44 a 98 millones de rublos, y los fondos de reserva de 15 a 39 millones, "trabajando en sus 3/4 con capitales alemanes"; el primer banco pertenece al "consorcio" del Banco Alemán, de Berlín; el segundo pertenece a la Sociedad de Descuento, de la misma capital. Al bueno de Agahd le indigna profundamente que los bancos berlineses tengan en sus manos la mayoría de las acciones y que, a consecuencia de ello, los accionistas rusos sean impotentes. Y, naturalmente, el país que exporta capitales se queda con la nata: por ejemplo, el Banco Alemán de Berlín, encargado de vender en esta ciudad las acciones del Banco Comercial Siberiano, guardó durante un año dichas acciones en cartera y después las vendió al 193 por 100, es decir, casi al doble, "obteniendo" de este modo un beneficio de cerca de 6 millones de rublos que Hilferding califica de "beneficio de constitución".

El autor estima en 8.235 millones de rublos la "potencia" total de los bancos petersburgueses más

[*] Kurt Heinig. *El camino del trust de la electricidad, en Tiempos Nuevos*, *Neue Zeit*, 1912, 30, Jahrg., núm. 2, pág. 484.

[**] E. Agahd. *Los grandes bancos y el mercado mundial. Importancia económica y política de los grandes bancos en el mercado mundial y su influencia en la economía nacional de Rusia y en las relaciones germano-rusas*, Berlín, 1914.

importantes. La "participación" o, para decirlo mejor, el dominio de los bancos extranjeros lo fija en las proporciones siguientes: bancos franceses 55%; ingleses 10% y alemanes 35%. De esta suma, de los 8.235 millones, 3.687 millones de capital activo, esto es, más del 40%, corresponden, según los cálculos del autor, a los sindicatos: el Prodúgol y el Prodamet[291] y los consorcios del petróleo, de la metalurgia y del cemento. Por consiguiente, la fusión del capital bancario e industrial, derivada de la constitución de los monopolios capitalistas, ha dado también en Rusia pasos gigantescos.

El capital financiero, concentrado en muy pocas manos y que goza del monopolio efectivo, obtiene un beneficio enorme, que se acrecienta sin cesar con la constitución de sociedades, la emisión de valores, los empréstitos del Estado, etc., consolidando la dominación de la oligarquía financiera e imponiendo a toda la sociedad un tributo en provecho de los monopolistas. He aquí uno de los innumerables ejemplos de los manejos de los trusts norteamericanos, citado por Hilferding: En 1887, Havemeyer constituyó el trust del azúcar mediante la fusión de quince pequeñas compañías, cuyo capital total era de 6.500.000 dólares. Pero el capital del trust, "diluido", según expresión norteamericana, se fijó en 50 millones de dólares. La "recapitalización" calculaba de antemano los futuros beneficios monopolistas, del mismo modo que el trust del acero -también en Norteamérica- toma en consideración los futuros beneficios monopolistas al adquirir cada vez más yacimientos de mineral de hierro. Y, en efecto, el trust del azúcar fijó precios de monopolio y percibió tales beneficios que pudo pagar un dividendo del 10% al capital *siete veces* "diluido", es decir, ¡*casi el 70% sobre el capital aportado efectivamente al constituirse el trust*! En 1909 su capital era de 90 millones de dólares. En veintidós años el capital se vio decuplicado con creces.

En Francia, la dominación de la "oligarquía financiera" (*Contra la oligarquía financiera* en Francia, se titula el conocido libro de Lysis, cuya quinta edición apareció en 1908) ha adoptado una forma sólo un poco modificada. Los cuatro bancos más importantes gozan no del monopolio relativo, sino "del monopolio absoluto" en la emisión de valores. De hecho, se trata de un "trust de los grandes bancos". Y el monopolio garantiza beneficios monopolistas de las emisiones. Al hacerse los empréstitos, el país que los negocia no percibe habitualmente más del 90% del total: el 10% restante va a parar a los bancos y demás intermediarios. El beneficio de los bancos en el empréstito ruso-chino de 400 millones de francos fue del 8%; en el ruso (1904) de 800 millones, del 10%; en el marroquí (1904) de 62,5 millones, del 18,75%. El capitalismo, que inició su desarrollo con el pequeño capital usurario, llega al final de este desarrollo con un capital usurario gigantesco. "Los franceses son los usureros de Europa", dice Lysis. Todas las condiciones de la vida económica sufren una modificación profunda a consecuencia de esta transformación del capitalismo. En un estado de estancamiento de la población, de la industria, del comercio y del transporte marítimo, el "país" puedo enriquecerse por medio de las operaciones usurarias. "Cincuenta personas, que representan un capital de ocho millones de francos, disponen así de *dos mil millones* colocados en cuatro bancos". El sistema de "participación", que ya conocemos, tiene las mismas consecuencias: uno de los bancos más importantes, la Sociedad General (Société Générale), emitió 64.000 obligaciones de la filial Refinerías de Azúcar de Egipto. El curso de la emisión era del 150%, es decir, que el banco se embolsaba un beneficio de cincuenta céntimos por cada franco. Los dividendos de dicha sociedad resultaron ficticios, el "público" perdió de 90 a 100 millones de francos; "uno de los directores de la Sociedad General era miembro de la administración de las Refinerías". No tiene nada de sorprendente que el autor se vea obligado a llegar a la siguiente conclusión: "La República francesa es una monarquía financiera"; "la dominación de la oligarquía financiera es absoluta, manda en la prensa y en el gobierno"*.

Los excepcionales beneficios que proporciona la emisión de valores, como una de las operaciones principales del capital financiero, contribuyen mucho al desarrollo y consolidación de la oligarquía financiera. "En el interior del país no hay ningún negocio que dé, ni aproximadamente, un beneficio tan elevado como el servir de intermediario para la emisión de empréstitos extranjeros", dice la revista alemana *Die Bank***.

"No hay ninguna operación bancaria que produzca beneficios tan elevados como las emisiones". En la emisión de valores de las empresas industriales, según los datos de *El Economista Alemán*, el beneficio medio anual fue el siguiente:

1895 .... 38,6%
1896 .... 36,1%
1897 .... 66,7%
1898 .... 67,7%
1899 .... 66,9%
1900 .... 55,2%

"En diez años, de 1891 a 1900, la emisión de valores industriales alemanes produjo un "beneficio" *de más de mil millones*"*.

Si durante los períodos de auge industrial los beneficios del capital financiero son desmesurados,

* Lysis. *Contra la oligarquía financiera en Francia*, 5a ed., París, 1908, págs. 11, 12, 26, 39, 40, 48.

** *Die Bank*, 1913, núm. 7, pág. 630.

* Stillich. Obra cit., pág. 143; Y W. Sombart. *La economía alemana en el siglo XIX*, 2a ed., 1909, pág. 526, apéndice 8.

durante los períodos de depresión se arruinan las pequeñas empresas y las empresas poco fuertes, mientras que los grandes bancos "participan" en la adquisición de las mismas a bajo precio o en su lucrativo "saneamiento" y "reorganización". Al efectuarse el "saneamiento" de las empresas deficitarias, "el capital en acciones sufre una baja, esto es, los beneficios son distribuidos sobre un capital menor y se calculan en lo sucesivo sobre ese capital. O si la rentabilidad ha quedado reducida a cero, se incorpora nuevo capital, el cual, al unirse al capital viejo, menos lucrativo, produce ya un beneficio suficiente. Conviene decir -añade Hilferding- que todos esos saneamientos y reorganizaciones tienen una doble importancia para los bancos: primero, como operación lucrativa; y segundo, como ocasión propicia para colocar a esas sociedades necesitadas bajo su dependencia"[**].

He aquí un ejemplo: el de la sociedad anónima Unión Minera, de Dortmund, fundada en 1872. Fue emitido un capital en acciones por cerca de cuarenta millones de marcos, y cuando el primer año se percibió un dividendo del 12%, el curso se elevó hasta el 170%. El capital financiero se quedó con la nata, embolsándose la pequeñez de unos 28 millones de marcos. Desempeñó el papel principal en la fundación de dicha sociedad ese mismo gran banco alemán Sociedad de Descuento que alcanzó sin contratiempos un capital de 300 millones. Después, los dividendos de la Unión descendieron hasta desaparecer. Los accionistas hubieron de acceder a liquidar una parte del capital; es decir, a sacrificar una parte para no perderlo todo. Como resultado de una serie de "saneamientos", de los libros de la sociedad Unión desaparecen, en el transcurso de treinta años, más de 73 millones de marcos. "En la actualidad, los accionistas fundadores de esta sociedad tienen en sus manos únicamente el 5% del valor nominal de sus acciones[***]; y a cada nuevo "saneamiento", los bancos han seguido "embolsándose ganancias".

Una de las operaciones particularmente lucrativas del capital financiero es también la especulación con terrenos situados en las afueras de las grandes ciudades que crecen rápidamente. El monopolio de los bancos se funde en este caso con el monopolio de la renta del suelo y con el monopolio de los transportes, pues el aumento de los precios de los terrenos, la posibilidad de venderlos ventajosamente por partes, etc., dependen principalmente de los buenos medios de comunicación con la parte céntrica de la ciudad, los cuales se hallan en manos de grandes compañías, ligadas con esos mismos bancos mediante el sistema de participación y la distribución de los puestos directivos. Resulta de todo ello lo que el autor alemán L. Eschwege, colaborador de la revista *Die Bank* que ha estudiado especialmente las operaciones de la venta e hipoteca de terrenos, etc., califica de "charca": la desenfrenada especulación con los terrenos de las afueras de las ciudades, las quiebras de las empresas de construcciones, como, por ejemplo, la casa berlinesa Boswau y Knauer, que se había embolsado hasta 100 millones de marcos por mediación del banco "más importante y respetable", el Banco Alemán (Deutsche Bank), el cual, naturalmente, obraba según el sistema de la "participación", esto es, en secreto, en la oscuridad, y salió del paso no perdiendo "más" que 12 millones de marcos; después, la ruina de los pequeños patronos y de los obreros que no consiguen percibir ni un céntimo de las ficticias empresas de construcción; los trapicheos con la "honrada" policía berlinesa y la administración urbana para hacerse con el servicio de información sobre los terrenos y las autorizaciones del municipio para construir, etc., etc.[****]

Las "costumbres norteamericanas" de que tan hipócritamente se lamentan los catedráticos europeos y los bienintencionados burgueses, en la época del capital financiero se han convertido en costumbres, literalmente, de toda ciudad importante de cualquier país.

En Berlín, a principios de 1914, se hablaba de la fundación de un "trust del transporte", esto es, una "comunidad de intereses" de las tres empresas berlinesas de transporte: los ferrocarriles eléctricos urbanos, la sociedad de tranvías y la de ómnibus. "Que este propósito existe -decía la revista *Die Bank*- lo sabíamos desde que se hizo del dominio público que la mayoría de las acciones de la sociedad de ómnibus había sido adquirida por las otras dos sociedades del transporte... Se puede dar entero crédito a quienes persiguen dicho propósito cuando afirman que, mediante la regulación uniforme de los transportes, tienen la esperanza de obtener economías, de una parte de las cuales, en resumidas cuentas, podría beneficiarse el público. Pero el asunto se complica porque detrás de ese trust del transporte en formación están los bancos, que, si quieren, pueden subordinar los medios de comunicación que ellos monopolizan a los intereses de su tráfico de terrenos. Para convencerse de lo justificado de esta suposición basta recordar que, al ser fundada la sociedad del ferrocarril eléctrico urbano, se hallaban ya mezclados en ella los intereses del gran banco que patrocinó ese paso. Esto es: los intereses de la mencionada empresa de transporte se entrelazaban con los del comercio de terrenos. El quid del asunto era que la línea oriental de dicho ferrocarril debía pasar por terrenos que más tarde ese banco, cuando la construcción del ferrocarril estaba ya asegurada, vendió con inmenso beneficio para sí y para algunas personas que intervinieron en el

[**] Hilferding. Obra oit., pág. 172.
[***] Stillich. Obra cit., pág. 138; Liefmann, pág. 51.

[****] *Die Bank*, 1913, pág. 952; L. Eschwcge. *La charca*; ibíd., 1912, núm. 1, pág. 223 y siguientes.

negocio..."[*].

El monopolio, por cuanto está constituido y maneja miles de millones, penetra de un modo absolutamente inevitable en todos los aspectos de la vida social, independientemente del régimen político y de cualquiera otra "particularidad". En las publicaciones alemanas sobre economía son habituales los autobombos serviles a la honradez de los funcionarios prusianos y las alusiones al Panamá francés[292] o a la venalidad política norteamericana. Pero el hecho es que *aun* las publicaciones burguesas consagradas a los asuntos bancarios de Alemania se ven constantemente obligadas a ir mucho más allá de los límites de las operaciones puramente bancarias y a escribir, por ejemplo, sobre la "tendencia a entrar en los bancos", a propósito de los casos, cada día más frecuentes, de funcionarios que pasan al servido de los bancos: "¿Qué se puede decir de la incorruptibilidad del funcionario del Estado cuya secreta aspiración consiste en hallar una sinecura en la *Behrenstrasse*[**]?" (calle de Berlín donde se encuentra el Banco Alemán). Alfred Lansburgh, director de la revista *Die Bank*, escribió en 1909 un artículo titulado *La significación económica del bizantinismo*, con motivo, entre otras cosas, del viaje de Guillermo II a Palestina y del "resultado directo de este viaje, la construcción del ferrocarril de Bagdad, está fatal "gran obra del espíritu emprendedor alemán", que es más culpable del "cerco" que todos nuestros pecados políticos juntos"[***] (por "cerco" se sobrentiende la política de Eduardo VII encaminada a aislar a Alemania y rodeada con el anillo de una alianza imperialista antialemana). Eschwege, colaborador de esa misma revista aludido ya más arriba, escribió en 1911 un artículo titulado *La plutocracia y los funcionarios*, en el cual denunciaba, por ejemplo, el caso del funcionario alemán Völker, que, siendo miembro de la comisión de cárteles, se distinguía por su energía, y poco tiempo después ocupaba un cargo lucrativo en el cártel más importante, el del acero. Los casos de ese género, que no son ni mucho menos casuales, obligaron a ese mismo autor burgués a reconocer que "la libertad económica, garantizada por la Constitución alemana, se ha convertido en muchas esferas de la vida económica en una frase sin sentido", y que, con la dominación a que ha llegado la plutocracia, "ni la libertad política más amplia nos puede salvar de convertirnos en un pueblo de hombres faltos de libertad"[****].

En lo que se refiere a Rusia, nos limitaremos a un solo ejemplo: hace unos años, todos los periódicos dieron la noticia de que Davídov, director del Departamento de Crédito, abandonaba su puesto en ese organismo del Estado para entrar al servicio de un banco importante con un sueldo, que a la vuelta de unos años debía representar, según el contrato, una suma de más de un millón de rublos. El Departamento de Crédito es una institución destinada a "unificar la actividad de todos los establecimientos de crédito del Estado" y que suministra a los bancos de la capital subsidios por valor de 800 a 1.000 millones de rublos[*****].

Es propio del capitalismo en general separar la propiedad del capital y la aplicación de éste a la producción, separar el capital monetario y el industrial o productivo, separar al rentista, que vive sólo de los ingresos procedentes del capital monetario, y al patrono y a todas las personas que participan directamente en la gestión del capital. El imperialismo, o dominio del capital financiero, es el capitalismo en su grado más alto, en el que esta separación adquiere unas proporciones inmensas. El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital implica el predominio del rentista y de la oligarquía financiera, la situación destacada de unos cuantos Estados, dotados de "potencia" financiera, entre todos los demás. Las proporciones de este proceso nos las dan a conocer los datos estadísticos de las emisiones de toda clase de valores.

En el *Boletín del Instituto Internacional de Estadística*, A. Neymarck[******] ha publicado los datos más detallados, completos y susceptibles de comparación sobre las emisiones en todo el mundo, datos que después han sido reproducidos parcialmente a menudo en las publicaciones económicas. He aquí los datos correspondientes a cuatro decenios:

Total de las emisiones en miles de millones de francos cada diez años

1871-1880...............	76,1
1891-1900...............	100,4
1881-1890...............	64,5
1901-1910...............	197,8

Entre 1870 y 1880, el total de las emisiones aparece elevado en todo el mundo, particularmente por los empréstitos, en relación con la guerra franco-prusiana y la *Gründerzeit* que le siguió en Alemania. En general, el aumento durante los tres últimos decenios del siglo XIX es relativamente lento, y sólo en el primer decenio del siglo XX alcanza proporciones colosales, duplicándose casi en diez años. Los comienzos del siglo XX constituyen, pues, una época de viraje, no sólo desde el punto de vista del acrecentamiento de los monopolios (cárteles,

[*] *El trust del transporte*, *Die Bank*, 1914, núm. 1, pág. 89.
[**] *Der Zug zur Bank*, *Die Bank*, 1909, núm. 1, pág. 79.
[***] Artículo citado en *Die Bank*, pág. 301.
[****] Ibíd., 1911, núm. 2, pág. 825; 1913, núm. 2, pág. 962.

[*****] E. Agahd. Pág. 202.
[******] *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, t. XIX, libro II, La Haya, 1912. Los datos sobre los Estados pequeños, segunda columna, han sido tomados aproximadamente según las normas de 1902 y aumentados en un 20%.

consorcios, trusts), de lo cual hemos hablado ya, sino también desde el punto de vista del acrecentamiento del capital financiero.

El total de valores emitidos en el mundo era en 1910, según los cálculos de Neymarck, de unos 815 mil millones de francos. Deduciendo aproximadamente las repeticiones, rebaja la cifra a 575 ó 600 mil millones. He aquí la distribución por países (tomando la cifra de 600 mil millones):

Total de valores en 1910 (en miles de millones de francos)

Inglaterra	142	Austria-	24	España	1,5
Estados	132	Hungría	14	Suiza	6,25
Unidos	110	Italia	12	Dinamarca	3,75
Francia	95	Japón	12,5	Suecia,	2,5
Alemania	31	Holanda	7,5	Noruega,	
Rusia		Bélgica		Rumania,	
				etc.	
				Total	600

Lo primero que salta a la vista al examinar estos datos es la fuerza con que se destacan los cuatro países capitalistas más ricos, que disponen aproximadamente de 100 a 150 mil millones de francos en valores. De esos cuatro, dos -Inglaterra y Francia- son los países capitalistas más viejos y, como veremos, los más ricos en colonias; los otros dos -los Estados Unidos y Alemania- son países capitalistas avanzados por la rapidez del desarrollo y el grado de difusión de los monopolios capitalistas en la producción. Los cuatro juntos tienen 479 mil millones de francos, esto es, cerca del 80% del capital financiero mundial. Casi todo el resto del mundo ejerce, en una u otra forma, funciones de deudor y tributario de esos países, banqueros internacionales, de esos cuatro "pilares" del capital financiero mundial.

Conviene detenerse particularmente en el papel que desempeña la exportación de capitales en la creación de la red internacional de dependencias y de relaciones del capital financiero.

IV. La exportación de capital.

Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba por completo la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de *capital*.

El capitalismo es la producción de mercancías en el grado más elevado de su desarrollo, cuando incluso la fuerza de trabajo se convierte en mercancía. El incremento del intercambio tanto en el interior del país como, particularmente, en el terreno internacional, es el rasgo característico del capitalismo. El desarrollo desigual, a saltos, de las distintas empresas y ramas de la industria y de los distintos países es inevitable bajo el capitalismo. Inglaterra fue el primer país que se hizo capitalista, y para mediados del siglo XIX, al implantar el librecambio, pretendió ser el "taller de todo el mundo", el proveedor de artículos manufacturados para todos los países, los cuales debían suministrarle, a cambio de ello, materias primas. Pero este monopolio de Inglaterra se vio quebrantado ya en el último cuarto del siglo XIX, pues varios países más, defendiéndose con aranceles "proteccionistas", se habían transformado hasta convertirse en Estados capitalistas independientes. En el umbral del siglo XX asistimos a la formación de monopolios de otro género: primero, uniones monopolistas de capitalistas en todos los países de capitalismo desarrollado; segundo, situación monopolista de unos cuantos países ricos, en los cuales la acumulación de capital ha alcanzado proporciones gigantescas. Se produce un enorme "excedente de capital" en los países avanzados.

Naturalmente, si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que hoy día se halla en todas partes atrasadísima en comparación con la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población, el cual sigue siendo, a pesar del vertiginoso progreso de la técnica, de subalimentación y miseria, no habría motivo para hablar de un excedente de capital. Este "argumento" es el que esgrimen sin cesar los críticos pequeñoburgueses del capitalismo. Pero entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y el nivel de subalimentación de las masas son las condiciones y las premisas básicas e inevitables de este modo de producción. Mientras el capitalismo sea capitalismo, el excedente de capital no se dedica a elevar el nivel de vida de las masas del país, ya que eso significaría mermar las ganancias de los capitalistas, sino a acrecentar estas ganancias mediante la exportación de capitales al extranjero, a los países atrasados. En estos países atrasados las ganancias suelen ser generalmente elevadas, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra es relativamente pequeño, los salarios bajos y las materias primas baratas. La posibilidad de exportación de capitales está determinada por el hecho de que una serie de países atrasados ha sido ya incorporada a la circulación del capitalismo mundial, se han construido las principales líneas ferroviarias o se ha iniciado su construcción, se han asegurado las condiciones elementales de desarrollo de la industria, etc. La necesidad de exportación de capitales obedece al hecho de que, en algunos países, el capitalismo está ya "demasiado maduro", y al capital le falta (dados el desarrollo insuficiente de la agricultura y la miseria de las masas) campo para su inversión "lucrativa".

He aquí datos aproximados sobre la cuantía de los capitales invertidos en el extranjero por los tres países más importantes[*];

[*] Hobson. *Imperialismo*, Londres, 1902, pág. 58; Riesser. Obra cit., págs. 395 y 404; P. Arndt. En

Capital invertido en el extranjero (en miles de millones de francos)

Años	Inglaterra	Francia	Alemania
1862	3,6		
1872	15	10 (1869)	
1882	22	15 (1880)	?
1893	42	20 (1890)	?
1902	62	27-37	12,5
1914	75-100	60	44,0

Estos datos nos muestran que la exportación de capitales sólo adquiere un desarrollo gigantesco a principios del siglo XX. En vísperas de la guerra, el capital invertido en el extranjero por los tres países principales era de 175 mil millones a 200 mil millones de francos. La renta de esta suma, tomando como base el modesto tipo del 5%, debe ascender a unos ocho o diez mil millones anuales. ¡Buena base para el sojuzgamiento y explotación imperialistas de la mayoría de los países y naciones del mundo, para el parasitismo capitalista de un puñado de Estados riquísimos!

¿Cómo se distribuye entre los distintos países ese capital invertido en el extranjero? *¿Dónde* está colocado? A estas preguntas no cabe dar más que una respuesta aproximada, que, sin embargo, puede aclarar algunas relaciones y nexos generales del imperialismo moderno:

Partes del mundo entre las cuales se hallan distribuidos (aproximadamente) los capitales invertidos en el extranjero (hacia 1910) (en miles de millones de marcos)

	Inglaterra	Francia	Alemania	Total
Europa	4	23	18	45
América	37	4	10	51
Asia, África, Australia	29	8	7	44
Total	70	35	35	140

Por lo que se refiere a Inglaterra, aparecen en primer plano sus posesiones coloniales, las cuales son muy grandes, incluso en América (por ejemplo, el Canadá), sin hablar ya de Asia, etc. La gigantesca exportación de capitales se halla en el caso de Inglaterra estrechamente relacionada con las colonias gigantescas, de cuya significación para el imperialismo volveremos a hablar más adelante. Distinto es el caso de Francia, cuyo capital extranjero se halla invertido principalmente en Europa y, en primer lugar, en Rusia (10 mil millones de francos por lo menos), con la particularidad de que se trata sobre todo de capital de *préstamo*, de empréstitos públicos y no de capital invertido en empresas industriales. A diferencia del imperialismo inglés, que es colonial, el imperialismo francés puede ser calificado de usurario. Alemania ofrece una tercera variedad: sus colonias no son grandes, y el capital que tiene invertido en el extranjero lo está en proporciones de lo más uniformes entre Europa y América.

La exportación de capitales repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquéllos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente. Si, debido a esto, dicha exportación puede, hasta cierto punto, ocasionar un estancamiento del desarrollo en los países exportadores, ello se puede producir únicamente a cambio de una extensión y un ahondamiento mayores del desarrollo del capitalismo en todo el mundo.

Los países que exportan capital pueden obtener casi siempre ciertas "ventajas", cuyo carácter arroja luz sobre las particularidades de la época del capital financiero y del monopolio. He aquí, por ejemplo, lo que decía en octubre de 1913 la revista berlinesa *Die Bank*:

"En el mercado internacional de capitales se está representando desde hace poco tiempo una comedia digna de un Aristófanes. Un buen número de Estados, desde España hasta los Balcanes, desde Rusia hasta la Argentina, el Brasil y China se presentan, abierta o encubiertamente, ante los grandes mercados de dinero exigiendo, a veces con extraordinaria insistencia, la concesión de empréstitos. Los mercados de dinero no se hallan actualmente en una situación muy brillante, y las perspectivas políticas no son halagüeñas. Pero ninguno de los mercados monetarios se decide a negar un empréstito por miedo a que el vecino se adelante, lo conceda y, al mismo tiempo, se asegure ciertos servicios a cambio del servicio que él presta. En las transacciones internacionales de esa clase el acreedor obtiene casi siempre algo en provecho propio: un favor en el tratado de comercio, una base hullera, la construcción de un puerto, una concesión lucrativa o un pedido de cañones"[**].

El capital financiero ha creado la época de los monopolios. Y los monopolios llevan siempre consigo los principios monopolistas: la utilización de las "relaciones" para las transacciones provechosas remplaza a la competencia en el mercado abierto. Es muy corriente que entre las cláusulas del empréstito se imponga la inversión de una parte del mismo en la compra de productos al país acreedor, particularmente de armamentos, barcos, etc. Francia

Weltwirtschaftliches Archiv, t. 7, 1916, pág. 35; Neymarck. En el *Bulletin*; Hilferding. *El capital financiero*, pág. 492; Lloyd George. *Discurso en la Cámara de los Comunes*, 4 de mayo de 1915, *Daily Telegraph* del 5 de mayo de 1915; B. Harms. *Probleme der Weltwirtschaft*, Jena, 1912, pág. 235 y otras; Dr. Siegmund Schilder. *Tendencias del desarrollo de la economía mundial*, Berlín, 1912, vol. 1, pág. 150; George Paish. *Las inversiones de capital británico*, en *Joumal of the Royal Statistical Society*, vol. LXXIV, 1910-1911, pág. 167 y sig.; Georges Diouritch. *La expansión de los bancos alemanes en el extranjero y su relación con el desarrollo económico de Alemania*, París, 1909, pág. 84.

[**] *Die Bank*, 1913, Núm. 2, págs. 1024-1025.

ha recurrido muy a menudo a este procedimiento en el transcurso de las dos últimas décadas (1890-1910). La exportación de capitales pasa a ser un medio de estimular la exportación de mercancías. Las transacciones que se efectúan en estos casos entre las más grandes empresas tienen un carácter tal, que, según el eufemismo de Schilder[*], "lindan con el soborno". Krupp en Alemania, Schneider en Francia y Armstrong en Inglaterra constituyen modelos de esas casas íntimamente ligadas con los bancos gigantescos y con los gobiernos y de las cuales es difícil "prescindir", al negociarse un empréstito.

Francia, al mismo tiempo que concedía empréstitos a Rusia, le "impuso" en el tratado de comercio del 16 de septiembre de 1905 ciertas concesiones valederas hasta 1917; lo mismo cabe decir del tratado comercial suscrito el 19 de agosto de 1911 con el Japón. La guerra aduanera entre Austria y Serbia, que se prolongó, con un intervalo de siete meses, de 1906 a 1911, se debió en parte a la competencia entre Austria y Francia en el suministro de material de guerra a Serbia. Paul Deschanel declaró en el Parlamento, en enero de 1912, que entre 1908 y 1911 las casas francesas habían suministrado pertrechos a Serbia por valor de cuarenta y cinco millones de francos.

En un informe del cónsul austro-húngaro en Sao Paulo (Brasil) se dice: "La construcción de los ferrocarriles brasileños se lleva a cabo, en su mayor parte, con capitales franceses, belgas, británicos y alemanes; dichos países, al efectuarse las operaciones financieras relacionadas con la construcción de las vías férreas, se reservan los pedidos de materiales de construcción ferroviaria".

Así pues, el capital financiero tiende sus redes, en el sentido textual de la palabra, en todos los países del mundo. En este aspecto desempeñan un papel importante los bancos fundados en las colonias, así como sus sucursales. Los imperialistas alemanes miran con envidia a los "viejos" países coloniales, los cuales disfrutan en este aspecto de condiciones particularmente "ventajosas". Inglaterra tenía en 1904 un total de cincuenta bancos coloniales con 2.279 sucursales (en 1910, eran setenta y dos bancos con 5.449 sucursales); Francia tenía veinte con 136 sucursales; Holanda poseía dieciséis con 68; mientras que Alemania tenía "solamente" trece con 70 sucursales[**]. Los capitalistas norteamericanos envidian a su vez a los ingleses y alemanes: "En América del Sur -se lamentaban en 1915- cinco bancos alemanes tienen 40 sucursales, cinco ingleses, 70 sucursales... Inglaterra y Alemania, en el transcurso de los últimos veinticinco años, han invertido en la Argentina, el Brasil y Uruguay cuatro mil millones de dólares aproximadamente; como resultado de ello disfrutan del 46% de todo el comercio de esos tres países"[***].

Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre sí en el sentido figurado de la palabra. Pero el capital financiero ha realizado también el reparto *directo* del mundo.

V. El reparto del mundo entre las asociaciones de capitalistas.

Las asociaciones monopolistas de los capitalistas -cárteles, consorcios, trusts- se reparten entre sí, en primer lugar, el mercado interior, apoderándose de un modo más o menos completo de la producción del país. Pero en el capitalismo, el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior. Hace ya mucho que el capitalismo ha creado un mercado mundial. Y a medida que ha ido aumentando la exportación de capitales y se han ido ampliando en todas las formas las relaciones con el extranjero y con las colonias y las "esferas de influencia" de las más grandes asociaciones monopolistas, la marcha "natural" de las cosas ha llevado al acuerdo universal entre las mismas, a la constitución de cárteles internacionales.

Es un nuevo grado de la concentración mundial del capital y de la producción, un grado incomparablemente superior que los anteriores. Veamos cómo surge este supermonopolio.

La industria eléctrica es la más típica, desde el punto de vista de los últimos progresos de la técnica, del capitalismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Y donde ha adquirido mayor impulso ha sido en los dos países capitalistas nuevos más avanzados: los Estados Unidos y Alemania. En Alemania contribuyó particularmente a la concentración de esta rama de la industria la crisis de 1900. Los bancos, que en aquella época se hallaban ya bastante ligados a la industria, aceleraron y ahondaron en el más alto grado durante dicha crisis la ruina de las empresas relativamente pequeñas, su absorción por las grandes. "Los bancos -dice Jeidels- negaron el apoyo precisamente a las empresas que más necesidad tenían de él, provocando con ello en un principio el ascenso vertiginoso y, después, el crac irreparable de las sociedades que no estaban suficientemente ligadas con ellos"[*].

Como resultado de ello, la concentración avanzó después de 1900 a pasos agigantados. Hasta 1900 hubo siete u ocho "grupos" en la industria eléctrica;

---

[*] Schilder. Obra citada, págs. 346, 350 y 371.

[**] Riesser. Obra cit., pág. 375, 4a Edi. y Diouritch, pág. 283.

[***] *Anales de la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LIX, mayo de 1915, pág. 301. En esta misma publicación, en la pág. 331, leemos que en el último número de la revista financiera *Statist* el conocido especialista en estadística Paish calculaba en 40 mil millones de dólares, esto es, 200 mil millones de francos, los capitales exportados por Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda.

[*] Jeidels. Obra citada, pág. 232.

cada uno de ellos estaba compuesto de varias sociedades (en total había 28), y detrás de cada uno había de dos a once bancos. Hacia 1908-1912, todos esos grupos se fundieron en uno o dos. He aquí cómo se produjo dicho proceso:

Grupos en la industria eléctrica

Hasta 1900	Felten y Lahmeyer / Guillaume	Unión A. E. G.	Siemens y Halske / Schuckert y Cía.	Bergmann	Kummer
	Felten y Lahmeyer	A. E. G. (Sociedad General de Electricidad)	Siemens y Halske-Schuckert	Bergmann	Quebró en 1900
	A. E. G. (Sociedad General de Electricidad)		Siemens y Halske-Schuckert		
En 1912	("Cooperación" estrecha a partir de 1908)				

La famosa A.E.G. (Sociedad General de Electricidad), desarrollada de este modo, ejerce el dominio sobre 175 ó 200 sociedades (a través del sistema de "participación") y dispone de un capital total de cerca de 1.500 *millones* de marcos. Sólo en el extranjero cuenta con treinta y cuatro representaciones directas, de las cuales doce son sociedades anónimas establecidas en más de diez países. En 1904 se calculaba ya que los capitales invertidos por la industria eléctrica alemana en el extranjero ascendían a 233 millones de marcos, de los cuales 62 millones estaban colocados en Rusia. Excusado es decir que la Sociedad General de Electricidad constituye una gigantesca empresa "combinada" -sólo el número de sus sociedades fabriles es de dieciséis- que produce los artículos más variados, desde cables y aisladores hasta automóviles y aparatos de aviación.

Pero la concentración en Europa ha sido asimismo un elemento integrante del proceso de concentración en Norteamérica. He aquí cómo se ha producido:

Compañía General de Electricidad (General Electric C°)

Norteamérica	Thompson-Houston C° funda una casa para Europa	Edison C° funda para Europa la Compañía Francesa Edison, la cual cede las patentes a una casa alemana
Alemania	Unión Compañía de Electricidad	Sociedad General de Electricidad (A. E. G.)

Sociedad General de Electricidad (A. E. G.)

De este modo, se formaron *dos* "potencias" eléctricas. "En el mundo es imposible hallar una sola sociedad eléctrica que sea *completamente* independiente de ellas", dice Heinig en su artículo *El camino del trust de la electricidad*. Las cifras siguientes dan una idea, que dista mucho de ser completa, de las proporciones del giro y la magnitud de las empresas de ambos "trusts":

	Años	Giro (en millones de marcos)	Número de empleados	Beneficio neto (en millones de marcos)
Norteamérica:	1907	252	28.000	35,4
Compañía General de Electricidad (G. E. C.)	1910	298	32.000	45,6
Alemania:	1907	216	30.700	14,5
Sociedad General de Electricidad (A. E. G.)	1911	362	60.800	21,7

Y he aquí que en 1907 entre el trust norteamericano y el trust alemán se estipuló un acuerdo para el reparto del mundo. La competencia quedó suprimida: la G. E. C. "recibió" los Estados Unidos y el Canadá; a la A.E.G. le "correspondieron" Alemania, Austria, Rusia, Holanda, Dinamarca, Suiza, Turquía y los Balcanes. Se concertaron acuerdos especiales, naturalmente secretos, con respecto a las filiales, que penetran en nuevas ramas de la industria y en países "nuevos" no repartidos todavía formalmente. Se estableció el intercambio de inventos y experimentos**.

Se comprende perfectamente hasta qué punto es difícil la competencia con ese trust, realmente único, mundial, que dispone de un capital de miles de millones y tiene sus "sucursales", representaciones, agencias, relaciones, etc., en todos los ámbitos del mundo. Pero el reparto del mundo entre dos trusts fuertes no excluye, naturalmente, un *nuevo reparto* si se modifica la relación de fuerzas a consecuencia de la desigualdad del desarrollo, de las guerras, de las quiebras, etc.

La industria del petróleo nos ofrece un ejemplo instructivo de intento de un nuevo reparto de este género, de la lucha por conseguido.

"El mercado mundial del petróleo -escribía Jeidels en 1905- se halla todavía repartido entre dos grandes grupos financieros: el trust norteamericano del petróleo Standard Oíl C°, de Rockefeller, y los dueños del petróleo ruso de Bakú, es decir, Rothschild y Nobel. Ambos grupos están íntimamente ligados entre sí, pero su situación monopolista se halla amenazada hace ya algunos años por cinco enemigos"***: 1) el agotamiento de los yacimientos norteamericanos de petróleo; 2) la competencia de la casa Mantáshev en Bakú; 3) los yacimientos de Austria; 4) los de Rumania; 5) los yacimientos de petróleo de ultramar, particularmente de las colonias holandesas (las riquísimas casas Samuel y Shell, enlazadas también con el capital inglés). Los tres últimos grupos de empresas están relacionados con los grandes bancos alemanes, y en primer término con el Banco Alemán, el más importante de ellos. Estos bancos han impulsado de un modo sistemático e independiente la industria petrolera, por ejemplo, en Rumania, a fin de tener "su" punto de apoyo. En 1907 se calculaba que en la industria rumana del petróleo había capitales extranjeros por valor de 185 millones de francos, de

** Riesser. Obra citada; Diouritch. Obra citada, pág. 239; Kurt Heinig. Art. cit.
*** Jeidels. Págs. 192-193.

los cuales 74 millones eran alemanes*.

Empezó lo que en las publicaciones económicas se denomina lucha por el "reparto del mundo". Por una parte, la Standard Oil de Rockefeller, deseosa de apoderarse de *todo*, fundó una filial en la *misma* Holanda, adquiriendo los yacimientos petrolíferos de la India Holandesa y tratando de asestar así un golpe a su enemigo principal: el trust holandés-británico Shell. Por otra parte, el Banco Alemán y otros bancos berlineses trataban de "conservar" a Rumania y unirla a Rusia contra Rockefeller. Este último poseía un capital incomparablemente más cuantioso y una magnífica organización de transporte y abastecimiento a los consumidores. La lucha debía terminar y terminó en 1907 en la derrota completa del Banco Alemán, ante el cual se abrían dos caminos: o liquidar con millones de pérdidas sus "intereses petroleros" o someterse. Escogió el segundo y pactó un acuerdo muy poco ventajoso con la Standard Oil. En dicho acuerdo se comprometía "a no hacer nada en perjuicio de los intereses norteamericanos", con la salvedad, sin embargo, de que el convenio perdería su vigor en el caso de que en Alemania llegara a aprobarse una ley que implantase el monopolio del Estado sobre el petróleo.

Entonces empieza la "comedia del petróleo". Von Gwinner, director del Banco Alemán y uno de los reyes financieros de Alemania, organiza, por mediación de su secretario particular Stauss, una campaña a favor del monopolio del petróleo. Se pone en juego todo el gigantesco aparato del más importante banco berlinés, todas las vastas "relaciones" de que dispone, la prensa se llena de clamores "patrióticos" contra el "yugo" del trust norteamericano, y el Reichstag, casi por unanimidad, decide el 15 de marzo de 1911 invitar al gobierno a que prepare un proyecto de monopolio del petróleo. El gobierno acogió esta idea "popular", y el Banco Alemán, deseoso de engañar a su rival norteamericano y de arreglar sus negocios mediante el monopolio del Estado, parecía haber ganado la partida. Los reyes alemanes del petróleo se frotaban ya las manos de gusto pensando en sus beneficios fabulosos, que no serían inferiores a los de los fabricantes de azúcar rusos... Pero, en primer lugar, los grandes bancos alemanes se enemistaron entre sí a causa del reparto del botín, y la Sociedad de Descuento puso al descubierto las miras interesadas del Banco Alemán; en segundo lugar, al gobierno le asustó la idea de una lucha con Rockefeller, pues era muy dudoso que Alemania pudiera procurarse petróleo sin contar con él (el rendimiento de Rumania no es muy grande); en tercer lugar, casi al mismo tiempo, en 1913 se votaba un crédito de mil millones para los preparativos de guerra de Alemania. El proyecto de monopolio quedó aplazado. Por el momento, la Standard Oil de Rockefeller salió victoriosa de la lucha.

La revista berlinesa *Die Bank* escribió a este propósito que Alemania no podría luchar con la Standard Oil más que implantando el monopolio de la electricidad y convirtiendo la fuerza hidráulica en energía eléctrica barata. Pero -añadía - "el monopolio de la electricidad vendrá cuando lo necesiten los productores: cuando nos hallemos en vísperas de otra gran quiebra, esta vez en la industria eléctrica, y cuando no puedan ya funcionar con beneficio las gigantescas y costosas centrales eléctricas que ahora están construyendo en todas partes los "consorcios" privados de la industria eléctrica, y para las cuales dichos "consorcios" obtienen ya ahora distintos monopolios de los municipios, de los Estados, etc. Entonces será necesario poner en marcha las fuerzas hidráulicas; pero no será posible convertirlas en electricidad barata por cuenta del Estado, sino que será preciso entregarlas también a un "monopolio privado sometido al control del Estado", pues la industria privada ha concertado ya bastantes transacciones y estipulado grandes beneficios... Así ocurrió con el monopolio de la potasa, así sucede con el monopolio del petróleo, así será con el monopolio de la electricidad. Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan deslumbrar por principios brillantes, comprendan, por fin, que en Alemania los monopolios no se han propuesto nunca ni se planteaban proporcionar beneficios a los consumidores o, por lo menos, poner a disposición del Estado una parte de los beneficios patronales, sino que han servido únicamente para sanear a costa del Estado la industria privada puesta casi al borde de la bancarrota"**.

Tales son las valiosas confesiones que se ven obligados a hacer los economistas burgueses de Alemania. Aquí vemos patentemente cómo, en la época del capital financiero, los monopolios de Estado y los privados se entretejen, formando un todo, y cómo, tanto los unos como los otros, no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista que los más grandes monopolistas sostienen en torno al reparto del mundo.

En la marina mercante, el gigantesco proceso de concentración ha conducido asimismo al reparto del mundo. En Alemania se han destacado dos grandes sociedades: Hamburg-Amerika Linie y Lloyd de la Alemania del Norte, ambas con un capital del 200 millones de marcos (acciones y obligaciones) cada una y barcos por un valor de 185 a 189 millones de marcos. Por otra parte, el 1 de enero de 1903 se fundó en Norteamérica el llamado trust Morgan, la Compañía Internacional de Comercio Marítimo, que agrupa a nueve compañías navieras norteamericanas e inglesas y que dispone de un capital de 120 millones de dólares (480 millones de marcos). Ya en

* Diouritch. Págs, 245-246.

** *Die Bank*, 1912, núm. 2, págs. 629 y1036; 1913, núm. 1, pág. 388

1903, entre los colosos alemanes y ese trust anglo-norteamericano se firmó un contrato sobre el reparto del mundo en relación con el reparto de los beneficios. Las sociedades alemanas renunciaron a la competencia en los transportes entre Inglaterra y Norteamérica. Se fijaron taxativamente los puertos "reservados" a cada uno, se creó un comité de control común, etc. El contrato fue concluido para veinte años, con la prudente cláusula de que perdería su vigor en caso de guerra*.

Es también extraordinariamente instructiva la historia de la constitución del cártel internacional del raíl. La primera vez que las fábricas de raíles inglesas, belgas y alemanas intentaron constituir dicho cártel fue ya en 1884, en un período de gravísima depresión industrial. Se pusieron de acuerdo para que los firmantes del pacto no compitieran en los mercados interiores de sus respectivos países, y los mercados exteriores se distribuyeran con arreglo a la proporción siguiente: Inglaterra, el 66%; Alemania, el 27%, y Bélgica, el 7%. La India quedó enteramente a disposición de Inglaterra. Se hizo en común la guerra a una compañía inglesa que se había quedado al margen del acuerdo. Los gastos de dicha guerra fueron cubiertos con un tanto por ciento de las ventas generales. Pero en 1886, al retirarse del cártel dos casas inglesas, éste se desmoronó. Es elocuente el hecho de que no fuera posible conseguir el acuerdo durante los períodos de prosperidad industrial que siguieron.

A principios de 1904 fue fundado el consorcio del acero de Alemania. En noviembre del mismo año volvió a formarse el cártel internacional del raíl, con la proporción siguiente: Inglaterra, el 53,5%; Alemania, el 28,83%, y Bélgica, el 17,67%. Más tarde se incorporó Francia con el 4,8%, 5,8% y 6,4% en el primero, segundo y tercer año, respectivamente, sobre el 100%, es decir, calculando sobre un total del 104,8%, y así sucesivamente. En 1905 se adhirió el Trust del Acero de los Estados Unidos (Steel Corporation); después se sumaron Austria, y España. "En el momento actual -decía Vogelstein en 1910-, el reparto del mundo está terminado, y los grandes consumidores, en primer lugar los ferrocarriles del Estado, pueden vivir -puesto que el mundo está ya repartido, sin tener en cuenta sus intereses-, como el poeta, en los cielos de Júpiter"**.

Recordemos también el sindicato internacional del zinc, fundado en 1909, que hizo una distribución exacta del volumen de la producción entre cinco grupos de fábricas: alemanas, belgas, francesas, españolas e inglesas; después, el trust internacional de la pólvora, esa "estrecha alianza, completamente moderna -según palabras de Liefmann-, de todas las fábricas alemanas de explosivos, que más tarde, unidas a las fábricas francesas y norteamericanas de dinamita, organizadas de un modo análogo, se han repartido, por decirlo así, el mundo entero"***.

Según Liefmann, en 1897 había cerca de 40 cárteles internacionales con la participación de Alemania; en 1910 se aproximaban ya al centenar.

Algunos escritores burgueses (a los cuales se ha unido ahora C. Kautsky, que ha traicionado completamente su posición marxista, por ejemplo, de 1909) han expresado la opinión de que los cárteles internacionales, siendo como son una de las expresiones de mayor relieve de la internacionalización del capital, permiten abrigar la esperanza de que la paz entre los pueblos llegará a imperar bajo el capitalismo. Esta opinión es, desde el punto de vista teórico, completamente absurda, y desde el punto de vista práctico, un sofisma, un medio de defensa poco honrado del oportunismo de la peor especie. Los cárteles internacionales muestran hasta qué grado han crecido ahora los monopolios capitalistas y *cuáles son los objetivos* de la lucha que se desarrolla entre los grupos capitalistas. Esta última circunstancia es la más importante, sólo ella nos aclara el sentido histórico y económico de los acontecimientos, pues la *forma* de lucha puede cambiar y cambia constantemente en dependencia de diversas causas, relativamente particulares y temporales, en tanto que el *fondo* de la lucha, su *contenido* de clase *no puede* cambiar mientras subsistan las clases. Se comprende que los intereses de la burguesía alemana, por ejemplo, a la cual se ha pasado en realidad Kautsky en sus razonamientos teóricos (como veremos más adelante), dicten la conveniencia de velar el *contenido* de la lucha económica actual (por el reparto del mundo) y de subrayar ya una ya otra *forma* de dicha lucha. En este mismo error incurre Kautsky. Y no se trata sólo, naturalmente, de la burguesía alemana, sino de la burguesía mundial. Los capitalistas no se reparten el mundo, llevados de una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten "según el capital", "según la fuerza"; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo. La fuerza varía a su vez en consonancia con el desarrollo económico y político; para comprender lo que está aconteciendo hay que saber cuáles son los problemas que se solucionan con los cambios de la fuerza, pero saber si dichos cambios son "puramente" económicos o extraeconómicos (por ejemplo, militares), es un asunto secundario que no puede hacer variar en nada la concepción fundamental sobre la época actual del capitalismo. Sustituir el *contenido* de la lucha y de las transacciones entre las alianzas de los capitalistas con la forma de esta lucha y de estas transacciones (hoy pacífica, mañana no pacífica, pasado mañana

* Riesser. Obra citada, pág. 125.

** Vogelstein. *Formas de organización*, pág. 100.

*** Liefmann. *Cárteles y trusts*, 2ª edi., pág. 161.

otra vez no pacífica) significa rebajarse hasta el papel de sofista.

La época del capitalismo contemporáneo nos muestra que entre las alianzas de los capitalistas se están entablando determinadas relaciones *basadas* en el reparto económico del mundo, y que, al mismo tiempo, en relación con esto, se están estableciendo entre las alianzas políticas, entre los Estados, determinados vínculos basados en el reparto territorial del mundo, en la lucha por las colonias, en la "lucha por el territorio económico".

VI. El reparto del mundo entre las grandes potencias.

En su libro sobre la "extensión territorial de las colonias europeas"*, el geógrafo A. Supan ofrece el siguiente resumen de dicha extensión a fines del siglo XIX:

Porcentaje de territorio perteneciente a las potencias coloniales europeas y a los Estados Unidos

	1876	1900	Aumento
África	10,8%	90,4%	+79,6%
Polinesia	56,8%	98,9%	+42,1%
Asia	51,5%	56,6%	+ 5,1%
Australia	100,0%	100,0%	-
América	27,5%	27,2%	-0,3%

"El rasgo característico de este período -concluye el autor- es, por consiguiente, el reparto de África y Polinesia". Como ni en Asia ni en América hay tierras desocupadas, es decir, que no pertenezcan a ningún Estado, hay que ampliar la conclusión de Supan y decir que el rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible *repartirlo de nuevo* -al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables-, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas *ha terminado ya* la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son *únicamente* nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un "propietario" a otro, y no el de un territorio sin propietario a un "dueño".

Vivimos, por consiguiente, en una época peculiar de la política colonial mundial que se halla íntimamente relacionada con la "fase moderna de desarrollo del capitalismo", con el capital financiero. Por eso es necesario detenerse más detalladamente, ante todo, en los datos concretos, para formarnos una idea lo más precisa posible de la diferencia existente entre esta época y las precedentes, así como de la situación actual. En primer término, surgen dos cuestiones concretas: ¿Se observa una acentuación de la política colonial, una exacerbación de la lucha por las colonias, precisamente, en la época del capital financiero? ¿Cómo se halla repartido el mundo en la actualidad desde este punto de vista?

El escritor norteamericano Morris, en su libro sobre la historia de la colonización**, intenta reunir los datos sobre la extensión de las posesiones coloniales de Inglaterra, Francia y Alemania en los distintos períodos del siglo XIX. He aquí, brevemente expuestos, los resultados obtenidos:

Posesiones coloniales

Años	Inglaterra		Francia		Alemania	
	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población (en millones)	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población (en millones)	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población (en millones)
1815-1830	?	126,4	0,02	0,5	-	-
1860	2,5	145,1	0,2	3,4	-	-
1880	7,7	267,9	0,7	7,5	-	-
1899	9,3	309,0	3,7	56,4	1,0	14,7

Para Inglaterra, el período de intensificación inmensa de las conquistas coloniales corresponde a los años 60-80, y es muy considerable durante los últimos veinte años del siglo XIX. Para Francia y Alemania corresponde justamente a estos veinte años. Hemos visto antes que el período del desarrollo máximo del capitalismo premonopolista, el capitalismo en el que predomina la libre competencia, se extiende de 1860 a 1870. Ahora vemos que *es justamente después de este período* cuando empieza el "auge" inmenso de las conquistas coloniales, se exacerba hasta un grado extraordinario la lucha por el reparto territorial del mundo. Es indudable, por consiguiente, que el paso del capitalismo a la fase del capitalismo monopolista, al capital financiero, *se halla relacionado* con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo.

Hobson destaca en su obra sobre el imperialismo los años comprendidos entre 1884 y 1900 como un período de intensa "expansión" de los principales Estados europeos. Según sus cálculos, Inglaterra adquirió durante ese tiempo 3.700.000 millas cuadradas con una población de 57 millones de habitantes; Francia, 3.600.000 millas cuadradas con 36,5 millones de habitantes; Alemania, 1.000.000 de millas cuadradas con 14,7 millones de habitantes; Bélgica, 900.000 millas cuadradas con 30 millones de habitantes; Portugal, 800.000 millas cuadradas con 9 millones de habitantes. A fines del siglo XIX, sobre todo desde la década del 80, todos los Estados capitalistas se esforzaron por adquirir colonias, lo

* A. Supan. *La extensión territorial de las colonias europeas*, 1906, pág. 254.

** Henry C. Morris. *La historia de la colonización*, New York, 1900, t. II, pág. 88; I, 419; II, 304.

que constituye un hecho universalmente conocido de la historia de la diplomacia y de la política exterior.

En la época de mayor florecimiento de la libre competencia en Inglaterra entre 1840 y 1860, los dirigentes políticos burgueses de este país eran adversarios de la política colonial y consideraban útil e inevitable la emancipación de las colonias y su separación completa de Inglaterra. M. Beer indica en un artículo, publicado en 1898, sobre el "imperialismo inglés contemporáneo"*, que en 1852 un estadista británico como Disraeli, tan inclinado en general al imperialismo, decía que "las colonias son una rueda de molino que llevamos atada al cuello". ¡En cambio, a fines del siglo XIX los héroes del día eran en Inglaterra Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain, que predicaban abiertamente el imperialismo y aplicaban una política imperialista con el mayor cinismo!

No carece de interés señalar que esos dirigentes políticos de la burguesía inglesa veían ya entonces clara la ligazón existente entre las raíces puramente económicas, por decirlo así, del imperialismo moderno y sus raíces sociales y políticas. Chamberlain predicaba el imperialismo como una "política justa, prudente y económica", señalando sobre todo la competencia con que ahora tropieza Inglaterra en el mercado mundial por parte de Alemania, Norteamérica y Bélgica. La salvación está en el monopolio, decían los capitalistas al fundar cárteles, consorcios y trusts. La salvación está en el monopolio, repetían los jefes políticos de la burguesía, apresurándose a adueñarse de las partes del mundo todavía no repartidas. Y Cecil Rhodes, según cuenta un íntimo amigo suyo, el periodista Stead, le decía a éste en 1895 a propósito de sus ideas imperialistas: "Ayer estuve en el East-End londinense (barriada obrera) y asistí a una asamblea de parados. Al oír allí discursos exaltados cuya nota dominante era ¡pan!, ¡pan! y al reflexionar, de vuelta a casa, sobre lo que había oído, me convencí, más que nunca, de la importancia del imperialismo... La idea que yo acaricio es la solución del problema social: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una mortífera guerra civil, nosotros, los políticos coloniales, debemos posesionarnos de nuevos territorios; a ellos enviaremos el exceso de población y en ellos encontraremos nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas. El imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si queréis evitar la guerra civil, debéis convertiros en imperialistas"**.

Así hablaba en 1895 Cecil Rhodes, millonario, rey de las finanzas y principal culpable de la guerra anglo-bóer. Esta defensa del imperialismo es simplemente un poco burda, cínica; pero, en el fondo, no se diferencia de la "teoría" de los señores Máslov, Südekum, Potrésov, David, del fundador del marxismo ruso, etc., etc. Cecil Rhodes era un socialchovinista algo más honrado...

Para dar un panorama lo más exacto posible del reparto territorial del globo y de los cambios habidos en este aspecto durante los últimos decenios, utilizaremos los resúmenes que Supan suministra en la obra mencionada sobre las posesiones coloniales de todas las potencias del mundo. Este autor compara los años 1876 y 1900; nosotros tomaremos el año 1876 -punto de referencia elegido muy acertadamente, ya que puede considerarse, en términos generales, que es precisamente entonces cuando termina el desarrollo del capitalismo de Europa Occidental en su fase premonopolista y el año 1914, sustituyendo las cifras de Supan por las más recientes de Hübner, que tomamos de sus *Cuadros geográfico-estadísticos*. Supan estudia sólo las colonias; nosotros consideramos útil (para que el cuadro del reparto del mundo sea completo) agregar unos breves datos sobre los países no coloniales y las semicolonias, entre las cuales incluimos a Persia, China y Turquía: el primero de estos países se ha transformado ya casi del todo en colonia; el segundo y el tercero van camino de convertirse.

Como resultado, obtendremos lo siguiente:

Posesiones coloniales de las grandes potencias (en millones de kilómetros cuadrados y de habitantes)

Países	Colonias				Metrópolis		Total	
	1876		1914		1914		1914	
	Km^2	Habit.	Km^2.	Habit.	Km^2.	Habit.	Km^2.	Habit.
Inglaterra	22,5	251,9	33,5	393,5	0,3	46,5	33,8	440,0
Rusia	17,0	15,9	17,4	33,2	5,4	136,2	22,8	169,4
Francia	0,9	6,0	10,6	55,5	0,5	39,6	11,1	95,1
Alemania	-	-	2,9	12,3	0,5	64,9	3,4	77,2
Estados Unidos	-	-	0,3	9,7	9,4	97,0	9,7	106,7
Japón	-	-	0,3	19,2	0,4	53,0	0,7	72,2
Total de las 6 grandes potencias	40,4	273,8	65,0	523,4	16,5	437,2	81,5 1	960,6
Colonias de las demás potencias (Bélgica, Holanda, etc.)							9,9	45,3
Semicolonias (Persia, China. Turquía)							14,5	361,2
Países restantes							28,0	289,9
Toda la tierra							133,9	1.657,0

Se ve claramente cómo a fines del siglo XIX y en los albores del siglo XX se hallaba ya "terminado" el reparto del mundo. Las posesiones coloniales se ensancharon en proporciones gigantescas después de 1876: en más del 50%, de 40 a 65 millones de kilómetros cuadrados, para las seis potencias más importantes; el aumento es de 25 millones de kilómetros cuadrados, el 50% más que la superficie de las metrópolis (16,5 millones). Tres potencias no poseían en 1876 colonias, y la cuarta, Francia, casi no las tenía. Para el año 1914, esas cuatro potencias habían adquirido colonias con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, el 50% aproximadamente más que la superficie de Europa,

* *Die Neue Zeit*, XVI, I, 1898, pág. 302.
** *Die Neue Zeit*, XVI, I, 1898, pág. 304.

con una población de casi 100 millones de habitantes. La desigualdad en la expansión colonial es muy grande. Si se comparan, por ejemplo, Francia, Alemania y el Japón, cuya diferencia no es muy considerable en cuanto a la superficie y al número de habitantes, resulta que el primero de dichos países ha adquirido casi tres veces más colonias (desde el punto de vista de la superficie) que el segundo y el tercero juntos. Pero por la cuantía del capital financiero, Francia, a principios del período que nos ocupa, era acaso también varias veces más rica que Alemania y el Japón juntos. La extensión de las posesiones coloniales no depende sólo de las condiciones puramente económicas, sino también de las condiciones geográficas basadas en las económicas, etc., etc. Por vigorosa que haya sido durante los últimos decenios la nivelación del mundo, la igualación de las condiciones económicas y de vida de los distintos países bajo la presión de la gran industria, del cambio y del capital financiero, la diferencia sigue siendo, sin embargo, respetable, y entre los seis países mencionados encontramos, por una parte, países capitalistas jóvenes, que han progresado con una rapidez extraordinaria (Norteamérica, Alemania y el Japón); por otra parte, hay países capitalistas viejos que durante los últimos años han progresado con mucha mayor lentitud que los anteriores (Francia e Inglaterra); en tercer lugar figura un país, el más atrasado desde el punto de vista económico (Rusia), en el que el imperialismo capitalista moderno se halla envuelto, por así decirlo, en una red particularmente densa de relaciones precapitalistas.

Al lado de las posesiones coloniales de las grandes potencias hemos colocado a las colonias menos importantes de los Estados pequeños, que son, por decirlo así, el objeto inmediato del "nuevo reparto" de las colonias, posible y probable. La mayor parte de esos Estados pequeños conservan sus colonias gracias únicamente a que entre las grandes potencias existen intereses opuestos, rozamientos, etc., que dificultan el acuerdo para el reparto del botín. En cuanto a los Estados "semicoloniales", nos dan un ejemplo de las formas de transición que hallamos en todas las esferas de la naturaleza y de la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede afirmarse que tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa, como lo veremos a continuación. Pero, se comprende, la subordinación más beneficiosa y más "cómoda" para el capital financiero es la que trae aparejada la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos, en este sentido, como "caso intermedio". Se comprende, pues, que la lucha en torno a esos países semidependientes haya tenido que exacerbarse sobre todo en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo se hallaba ya repartido.

La política colonial y el imperialismo existían ya antes de la fase última del capitalismo y aun antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, mantuvo una política colonial y ejerció el imperialismo. Pero los razonamientos "generales" sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo plano la diferencia radical de las formaciones socioeconómicas, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias tales como la de comparar "la gran Roma con la Gran Bretaña"*. Incluso la política colonial capitalista de las fases *anteriores* del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero.

La particularidad fundamental del capitalismo moderno consiste en la dominación de las asociaciones monopolistas de los grandes patronos. Dichos monopolios adquieren la máxima solidez cuando reúnen en sus manos todas las fuentes de materias primas, y ya hemos visto con qué ardor los grupos internacionales de capitalistas se esfuerzan por quitar al adversario toda posibilidad de competencia, por adquirir, por ejemplo, las tierras que contienen mineral de hierro, yacimientos de petróleo, etc. La posesión de colonias es lo único que garantiza de una manera completa el éxito del monopolio contra todas las contingencias de la lucha con el adversario, aun cuando éste procure defenderse mediante una ley que implante el monopolio del Estado. Cuanto más desarrollado está el capitalismo, cuanto más sensible se hace la insuficiencia de materias primas, cuanto más ardua es la competencia y la busca de fuentes de materias primas en todo el mundo, tanto más encarnizada es la lucha por la adquisición de colonias.

"Se puede aventurar la afirmación -escribe Schilder-, que a algunos puede parecer paradójica, de que el crecimiento de la población urbana e industrial en un futuro más o menos próximo puede más bien hallar obstáculos en la insuficiencia de materias primas para la industria, que en la de productos alimenticios". Así, por ejemplo, empeora la escasez de madera, que se va encareciendo cada vez más, de pieles y de materias primas para la industria textil. "Las asociaciones de industriales intentan establecer el equilibrio entre la agricultura y la industria dentro de toda la economía mundial; como ejemplo se puede citar la unión internacional de asociaciones de fabricantes de hilados de algodón de algunos de los países industriales más importantes, fundada en 1904, y la unión europea de asociaciones de fabricantes de hilados de lino, constituida en 1910 a

* C. P. Lucas. *La gran Roma y la Gran Bretaña*, Oxford, 1912.; o Earl of Cromer. *El imperialismo antiguo y el imperialismo moderno*, Londres, 1910.

imagen de la anterior"*.

Claro que los reformistas burgueses, y entre ellos los kautskianos actuales sobre todo, intentan atenuar la importancia de esos hechos, indicando que las materias primas "podrían ser" adquiridas en el mercado libre sin una política colonial "cara y peligrosa", que la oferta de materias primas "podría ser" aumentada en proporciones gigantescas con el "simple" mejoramiento de las condiciones de la agricultura en general. Pero esas indicaciones se convierten en una apología del imperialismo, en su embellecimiento, pues se fundan en el olvido de la particularidad principal del capitalismo contemporáneo: los monopolios. El mercado libre pasa cada vez más al dominio de la historia, los consorcios y trusts monopolistas van reduciéndolo de día en día, y el "simple" mejoramiento de las condiciones de la agricultura se traduce en el mejoramiento de la situación de las masas, en la elevación de los salarios y en la disminución de los beneficios. ¿Dónde existen, como no sea en la fantasía de los reformistas acaramelados, trusts capaces de preocuparse de la situación de las masas y no de la conquista de colonias?

Para el capital financiero tienen importancia no sólo las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también las que pueden ser descubiertas, pues la técnica avanza en nuestros días con una rapidez increíble, y las tierras hoy inservibles pueden ser convertidas mañana en tierras útiles si se descubren nuevos procedimientos (a cuyo efecto un banco importante puede enviar una expedición especial de ingenieros, agrónomos, etc.), si se invierten grandes capitales. Lo mismo ocurre con la exploración de riquezas minerales, con los nuevos métodos de tratamiento y utilización de tales o cuales materias primas, etc., etc. De ahí la tendencia inevitable del capital financiero a ampliar su territorio económico y aun su territorio en general. Del mismo modo que los trusts capitalizan sus bienes atribuyéndoles el doble o el triple de su valor, tomando en consideración los beneficios "posibles" en el futuro (y no los beneficios presentes) y teniendo en cuenta los resultados ulteriores del monopolio, el capital financiero manifiesta la tendencia general a apoderarse de las mayores extensiones posibles de territorio, sea el que sea, se halle donde se halle, por cualquier medio, pensando en las fuentes de materias primas que se puedan descubrir y temeroso de quedarse atrás en la lucha rabiosa por alcanzar las últimas porciones del mundo todavía no repartidas o por conseguir un nuevo reparto de las ya repartidas.

Los capitalistas ingleses tratan por todos los medios de ampliar la producción de algodón en su colonia -Egipto- (en 1904, de los 2.300.000 hectáreas de tierra cultivada en Egipto, 600.000, esto es, más de la cuarta parte, estaban destinadas ya al algodón); los rusos hacen lo mismo en el Turquestán, que es colonia suya. De este modo les es más fácil vencer a sus competidores extranjeros, les es más fácil monopolizar las fuentes de materias primas, crear un trust textil menos costoso y más lucrativo, con producción "combinada", que concentre en una sola mano todas las fases de la producción y de la transformación del algodón.

Los intereses de la exportación de capitales empujan del mismo modo a la conquista de colonias, pues en el mercado colonial es más fácil (y a veces sólo en él es posible), utilizando medios monopolistas, suprimir al competidor, garantizarse pedidos, consolidar las "relaciones" necesarias, etc.

La superestructura extraeconómica que se levanta sobre la base del capital financiero, la política y la ideología de éste, refuerza la tendencia a las conquistas coloniales. "El capital financiero no quiere la libertad, sino la dominación", dice con razón Hilferding. Y un escritor burgués de Francia, como si ampliara y completara las ideas de Cecil Rhodes** que hemos citado anteriormente, afirma que se deben añadir las causas de orden social a las causas económicas de la política colonial contemporánea: "a consecuencia de las complicaciones crecientes de la vida, que no abarcan sólo a las multitudes obreras, sino también a las clases medias, en todos los países de vieja civilización se están acumulando "impaciencias, rencores y odios que amenazan la paz pública; energía sacada de su cauce de clase, a la que hay que encauzar y emplear fuera del país, si no se quiere que produzca una explosión en el interior""***.

Puestos a hablar de la política colonial de la época del imperialismo capitalista, es necesario hacer notar que el capital financiero y la política internacional correspondiente, la cual consiste en la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, originan abundantes formas transitorias de dependencia estatal. Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países -los que poseen colonias y las colonias-, sino también las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de independencia, pero que, en realidad, se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Antes hemos señalado ya una de estas formas, la semicolonia. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina.

"América del Sur, y sobre todo la Argentina -dice Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico-, se halla en tal grado de dependencia financiera de Londres que casi se la debe calificar de

* Schilder. Obra cit., págs. 38-42.

** Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

*** Wahl. *Francia y sus colonias*, cit. por Henri Russier. *El reparto de Oceanía*, París, 1905, pág. 165.

colonia comercial inglesa"*. Según Schilder, los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina, de acuerdo con los datos que suministró en 1909 el cónsul austro-húngaro en Buenos Aires, ascendían a 8.750 millones de francos. No es difícil imaginarse los fuertes vínculos que esto asegura al capital financiero -y a su fiel "amigo", la diplomacia- de Inglaterra con la burguesía de la Argentina, con los círculos dirigentes de toda su vida económica y política.

El ejemplo de Portugal nos muestra una forma algo distinta de dependencia financiera y diplomática, aun conservándose la independencia política. Portugal es un Estado independiente, soberano, pero en realidad lleva más de doscientos años, desde la Guerra de Sucesión Española (1701-1714)[293], bajo el protectorado de Inglaterra. Inglaterra lo defendió, y defendió las posesiones coloniales portuguesas para reforzar las posiciones propias en la lucha con sus adversarios: España y Francia. Inglaterra obtuvo a cambio ventajas comerciales, mejores condiciones para la exportación de mercancías y, sobre todo, para la exportación de capitales a Portugal y sus colonias, pudo utilizar los puertos y las islas de Portugal, sus cables, etc., etc**. Este género de relaciones entre grandes y pequeños Estados han existido siempre, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en sistema general, entran, como uno de tantos elementos, a formar el conjunto de relaciones que rigen el "reparto del mundo", pasan a ser eslabones en la cadena de operaciones del capital financiero mundial.

Para terminar con lo relativo al reparto del mundo, debemos hacer notar todavía lo siguiente. No sólo las publicaciones norteamericanas, después de la guerra hispano-americana, y las inglesas, después de la guerra anglo-bóer, plantearon el asunto de un modo completamente abierto y determinado a fines del siglo XIX y a principios del XX; no sólo las publicaciones alemanas, que seguían "más celosamente" el desarrollo del "imperialismo británico", han venido enjuiciando regularmente este hecho. También las publicaciones burguesas de Francia han planteado la cuestión de un modo suficientemente claro y vasto dentro de lo posible, desde el punto de vista burgués. Ahí tenemos al historiador Driault, autor de *Problemas políticos y sociales de fines del siglo XIX*, el cual dice lo siguiente en el capítulo sobre "las grandes potencias y el reparto del mundo": "En estos últimos años, todos los territorios libres del globo, a excepción de China, han sido ocupados por las potencias de Europa y por América del Norte. Se han producido ya en este terreno algunos conflictos y algunos desplazamientos de influencia, precursores de trastornos más terribles en un futuro próximo. Porque hay que apresurarse: las naciones que no se han provisto, corren el riesgo de no estarlo nunca y de no tomar parte en la explotación gigantesca del globo, que, será uno de los hechos más esenciales del próximo siglo (esto es, del siglo XX). Por esto, toda Europa y América se han visto recientemente presas de la fiebre de expansión colonial, del "imperialismo", que es la característica más notable de fines del siglo XIX". Y el autor añade: "Con ese reparto del mundo, con esa carrera rabiosa en pos de las riquezas y de los grandes mercados de la Tierra, la fuerza relativa de los imperios creados en este siglo XIX no guarda proporción alguna con el puesto que ocupan en Europa las naciones que los han creado. Las potencias predominantes en Europa, que son los árbitros de sus destinos, *no* predominan igualmente en el mundo. Y como el poderío colonial, esperanza de alcanzar riquezas no calculadas todavía, repercutirá evidentemente en la importancia relativa de los Estados europeos, el problema colonial -el "imperialismo", si se quiere- que ha modificado ya las condiciones políticas de Europa misma, las irá modificando cada vez más"***.

VII. El imperialismo, fase peculiar del capitalismo.

Intentemos ahora hacer un balance, resumir lo que hemos dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente cuando llegó a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Lo que hay de fundamental en este proceso, desde el punto de vista económico, es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas. La libre competencia es la característica fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es todo lo contrario de la libre competencia, pero esta última se va convirtiendo ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción, desplazando a la pequeña, remplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta el punto que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los cárteles, los consorcios, los trusts, y, fusionándose con ellos, el capital de una

* Schulze-Gaevernitz. *El imperialismo británico y el librecambio inglés a comienzos del siglo XX*, Leipzig, 1906, pág. 318. Lo mismo dice Sartorius von Waltershausen. *El sistema económico de inversión de capital en el extranjero*, Berlín, 1907, pág. 46.

** Schilder. Obra cit., t. I, págs. 160-161.

*** J. E. Driault. *Problemas políticos y sociales*, París, 1900, pág. 299.

docena escasa de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella, dando origen así a contradicciones, roces y conflictos particularmente agudos y bruscos. El monopolio es el tránsito del capitalismo a un régimen superior.

Si fuera necesario dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Esa definición comprendería lo principal, pues, por una parte, el capital financiero es el capital bancario de algunos grandes bancos monopolistas fundido con el capital de las alianzas monopolistas de los industriales y, por otra, el reparto del mundo es el tránsito de la política colonial, que se extiende sin obstáculos a las regiones todavía no conquistadas por ninguna potencia capitalista, a la política colonial de dominación monopolista de los territorios del globo enteramente repartido.

Pero las definiciones excesivamente breves, si bien son cómodas, pues recogen lo principal, resultan insuficientes, ya que es necesario extraer de ellas, además, otros rasgos muy esenciales de lo que hay que definir. Por eso, sin olvidar lo convencional y relativo de todas las definiciones en general, que jamás pueden abarcar en todos sus aspectos las relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que contenga sus cinco rasgos fundamentales, a saber: 1) la concentración de la producción y del capital llega hasta un grado tan elevado de desarrollo, que crea los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, en el terreno de este "capital financiero", de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) se forman asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) ha terminado el reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes.

Más adelante veremos cómo se puede y se debe definir de otro modo el imperialismo, si se tienen presentes no sólo los conceptos fundamentales puramente económicos (a los cuales se limita la definición que hemos dado), sino también el lugar histórico de esta fase del capitalismo con respecto al capitalismo en general o la relación del imperialismo y de las dos tendencias fundamentales del movimiento obrero. Lo que ahora se debe consignar es que, interpretado en dicho sentido, el imperialismo es indudablemente una fase peculiar de desarrollo del capitalismo. Para dar al lector la idea más fundamentada posible del imperialismo, hemos procurado deliberadamente reproducir el mayor número posible de opiniones de economistas *burgueses* obligados a reconocer los hechos de la economía capitalista moderna, registrados de manera incontrovertible en especial. Con el mismo fin hemos reproducido datos estadísticos minuciosos que permiten ver hasta qué punto ha crecido el capital bancario, etc., qué expresión concreta ha tenido la transformación de la cantidad en calidad, el tránsito del capitalismo desarrollado al imperialismo. Huelga decir, naturalmente, que en la naturaleza y en la sociedad todos los límites son convencionales y variables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década precisos en que se instauró "definitivamente" el imperialismo.

Pero sobre la definición del imperialismo nos vemos obligados a controvertir ante todo con Kautsky, el principal teórico marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir, de los veinticinco años comprendidos entre 1889 y 1914. Kautsky se pronunció decididamente en 1915 e incluso en noviembre de 1914 contra las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo, declarando que por imperialismo hay que entender una política determinada, la política "preferida" por el capital financiero, y no una "fase" o un grado de la economía; que no se puede "identificar" el imperialismo con el "capitalismo contemporáneo"; que si la noción de imperialismo abarca "todos los fenómenos del capitalismo contemporáneo" -cárteles, proteccionismo, dominación de los financieros, política colonial-, en ese caso el problema de la necesidad del imperialismo para el capitalismo se convierte en "la tautología más trivial", pues entonces, "naturalmente, el imperialismo es una necesidad vital para el capitalismo", etc. Expresaremos con la máxima exactitud el pensamiento de Kautsky si reproducimos su definición del imperialismo diametralmente opuesta a la esencia de las ideas que nosotros exponemos (pues las objeciones procedentes del campo de los marxistas alemanes, los cuales han defendido ideas semejantes durante largos años, son ya conocidas desde hace mucho tiempo por Kautsky como objeción de una corriente determinada en el marxismo).

La definición de Kautsky dice así:

"El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse regiones *agrarias* (la cursiva es de Kautsky) más extensas cada vez, cualquiera

que sea el origen étnico de sus habitantes"*.

Esta definición no sirve absolutamente para nada, puesto que es unilateral, es decir, arbitraria y destaca tan sólo el problema nacional (si bien de la mayor importancia, tanto en sí como en su relación con el imperialismo), enlazándolo arbitraria y *erróneamente sólo* con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, colocando en primer término, de la misma forma arbitraria y errónea, la anexión de las regiones agrarias.

El imperialismo es una tendencia a las anexiones: a eso se reduce la parte *política* de la definición de Kautsky. Es acertada, pero extremadamente incompleta, pues en el aspecto político el imperialismo es, en general, una tendencia a la violencia y a la reacción. Mas lo que en este caso nos interesa es el aspecto *económico* que Kautsky *mismo* introdujo en *su* definición. Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. Lo característico del imperialismo *no* es el capital industrial, *sino* el capital financiero. No es un fenómeno casual que, en Francia, precisamente el desarrollo particularmente rápido del capital *financiero*, que coincidió con un debilitamiento del capital industrial, provocara, a partir de la década del 80 del siglo pasado, una intensificación extrema de la política anexionista (colonial). Lo característico del imperialismo es precisamente la tendencia a la anexión *no sólo* de las regiones agrarias, sino incluso de las más industriales (apetitos alemanes respecto a Bélgica, de los franceses en cuanto a Lorena), pues, en primer lugar, la división ya terminada del globo obliga, al proceder *a un nuevo reparto*, a extender la mano hacia *toda clase* de territorios; en segundo lugar, para el imperialismo es sustancial la rivalidad de varias grandes potencias en sus aspiraciones a la hegemonía, esto es, a apoderarse de territorios no tanto directamente para sí, como para debilitar al adversario y quebrantar *su* hegemonía (para Alemania, Bélgica tiene una importancia especial como punto de apoyo contra Inglaterra; para Inglaterra, la tiene Bagdad como punto de apoyo contra Alemania, etc.).

Kautsky se remite particularmente -y reiteradas veces- a los ingleses, los cuales, dice, han puntualizado la significación puramente política de la palabra "imperialismo" en el sentido que él la comprende. Tomemos al inglés Hobson y leamos en su obra *El imperialismo*, publicada en 1902:

"El nuevo imperialismo se distingue del viejo, primero, en que, en vez de la aspiración de un solo imperio creciente, sostiene la teoría y la actuación práctica de imperios rivales, guiándose cada uno de ellos por idénticos apetitos de expansión política y de beneficio comercial; segundo, en que los intereses financieros y relativos a la inversión de capital predominan sobre los comerciales"**.

Como vemos, Kautsky no tiene de hecho razón alguna al remitirse a los ingleses en general (los únicos que podrían servirle de apoyo serán los imperialistas ingleses vulgares o los apologistas declarados del imperialismo). Vemos que Kautsky, que pretende continuar defendiendo el marxismo, en realidad da un paso atrás con relación al *social liberal* Hobson, el cual tiene en cuenta con *más acierto* que él las dos peculiaridades "históricas concretas" (¡Kautsky, con su definición, se mofa precisamente del carácter histórico concreto!) del imperialismo contemporáneo: 1) competencia de *varios* imperialismos; 2) predominio del financiero sobre el comerciante. Si lo esencial consiste en que un país industrial se anexiona un país agrario, el papel principal se atribuye al comerciante.

La definición de Kautsky, además de ser errónea y de no ser marxista, sirve de base a todo un sistema de concepciones que rompen totalmente con la teoría marxista y con la actuación práctica marxista, de lo cual hablaremos más adelante. Carece absolutamente de seriedad la discusión sobre palabras que Kautsky promueve: ¿cómo debe calificarse la fase actual del capitalismo, de imperialismo o de fase del capital financiero? Llamadlo como queráis, eso da lo mismo. Lo esencial es que Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, hablando de las anexiones como de la política "preferida" por el capital financiero y oponiendo a ella otra política burguesa posible, según él, basada en el mismo terreno del capital financiero. Resulta que, en la economía, los monopolios son compatibles con el modo de obrar no monopolista, no violento, no anexionista en política. Resulta que el reparto territorial del mundo, terminado precisamente en la época del capital financiero y que es la base de lo peculiar de las formas actuales de rivalidad entre los más grandes Estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. Resulta que de este modo se disimulan, se velan las contradicciones más importantes de la fase actual del capitalismo, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad; resulta reformismo burgués en lugar de marxismo.

Kautsky discute con Cunow, apologista alemán del imperialismo y de las anexiones, que razona de un modo burdo y cínico: el imperialismo es el capitalismo contemporáneo; el desarrollo del capitalismo es inevitable y progresista; por consiguiente, el imperialismo es progresista, ¡hay que arrastrarse, pues, ante el imperialismo y glorificarlo! Este razonamiento se parece, en cierto modo, a la caricatura de los marxistas rusos que los populistas hacían en los años de 1894 y 1895; si los marxistas consideran que el capitalismo es en Rusia inevitable y progresista, venían a decir, deben dedicarse a abrir

* *Die Neue Zeit*, 11 de septiembre de 1914, núm. 2 (t. 32), pág. 909; véase también 1915, núm. 2, pág. 107 y siguientes.

** Hobson. *Imperialismo*, Londres, 1902, pág. 324.

tabernas y a fomentar el capitalismo. Kautsky objeta a Cunow: no, el imperialismo no es el capitalismo contemporáneo, sino solamente una de las formas de la política del mismo; podemos y debemos luchar contra esa política, luchar contra el imperialismo, contra las anexiones, etc.

La objeción, completamente plausible al parecer, equivale en realidad a una defensa más sutil, más velada (y por eso más peligrosa) de la conciliación con el imperialismo, pues una "lucha" contra la política de los trusts y de los bancos que deja intactas las bases de la economía de los unos y de los otros es reformismo y pacifismo burgueses, no va más allá de los buenos y candorosos deseos. Volver la espalda a las contradicciones existentes y olvidar las más importantes, en vez de descubrirlas en toda su profundidad: eso es la teoría de Kautsky, la cual no tiene nada que ver con el marxismo. ¡Y, naturalmente, semejante "teoría" no persigue otro fin que defender la idea de la unidad con los Cunow!

"Desde el punto de vista puramente económico -escribe Kautsky-, no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva fase: la aplicación de la política de los cárteles a la política exterior, la fase del ultraimperialismo"[*], esto es, el superimperialismo, la unión de los imperialismos de todo el mundo, y no la lucha entre ellos, la fase del destierro de las guerras bajo el capitalismo, la fase de la "explotación general del mundo por el capital financiero unido en el plano internacional"[**].

Será preciso que nos detengamos más adelante en esta "teoría del ultraimperialismo" con el fin de hacer ver en detalle hasta qué punto rompe irremediable y decididamente con el marxismo. Lo que aquí debemos hacer, de acuerdo con el plan general de nuestro trabajo, es echar una ojeada a los datos económicos precisos que se refieren a este problema. ¿Es posible el "ultraimperialismo", "desde el punto de vista puramente económico", o es un ultradisparate?

Si por punto de vista puramente económico se entiende la "pura" abstracción, todo cuanto puede afirmarse se reduce a la tesis siguiente: el desarrollo va hacia el monopolio; por lo tanto, va hacia un monopolio mundial único, hacia un trust mundial único. Esto es indiscutible; pero, al mismo tiempo, es una vacuidad completa, por el estilo de la indicación de que "el desarrollo va" hacia la producción de los artículos alimenticios en los laboratorios. En este sentido, la "teoría" del ultra imperialismo es tan absurda como lo sería la de la "ultraagricultura".

Ahora bien, si se habla de las condiciones "puramente económicas" de la época del capital financiero como de una época históricamente concreta, encuadrada en los comienzos del siglo XX, la mejor respuesta a las abstracciones muertas del "ultraimperialismo" (que favorecen exclusivamente un propósito de lo más reaccionario: distraer la atención de las profundas contradicciones *existentes*) es contraponerles la realidad económica concreta de la economía mundial moderna. Las hueras divagaciones de Kautsky sobre el ultraimperialismo estimulan, entre otras cosas, la idea profundamente errónea, que lleva el agua al molino de los apologistas del imperialismo, según la cual la dominación del capital financiero *atenúa* la desigualdad y las contradicciones de la economía mundial, cuando, en realidad, lo que hace es *acentuarlas*.

R. Calwer, en su opúsculo *Introducción a la economía mundial*[***], ha intentado resumir los principales datos puramente económicos que permiten formarse una idea concreta de las relaciones dentro de la economía mundial en las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX. Calwer divide el mundo en cinco "regiones económicas principales": 1) la centroeuropea (toda Europa, excepto Rusia e Inglaterra); 2) la británica; 3) la de Rusia; 4) la oriental asiática, y 5) la americana, incluyendo las colonias en las "regiones" de los Estados a los cuales pertenecen y "dejando aparte" algunos países no incluidos en las regiones, por ejemplo: Persia, Afganistán y Arabia en Asia; Marruecos y Abisinia en África, etc.

Véase el cuadro que refleja, en forma resumida, los datos económicos sobre las regiones citadas, suministrados por dicho autor.

Vemos tres regiones con un capitalismo muy desarrollado (alto desarrollo de las vías de comunicación, del comercio y de la industria): la centroeuropea, la británica y la americana. Entre ellas, tres Estados que ejercen el dominio del mundo: Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. La rivalidad imperialista y la lucha entre ellos se hallan exacerbadas en extremo debido a que Alemania dispone de una región insignificante y de pocas colonias; la creación de una "Europa Central" es todavía cosa del futuro y se está gestando en una lucha desesperada. De momento, el rasgo característico de toda Europa es el fraccionamiento político. En las regiones británica y americana, por el contrario, es muy elevada la concentración política; pero hay una desproporción enorme entre la inmensidad de las colonias de la primera y la insignificancia de las que posee la segunda. Y en las colonias, el capitalismo no hace más que empezar a desarrollarse. La lucha por la América del Sur se va exacerbando cada día más.

[*] *Die Neue Zeit*, 1914, núm. 2 (t. 32), pág. 921, 11 de septiembre de 1914; véase también 1915, núm. 2, pág. 107 y siguientes.

[**] *Die Neue Zeit*, 1915, núm. 1, pág. 144, 30 de abril de 1915.

[***] R. Calwer. *Einführung in die Weltwirtschaft*, Berlín, 1906.

Regiones económicas principales del mundo	Superficie (en millones de Km2)	Población (en millones)	Vías de comunicación: Vías férreas (en miles de kilómetros)	Vías de comunicación: Marina mercante (en millones de toneladas)	Comercio: Exportación e importación (en miles de millones de marcos)	Industria: Extracción de carbón de piedra (en millones de toneladas)	Industria: Producción de hierro fundido (en millones de toneladas)	Industria: Número de usos de la industria textil (en millones)
1. centroeuropea	27,6 (23,6)*	388 (146)*	204	8	41	251	15	26
2. británica	28,9 (28,6)*	398 (355)*	140	11	25	249	9	51
3. de Rusia	22	131	63	1	3	16	3	7
4. asiáticoriental	12	389	8	1	2	8	0,02	2
5. americana.	30	148	379	6	14	245	14	19

* Las cifras entre paréntesis indican la extensión y la población de las colonias.

Hay dos regiones en las que el capitalismo está poco desarrollado: la de Rusia y la asiáticoriental. En la primera es extremadamente débil la densidad de la población; en la segunda es elevadísima; en la primera, la concentración política es grande; en la segunda no existe. El reparto de China no ha hecho más que empezar, y la lucha entre el Japón, los Estados Unidos, etc., por adueñarse de ella es cada día más intensa.

Compárese con esta realidad -la variedad gigantesca de condiciones económicas y políticas, la desproporción extrema en la rapidez de desarrollo de los distintos países, etc., la lucha rabiosa entre los Estados imperialistas- el necio cuento de Kautsky sobre el ultraimperialismo "pacífico". ¿No es esto el intento reaccionario de un asustado pequeño burgués que quiere ocultarse de la temible realidad? ¿Es que los cárteles internacionales, en los que Kautsky ve los gérmenes del "ultraimperialismo" (del mismo modo la producción de tabletas en los laboratorios "podría calificarse de germen de la ultraagricultura), no nos muestran el ejemplo de la partición *y de un nuevo reparto del mundo*, el tránsito del reparto pacífico al no pacífico, y viceversa? ¿Es que el capital financiero norteamericano y el de otros países, que se repartieron pacíficamente todo el mundo, con la participación de Alemania, en el sindicato internacional del raíl, pongamos por caso, o en el trust internacional de la marina mercante, no *reparten* hoy día *de nuevo* el mundo, basándose en las nuevas relaciones de fuerza, relaciones que se modifican de una manera que *no tiene nada* de pacífica?

El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan las diferencias entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial. Y si la correlación de fuerzas ha cambiado, *¿cómo* pueden superarse las contradicciones, *bajo el capitalismo*, si no es *por la fuerza*? La estadística de las vías férreas nos proporciona datos* de extraordinaria exactitud sobre la diferencia de ritmo en cuanto al crecimiento del capitalismo y del capital financiero en toda la economía mundial. Durante las últimas décadas de desarrollo imperialista, la longitud de las líneas férreas ha cambiado del modo siguiente:

Líneas férreas (en miles de kilómetros)

	1890		1913		Aumento	
Europa	224		346		122	
Estados Unidos de América	268		411		143	
Todas las colonias	82	125	210	347	128	222
Estados independientes y semiindependientes de Asia y América	43		137		94	
Total		617	1.104			

Las vías férreas se han desarrollado, pues, con la mayor rapidez en las colonias y en los Estados independientes (y semiindependientes) de Asia y América. Es sabido que el capital financiero de los cuatro o cinco Estados capitalistas más importantes ordena y manda allí de un modo absoluto. Doscientos mil kilómetros de nuevas líneas férreas en las colonias y en otros países de Asia y América significan más de 40 mil millones de marcos de nuevas inversiones de capital en condiciones particularmente ventajosas, con garantías especiales de rendimiento, con pedidos lucrativos para las fundiciones de acero, etc., etc.

Donde el capitalismo crece con mayor rapidez es en las colonias y en los países de ultramar. Entre ellos aparecen nuevas potencias imperialistas (el Japón). La lucha de los imperialismos mundiales se encona. Aumenta el tributo que el capital financiero percibe de las empresas coloniales y de ultramar, particularmente lucrativas. En el reparto de este "botín", una parte excepcionalmente grande va a parar a países que no siempre ocupan el primer lugar desde el punto de vista del ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas. En las potencias más importantes, tomadas junto con sus colonias, la longitud de las líneas férreas era la siguiente:

* *Anuario estadístico del Estado alemán, 1915; Archivo de las líneas férreas, 1892.* Por lo que se refiere a 1890 ha sido preciso determinar aproximadamente algunas pequeñas particularidades sobre la distribución de las vías férreas entre las colonias de los distintos países.

(en miles de kilómetros)

	1890	1913	Aumento
Estados Unidos	268	413	145
Imperio Británico	107	208	101
Rusia	32	78	46
Alemania	43	68	25
Francia	41	63	22
Total en las 5 potencias	491	830	339

Así pues, cerca del 80% de todas las líneas férreas se hallan concentradas en las cinco potencias más importantes. Pero la concentración de la *propiedad* de dichas líneas, la concentración del capital financiero es incomparablemente mayor aún, porque, por ejemplo, la inmensa mayoría de las acciones y obligaciones 'de los ferrocarriles americanos, rusos y de otros países pertenece a los millonarios ingleses y franceses.

Gracias a sus colonias, Inglaterra ha aumentado "su" red ferroviaria en 100.000 kilómetros, cuatro veces más que Alemania. Sin embargo, todo el mundo sabe que el desarrollo de las fuerzas productivas de Alemania en este mismo período, y sobre todo el desarrollo de la producción hullera y siderúrgica, ha sido incomparablemente más rápido que en Inglaterra, dejando ya a un lado a Francia y Rusia. En 1892 Alemania produjo 4,9 millones de toneladas de hierro fundido, contra los 6,8 de Inglaterra, mientras que en 1912 producía ya 17,6 contra 9,0, esto es ¡una superioridad gigantesca sobre Inglaterra!* Cabe preguntar: *en el terreno del capitalismo*, ¿qué otro medio podía haber que no fuera la guerra, para eliminar la desproporción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las "esferas de influencia" del capital financiero, por otra?

VIII. El parasitismo y la descomposición del capitalismo.

Ahora debemos detenernos en otro aspecto muy importante del imperialismo, al cual, en los razonamientos sobre este tema, no se concede la atención debida en la mayor parte de los casos. Uno de los defectos del marxista Hilferding consiste en que ha dado en este terreno un paso atrás en comparación con el no marxista Hobson. Nos referimos al parasitismo propio del imperialismo.

Según hemos visto, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del capitalismo y se halla en el ambiente general de éste, en el ambiente de la producción mercantil, de la competencia, en una contradicción constante e insoluble con dicho ambiente general. Pero, no obstante, como todo monopolio, el monopolio capitalista engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y a la descomposición. En la medida en que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso, de todo avance, surgiendo así, además, la posibilidad *económica* de contener artificialmente el progreso técnico. Ejemplo: En los Estados Unidos, cierto Owens inventó una máquina que hacía una revolución en la fabricación de botellas. El cártel alemán de fabricantes de botellas le compró las patentes y las guardó bajo llave, retrasando su aplicación. Naturalmente, bajo el capitalismo, el monopolio jamás puede eliminar por completo y por un período muy prolongado del mercado mundial la competencia (ésta es, dicho sea de paso, una de las razones de que sea un absurdo la teoría del ultraimperialismo). Desde luego, la posibilidad de disminuir los gastos de producción y de aumentar los beneficios, haciendo mejoras técnicas, obra a favor de las modificaciones. Pero la *tendencia* al estancamiento ya la descomposición, inherente al monopolio, sigue obrando a su vez; y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay períodos en que llega a imponerse.

El monopolio de la posesión de colonias particularmente vastas, ricas o favorablemente situadas, obra en el mismo sentido.

Prosigamos. El imperialismo es una inmensa acumulación, en unos pocos países, de un capital monetario que, como hemos visto, alcanza la suma de 100 a 150 mil millones de francos en valores. De ahí el incremento extraordinario de la clase o, mejor dicho, del sector rentista, esto es, de los individuos que viven del "corte del cupón", que para nada participan en ninguna empresa y cuya profesión es la ociosidad. La exportación de capitales, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, acentúa todavía más este divorcio completo entre el sector rentista y la producción, imprime un sello de parasitismo a todo el país, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar.

"En 1893 -dice Hobson-, el capital británico invertido en el extranjero asciende a cerca del 15% de toda la riqueza del Reino Unido"**. Recordemos que en 1915 dicho capital había aumentado aproximadamente en dos veces y media. "El imperialismo agresivo -añade más adelante Hobson-, que tan caro cuesta a los contribuyentes y tan poca importancia tiene para el industrial y el comerciante..., es fuente de grandes beneficios para el capitalista que busca el modo de invertir su

* Compárese también con Edgar Crammond. *Las relaciones económicas de los imperios británico y alemán*, en *Journal of the Royal Statistical Society*, julio de 1914, pág. 777 y siguientes.

** Hobson. Obra cit., págs. 59, 62.

capital"... (en inglés esta noción se expresa con una sola palabra: *investor*, rentista)... "Giffen, especializado en problemas de estadística, estima en dieciocho millones de libras esterlinas (unos 170 millones de rublos), calculando a razón de un 2,5% sobre un giro total de 800 millones de libras, el beneficio que en 1899 percibió la Gran Bretaña de su comercio exterior y colonial, de la importación y la exportación". Por grande que sea esta suma, no puede explicar el imperialismo agresivo de la Gran Bretaña. Lo que lo explica son los 90 ó 100 millones de libras esterlinas que representan el beneficio del capital "invertido", el beneficio del sector de los rentistas.

¡El beneficio de los rentistas es *cinco veces* mayor que el beneficio del comercio exterior del país más "comercial" del mundo! ¡He aquí la esencia del imperialismo y del parasitismo imperialista!

Por este motivo, la noción de "Estado rentista" (*Rentnerstaat*) o Estado usurero está pasando a ser de uso general en las publicaciones económicas sobre el imperialismo. El mundo ha quedado dividido en un puñado de Estados usureros y una mayoría gigantesca de Estados deudores. "Entre el capital invertido en el extranjero -escribe Schulze-Gaevernitz- se halla, en primer lugar, el capital colocado en los países políticamente dependientes o aliados: Inglaterra hace préstamos a Egipto, el Japón, China y América del Sur. En caso extremo, su escuadra cumple las funciones de alguacil. La fuerza política de Inglaterra la pone a cubierto de la indignación de sus deudores"[*]. Sartorius von Waltershausen, en su obra *El sistema económico de inversión de capital en el extranjero*, presenta a Holanda como modelo de "Estado rentista" e indica que Inglaterra y Francia van tomando asimismo este carácter[**]. A juicio de Schilder hay cinco países industriales que son "Estados acreedores bien definidos": Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. Si no incluye a Holanda en este grupo es únicamente porque se trata de un país "poco industrial"**[*]. Estados Unidos es acreedor solamente respecto a América.

"Inglaterra -dice Schulze-Gaevernitz- se está convirtiendo paulatinamente de Estado industrial en Estado acreedor. A pesar del aumento absoluto de la producción y de la exportación industriales, crece la importancia relativa para toda la economía nacional de los ingresos procedentes de los intereses y de los dividendos, de las emisiones, de las comisiones y de la especulación. A mi juicio, esto es precisamente lo que constituye la base económica del auge imperialista. El acreedor tiene una ligazón más sólida con el deudor que el vendedor con el comprador"**[**]. Con respecto a Alemania, A. Lansburgh, director de la revista berlinesa *Die Bank*, escribía en 1911 lo siguiente en el artículo *Alemania, Estado rentista*: "En Alemania, la gente se ríe de buena gana de la tendencia a convertirse en rentista que se observa en Francia. Ahora bien, se olvidan de que, por lo que se refiere a la burguesía, las condiciones de Alemania se parecen cada día más a las de Francia"**[***].

El Estado rentista es el Estado del capitalismo parasitario y en descomposición, y esta circunstancia no puede, dejar de reflejarse, tanto en todas las condiciones políticas y sociales de los países respectivos, en general, como en las dos tendencias fundamentales del movimiento obrero, en particular. Para mostrarlo de la manera más patente posible, concedamos la palabra a Hobson, el testigo más "seguro", ya que no se le puede sospechar de parcialidad por la "ortodoxia marxista"; por otra parte, siendo inglés, conoce bien la situación del país más rico en colonias, en capital financiero y en experiencia imperialista.

Describiendo, bajo la viva impresión de la guerra anglo-bóer, los lazos que unen el imperialismo con los intereses de los "financieros", el aumento de los beneficios resultantes de las contratas, de los suministros, etc., Hobson decía: "Los orientadores de esta política netamente parasitaria son los capitalistas; pero los mismos motivos se dejan sentir también sobre categorías especiales de obreros. En muchas ciudades, las ramas más importantes de la industria dependen de los pedidos del gobierno; el imperialismo de los centros de la industria metalúrgica y de las construcciones navales depende en gran parte de este hecho". Circunstancias de dos órdenes, a juicio del autor, han debilitado la fuerza de los viejos imperios: 1) el "parasitismo económico" y 2) la formación de ejércitos con soldados de los pueblos dependientes. "Lo primero es costumbre del parasitismo económico, con el que el Estado dominante utiliza sus provincias, colonias y países dependientes para enriquecer a su clase gobernante y sobornar a las clases inferiores a fin de lograr su aquiescencia". Para que este soborno resulte posible en el aspecto económico, sea cual fuere la forma en que se realice, es necesario -añadiremos por nuestra cuenta- un elevado beneficio monopolista.

En lo que se refiere a la segunda circunstancia, Hobson dice: "Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo es la despreocupación con que la Gran Bretaña, Francia y otras naciones imperialistas emprenden este camino. La Gran Bretaña ha ido más lejos que nadie. La mayor parte de las batallas mediante las cuales conquistamos nuestro Imperio Indio las sostuvieron tropas

---

[*] Schulze-Gaevernitz. *El imperialismo británico*, pág. 320 y otras.

[**] Sartorius von Waltershausen. *El sistema económico de inversión de capital en el extranjero*, Berlín, 1907, tomo IV.

[***] Schilder. Pág. 393.

[****] Schulze-Gaevernitz. *El imperialismo británico*, pág. 122.

[*****] *Die Bank*, 1911, núm. 1, págs. 10 y 11.

indígenas; en la India, como últimamente en Egipto, grandes ejércitos permanentes se hallan bajo el mando de británicos; casi todas nuestras guerras de conquista en África, exceptuando el Sur, las hicieron para nosotros los indígenas".

La perspectiva del reparto de China suscita en Hobson el siguiente juicio económico: "La mayor parte de la Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertas partes de los países que la componen: el Sur de Inglaterra, la Riviera y los lugares de Italia y Suiza más frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, es decir: un puñado de ricos aristócratas que perciben dividendos y pensiones del Extremo Oriente con un grupo algo más considerable de empleados profesionales y de comerciantes y un número mayor de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria dedicada a la terminación de artículos manufacturados. En cambio, las ramas principales de la industria desaparecerían, y los productos alimenticios de gran consumo y los artículos semimanufacturados corrientes afluirían, como un tributo, de Asia y África". "He aquí qué posibilidades nos ofrece una alianza más vasta de los Estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias: dicha federación, lejos de impulsar la civilización mundial, podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental: formar un grupo de naciones industriales avanzadas, cuyas clases superiores percibirían enormes tributos de Asia y África; esto les permitiría mantener a grandes masas de empleados y criados sumisos, ocupados no ya en la producción agrícola e industrial en masa, sino en el servicio personal o en el trabajo industrial secundario, bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Que los que se hallan dispuestos a desentenderse de esta teoría" (debería decirse perspectiva) "como indigna de ser examinada reflexionen sobre las condiciones económicas y sociales de las regiones del Sur de la Inglaterra' actual que se hallan ya en esta situación. Que piensen en las inmensas proporciones que podría adquirir dicho sistema si China fuese sometida al control económico de tales grupos financieros, de los inversionistas, de sus agentes políticos y empleados comerciales e industriales, que extraerían beneficios del más grande depósito potencial que jamás haya conocido el mundo con objeto de consumirlos en Europa. Naturalmente, la situación es excesivamente compleja, el juego de las fuerzas mundiales es demasiado difícil de calcular para que resulte muy verosímil esa u otra previsión del futuro en una sola dirección. Pero las influencias que gobiernan el imperialismo de la Europa Occidental en la actualidad se orientan en este sentido, y si no chocan con una resistencia, si no son desviadas hacia otra parte, avanzarán precisamente hacia tal culminación de este proceso"*.

El autor tiene toda la razón: si las fuerzas del imperialismo no tropezaran con resistencia alguna, conducirían indefectiblemente a ello. La significación de los "Estados Unidos de Europa", en la situación actual, imperialista, la comprende Hobson con acierto. Convendría únicamente añadir que *también dentro* del movimiento obrero los oportunistas, vencedores de momento en la mayoría de los países, "trabajan" de una manera sistemática y firme en esta dirección. El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación no sólo de China e implica ganancias monopolistas elevadas para un puñado de los países más ricos, origina la posibilidad económica de sobornar a las capas superiores del proletariado, y, con ello, nutre el oportunismo, le da cuerpo y lo refuerza. No se deben, sin embargo, olvidar las fuerzas que contrarrestan al imperialismo en general y al oportunismo en particular, y que, naturalmente, no puede ver el social liberal Hobson.

El oportunista alemán Gerhard Hildebrand, expulsado hace ya tiempo del partido por su defensa del imperialismo y que en la actualidad podría ser jefe del llamado Partido "Socialdemócrata" de Alemania, completa muy bien a Hobson al preconizar los "Estados Unidos de Europa Occidental" (sin Rusia) para emprender acciones "comunes"... contra los negros africanos y contra el "gran movimiento islamita", para mantener "un fuerte ejército y una escuadra potente" contra la "coalición chino-japonesa"**, etc.

La descripción que Schulze-Gaevernitz hace del "imperialismo británico" nos muestra los mismos rasgos de parasitismo. La renta nacional de Inglaterra se duplicó aproximadamente de 1865 a 1898, mientras que los ingresos procedentes "del extranjero", durante ese mismo período, aumentaron *en nueve veces*. Si el "mérito" del imperialismo consiste en que "educa al negro para el trabajo" (es imposible evitar la coerción...), su "peligro" consiste en que "Europa descargue el trabajo físico -al principio el agrícola y el minero, después el trabajo industrial más rudo- sobre las espaldas de la población de color, y se reserva el papel de rentista, preparando acaso de este modo la emancipación económica y, después, política de las razas de color".

En Inglaterra se quita a la agricultura una parte de tierra cada día mayor para dedicarla al deporte, a las diversiones de los ricachos. Por lo que se refiere a Escocia -el lugar más aristocrático para la caza y otros deportes-, se dice que "vive de su pasado y de mister Carnegie" (un multimillonario norteamericano). Sólo en las carreras de caballos y

* Hobson. Obra citada, pág. 130, 205, 144, 335, 386.

** Gerhard Hildebrand. *Conmoción del dominio de la industria y del socialismo industrial*, 1910, pág. 229 y siguientes.

en la caza de zorros gasta anualmente Inglaterra catorce millones de libras esterlinas (unos 130 millones de rublos). El número de rentistas ingleses se acerca al millón. El tanto por ciento de la población productora disminuye:

Años	Población de Inglaterra (en millones de habitantes)	Número de obreros en las ramas principales de la industria (en millones)	Tanto por ciento con respecto a la población
1851	17,9	4,1	23
1901	32,5	4,9	15

El investigador burgués del "imperialismo británico de principios del siglo XX", al hablar de la clase obrera inglesa, se ve obligado a trazar regularmente una diferencia entre la "*capa superior*" de los obreros y la "*capa inferior, proletaria propiamente dicha*". La capa superior suministra la masa de los miembros de las cooperativas y de los sindicatos, de las sociedades deportivas y de las numerosas sectas religiosas. El derecho electoral se halla adaptado al nivel de dicha categoría y ¡¡"sigue siendo en Inglaterra *lo suficiente limitado para excluir a la capa inferior proletaria propiamente dicha*"!! Para dar una idea favorable de la situación de la clase obrera inglesa se habla ordinariamente sólo de esa capa superior, la cual constituye la minoría del proletariado: por ejemplo, "el problema del paro forzoso es algo que afecta principalmente a Londres y al sector proletario inferior, *del cual los políticos hacen poco caso*..."[*]. Se debería decir: del cual los politicastros burgueses y los oportunistas "socialistas" hacen poco caso.

Entre las particularidades del imperialismo relacionadas con los fenómenos de que hemos hablado figura el descenso de la emigración de los países imperialistas y el aumento de la inmigración (afluencia de obreros y éxodo) de países más atrasados, donde el nivel de los salarios es más bajo. La emigración de Inglaterra, como lo hace observar Hobson, disminuye á partir de 1884: en este año el número de emigrantes fue de 242.000, y en 1900, de 169.000. La emigración de Alemania alcanzó el máximo entre 1881 y 1890: 1.453.000, descendiendo en los dos decenios siguientes hasta 544.000 y 341.000. En cambio, aumentó el número de obreros llegados a Alemania de Austria, Italia, Rusia y otros países. Según el censo de 1907, en Alemania había 1.342.294 extranjeros, de los cuales 440.800 eran obreros industriales y 257.329, agrícolas[**]. En Francia, "una parte considerable" de los mineros son extranjeros: polacos, italianos, españoles[***]. En los Estados Unidos, los inmigrados de la Europa Oriental y Meridional ocupan los puestos peor retribuidos, mientras que los obreros norteamericanos suministran el mayor porcentaje de capataces y personal mejor retribuido[****]. El imperialismo tiene la tendencia a formar categorías privilegiadas también entre los obreros y a divorciarlas de las grandes masas del proletariado.

Es preciso hacer notar que, en Inglaterra, la tendencia del imperialismo a escindir a los obreros y a acentuar el oportunismo entre ellos, a llevar a cabo una descomposición temporal del movimiento obrero se manifestó mucho antes de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Esto se explica porque, desde mediados del siglo pasado, existían en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: inmensas posesiones coloniales y situación de monopolio en el mercado mundial. Durante decenas de años, Marx y Engels estudiaron sistemáticamente esa relación entre el oportunismo en el movimiento obrero y las particularidades imperialistas del capitalismo inglés. Engels escribía, por ejemplo, a Marx el 7 de octubre de 1858: "El proletariado inglés se va aburguesando de hecho cada día más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resumidas cuentas; *al lado* de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico". Casi un cuarto de siglo después, en su carta del 11 de agosto de 1881, habla de las "peores tradeuniones inglesas que permiten que las dirija gente vendida a la burguesía o, cuando menos, pagada por ella". Y el 12 de septiembre de 1882, en una carta a Kautsky, Engels escribía: "Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un partido obrero, no hay más que conservadores y radicales liberales, y los obreros se aprovechan con ellos, con la mayor tranquilidad del mundo, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial[*****] (Engels expone la misma idea en el prólogo a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1892).

Aquí figuran, claramente indicadas, las causas y los efectos. Causas: 1) explotación del mundo entero por este país; 2) su situación de monopolio en el mercado mundial; 3) su monopolio colonial. Efectos: 1) aburguesamiento de una parte del proletariado

[*] Schulze-Gaevernitz. *El imperialismo británico*, pág. 301.
[**] *Estadísticas del Estado alemán*, Bd. 211.

[***] Henger. *Las inversiones de capital de los franceses*, Stuttgart, 1913.
[****] Hourwich. *Inmigración y trabajo*, Nueva York, 1913.
[*****] *Correspondencia de Marx y Engels*, vol. II, pág. 290; IV, pág. 433; C. Kautsky. *El socialismo y la política colonial*, Berlín, 1907. pág. 79. Este folleto fue escrito en los tiempos, tan remotos ya, en que Kautsky era marxista.

inglés; 2) una parte de él permite que lo dirija gente vendida a la burguesía o, cuando menos, pagada por la burguesía. El imperialismo de comienzos del siglo XX terminó el reparto del mundo entre un puñado de Estados, cada uno de los cuales explota actualmente (en el sentido de la obtención de superganancias) una parte "del mundo entero" algo menor que la explotada por Inglaterra en 1858; cada uno de ellos ocupa una posición de monopolio en el mercado mundial gracias a los trusts, a los cárteles, al capital financiero, a las relaciones del acreedor con el deudor; cada uno de ellos dispone hasta cierto punto de un monopolio colonial (según hemos visto, de los 75 millones de kilómetros cuadrados de todas las colonias del mundo, 65 millones, es decir, el 86%, se hallan concentrados en manos de seis potencias; 61 millones, esto es, el 81% están concentrados en manos de tres potencias).

Lo que distingue la situación actual es la existencia de unas condiciones económicas y políticas que por fuerza han tenido que hacer todavía más incompatible el oportunismo con los intereses generales y vitales del movimiento obrero: el imperialismo embrionario se ha convertido en el sistema dominante; los monopolios capitalistas han pasado al primer plano en la economía nacional y en la política; el reparto del mundo se ha llevado a su término; pero, por otra parte, en vez del monopolio indiviso de Inglaterra, vemos la lucha que un pequeño número de potencias imperialistas sostiene por participar en ese monopolio, lucha que caracteriza todo el comienzo del siglo XX. El oportunismo no puede ahora resultar completamente victorioso en el movimiento obrero de un país durante decenas de años, como triunfó en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX, pero en algunos países ha alcanzado su plena madurez, ha pasado esa fase y se ha descompuesto, fundiéndose del todo, bajo la forma del socialchovinismo, con la política burguesa*.

IX. La crítica del imperialismo.

Entendemos la crítica del imperialismo, en el lato sentido de la palabra, como actitud de las distintas clases de la sociedad ante la política del imperialismo en consonancia con la ideología general de las mismas.

Las gigantescas proporciones del capital financiero, concentrado en pocas manos, que ha dado origen a una red extraordinariamente vasta y densa de relaciones y vínculos y que ha subordinado a su férula no sólo a la generalidad de los capitalistas y patronos medios y pequeños, sino también a los más insignificantes, por una parte, y la exacerbación, por otra, de la lucha con otros grupos nacional-estatales de financieros por el reparto del mundo y por el dominio sobre otros países originan el paso en bloque de todas las clases poseedoras al lado del imperialismo. El signo de nuestro tiempo es el entusiasmo "general" por las perspectivas del imperialismo, la defensa rabiosa del mismo, su embellecimiento por todos los medios. La ideología imperialista penetra incluso en el seno de la clase obrera, que no está separada de las otras clases por una muralla china. Si los jefes de lo que ahora llaman Partido "Socialdemócrata" de Alemania han sido calificados con justicia de "socialimperialistas", esto es, de socialistas de palabra e imperialistas de hecho, Hobson hacía notar ya en 1902 la existencia de "imperialistas fabianos" en Inglaterra, pertenecientes a la oportunista "Sociedad Fabiana".

Los científicos y los publicistas burgueses defienden ordinariamente el imperialismo en una forma algo encubierta, velando la dominación absoluta del imperialismo y sus raíces profundas, procurando llevar a primer plano las particularidades y los detalles secundarios, esforzándose por desviar la atención de lo esencial mediante proyectos de "reformas" faltos por completo de seriedad, tales como el control policiaco de los trusts o de los bancos, etc. Son menos frecuentes las manifestaciones de los imperialistas cínicos, declarados, que tienen el valor de reconocer lo absurdo de la idea de reformar las características fundamentales del imperialismo.

Pongamos un ejemplo. Los imperialistas alemanes se esfuerzan por seguir de cerca, en *Archivo de la Economía Mundial*, los movimientos de liberación nacional de las colonias, y particularmente, como es natural, de las no alemanas. Señalan la efervescencia y las protestas en la India, el movimiento en Natal (África del Sur), en la India Holandesa, etc. Uno de ellos, en un suelto a propósito de una publicación inglesa que informaba sobre la conferencia de naciones y razas sometidas, que se celebró del 28 al 30 de junio de 1910 y en la cual participaron representantes de distintos pueblos de Asia, África y Europa que se hallan bajo la dominación extranjera, se expresa así, al comentar los discursos allí pronunciados: "Hay que luchar contra el imperialismo, se nos dice; los Estados dominantes deben reconocer el derecho a la independencia de los pueblos sometidos; un tribunal internacional debe velar por el cumplimiento de los tratados concertados entre las grandes potencias y los pueblos débiles. La conferencia no va más allá de esos deseos candorosos. No vemos ni el menor indicio de que se comprenda la verdad de que el imperialismo esté indisolublemente ligado al capitalismo en su forma actual y que por ello (!!) la lucha directa contra el imperialismo esté condenada al fracaso, a no ser que

* El socialchovinismo ruso de los señores Potrésov, Chjenkeli, Máslov, etc., lo mismo en su forma franca que en su forma encubierta (los señores Chjeídze, Skóbelev, Axelrod, Mártov, etc.), también nació del oportunismo, en su variedad rusa: el liquidacionismo.

se limite a protestas contra algunos excesos particularmente odiosos"[*]. Como el arreglo reformista de las bases del imperialismo es un engaño; un "deseo candoroso", como los elementos burgueses de las naciones oprimidas no van "más allá", hacia adelante, los burgueses de la nación opresora van "más allá" *hacia atrás*, hacia el servilismo al imperialismo encubierto con pretensiones "científicas". ¡Vaya "lógica"!

Lo esencial de la crítica del imperialismo estriba en saber si es posible modificar mediante reformas las bases del imperialismo, si hay que seguir adelante, exacerbando y ahondando más las contradicciones que el imperialismo engendra, o hay que retroceder, atenuando dichas contradicciones. Como las particularidades políticas del imperialismo son la reacción en toda la línea y la intensificación del yugo nacional -consecuencia del yugo de la oligarquía financiera y de la supresión de la libre competencia-, la oposición democrática pequeñoburguesa al imperialismo aparece en casi todos los países imperialistas a principios del siglo XX. Y la ruptura con el marxismo por parte de Kautsky y de la vasta corriente internacional del kautskismo consiste precisamente en que Kautsky, además de no preocuparse, de no saber enfrentarse a esa oposición pequeñoburguesa, reformista, fundamentalmente reaccionaria en lo económico, se ha fundido prácticamente con ella.

En los Estados Unidos, la guerra imperialista de 1898 contra España provocó la oposición de los "antimperialistas", los últimos mohicanos de la democracia burguesa, que calificaban de "criminal" dicha guerra, consideraban anticonstitucional la anexión de tierras ajenas, denunciaban como "un engaño de los chovinistas" la actitud con Aguinaldo, el jefe de los indígenas filipinos (después de prometerle la libertad de su país, desembarcaron tropas norteamericanas y se anexionaron las Filipinas), y citaban las palabras de Lincoln: "Cuando el blanco se gobierna a sí mismo, esto es autonomía; cuando se gobierna y al mismo tiempo gobierna a otros, no es ya autonomía, es despotismo"[**]. Pero mientras toda esa crítica temía reconocer los vínculos indisolubles existentes entre el imperialismo y los trusts, y, por consiguiente, entre el imperialismo y los fundamentos del capitalismo, mientras temía unirse a las fuerzas proporcionadas por el gran capitalismo y su desarrollo, no pasaba de ser un "deseo candoroso".

Tal es también la posición fundamental de Hobson en su crítica del imperialismo. Hobson se ha anticipado a Kautsky al levantarse contra la "inevitabilidad del imperialismo" y al invocar la necesidad de "elevar la capacidad de consumo" de la población (¡bajo el régimen capitalista!). Mantienen una posición pequeñoburguesa en la crítica del imperialismo, de la omnipotencia de los bancos, de la oligarquía financiera, etc., Agahd, A. Lansburgh y L. Eschwege, a los que hemos citado reiteradas veces, y, entre los escritores franceses, Víctor Bérard, autor de una obra superficial que apareció en 1900 con el título de *Inglaterra y el imperialismo*. Todos ellos, sin ninguna pretensión de marxismo, oponen al imperialismo la libre competencia y la democracia, condenan la empresa del ferrocarril de Bagdad, que conduce a conflictos y a la guerra, manifiestan el "deseo candoroso" de vivir en paz, etc.; así lo hace incluso A. Neymarck, cuya especialidad es la estadística de las emisiones internacionales, el cual, calculando los centenares de miles de millones de francos de valores "internacionales", exclamaba en 1912: "¿Cómo es posible suponer que la paz pueda ser puesta en peligro... arriesgarse, dada la existencia de cifras tan considerables, a provocar la guerra?" [***]

En los economistas burgueses esa ingenuidad no tiene nada de sorprendente; tanto más que les *conviene* parecer tan ingenuos y hablar "en serio" de la paz bajo el imperialismo. Pero ¿qué le queda de marxismo a Kautsky, cuando en 1914, 1915 y 1916 adopta ese mismo criterio burgués reformista y afirma que "todo el mundo está de acuerdo" (imperialistas, seudosocialistas y socialpacifistas) en lo que se refiere a la paz? En vez de analizar y de poner al descubierto en toda su profundidad las contradicciones del imperialismo, no vemos más que el "deseo candoroso" y reformista de eludirlas, de desentenderse de ellas.

He aquí una pequeña muestra de la crítica económica que del imperialismo hace Kautsky, tomando los datos sobre el movimiento de exportación e importación entre Inglaterra y Egipto en 1872 y 1912: resulta que esa exportación e importación aumentó menos que la exportación y la importación generales de Inglaterra. Y Kautsky infiere: "No tenemos fundamento alguno para suponer que, sin la ocupación militar de Egipto, el comercio con él habría crecido menos bajo el simple peso de los factores económicos". "Como mejor puede realizar el capital su tendencia a la expansión" "no es por medio de los métodos violentos del imperialismo, sino por la democracia pacífica"[****].

Este razonamiento de Kautsky, repetido de mil maneras por su escudero ruso (y encubridor ruso de los socialchovinistas), señor Spectator, es la base de la crítica kautskiana del imperialismo, y por esto debemos detenemos con más detalle en él. Empecemos citando a Hilferding, cuyas conclusiones ha declarado Kautsky muchas veces, por ejemplo, en

[*] *Archivo de la Economía Mundial*, vol. II, pág. 193.

[**] J. Patouillet. *El imperialismo americano*, Dijon, 1904, pág. 272.

[***] *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, t. XIX. libro II, pág. 225.

[****] Kautsky. *El Estado nacional, el Estado imperialista y la unión de los Estados*, Nuremberg, 1915, págs. 72 y 70.

abril de 1915, que eran "aceptadas unánimemente por todos los teóricos socialistas".

"No incumbe al proletariado -dice Hilferding- oponer a la política capitalista más progresista la política pasada de la época del librecambio y la actitud hostil al Estado. La respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero, al imperialismo, puede ser no el librecambio, sino solamente el socialismo. El fin de la política proletaria no puede ser actualmente la restauración de la libre competencia -que se ha convertido ahora en un ideal reaccionario-, sino únicamente la destrucción completa de la competencia mediante la supresión del capitalismo"*.

Kautsky ha roto con el marxismo al defender para la época del capital financiero un "ideal reaccionario", la "democracia pacífica", el "simple peso de los factores económicos", pues este ideal arrastra *objetivamente* hacia atrás, del capitalismo monopolista al capitalismo no monopolista, y es un engaño reformista.

El comercio con Egipto (o con otra colonia o semicolonia) "habría crecido" más sin la ocupación militar, sin el imperialismo, sin el capital financiero. ¿Qué significa esto? ¿Que el capitalismo se desarrollaría con mayor rapidez si la libre competencia no conociera la limitación que le imponen los monopolios en general, las "relaciones" o el yugo (esto es, el monopolio) del capital financiero y la posesión monopolista de las colonias por parte de algunos países?

Los razonamientos de Kautsky no pueden tener otro sentido, y *este* "sentido" es un sin sentido. Admitamos que *sí*, que la libre competencia, sin monopolios de ninguna especie, *podría* desarrollar el capitalismo y el comercio con mayor rapidez. Pero cuanto más rápido es el desarrollo del comercio y del capitalismo, tanto más intensa es la concentración de la producción y del capital que *engendra* el monopolio. ¡Y los monopolios han nacido *ya* precisamente *de* la libre competencia! Aun en el caso de que los monopolios frenasen actualmente su desarrollo, esto no sería, a pesar de todo, un argumento a favor de la libre competencia, la cual es imposible después de haber dado origen a los monopolios.

Por más vueltas que se dé a los razonamientos de Kautsky, no se hallará en ellos más que reacción y reformismo burgués.

Si se corrige este razonamiento, y se dice, como lo hace Spectator, que el comercio de las colonias inglesas con la metrópoli progresa en la actualidad con más lentitud que con otros países, esto tampoco salva a Kautsky, pues Inglaterra resulta batida *también* por el monopolio, *también* por el imperialismo, pero de otros países (Estados Unidos, Alemania). Se sabe que los cárteles han conducido al establecimiento de aranceles proteccionistas de un tipo nuevo, original: se protegen (como lo hizo observar ya Engels en el III tomo de *El Capital*) precisamente los productos susceptibles de ser exportados. Es conocido asimismo el sistema, propio de los cárteles y del capital financiero, de "exportación a bajo precio", el "dumping", como dicen los ingleses: en el interior del país, el cártel vende sus productos a un precio monopolista elevado, y en el extranjero los coloca a un precio bajísimo con objeto de arruinar al competidor, ampliar al máximo su propia producción, etc. Si Alemania desarrolla su comercio con las colonias inglesas con mayor rapidez, esto demuestra solamente que el imperialismo alemán es más lozano y fuerte que el inglés, que está mejor organizado y es superior a éste, pero no demuestra, ni mucho menos, la "preponderancia" del librecambio, porque no es el librecambio lo que lucha contra el proteccionismo y contra la dependencia colonial, sino un imperialismo contra otro, un monopolio contra otro, un capital financiero contra otro. La preponderancia del imperialismo alemán sobre el inglés es más fuerte que la muralla de las fronteras coloniales o de los aranceles proteccionistas: sacar de ahí un "argumento" *a favor* del librecambio y de la "democracia pacífica" equivale a sostener una trivialidad, a olvidar los rasgos y las propiedades fundamentales del imperialismo, a sustituir el marxismo con el reformismo pequeñoburgués.

Es interesante hacer notar que incluso el economista burgués A. Lansburgh, que critica el imperialismo de manera tan pequeñoburguesa como Kautsky, ha abordado, sin embargo, de un modo más científico que él la ordenación de los datos de la estadística comercial. Lansburgh no ha comparado un país tomado al azar, y precisamente una colonia, con los demás países, sino que ha comparado las exportaciones de un país imperialista: 1) a los países dependientes de él en las finanzas, que han recibido empréstitos suyos y 2) a los países independientes de él en el aspecto financiero. El resultado obtenido es el siguiente:

Exportación de Alemania (en millones de marcos) A los países dependientes de ella en el aspecto financiero

Países	1889	1908	Aumento
Rumania	48,2	70,8	47%
Portugal	19,0	32,8	73%
Argentina	60,7	147,0	143%
Brasil	48,7	84,5	73%
Chile	28,3	52,4	85%
Turquía	29,9	64,0	114%
Total	234,8	451,5	92%

* *El capital financiero*, pág. 567.

A los países independientes de ella en el aspecto financiero

Países	1889	1908	Aumento
Gran Bretaña	651,8	997,4	53%
Francia	210,2	437,9	108%
Bélgica	137,2	322,8	135%
Suiza	177,4	401,1	127%
Australia	21,2	64,5	205%
India Holandesa	8,8	40,7	363%
Total	1.206,6	2.264,4	87%

Lansburgh no hizo el *balance* y, por eso, cosa peregrina, no se dio cuenta de que si estas cifras prueban algo es sólo *contra* él, pues la exportación a los países dependientes de Alemania en las finanzas ha crecido, *a pesar de todo*, *con mayor rapidez*, aunque no de un modo muy considerable, que la exportación a los países que no dependen en las finanzas (subrayamos el "si" porque la estadística de Lansburgh dista mucho de ser completa).

Refiriéndose a la relación entre la exportación y los empréstitos, Lansburgh dice:

"En 1890-1891 se concertó el empréstito rumano por mediación de los bancos alemanes, los cuales, en dos años anteriores, adelantaron ya dinero a cuenta del mismo. El empréstito sirvió principalmente para adquirir material ferroviario en Alemania. En 1891, la exportación alemana a Rumania fue de 55 millones de marcos. Al año siguiente descendió hasta 39,4 millones y, con intervalos, hasta 25,4 millones en 1900. Únicamente en estos últimos años, gracias a otros dos nuevos empréstitos, se ha recuperado el nivel de 1891.

La exportación alemana a Portugal aumentó, gracias a los empréstitos de 1888 y 1889, hasta 21,1 millones de marcos (1890); después, en los dos años siguientes, descendió hasta 16,2 y 7,4 millones, y únicamente alcanzó su antiguo nivel en 1903.

Son todavía más expresivos los datos del comercio germano-argentino. Merced a los empréstitos de 1888 y 1890, la exportación alemana a la Argentina alcanzó en 1889 la cifra de 60,7 millones de marcos. Dos años más tarde era sólo de 18,6 millones, esto es, menos de la tercera parte. Sólo en 1901 es alcanzado y rebasado el nivel de 1889, lo que se debe a los nuevos empréstitos estatales y municipales, a la entrega de dinero para la construcción de centrales eléctricas y a otras operaciones de crédito.

La exportación a Chile aumentó, gracias al empréstito de 1889, hasta 45,2 millones de marcos (1892), descendiendo un año después a 22,5 millones. Después de un nuevo empréstito, concertado por intermedio de los bancos alemanes en 1906, la exportación se elevó hasta 84,7 millones de marcos (1907) para descender de nuevo a 52,4 millones en 1908"*.

Lansburgh deduce de estos hechos una divertida moraleja pequeñoburguesa: lo efímero y desigual de la exportación relacionada con los empréstitos, lo mal que está exportar capitales al extranjero en vez de fomentar la industria patria de un modo "natural" y "armónico", lo "caras" que le resultan a Krupp las gratificaciones de millones y millones al ser concertados los empréstitos extranjeros, etc. Pero los hechos son claros: el aumento de la exportación está *precisamente* relacionado con las fraudulentas maquinaciones del capital financiero, que no se preocupa de la moral burguesa y despelleja al buey dos veces: primero, saca el beneficio del empréstito, y segundo, un beneficio de *ese mismo* empréstito, al invertido en adquirir artículos de Krupp o material ferroviario del consorcio del acero, etc.

Repetimos que estamos lejos de considerar perfecta la estadística de Lansburgh, pero era indispensable reproducirla, porque es más científica que la de Kautsky y la de Spectator, ya que Lansburgh indica una manera acertada de enfocar el problema. Para razonar sobre la significación del capital financiero en lo que se refiere a la exportación, etc., es indispensable saber destacada de manera especial y únicamente en su relación con las maquinaciones de los financieros, de manera especial y únicamente en su relación con la venta de los productos de los cárteles, etc. Limitarse a comparar sencillamente las colonias en general con los países no coloniales, un imperialismo con otro, una semicolonia o colonia (Egipto) con todos los demás países significa dar de lado y escamotear precisamente *el fondo* de la cuestión.

La crítica teórica del imperialismo que Kautsky hace no tiene nada de común con el marxismo; únicamente sirve como punto de partida para predicar la paz y la unidad con los oportunistas y los socialchovinistas, porque deja a un lado y vela justamente las contradicciones más profundas y radicales del imperialismo: las contradicciones entre los monopolios y la libre competencia que existe paralelamente con ellos, entre las "operaciones" gigantescas (y las ganancias gigantescas) del capital financiero y el comercio "honrado" en el mercado libre, entre los cárteles y trusts, por una parte, y la industria no cartelizada, por otra, etc.

Lleva absolutamente el mismo sello reaccionario la famosa teoría del "ultra imperialismo" inventada por Kautsky. Comparemos sus razonamientos sobre este tema en 1915 con los de Hobson en 1902:

Kautsky: "... ¿No puede la política imperialista actual ser desalojada por otra nueva, ultraimperialista, que en vez de la lucha de los capitales financieros nacionales entre sí colocase la explotación común de todo el mundo por el capital financiero unido a escala internacional? En todo

* *Die Bank*, 1909, núm. 2, pág. 819 y siguientes.

caso, es concebible tal fase nueva del capitalismo. La carencia de premisas suficientes impide afirmar si es realizable o no"[*].

Hobson: "El cristianismo consolidado en un número limitado de grandes imperios federales, cada uno de ellos con colonias no civilizadas y países dependientes, les parece a muchos la evolución más legítima de las tendencias actuales, una evolución, además, que haría concebir las mayores esperanzas en una paz permanente basada en el sólido terreno del interimperialismo".

Kautsky califica de ultra imperialismo o superimperialismo lo que Hobson calificaba 13 años antes de interimperialismo. Si exceptuamos la formación de una nueva y sapientísima palabreja mediante la sustitución de un prefijo latino por otro, el progreso del pensamiento "científico" de Kautsky se reduce a la pretensión a hacer pasar por marxismo lo que Hobson describe, en esencia, como manifestación hipócrita de los curas ingleses. Después de la guerra anglo-bóer era natural que este honorable estamento dedicara sus mayores esfuerzos a *consolar* a los mesócratas y obreros ingleses, los cuales habían tenido un buen número de muertos en las batallas sudafricanas y hubieron de satisfacer elevados impuestos para garantizar mayores utilidades a los financieros ingleses. ¿Y qué podía consolarles mejor que la idea de que el imperialismo no era tan malo, que se hallaba muy cerca del inter o ultraimperialismo, capaz de asegurar la paz permanente? Cualesquiera que fueran las buenas intenciones de los curitas ingleses o del dulzón de Kautsky, el sentido objetivo, esto es, el verdadero sentido social de su "teoría" es uno y sólo uno: el consuelo archirreaccionario de las masas con la esperanza en la posibilidad de una paz permanente bajo el capitalismo, distrayendo la atención de las profundas contradicciones y de los graves problemas de la actualidad para dirigirla a las falsas perspectivas de un supuesto "ultraimperialismo" nuevo en el futuro. Excepción hecha del engaño de las masas, la teoría "marxista" de Kautsky no contiene nada.

En efecto, basta confrontar con claridad los hechos notorios, indiscutibles, para convencerse hasta qué punto son falsas las perspectivas que Kautsky se esfuerza por inculcar a los obreros alemanes (y a los de todos los países). Tomemos el ejemplo de la India, de Indochina y de China. Es sabido que esas tres colonias y semicolonias, con una población de 600 a 700 millones de almas, se hallan sometidas a la explotación del capital financiero de varias potencias imperialistas: Inglaterra, Francia, el Japón, los Estados Unidos, etc. Supongamos que dichos países imperialistas forman alianzas, una contra otra, con objeto de defender o extender sus posesiones, sus intereses y sus "esferas de influencia" en los mencionados países asiáticos. Esas alianzas serán alianzas "interimperialistas" o "ultraimperialistas". Supongamos que todas las potencias imperialistas constituyen una alianza, para el reparto "pacífico" de dichos países asiáticos: ése será el "capital financiero unido a escala internacional". En la historia del siglo XX hallamos casos concretos de alianzas de ese tipo: tales son, por ejemplo, las relaciones de las potencias con respecto a China[294], ¿y es "concebible", preguntamos, admitir que, presuponiendo la pervivencia del capitalismo (y es precisamente esta condición la que Kautsky presenta), dichas alianzas no sean efímeras, que excluyan los roces, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables?

Basta formular claramente la pregunta para que sea imposible darle una respuesta que no sea negativa, pues bajo el capitalismo no se concibe otro fundamento para el reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que la fuerza de quienes participan en el reparto, la *fuerza* económica general, financiera, militar, etc. Y la fuerza de los que participan en el reparto no se modifica de un modo idéntico, ya que en el capitalismo es imposible el desarrollo igual de las distintas empresas, trusts, ramas industriales y países. Hace medio siglo, Alemania era insignificante por completo, comparada su fuerza capitalista con la Inglaterra de aquel entonces; lo mismo puede afirmarse del Japón, si se le compara con Rusia. ¿Es "concebible" que dentro de unos diez o veinte años siga sin cambiar la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas? Es absolutamente inconcebible.

Por eso, las alianzas "interimperialistas" o "ultraimperialistas" en el mundo real capitalista, y no en la vulgar fantasía pequeñoburguesa de los curas ingleses o del "marxista" alemán Kautsky -sea cual fuere su forma: una coalición imperialista contra otra coalición imperialista, o una alianza general de *todas* las potencias imperialistas-, sólo pueden ser, inevitablemente, "treguas" entre las guerras. Las alianzas pacíficas preparan las guerras y, a su vez, surgen de las guerras, condicionándose mutuamente, dando lugar a una sucesión de formas de lucha pacífica y no pacífica sobre *un mismo* terreno de vínculos imperialistas y de relaciones recíprocas entre la economía y la política mundiales. Y el sapientísimo Kautsky, para tranquilizar a los obreros y conciliados con los socialchovinistas, que se han pasado a la burguesía, desengarza los eslabones de una sola y misma cadena, separa la actual alianza pacífica (que es ultraimperialista y aun ultra-ultraimperialista) de todas las potencias creada para "pacificar" a China (acordémonos del aplastamiento de la insurrección de los boxers[295]) del conflicto no pacífico de mañana, que preparará para pasado mañana otra alianza "pacífica" general para el reparto, supongamos, de Turquía, *etc*., *etc*. En vez del

[*] *Neue Zeit*, 30 de abril, 1915, pág. 144.

vínculo vivo entre los períodos de paz imperialista y de guerras imperialistas, Kautsky ofrece a los obreros una abstracción muerta a fin de reconciliados con sus jefes muertos.

El norteamericano Hill indica en el prólogo de su *Historia de la diplomacia en el desenvolvimiento internacional de Europa* los períodos siguientes de la historia contemporánea de la diplomacia: 1) era de la revolución; 2) movimiento constitucional; 3) era del "imperialismo comercial"[*] de nuestros días. Otro escritor divide la historia de la "política mundial" de la Gran Bretaña, a partir de 1870, en cuatro períodos; 1) primer período asiático (lucha contra el movimiento de Rusia en el Asia Central hacia la India); 2) período africano (de 1885 a 1902 aproximadamente): lucha contra Francia por el reparto de África (incidente de Fachoda en 1898[296] a punto de provocar la guerra con Francia); 3) segundo período asiático (tratado con el Japón contra Rusia); 4) período "europeo", dirigido principalmente contra Alemania[**]. "Las escaramuzas políticas de los destacamentos de vanguardia se producen en el terreno financiero", escribía en 1905 Riesser, "personalidad" del mundo bancario, indicando cómo el capital financiero francés preparó con sus operaciones en Italia la alianza política de dichos países, cómo se desarrollaba la lucha entre Alemania e Inglaterra por Persia, la lucha entre todos los capitales europeos por quedarse con empréstitos chinos, etc. Tal es la realidad viva de las alianzas "ultraimperialistas" pacíficas unidas de manera indisoluble a los conflictos simplemente imperialistas.

La atenuación que Kautsky hace de las contradicciones más profundas del imperialismo y que se convierte inevitablemente en un embellecimiento del imperialismo deja también huella en la crítica a que este escritor somete las cualidades políticas del imperialismo. El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejada en todas partes la tendencia a la dominación, y no a la libertad. El resultado de dicha tendencia es la reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político, y la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también. Se intensifica asimismo en particular la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, esto es, a la violación de la independencia nacional (pues la anexión no es sino la violación del derecho de las naciones a la autodeterminación). Hilferding hace observar con acierto la relación entre el imperialismo y la intensificación de la opresión nacional: "En lo que se refiere a los países recién descubiertos -dice-, el capital importado intensifica las contradicciones y promueve contra los intrusos una resistencia creciente de los pueblos, cuya conciencia nacional se despierta; esta resistencia puede transformarse fácilmente en medidas peligrosas contra el capital extranjero. Se revolucionan de raíz las viejas relaciones sociales, se destruye el aislamiento agrario milenario de las "naciones al margen de la historia", las cuales se ven arrastradas al torbellino capitalista. El propio capitalismo proporciona poco a poco a los sometidos medios y procedimientos adecuados de emancipación. Y dichas naciones formulan el objetivo que, en otros tiempos, fue el más elevado entre las naciones europeas: la creación de un Estado nacional único como instrumento de libertad económica y cultural. Este movimiento pro independencia amenaza al capital europeo en sus zonas de explotación más preciadas, que prometen las perspectivas más brillantes, y el capital europeo sólo puede mantener la dominación, aumentando continuamente sus fuerzas militares"[***].

A esto hay que añadir que no sólo en los países recién descubiertos, sino incluso en los viejos, el imperialismo conduce a las anexiones, a la intensificación de la opresión nacional, y, por consiguiente, también intensifica la resistencia. Al negar que el imperialismo intensifica la reacción política, Kautsky deja a oscuras lo que se refiere a la imposibilidad de la unidad con los oportunistas en la época del imperialismo, cuestión que ha adquirido particular importancia vital. Al oponerse a las anexiones, da a sus argumentos la forma más inofensiva y más aceptable para los oportunistas. Kautsky se dirige al lector alemán y, sin embargo, vela precisamente lo más esencial y más actual, por ejemplo, que Alsacia y Lorena son una anexión de Alemania. Para apreciar esta "aberración mental" de Kautsky, tomemos un ejemplo. Supongamos que un japonés condena la anexión de Filipinas por los norteamericanos. Cabe preguntar: ¿Serán muchos los que atribuyan esto al odio a las anexiones en general y no al deseo del Japón de anexionarse él mismo las Filipinas? ¿No habrá que admitir que la "lucha" del japonés contra las anexiones sólo puede ser sincera y honrada en el aspecto político en el caso de que se levante contra la anexión de Corea por el Japón, de que reivindique la libertad de Corea a separarse del Japón?

Tanto el análisis teórico como la crítica económica y política que Kautsky hace del imperialismo se hallan *totalmente* impregnados de un espíritu incompatible en absoluto con el marxismo, de un espíritu que vela y lima las contradicciones más cardinales, de la tendencia a mantener a toda costa la unidad con el oportunismo en el movimiento obrero europeo, unidad que se está resquebrajando.

[*] David Jayne Hill. *Historia de la diplomacia en el desenvolvimiento internacional de Europa*, vol. I, pág. X.
[**] Schilder. Obra cit., pág. 178.

[***] *El capital financiero*, pág. 487.

X. El lugar histórico del imperialismo.

Como hemos visto, el imperialismo es, por su esencia económica, el capitalismo monopolista. Esto determina ya el lugar histórico del imperialismo, pues el monopolio, que nace única y precisamente de la libre competencia, es el tránsito del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Hay que señalar en particular cuatro variedades esenciales del monopolio o manifestaciones principales del capitalismo monopolista características del período que nos ocupa.

Primero: El monopolio es un producto de la concentración de la producción en un grado muy elevado de su desarrollo. Lo forman las agrupaciones monopolistas de los capitalistas, los cárteles, los consorcios y los trusts. Hemos visto su inmenso papel en la vida económica contemporánea. Hacia principios del siglo XX alcanzaron pleno predominio en los países avanzados, y si los primeros pasos en el sentido de la cartelización los dieron con anterioridad los países de tarifas arancelarias proteccionistas elevadas (Alemania, Estados Unidos), Inglaterra, con su sistema de librecambio, mostró, aunque algo más tarde, ese mismo hecho fundamental: el nacimiento del monopolio como consecuencia de la concentración de la producción.

Segundo: Los monopolios han venido a recrudecer la pelea por la conquista de las más importantes fuentes de materias primas, sobre todo para las industrias fundamentales y más cartelizadas de la sociedad capitalista: la hullera y la siderúrgica. La posesión monopolista de las fuentes más importantes de materias primas ha exacerbado terriblemente el poderío del gran capital y ha agudizado las contradicciones entre la industria cartelizada y la no cartelizada.

Tercero: El monopolio ha surgido de los bancos, los cuales, de modestas empresas intermediarias que eran antes, se han convertido en monopolistas del capital financiero. Tres o cinco grandes bancos de cualquiera de las naciones capitalistas más avanzadas han realizado la "unión personal" del capital industrial y bancario y han concentrado en sus manos sumas de miles y miles de millones, que constituyen la mayor parte de los capitales y de los ingresos monetarios de todo el país. La oligarquía financiera, que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: he aquí la manifestación más evidente de este monopolio.

Cuarto: El monopolio ha nacido de la política colonial. A los numerosos "viejos" motivos de la política colonial, el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las "esferas de influencia", esto es, las esferas de transacciones lucrativas, de concesiones, de beneficios monopolistas, etc. y, finalmente, por el territorio económico en general. Cuando las colonias de las potencias europeas en África, por ejemplo, representaban una décima parte de ese continente, como ocurría aún en 1876, la política colonial podía desenvolverse de un modo no monopolista, por la "libre conquista", pudiéramos decir, de territorios. Pero cuando las nueve décimas partes de África estuvieron ocupadas (hacia 1900), cuando todo el mundo estuvo repartido, empezó inevitablemente la era de posesión monopolista de las colonias y, por consiguiente, de lucha particularmente aguda por el reparto y el nuevo reparto del mundo.

Es notorio hasta qué punto el capitalismo monopolista ha exacerbado todas las contradicciones del capitalismo. Basta indicar la carestía de la vida y el yugo de los cárteles. Esta exacerbación de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capital financiero mundial.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición. Cada día se manifiesta con más relieve, como una de las tendencias del imperialismo, la formación de "Estados rentistas", de Estados usureros, cuya burguesía vive cada día más a costa de la exportación de capitales y del "corte del cupón". Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra).

En lo que se refiere a la rapidez del desarrollo económico de Alemania, Riesser, autor de una investigación sobre los grandes bancos alemanes, dice: "El progreso, no demasiado lento, de la época precedente (1848 a 1870), guarda con respecto al rápido desarrollo de toda la economía en Alemania y, sobre todo, de sus bancos en la época actual (1870 a 1905) aproximadamente la misma relación que el coche de posta de los buenos viejos tiempos con respecto al automóvil moderno, el cual marcha a tal velocidad que supone un peligro para el despreocupado peatón y para quienes van en el vehículo". A su vez, ese capital financiero que ha

crecido con una rapidez tan extraordinaria, precisamente porque ha crecido de este modo, no tiene inconveniente alguno en pasar a una posesión más "tranquila" de las colonias que deben ser conquistadas, no sólo por medios pacíficos, a las naciones más ricas. En los Estados Unidos, el desarrollo económico ha sido durante estos últimos decenios más rápido aún que en Alemania, y, precisamente *gracias* a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo resaltan con particular relieve. De otra parte, la comparación, por ejemplo, de la burguesía republicana norteamericana con la burguesía monárquica japonesa o alemana muestra que la más grande diferencia política se atenúa en el más alto grado en la época del imperialismo; y no porque dicha diferencia no sea importante en general, sino porque en todos esos casos se trata de una burguesía con rasgos definidos de parasitismo.

La obtención de elevadas ganancias monopolistas por los capitalistas de una de tantas ramas de la industria, de uno de tantos países, etc., les brinda la posibilidad económica de sobornar a ciertos sectores obreros, y, temporalmente, a una minoría bastante considerable de estos últimos, atrayéndolos al lado de la burguesía de dicha rama o de dicha nación, contra todos los demás. El acentuado antagonismo de las naciones imperialistas en torno al reparto del mundo ahonda esa tendencia. Así se crea el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo, vínculo que se ha manifestado antes que en ninguna otra parte y de un modo más claro en Inglaterra debido a que varios de los rasgos imperialistas de desarrollo aparecieron en ese país mucho antes que en otros. A algunos autores, por ejemplo, a L. Mártov, les place negar el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero -hecho que salta ahora a la vista con particular evidencia- por medio de argumentos impregnados de "optimismo oficial" (a lo Kautsky y Huysmans) del género del que sigue: la causa de los adversarios del capitalismo sería una causa perdida si el capitalismo avanzado condujera a reforzar el oportunismo o si los obreros mejor retribuidos mostraran inclinación hacia el oportunismo, etc. No hay que dejarse engañar en cuanto a la significación de ese "optimismo": es un optimismo con respecto al oportunismo, es un optimismo que sirve de tapadera al oportunismo. En realidad, la rapidez particular y el carácter singularmente repulsivo del desarrollo del oportunismo en modo alguno le garantizan una victoria sólida, de igual manera que la rapidez del desarrollo de un absceso en un cuerpo sano no puede sino contribuir a que dicho absceso reviente antes, librando así de él al organismo. Lo más peligroso en este sentido son las gentes que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y falsa si no va ligada indisoluble mente a la lucha contra el oportunismo. .

De todo lo que llevamos dicho sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante. En este sentido es instructiva por demás la circunstancia de que los términos más usuales que los economistas burgueses emplean para describir el capitalismo moderno son los de "entrelazamiento", "ausencia de aislamiento", etc.; los bancos son "unas empresas que, por sus fines y su desarrollo, no tienen un carácter de economía privada pura, sino que cada día se van saliendo más de la esfera de la regulación de la economía puramente privada". ¡Y ese mismo Riesser, a quien pertenecen estas últimas palabras, dice con la mayor seriedad del mundo que las "predicciones" de los marxistas respecto a la "socialización" "no se han cumplido"!

¿Qué significa, pues, la palabreja "entrelazamiento"? Expresa únicamente el rasgo más acusado del proceso que se está produciendo ante nosotros; muestra que el observador cuenta los árboles y no ve el bosque, que copia servilmente lo exterior, lo accidental, lo caótico; indica que el observador es un hombre abrumado por los datos en bruto y que no comprende nada de su sentido y de su significación. Se "entrelazan accidentalmente" la posesión de acciones, las relaciones de los propietarios particulares. Pero lo que constituye la base de dicho entrelazamiento, la urdimbre del mismo son las relaciones sociales de producción sometidas a un cambio continuo. Cuando una gran empresa se convierte en gigantesca y organiza sistemáticamente, apoyándose en un cálculo exacto con multitud de datos, el abastecimiento de dos terceras o tres cuartas partes de las materias primas necesarias para una población de varias decenas de millones; cuando se organiza sistemáticamente el transporte de dichas materias primas a los puntos de producción más cómodos, que se hallan a veces alejados a centenares y miles de kilómetros; cuando desde un centro se dirige la transformación consecutiva del material en todas sus diversas fases hasta obtener numerosos productos manufacturados; cuando la distribución de dichos productos se efectúa según un plan único entre decenas y centenares de millones de consumidores (venta de petróleo en América y en Alemania por la Standard Oil norteamericana), entonces se advierte con evidencia que nos hallamos ante una socialización de la producción y no ante un simple "entrelazamiento", se advierte que las relaciones de economía y de propiedad privadas constituyen una envoltura que no corresponde ya al contenido, que esa envoltura debe inevitablemente descomponerse si se aplaza con artificio su supresión, que puede permanecer en estado de descomposición durante un período relativamente largo (en el peor de los casos, si la curación del absceso oportunista se prolonga

demasiado), pero que, con todo y con eso, será ineluctablemente suprimida.

Schulze-Gaevernitz, entusiasta admirador del imperialismo alemán, exclama:

"Si, en fin de cuentas, la dirección de los bancos alemanes se halla en las manos de unas diez o doce personas, su actividad es ya actualmente más importante para el bien público que la actividad de la mayoría de los ministros" (en este caso es más ventajoso olvidar el "entrelazamiento" existente entre banqueros, ministros, industriales, rentistas...) "...Si se reflexiona hasta el fin sobre el desarrollo de las tendencias que hemos visto, llegamos a la conclusión siguiente: el capital monetario de la nación está unido en los bancos; los bancos están unidos entre sí en el cártel: el capital de la nación, que busca el modo de ser aplicado, ha tomado la forma de títulos de valor. Entonces se cumplen las palabras geniales de Saint-Simon: "La anarquía actual de la producción, consecuencia del desarrollo de las relaciones económicas sin una regulación uniforme, debe dar paso a la organización de la producción. La producción no será dirigida por patronos aislados, independientes unos de los otros, que ignoran las necesidades económicas de los hombres; la producción se hallará en manos de una institución social determinada. El organismo central de administración, que tendrá la posibilidad de enfocar la vasta esfera de la economía social desde un punto "de vista más elevado, la regulará del modo que resulte útil para la sociedad entera, entregará los medios de producción a las manos apropiadas para ello y se preocupará, sobre todo, de que exista una armonía constante entre la producción y el consumo. Existen instituciones que han incluido entre sus fines una determinada organización de la labor económica, y son los bancos". Estamos todavía lejos de que se cumplan estas palabras de Saint-Simon, pero nos hallamos ya en vías de lograrlo: es un marxismo distinto de como se lo imaginaba Marx, pero distinto sólo por la forma"*.

No hay nada que decir: excelente "refutación" de Marx, que da un paso atrás, que retrocede del análisis científico exacto de Marx a la conjetura -genial, pero conjetura al fin y al cabo- de Saint-Simon.

Escrito en enero-junio de 1916. Publicado en forma de folleto a mediados de 1917 por la editorial "Parus", de Petrogrado. El prólogo para las ediciones francesa y alemana se publicó en el núm. 18 de la revista "La Internacional Comunista" en 1921.

T. 27, págs. 299-426

* *Fundamentos de la economía social*, pág. 146.

NOTAS

1 Lenin escribió el artículo *Vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx* para el 30 aniversario de la muerte de éste y fue publicado en el número 50 del periódico *Pravda* correspondiente al 1 de marzo de 1913.

2 Se refiere a la insurrección de los obreros de París del 23 al 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Esta insurrección fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.

3 Lenin escribió el artículo *Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo* para el 30 aniversario de la muerte de Carlos Marx. El artículo se publicó en el número 3 de 1913 de la revista *Prosveschenie* ("La Ilustración"). (Véase la nota 5).

4 "*Nasha Zariá*" ("Nuestra Aurora"): revista legal de los mencheviques liquidadores que apareció mensualmente en San Petersburgo desde enero de 1910 hasta septiembre de 1914. En torno a *Nasha Zariá* se formó el centro de los liquidadores en Rusia. Cuando se desencadenó la primera guerra mundial, la revista adoptó las posiciones del socialchovinismo.

5 "*Prosveschenie*" ("La Ilustración"): revista teórica bolchevique que se publicó mensualmente con carácter legal en San Petersburgo desde 1911 hasta 1914.

6 *Liquidadores*; partidarios de la corriente predominante entre los mencheviques (ala oportunista del POSDR) después de haber sido derrotada la revolución de 1905-1907. Exigían la liquidación del partido revolucionario clandestino de la clase obrera. Exhortaban a los obreros a poner fin a la lucha revolucionaria contra el zarismo y se proponían celebrar un "congreso obrero" sin filiación política para constituir en él un "amplio partido obrero" oportunista que se dedicase exclusivamente a las actividades legales autorizadas por el gobierno zarista. El liquidacionismo no gozaba de popularidad entre las masas obreras. La Conferencia de Praga del POSDR, celebrada el 6 de enero de 1912, expulsó del partido a los liquidadores.

7 Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (*Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

8 *Economistas*: sobre ellos, léanse las páginas 66 del presente volumen.

9 "*Siévernaya Pravda*" ("La Verdad del Norte"): uno de los títulos del diario bolchevique legal *Pravda* fundado por Lenin y publicado en San Petersburgo desde el 5 de mayo de 1912. Era un periódico obrero de masas y se costeaba con fondos recaudados por los propios obreros. En torno a este periódico se formó un nutrido grupo de corresponsales y escritores obreros. Lenin dirigía *Pravda* desde el extranjero, escribía casi todos los días al periódico, daba indicaciones a la redacción y reunía en torno al mismo a las mejores plumas del partido. *Pravda* sufría constantes persecuciones de la policía y era clausurada por el gobierno zarista, pero volvía a aparecer con otros títulos. El 8 (21) de julio de 1914, antes de comenzar la primera guerra mundial, este periódico fue clausurado una vez más, no reanudándose su publicación hasta después de la revolución de febrero de 1917.

10 "*Las tres ballenas*": expresión convencional empleada en la prensa legal bolchevique y en las asambleas legales para expresar las tres consignas revolucionarias fundamentales ("no restringidas"): república democrática, jornada de ocho horas y confiscación de toda la tierra de los terratenientes.

11 Se alude a la conferencia de los liquidadores que se celebró en agosto de 1912 en Viena y en la que se constituyó el bloque antipartido de Agosto, organizado por Trotski. Esta conferencia adoptó acuerdos liquidadores en todas las cuestiones de la táctica socialdemócrata y se pronunció contra la existencia del partido ilegal. La plataforma aprobada en ella presentaba manifiesto carácter oportunista. Los obreros no apoyaron la tentativa de los liquidadores de fundar su partido centrista en Rusia. Los liquidadores no pudieron elegir un Comité Central y se limitaron a formar un Comité de Organización (CO). El heterogéneo bloque antibolchevique, cuya formación era la tarea principal de la conferencia, empezó a desmoronarse ya en la misma conferencia.

12 *Duma de Estado*: institución representativa que los acontecimientos revolucionarios de 1905 obligaron al gobierno zarista a convocar. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, de hecho, no tenía ningún poder real. Las elecciones a la Duma de Estado eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que poblaban Rusia, estaban muy limitados, y gran parte de obreros y campesinos carecían totalmente de ellos. La primera Duma de Estado (abril-julio de 1906), y la segunda también (febrero-junio de 1907), fueron disueltas por el gobierno zarista. Tras de dar el 3 de junio de 1907 un golpe de Estado, el gobierno promulgó una nueva ley electoral que restringía más aún los derechos de los obreros, de

los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y garantizaba la dominación completa del bloque reaccionario de los terratenientes y los grandes capitalistas en la tercera (1907-1912) y cuarta (1912-1917) Dumas. Las elecciones a la cuarta Duma se celebraron en el otoño de 1912. Para privar a la clase obrera de representación, el gobierno puso todos los obstáculos posibles a la elección de sus diputados, falseó burdamente los escrutinios y persiguió a los obreros de vanguardia.
La minoría socialdemócrata de la cuarta Duma quedó compuesta por seis bolcheviques: A. Badáiev, M. Muránov, G. Petrovski, F. Samóilov, N. Shágov y R. Malinovski (quien, como se supo luego, era un provocador) y siete mencheviques. Los diputados bolcheviques fueron elegidos por las provincias industriales fundamentales, en las que se concentraban las cuatro quintas partes del proletariado de Rusia. Los diputados mencheviques lo fueron por las zonas no industriales del país. Valiéndose de su pequeña superioridad numérica en la minoría, los mencheviques dificultaban su labor y entorpecieron la adopción de varios acuerdos propuestos por los bolcheviques. Cumpliendo las indicaciones del CC del partido, los diputados bolcheviques abandonaron en octubre de 1913 la minoría socialdemócrata unida y constituyeron su minoría bolchevique independiente que empezó a llamarse minoría obrera socialdemócrata de Rusia. Los diputados bolcheviques defendían en la Duma el punto de vista del partido, proclamaban con audacia las reivindicaciones de la clase obrera, impugnaban la preparación de la guerra imperialista y hablaban de la calamitosa situación de los obreros y los campesinos y de la opresión nacional. Al denunciar la política antipopular del zarismo, los diputados bolcheviques practicaban mucho la forma propagandística de hacer interpelaciones al gobierno sobre problemas palpitantes de la vida social.

13 El 17 de octubre de 1905, durante las jornadas de máximo ascenso de la huelga política de octubre en toda Rusia, se promulgó un manifiesto del zar que prometía las "libertades cívicas" y una Duma "legislativa". El manifiesto fue una concesión arrancada al zarismo por la revolución. El gobierno zarista quería ganar tiempo, dividir las fuerzas revolucionarias, frustrar la huelga de toda Rusia y aplastar la revolución. Los bolcheviques desenmascararon esta maniobra política de la autocracia.

14 "*Zait*" ("Tiempo"): diario, órgano del Bund (véase la nota 19) que apareció en hebreo en San Petersburgo entre 1912 y 1914.

15 "*Dzvin*" ("La Campana"): revista mensual nacionalista de orientación menchevique; se publicó legalmente en ucranio, en Kiev, de 1913 a 1914.

16 "*Centurias negras*": bandas monárquicas reclutadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Las centurias negras asesinaban a revolucionarios, agredían a intelectuales progresistas y organizaban pogromos antisemitas. Esta denominación se hacía extensiva a los reaccionarios a ultranza.

17 "*Rússkoie Slovo*" ("La Palabra Rusa"): diario que apareció en Moscú desde 1895 hasta 1917. Sin orientación política definida, defendía los intereses de la burguesía desde posiciones liberales moderadas.

18 *Zemstvo*: administración autónoma local instituida en las provincias centrales de Rusia en 1864. Sus atribuciones eran muy limitadas.

19 El *Bund* (Unión General Obrera Hebrea de Lituania, Polonia y Rusia) fue organizado en 1897 en el congreso de constitución de los grupos socialdemócratas hebreos celebrado en Vilno; agrupaba principalmente a los elementos semiproletarios de entre los artesanos hebreos de las regiones occidentales de Rusia. En 1897 se incluyó en el POSDR como organización autónoma con independencia sólo para los problemas tocantes en especial al proletariado hebreo. En el II Congreso del POSDR (1903), después de haberse rechazado la exigencia del Bund de ser tenido por representante único del proletariado hebreo, esta organización abandonó el partido. En 1906, los acuerdos del IV Congreso (de Unificación) del partido dieron pie a que el Bund se reincorporase al POSDR. El Bund era portador del nacionalismo y el separatismo en el movimiento obrero de Rusia; en las cuestiones más importantes del movimiento socialdemócrata aplicaba una política oportunista.

20 Sobre la autonomía nacional cultural véanse las págs.

21 *Zonas de asentamiento*: zonas de la Rusia zarista en las que se permitía residir con carácter permanente a los hebreos.

22 *Porcentaje normativo*: en la Rusia zarista estaba limitado el porcentaje de hebreos que se podían admitir en la administración pública y en los establecimientos de enseñanza secundaria y superior.

23 Se alude al Congreso del Partido Socialdemócrata Austriaco celebrado en Brünn del 24 al 29 de septiembre de 1899. La cuestión central del orden del día del congreso fue el problema nacional. En el congreso se propusieron dos resoluciones que expresaban dos puntos de vista distintos: 1) la resolución del CC del partido defendía en general la autonomía territorial de las naciones y 2) la resolución del comité del Partido Socialdemócrata de los Eslavos del Sur defendía la autonomía nacional cultural extraterritorial. El congreso rechazó por unanimidad el programa de autonomía nacional cultural y aprobó una resolución de compromiso que aceptaba la autonomía nacional dentro de los límites del Estado austriaco.

24 *PSOH* (Partido Socialista Obrero Hebreo): organización nacionalista pequeñoburguesa fundada en 1906. Su programa se basaba en la reivindicación de autonomía nacional de los hebreos, es decir, en la constitución de parlamentos extraterritoriales hebreos con atribuciones para los problemas de situación política de los hebreos en Rusia. El PSOH era una organización próxima a los eseristas y luchaba al lado de éstos contra el POSDR.

25 *Caso Beylis*: proceso judicial instruido en 1913 por

el gobierno zarista en Kiev contra el hebreo Beylis, falsamente acusado de haber asesinado a un chiquillo cristiano con fines rituales. Con esta farsa, el gobierno zarista se proponía instigar el antisemitismo y provocar pogromos antisemitas para desviar a las masas del movimiento revolucionario que se acrecentaba en el país. El proceso promovió gran agitación social; en varias ciudades hubo manifestaciones de protesta. Beylis fue absuelto.

26 *PSP* (Partido Socialista Polaco): partido reformista y nacionalista fundado en 1892. Hacía propaganda separatista y nacionalista entre los obreros polacos y aspiraba a apartarlos de la lucha conjunta con los obreros rusos contra la autocracia y el capitalismo. A lo largo de toda la historia del PSP y bajo la presión de los obreros de la base, en el seno del partido surgieron grupos izquierdistas. Algunos se adhirieron posteriormente al ala revolucionaria del movimiento obrero polaco. En 1906 el PSP se dividió en PSP izquierdista lewica y PSP derechista y patriotero, la sedicente "fracción revolucionaria" o "fraquista". El PSP izquierdista se unió luego al PSDRPL (Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y de Lituania) y fundó el Partido Comunista Obrero de Polonia. El PSP derechista o "fraquista" aplicó una política nacional chovinista.

27 *Eseristas* (socialistas-revolucionarios): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 como consecuencia de la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués.

El programa agrario de los eseristas contenía las reivindicaciones de poner fin a la propiedad terrateniente, abolir la propiedad privada de la tierra y entregarla toda a las comunidades campesinas, según el principio de su usufructo laboral igualitario por el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo, reiterándose periódicamente el reparto (la denominada "socialización de la tierra"). En realidad, al conservarse las relaciones de producción capitalistas, el "usufructo igualitario del suelo" no habría significado el paso al socialismo y habría conducido sólo a suprimir las relaciones semifeudales en el campo y acelerar el desarrollo del capitalismo.

Los eseristas no veían las diferencias de clase existentes entre el proletariado y el campesinado, velaban la disociación de clase del campesinado y las contradicciones en su seno y rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Su método principal de lucha que aplicaban contra el zarismo era el terrorismo individual.

Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1 represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Después de la Revolución Socialista de Octubre lucharon activamente contra el Poder soviético.

28 "*Luch*" ("El Rayo"): diario legal de los mencheviques liquidadores que se editó en San Petersburgo desde septiembre de 1912 hasta julio de 1913.

29 *Bernsteinianismo*: corriente oportunista en la socialdemocracia alemana e internacional que surgió a fines del siglo XIX en Alemania y debe su nombre al socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein. De 1896 a 1898 Bernstein publicó en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico de la socialdemocracia alemana, una serie de artículos con el título general de *Problemas del socialismo*. Encubriéndose con la bandera de la "libertad de crítica" intentó revisar en ellos las bases filosóficas, económicas y políticas del marxismo revolucionario y sustituirlas con teorías burguesas que propugnaban la reconciliación de las contradicciones entre las clases y la colaboración de las clases. Las ideas de Bernstein fueron apoyadas por el ala derecha de la socialdemocracia alemana y por los elementos oportunistas de otros partidos de la II Internacional.

Lenin llama *bernsteinianos* rusos a los partidarios del "marxismo legal", deformación burguesa liberal del marxismo que surgió como corriente sociopolítica independiente a fines del siglo XIX entre la intelectualidad burguesa liberal de Rusia.

Los "marxistas legales" tomaron de la doctrina de Marx sólo la teoría de la sustitución indefectible de la formación socioeconómica feudal con la capitalista, rechazando por completo la doctrina del hundimiento ineludible del capitalismo, la doctrina de la revolución socialista. Criticaban en la prensa legal a los populistas, que negaban la irrevocabilidad del desarrollo del capitalismo en Rusia y preconizaban el sistema capitalista. Posteriormente se hicieron enemigos del marxismo y militaron en el partido de los demócratas constitucionalistas.

30 Lenin se refiere al artículo de J. Stalin *El marxismo y el problema nacional*, publicado con el título de *El problema nacional y la socialdemocracia* en los números 3, 4 y 5 de 1913 de la revista legal bolchevique *Prosveschenie*. En el cuarto capítulo de este trabajo de Stalin se aduce el texto del programa nacional aprobado en el Congreso de Brünn del Partido Socialdemócrata Austriaco.

31 "*Nóvaya Rabóchaya Gazeta*" ("Nuevo Periódico Obrero"): diario legal de los mencheviques liquidadores que se editó en San Petersburgo en 1913 y 1914. Lenin lo llamó reiteradas veces "Nuevo Periódico Liquidador".

32 *Demócratas constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905; militaban en él elementos de la burguesía, terratenientes partidarios de los zemstvos e intelectuales burgueses. Se atribuyeron, para engañar a las masas trabajadoras, la falsa denominación de "partido de la libertad del pueblo"; en realidad, no iban más allá de reivindicar la monarquía constitucional. Durante la primera guerra mundial apoyaron con energía la política exterior del gobierno zarista. Durante la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 procuraron salvar la monarquía. Desde la posición dirigente que ocupaban en el Gobierno Provisional burgués, los demócratas constitucionalistas aplicaban una política antipopular y

contrarrevolucionaria. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre (1917) fueron enemigos inconciliables del Poder soviético y participaron en todas las acciones armadas de la contrarrevolución y en las campañas de los intervencionistas.

33 Lenin se refiere a la reunión del CC del POSDR con los cuadros del partido que se celebró en Poronin, cerca de Cracovia, del 23 de septiembre al 1 de octubre (6-14 de octubre) de 1913. Por razones conspirativas fue denominada "del Verano".

34 Aquí Lenin alude a *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, trabajo que concibió entonces. Véanse las págs. 97-160 del presente volumen.

35 *Saltichtja*: Saltikova, Daria Ivánovna (1730-1801), terrateniente famosa por el trato brutal que daba a sus siervos. Fue responsable de la muerte de 139 campesinos. Su nombre se convirtió en sinónimo del trato bestial que los señores feudales daban a los campesinos.

36 *Fenianos*: miembros de una organización revolucionaria secreta de Irlanda que en 1867 se sublevaron para acabar con la dominación inglesa en Irlanda.

37 Naturalmente, Lenin se refiere a la grafía rusa de Ulster, que responde a la fonética de este nombre.

38 *Decembristas*: revolucionarios de la nobleza rusa que se sublevaron el 14 de diciembre de 1825 contra la autocracia. La sublevación fue derrotada, y sus participantes ejecutados o deportados en régimen penitenciario a Siberia.

39 "*Kólokol*" ("La Campana"): revista política editada por A. Herzen y N. Ogariov, entre 1857 y 1867, en la Imprenta Rusa Libre fundada por Herzen, primero en Londres y luego en Ginebra. Denunciaba las arbitrariedades de la autocracia, la voracidad y las malversaciones de los funcionarios y la despiadada explotación de los campesinos por parte de los terratenientes, hacía llamamientos revolucionarios y contribuía al despertar de las masas a la lucha contra el gobierno zarista y las clases dominantes.

40 *La Carta a Gógol*, escrita por Vissarión Belinski en julio de 1847, fue dada por primera vez a la publicidad por A. Herzen en *Poliárnaya Zvezdá* en 1855. En esta carta se criticaba duramente el libro de Gógol *Fragmentos* escogidos de la correspondencia con los amigos. Belinski sometía en esa carta a crítica demoledora el régimen de la servidumbre, la autocracia y la Iglesia ortodoxa exhortaba a la abolición inmediata de la servidumbre.

41 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso surgida en los años 60 y 70 del siglo XIX. Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico.

Los populistas negaban el desarrollo regular de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con ello, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado y no el proletariado. Según ellos, la comunidad rural era el embrión del socialismo. Negaban asimismo el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que la historia la hacen los grandes hombres, "los héroes", que ellos contraponían a la multitud, inerte a su juicio. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra, la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo" (y de ahí su denominación), pero no encontraban apoyo.

El populismo atravesó en Rusia por una serie de etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo.

En los años 80-90, los populistas emprendieron la senda de la conciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los campesinos ricos y lucharon contra el marxismo.

42 *Emancipación del Trabajo*: primer grupo marxista ruso fundado por J. Plejánov en Suiza en 1883. Este grupo realizó una gran labor de propaganda del marxismo en Rusia y asestó un rudo golpe al populismo. Los dos proyectos de programa de los socialdemócratas rusos (1883 y 1885), escritos por Plejánov y editados por el Grupo Emancipación del Trabajo, fueron un importante paso en la preparación y fundación del partido socialdemócrata de Rusia. Sin embargo, el grupo no estuvo ligado con el movimiento obrero práctico en Rusia. Lenin decía que el Grupo Emancipación del Trabajo no había hecho sino "fundar la socialdemocracia en teoría y dar el primer paso al encuentro del movimiento obrero". Los miembros del grupo incurrieron en graves errores: sobrestimaban la función de la burguesía liberal y subestimaban el papel revolucionario del campesinado y la importancia de la alianza del proletariado y los campesinos para la victoria sobre el zarismo.

En el II Congreso del POSDR, celebrado en agosto de 1903, el Grupo Emancipación del Trabajo se declaró disuelto.

43 "*Iskra*" ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino de toda Rusia fundado por Lenin en el extranjero en diciembre de 1900 y enviado en secreto al país. Desempeñó un importante papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en la preparación de la unificación de las organizaciones locales dispersas en un partido marxista revolucionario. Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques, operada en el II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (desde él número 52) y empezó a denominarse nueva *Iskra* para diferenciarse de la vieja *Iskra* leninista. La nueva *Iskra* dejó de ser órgano combativo del marxismo revolucionario, y los mencheviques la convirtieron en órgano de lucha contra el marxismo, y contra el partido, en tribuna del oportunismo.

44 Se trata del I Congreso del POSDR, celebrado en Minsk del 1 al 3 (13-15) de marzo de 1898. Asistieron nueve delegados de seis organizaciones: las Uniones de *Luch*a por la Emancipación de la Clase Obrera de San Petersburgo, Moscú, Ekaterinoslav y Kíev, el grupo *Rabóchaya Gazeta* de Kíev y el Bund. El congreso eligió un Comité Central del partido; aprobó como órgano oficial del

partido *Rabóchaya Gazeta*, publicó un *Manifiesto* e hizo la declaración de que la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero representaba al partido fuera del país.

La importancia del I Congreso estribó en que proclamó en sus acuerdos y en el *Manifiesto* la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, desempeñando con ello un importante papel propagandístico de la revolución. No obstante, el congreso no aprobó el programa y no redactó los estatutos del partido; el Comité Central elegido en este congreso fue detenido poco después, y la imprenta de *Rabóchaya Gazeta*, ocupada, por lo que no se logró agrupar ni enlazar los grupos y organizaciones marxistas dispersos. Faltaban la dirección desde un solo centro y una trayectoria única en la labor de las organizaciones locales.

45 "*Sankt-Petersburgski Rabochi, Listok*" ("Hoja Obrera de San Petersburgo"): órgano de la Unión de *Luch*a por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo; vieron la luz dos números: el número 1, en febrero (con fecha de enero) de 1897, y él número 2, en septiembre del mismo año, en Ginebra. Este periódico planteaba la tarea de unir la lucha económica de la clase obrera con amplias reivindicaciones políticas y recalcaba la necesidad de fundar el partido obrero.

46 "*Rabóchaya Mysl*" ("El Pensamiento Obrero"): órgano de los "economistas"; este periódico apareció desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902, primero en San Petersburgo y después en Berlín y Varsovia.

47 "*Rabócheie Dielo*" ("La Causa Obrera"): revista, órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. Se editó en Ginebra desde abril de 1899 hasta febrero de 1902. Su redacción era el centro de los "economistas" en el extranjero. *Rabócheie Dielo* apoyaba el lema bernsteiniano de "libertad de crítica" del marxismo y adoptaba posiciones oportunistas ante los problemas de táctica y las tareas orgánicas de la socialdemocracia rusa.

48 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista pequeñoburguesa de la socialdemocracia de Rusia. En las elecciones de los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de bolcheviques), y los oportunistas, la minoría ("menshinstvó", y de ahí su denominación de mencheviques). Durante la revolución de 1905-1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución, contra la alianza de la clase obrera y de los campesinos, y exigían el acuerdo con la burguesía liberal, a la que se debía entregar, a juicio de ellos, la dirección de la revolución. Durante la reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hizo liquidadora y reclamó la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera. Después del triunfo de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución socialista que se estaba preparando. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético y participante en ellos..

49 "*Rabótnik*" ("El Trabajador"): recopilación no periódica editada de 1896 a 1899, bajo la redacción del Grupo Emancipación del Trabajo, por la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero.

50 "*Vperiod*" ("Adelante"): periódico clandestino bolchevique, editado semanalmente en Ginebra desde enero hasta mayo de 1905.

51 "*Proletari*" ("El Proletario"): periódico clandestino bolchevique órgano central del POSDR, editado semanalmente en Ginebra desde mayo hasta noviembre de 1905.

52 "*Nóvaya Zhizn*" ("Vida Nueva"): primer periódico legal bolchevique; apareció diariamente desde octubre hasta diciembre de 1905 en San Petersburgo.

53 "*Nachalo*" ("El Comienzo"): diario menchevique legal; apareció en San Petersburgo desde noviembre hasta diciembre de 1905.

54 "*Volná*" ("La Ola"): diario bolchevique legal; se publicó en San Petersburgo desde abril hasta junio de 1906.

"*Ejo*" ("El 'Eco"): diario bolchevique legal que apareció en San Petersburgo (

55 "*Naródnaya Duma*" ("El Pensamiento del Pueblo"): diario menchevique publicado en San Petersburgo en marzo y abril de 1907.

56 *Partido Socialista de Norteamérica*: se fundó en julio de 1901 en el Congreso de Indianápolis como resultado de la unificación de los grupos separados del Partido Socialista Obrero y del Partido Socialdemócrata de Estados Unidos, uno de cuyos organizadores fue Eugenio Debs, popular figura del movimiento obrero de los EE. UU. Debs fue también uno de los fundadores del nuevo partido. La composición social del PSN era heterogénea: lo formaban una parte de obreros norteamericanos, obreros inmigrados, pequeños arrendatarios y elementos de la pequeña burguesía. Los dirigentes centristas y oportunistas de derecha del PSN (Víctor L. Berger, Mauricio Hillquit y otros) negaban la necesidad de la dictadura del proletariado y renunciaban a los métodos revolucionarios de lucha, reduciendo la actividad del partido, en lo fundamental, a participar en las campañas electorales. Durante la primera guerra mundial (1914-1918), en el PSN se formaron tres corrientes: la socialchovinista, que apoyaba la política imperialista del gobierno; la centrista, que impugnaba la guerra imperialista sólo de palabra; y la minoría revolucionaria, que ocupaba posiciones internacionalistas y luchaba contra la guerra.

El ala izquierda del Partido Socialista de Norteamérica, encabezada por Carlos Rutenberg, Guillermo Foster, Bill Haywood y otros y respaldada por los elementos proletarios, combatía a los dirigentes oportunistas del partido y propugnaba

acciones políticas independientes del proletariado y la creación de sindicatos basados en los principios de la lucha de clase. En 1919 se dividió el Partido Socialista de Norteamérica, y el ala izquierda, que lo abandonó, fue la fundadora y el núcleo fundamental del Partido Comunista de los Estados Unidos.

Federación Americana del Trabajo (FAT): central sindical de EE.UU. fundada en 1881. La FAT, organizada según el principio gremial, agrupaba principalmente a la "aristocracia obrera". Los dirigentes reformistas de la FAT negaban los principios del socialismo y de la lucha de las clases, predicaba la "colaboración de las clases" y defendía el régimen capitalista.

57 Lenin se refiere a la actitud que la alta burocracia zarista tenía con los funcionarios democráticos de los zemstvos: médicos, peritos, estadísticos, maestros, agrónomos, etc., tildados de "tercer elemento" en un discurso pronunciado en 1900 por el vicegobernador de Samara, Kondoidi. La expresión de "tercer elemento" empezó a utilizarse en las publicaciones para designar a la intelectualidad democrática de los zemstvos.

58 Lenin alude al *Congreso Socialista Internacional de Stuttgart* (VII Congreso de la II Internacional), celebrado en agosto de 1907. Uno de los puntos fundamentales del orden del día del congreso era el problema colonial, en torno al cual se desplegó enconada lucha. La parte oportunista del congreso propuso una resolución justificativa de las conquistas coloniales. El "socialista" holandés Van Kohl hizo una declaración en la que dijo que los socialistas debían ir en lo sucesivo a los "pueblos salvajes" no sólo con máquinas y otros adelantos de la cultura, sino empuñando también las armas. El proyecto de resolución oportunista fue apoyado por la mayoría de la delegación alemana. Sólo merced a los esfuerzos de los socialistas rusos y polacos, de una parte insignificante de los socialistas alemanes, franceses e ingleses, así como de todos los socialistas de los países pequeños sin colonias se logró impedir que se adoptara esa resolución y aprobar enmiendas que cambiaban de hecho su contenido. La resolución sobre el problema colonial, aprobada por el congreso, condenaba abierta y absolutamente toda política colonial.

59 "*Sozialistische Monatshefte*" ("Cuadernos Socialistas Mensuales"): principal órgano de prensa de los oportunistas alemanes y uno de los órganos del revisionismo internacional. Esta revista se publicó en Berlín desde 1897 hasta 1933. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) adoptó una postura socialchovinista.

60 Lenin denomina populistas al partido de los socialistas-revolucionarios (eseristas).

61 Se alude a la revista *Prosveschenie* (véase la nota 5).

62 "*Borbá*" ("La *Lucha*"): revista de Trotski editada en San Petersburgo de febrero a julio de 1914.

63 "*Siévernaya Rabóchaya Gazeta*" ("Periódico Obrero c

64 *Congreso de Estocolmo*: IV Congreso (de Unificación) del POSDR, celebrado del 10 al 25 de abril (23 de abril- 8 de mayo) de 1906. Tenían la mayoría en el congreso los mencheviques, ya que las organizaciones bolcheviques del partido, que habían encabezado la lucha armada de las masas en 1905, habían sido desbaratadas y no pudieron enviar a delegados suyos, circunstancia que predeterminó el carácter menchevique de las resoluciones aprobadas sobre la mayoría de los problemas discutidos en el congreso.

En el *V Congreso (de Londres) del POSDR* (1907), los bolcheviques obtuvieron la mayoría y lograron que triunfara la trayectoria marxista revolucionaria. El congreso aprobó resoluciones bolcheviques en todos los problemas fundamentales. En los acuerdos del congreso se hizo el balance de la victoria del bolchevismo sobre el ala oportunista, menchevique, del partido en el período de la revolución democrática burguesa. La táctica bolchevique fue aceptada como única para todo el partido.

65 En enero de 1912 se celebró en Praga una conferencia de toda Rusia en la que el partido de los bolcheviques quedó organizado como partido independiente. La Conferencia de Praga expulsó del partido a los mencheviques liquidadores.

66 *Pravdistas*: bolcheviques que tenían por órgano central el periódico *Pravda* ("La Verdad").

67 Populistas de izquierda: se trata del partido de los eseristas.

68 *Grupo Vperiod*, los de *Vperiod*: grupo antipartido formado en 1909; tenía por órgano de prensa el periódico que les daba nombre y que se publicó en 1910 y 1911 en Ginebra. Después de la Conferencia de Praga, en 1912, los de *Vperiod* se unieron a los mencheviques liquidadores y a los trotskistas en la lucha contra las resoluciones de la misma. Falto de apoyo en el movimiento obrero, este grupo se desmoronó de hecho entre 1913 y 1914. Al hablar de los dos grupos *Vperiod*, Lenin se refiere a las discrepancias y a la lucha de tendencias en el seno del mismo.

69 *Bolcheviques defensores* del partido: conciliadores que se inclinaban hacia los liquidadores.

Los *mencheviques defensores* del partido, encabezados por Jorge Plejánov, combatieron a los liquidadores después de la derrota de la revolución de 1905, en los años de reacción. Sin abandonar las posiciones del menchevismo, los plejanovistas propugnaban a la vez la conservación y el robustecimiento de la organización ilegal del partido, para lo cual formaron bloque con los bolcheviques. Plejánov rompió este bloque a fines de 1911. Aparentando combatir el "fraccionalismo" y la división en el POSDR, intentaba conciliar a los bolcheviques con los oportunistas. En 1912 los plejanovistas se pronunciaron con los trotskistas, los bundistas y los liquidadores contra las resoluciones de la Conferencia de Praga del POSDR.

70 *Teorías machistas, machismo*: corriente filosófica reaccionaria de carácter idealista subjetivo que alcanzó gran difusión en Europa Occidental a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Sus fundadores fueron el físico y filósofo austriaco E. Mach y el filósofo alemán R. Avenarius. En los años de reacción que siguieron en Rusia a la derrota de la revolución de 1905-1907, parte de la intelectualidad

socialdemócrata cayó bajo la influencia del machismo. Hablando de desarrollo del marxismo, los machistas rusos revisaban los fundamentos de la filosofía marxista. Bogdánov, uno de los dirigentes del grupo *Vperiod*, intentó crear su propio sistema filosófico, el "empiriomonismo", que era una variedad de la filosofía machista. Lenin criticó duramente el "empiriomonismo" en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*.

71 "*Nasha Zariá*" ("Nuestra Aurora"): revista legal de los mencheviques liquidadores que se publicó mensualmente desde enero de 1910 hasta septiembre de 1914 en San Petersburgo. En torno a *Nasha Zariá* se formó el centro de los liquidadores en Rusia.

72 *Nozdriov*: tipo de terrateniente pendenciero y truhán presentado por el escritor ruso Nicolás Gógol en la novela *Almas muertas*.
Judas Golovliov: protagonista de la obra del satírico ruso M. Saltykov-Schedrín. *Los señores Golovliov*. Es un tipo de terrateniente feudal llamado Judas por su santurronería, su hipocresía y su dureza de corazón. Los nombres de Nozdriov y Judas Golovliov se han hecho genéricos.

73 Según la ley electoral del 11 de diciembre de 1905, los comicios a la Duma de Estado se celebraban por curias, o grupos de población (terrateniente, urbana, campesina y obrera); las elecciones eran indirectas; los que gozaban del derecho a voto elegían a compromisarios por cada curia, y sólo de entre ellos se elegía a los diputados a la Duma de Estado. La ley electoral del 3 de junio de 1907, vinculada al nombre de P. Stolypin, presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior del gobierno zarista, redujo casi a la mitad el número de compromisarios obreros, ya de por sí insignificante. Para la curia obrera se asignaron seis provincias nada más con derecho a enviar a la Duma a un solo diputado por cada una.

74 "*Vorwärts*" ("Adelante"): diario, órgano central de la socialdemocracia alemana; apareció en Berlín desde 1891 hasta 1933. A partir de la segunda mitad de los años 90, después de la muerte de Engels, que había combatido desde las páginas de este periódico toda manifestación de oportunismo, la redacción del mismo se vio en manos del ala derecha del partido y publicó regularmente artículos de los oportunistas. Durante la primera guerra mundial, *Vorwärts* mantuvo una posición socialchovinista.

75 Véase la nota 11.

76 *El septeto*: diputados mencheviques de la minoría socialdemócrata de la IV Duma de Estado. Véase la nota 12.

77 "*Put Pravdi*" ("El Camino de la Verdad"): uno de los títulos del periódico bolchevique *Pravda*.

78 Véase la nota 12.

79 Lenin se refiere a la reunión del CC del POSDR con los cuadros del partido (denominada "del Verano" por motivos conspirativos) que se celebró del 23 de septiembre al 1 de octubre (6-14 de octubre) de 1913 en la aldea de Poronin, donde a la sazón se encontraba Lenin (no lejos de Cracovia). En la resolución acerca de la minoría socialdemócrata de la Duma, la reunión exigió la igualdad de derechos de ambas partes de la misma -la bolchevique y la menchevique- y condenó enérgicamente la conducta de la parte menchevique, la cual, valiéndose de que tenia casualmente un voto más pisoteaba los derechos elementales de los diputados bolcheviques que representaban a la inmensa mayoría de los obreros de Rusia. A indicación de Lenin y del CC del partido bolchevique, los diputados bolcheviques abandonaron, en octubre de 1913, la minoría socialdemócrata unificada de la Duma de Estado y formaron la minoría bolchevique independiente ("Minoría obrera socialdemócrata de Rusia").

80 *Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses de las Dumas de Estado de Rusia constituido por campesinos e intelectuales de tendencias populistas. Lo formaron en abril de 1906 los diputados campesinos a la I Duma y vacilaba entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas.

81 En la sesión de diciembre del Buró Socialista Internacional (transcurrió en Londres el 13 y el 14 de diciembre de 1913) se adoptó una resolución que encargaba al Comité Ejecutivo del mismo convocar una reunión con la asistencia de representantes de "todas las tendencias del movimiento obrero de Rusia, incluida la Polonia rusa, que acepten el programa del partido o los programas que estén en correspondencia con el programa de la socialdemocracia, para intercambiar opiniones (*Aussprache*) sobre los problemas que los dividen". Al argumentar esta resolución, Kautsky declaró en su discurso del 14 de diciembre que el viejo Partido Socialdemócrata de Rusia había muerto y era preciso reconstituir lo, apoyándose en el anhelo de unidad de los obreros rusos. Lenin dio a conocer el contenido de la resolución y calificó de monstruoso el discurso de Kautsky en el artículo *Una buena resolución y un mal discurso*.

82 Véase la nota 26.

83 *Duma de Bulyguin*: organismo consultivo que el gobierno zarista proyectó convocar en agosto de 1905. Se denominó de Bulyguin por apellidarse así el ministro del Interior, que preparó el proyecto de ley de su convocatoria. Según este proyecto, la Duma no tenía atribuciones para promulgar leyes, y el derecho electoral se otorgaba sólo a los terratenientes, a los capitalistas y a un pequeño número de campesinos ricos. Las elecciones para esta Duma no llegaron a celebrarse. Lo impidieron el creciente avance de la revolución y la huelga política general de octubre de 1905.-93.

84 *Octubristas*: miembros del partido Unión del 17 de Octubre, que se fundó en Rusia después de publicarse el Manifiesto del zar del 17 de octubre de 1905, en el cual se prometía dar a Rusia las libertades constitucionales. Era un partido contrarrevolucionario que representaba y defendía los intereses de la gran burguesía y los terratenientes capitalistas. Los octubristas apoyaban en todo la política interior y exterior del gobierno.

85 *Época turbulenta*: así se denominó el período de la guerra campesina acaudillada por Bolótnikov y de la lucha del pueblo ruso contra las intervenciones polaca y sueca a comienzos del siglo XVII.

86 El fondo de la teoría de Trotski de la "revolución permanente) consistía en negar la idea leninista de la hegemonía del proletariado en la revolución y el papel revolucionario del campesinado como aliado del proletariado y en intentar demostrar la imposibilidad del triunfo del socialismo en un solo país.

87 "*Die Neue Zeit*" ("Tiempos Nuevos"): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán que apareció en Stuttgart desde 1883 hasta 1923.

88 "*Naúchnaya Mysl*" ("El Pensamiento Científico"): revista de tendencia menchevique que se editó en Riga en 1908.

89 "*Przeglqd Socjaldemokratyczny*" ("Revista Socialdemócrata"): la editaron en Cracovia los socialdemócratas polacos con la participación directa de R. Luxemburgo desde 1902 hasta 1904 y desde 1908 hasta 1910.

90 "*Rússkaya Mysl*" ("El Pensamiento Ruso)": revista mensual literaria y política que se publicó en Moscú desde 1880 hasta 1918; su tendencia fue populista liberal hasta 1905 y, después de la revolución de este año, fue órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista.

91 Véase la nota 23.

92 *Consejo de la Nobleza Unificada*: organización contrarrevolucionaria de los terratenientes feudales que existió desde mayo de 1906 hasta octubre de 1917, convirtiéndose de hecho en un organismo semigubernamental que dictaba al poder ejecutivo medidas legislativas encauzadas a defender los intereses de los terratenientes feudales.

93 El 3 (16) de junio de 1907 se dio a la publicidad el Manifiesto del zar sobre la disolución de la II Duma de Estado y los cambios que se introducían en la ley electoral (el denominado golpe de Estado del 3 de junio). La nueva ley aumentaba considerablemente la representación de los terratenientes y la burguesía comercial e industrial en la Duma y reducía en varias veces el número de representantes de los campesinos y los obreros, ya exiguo de por sí. Fue una burda infracción del Manifiesto del 17 de Octubre y de la Ley Fundamental de 1906, según los cuales el gobierno no podía promulgar leyes sin la venia de la Duma de Estado.

94 Véase la nota 84.

95 *Progresistas*: grupo político de la burguesía monárquica liberar rusa que, en 1912, se constituyó en partido con el siguiente programa: Constitución restrictiva, gabinete que responda ante la Duma y lucha contra el movimiento revolucionario.

96 "*Riech*" ("La Palabra"): diario, órgano central del Partido Demócrata Constitucionalista que se publicó en San Petersburgo desde 1906 hasta octubre de 1917.

97 Se trata del Segundo Congreso Nacional de los Estudiantes de Ucrania, celebrado en Lvov del 19 al 22 de junio (2-5 de julio) de 1913: se había hecho coincidir su convocatoria con los festejos del aniversario del escritor, científico, hombre público y demócrata revolucionario ucranio Iván Frankó. En las labores del congreso participaron también representantes del estudiantado ucranio en Rusia. Pronunció un informe titulado *La juventud ucraniana y la situación actual de la nación* el socialdemócrata ucraniano Dontsov, quien preconizaba la independencia de Ucrania.

98 "*Rabóchaya Pravda*" ("La Verdad Obrera"): una de las denominaciones del periódico bolchevique *Pravda*.

99 "*Shliaji*" ("Los Caminos"): órgano de la Unión Estudi

100 "*Proletárskaya Pravda*" ("La Verdad Proletaria"): una de las denominaciones del periódico bolchevique *Pravda*.

101 "*Nóvoie Vremia*" ("Tiempos Nuevos"): diario que se publicó en San Petersburgo desde 1868 hasta 1917; perteneció a diversos editores y cambió varias veces de orientación política. Desde 1905 fue órgano de las centurias negras.

"*Zémschina*": diario ultrarreaccionario que se publicó en San Petersburgo entre 1909 y 1917 y fue órgano de los diputados ultras de la Duma de Estado.

102 Lenin aduce una expresión del ensayo *La Garita* del escritor ruso Gleb Uspenski.

103 "*Kíevskaya Mysl*" ("El Pensamiento de Kíev"): diario

104 Lenin aduce una expresión de la comedia del escritor ruso A. Griboiédov *La desgracia de tener demasiado ingenio*.

105 "*Naprzód*" ("Adelante"): órgano central del Partido So

106 Véase la nota 26.

107 Lenin se refiere al alzamiento polaco de liberación nacional de 1863 y 1864 contra la opresión de la autocracia zarista.

108 Uno de los problemas principales que se plantearon en contra el zarismo, por la libertad y la democracia y podía conducir a buen fin con la condición de que los obreros de todas las naciones de Rusia estuviesen agrupados en organizaciones proletarias únicas. La reunión rechazó enérgicamente, respaldándose en el programa del partido, la reivindicación oportunista de los mencheviques y los bundistas de "autonomía nacional cultural" y adoptó las tesis programáticas de Lenin en el problema nacional. Reafirmó que la consigna principal del partido en el problema nacional seguía siendo la del derecho de las naciones a la autodeterminación, o sea, a su separación y constitución en Estado independiente (la segunda parte de la consigna se formuló por primera vez en un documento del partido), con la particularidad de que la conveniencia de la separación de tal o cual nación debe resolverse en cada caso por separado, desde el punto de vista de los intereses de todo el desarrollo social y de la lucha de clase del proletariado por el socialismo. Lenin conceptuaba declaración programática del partido la resolución sobre el problema nacional, aprobada por el congreso. La reunión tomó el acuerdo de incluir en el orden del día del congreso del partido, que se había de celebrar, el punto sobre el programa nacional.

109 Lenin alude a las remembranzas de G. Liebknecht sobre Carlos Marx.

110 *Cartismo*: primer movimiento masivo de la clase obrera de Inglaterra conocido en la historia. Se desplegó en los años 30 y 40 del siglo XIX. Al hacer pública la Carta del Pueblo (y de ahí la

denominación de cartismo), los participantes en este movimiento luchaban en pro de las reivindicaciones, contenidas en ella, de sufragio universal, abolición de la obligatoriedad de poseer tierra para ser diputado al Parlamento, etc. Durante varios años se celebraron en todo el país mítines y manifestaciones con la participación de millones de obreros y artesanos.

El Parlamento inglés se negó a aprobar la Carta del Pueblo y rechazó todas las peticiones de los cartistas. El gobierno desencadenó contra ellos crueles represiones y encarceló a sus líderes. El movimiento fue aplastado, pero el cartismo ejerció gran influencia en el desarrollo ulterior del movimiento obrero internacional.

111 "*The Times*" ("Los Tiempos"): diario fundado en Londres en 1785; es uno de los periódicos conservadores de importancia de la burguesía inglesa.

112 *Fenianos*. Véase la nota 36.

113 *Tories*: partido político de Inglaterra fundado en los años 70-80 del siglo XVII. Fue, con el partido de los whigs (posteriormente partido liberal), uno de los dos partidos ingleses que se turnaban en el poder. Expresaba los intereses de la aristocracia terrateniente y del alto clero. A mediados del siglo XIX sirvió de base para fundar el partido conservador.

114 "*The New York Daily Tribune*" ("Tribuna Diaria de Nueva York"): periódico norteamericano que se publicó desde 1841 hasta 1924. Hasta mediados de los años 50 fue órgano del ala izquierda de los whigs norteamericanos y, luego, órgano del partido republicano.

115 Lenin cita el artículo de J. Plejánov *Proyecto de programa del Partido Socialdemócrata de Rusia*, publicado en el número 4 de 1902 de la revista *Zariá*.

"*Zariá*" ("La Aurora"): revista política y científica marxista; la editó legalmente en Stuttgart durante los años 1901 y 1902 la redacción de *Iskra*.

116 Expresión tomada de los ensayos del satírico ruso M. Saltykov Schedrín *En el extranjero*.

117 *Seminaristas*: alumnos de las escuelas conciliares (seminarios) que vivían internados en ellas. Estos seminarios se distinguían por su severo régimen, sus castigos corporales y su rudeza de costumbres, descritos por el escritor ruso N. Pomialovski en *Apuntes de un seminarista*.

118 Lenin cita la letra de una canción de los soldados de Sebastopol escrita por León Tolstói. En esta canción se habla de la fracasada operación de las tropas rusas en el riachuelo Chernaya el 4 de agosto de 1855 durante la guerra de Crimea. El general Read mandaba dos divisiones en esta operación.

119 El *Partido Socialista Popular del Trabajo* (enesistas) se desgajó del ala derecha del de los socialistas-revolucionarios (eseristas) en 1906. Se pronunciaban a favor de un bloque con los demócratas constitucionalistas. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, el partido de los socialistas populares se fundió con los trudoviques y apoyó activamente la labor del Gobierno Provisional burgués, en el cual estaba representado. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los socialistas populares participaron en complots contrarrevolucionarios y acciones armadas contra el Poder soviético.

120 "*Rússkoie Bogatstvo*" ("La Riqueza Rusa"): revista mensual que se publicó en San Petersburgo desde 1876 hasta 1918. Agrupábanse en torno suyo publicistas que posteriormente fueron miembros destacados de los partidos de los eseristas, de los "socialistas populares" y de los grupos del Trabajo en las Dumas de Estado. En 1906 se convirtió en órgano del Partido Socialista Popular del Trabajo (enesistas), de tendencia semidemócrata constitucionalista.

121 "*Nasha Rabóchaya Gazeta*" ("Nuestro Periódico Obrero"): diario de los mencheviques liquidadores que se publicó legalmente en San Petersburgo desde mayo hasta julio de 1914.

122 El manifiesto *La guerra y la socialdemocracia de Rusia* fue el primer documento oficial del CC del POSDR que expresaba la posición del partido bolchevique ante la guerra imperialista mundial, ya desencadenada. Vio la luz en de noviembre de 1914 como artículo de fondo del número 33 del periódico *Sotsial-Demokrat*, órgano central del POSDR, y fue enviado al Buró Socialista Internacional (órgano ejecutivo de la II Internacional) y a algunos periódicos socialistas de Inglaterra, Alemania, Francia, Suecia y Suiza como documento oficial que exponía la posición del POSDH ante la guerra. Por indicación de Lenin, el manifiesto del CC del POSDR fue enviado a la conferencia de socialistas de los países neutrales. Las tesis y consignas más importantes del partido proclamadas en el manifiesto, fueron estampadas en octavillas bolcheviques que se editaron en multitud de grandes centros industriales de Rusia.

123 *Junkers*: denominábanse así en Prusia los grandes terratenientes de la alta nobleza.

124 *Comuna de París de 1871*: primera experiencia, conocida en la historia, de dictadura del proletariado, de gobierno revolucionario de la clase obrera, creado por la revolución proletaria en París. Existió setenta y dos días, desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

125 Al comenzar la guerra, los diputados bolcheviques a la IV Duma de Estado se pronunciaron enérgicamente en defensa de los intereses de la clase obrera. Aplicando la orientación política del partido, votaron en contra de la concesión de créditos de guerra al zarismo, desenmascaraban el carácter imperialista y antipopular de la guerra, explicaban a los obreros la verdad sobre ésta y los alzaban a la lucha contra el zarismo, la burguesía y los terratenientes. Fueron procesados y deportados a Siberia por su labor revolucionaria durante la guerra (véase sobre esto el artículo de V. I. Lenin *¿Qué ha demostrado la vista de la causa contra la minoría parlamentaria socialdemócrata obrera rusa*?).

126 Poco después de comenzada la guerra, el Comité Bolchevique de Petersburgo propagó una octavilla que exhortaba a los obreros y soldados a organizarse para la lucha contra la guerra y la autocracia, con las consignas: "¡Abajo la monarquía

autocrática!", "¡Viva el socialismo!", "¡Viva la república democrática!". En agosto, dicho comité lanzó otra proclama clandestina contra la guerra, llamando a organizarse y armarse.

127 El *Congreso Socialista Internacional de Stuttgart* (VII Congreso de la II Internacional) se celebró entre el 18 y el 24 de agosto de 1907 con la asistencia de 886 delegados en representación de los partidos socialistas y los sindicatos. Examinó las cuestiones siguientes: 1) El militarismo y los conflictos internacionales; 2) Las relaciones entre los partidos políticos y los sindicatos; 3) El problema colonial; 4) La inmigración y la emigración de los obreros y 5) El sufragio femenino.

La labor fundamental del congreso se concentró en las comisiones, donde se redactaron los proyectos de resolución para las sesiones plenarias. Lenin participó en la dedicada a la cuestión principal: *El militarismo y los conflictos internacionales*. Al discutirse el proyecto de resolución, propuesto por A. Bebel, Lenin logró con sus enmiendas, apoyadas por los representantes de la socialdemocracia polaca, cambiarlo de raíz en el espíritu del marxismo revolucionario. En la resolución se introdujo la tesis siguiente, de importancia esencialísima: "En caso de que, a pesar de todo, la guerra sea desencadenada, ellos (los obreros de los distintos países y sus representantes en los parlamentos.- N. de la Edit.) deben... procurar con todos los medios aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para agitar a las masas populares y acelerar el hundimiento de la dominación capitalista de clase" (*Proletari*, núm. 17 del 20 de octubre de 1907, pág. 6).

La adopción de la resolución *El militarismo y los conflictos internacionales* fue una inmensa victoria del ala revolucionaria sobre la oportunista en el movimiento obrero internacional.

El *Congreso Socialista Internacional de Copenhague* (VIII Congreso de la II Internacional) se celebró entre el 28 de agosto y el 3 de septiembre de 1910 con la asistencia de 896 delegados. En la resolución sobre la lucha contra la guerra: *Los arbitrajes y el desarme*, este congreso convalidó la resolución del de Stuttgart (1907): *El militarismo y los conflictos internacionales*. La resolución del Congreso de Copenhague obligaba también a los partidos socialistas y a sus representantes en los parlamentos a exigir a sus gobiernos que redujesen los armamentos y dirimiesen los conflictos entre los Estados mediante arbitrajes y exhortaba a los obreros de todos los países a organizar actos de protesta contra el peligro de guerra.

Congreso de Basilea: Congreso Socialista Internacional Extraordinario que se celebró en Basilea el 24 y el 25 de noviembre de 1912. Se convocó para tomar una resolución sobre la lucha contra el peligro inminente de guerra imperialista mundial, peligro que aumentó más aún al desencadenarse la primera guerra balcánica. Asistieron al congreso 555 delegados, seis de los cuales lo eran por el CC del POSDR. El día de la inauguración hubo una multitudinaria manifestación antibélica y un mitin internacional de protesta contra la guerra.

El 25 de noviembre se aprobó por unanimidad un manifiesto sobre la guerra, en el que se advertía a los pueblos el peligro de conflagración mundial que se cernía. "En cualquier momento –se decía en el manifiesto-, los grandes pueblos europeos pueden ver se lanzados los unos contra los otros, y este crimen contra la humanidad y la razón no puede justificarse con el mínimo pretexto de interés popular de ningún género... Sería una locura si los gobiernos no comprendiesen que la sola idea de la monstruosidad que implica la contienda mundial ha de promover la ira y la indignación de la clase obrera. El proletariado tiene por un crimen dispararles unos contra los otros en aras de las ganancias de los capitalistas, en aras de ambiciones dinásticas, en aras del cumplimiento de los tratados diplomáticos secretos".

Este manifiesto denunciaba los fines de bandidaje de la conflagración tramada por los imperialistas y exhortaba a los obreros de todos los países a desplegar una lucha enérgica en pro de la paz y en contra del peligro bélico, a "oponer al imperialismo capitalista la potencia de la solidaridad internacional del proletariado". Y para el caso de que la contienda mundial estallase, el manifiesto recomendaba a los socialistas que aprovechasen la crisis económica y política, provocada por las hostilidades, para batallar por la revolución socialista. Los jefes de la II Internacional (Kautsky, Vandervelde y otros) votaron en el congreso a favor del manifiesto contra la guerra. No obstante, cuando la guerra imperialista estalló, relegaron al olvido el Manifiesto de Basilea, lo mismo que otras resoluciones de los congresos socialistas internacionales sobre la lucha contra la guerra, y se pusieron de parte de sus gobiernos imperialistas.

128 Lenin escribió el artículo *Carlos Marx* (*Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo*) para el Diccionario Enciclopédico Granat, el más popular en Rusia a la sazón. En el prólogo a la separata de 1918 Lenin menciona de memoria el año en que escribió el artículo: 1913. En realidad, empezó a escribirlo en la primavera de 1914. Este artículo se publicó incompleto en 1915 en el tomo 28 del Diccionario Enciclopédico (7a edición) con la firma de V. Ilín. Debido a la censura, la redacción del Diccionario no insertó dos apartados: *El socialismo* y *La táctica de la lucha de clase del proletariado*, e hizo una serie de modificaciones en el texto del artículo. Al final del mismo se agregó, como anexo, una *Bibliografía del marxismo*. En 1918 la editorial "Pribói" publicó este trabajo en folleto aparte según el texto del Diccionario Enciclopédico, pero sin la *Bibliografía del marxismo*. Para esta edición fue para la que escribió Lenin el prólogo impreso en este tomo. El texto completo del artículo, conforme al manuscrito, se publicó por vez primera en 1925 en la recopilación de artículos de V. I. Lenin *Marx, Engels, Marxismo*, editada por el Instituto Lenin, anejo al CC del PCUS. En el tomo presente se ha incluido sin la *Bibliografía del marxismo*.

129 *Hegelianos de izquierda o jóvenes hegelianos*: representantes del ala izquierda de la escuela de Hegel, tendencia idealista de la filosofía alemana en los años 30-40 del siglo XIX.
130 Véase F. Engels. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.
131 Se trata de la bibliografía compuesta por Lenin para el artículo *Carlos Marx*, omitida en la presente edición.
132 Se alude al artículo de Carlos Marx *La justificación del corresponsal del Mosela*.
133 Véase C. Marx. *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción*.
134 Se trata de la revolución burguesa de febrero de 1848 en Francia.
135 Se trata de la revolución burguesa que comenzó en marzo de 1848 en Alemania y Austria.
136 Se refiere a la manifestación popular que organizó en París el partido de la pequeña burguesía ("La Montaña') en señal de protesta contra la violación, por parte del presidente y de la mayoría de la Asamblea Legislativa, del régimen constitucional establecido por la revolución de 1848. La manifestación fue dispersada por orden del gobierno.
137 Lenin alude al opúsculo *El señor Vogt* que escribió Carlos Marx en respuesta al libelo del agente bonapartista C. Vogt Mi proceso contra "*Allgemeine Zeitung*".
138 Se alude al *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*.
139 *Bakuninistas*: adeptos de la corriente que debe su nombre al ideólogo del anarquismo M. Bakunin. Combatieron con tesón la teoría y la táctica marxistas del movimiento obrero. El bakuninismo tiene por tesis esencial la negación de todo Estado, incluida la dictadura del proletariado, y se caracteriza por no comprender el papel histórico universal del proletariado. A juicio de los bakuninistas, una sociedad revolucionaria secreta, compuesta de personalidades "insignes" debía dirigir los motines populares. Su táctica de conspirar y cometer actos de terrorismo era aventurera y estaba en pugna con la doctrina marxista de la insurrección. Cuando hubo entrado en la I Internacional, Bakunin se planteó el objetivo de apoderarse del Consejo General y comenzó la lucha contra Marx. Por sus actividades disolventes, Bakunin fue expulsado de la I Internacional en el Congreso de La Haya, celebrado en 1872.
140 Véase F. Engels. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.
141 Véase F. Engels. *Anti-Dühring*.
142 Véase F. Engels. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.
143 Véase F. Engels. *Anti-Dühring*.
144 Véase F. Engels. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.
145 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap. XIII. Maquinaria y gran industria. 1. Desarrollo histórico de las máquinas).
146 *Restauración*: período de la historia de Francia comprendido entre 1814 y 1830, durante el cual estuvo el poder en manos de la dinastía restaurada de los Borbones, que había sido destronada por la Revolución Francesa en 1792.
147 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I. (cap. I. La mercancía. 4. El fetichismo de la mercancía y su secreto).
148 Véase C. Marx. *Contribución a la crítica de la economía política* (cap. I. La mercancía).
149 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap. IV. Cómo se convierte el dinero en capital. 3. Compra y venta de la fuerza de trabajo).
150 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap. IV. Cómo se convierte el dinero en capital. 3. Compra y venta de la fuerza de trabajo).
151 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap: XXIV. La llamada acumulación originaria. 7. Tendencia histórica de la acumulación capitalista).
152 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III (cap. XLVII. Génesis de la renta del suelo. 4. La renta en dinero).
153 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap. XXIV. La llamada acumulación originaria. 5. Cómo repercute la revolución agrícola sobre la industria).
154 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I (cap. XXIII. La ley general de la acumulación capitalista. 4. Diversas modalidades de la superpoblación relativa).
155 Véase C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.
156 Véase C. Marx. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.
157 Véase C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.
158 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III (cap. XLVII. Génesis de la renta del suelo. 5. El régimen de aparcería y la propiedad parcelaria de los campesinos).
159 Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania*.
160 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 9 de abril de 1863.
161 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 5 de febrero de 1851.
162 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 17 de diciembre de 1857.
163 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 7 de octubre de 1858.
164 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 8 de abril de 1863.
165 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 9 de abril de 1863.
166 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 2 de abril de 1856.
167 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 19 de noviembre de 1869.
168 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 11 de agosto de 1881.
169 Se refiere a la insurrección democrática de liberación nacional que estalló en la República de Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Prusia y Rusia. Los insurgentes formaron durante el alzamiento un Gobierno Nacional que lanzó un manifiesto sobre la abolición de las cartas feudales y prometió entregar la tierra en propiedad y sin rescate a los campesinos. En otras proclamas anunció la creación de los talleres nacionales, el aumento de los salarios en ellos y la

institución de la igualdad cívica. Pero la insurrección fue aplastada poco después.

170 Véase C. Marx. *La burguesía y la contrarrevolución* (artículo segundo).

171 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 16 de abril de 1856.

172 Véanse las cartas de F. Engels a C. Marx del 11 de junio de 1863, 24 de noviembre de 1863, 4 de septiembre de 1864, 27 de enero de 1865, 22 de octubre de 1867 y 6 de diciembre de 1867, así como las de C. Marx a F. Engels del 12 de junio de 1863, 10 de diciembre de 1864, 3 de febrero de 1865 y 17 de diciembre de 1867.

173 Se alude a la Comuna de París de 1871.

174 La *Ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania por el gobierno de Bismarck en 1878 para luchar contra el movimiento obrero y socialista. Prohibía todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera; fueron confiscadas las publicaciones socialistas y se persiguió y expulsó a los socialdemócratas. En 1890, bajo la presión del creciente movimiento obrero de masas, la Ley de excepción contra los socialistas fue derogada.

175 Véanse las cartas de C. Marx a F. Engels del 23 de junio de 1877, 1 de agosto de 1877 y 10 de septiembre de 1879 y las de F. Engels a C. Marx del 20 de agosto y 9 de septiembre de 1879.

176 Se trata de la *Introducción* de F. Engels a la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Al exponer el contenido de la *Introducción* y publicar extractos de la misma en el número correspondiente al 30 de marzo de 1895 del periódico *Vorwärts*, órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán, se omitieron importantísimas tesis sobre la lucha revolucionaria del proletariado, lo que motivó una viva protesta de Engels. Engels quería que su *Introducción* se publicase íntegra, y fue publicada en 1895 en la revista *Die Neue Zeit*, si bien muy abreviada a instancias de la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán. Posteriormente, los líderes oportunistas de la socialdemocracia alemana, para justificar su táctica reformista, empezaron a interpretar el documento por ellos deformado como la renuncia de Engels a la revolución, a la insurrección armada y a los combates de barricadas. El texto auténtico de esta *Introducción* se publicó por primera vez en la URSS.

177 Se alude al artículo de F. Mehring *Recuerdos de la guerra de 1870*, inserto en el número 1 de la revista *Die Neue Zeit* correspondiente al 2 de octubre de 1914.

178 *Golos* ("La Voz"): diario menchevique que se publicó en París desde septiembre de 1914 hasta enero de 1915. Lo dirigió L. Trotski. Los primeros cinco números aparecieron con el título de *Nash Golos* ("Nuestra Voz"). La posición que ocupaba era centrista. En los primeros días de la guerra imperialista mundial, en *Golos* se publicaron artículos de L. Mártov contra los socialchovinistas. Cuando Mártov viró a la derecha, este periódico fue tomando de más en más la defensa de los socialchovinistas. Desde enero de 1915, en vez de *Golos* empezó a salir *Nashe Slovo* ("Nuestra Palabra").

179 *Millerandismo* (y también ministerialismo): corriente oportunista en la socialdemocracia que debe su nombre al socialista reformista francés A. Millerand, el cual entró en el gobierno reaccionario burgués de Francia en 1899. La entrada de Millerand en el gobierno burgués fue una brillante expresión de la política de colaboración de clase de los líderes oportunistas de la socialdemocracia con la burguesía, una renuncia de los mismos a la lucha revolucionaria y una traición a los intereses de las masas trabajadoras.-210.

180 *Montaña y Gironda*: denominación de dos grupos políticos de la burguesía durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Se llamaba *Montaña* a los jacobinos, los representantes más decididos de la burguesía, la clase revolucionaria de aquel tiempo, que propugnaban la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo. Los *girondinos*, a diferencia de los jacobinos, vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y siguieron la senda de las componendas con la monarquía.

Lenin llamó *Gironda socialista* a la corriente oportunista de la socialdemocracia, y *Montaña*, jacobinos proletarios, a los socialdemócratas revolucionarios. Después de la escisión del POSDR en bolcheviques y mencheviques, Lenin subrayó a menudo que los mencheviques representaban la corriente girondina en el movimiento obrero.

181 Alusión hecha a los personajes de la obra de Nicolás Gógol *Relato de cómo se enfadó Iván Ivánovich con Iván Nikíforovich*.

182 El artículo de A. Pannekoek *La bancarrota de la Internacional* se publicó en los números 245, 246 y 247 del periódico socialista suizo *Berner Tagwacht* correspondientes al 20, 21 y 22 de octubre de 1914.

183 *Buró Socialista Internacional* (BSI): órgano permanente informativo y ejecutivo de la II Internacional. El acuerdo de fundarlo se adoptó en el Congreso de París de la II Internacional (1900). Tenía su sede en Bruselas. Lo integraban dos delegados por cada partido nacional. Debía reunirse cuatro veces al año, y en los períodos que mediaban entre reunión y reunión, sus labores las dirigía, a título de misión encomendada, el Comité Ejecutivo del Partido Obrero Belga. El presidente del BSI era E. Vandervelde; y el secretario, C. Huysmans. Desde 1905 formaba parte de él V. I. Lenin en representación del POSDR. La última reunión del BSI aludida por Lenin se celebró en Bruselas el 29 de julio de 1914 con motivo de la declaración de la guerra de Austria-Hungría a Serbia. Cuando estalló la conflagración imperialista mundial, el BSI se convirtió en un instrumento sumiso de los socialchovinistas.

184 Véase la nota 92.

185 Véase la nota 38.

186 V. I. Lenin cita la novela de N. Chernyshevski. *Prólogo*.

187 Véase F. Engels. *Las publicaciones de los emigrados*.

188 *Lassalleanos*: partidarios y secuaces del socialista pequeñoburgués alemán F. Lassalle, miembros de la Asociación General de los Obreros Alemanes, fundada en 1863. Su primer presidente fue Lassalle, que expuso el programa y los fundamentos de la táctica de la Asociación. La Asociación General de los Obreros Alemanes adoptó por programa político suyo la lucha en pro del sufragio universal y, por programa económico, la creación de asociaciones obreras de producción subsidiadas por el Estado. Lassalle y sus partidarios, que se adaptaban a la hegemonía de Prusia, apoyaban en su labor práctica la política de nación opresora que aplicaba Bismarck.

189 Sobre la resolución de Basilea véase la nota 127.

190 Se refiere a la resolución del Congreso de Chemnitz de la socialdemocracia alemana sobre el imperialismo y la actitud de los socialistas ante la guerra, adoptada el 20 de septiembre de 1912. En esta resolución se condenaba la política imperialista y se hacía hincapié en la importancia que tenía la lucha por la paz.

191 "*Nashe Slovo*" ("Nuestra Palabra"): periódico menchevique publicado en París en 1915 y 1916. Uno de sus directores fue L. Trotski.

192 Se alude al folleto de E. David *La socialdemocracia y la defensa de la patria*, Berlín, 1915.

193 "*Die Internationale*" ("La Internacional"): revista de "problemas de la práctica y la teoría del marxismo" fundada por R. Luxemburgo y F. Mehring. El primer número apareció en 1915. Reanudóse su edición en 1918, después de la revolución de noviembre en Alemania.

194 *Triple Entente*: bloque imperialista de Inglaterra, Francia y Rusia fraguado definitivamente en 1907 como contrapeso a la Triple Alianza imperialista de Alemania, Austria-Hungría e Italia. La formación de la Entente estuvo precedida de la alianza franco-rusa de 1891-1893 y el convenio anglo-francés de 1904. Culminóse la formación de la Entente con la firma del tratado anglo-ruso de 1907. Durante la guerra imperialista mundial, a la alianza política y militar de Inglaterra, Francia y Rusia se sumaron los EE. UU., el Japón, Italia y otros Estados.

195 *Struvismo* o "*Marxismo legal*": deformación liberal burguesa del marxismo que surgió como corriente sociopolítica independiente en los años 90 del siglo XIX entre la intelectualidad liberal burguesa de Rusia. El marxismo había cobrado por entonces bastante difusión, y los intelectuales burgueses empezaron a propagar ampliamente, so capa de marxismo, sus ideas en los periódicos y revistas legales. Por eso recibieron la denominación de "marxistas legales".

196 "*Sotsial-Demokrat*" ("El Socialdemócrata"): periódico clandestino, órgano central del POSDR; se publicó desde febrero de 1908 hasta enero de 1917, primero en París, y luego en Ginebra. En total vieron la luz 58 números. Desde diciembre de 1911 lo dirigió V. I. Lenin.

197 Se alude a la huelga de octubre en toda Rusia y a la insurrección armada de diciembre de 1905 en Moscú durante la primera revolución rusa.

198 *Triple Alianza*: bloque imperialista de Alemania, Austria-Hungría e Italia formado entre 1879 y 1882. El tratado de la Triple Alianza estipulaba acciones conjuntas de sus participantes y estaba enderezado principalmente contra Rusia y Francia. Italia, que dependía en el aspecto financiero de Inglaterra, entró en la Triple Alianza, haciendo la salvedad de que cumpliría los compromisos contraídos en el caso de que Inglaterra no se encontrase entre los enemigos de la alianza. Al empezar la primera guerra mundial, Italia se declaró neutral, y en mayo de 1915 pasó al lado de la Entente y entró en guerra con sus ex aliados, dejando de existir, por consiguiente, la Triple Alianza.

199 "*Zhizn*" ("La Vida"): periódico del partido de los eseristas que se publicó en 1915 y 1916 primero en París y luego en Ginebra.

200 *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés encabezada por el insigne revolucionario y eminente representante del comunismo utópico francés Luis Augusto Blanqui (1805-1881). Los blanquistas negaban la lucha de las clases, sustituían la labor de partido revolucionario por las acciones de un reducido grupo secreto de conspiradores, no hacían caso de la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y desdeñaban el contacto con las masas.

201 "*The Economist*" ("El Economista"): revista semanal inglesa de economía y política, órgano de la gran burguesía industrial; aparece en Londres desde 1843.

202 *El hombre enfundado*: personaje del cuento homónimo de A. Chéjov. Tipo de funcionario de cortos alcances, temeroso de toda innovación e iniciativa.

203 *Librecambio*: tendencia de la economía política burguesa que reclama libertad de comercio y no ingerencia.

204 Esta máxima pertenece al gran poeta alemán J. Goethe.

205 *Paneslavismo*: corriente política reaccionaria que pretendía unificar a los países eslavos bajo la égida de la Rusia zarista e intentaba utilizar con este fin la lucha de los eslavos por liberarse del yugo turco y austro-húngaro.

206 La *Conferencia de Berna* (Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero) se celebró en Berna del 14 al 19 de febrero (27 de febrero-4 de marzo) de 1915. En la resolución *Sobre la consigna de la "defensa de la patria"* se decía: "El elemento nacional tiene en la guerra austro-serbia una importancia secundaria y no cambia el carácter imperialista general de la misma".

207 Palabras de la fábula *El cuclillo y el gallo*, del fabulista ruso I. Krylov.

208 *Jauresistas*: adeptos del socialista francés J. Jaurès, que encabezaba el ala derecha, reformista, del movimiento socialista de Francia. Aparentando reclamar la "libertad de crítica", revisaban los postulados básicos del marxismo y propugnaban la colaboración entre las clases proletaria y burguesa. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que adoptó posiciones reformistas. En 1905 se fusionó con el Partido Socialista de Francia, dirigido por Guesde, formando un solo partido: el Partido

Socialista Francés. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918), los jauresistas, que predominaban en la dirección de este partido, apoyaron abiertamente la guerra imperialista y adoptaron posiciones socialchovinistas.

209 *Tendencia de Guesde*, guesdistas, corriente guesdista: orientación marxista revolucionaria del movimiento socialista francés de fines del siglo XIX y comienzos del XX, encabezada por J. Guesde. En 1901, los defensores de la lucha revolucionaria entre las clases, con Guesde al frente, fundaron el Partido Socialista de Francia. En 1905, los guesdistas se fusionaron con el Partido Socialista Francés, reformista, y adoptaron en su seno una posición centrista. Durante la guerra imperialista mundial se pusieron al lado de los socialchovinistas. J. Guesde y M. Sembat formaron parte del gabinete imperialista de Francia.

210 "*Le Socialisme*" ("El Socialismo"): revista editada y dirigida por el socialista francés J. Guesde; apareció en París desde 1907 hasta junio de 1914.

211 Se alude al libro de A. Sartorius von Waltershausen Das Volkswirtschaftliche System der Kapitalanlage im *Auslande* (El sistema económico de inversión de capital en el extranjero), Berlín, 1907.

212 Se trata del libro de Rüdorffer (Riezler, K.) Grundzü ge der Weltpolitik in der Gegenwart (Rasgos principales de la política mundial contemporánea), aparecido en Berlín en 1913.

213 El *Partido Socialista Británico* se fundó en 1911 en Manchester mediante la unificación del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El PSB hizo agitación y propaganda en el espíritu de las ideas marxistas y era, como dijo Lenin, un partido "no oportunista, verdaderamente independiente de los liberales". Sin embargo, el escaso número de militantes y sus débiles vínculos con las masas le imprimían un carácter algo sectario.

Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918) se entabló en el partido una dura lucha entre la corriente internacionalista (G. Gallacher, A. Inkpin, D. MacLean, F. Rotshtein y otros) y la corriente socialchovinista, encabezada por Hyndman. En el seno de la corriente internacionalista había elementos inconsecuentes que mantenían una posición centrista ante diversos problemas. En febrero de 1916, un grupo de dirigentes del PSB fundó el periódico *The Call* ("El Llamamiento"), que desempeñó un importante papel en la cohesión de los internacionalistas. La conferencia anual del PSB, celebrada en abril de 1916 en Salford, condenó la posición socialchovinista de Hyndman y sus correligionarios, los cuales abandonaron el partido.

El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, de consuno con el Grupo Comunista de Unidad, en la fundación del Partido Comunista de la Gran Bretaña. En el I Congreso de Unificación, celebrado en 1920, la inmensa mayoría de las organizaciones locales del PSB entró en el Partido Comunista.

214 El *Partido Laborista* (Labour Party) de Inglaterra se fundó en 1900 como una agrupación de sindicatos, organizaciones y grupos socialistas con el fin de llevar representantes obreros al Parlamento ("Comité de Representación Obrera"). En 1906, este comité adoptó la denominación de Partido Obrero (Laborista). Los afiliados a los sindicatos (tradeuniones) son automáticamente miembros del partido con la condición de que paguen las cuotas. El Partido Laborista, que, por su composición, fue originariamente un partido obrero (más tarde se adhirió a él gran número de elementos pequeñoburgueses), es por su ideología y su táctica una organización oportunista. Desde que surgió, sus líderes aplican una política de colaboración de clase con la burguesía. Durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los líderes laboristas adoptaron una posición socialchovinista.

215 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. La sociedad tomó su nombre del caudillo romano Fabio Máximo (s. III a. n.e.), llamado Cunctátor (el Contemporizador) por su táctica expectante, en virtud de la cual rehuía los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Los miembros de esta sociedad eran principalmente representantes de la intelectualidad burguesa: científicos, escritores y políticos (como S. y B. Webb, B. Shaw, R. MacDonald y otros, por ejemplo); negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista y afirmaban que la transición del capitalismo al socialismo es posible únicamente por medio de pequeñas reformas y transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista. El "socialismo fabiano" es una de las fuentes de la ideología laborista. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918), los fabianos mantuvieron una posición socialchovinista.

216 *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* (Independent Labour Party): organización reformista fundada en 1893 al tomar incremento la lucha huelguística e intensificarse el movimiento en pro de la independencia de la clase obrera de Inglaterra con relación a los partidos burgueses. Al frente de este partido figuraba Keir Hardie. Adoptó posiciones reformistas y burguesas desde el momento en que surgió y dedicaba la atención principal a la forma parlamentaria de lucha y a las transacciones parlamentarias con el Partido Liberal. Al empezar la primera guerra mundial, publicó un manifiesto contra ella, pero poco después adoptó una posición socialchovinista.

217 *Pravdismo*: bolchevismo, nombre derivado del título del periódico legal de los bolcheviques *Pravda*.

218 Véase la nota 12.

219 Se alude a la VI Conferencia Nacional (Conferencia de Praga) del POSDR. Véase la nota 65.

220 *Tesniakí* (Los estrechos): corriente revolucionaria que surgió en el seno del Partido Socialdemócrata Búlgaro y que, en 1903, se constituyó en Partido Socialdemócrata Obrero Búlgaro independiente. En 1914-1918, los tesniakí impugnaron la guerra imperialista; en 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de

Bulgaria.

221 *Novo Vreme* ("Tiempos Nuevos"): revista, órgano científico y teórico del ala revolucionaria de la socialdemocracia búlgara (*tesniakí*); se fundó en 1897.

222 "*Volksrecht*" ("El Derecho del Pueblo"): órgano diario del Partido Socialdemócrata de Suiza; aparece en Zúrich desde 1898.

223 "*Berner Tagwacht*" ("El Centinela de Berna"): órgano del Partido Socialdemócrata de Suiza; aparece desde 1893 en la capital de este país. De 1909 a 1918 lo dirigió R. Grimm. Al empezar la guerra imperialista mundial, este periódico publicó artículos de C. Liebknecht, F. Mehring y otros socialdemócratas de izquierda. A partir de 1917 apoyó a los socialchovinistas.

224 "*L'Humanité*": diario fundado en 1904 por J. Jaurès como órgano del Partido Socialista Francés. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918) estuvo en manos de la extrema derecha del PSF y mantuvo una posición socialchovinista. Desde diciembre de 1920, a raíz de la escisión del Partido Socialista Francés y de la constitución del Partido Comunista de Francia, pasó a ser el órgano central de éste.

225 Véase la nota 71.

226 *Bloque de Bruselas o del 3 de julio*: bloque concertado contra los bolcheviques en la conferencia privada de los liquidadores, los trotskistas, los de *Vperiod*, los plejanovistas, los bundistas y otros celebrada después de la conferencia "unificadora" de Bruselas. La conferencia "unificadora" de Bruselas fue convocada por el Comité Ejecutivo del Buró Socialista Internacional (BSI) y transcurrió entre el 16 y el 18 de julio de 1914. Estuvieron representados en ella el CC del POSDR (bolcheviques), el Comité de Organización (mencheviques), el grupo Unidad, de Plejánov, el grupo *Vperiod*, el Bund, la Socialdemocracia del País Letón, los socialdemócratas polacos y otros. En ella se examinó el problema de la unificación del POSDR. Los mencheviques y los líderes de la II Internacional no aceptaron las condiciones de unidad que ponían los bolcheviques. Kautsky, en nombre del BSI, propuso una resolución de unificación del POSDR en la que se afirmaba que en la socialdemocracia de Rusia no había discrepancias esenciales algunas que impidiesen la unidad. Como quiera que la conferencia no tenía atribuciones para aprobar resoluciones, ya que, según lo convenido, debía limitarse a un intercambio de opiniones, los bolcheviques y los socialdemócratas letones se negaron a participar en la votación. Sin embargo, la resolución fue aprobada por mayoría. Los bolcheviques, dirigidos por Lenin, se negaron a someterse a los acuerdos de la Conferencia de Bruselas. Fracasó la tentativa de los líderes oportunistas de la II Internacional de liquidar el partido bolchevique.

227 Se alude a la proclama *¡El enemigo principal está en el propio país!*, escrita por Carlos Liebknecht y publicada en el periódico *Berner Tagwacht* del 31 de mayo de 1915.

228 "*Preussische Jahrbücher*" ("Anuario Prusiano"): revista conservadora alemana, órgano mensual de los capitalistas y los terratenientes alemanes; se publicó en Berlín desde 1858 hasta 1935.

229 *Gaponada*: expresión que debe su nombre al cura Gapón, que encabezó el 9 (22) de enero de 1905 la manifestación de obreros que fue al Palacio de Invierno (residencia del zar) para entregar una petición al soberano. La manifestación fue ametrallada por orden del zar, resultando más de mil muertos y unos cinco mil heridos. El 9 de enero fue el comienzo de la revolución de 1905.

230 Lenin se refiere al artículo en forma de manifiesto Contra las anexiones, publicado con las firmas de E. Bernstein, G. Haase y C. Kautsky.

231 "*The New Statesman*" ("El Nuevo Estadista"): revista semanal de la Sociedad Fabiana; se fundó en 1913 en Londres.

232 Véase la nota 195.

233 "*Labour Leader*" ("El Líder Obrero"): periódico sema

234 Lenin concibió el folleto *El socialismo y la guerra* (Actitud del POSDR ante la guerra) durante la preparación de la Primera Conferencia Socialista Internacional. Colaboró con él G. Zinóviev, pero, en lo fundamental, lo escribió Lenin, y de él es también la redacción general de todo el texto. Calificó el folleto de "comentarios a las resoluciones de nuestro partido, o sea, una explicación popular de las mismas". Como tenía por misión importantísima aprovechar la Primera Conferencia Socialista Internacional de Zimmervald para cohesionar a los elementos izquierdistas de la socialdemocracia internacional en torno a posiciones revolucionarias, Lenin hizo cuanto pudo a fin de que el folleto estuviera impreso para la convocatoria de la conferencia.

El socialismo y la guerra se publicó en vísperas de la Conferencia de Zimmervald en forma de pequeño folleto, en ruso y alemán, y fue repartido entre los que participaron en ella.

235 Se alude a las resoluciones aprobadas en la conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero que se celebró en Berna del 27 de febrero al 4 de marzo de 1915. Esta conferencia fue convocada a iniciativa de Lenin y tuvo la importancia de una conferencia general de todo el partido, ya que durante la guerra era imposible celebrar un congreso o una conferencia nacional del POSDR. Asistieron representantes del CC del POSDR, del periódico *Sotsial-Demokrat*, órgano central del POSDR, de la organización socialdemócrata de mujeres y de las secciones del POSDR en el extranjero: las de París, Zúrich, Berna, Lausana, Ginebra y Londres, así como del grupo *Baugy*. Lenin dirigió todas las labores de la conferencia. En su informe desplegó las tesis del manifiesto del CC del POSDR *La guerra y la socialdemocracia de Rusia*. En las resoluciones, aprobadas sobre el informe de Lenin, la Conferencia de Berna determinó las tareas y la táctica del partido en la situación de guerra imperialista.

236 Se alude a la *Primera Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald*, celebrada del 5 al 8 de septiembre de 1915 y convocada a iniciativa de

los socialistas italianos y suizos. Asistieron treinta y ocho delegados en representación de los socialistas de once países: Alemania, Francia, Italia, Rusia, Polonia, Rumania, Bulgaria, Suecia, Noruega, Holanda y Suiza. La delegación del CC del POSDR estuvo encabezada por Lenin. La conferencia aprobó un manifiesto en forma de llamamiento *A los proletarios de Europa*, en el que, merced a la perseverancia de Lenin y de los socialdemócratas de izquierda, se logró introducir una serie de tesis fundamentales del marxismo revolucionario. Además, aprobó una declaración común de las delegaciones alemana y francesa y una resolución de condolencia por las víctimas de la guerra y solidaridad con los perseguidos por sus actividades políticas; eligió también una Comisión Socialista Internacional.

En esta conferencia se formó el Grupo de Izquierda de Zimmerwald y lo integraron los representantes del CC del POSDR encabezados por Lenin, de la directiva nacional de la Socialdemocracia del Reino Polaco y de Lituania, del CC de la Socialdemocracia del País Letón, de los izquierdistas suecos, noruegos y suizos y del Grupo de Socialistas Internacionalistas de Alemania. El Grupo de Izquierda de Zimmerwald desplegó en esta conferencia una activa lucha contra la mayoría centrista de la misma. Los únicos que mantuvieron una posición consecuente hasta el fin fueron los representantes del partido de los bolcheviques.

237 Lenin se refiere al discurso pronunciado por Guillermo Liebknecht en el Congreso de Erfurt de la socialdemocracia alemana, celebrado en 1891.

238 Se alude a una expresión de C. Clausewitz, expuesta en su libro *De la guerra*.

239 *Cuádruple Entente*: alianza imperialista de Inglaterra, Francia, Rusia e Italia resultante de la incorporación de esta última a la Triple Entente (o la Entente) tras de haber abandonado en 1915 la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Véanse también las notas 194 y 198.

240 *Brentanismo*: doctrina burguesa liberal que predica la posibilidad de resolver el problema obrero dentro del capitalismo mediante la legislación fabril y la organización de los obreros en sindicatos. Debe su denominación al catedrático de economía política de la Universidad de Múnich Luis Brentano, uno de los principales representantes del socialismo de cátedra.

241 Véase la nota 80.

242 Se alude a la conferencia de los socialistas de la Triple Entente, celebrada el 14 de febrero de 1915 en Londres. Asistieron delegados de los socialchovinistas y de los grupos pacifistas de los partidos socialistas de Inglaterra, Francia, Bélgica y Rusia.

243 "*Nóvosti*" ("Novedades"): diario del partido de los eseristas; se publicó en París desde agosto de 1914 hasta mayo de 1915.

244 "*Proletarski Golos*" ("La Voz Proletaria"): periódico (

245 Lenin cita el artículo de V. Adler *Asomo de esperanza*, publicado en el número 45 del periódico *Arbeiter Zeitung* correspondiente al 14 de febrero de 1915.

246 Se alude a la conferencia de los socialistas de Alemania y Austria que se celebró en Viena, en abril de 1915, como respuesta a la conferencia de Londres de los socialistas de la Triple Entente. La resolución adoptada por la Conferencia de Viena aprobaba la consigna socialchovinista de "defensa de la patria" en la guerra imperialista.

247 La conferencia de los socialistas italianos y suizos se celebró en Lugano (Suiza) el 27 de septiembre de 1914. Fue la primera conferencia de socialistas, celebrada durante la guerra, que intentó restablecer los vínculos internacionales.

Conferencia de Copenhague: Conferencia de los socialistas de los países neutrales, celebrada en Copenhague el 17 y el 18 de enero de 1915. Asistieron delegados de los partidos socialistas de Suecia, Dinamarca, Noruega y Holanda y aprobaron una resolución en la que se proponía a los diputados socialdemócratas de los parlamentos de los países neutrales que conminasen a sus gobiernos a hacer de intermediarios entre los países beligerantes y acelerar el restablecimiento de la paz.

248 *La Conferencia Internacional de las Mujeres Socialistas* se celebró en Berna del 26 al 28 de marzo de 1915. Fue convocada a iniciativa de la organización de la revista *Rabótnitsa* ("La Trabajadora") en el extranjero con la participación más directa de Clara Zetkin a la sazón presidente del Buró Internacional de las Mujeres Socialistas. Asistieron veintinueve delegadas de las organizaciones femeninas de Inglaterra, Alemania, Holanda, Francia, Polonia, Rusia y Suiza. Lenin calificó esta conferencia de tentativa de restablecer los vínculos internacionales y procuró aprovecharla para cohesionar a los elementos internacionalistas en torno a posiciones revolucionarias.

La *Conferencia Internacional de la Juventud Socialista* se celebró del 4 al 16 de abril de 1915 en Berna. Asistieron representantes de las organizaciones juveniles de diez países: Bulgaria, Alemania, Holanda, Dinamarca, Italia, Noruega, Polonia, Rusia, Suiza y Suecia. El punto principal del orden del día era *La guerra y las tareas de las organizaciones juveniles socialistas*. La organización y preparación de la conferencia transcurrieron bajo la influencia del centrista R. Grimm, lo que predeterminó los resultados de sus labores. En ella se eligió el Buró Internacional de la Juventud Socialista y se tomó el acuerdo de publicar la revista La Internacional de la Juventud, órgano internacional de las juventudes socialistas, y de celebrar anualmente la Jornada Internacional de la Juventud.

249 "*Lichtstrahlen*" ("Rayos de Luz"): revista mensual, órgano del grupo de los socialdemócratas de izquierda de Alemania. Salió con irregularidad desde 1913 hasta 1921 en Berlín.

250 *Tribunistas*: miembros del Partido Socialdemócrata de Holanda, cuyo órgano de prensa era el periódico *La Tribuna*; representaban al ala izquierda del movimiento obrero de Holanda, y, durante la primera guerra mundial (1914-1918), mantuvieron en lo fundamental posiciones internacionalistas. En 1918 fundaron el Partido Comunista de Holanda.

251 El libro *Marxismo y liquidacionismo. Recopilación de artículos acerca de las cuestiones principales del movimiento obrero de la época. Parte II*, fue publicado por la editorial "*Pribói*", perteneciente al partido, en julio de 1914. En él figuran varios artículos de Lenin contra los liquidadores.
252 "*Leipziger Volkszeitung*" ("Gaceta Popular de Leipzig"): diario socialdemócrata que apareció desde 1894 hasta 1933; primero fue órgano de los socialdemócratas de izquierda. Desde 1917 hasta 1922 lo fue de los "independientes" alemanes; y a partir de 1922, de los socialdemócratas de derecha.
253 "*Internationale Korrespondenz*" ("Correspondencia Internacional"): revista semanal de los socialchovinistas alemanes; se publicó desde fines de septiembre de 1914 hasta el 1 de octubre de 1918 en Berlín.
254 "*Sovremienni Mir*" ("Mundo Contemporáneo"): revista mensual literaria, científica y política; se publicó en San Petersburgo desde octubre de 1906 hasta 1918. Colaboraron estrechamente en ella los mencheviques, incluido Plejánov. En el período del bloque con los plejanovistas y a comienzos de 1914 colaboraron también los bolcheviques. Durante la primera guerra mundial, esta revista se hizo órgano de los socialchovinistas.
255 *Proudhonismo*: corriente del socialismo pequeñoburgués hostil al marxismo, que debe el nombre a su ideólogo, el socialista francés Pedro Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no veía la salida en la destrucción del modo capitalista de producción que engendraba ineluctablemente, la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores, sino en "perfeccionar" el capitalismo y eliminar sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privada, proponía organizar un "Banco del Pueblo" y un "Banco de Cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, adoptaba una actitud negativa ante la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con criterio anarquista la necesidad del Estado. Marx y Engels llevaban una lucha consecuente contra las tentativas de Proudhon de imponer sus opiniones a la I Internacional. La enérgica lucha de Marx, Engels y sus partidarios contra el proudhonismo en la I Internacional acabó en la victoria completa del marxismo.
256 *Ministerialismo*: véase millerandismo en la nota 179.
257 "*Nashe Dielo*" ("Nuestra Causa"): revista mensual de los mencheviques liquidadores; empezó a salir en enero de 1915 en lugar de la revista *Nasha Zariá*, clausurada en octubre de 1914. Fue el órgano principal de los socialchovinistas de Rusia.
258 Los *socialistas "amplios"* (conocidos también por "los de *Obsho Delo*"): corriente oportunista en el Partido Socialdemócrata Búlgaro que editó desde 1900 la revista *Obsho Delo* ("La Causa Común"). Después de la escisión en el X Congreso del Partido Socialdemócrata, fundaron en 1903 el Partido Socialdemócrata Búlgaro (de los socialistas "amplios"), de tendencia reformista. Durante la primera guerra mundial, los de *Obsho Delo* ocuparon una posición socialchovinista.
259 Véase F. Engels. *Contribución a la crítica del programa socialdemócrata de 1891*.
260 Los utopistas Owen, Gray y Bray opinaban que se podían suprimir las lacras sociales del capitalismo, conservándose el sistema capitalista de producción, con sólo modificar el sistema de intercambio y abolir el dinero. Proponían crear mercados obreros en los que los productores intercambiasen sus mercancías mediante bonos, "dinero laboral". Estos bonos debían corresponder a la cantidad de tiempo trabajado para producir la mercancía de que se tratase.
261 *Caso Dreyfus*: proceso provocativo organizado en 1894 por los medios monárquicos y reaccionarios de la casta militar francesa contra el oficial del Estado Mayor Central francés Dreyfus, de origen hebreo, acusado falsamente de espionaje y alta traición y condenado a cadena perpetua. Los medios reaccionarios de Francia utilizaron el proceso de Dreyfus para atizar el antisemitismo y lanzarse a la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas. En 1898, cuando los socialistas y los representantes de vanguardia de la democracia burguesa (entre los que figuraban Emilio Zola, J. Jaurès, Anatole France y otros) promovieron una campaña en pro de la revisión del caso Dreyfus, este caso adquirió acusado carácter político y dividió el país en dos campos: republicanos y demócratas, por una parte, y el bloque de monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, por otra. En 1899, bajo la presión de la opinión pública, Dreyfus fue indultado y puesto en libertad; pero hasta 1906 no fue declarado inocente y reintegrado a filas por fallo del tribunal de casación.
262 *El incidente de Saverne* ocurrió en la ciudad del mismo nombre (Alsacia) en noviembre de 1913. El motivo fue una grosera ofensa que hizo a los alsacianos un oficial prusiano, lo que provocó un estallido de indignación de la población local, francesa en su mayoría, contra la opresión de los militarotes prusianos.
263 Véase la crítica de las ideas reaccionarias de C. Renner y O. Bauer sobre la denominada autonomía nacional cultural en la obra de Lenin *Notas críticas sobre el problema nacional*.
264 Véase C. Marx. *Nota confidencial*.
265 Véase C. Marx y F. Engels. Artículos del *"Neue Rheinische Zeitung"*. El planteamiento aducido por Lenin viene en el artículo de Engels *La insurrección de Praga*. Lenin utilizó el libro *Fragmentos de la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Fernando Lassalle*, recopilados por Francisco Mehring. Stuttgart, 1902, parte III, págs. 108-114, donde no se indicaba quién habla sido el autor del artículo.
266 Lenin Si refiere a los planteamientos de Marx sobre el problema irlandés en las cartas de éste a L. Kugelmann del 29 de noviembre de 1869 y a Engels

del 10 de diciembre del mismo año. La cita es de Marx a Engels del 2 de noviembre de 1867.

267 "*Die Glocke*" ("La Campana"): revista editada primero en Múnich y luego en Berlín, desde 1915 hasta 1925, por el socialchovinista Parvus (A. L. Helphand), miembro del Partido Socialdemócrata Alemán.

268 Véase F. Engels. *El paneslavismo democrático*. Lenin utilizó el libro *Fragmentos de la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Fernando Lassalle*, recopilados por Francisco Mehring. Stuttgart, 1902, parte III, págs. 246-264, donde no se indicaba quién había sido el autor del artículo.

269 Lenin se refiere a la resolución sobre el problema nacional, redactada por él y aprobada por la reunión del CC del POSDR con los cuadros del partido, celebrada del 23 de septiembre al 1 de octubre (6-14 de octubre) de 1913 en el poblado de Poronin (cerca de Cracovia).

270 La *Segunda Conferencia Socialista Internacional de los zimmerwaldianos* se celebró en Kientahl (Suiza) del 24 al 30 de abril de 1916. Asistieron cuarenta y tres delegados de diez países: Rusia, Alemania, Francia, Italia, Suiza, Polonia, Noruega, Austria, Serbia y Portugal. El CC del POSDH estuvo representado por tres delegados al frente de Lenin. En esta conferencia, el Grupo de Izquierda de Zimmerwald ocupaba posiciones más sólidas que en la Conferencia de Zimmerwald, lo cual reflejaba el cambio de la correlación de fuerzas en el movimiento obrero internacional a favor del internacionalismo. La izquierda de Zimmerwald redactó y presentó a la Conferencia de Kientahl un proyecto de resolución sobre la paz que incluía las tesis fundamentales de Lenin. Para no desenmascararse por completo, la mayoría derechista de esta conferencia se vio obligada a seguir a los izquierdistas en una serie de cuestiones, pero continuó oponiéndose a la ruptura con los socialchovinistas. La conferencia adoptó una resolución sobre la lucha por la paz y un mensaje *A los pueblos devastados y diezmados*. Respecto a la votación de algunos de la minoría parlamentaria francesa a favor de los créditos de guerra, la izquierda de Zimmerwald hizo en la conferencia la declaración de que tal conducta era incompatible con el socialismo y la lucha contra la guerra. A pesar de que la Conferencia de Kientahl no aceptó las tesis fundamentales del bolchevismo de transformar la guerra imperialista en civil, de llevar a los gobiernos imperialistas "propios" a la derrota en la guerra y de fundar la III Internacional, Lenin calificó sus labores de paso adelante. La Conferencia de Kientahl contribuyó a destacar y cohesionar a los elementos internacionalistas en torno a las bases ideológicas del marxismo-leninismo. Posteriormente, a iniciativa de Lenin y de los bolcheviques, estos elementos constituyeron el núcleo de la III Internacional, la Internacional Comunista.

271 Véase la nota 246.

272 "*Arbeiter Zeitung*" ("Diario Obrero"): órgano central, diario, de la socialdemocracia austriaca, fundado en 1889 por V. Adler en Viena. Su posición durante la primera guerra mundial fue socialchovinista.

273 "*Nash Galos*" ("Nuestra Voz"): periódico menchevique legal de posición socialchovinista que se publicó en Samara durante los años 1915 y 1916.

274 *El imperialismo, fase superior del capitalismo* fue escrito entre enero y junio de 1916 en Zurich. Lenin indicó mucho antes de que estallara la primera guerra mundial los nuevos fenómenos que habían aparecido en el desarrollo del capitalismo. En varios trabajos que escribió entre 1895 y 1913 dio a conocer y analizó algunos de los rasgos típicos de la época del imperialismo. Al estudio exhaustivo de la fase monopolista del desarrollo del capitalismo se dedicó desde el comienzo de la primera guerra mundial. A principios de enero de 1916 aceptó la propuesta de escribir un libro sobre el imperialismo para la editorial petrogradense "Parus", que funcionaba en la legalidad. Acabó el trabajo en junio del mismo año y envió el manuscrito a la editorial. El libro vio la luz a mediados de 1917 con el título *El imperialismo, etapa contemporánea del capitalismo* (*Esbozo popular*), con un prólogo de Lenin fechado el 26 de abril de 1917.

275 El presente prólogo fue publicado por primera vez en octubre de 1921 con el título *El imperialismo y el capitalismo* en el número 18 de la revista *La Internacional Comunista*. En vida de Lenin, el libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo* se publicó en alemán, en 1921, y en francés e inglés (edición ésta incompleta), en 1923.

276 *La paz de Brest-Litovsk* fue concertada entre la Rusia Soviética y los países del bloque germano (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) en Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918 en condiciones muy onerosas para la Rusia Soviética. Después de la victoria de la revolución en Alemania, la cual derrocó la monarquía el 13 de noviembre de 1918, el CEC de toda Rusia anuló este tratado injusto y expoliador.

277 *Paz de Versalles*: Tratado imperialista que la Entente impuso a Alemania, derrotada en la primera guerra mundial de 1914-1918; fue firmado el 28 de junio de 1919 en Versalles (Francia).

278 *Wilsonismo*: denominación debida a W. Wilson, presidente de los EE.UU. entre 1913 y 1921, el cual encubriéndose con fraseología pacifista, aplicaba en realidad la misma política exterior de rapiña que sus predecesores. Wilson fue uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia Soviética. En 1918 presentó un programa imperialista de paz (catorce puntos) tendente a implantar la dominación mundial de los EE. UU.

279 Lenin se refiere a la II Internacional (de Berna), fundada en febrero de 1919 en la conferencia de Berna de los partidos socialistas por los líderes euroccidentales de estos partidos en sustitución de la II Internacional que dejó de existir desde el comienzo de la primera guerra mundial. La Internacional de Berna desempeñó en realidad la función de servidora de la burguesía internacional. "Es una verdadera Internacional amarilla", decía Lenin de ella.

280 *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista fundado en abril de 1917 en el Congreso constitutivo de Gotha. Los "independientes" propugnaban la "unidad" con los socialchovinistas y se deslizaban hacia el abandono de la lucha de clase. Cuando se fundó la Internacional Comunista (1919) abandonaron la II Internacional. En octubre de 1920, el Partido Socialdemócrata Independiente se escindió en el Congreso de Halle, fundiéndose una parte considerable de él, en diciembre del mismo año, con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas formaron su partido, al que dieron el viejo nombre de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el cual subsistió hasta 1922.

281 *La III Internacional* o *Internacional Comunista* se fundó en su primer congreso, celebrado del 2 al 6 de marzo de 1919.

282 *Espartaquistas*: organización revolucionaria de los socialdemócratas de izquierda alemanes que formaron, a comienzos de la primera guerra mundial, Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Francisco Mehring, Clara Zetkin y otros. En abril de 1915 Rosa Luxemburgo y Francisco Mehring fundaron la revista *Die Internationale*, en torno a la cual se conglomeró el grupo fundamental de los socialdemócratas de izquierda alemanes. En enero de 1916, este grupo se constituyó orgánicamente en Grupo Internacional, que comenzó a publicar y distribuir clandestinamente, a partir de este año, las *Cartas Políticas*, firmadas por *Espartaco*, debido a lo cual este grupo empezó a denominarse también Grupo Espartaco. Los espartaquistas hacían propaganda revolucionaria entre las masas, organizaban acciones antibélicas de masas, dirigían las huelgas y denunciaban el carácter imperialista de la guerra mundial y la traición de los líderes oportunistas de la socialdemocracia. En noviembre de 1918, durante la revolución en Alemania, se constituyeron en Unión de Espartaco y fundaron a continuación el Partido Comunista de Alemania en su congreso constitutivo, que se celebró del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919.

283 *Versalleses*: enemigos jurados de la Comuna de París de 1871, partidarios del gobierno burgués contrarrevolucionario que encabezó en Francia A. Thiers y tomó sede en Versalles después de la victoria de la Comuna. Al aplastar a la Comuna de París, los versalleses reprimieron con inaudita crueldad a los federados. Después de 1871, la palabra "versalleses" fue sinónimo de contrarrevolución feroz.

284 *Guerra hispano-americana*: guerra imperialista de los EE.UU. contra España con el fin de apoderarse de las colonias españolas. Comenzó en abril de 1898. Tras de presentar unas cuantas batallas, España se declaró vencida y renunció a las últimas colonias que le quedaban en América Latina: Cuba y Puerto Rico, así como a las islas Filipinas y Guam, en Asia. Según el tratado de paz concluido en diciembre de 1898, Puerto Rico, Guam y Filipinas se convirtieron en colonias de los EE.UU. Cuba fue reconocida formalmente república independiente, pero se introdujo en su Constitución un artículo que otorgaba a los EE.UU. el derecho a la intervención armada en los asuntos internos de la isla, cuyos dueños reales pasaron a ser los monopolios y el gobierno de los EE.UU. Los pueblos cubano, filipino y portorriqueño, que llevaban muchos años peleando contra los colonialistas españoles, se vieron bajo la férula de unos amos nuevos y prosiguieron la lucha por su independencia.

Guerra anglo-bóer: guerra que Inglaterra desplegó de 1899 a 1902 contra las repúblicas sudafricanas de los bóers -Transvaal y Orange- con el propósito de hacerlas colonias británicas. Los bóers se batieron heroicamente contra los colonialistas, pero la superioridad en hombres y armamento dio la victoria a los ingleses. Por el tratado de paz que los bóers se vieron obligados a suscribir en mayo de 1902, dichas repúblicas perdieron la independencia y pasaron a ser colonias de Inglaterra.

285 Se alude a la resolución del Congreso de Chemnitz de la socialdemocracia alemana sobre el imperialismo y la actitud de los socialistas ante la guerra (véase la nota 190).

286 "*Die Bank*" ("El Banco"): revista de los financieros alemanes que se publicó en Berlín desde 1908 hasta 1943.

287 El crac bursátil estalló en la primera mitad de 1873, en un comienzo en Austria-Hungría, y luego ya en Alemania y otros países.

288 *Los escándalos de Gründerzeit* (*Gründer* significa fundador en alemán) se produjeron en Alemania a comienzos de los años 70 del siglo XIX, cuando aumentaron considerablemente las fundaciones de sociedades anónimas. Este incremento fundacional iba acompañado de una desenfrenada especulación con tierras y valores fiduciarios en la bolsa y de fraudes de los negociantes burgueses ávidos de riqueza.

289 "*Frankfurter Zeitung*" ("Gaceta de Francfort"): órgano diario de los grandes bolsistas alemanes; se publicó en Francfort del Meno desde 1856 hasta 1943.

290 Lenin alude a J. Plejánov. Las palabras de Plejánov sobre el imperialismo figuran en la compilación de artículos suyos *Sobre la guerra*, publicados en San Petersburgo durante la conflagración mundial.

291 *Prodúgol*: Sociedad rusa de comercio del combustible mineral de la cuenca del Donets. Se fundó en 1906.

Prodamet: Sociedad para la venta de artículos de las fábricas metalúrgicas rusas, fundada en 1901.

292 *Panamá francés*: expresión surgida en relación con las denuncias que se hicieron en Francia durante los años 1892 y 1893 de los inmensos abusos y de la venalidad de estadistas, políticos, funcionarios y periódicos sobornados por la compañía francesa de construcción del canal de Panamá.

293 La *Guerra de Sucesión de España* de 1701 a 1714 estuvo empeñada entre Francia y España, por una parte, e Inglaterra, Holanda, Austria y Prusia con los otros Estados alemanes encabezados por el emperador alemán, por la otra. Comenzada como guerra dinástica de diversos pretendientes a la

corona española, esta guerra de sucesión fue realmente una guerra por el reparto de las posesiones españolas y el primer gran choque entre Francia e Inglaterra por el dominio en los mares y en las colonias. Acabó en un reparto parcial del imperio español, cuyas posesiones en los Países Bajos e Italia se entregaron a Austria; Gibraltar y la isla de Menorca, a Inglaterra, y así sucesivamente. Como consecuencia de la guerra, se debilitó el poderío marítimo y colonial de Francia, cuyas posesiones en Norteamérica pasaron también a Inglaterra, la cual sacó las mayores ventajas de la Guerra de Sucesión de España.

294 Lenin se refiere al llamado "protocolo final", firmado el 7 de septiembre de 1901 entre las potencias imperialistas (Inglaterra, Austria-Hungría, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Japón, Rusia, Holanda, España y EE.UU.) y China, al ser sofocada la insurrección de los boxers de 1899-1901. El capital extranjero obtuvo nuevas posibilidades de explotar y saquear el país.

295 *Insurrección de los boxers* (más exacto, de I-ho-tuang): alzamiento popular antimperialista organizado en China por la sociedad I-ho-tuang (El puño en nombre de la justicia y la concordia), desde 1899 hasta 1901. Fue aplastado con saña por un cuerpo armado de castigo de las potencias imperialistas al mando del general alemán Waldersee. En el aplastamiento de la insurrección participaron tropas alemanas, japonesas, inglesas, norteamericanas y rusas. China se vio obligada a firmar en 1901 el "protocolo final", según el cual quedaba transformada en semicolonia del imperialismo extranjero.

296 *Fachoda*: incidente, denominado de Fachoda, que hubo en el período de la lucha entre Inglaterra y Francia por la dominación en el valle del Nilo. Francia intentó apoderarse en 1898 de Fachoda (poblado de Sudán Oriental, en el Nilo Blanco), pero hubo de abandonado bajo la presión de Inglaterra. Faltó poco para que este incidente provocase la guerra entre ambos Estados.